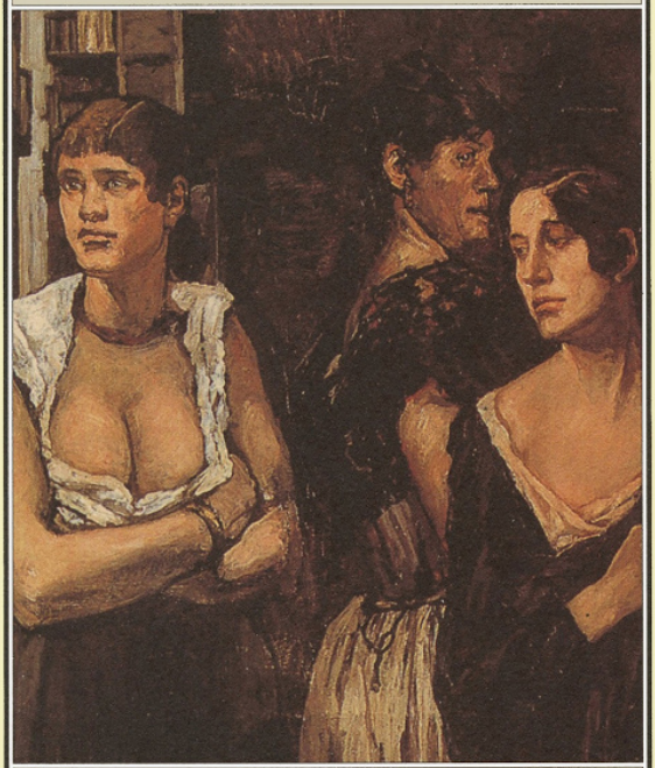
ANDRÉS TRAPIELLO

LAS INCLEMENCIAS DEL TIEMPO



NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

Quien escribe esta clase de libros suele ser persona de esquina, de espera, mundaria, más que mundana, que Las ve venir y las ve irse. Si el novelista es acaso un ser agazapado y de rincón, lo mejor, para un diario de esta naturaleza, es ganar la calle, esa novelería. La esquina, vivida a lo largo de un año, da para mucho. Haga frío, calor, llueva, nieve, truene, en las noches serenas o en los días turbios, en los días claros o en las noches atormentadas, uno espera siempre el acontecimiento, el suceso feliz que nos cambie la vida, el giro copernicano en nuestros pequeños actos. La esquina, como metáfora, es magnífica, y a todos nos hace creer en la posibilidad de los quiebros, del antes y del después, de los buenos encuentros inesperados y de las despedidas gratamente prolongadas en ella; nunca esquinados, pero sí esquinarlos.

Es posible que los libros callejeros, como los perros callejeros, no pudieran presentar su ejecutoria de limpieza de sangre, cierto, pero ahí están, con sus mil leches, corriendo, registrándolo todo, sacando sus conclusiones, cuidando del ruido del mundo con su silencio y con su guarda el sueño de las cosas.

Van pasando los años y uno ve que el tiempo, siempre inclemente, no siempre nos es adverso; no lo es para las ruinas, que ennoblece, ni para algunas obras y para algunas vidas, que en la medida que caminan a su término, más grande, misterioso e inalcanzable hacen su propio confín.

Andrés Trapiello

Las inclemencias del tiempo

Salón de pasos perdidos - 10

ePub r1.0
Titivillus 26.07.2023

Andrés Trapiello, 2001
Ilustración de la cubierta: Mujeres de la vida (fragmento), por Gutiérrez Solana

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PRÓLOGO

«Por doquiera que el hombre vaya lleva consigo su novela».

Fortunata y Jacinta, I, 3, III

Creo que Juan Ramón Jiménez y Cervantes han sido para uno, además de dos ejemplos constantes, dos buenos amigos. En un libro del primero se dice lo siguiente del segundo: «Es curioso que Cervantes, al contar en *El licenciado Vidriera* lo que Tomás Rodaja, Miguel de Cervantes, vio en Italia (Florencia, Roma, etc.) no cite una sola obra de arte, arquitectura, pintura. La descripción de lo visto es la que podía haber hecho un carrero de entonces y de ahora».

El desencuentro entre un hombre al que se admira mucho y otro al que no se admira menos produce una incómoda extrañeza, como si se nos hiciese testigos de alguna penosa y agria disputa familiar.

Lo que hallamos de único en Cervantes suele ser precisamente la manera sutil que tiene de darnos lo refinado del polvoriento camino. Ya lo decía el propio Cervantes: tan tonto es citar latines al que no los entiende como citarlos sin entenderlos, y cada uno ha de buscar su verdad, me parece a mí, allá donde se encuentre, el pintor o el carrero, en Debussy o en la coplilla del bodegón.

Hace uno o dos años denunciaba un diarista, esquizofrénico policía de las esencias del género por lo que se ve, que «hablar o identificar diario personal con novela parece una frivolidad, cuando no una estupidez mayúscula propia del que no sabe lo que se trae entre manos». Creo, modestamente, que se refería a mi persona

(saludos). Luego, en el mismo artículo, aseguraba que para él «los diarios tienen mucho que ver con la invención de la intimidad». ¿En qué quedamos entonces? ¿Se puede inventar, o sea, novelar en un diario? Así lo he creído yo siempre, pues «también la verdad se inventa», no solo las novelas monopolizan las invenciones y lo importante en literatura desde Homero, fatiga repetirlo, no es tanto que las cosas salgan fieles a la realidad, sino verdaderas. Unamuno, en el epílogo de su *San Manuel Bueno*, va aún más lejos asegurando que una novela es «la más íntima historia, la más verdadera».

Por eso habría que hablar con novelera intimidad de todo y con íntima novelería, si se puede: de un libro, de un amigo, del Rastro, de una rosa; incluso de uno mismo, si se sabe. La intimidad está en el tono, no en lo que se cuenta. Muchos de los llamados asuntos íntimos, por ejemplo, no son más que chismorreos. En cambio, otros, de apariencia y circulación no restringidas, nos parecen revelaciones exclusivas que buscan especialmente nuestra alma. ¿Hay algo más íntimo que el alma y lo que en ella sucede? Lo adivinó una de las personas que escribió con más intimidad, Emily Dickinson: «Di toda la verdad, pero sesgada». Asustan un poco las llamadas verdades directas, las famosas verdades como puños, porque media verdad se queda en esa violencia, aplastada contra la mesa por la otra media.

El procedimiento de la poda y del injerto, aplicado a unos diarios, no es, ciertamente, muy ortodoxo. Al reescribir los diarios viejos suelo suprimir tres cuartas partes y la otra acaba creciendo de manera considerable. Se ve que no ha conseguido uno todavía, después de tantos años, afirmar el pulso, y solo a base de correcciones y añadidos consigue algo de lo que se proponía. Hay algunos fundamentalistas del género a los que les apena, me dicen, que se les hurte ciento cincuenta páginas de hace cinco años. No sé. Me parece que deberían estar mucho más contentos por ganar cuatrocientas de ahora mismo, y no debería importarles, creo yo, si el resultado acaba en bacía, yelmo o baciyelmo.

También están la longitud y regularidad de las entregas de este *Salón*. Hace años un buen amigo me tranquilizó: No te preocupes si dicen que escribes mucho; si solo dicen eso es porque no pueden decir nada peor, lo mismo que cuando bizantinizan sobre si se

atienen o no al género; no sabemos quizá si estos libros son buenos, pero si fuesen malos, sería lo primero, sospechaba mi amigo, que traerían a cuento.

Algunas veces he dicho también que escribía tanto porque nunca me sucedía nada. Lo decía en realidad para salir del paso, sin decorarme, pero lo cierto es que creo lo contrario. Suceden tantas y tan variadas cosas a nuestro alrededor y a nosotros mismos, apenas sin salir de casa, del barrio o del pueblo, que ¿cómo vamos a dejarlas marchitar sin restituirles el instante de eternidad al que tiene derecho todo lo que ha nacido? En este negocio de los diarios creo que el secreto reside en hablar poco de uno mismo, y cuando no hay más remedio, en hacerlo como si se tratara de otro. Si la claridad es la cortesía de los filósofos, la de un diarista debería ser la elipsis. El yo es lo más indigesto y fastidioso de la literatura, o por lo menos a mí se me indigesta y me fastidia, el mío y el de los demás.

El libro de un año debería recoger los estados del alma de todo ese año, y mostrarla tal cual es, o sea, siendo nosotros muchos en uno solo: por la calle y encerrados en casa, tristes o alegres, con gente o solitarios, claros y oscuros, limitados e infinitos, incompletos y completos, con pasión y sin ella, en ida o de vuelta. Solo me molesta que hayan dicho alguna vez que en este diario se ventilaban algunas cuentas personales. Naturalmente; si las cuentas personales no se ventilan en un diario, ¿dónde se van a ventilar? ¿En el callejón? ¿A medianoche? De todos modos, las famosas polémicas literarias, y contra lo que pueda suponerse, no me han interesado nunca lo más mínimo y me han parecido casi siempre una pérdida de tiempo. Lo de uno es más bien el callejeo, la ambulancia y, al caer la tarde, un tranquilo rincón sin demasiado prestigio, cómodo y solitario.

En fin, quizá no acabemos nunca de saber quiénes somos, siendo cosas tan contradictorias. Por eso he estado escribiendo todos estos cuadernos durante tantos años, y quizá, por lo mismo, si hoy tuviera que punzar un lema en el escudo que no gasto, creo que sería este, en honor de Juan Ramón y en honor de Cervantes, admirados siempre sin mengua:

NI DEBUSSY SIN CARRO NI CARRERO SIN DEBUSSY.

Las Viñas, otoño de 2001

LAS INCLEMENCIAS DEL TIEMPO
(*1996*)

«Partida de tanto afán nunca nadie partió así; otros parten de do van, yo triste parto de mí».

Cancionero de Urrea

«Solo al margen de la sociedad podemos llevar una existencia digna de un ser humano, y todo ello con humor, porque nos arriesgamos a ser lapidados o condenados a muerte».

HANNAH ARENDT

OCURRIÓ mientras se habían ido a Trujillo a hacer algunas compras de última hora. El pueblo se encuentra a unas quince verstas, por una carretera estrecha, pero no del todo intransitable. Lo pone uno en verstas y no en kilómetros porque el tiempo invernal así lo sugiere. Si estuviéramos en otoño y los caminos aparecieran cubiertos de hojas muertas y amarillas y la brisa fuese templada, podría hablarse de millas galesas. En agosto, bajo el sol abrasador y los infinitos campos cosechados y secos, estaría justificado emplear las leguas de Cervantes. Pero con este tiempo frío y desapacible, con la calleja llena de charcos y los portillos de piedra cubiertos de aterciopelado musgo y rezumando agua, parece más oportuno, creo, hablar en verstas, sobre todo por lo que a continuación iba a suceder.

Me había quedado solo en la casa y esta se había llenado de esos sonidos que únicamente aparecen cuando nos vamos de algún lugar. Debieron de suponer que yo también había salido, pero lo cierto es que me había quedado agazapado en mi estudio, orillado en mi trabajo y desplazado de todo. Así que, al principio con timidez, como esos ratones caseros que asoman el hocico y lo menean como un periscopio para husmear el panorama, abandonaron sus escondrijos los más ingenuos de entre aquellos ruidos extraños.

El primero no lo era del todo, porque se le reconocía al

momento en la chubesqui. Pensé, qué animado esta tarde el coloquio de las llamas en la estufa, qué melodioso es el viento en el tubo de latón. Incluso me pareció que se descaraba un tanto. Hasta ahora yo creía que el aire frío impulsaba al aire caliente, que este se atornillaba humero arriba, como una turbonada, y que de ahí procedía su doliente alarido, la quejumbrosa y apagada lamentación con la que lloraba de continuo.

Desde luego ese ruido, oído tantas veces, no podía serle extraño a uno, pero sí lo fue, cuando el propio ruido creyó que no quedaba nadie en la casa. Entonces debió de determinar que podía hacer a su antojo de las suyas, sin atender a las leyes físicas, y empezó a entonar una canción, como si aquello fuese un cuento de los hermanos Grimm. Era una canción alemana, de eso no había la menor duda, aunque en realidad no tuviera letra, pero se nota a la legua si una canción es o no alemana, porque al poco rato uno se siente solo con un desconsuelo muy grande y quiere morir al pie de un gran tilo, mientras ese triste ululeo va tiñéndose de un aire schubertiano, muy austríaco, frontero de lo ruso. Vino hasta allí, en aquellas notas, un sombrío bosque que llenó de su recóndito perfume de savias encantadas el estudio, y las sombras que empezaron a tenderse a mis pies, con la mansedumbre de los mastines viejos, eran en realidad sombras de árboles centenarios.

Entre tanto, ese ruido empezaba a producirme sueño, porque pese a sentirlo al lado mismo, sonaba muy lejos, en una vida remota, en el pasado, en la infancia. Cuando te mueres por monóxido de carbono, de una mala combustión, la sensación, dicen, es parecida, indistinguible, convincente, seductora.

Y a todo esto, me pregunté, ¿mi corazón qué dice?, pues empezaba a notar su peso en un costado.

No decía nada, sino que asentía, desde su rincón, un poco asustado, y lamentando que el año se acabara.

Y sí, encontró, no muy lejos de donde él se hallaba, otro de los ruidos que campaba a sus anchas por la casa, convencido de que la habíamos dejado sola.

Se trataba de un ruido casi humano. Procedía de unas vigas de madera. Una de las viejas, recias, firmes vigas de madera. Estos atlantes de anchas espaldas, en colaboración con la tenaz carcoma, logran artistizarse sin que los cosquilleos minen su fortaleza, y

acaban llenas de largas y profundas galerías, que en nada envidian los corredores y salones de Versalles. Pero a diferencia de estos, en los que es preciso meter unos músicos para que hagan sonar el minué y la gavota, las vigas son un perfecto instrumento musical, como no lo fabricaría el más habilidoso *luthier* de Cremona. Las mismas galerías vienen a hacer de caja de resonancia y apenas la humedad o la sequedad del ambiente las afectan un poco, le hacen saber al mundo sus penurias o sus júbilos.

—¿Estás ahí? —se oyó decir a la viga mayor en la que descansan todas las demás.

Era una pregunta absurda, no porque no me la hiciese a mí, sino porque estaba dirigida a otra viga, su vecina, quien a su vez contestó, sí, aquí sigo.

Notando la conversación, la viga del caballete, que parte en dos las aguas del tejado de mi estudio, se animó, y quiso terciar en la cháchara.

—Ay.

Ninguna de las otras dos se dignó preguntar a qué venía esa queja, lo que me dio a entender que no tenían por ella la menor estima o no se la tenían a su dolor, razón por la cual me puse de su lado, porque aunque lo que sufre, sufre solo, no deja de ser consolador juntar dos soledades, por lo mismo que dos penas sumadas restan penar. Es uno de esos casos que se estudian como excepción, en el que lo que suma resta, y lo que resta, suma.

Se oyó después el diálogo de un grifo mal cerrado. Cada gota de agua parecía una de esas comadres que se ponen a pegar la hebra y ni siquiera atienden a su interlocutora. Una gota decía una cosa, y otra otra, sin darse apenas tiempo para escucharse. En un minuto que presté atención, repasaron el mundo, como suele decirse. No hubo tema que no abordaran, la vida que hacemos en esta casa, si somos así o asá, los defectos de todos y cada uno, llegaban incluso a imitar nuestras voces cuando querían ridiculizarnos. De vez en cuando decía una, ¿qué se habrán creído? ¿Quiénes creerán que son?, le atajaba la otra. ¿Y has visto al idiota del diario? ¡Se creerá que le pasan cosas interesantes! A nosotras sí que nos pasan cosas. Anda que no conocemos mundo…

Nos pusieron lo que se dice pingandito, ellas precisamente, pingando sin cesar. Me dieron ganas de bajar y cerrarlo de una vez

por todas, pero luego pensé que tampoco estaban haciendo algo que de una u otra manera no hagamos los demás en un momento determinado, en una conversación privada, y, así, todo lo que decidí fue dejar de atender a su cotorrería, porque entre otras razones fue entonces cuando se oyó en alguna parte como un lamento…

Si hubiéramos estado en 1896, sin duda se hubiera tratado de un recién nacido que alguien había abandonado a la puerta de casa, de tal manera se parecía al llanto de un niño. Cuando estaba tratando de reconocerlo, se interrumpió de manera súbita. En ese momento no se oía nada. Hasta las gotas del grifo se sujetaron, la carcoma de las vigas y las mismas vigas dejaron sus coloquios, la estufa enfrió sus ardores. Nada, todo silencio, acaso un fondo de mar en el oído, en el laberinto, como el que se oye en las caracolas. Pero a los pocos segundos volvió ese llanto. Era un pájaro, sin lugar a dudas, aunque no identifiqué de qué familia. No era el cárabo ni la lechuza ni el mochuelo, que me habrían sonado familiares, sino algo distinto, desvanecido, roto, sin brillo. Quizá se tratase de uno de esos pájaros que se han desorientado en las colosales migraciones que emprenden desde el norte. No es infrecuente que queden descolgados algunos ejemplares y traten de adaptarse a la región, pasando inadvertidos o subiéndose a los lomos de los bueyes, en un acomodo para el que no fueron creados, como las garcillas boyeras, o tratando de imitar a las cigüeñas, para suplantarlas en los nidos vacíos de las iglesias. Como si fuesen inmigrantes. Uhhh, uhhh, insistía en su dolor. Tenía que ser un pájaro extranjero; uhhh, uhhh, lloraba trágico.

No se sabía si se acordaba de la tierra de donde procedía o añoraba aquella a la que se dirigía cuando se perdió. En eso era un pájaro enteramente poético y adolescente. El lloro se producía en ruso, de esto no había duda. ¿Cuántas verstas habría recorrido él? En ese momento no podía saberlo, porque nadie hubiera podido adivinar el encuentro que estaba a punto de suceder cinco minutos después, pero ahora, cuando hago la crónica de ayer, ya no me puede caber la menor duda al respecto: se trataba, dicho con toda modestia, de un heraldo.

En efecto, cinco minutos más tarde se oyeron en el portalón de la entrada tres claros, fuertes, tres secos aldabonazos. Tras, tras,

tras.

Los ruidos se asustaron lo suyo. Y yo mismo, desde luego. Fue cómico verlos correr despavoridos a todos. Al principio recordaron un poco al juego de las sillas o al de las esquinas, en el que pierde quien se queda sin silla o sin esquina.

El que había llevado la voz cantante durante más de media hora y se había mostrado más insolente, el mismo que no se dignó responder al «ay» de su sufrida comadre, el ruido de la viga maestra, se equivocó y quiso guardarse en la viga que había estado quejándose sin que la hicieran caso. Se hubiese pensado que la viga desatendida obraría con rencor, pero, al contrario, en cuanto vio que necesitaban de ella, se le pasó la pena y se apartó un poco para que el ruido de la viga principal cupiese con ella. Y el otro no solo logró acomodarse allí, sino que desplazó sin consideraciones al ruido de la viga hospitalaria, y este ni siquiera se resintió, al contrario, se quedó allí feliz, al borde mismo, a punto de venirse al suelo y romperse algo, cayendo desde esa altura.

En ese momento se produjeron en la bombilla unas pequeñas oscilaciones de voltaje, como una respiración asmática de la luz que llenó el zaguán de momentáneas y fibrosas penumbras.

Podía tratarse de alguno de nuestros amigos. Pensé también que sería Manuel, el lagarero. Por la mañana había dejado dicho que bajaría un poco de prueba de la matanza.

Volvieron a sonar en la puerta otros dos golpes, tras, tras, esta vez con mayor nitidez, cortos, capitulares y categóricos. Los aldabonazos, a esa hora, hicieron la casa más grande y misteriosa, la vetusta mansión de gruesos muros e inalcanzables techos que aparece en los sueños cuando estos están a punto de trasmutarse en pesadillas. Esta segunda vez la casa se hundía ya en completo silencio. Por callar, calló hasta la obcecada carcoma del pequeño mueble donde se apandan las bebidas, un terco animalito alcoholizado por los vapores que allí respira. Salí de mi estudio. Se había hecho completamente de noche. En una ciudad los ruidos tienen todos una explicación, y en caso dudoso, se avisa a la policía. En el campo resultan la mayor parte de ellos difíciles de explicar, y la Guardia Civil queda siempre tan a trasmano que, cuando llega a un sitio, suele venir ya con el juez para el levantamiento de los cadáveres. Nuestra casa está apartada de todo, en medio de cerros

vírgenes, olivos y soledades más umbrías a medida que se mete la noche encima, y aunque no se tienen noticias por la comarca de hechos criminosos ni tropelías, en todo siempre se encontrará una primera vez.

Tras, tras. Volvieron los ruidos de la puerta. Los del resto de la casa, replegados y hoscos, se apretaron aún más contra lo intrínseco de su miedo, tiritando.

—Voy —dije levantando la voz, para tranquilizar a quien fuese, y para tranquilizarme a mí, pero lo cierto es que de pronto perdí mi aplomo, y me empezó a latir con fuerza el corazón. En un segundo comprendí que M. y los niños llevaban ya mucho tiempo fuera de casa, deduje que tenían que haber estado de vuelta hacía rato y supe, con absoluta certidumbre, que algo les había sucedido, algo malo, desde luego, y que allí estaban para comunicármelo. Quizá la Guardia Civil. Pero la Guardia Civil hubiera gritado, hubiera dicho, ¡somos la Guardia Civil! Bajé las escaleras de dos en dos y abrí la puerta de un solo y brusco movimiento, nervioso, lleno de angustia y funestos presentimientos, dispuesto a enfrentarme a la verdad de un golpe, sin comprender muy bien lo que estaba sucediendo, todo lo que a partir de ese momento vendría a suceder.

Me encontré con tres jóvenes. No lo eran del todo, quizá anduvieran alrededor de los treinta años. Los dos varones eran más bien altos, morenos, flacos. Uno era bastante guapo, se parecía un poco a Gary Cooper en aquellas películas primeras suyas. Miraba igual que él, de abajo arriba, con la cabeza un poco ladeada y abatida, tanto por timidez como por vergüenza, disimulando su estatura. Eso le hacía encantador. El otro era un muchacho moreno, con gafas de concha, con el pelo mal cortado y negro, lleno de ondas que le caían sobre la frente, y una barba de dos o tres días, no muy tupida. Como barba no valía mucho, parecía más bien que se hubiera tiznado la cara con un corcho quemado. Llevaba un jersey portugués de cuello vuelto, uno de esos jerseys de lana que esparcen en el pecho dibujos vagamente geométricos de aves y figuraciones extrañas, en hilos de color rojo y negro. Aquellos pelos en la cara, que no lograban borrarle la expresión infantil del rostro, las gafas de concha, la palidez y el jersey le daban un aspecto de romántico nórdico, un poco tísico. Y la muchacha, morena también, no muy alta, bellísima, con el pelo cortado por debajo de la nuca,

una melenita de sufragista que la hacía muy graciosa, pantalones vaqueros bastante ceñidos, botos salmantinos de anca de potro y un abrigo de piel vuelta, de tres cuartos, como un caftán, con el cuello aborregado lleno de rizos blancos. Bastante delgada. Debía de tener una figura muy hermosa también, porque no mostraba el menor interés en destacarla, al igual que sus pechos, que se adivinaban abarcables, sin complejos. Tenía unos ojos preciosos, negros, llenos de brillos angélicos, que lo mismo podían ser diabólicos, que de los otros.

El que habló primero fue el de las gafas de concha. Al hacerlo se puso colorado. El otro, el que se parecía a Gary Cooper, y la muchacha ni siquiera intentaron a abrir la boca, como si estuvieran acostumbrados a que hablara siempre su amigo.

Me pidió perdón en primer lugar por presentarse de esa manera, y señaló con la cabeza a sus amigos, dando a entender que la decisión de presentarse en nuestra casa era colegiada, y que en caso de que hubiera que asumir responsabilidades, lo harían mancomunadamente. Creo que empezaban a arrepentirse de haber venido.

Habían preguntado en El Pago, contó, dónde vivíamos, se les había echado la noche encima y se habían perdido por estas callejas. Cuando habían dado con la casa, era ya muy tarde, y dudaron si llamar o no. Eran de Madrid, Fulano y Zutana, presentó, y yo, Mengano.

Habían decidido pasar el Año Viejo en Trujillo. Estaban alojados en el Parador y, bajando la voz, por si me molestaba la confidencia, aseguraron que eran lectores de estos diarios. Se vio que el portavoz ponía en esa última confesión la esperanza de que por ello les fuese perdonada la audacia de su intromisión; los otros dos, con los brazos caídos, esperaban un veredicto con aspecto resignado, un indulto quizá.

Creo que todos sentimos esas fantasías alguna vez, que vamos a conocer a un escritor y que acabaremos convirtiéndonos en personajes literarios, al revés que los de Pirandello, que eran literarios y querían convertirse en reales.

Yo me quedé sin decir nada; tampoco se me ocurría qué hacer. No me gustaba nada aquello y me parece que torcí el gesto. No va a saltar uno de alegría con la exclamación, ah, ¿os gustan estos

diarios? Pues, venga, vamos a descorchar unas botellas de champán. Si hubieran dicho que no les gustaban, uno hubiera sugerido de inmediato, pasad, vamos a discutirlo. Pero como uno no tiene la costumbre del elogio, se queda en el incómodo pasmo buscando la puerta de salida. Lo ha pensado otras veces: del ataque es fácil defenderse, pero cómo defenderse de un elogio; si lo rechazas pareces presumido, y si lo aceptas, un vanidoso. Los elogios para el que los recibe son mala cosa, porque hay que ser con ellos mucho más humilde. Un ataque justifica que uno sea orgulloso, pero un elogio exige que se sea sencillo; el orgullo se tolera, pero la humildad, ¿dónde se aprende?

No dije nada. Me les quedé mirando. Siguieron unos segundos interminables e incómodos para todo el mundo. Debió de ponérseme la cara de ¿y ahora qué?

A sus espaldas se cerraba en toda su grandeza la más inhóspita de las noches. Estaba empezando a helar, y allí, con la puerta abierta, el aire fosco empujaba hacia la casa todo aquel frío, amenazando con enfriar en cinco minutos lo que había costado entonar todo el día. Podía oírse incluso cómo se templaba sobre la hierba el acero de la helada, esas afiladas cruces y espadas que la hacen inexpugnable.

Estábamos en esto cuando, como un recurso providencial de teatro, apareció Mora, la mastina, que se puso al lado de la mujer, y procedió a olerle esas cosas que las perras les huelen a las mujeres.

Me puse colorado, como si fuese responsable de tantas cosas al mismo tiempo: de que mi perra no estuviera satisfecha sexualmente, de que la perra no fuera macho y, sobre todo, de que la mujer no fuese perro. Todos los papeles cambiados, como nuestra misma escena.

Nos sonreímos de una manera nerviosa los cuatro, y para cambiar de tema lo más rápido que pude, les informé que M. y los niños estaban a punto de llegar en cualquier momento, y que solo íbamos a poder charlar unos minutos.

El que se parecía a Gary Cooper hizo un vago ademán, que le incluía a él y a los otros dos, y corroboró que tendrían que marcharse, si no querían que se les hiciera demasiado tarde.

¿Tarde para qué? Era una manera de hablar. Con esa nueva confesión de que querían irse de inmediato, a mí me entraron unas

ganas súbitas de invitarles a pasar.

Subimos los cuatro las escaleras en silencio. Yo abría la marcha. Ellos levantaban la cabeza y no perdían detalle, los muros, los muebles, las diferentes puertas, pensando seguramente no ya en dónde se habían metido, sino en cómo iban a salir. Les traje directamente a este cuarto, en el que ahora estoy.

Nos recibió el crepitar de la chubesqui, su calor seco y la luz confortable del flexo, una luz confitada. Solo estaba adecuadamente iluminada la mesa de trabajo. Lo demás permanecía en una penumbra de caramelo.

Me gustaba que fuesen los tres tan tímidos y tan unánimes. Se veía que estaban deseando escapar de allí como fuese. Los tres tomaron asiento con la espalda recta y las mandíbulas apretadas. Yo pensaba: dentro de un rato van a empezar a dolerles las vértebras del cuello o los riñones. Me decía: Esto sí que es extraño, y no lo de los ruidos. Quién me iba a decir hace un momento que aquí, en Las Viñas, iban a venir estas gentes, cómo iba a sospechar que esa muchacha iba a estar tan cerca para recordarme que juventud y belleza no han de hacer ningún esfuerzo para ser naturales. Casi no me enteraba de lo que me estaba contando su amigo, y no porque pensara, como Yeats en el poema sobre la guerra civil en España, que quería abrazarla. Yo no quería abrazarla. En realidad solo deseaba que M. apareciera pronto; podría verla como yo la veía. M. tiende a creer que uno alucina en lo tocante a las mujeres, que las describo siempre con un exceso de imaginación. Por eso solo quería que apareciese, por que la viese y me dijese luego si exageraba o no. La muchacha no despegaba los labios. Les miraba a ellos cuando hablaban, aunque de vez en cuando se desentendía y me echaba una ojeada, para saber qué cara ponía yo. Entonces yo variaba de inmediato la visual y aparentaba estar pendiente de lo que decían sus amigos, pero en cuanto la chica volvía la vista hacia ellos, yo volvía a espiarla. Tenía una nariz pequeña, labios finos y unas facciones ligeramente marcadas, pero eran sobre todo sus ojos lo que uno no podía dejar de registrar. No eran ni grandes ni pequeños, no estaban más altos o más bajos situados en la cara, ni más juntos ni más separados: únicamente percibía uno que eran preciosos, muy profundos, negros, con un fulgor vernáculo y patente, de traducción difícil, pues no sabía uno nunca si te estaban

diciendo adelante o adiós. Llevaba el pelo suelto y de vez en cuando hacía un gesto mecánico con los dedos y se colocaba un mechón por detrás de las orejas, finas y bien proporcionadas, con una perla en cada una de ellas. Lo hacía precisamente por eso, para que se vieran las perlas, y se había puesto las perlas para exaltar las orejas, pequeñas y muy bonitas. Quizá pensara, como Nietzsche, que unas orejas pequeñas y bonitas son el laberinto que conduce a Dionisos.

El de las gafas siguió hablando un poco más. Tenía una voz sin timbre, evaporada entre nieblas metálicas. La chica había cruzado las piernas y se sujetaba la rodilla con las manos, pero seguía manteniendo la espalda erguida, pegada al respaldo. No se había quitado su caftán de piel vuelta. De vez en cuando giraba levemente la cabeza, escuchaba con atención, y no rompía nunca la expresión de seriedad. Cuando volvía la cabeza, yo miraba a otra parte, como un colegial, porque no quería que me sorprendiese estudiándola.

Por preguntar algo, quise saber a qué se dedicaban. El que llevaba la voz cantante había trabajado de periodista, aquí y allá. Malo, pensé. Ahora estaba en el paro. Bien, me dije, quizá se arregle. Miré al compañero del parlamentario, y me informó, mucho más vagamente, que no había hecho demasiadas cosas en la vida, pero que pensaba pedir algún dinero y empezar a editar. No van a tener remedio, concluí de nuevo tristemente. Qué clase de libros, pregunté por cortesía, por alargar la conversación. El muchacho bajó la cabeza, un poco avergonzado de lo que tenía que decirme, y con un hilo de voz añadió, no sé, Leopardi, Fitzgerald, Goethe, James, Conrad, las cosas que me gustan. Bien, aplacé de nuevo, quizá no todo esté perdido.

La chica era la única que tenía un buen trabajo, desde hacía años, de secretaria, un trabajo burocrático que no le interesaba lo más mínimo, pero que le permitía leer y hacer otras cosas.

Cuando el tema de conversación de los empleos, que duró unos treinta segundos, quedó agotado, les pregunté cómo era que habían venido a pasar el fin del año en Trujillo, pregunta completamente idiota porque había sido lo primero que me habían dicho en el mismo umbral, antes de franquearlo.

Se hizo otro silencio. Me levanté, retiré las arandelas de la chubesqui y arrojé un leño en la estufa.

Les había gustado mucho Las Viñas, lo que la luz de la tarde les

había permitido ver, al menos.

—Al venir observamos un pájaro muy extraño, sobre uno de los cables del tendido eléctrico. Era precioso, se asustó al vernos, y salió volando. Muy despacio, como a cámara lenta.

Fue la chica quien habló. Tenía una voz bonita, fina, sin demasiado cuerpo, pero con destellos de *mezzo*, y como sus ojos, poco difusos y seguros.

Sería un milano, les dije. No, contestó el de las gafas de concha. No era un milano ni una lechuza ni un mochuelo. Él entendía algo de pájaros, confesó sin modestia, y no era de ninguna de esas especies. Les pregunté si le habían oído llorar, uuuh, uuuh o con acento, uhhh, uhhh. Los tres, sin ponerse de acuerdo antes, concertaron que el alarido había sido claramente el segundo y no el primero, uhhhh, y no uuuh. Yo les informé que podía ser un pájaro ruso, que tenía el lloro como el de los niños, y que se había quedado descolgado de su bandada, en la migración. Se lo dije, pero mientras se lo estaba diciendo sentía ya una gran vergüenza, por estar engañándoles con aquella fantasía mía. Podía haberles contado también lo que me acababa de ocurrir con los ruidos extraños de la casa, pero eso, que era real, no se lo hubieran creído sin embargo, y por eso me contuve, por temor a que pensaran que trataba de encopetarme delante de ellos como un escritor de esos a los que les encanta que las mujeres salgan volando por los aires, o que logran que los muertos vuelvan a los pueblos polvorientos de Tijuana.

Cambió una vez más la conversación, que no había modo de armonizar: ellos querían hablar de mí, y yo quería saber de ellos. Aunque en realidad de ellos yo no sabía nada. Habría querido preguntarles si estaban enamorados, qué música escuchaban, cuáles eran sus alegrías y qué cosas les apenaban. El pequeño editor, que debía ser un sentimental, me dijo: «no creíamos que pudiéramos verte», y a continuación hizo amago de levantarse para irse. Me fijé en él por primera vez de una manera concienzuda. Tenía unas manos muy chopinianas, como para ponerlas en un teclado y empezar con los nocturnos. No dejó de fumar un solo instante. Sostenía el cigarrillo entre los dedos de una manera muy femenina, pero a la vez era muy viril. Tenía los ojos un poco hinchados y rasgados. A lo mejor por sus venas corrían unas gotas de sangre

oriental. No dejó de sonreír durante el tiempo que estuvieron allí, siempre con una sonrisa significativa, del que sabe más cosas de las que va a decir. Por ejemplo, sabía perfectamente todo lo que me había contrariado la visita al principio, todo lo que me gustaba luego y lo solo y desesperado que debía de estar en el fondo como para haberme enrollado con unos desconocidos, y también conocía lo mucho que me gustaba la chica y el hecho de que no le hubiera quitado los ojos de encima…

Como la conversación languidecía, pregunté directamente, por la curiosidad súbita que me entró de saber algo más de sus vidas, si estaban casados.

Fue la primera vez que la chica se soltó las manos de las rodillas, descruzó las piernas, irguió el cuello y miró desconcertada, un poco a la defensiva.

No lo estaban, pero ella esperaba un hijo, y señaló un poco azorada al muchacho de las gafas, dando a entender que él era el padre.

Sentí que no debía haber preguntado eso, y el que se parecía a Gary Cooper, que se dio cuenta de ello, trató de quitarle importancia y aseguró que él tenía peor suerte con las mujeres, y que no le quería ninguna. Se rio en sordina, seguramente porque será todo lo contrario, que las mujeres le acosan, porque era muy guapo.

Nadie hubiera dicho que la muchacha estaba embarazada.

Se hizo otro silencio.

Se habló todavía de algunas bagatelas más, pero la reunión había llegado a su final.

Fue la chica la primera que se puso de pie. Sentí una enorme tristeza de que se fuera. Creo que sí, me habría gustado abrazarla, como Yeats a aquella muchacha del mitin. Me habría gustado besarla también. Permanecimos de pie los cuatro sin decidirnos a la acción. Todo el campo estaría cubriéndose con los cuchillos afilados de la escarcha. ¿Qué iban a poder hacer esos muchachos en Trujillo? Tendrían que compartir la estruendosa charanga de las gentes que celebraran la nochevieja. No, no iban a celebrar nada. Me miraban como diciendo: «Estas despedidas son así de tontas. Todos nosotros somos un poco iguales, por eso nos entendemos. Dentro de unos minutos cada uno pensará en lo que dijo y en lo que

no dijo, y le mortificarán las cosas que creyó que eran una tontería, y le escocerán dentro todavía, como si le abrasaran, aquellas otras que no se atrevió a decir. Al fin y al cabo, ¿qué puede hacer un solitario sino buscar a otro, reconocerse y comprenderse? Olerse como los perros».

Lo lógico es que se quedaran aquí esta noche, pensé. Si yo hubiera sido Tolstoi, si el Corazón hubiese sido Yasnaia Poliana, las cosas hubieran sucedido así. Habríamos llamado a los criados, habríamos enviado una troika al pueblo a recoger su equipaje, y habrían sido instalados en una de las habitaciones de la segunda planta. Pero uno no es Tolstoi, en esta casa no hay sitio para más y El Pago no es Rusia.

Y de no quedarse en casa, me hubiera gustado seguirles, saber cómo iban a pasar la noche, lo que dirían del encuentro, lo que la vida les reservaba…

El de las gafas y las ondas sobre la frente, el novio de la muchacha embarazada, debió de leerme el pensamiento, porque antes de alcanzar la puerta del estudio me dijo: «Es curioso lo que sucede en la vida de las gentes. En realidad este encuentro ha sido poco significativo, no se han dicho grandes cosas en él, pero acaso para alguno de nosotros sea imborrable. ¿No es extraño?».

Era una pregunta un tanto aparatosa para responder allí, junto a la puerta del estudio, de pie, y di otra ambigua cabezada de comendador, igual que al principio, como diciendo «quién sabe».

Les tendí la mano a ellos y cuando iba a hacer lo mismo con ella, esta acercó su cara para que la besara. No sé por qué supe desde el primer momento que lo de leer mis diarios iba con todos menos con ella, y sin embargo me pareció que me miraba como una mujer que se reía un poco de todo aquello. Un algo así como: «Bueno, tú serás escritor, pero me he dado cuenta de cómo me has estado mirando. No he leído una sola línea de las que has escrito y a lo mejor ahora me animo, pero lo importante en este segundo es que yo sé que tú sabes lo que yo sé, y al revés, sabes muy bien que sé lo que tú sabes». No sé muy bien a qué podía estar refiriéndose, pero di por buenas todas las conjeturas. Al acercarse me rozó el pelo tan negro, y me pareció húmedo, como si no se lo hubiera secado, y olía a brea y a agua de colonia. Me pareció un perfume muy exótico. Le besé una mejilla y luego otra. Al pasarme el pelo

por las narices, aproveché para aspirarlo todo lo que pude, por si luego quería recordarlo.

Su partida me producía una tristeza muy real. Aquella visita dejaba en lo más hondo del alma sus posos de café turco, pero cuando iban a abrir la puerta para irse, sucedió algo todavía más extraño. M. la abrió desde fuera. No me había enterado de que habían llegado. Echó una mirada al cuarto, como buscando a alguien, y comentó:

—Me pareció que había alguien contigo. ¿Estabas hablando solo? Mira la estufa, se te ha debido de apagar. Se ha quedado fría la habitación.

Y añadió, ¿ha estado alguien aquí? Huele la habitación como si hubiera estado alguien fumando.

Levanté la cabeza de este cuaderno y vi a M. Me estaba sonriendo, parecía pensar: no me importa que te vuelvas loco, con tal de que envejezcamos juntos. Tampoco me importa que fumes a escondidas.

—Lo siento, —añadió a continuación, cuando se dio cuenta de que estaba trabajando. Me miró unos instantes más sin soltar el picaporte de la puerta, sonrió y la cerró con suavidad, para salir más que de una habitación, de un sueño que no queremos desbaratar.

Solo entonces comprendí que quienes habían estado a verme éramos M., yo y V., hace veinte años.

Quizás fuese este quien, desde su muerte, nos recogiese en alguna parte. Me dije, ¿cómo no comprendiste que éramos nosotros? ¿Tanto hemos cambiado que no los reconocí ni me reconocí? ¿Dónde han quedado, muertos, los que fuimos, dónde están olvidados? Sentí un inmenso amor por aquellos días. Pobre V., ¿y tú? Aparte de muerto en tu pequeño cementerio de San Justo, ¿dónde estás esta tarde de San Silvestre? Se me había olvidado lo bellísima que era aquella muchacha acaso porque no he dejado de vivir con ella un solo día desde entonces. V. llegó a ser editor, pero murió hace seis años. Uno mismo ha escrito algunos libros, pero no ha podido dejar los periódicos y siente su vida tan insegura y provisional como entonces y, desde luego, tan solitaria. Ella sigue trabajando en lo mismo. A veces me pregunta: ¿Algún día me retirarás? ¿Me quitarás de esto? Me gusta, por fantasía, que me lo

pregunte como una de la vida. Y yo le respondo, sin convicción ninguna: algún día. El niño del que estaba embarazada nació hace quince años, ha crecido, empieza a vivir su propia vida. Dentro de siete tendrá los mismos que teníamos nosotros en esa escena que acaba de representarse hace un instante. Ha venido incluso al mundo otro niño, al que ahora siento, sí, asustando con sus juegos y voces, sin quererlo, a todos los ruidos de la casa.

Tengo oído que Eugenio d'Ors acostumbraba a quemar la noche de Año Nuevo una página inédita, «la más bella», aseguraba, y veía en ello una forma de sacrificio a sus manes particulares.

Quizá debería uno quemar estas páginas con las que comienzo el año, diezmo de las que llenarán nuestros graneros, si lo quieren los dioses. No son especialmente bonitas, pero llegaron ayer mientras estaba solo, esperando que M. y los niños volvieran de Trujillo a armar por dentro esta casa y a mantener a raya a tanto ruido extraño, no siempre pacífico, sobre todo cuando logran emerger del famoso laberinto, como ahogados que devuelve el mar, con inquietantes augurios de soledad, de enfermedad, de muerte.

A continuación, cerré este cuaderno y salí a reunirme con ellos. Cenamos los cuatro solos. R. me dijo, papá, estás cogiendo la costumbre de hablar solo, y además creo que has vuelto a fumar. No, les dije, lo que oís son ruidos que se os meten en el oído sin que os deis cuenta; es esta casa. De lo del cigarrillo no me atreví a contarles que había estado visitándonos V. y su madre y yo mismo, cuando éramos jóvenes, cuando uno de los dos estaba en camino y el otro ni siquiera en proyecto. Y nos reímos un poco todos de muy buena gana de que empiece uno ya a tener manías, porque no son manías que sean especialmente molestas para nadie, y G., como siempre, fue quien puso la nota extraña, preguntando: ¿Y las cosas que hablas solo son cosas que sabes o que no sabes?

Mientras esperábamos las doce campanadas y veíamos en la televisión a unos que hacían y decían cosas más raras todavía que las nuestras, con una excitación poco convincente y tanto más incomprensible cuanto que las veíamos con el volumen del televisor quitado, nos pusimos a jugar al parchís.

G. lo ha descubierto hace dos días y exige que se juegue a todas

horas, bien que cada pérdida de una de sus fichas es seguida por un ataque de cólera y llanto verdaderamente cómico, que le enfurece tanto más cuanto más nos hace reír a los demás.

Y así fue cómo uno, que hacía acaso quince o veinte años no jugaba al parchís, entró de nuevo en el reino de los recuerdos, en aquellas veladas de León, interminables como sus inviernos. Y los recuerdos leoninos se reforzaron al rato por una llamada de teléfono.

Era de mi hermano, que acababa de llegar de Méjico. Con la vida de este hermano podría escribirse una pequeña novela unamuniana. Va cada dos o tres años a Méjico. Es pintor. Durante ese tiempo, en León, ha ido pintado paisajes de la tierra, pueblos, ermitas, parajes pintorescos de la montaña, de los ríos, de los sotos. En Méjico acuden a sus exposiciones los paisanos afincados allí. De estos, unos llevan veinte o treinta años emigrados, pero muchos otros son emigrantes de segunda o tercera generación, con escasa relación con la patria de sus mayores. Todos ellos, sin embargo, conservan, muy arraigada la memoria de los ancestros, del terruño, de su familia, hablan de todo ello de continuo y sueñan con retornos imposibles o improbables, como los judíos que expulsaron de Toledo en el siglo XV, pero cuando hablan de «su» pueblo, lo describen como si acabaran de dejarlo una semana antes, las casas, la iglesia, las presas, las paleras, y muchos ni siquiera lo han visto nunca.

X ha estado viviendo, invitado, en casa de uno de estos indianos, que fue hace cincuenta años empleado, primero, y más tarde socio de don Pablo Díaz, el hombre que dio dinero para que se levantase, a finales de los años cincuenta, el santuario de la Virgen del Camino y el colegio donde estudiamos los hermanos.

Creo que era de Vegaquemada, un pueblo que está a unos quince kilómetros de Boñar, en la montaña de León, no lejos, si se va por los montes, de Manzaneda.

Este don Pablo…

Creo que voy a dejarlo aquí, porque hoy también se ha hecho tarde, y acaso mañana pueda terminar de contarlo.

ESTE don Pablo, siendo Pablito, dejó el pueblo, camino del convento de Corias, cerca de Cangas del Narcea. A este convento lo llamaban el Escorial de Asturias, era una fábrica imponente de

granito sillar, metido entre bosques de castaños y sitiado por helechos de tamaño prechelense, y al que se llegaba por una carreterita torcida. Todo el convento olía, al menos cuando yo lo conocí, precisamente a eso, a cortezas de castaño podridas y a cementerio.

El muchacho quería ser fraile, o esa fue la excusa para dejar atrás las apreturas económicas familiares. Pero en Corias no encontró la vocación, y ahorcó los hábitos. Aquí la biografía se hace leyenda y se bifurca en dos guías, ambas novelescas. Según una versión, los frailes, comprensivos con el chico, que no querría volver al pueblo, le pagaron el pasaje en uno de los barcos que salían de Gijón para América. Según otra, el muchacho habría robado de uno de los cepos de la iglesia el dinero que le permitió comprarse el pasaje, y luego huyó. En cualquier caso ambas versiones vuelven a reencontrarse en la gratitud que mostró hacia los frailes dominicos, bien porque tuviera que saldar una deuda, bien porque quisiera reparar la pifia.

En Méjico hizo fortuna, después de pasar por varios negocios.

Su peripecia laboral y empresarial allí está velada bajo un misterio, pero se hablaba de un hombre recio, austero y astuto que había llegado a traicionar y arruinar al socio original de sus primeros negocios, lo que le situó en solitario al frente de ellos. Su golpe de suerte vino cuando fundó «La Modelo», una fábrica de cervezas. En ella empezó a industriar una clase de cerveza rubia y ligera, que llamó «Corona» y después «Coronita», y en muy pocos años se hizo con el mercado mejicano y buena parte del consumo en California, Tejas y el sur de los Estados Unidos.

En algún momento alguien levantó una basílica vanguardista junto a la de Guadalupe, allí, y eso le hizo soñar en algo parecido, aquí, con su patrona leonesa. En cuanto pudo, volvió a España y creó la Fundación que lleva su nombre, al frente de la cual dejó a los frailes dominicos.

La llegada a España de don Pablo fue apoteósica, sobre todo entre sus paisanos, a los que socorrió dándoles dinero, arreglándoles las casas, mejorando a unos parientes con franquicias, y remediando a otros con empleos o rentas. Fue entonces cuando todos empezaron a conocerle por Don Pablo, como a Corleone le conocían por Don Vito.

Sin embargo nunca alardeaba ni hacía ostentación de su inmensa fortuna. Era un hombre moderado en el gusto y en el gasto, enjuto de cara, exigente. En dos o tres ocasiones, cuando yo estaba allí estudiando, nos lo enseñaron. Venía siempre en un gran coche negro, como Franco. Siempre se le veía metido, a juego con el coche, en un traje negro, de porte muy severo, sin concesiones, del que sobresalían el cuello y los puños de la camisa demasiados blancos, que le daban un aspecto funéreo. Se protegió con guardaespaldas toda su vida y vivió secuestrado por su propia riqueza. No se le conocían aficiones que no fueran el negocio y sus piadosas filantropías. Fundó también un hospital español en el D. F. de mucho rango, y auxilió a la colonia leonesa que recalaba en Méjico buscando plata, solo porque eso le sumía en efusivos recuerdos del terruño. La colonia cazurra estaba territorialmente limitada y procedían casi todos, como el propio don Pablo, de esa montaña central, Curueño, Bernesga, Torío y Porma, algunos de Riaño, pero ninguno del Bierzo, de Maragatería o del Páramo, que se enfilaban hacia Madrid, como los pescaderos, para formar la mayor parte de ese colectivo en la capital.

Entre las fantasías que a don Pablo le dio el dinero, se cuenta la de su empeño por llevar a Isabel la Católica a los altares. No se sabe por qué razón el hombre le tenía manía a Fernando, su católico esposo, pero a este le dejó fuera del consorcio santoral desde el primer momento por motivos, es de suponer, bien fundados. Desde hace unos treinta años, y aun después de su muerte, la comisión promotora creada y pagada por él sigue en sus trece con lo de Isabel la Católica, gozando con los aplazamientos del dicasterio vaticano de canonizaciones, que le permite seguir viviendo del momio, de la fe de nuestro prohombre y de sus mandas.

El antiguo santuario de la Virgen del Camino era bellísimo, en su modestia, una ermita del siglo XVIII, emplazada en una explanada donde los romeros dejaban sus carros y caballerías y se instalaban los feriantes. En su lugar don Pablo y sus consejeros levantaron uno suntuoso y absurdo, en forma de catafalco. El santuario se llevó setenta millones de los cien que donó, y treinta el colegio, que albergó a quinientos postulantes de frailes. El santuario por dentro estaba forrado de maderas exóticas de Guinea, como el camarote de un barco de lujo, pero por fuera era como todas esas iglesias de

entonces, aunque los frailes estaban muy orgullosos de que aquello conmoviera sobre todo a los ateos de aquel tiempo, que no dejaban de reconocer la manera tan actualizada con la que Dios mostraba su poder y su gloria. El colegio, en su día, causaba también mucha sensación por la modernidad de su arquitectura, entre soviética y mussoliniana. Precisaron para ello comprar un sinfín de terrenos. De los lugareños unos accedieron y otros no; unos contribuyeron con su ayuda a las obras, y otros se quedaron un paso atrás. Cuando el colegio estuvo construido y se llenó de apostólicos, los frailes, con buena memoria para los favores, ayudaron a los que les habían ayudado enviando cada año a la muchachada a vendimiarles las viñas. Naturalmente gratis. En una semana, con quinientos peones, sus viñas quedaban listas. En cambio, quienes se habían mostrado reticentes con los apoderados del mejicano o con los frailes, esos tenían que vendimiarse las viñas solos.

Para el santuario los frailes contrataron a un arquitecto moderno, Fisac, y con un escultor de la vanguardia de entonces, un tal Subirach, resolvieron los pormenores decorativos. El escultor, un artista de pujos teatrales, llenó la fachada con doce estantiguas de bronce a las que llamó apóstoles y que las gentes modestas de la comarca venían a ver cada vez que querían reírse tranquilamente o comprobar lo loco que se había vuelto el mundo.

Sin embargo, ni don Pablo ni sus herederos (no tuvo hijos con doña Rosario, y es un viejo sobrino el actual jefe de la cosa) efectuaron jamás inversiones industriales o promovieron negocios en su tierra, aunque le llovieron siempre propuestas y toda clase de exenciones, si se animaba a traer a ella su dinero.

La comunidad de dominicos de la Virgen del Camino publica preceptivamente pomposas y caras esquelas de aniversario, junto a los novenarios de sufragios y otros homenajes perpetuos. Así que puede decirse que su porvenir espiritual hoy por hoy está en mejores manos que el alma de Isabel la Católica.

De estos frailes, algunos quisieron emprender el proceso de venerabilización del benefactor, pero les disuadieron, y de momento, con lo de Isabel la Católica, tienen cerrado ese negociado, para evitar ser acusados de grandilocuencia y humos místicos. El santuario, en la actualidad, sigue en activo. El colegio, en cambio, lo clausuraron, y ahora se parece mucho a esos cuarteles

abandonados en los que los cristales se llenan de polvo y se van rompiendo, bien solos, bien porque se lanzan contra ellos los vencejos cuando se quieren suicidan De lejos esos pabellones causan cierta impresión y los supone uno ocupados por los vagabundos y los cagones de los alrededores. Otro de mis hermanos, que ha ido alguna vez por los alrededores en la pesquisa de la seta, cuenta que el estado de abandono y desolación de aquellas dependencias es grande, y en los viejos y áridos campos de deportes han vuelto a crecer las cepas supervivientes del exterminio, que fueron arrancadas hace cuarenta años para su construcción.

Hablamos por teléfono de todas estas cosas un buen rato, y se le llenaron a uno la cabeza de los recuerdos de antaño.

Vino luego lo del parchís y lo de las uvas, y en cuanto el trámite de engullirlas quedó cubierto al son de las campanadas de la Puerta del Sol, dañando lo menos posible el sistema estético, enfilamos hacia la cama.

Bajo las mantas, con la luz encendida aún y el libro en la mano, ni siquiera nos atrevimos a participarnos el uno al otro lo maravilloso que era estar allí, tapados por las mantas, oyendo llover fuera, con la casa recogida. Tampoco habíamos tenido ninguna de las acostumbradas visitas vespertinas de celebración. Salvo la que vino a verme a mí. Pero de esa no me atrevía a hablarle aún. Estas visitas unas veces caen bien y otras no. Las mismas que un día se reciben con gusto, otras vienen a interrumpir la quebradiza felicidad, el paso del tiempo, las cenizas y la incierta suerte que la vida nos haya reservado a cada uno de nosotros cuatro. Vino alguien también, pero no salí del estudio. El caso es que no hubo que descorchar botellas de vino para celebrar nada antes de plazo. Solo nosotros, el fuego de la chimenea y la lluvia incesante y, claro, el parchís, aunque no sepa uno dónde poner en una página de literatura a la altura de estos tiempos tan trágicos y atribulados la palabra parchís.

Llevábamos un cuarto de hora leyendo, pero en realidad ninguno de los dos quería leer. Teníamos ganas de hablar. Me levanté y añadí dos o tres leños más a la estufa. No le hace falta, me sugirió M. Sí, le dije. Leña hace falta siempre en una estufa.

Yo no me atrevía a contarle lo más importante del día, la visita de V., y que este se había presentado con nosotros dos, cuando

éramos jóvenes. Le dije, he pensado en V. Fue a lo más que llegué a atreverme. Permanecimos cinco minutos en silencio, pensando cada cual en sus cosas. Luego añadí, eras guapísima cuando eras joven. M. hizo que se enfadaba un poco. ¿Y ahora no? Ahora también, pero entonces más. Se acercó y reposó su cabeza en mi hombro. Su pelo, con algunas canas, sigue siendo tan suave como entonces y olía igual que entonces, a baño, un poco a resina y a agua de colonia.

El sueño iba apoderándose de los párpados, como si fuese haciendo efecto la poción mágica. En cambio las gotas de la lluvia, percutidas en las tejas como si alguien arrojase puñados de perdigones, trataban de mantenernos despiertos. Era una lucha que se libraba entre acordes y escalas, entre la vigilia y el sueño, sueños que te despiertan y vigilias que te adormecen. Al fin nos entró el sueño, pero a la media hora M. se despertó sobresaltada. En el campo los ruidos son bien diferentes a los que pueden escucharse en Madrid. Hubiera podido contarle también todo lo sucedido con ellos mientras estaban en Trujillo. Tampoco me atreví.

Hay alguien en la casa, despierta, me dijo sobresaltada. Acababa de dormirme. No supe si lo que me estaba diciendo M. era real, o se producía en el mismo sueño. Por un lado era tan real, que no parecía sino que el sueño estaba muy bien logrado, y que yo seguía frente a V., a M. y a mí mismo. Me iba a dormir de nuevo, cuando, asustada, me sacudió el brazo con suavidad y me susurró al oído, para que no la oyeran: Creo que ha entrado en casa alguien.

Me desperté de golpe, pero el ruido de las mantas y sábanas me impidió oír nada. Ahora no, se han callado; te digo que ha venido alguien, añadió un tanto contrariada porque hubiesen desaparecido los ruidos, quedando ella como fantasiosa.

Quizá alguno de nuestros amigos, después de haberse bebido unas copas, hubiera tenido la idea de venir a desearnos un feliz año. No hagas ruido, le pedí. En efecto, se oyeron algunas palabras, más bien susurradas, quizá en el zaguán, tal vez fuera. Prestamos atención. Como las conocía de sobra, las reconocí de inmediato; eran las voces de las vigas, que discutían entre ellas. No obstante no quise decir nada, por lo mismo de siempre, para no hacerme el interesante con M., al ser ella de la familia. Creo que es el viento, concluí, y la tranquilicé. Desde ese momento, el viento no dejó de

soplar, para no dejarme por mentiroso. M. me rodeó con sus brazos, volvió a apoyar su cabeza en mi espalda, y así nos dormimos.

Por la mañana, en cuanto me levanté, me vestí al modo de los rusos, es decir, sin pasar por el baño ni afeitarme, y así salí al olivar a buscar leña. Había dejado de llover, pero todo rezumaba agua. El aire era tan limpio y de tal evidencia que, envasado y comercializado, se hubiera podido sacar de él gran rendimiento, pero lo primero en lo que reparé fue en que el viejo almendro de Las Mercedes, con el airón de la noche, se había partido por la mitad. Sentí como una punzada en el costado y todo se llenó de presagios funestos. Era un árbol precioso. El airón de la noche lo había desgajado en dos, como si le hubiera caído un rayo.

Mi sola preocupación al verlo descoyuntado era saber si la parte que se había venido a tierra era la parte viva o la parte muerta, porque de ello dependía que naciera de mí una mitad alegre o una mitad triste, y que las flores del día fuesen blancas o muertas.

Era un árbol viejo y achacoso, pero todos los años se llenaba de flores, desafiando al invierno. Medio árbol llevaba seco muchos años, pero la savia corría aún por el otro medio, y era este el que una buena mañana aparecía vestido como para unas bodas. Lo veíamos desde nuestra terraza, allí, en medio del olivar, dominando al resto de los árboles. Las flores ligeramente rosadas eran un verdadero milagro, pues parecían brotar directamente de una corteza negra y leñosa. Luego le salían unas hojillas verdes que temblaban como esos viejos amortecidos de los asilos, que ya no consiguen calentar sus huesos, ni siquiera expuestos al sol. Hacia las siete o siete y media de la mañana, en el mes de agosto, se posaban en él cinco o seis oropéndolas y nos cantaban las mañanitas. ¿Qué serán ahora nuestros amaneceres aquí? ¿Qué pájaros agoreros querrán venir a posarse en un árbol muerto?

Lo dejé en su sitio, rumié mis presentimientos sombríos, volví cargado de leña, encandelé la chimenea de la cocina, enchufé la radio y me puse a fregar los platos de la cena. Era una emisora portuguesa de música clásica. Hasta los valses que programaban para abrir boca del concierto vienés, sonaban como si fuesen fados. Con eso está dicho todo.

Cuando la cocina quedó lista y recogida la vajilla y la cristalería, me sentí también un hombre nuevo, que podía acometer los

trabajos más arduos.

Como es el único día del año en que le subo el café a la cama, es cosa que puede contarse. Incluso limpié la chubesqui y la dejé de nuevo en funcionamiento, con su tarantela, en su jovial schubertiada. Después, toda la mañana escribiendo, hasta que a la una y media M., Mora y yo, salimos a recorrer la sierra. Había llovido tanto, que bajaban los regatos de todas las callejas como revueltas obreras, rompiéndose ciegos en las piedras. Durante todo el tiempo, fuésemos por donde fuésemos, nos acompañaba ese rumor del agua sublevada. El campo estaba más solitario que nunca y ni siquiera vimos el humo lejano de una hoguera, ni sentimos, invisible, el cobre destemplado de las esquilas. Mora se iba de nuestro lado y volvía al rato, llenando los caminos con la madeja de su alegría, y nosotros, con el agua a media pierna, nos soñábamos mucho más de lo que éramos, por creernos mucho más antiguos, es decir, por sabernos supervivientes, con la mitad seca y la mitad viva unidas aún por una savia no del todo prudente.

Y nada más. Los niños pasaron la tarde viendo *Ben-Hur* en la televisión, y los parlamentos de Charlton Heston, y sus voces, golpeando los muros desnudos de la casa, con su reverbero, hablaban del embelesamiento y la fiereza amansada con que seguían la película, inadvertidos de que muy cerca alguien, contento de su destino, levanta para ellos la fábrica donde acaso se guarezcan un día de todas las malas intemperies del alma.

AYER mismo, por la tarde, decidimos de improviso regresar a Madrid. El tiempo estaba siendo tan inclemente que obligaba a los chicos a estar todo el día pegados a la chimenea viendo la televisión o jugando incansables al parchís. Cuando acordamos volver, corrimos hasta el jardín, como si fuese a partirse él y no nosotros. Lo recorrimos despacio, por las mismas sendas enarenadas y encharcadas que apenas habíamos mirado estos días atrás, reconociendo todas y cada una de las hojas, cada rosal podado, los árboles desnudos, las piedras en su funda de musgo. Se hubiera dicho que era un adiós definitivo.

El día, que había estado cerrado desde al amanecer, comprendiendo nuestra fuga, quiso regalarnos con un pequeño acorde final, y abrió los cielos, con su adivinanza de azules tenues, lavados, de una ingenuidad virginal poco creíble. Eran aquí y allá

grutas de luz que sembraron la tarde de destellos que podían recordar una nacarada pintura de Tiépolo.

Al llegar nos esperaba en el buzón un muy grato presente: un compacto con las grabaciones de J. R. J. recitando sus propios poemas. Era como haber dejado un jardín por otro. El contento, por imprevisto, fue doble, pero en cuanto empezaron a oírse los primeros versos, sobrevino la extrañeza y al poco se produjo una pequeña decepción.

Recordaba uno a Juan Ramón Jiménez leyendo poemas del *Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz. No creo que nadie pueda afirmar que haya nada que se le parezca. No se trata de que un gran poeta lee a otro gran poeta; ahí se llega a la Poesía misma. Son palabras las que se oyen, cierto, pero cada una de ellas parece una gran piedra, como una geoda que partida en dos nos mostrara su nido, y en realidad lo que escuchamos es el silencio que le sigue a la palabra, lo que allí dentro se va formando, su pequeña perla. Imaginemos, por hacerlo más visible aún, el disparo de un viejo fusil, ese cirro de humo blanco que emboca el caño del arma y que queda suspenso en el aire. Y así cada una de esas palabras se hace seguir de una pequeña nube de silencio que flota unos segundos antes de desaparecer. Se diría que cada una de las palabras se disolvía a sí misma en el aire, para evitar confusiones, y todo se limitaba al sentir de nuevo, dicho el decir tan suavemente: geoda, perla, cirro…

En cambio cuando Juan Ramón se recitaba a sí mismo, toda esa convicción con que leía a San Juan parecía haber desaparecido, y las palabras, una a una, iban formando una muralla en la que el retraído se parapetaba. Se le veía, sí, con los ojos de las orejas, incomodo, queriendo acabar cuanto antes con ese penoso trámite de una elevación que se lo tragaba por completo. El propio Juan Ramón decía que la mala poesía gana leída en voz alta, mientras la buena pierde. Quién sabe. Hopkins sostenía lo contrario, que su poesía había que leerla en voz alta.

Sin embargo, ocurrió algo bien extraordinario. Empezaba el poeta a leer *Espacio*. Pareció que se iba a echar a llorar cuando con un hilo roto de voz, desde lo más hondo de sí mismo, ese hombre viejo, raro, medio loco, va y dice: «y lo que hace el amor no acaba nunca».

Yo estaba sentado junto a la ventana. Me quedé con los brazos caídos, sin hacer nada. El compacto se había acabado hacía rato, y yo tenía fijos los ojos en la pared blanca. Y no se oía nada, más que algo por dentro, como un disco que da vueltas y vueltas, con la aguja de diamante sobre un surco roto, sin que nadie se haya molestado en pararlo.

ESTOS últimos días de la Navidad empiezan con su calamidad particular, con su colmo, diríamos. Son los finales de fiesta, propiciados sin duda por los cartelones con grandes cifras que anuncian las rebajas en todos los escaparates. Incluso el de la carnicería de Conde de Xiquena resultaba patético esta mañana. Quedan unos cuantos cochinillos en el escaparate. Dan un poco de pena, como si nadie se los hubiera querido cenar en las pasadas celebraciones. Hacen pensar en esas pobres mujeres extraviadas de la calle de la Cruz. Siempre están en la misma esquina, con la carne más blanda, azul, a punto de disolverse en corrupciones de abultados vicios. Uno se pregunta, ¿no querrá nadie irse con ellas? Le entran ganas a uno de acercarse, acordar el precio y llevárselas, por quitarles un poco de la esquina y darlas la ilusión de que la vida para ellas todavía no ha muerto. A los cochinillos, aunque está muy mal la comparación, no se les querría llevar uno a parte ninguna. Han ido tomando un color céreo de pequeñas momias egipcias o de canónigo gallego, y parecen, por la liviandad de su careta, que estuvieran muertos desde la época de los faraones o, cuando menos, desde los años de doña Emilia Pardo Bazán. La mano artística del señor Carrete, dueño del establecimiento, les ha ido ensortijando las pezuñas y las orejas con guirnaldas navideñas, despelujados hilos de flecos brillantes y unos sombreritos de cocineros, hechos en una hoja de papel blanco con el primor de las puntas de una tijera, y ha colocado encima de cada una de sus testas esas tiaras repolludas, en lo que no puede dejar de ser un sacrilego escarnio. Imposible no recordar la corona de espinas, la columna y el cetro puestos en manos de Cristo por los jayanes. Entre los cochinillos, sembrados con exquisito cuidado, hay variados víveres de lujo conservados en botes de prometedoras etiquetas: hígado de pato y trufas del Perigord, perdices cordobesas en escabeche, cabeza de jabalí a la manera de Praga… La luz de los neones da al bodegón un aire *pop*, muy adecuado para llevarlo, tal cual estaba, a una sala de cualquier

Museo de Arte Contemporáneo del mundo, y lograr que lo compraran allí con el dinero público, que está, entre otras cosas, para dárselo a los cochinillos.

Pero, en cambio, no se hubieran podido llevar de esa pequeña escena lo que sin duda le da una dimensión poética, tan galdosiana como vanguardista. Frente a la carnicería de los Hnos. Carrete había un camión frigorífico en cuya caja se leía: «Hnos. Vicioso. Agrupación Española de Grasas y Proteínas, S. A.». Era un verdadero poema visual.

Y se pregunta uno cómo será esa persona a quien no le importa llevar por la vida un apellido así (hace unas semanas vi otro furgón de reparto en el que venía anunciado también el nombre de su propietario, Ángel Verdugo, chacinero), y que se habrá acostumbrado a él con la misma naturalidad que don José Zorrilla al suyo, o Botín, siendo banquero, al suyo, o nuestro taumaturgo Tapies, pintando toda su vida tapias, al suyo, con el que querría sanar de lobanillos y pústulas a los menesterosos, o uno mismo, al suyo propio.

Yo había bajado a comprar el periódico y vi esa escena, la carnicería, el coche de los hermanos Vicioso, el rótulo de los Carrete, los cochinillos con tubos blancos de cocineros de postín, y pensé que podría hacer con todo ello un *collage* como los de Schwitters, con derivaciones sociales (por lo de los cerditos) a lo Grosz.

No sé, la Navidad tiene ya algo de dadaísta, y es mejor tomársela con humor, y no armar una gresca ni llamar la atención, ni disgustar a unos o agraviar a otros, sino apartarse un poco y dejarla pasar, como a los cortejos fúnebres, hacia su propia disolución.

DEL sueño a la pesadilla se pasa en una fracción de segundo, aunque lo normal es que la pesadilla sea una larva del sueño. Esa ha sido la constatación del sueño de esta noche, que evitaré relatar aquí. Solo añadir que una vez despierto habría dado todo el oro del mundo por volver a dormirme y retomar el camino que le llevara a uno a los mismos pasos. Allí ya me las arreglaría yo para encontrar la oportuna oficina donde presentar mis más enérgicas protestas por lo que considero un fraude.

LA frase «*La gloire est le soleil des morís*», de La Rochefoucauld,

ilustra a la perfección el principio de que la greguería, como los grandes inventos, es un formidable esfuerzo de sistematización del pasado, y por eso resulta tan innovador y con tanto futuro. Pero es también algo más importante: esa frase viene a demostrar que el ingenio raramente resiste la segunda vez, como los chistes o como muchas novelas de seiscientas páginas, encontradas geniales la primera vez y por ello insuficientes a partir de ese mismo momento.

BERGAMÍN, como Heine, decía que España era un invento, pero no de los españoles, sino de los venecianos «como yo». Y es cierto. Una mañana, sentado en la terraza del hotel, en el Gran Canal, vimos pasar un barquito de madera con su

toc-toc

característico, soñoliento y difuso. En el costado llevaba pintado el nombre: *Bergantín*. Hice una fotografía y a pesar de que la cámara era de mala calidad, de que el fotógrafo era muy poco experto, de que el barco se movía y de que no había buena luz, la foto salió y en ella se ve lo suficiente para creer que aquello era una cosa diabólica.

ESTÁN, también, esos lectores que habiendo descubierto a un autor, preferentemente contemporáneo suyo, por la lectura de un determinado libro, se niegan a considerar todo lo que ese escritor vaya escribiendo después. Siempre les parecerá peor. Son, como si dijéramos, lectores de un solo libro que ellos elevarán a un tabernáculo inaccesible. Ese es «su» libro, en el que solo ellos han sabido hallar cosas que a los demás se les habían escapado. Se diría que se niegan a compartir «su» autor, es decir, el autor de «su» libro, con nadie más, porque lo que tiene de valioso ese autor en el fondo es que… fue descubierto por ellos. En la medida que lo vayan descubriendo otros, naturalmente ese autor irá perdiendo interés para ellos. De ahí que su frase preferida sea esta: «Pero para mí, nada como aquel libro que yo descubrí».

Y un día, por la mañana, se levanta uno con el vago pesar y apenujado sin causa, convencido de que todos los libros, artículos y escritos que por una u otra razón acaba escribiendo, en compromisos que siente en cierto modo impuestos y ajenos, le están impidiendo «hacer su obra». Pero comprende que en realidad todos esos libros, que no quería ni sentía como propios, esos y no otros, son su obra. Como la madre-padre que un buen día se olvida de los

hijos ideales que quería tener y no tuvo, y se entrega con alegría a la tarea de hacer mejor los que sin embargo tuvo, y no supo ver ni querer durante tanto tiempo, tiempo que perdía en el fantaseo, dejándoles en orfandad impuesta, que es pecado de desamor gravísimo. Así que trata ahora, en actitud vigilante, que todo salga con el vértice más agudo, porque ha comprendido que quizá no tenga ya nunca tiempo de escribir «su obra ideal», y que la que pueda dejar, realísima, sea esa que ha de mostrarse con él, cuando falte, afecta y orgullosa, como ese hijo que no puede ya olvidar a su padre, modelo para él de tantas cosas.

MIENTRAS esperaba al amigo en el Café del Espejo, mirando el bulevar y a los peatones en su escaparate gigante de la vida, empecé a dudar de si estaba o no errado en la hora, y solo cuando advertí que pasaban quince minutos de la que yo creía, se hizo fuerte la evidencia de que estaba adelantando nuestra cita en una hora. Me rondaban algunas cosas en la cabeza que pensé mejor llevar a un papel, aprovechando el tiempo. Hice una seña al camarero. Este, por entretener su falta de tarea, observaba mi mesa, única que había en ese momento ocupada, si no contamos la de al lado en la que dos tipos repasaban lo que parecían estadillos comerciales o informes de su oficina. Se desprendió de su bolígrafo y me aseguró que podía disponer de él cuanto tiempo quisiera, y en unos minutos me abstraía de mis vecinos, de todo, de mí mismo, concentrado en aquellas frágiles servilletas de papel. Y las cosas hubieran ido bien, de no haber llegado dos ociosas, con sus permanentes azules, su viudedad completa en aretes y pulseras de oro y su aburrimiento. Todo se evaporó, la inspiración voló Dios sabe dónde y empecé a mirar con inusitado rencor a aquellas dos mujeres que, pobres, no hacían al fin y al cabo nada que no pudiera hacerse en ese café. A los cinco minutos la observación que podía sacarse de aquello era inquietante. Dos personas en mesa fronteriza trabajando en asuntos de su incumbencia no nos distraen. Otras dos hablando de tonterías, impiden tu trabajo, como si esa tontería llamara la atención de la que uno lleva también dentro, la suya propia. Desde un punto de vista novelístico acaso la conversación de aquellos dos comerciales hubiera sido mucho más instructiva que la de las mujeres, que no hacían sino un repaso por las revistas del corazón. De todos modos ya no faltaba demasiado tiempo, llamé al camarero, le devolví su

bolígrafo y me guardé las servilletas en el bolsillo, no tanto para que mi amigo, viéndome que llevaba ya mucho tiempo esperando, llegara a dudar también de la hora de su cita, sino para que no se tomara el hecho de haber estado escribiendo en el café como un alarde de genio, entre otras razones porque la cosa tampoco era para echar las campanas al vuelo.

SE han ido todos a ver la cabalgata a la calle Alcalá. Yo digo de estas cabalgatas lo que aquella tía de Sánchez Mazas de las misas del ensanche de Bilbao: no me parecen ni cabalgatas, comparadas con las de Trujillo. ¿Qué cabalgata puede ser esa que sale por los telediarios?

Mientras duró el engaño de los Reyes Magos, era magnífico. Fueron quince años cumplidos. La fe se ha perdido, y no siente uno nada. La ilusión de los chicos era contagiosa. Se cerraban los ojos, y era uno mismo quien parecía esperar la sigilosa visita de los Reyes. Todo se ha desvanecido, y la desolación es aún mayor. ¿Para eso hemos nadado mar adentro? Ahora tendremos que volver de nuevo a la orilla, pero no sabe uno si resistirá. La mayoría sucumbe en ese viaje de vuelta, o se deja llevar por las corrientes, o se hunde en el agua como un trozo de plomo o él mismo se ahoga atenazado por los nervios, el frío de las corrientes o los calambres.

Han ido a ver los Reyes Magos, pero no saben que han ido a despedirse de ellos, de su infancia. Lo sabrán más adelante, tal vez con la edad que yo tengo, cuando hayan tenido sus propios hijos y vean en estos el desastre que ha venido a cumplirse en ellos mismos.

Les dije, id vosotros, yo tengo que acabar esto. Esto era la novela. Y me hice la ilusión de los finales, y emborrachado en esa euforia de avistar la costa, braceé con nuevos bríos, todo para llegar a la palabra fin, sin comprender lo mucho que desde ella echaría de menos todo el tiempo que duró la travesía. Esa euforia sin fundamento de haber culminado una montaña de trescientos folios. Los montañistas es posible que, alargando la vista sobre las cumbres, después de la coronación de la suya, digan: el panorama valía la pena. Uno termina un libro de trescientos pies, y se dice con tristeza: ahora tendré que descender, y aunque trata de conservar en la memoria ese paisaje de crestas y picachos emergiendo de las nubes, no puede apartar de su cabeza los peligros que le esperan en

la bajada.

LO vio venir por el pasillo, a media tarde, comiendo una manzana con un trozo de pan. Le preguntó extrañado qué hacía, como si fuese una extravagancia, algo sin lógica ninguna. Es verdad que nunca, desde que vino a este mundo hace once años, le había visto comer una manzana con pan. No tiene nada de extraño, contestó. El chico se encogió de hombros, debió de pensar, otra manía de mi padre. Habla solo, fuma a escondidas y ahora le da por comerse las manzanas con pan.

Tampoco se había dado cuenta cabal de lo que había sucedido. No le costó reconstruirlo. Fue todo muy sencillo, como si de pronto sus labios empezaran a moldear palabras de una lengua aprendida en la infancia y abandonada entonces. Así llegaron de pronto dos o tres imágenes, estampadas en algún momento del pasado. Había interrumpido su trabajo, se levantó distraídamente de su mesa y de la misma manera distraída cortó un trozo de pan y tomó del frutero una manzana. Lo cierto es que encontró la mezcla de manzana y pan muy… hospitalaria. Solo al cabo de unos minutos cayó en la cuenta de que esa era la merienda que les ponían muchos días en el colegio, en aquel internado, a la misma hora a la que él se había levantado de su mesa de trabajo. De modo que algo en él le había llevado a aquellos años, algo decisivo, consciente, algo falto de no sé qué, como cuando instintivamente buscamos azúcar, calcio, hierro o cualquiera de los oligoelementos que faltan en nuestro organismo. Y toda una panoplia de sabores perdidos le subió en esa hora de la orfandad: pan con higos secos, pan y membrillo, pan y naranja, pan y chocolate, pan y castañas y… pan y manzana. Y fue feliz por haber vuelto a aquellos años como ese borriquillo que sabe retornar a su cuadra, con las riendas caídas, cumplida la jornada.

FUI al Rastro, y no vi a ninguno de los amigos que hacen la ronda. Y el Rastro se convirtió en algo sin ilusión, como pasearse solo en medio de una verbena. Y lo que giraba, giraba fuera de órbita, como los mareos y las desgracias. No entendía nada, casi nada, los objetos que me encontraba tirados en las aceras parecían estar dichos en una lengua muerta por gentes extrañas, fugados de otras desesperaciones, sin gramática, desmovilizados, como soldados de un ejército en desbandada. Y qué descorazonados cuánta decepción nacida de lo que llega sin ilusión. En todas las

casas, en todas las vidas, se guardan cosas inútiles, feas, vulgares, que no sirven más que para que aparezcan al revoltillo un día en una de esas almonedas del Rastro: una sartén sucia, una lámpara alarmantísima, unas tarjetas de visita sin usar que pertenecieron al muerto, unos zapatos viejos agabarrados, un lazo, una gafa, un cuadrito inexplicable, unos botones. Y al llegar a casa hubiera querido abrir los armarios, pesquisar la biblioteca, desencajar los cajones y voltearlos por la ventana, y quedarme solo, con las paredes desnudas y uno en medio, ni sentado ni de pie, mirando las paredes vacías como los locos, a salvo de todas las almonedas de pasado mañana.

Y va el tren más cansado que nunca. A Murcia los trenes van mucho más despacio que a ninguna otra parte de España, porque de una u otra manera parecen querer llegar siempre a una tierra de moros, de huertos y de acequias abiertas con la paciente azada, una tierra que ya no encontraría en ninguna parte, porque desapareció. Y parece que da tiempo de todo, escribe uno ese artículo a medio hacer, mira por la ventana, lee algo de un libro. Y sueña, porque los sueños son la destilación propia de los trenes que pasan, de los que nos llevan, y sobre todo, de los que perdemos. También de los que nos alejan.

Hay algunas vías férreas que han ido cada vez a menos. Se abrieron hace cien años, cuando había minas, destilerías, fábricas de harina o de alcoholes, pero las minas se han agotado, las destilerías se vinieron abajo y los molinos hace treinta o cuarenta años que fueron cerrados por unos herederos abúlicos que no supieron estar a la altura del empuje emprendedor de sus abuelos.

La línea que va a Murcia la conoce uno bien. Quizá por eso la predisposición de ánimo sea lógica, indisoluble. Sabe uno que se encontrará viejos apeaderos ruinosos, caserones levantados hace cien años, de ladrillo, mastodónticas moles industriales con la casa de los dueños o del ingeniero al lado, también de ladrillo, con los cristales rotos y con zarzas entrándole por la puerta, tejares con chimeneas gigantes en cuyo vértice ha construido su nido la cigüeña, vías muertas con vagones y vagonetas que nadie se ha tomado la molestia de retirar y que allí están con tanto óxido en las ruedas, que no podrían desplazarse a ninguna parte. En todos esos lugares no se ve un alma. Se pregunta uno, ¿dónde estarán sus

dueños, cómo tendrán todo esto tan abandonado? Y se imagina uno a mujeres de noventa años, caprichosas, ignorantes, maniáticas, metidas en un piso, comiéndose las últimas rentas de solventes patrimonios que han venido a sus manos por la vía de la viudedad o de la orfandad. Así que irse a Murcia es lo más parecido que hay en España a leer un relato de Chejov.

Y el infinito paisaje de la Mancha, que apenas se basta por sí mismo para soportar la elástica melancolía de los trenes que pasan, de los que nos llevan, de los que no llegan nunca. Y el vasto paisaje de viñedos tirados con cartabón y regla, pelados, metafísicos, incapaces de soportar la masa de nubes negras que amenaza con hundirlos para siempre en esta tierra bajo su bota. Y ve uno, allí, a lo lejos, el caminejo con sus charcos brillando tristemente, perdiéndose entre los cerros, intransitivo, y se pregunta uno a dónde irá, de dónde vendrá, si nunca se ve a nadie. Hasta que de pronto cae uno en la cuenta de que es él el caminante de ese camino, y espantado no puede soportar el peso de su conciencia, aterrado por un crimen que cree no haber cometido, y se enfrasca otros minutos más en el artículo a medio hacer, en las páginas del libro, en el sueño que no llega a cuajar del todo, mientras marcha el tren hacia un lugar, de todos modos demasiado lejano.

HABÍA bastante gente. Y al leer los poemas, ya quería terminar, y salir de allí, y volver al solitario, serpenteante, encharcado camino, en medio de aquellos cerrillos de la estepa. Y pensaba al término con cierta alegría, al fin ha pasado esto, vamos a pensar en otra cosa, porque la poesía es para leerla en casa o a unos amigos. Cómo pueden leerse poemas en público. Es como declarar el amor a una muchacha delante de cincuenta personas. Eso sale a veces en las películas, pero uno no rueda una película.

A uno le han fastidiado dos cosas especialmente: leer sus propios poemas en público y hacerse fotografías, y las dos las ha venido practicando de manera reiterada. Ambas son, desde luego, muy deprimentes. Con el dinero que dan por leer unos cuantos poemas, se les podría regalar a los asistentes un libro entero de ellos, para que lo leyeran en sus casas, tranquilos, sin la incomodidad del vecindaje. Pero no, se conoce que lo que se quiere es tener cerca al fenómeno, mirarlo, estudiarlo, arrancarle esas frases que nos enseñan en Madrid y que tienen mucho éxito en provincias. Lo de

las fotografías es también bastante triste: no acaba uno de perder nunca la ilusión de salir favorecido en el retrato. Es decir, mejor de lo que uno es. Ese pequeño fraude, parecido al que uno querría cometer con Hacienda, es difícilmente detectable, un gesto, una ceja, una sonrisa que actúan conforme a muchos ensayos realizados a lo largo de la vida delante del espejo. Bien penoso. Después de la lectura de poemas, aparecieron dos fotógrafos y allí, delante de todo el mundo, procedieron. Me sentí como ese ladrón que se llevara la claque a la hora de descerrajar la caja fuerte. Solo que en este caso o era mucha caja o eran pocos caudales. Y delante del poeta y novelista que más estima uno…

Al día siguiente ese camino encharcado, y no otro, nos llevó a los tres amigos al Malecón.

Había salido un día soleado, con mucho viento, pero era agradable pasearlo a media mañana, como los jubilados o los golfos. Los huertos, las azudas, las norias han desaparecido casi por completo. Pero allí en el Malecón, un poco apartada, había una fragua antigua, con fuego de fragua y picoteos del macho en el yunque, pájaro carpintero de hierro, y repicando en medio de la mañana parecía ponerle acentos al hexámetro del día, con su breve, breve, larga, y su ritornelo monótono.

Y otra vez de vuelta, el tren, el desandado camino, el desandado sueño. Y trata uno de recordar lo vivido, y fijarlo para siempre, por vivirlo mañana igual que hoy.

Los pitagóricos, al caer la tarde, pensaban, uno por uno, en todos los sucesos de ese día. No era tanto un examen de conciencia como lo que ellos llamaban ejercicios de la memoria. Lo leo en este libro que me acompaña de vuelta por La Mancha. Creían que reconstruyendo minuciosamente sus jornadas cumplidas, podrían llegar un día a conocer todas sus vidas anteriores, y con ello, a alcanzar la perfección, a completarse en ellas. La musa de la poesía es, por eso, Mnemosine, la que ayuda a recordar, mientras que la filosofía es el aprendizaje de la muerte. Esto está bien hasta aquí. Luego, cuando quiere uno pensar más, llega a lugares en los que no sabe muy bien cómo ni para qué ha llegado. Como fábricas abandonadas, humeros ciegos, vías muertas. Es lo que tienen los caminejos llenos de charcos, serpenteando entre cerros de cal viva y ásperos oteros. Podríamos decir que poesía y filosofía se relacionan,

la una porque nos lleva a vidas caídas, y la otra porque nos ayuda a entenderlas, o sea, a levantarlas. A resucitarlas, como a Lázaro. Lázaro no era nadie hasta que se murió. Solo después la gente quiso venir a hablar con él. Le preguntaban: ¿Qué hay allí, al otro lado? Pero a Lázaro, o Jesucristo le prohibió contar nada o era medio tonto, porque el milagro no es resucitar, sino acordarse. Ah, la paradoja es pariente de la sencillez, por lo mismo que la mentira, muchas veces, es madrina de la verdad. Eso, piensa uno, es la vida: tierras vivas y cales muertas. Solo cuando la cal se apaga sirve para blanquear… Pero quién puede decir que eso sea así, y no de otra manera. Las vidas anteriores de un hombre son todas las que ha dejado de vivir, no las que ha vivido en existencias previas. Por eso uno, cuando vuelve como ahora a su cuaderno, al acabar el día, piensa en todos los caminos que no siguió, los trenes que no tomó, las ciudades a las que nunca llegará hoy, en esta misma hora. Y cuántas cosas más de las que hizo en las que no puede pensar en el crepúsculo, para no morirse de tristeza. Y eso es la poesía y eso es la filosofía al mismo tiempo: llegar a un sitio que es el nuestro porque así lo hemos querido entre todos, con azar y con necesidad, y marcharnos de otros, en los que ni siquiera quisimos estar o en los que estuvimos de mala manera.

Y al llegar a casa, la inefable sensación de que todo ha sido un sueño extraño, y que va uno desangrándose lentamente en esas pequeñas cosas inútiles, en conversaciones absurdas, en actos estériles, en viajes sin médula, que, de todos modos, hemos de hacer para encontrar en ellos, en la amistad de unos pocos, el cauterio y la salud, samaritanos buenos de todos los bandolerismos que uno comete contra sí mismo.

ESTABA solo, desamparado, sentado en su sillita, bajo la marquesina del Palacio de la Prensa, a media mañana, en Callao, el limpiabotas. Los días malos, de lluvia, que es cuando más se ensucian los zapatos, la gente se los limpia menos. Es un hecho constatable y una más de las paradojas de la vida. Seguramente esa ha contribuido de manera fehaciente a la perpetua atonía de ese hombre. Yo le veo a la ida y a la vuelta, en el camino hacia el mechinal tipógrafo, por la Gran Vía, siempre encogido ahí, en su sillita de palmo. Hace un tiempo ya que se mandó estampar en el espaldar de su blusón este reclamo, con letras encarnadas: «El Rey

del brillo». Dejando a un lado el casticismo, no sabe uno qué pensar. Más atonía. Atónito debe venir de atonía. Lo mismo se trata de un arranque de republicanismo, para desprestigiar la monarquía, algo así como un deliberado sacrilegio de la sacrosanta palabra. Una vez hice que este mismo limpiabotas me lustrara los zapatos, por fantasía. Me repugnó bastante. Era imposible permanecer impasible junto a un hombre hecho y derecho que hacía algo que debería haberme hecho yo en casa, y no me gustó en absoluto. Hoy no estoy tan seguro de que no me gustara, sabiendo que a quien iba a tener a los pies era nada menos que a todo un Rey. Aunque no sé. Uno piensa que la gente sueña con una vida nueva, como los personajes que sacaban en el teatro del fin de siglo, y que querrá romper sus cadenas y librarse de ellas para siempre. Pero no. Si se les deja, se echan encima más, porque como diría Nietzsche, o han nacido para vasallos o para tenerlos, que es la forma extrema de serlo en grado superior.

«*POÉSIE et román, c'est certainement la partie inférieur de la littérature*» es una de esas opiniones de Léautaud que le dieron tanta celebridad de hombre notoriamente inteligente, desprejuiciado y libre. No sé si será o no como dice el señor Léautaud, pero pensada por un hombre incapacitado literariamente para escribir poesía y novela como lo fue él, esa frase no denota más que a un ser vulgar. Por cierto, está tomada de uno de los carnets de Pla. De Pla es esta otra, también bastante buena, tomada de otro libro suyo: *«La millor literatura que han fet els literats (al meu modest entendre) és la que han fet sobre ells mateixos».*

HAN traído el Papa Inocencio de Velázquez al Prado y los periódicos se han precipitado a hablarnos del cuadro de… Francis Bacon, como si Velázquez no hubiera estado completo hasta que el pintor inglés no se fijara en él. Es un misterio las cosas que ve la gente, pero más misteriosas aún son las que dice. Alguien llega a asegurar incluso que Bacon ha puesto a gritar al Papa Inocencio, dando a entender, sin decirlo, o peor aún, sin saber lo que se dice, que la criatura de Velázquez nació muda, y que solo Bacon ha sabido insuflarle el verbo, como hiciera Yahvé con Adán en el Paraíso. Así que golpeado por esas y otras exégesis, va uno en plena calle como un boxeador sonado que, con los brazos caídos y calzados los guantes, pregunta a los transeúntes atónitos: «¿El

camino del *ring*, por favor?».

Por cierto, un escritor, normativo, académico, estimado, ha sacado ya su artículo sobre el Inocencio X, y ha dicho de él que es como… un crochet directo al bazo.

VISIÓN atroz esta mañana en el Rastro. En una esquina un puñado de botellas de *whisky*, licor, vino de Málaga, ginebra, tequila, doce o quince, todas mediadas, como si fuesen las mismas de las que no pudo dar cuenta el difunto, a quien la Parca no le concedió tiempo para que las terminara. Allí puestas de pie, sobre la acera, invitándonos a seguir la juerga. Hubiera estado bien haber llevado una máquina de fotos. Todos los días de Rastro se van, sumidero adelante, cien estampas parecidas, que parecen, ellas sí, correr a reunirse con sus vidas anteriores.

Hace mucho tiempo que se dice uno que debería alguien enseñarle a disparar con una máquina de fotos, porque eso que vemos, yendo todos los días, no lo ve nunca un fotógrafo, yendo dos o tres.

La mayor parte de las fotografías o reportajes fotográficos que se han hecho del Rastro adolecen de superficialidad precisamente por eso: quieren encerrar en un día lo que se escapa en miles. Es como ir un día al Rastro y esperar que le va a salir a uno la ganga, la joya, la rareza absoluta. Y hay que estar allí muchos, para recoger algo, porque las cosas en el Rastro no suceden jamás una vez: vienen sucediendo de muy atrás, digamos que allí acaban, pero unas se explican a otras, y si faltan las anteriores, es imposible entender nada de lo que es aquello.

Y en la esquina de enfrente, para seguir con la muerte, dos tipos viejos, comidos por la miseria, con la cara llena de arrugas y viruelas secas, secundarios de una obra de Shakespeare, que comentaban el sonado caso del que no se deja de hablar estos días en los telediarios. Al pueblo de Madrid los crímenes, de vez en cuando, le gustan mucho. Este es el caso de una viuda vienesa que se cargaba a sus amantes para jugarse su dinero en el bingo. El argumento es como el de Landrú, o el de *El Chalet de las rosas*, solo que a la inversa, y lo que sorprende en él es que cíclicamente se repitan tales bellaquerías. Todos los argumentos están inventados. «La muy puta», decía uno de los dos viejos, flaco, corvo, el de las viruelas o el chancro, como si el caso, a cinco mil

kilómetros de distancia, le afectase de una manera especial. Y el otro se sacudía los hombros, consciente de haberse salvado de la codicia de esa mujer por el hecho de encontrarse tan lejos, un «menos mal» que le metía un escalofrío en el cuerpo y se lo quitaba de encima con un repeluzno, un movimiento que le hacía estremecerse por completo, como cuando uno termina de orinar y se la sacude.

A Elfriede Blauensteiner, «una viuda jubilada mal conservada, jugadora empedernida y con los cabellos teñidos de rubio oxidado», decía el periódico de ayer, la policía le acusa de haber matado al menos a cinco hombres, aunque la relaciona con otras diez muertes más, dado que llevaba actuando desde hacía veinte años, con el propósito de quedarse con los caudales de todos ellos. En el primer interrogatorio declaró a la policía: «Yo adoraba a mis hombres, y lloré por todos cuando murieron repentinamente», y según ella era incapaz de hacerle daño a nadie. «Solo una vez maté a un canario mientras lo bañaba», les informó «con cara de inocente». Pero se la imagina uno con el canario, apretándole el cuello y hundiendo su cabeza en el agua, sintiendo acaso entre las piernas delirios humidiscentes. Todas las víctimas cambiaron su testamento antes de morir y ahora, por las cuentas bancarias de la viuda, y las ruletas de sus casinos preferidos, se ha sabido que de sus manos habían salido los millones a voleo. También han detenido como cómplice a un abogado de cuarenta años, que vivía en un lujoso barrio de Viena. La viuda ponía anuncios en los periódicos: «Viuda quiere conocer a viudo para compartir el atardecer de su vida. Soy buena ama de casa, enfermera, jardinera y camarada». Se ve que a cierta edad se es sensible a los atardeceres. La gente, con el ocaso propincuo, se va preparando. La policía encontró cientos de cartas, pero ella solo respondía a los que eran ricos y no tenían familia. Los que caían en sus redes, cansados de vivir solos, acababan seducidos por sus dotes culinarias, que le servían además para envenenarles lentamente, a base de mezclar en las comidas pequeñas dosis de un medicamento para rebajar el azúcar a los diabéticos. Todo iba bien hasta que un sobrino de la última víctima se presentó en casa de la viuda reclamando la herencia. Al parecer este sobrino tuvo sospechas de la mujer desde el primer momento, pero le sirvió de poco, porque lo envenenó de la misma manera. Se lo llevaron al hospital con índices

muy bajos de azúcar en sangre, pero eso no levantó sospechas, hasta que los análisis de toxicología dieron con un «envenenamiento sospechoso».

Los viejos del Rastro, sin embargo, eran escépticos con lo que fuese a ocurrir después. Para uno, se trataba de una verdadera bruja, que se encargaría de engatusar a alguien, con tal de librarse de la cárcel. Para el otro, con el dinero robado, seduciría al carcelero o al juez, y acabaría saliendo en libertad. «Menuda lagarta», concluyó el primero, a lo que le replicó el otro, desde una decrepitud insostenible, con un «a esa le daba yo lo que yo me sé», dando a entender que tal cosa les había sucedido a unos austríacos estúpidos por no saber satisfacer a las mujeres como acostumbran los españoles, en cuyo caso la primera interesada en no hacerlos desaparecer hubiera sido «esa puta», cosa en la que ambos viejos se mostraron de acuerdo, rubricando el acuerdo, a dúo, con un «je, je» de sombríos ecos teatrales. Y eso fue todo lo que traje del Rastro esta mañana. ¿Cuándo sucedió todo esto? ¿Hace tres, cuatro días? Y qué lejano todo, y ya irreal, pasados esos tres días, que quedan, a modo de foso, entre nuestro castillo y el mundo, como un cuento gótico.

HAY algo bonito en el viejo sueño de Stendhal de pensar en ese lector que no había nacido todavía cuando escribía sus libros, porque en un alma noble la soledad de cualquiera arranca de inmediato impulsos de camaradería. Pero si se piensa bien, ese lector futuro, al que se refiere Stendhal, es tan irrelevante como el lector contemporáneo que le incomprendió, y por parte de Stendhal no deja de ser una trapacería halagarlo. Si se ha podido prescindir del lector presente, se debería prescindir del lector futuro. En realidad los únicos lectores para los que deberíamos escribir son los lectores del pasado, o sea, aquellos que cada uno considere sus maestros. Stendhal escribe para Shakespeare, al que adoraba, Galdós para Cervantes, Proust para la Sévigné, Mann para Goethe, y Shakespeare, Cervantes, la Sévigné o Goethe para sus maestros respectivos, la mayoría revueltos entre los huesos romanos o griegos. El lector del pasado no teme enturbiar su juicio con las pasiones del presente, ni siquiera teme que le hagan sombra, porque él es la sombra. Y qué responsabilidad influir en un maestro muerto, darle nuevos ojos y llevarle miradas nuevas.

COMPRENDÍ de golpe, con esa irrefutable claridad de las revelaciones, que, según con quién, no hay que usar jamás los diminutivos. Telefoneaba, no supe para qué. Desde luego no podía ser que telefoneara para pedir el teléfono de un tercero. Para eso no se le telefonea a alguien con el que no tiene uno ninguna relación, y el teléfono de ese tercero viene en la guía. Así que la razón debe de ser otra. «Espera un momentito», dije. Y cuando simulaba estar buscando papel y lápiz me di cuenta que ese *momentito* me encerraba con él en una intimidad que en absoluto deseaba, y renegué de mí mismo al comprender que me había llevado a ello una cierta debilidad, algo así como la que siente el cabo frente al coronel. Porque lo débil es ambiguo, y la ambigüedad es una de las formas de la debilidad. Y aunque puede ser crueldad, «hombrecillo, novelita, pisito», el diminutivo es, por lo general, afecto, y después de eso traté de que el momentito se convirtiera en unos cuantos, largos, espesos minutos junto al teléfono, con el auricular en la mano, sin hablar, dándole cuerpo a la propia mortificación por mi propia inconsciencia, haciendo que ese diminutivo criara solera.

SE quedaron en vela toda la noche. Ella corregía la novela, él calibraba sus correcciones, aceptaba unas, matizaba o desechaba otras. Él se levantó y preparó un café. Lo trajo a la mesa. El olor del café nocturno se parece poco al del café mañanero: el nocturno lleva, con su profundidad, a una cueva; el café temprano nos ayuda a salir de otra. Hicieron una pausa en la frenética lectura. Eran como esos dos estudiantes a los que une el examen del día siguiente, pero también un deseo de sí mismos, interrumpido por esa contigencia, de modo que parecen esperar allí, ante los libros y apuntes, las primeras claras del día para declararse un amor que hasta ese momento guardaban para sí por timidez, por delicadeza y… por amor. A las cuatro de la mañana les venció el sueño y se fueron a la cama. Pero no se declararon su amor, por delicadeza, por timidez y… por amor.

UNA constatación: siguen con más atención la novedad, las novedades, en el último rincón provinciano, que en el centro donde se producen. Van más a la moda en Lugo que en París, aunque cuando la moda llega a Lugo, llegue, ay, demasiado tarde. Quizá por ello sean allí incluso mucho más ortodoxos en su observancia. Yo me he encontrado lectores más puestos al día en el pueblo que

en la ciudad, gentes que seguían con fanatismo los suplementos literarios de la capital y sabían más de literatura contemporánea inglesa, francesa, italiana o americana que, naturalmente, de la autóctona. Creo que se trata de atavismos mesiánicos: piensan que quien les habrá de redimir de su provincianismo será un forastero. De ahí el dicho de que nadie es profeta en su tierra. Ni que decir tiene que hay una literatura y una moda que se industria en la metrópoli pensando en los aldeanos del mundo, vivan en la aldea o en las ciudades. Por eso durante tantos años muchos huían aquí de J. R. J., de Azorín, de Pla, de Unamuno… (A Machado lo redimieron por la idea política —intemacionalista, comunista— que se hicieron de su persona. Cuando el comunismo cayó, tampoco les sirve: lo han relegado a la categoría de poeta para maestros de escuela). Etcétera.

ESTÁBAMOS en el barejo los tres amigos. Fue ayer y ni siquiera me acuerdo de cómo llegamos hasta allí, qué nos reunió, cómo nos separamos. Olas de un lago sin mareas, cada una a su aire, a lomos todas de su propia locura. El viejo amigo y el medio nuevo, entrevisto hacía quince años en los antros de entonces y perdida después su pista para siempre. Llevaba en el brazo, tatuada con tinta azul, toda una aurora boreal, con medusas volando. Y era como si cada uno de los tres hablara un idioma diferente. La gente que entraba en el bar se llevaba un pequeño susto al descubrirnos la esquina. Debían de pensar, por mí, pobre, esos dos patibularios le van a arrancar el hígado. También, por ellos: que no nos atraquen.

Uno de los amigos contaba unas cosas, y el otro le contestaba otras, como si solo les fuesen fieles a su rueda rueda, mientras yo parecía hundirme, fascinado, en los sargazos de aquel brazo acordelado por venas azules, del color del tatuaje, gordas como una soga. Eran dibujos espeluznantes, con su propio *pathos*. Parecía que en un momento aquellas lianas se apoderarían del brazo y le ordenarían a la mano que lo remataba que se le echara al cuello a alguien, para estrangularlo. Pensaba también: he ahí dos buenas novelas del Madrid de la movida, pero es muy probable que las dos se queden sin contar. Podrían contársela a alguien que creyera en ellas, y no se perderían. ¿Pero por dónde empezar a contar una vida que daría para cinco vidas? ¿A cuáles renunciaría uno? ¿Cómo distinguir la buena de las malas? ¿Y cómo creer en ellas, con qué

fuerza? De vez en cuando, se paraban los dos, y se reían sin venir a cuento. En la boca, dientes bailones, amarillos, flojos, unas bocas de miedo y barbas bucaneras de dos o tres días, con sus noches en vela. O se ponían serios, con voz cavernosa de transaminasas infernales; entonces sacudían la cabeza con fatalidad, a un lado, como viejos lobos de mar sin mar, sin barco y sin pesca desde los mismos comienzos. Solo las galernas, las tempestadas, los naufragios parecían pertenecerles.

Me hacía gracia verme entre los dos, uno con sus trapacerías de siempre cada vez más hamponas, más tristes, más qué más da, pero sin culpa en ellas. Como un inocente. Inocente. El otro con su coleta de despelujadas canas, sus tatuajes de la vida golfa y sus maravillosas fotografías.

Por el aspecto, podríamos haber preparado el asalto a un tren, una orgía con las vulpejas de la calle la Cruz o una exposición de cuadros modernos. En cualquier caso, cada uno a su manera, estaba allí para dar testimonio, siquiera brevemente, a unos semejantes ajenos a nosotros, de unas vidas que tuvieron en común, durante unos años, cosas bastante parecidas: la alegría, el desdén y la arrogancia de la razón. De todo ello no parecía quedar mucho allí, menos aún que de las gambas, cuyas gabardinas sucias alfombraban el suelo. X notó que me interesaba más por Z que por él, con qué derecho. Yo era amigo de X, Z era amigo suyo, por qué yo no le admiraba a él. Pude decirle: por las obras. Y sin querer aclarar el misterio se me quedaba mirando con sus ojos de nécora desconcertada, uno más cerrado que otro, detrás de unas gafas en cuyos cristales parecían haber dejado las huellas dactilares todos los delincuentes de Madrid. Acaso pensara que era algo personal. Pero no había persona de por medio, solo la obra. Ni siquiera me atreví a decirle al de las fotos que las suyas me gustaban mucho. No sé, me pareció que alguien tatuado de aquella manera encontraría una mariconería esa clase de confesiones, y me guardé la mía. Pero X adivinó que por ahí iba la cosa, y dijo, cuando Z se fue: «A ese, que era un analfabeto, le he enseñado yo a hacer las fotos». Creo que no lo decía por malignidad. Solo porque no le gustaba quedarse solo. Miedo a la oscuridad, como los niños. Adiós, X, le dije después de unos minutos. Al ganar la puerta, caí en la cuenta de que había dejado en la barra el periódico. Entré de nuevo. Cuando llegué a la

barra, inadvertido, por su espalda, le decía a un borracho de la barra: «A ese que acaba de salir, le he enseñado a escribir, que no sabía». Y sin embargo tampoco vi abuso donde no había. Cuando comprendió que había oído esa última frase, se echó a reír, y me regaló la caverna de su boca en la más jovial de las carcajadas, turbonada que aprovecharon todas las sombras platónicas para salir huyendo en busca del ideal.

ERA una de esas comidas en las que todos se conducen con completa naturalidad, aunque acaben de conocerse. Es el secreto del «gran mundo»: hacer que parezca muy pequeño. Me recordó un poco a las que uno ha leído en los cuadernos Eckermann, solo que allí, claro, ninguno hubiéramos podido ser Goethe. Pero la misma cordialidad y trato exquisito entre personas que, algunas al menos, se desconocían cinco minutos antes e ignoraban unas de otras a qué se dedicaban, quiénes eran ni, por no saber, qué estaban haciendo en ese almuerzo.

Desde los ventanales del salón y del comedor se divisaba la geometría, desnuda por el invierno, de los parterres del Jardín Botánico. Junto a uno de esos balcones había colocada una pequeña mesa camilla, desde donde los anfitriones, octogenarios, angélicos y de una pasta muy fina, nunca podrán saciarse de panorama tan quieto como fondo de un Bellini. A lo lejos, en contrapunto ultraísta, la estación de Atocha, los tejados de Legazpi, el cielo sangriento y revolucionario de los arrabales y mataderos. Y en la casa, esos muebles notabilísimos de familia, con sus brillos apagados, arrancados a una cera de abejas atenienses, y el aplomo de las encuadernaciones del siglo XVIII, y los cuadros de época… Hasta los que eran de los años cuarenta y cincuenta parecían de época. Los comensales resultamos todos finísimos y hubiera podido escogerse, como lengua de conversación, cualquiera de las infundidas por el Espíritu Santo el día de Pentecostés o, para no tirar los pies por alto, de las admitidas en la Sociedad de Naciones, sin el menor problema. En dos o tres ocasiones, mientras la vieja muchacha, uniformada y con rictus de piedra, reumática y soñolienta, pasaba las bandejas, a mí se me fue el santo al cielo. Para explicarlo podría recurrirse a eso que a veces hacen en el cine. En medio de una reunión animada, alguien se abstrae, desaparecen los ruidos, las voces del ambiente, y se hace en él absoluto silencio.

Ve mover los labios a la gente en las conversaciones, el chocar las copas con el borde de los platos, las risas de todos, pero no oye ninguno de esos ruidos, como si hubieran nacido mudos. Me decía, ninguno de estos amigos conoce mi pasado. Para ellos, esta vida de regalo ha sido lo normal desde que nacieron. Nadie puede imaginar la habitación con dos camas en la que dormíamos cuatro hermanos ni el estrecho pasillo donde jugaban otros cinco, las voces perpetuas que hacían imposible el recogimiento y el silencio, ni aquella mesa a la que nos sentábamos cada día los doce de la casa. Aquel desorden de manos pidiendo pan, y este orden, tan distinto, para decir sí por favor, no gracias. Y con cuánta melancolía miraba atrás, y con qué extrañeza lo de ese momento. Y sentía una enorme tristeza por la soledad de mi recuerdo, como si le estuviera siendo infiel. ¿Quién, me oí decir, podrá recordar por mí? Hasta que de golpe, como una pompa que estallara en el aire, se rompió el ensalmo, y de golpe los labios tuvieron risas con sus fundas de porcelana y oro, ruidos los cubiertos en el plato, brillos sonoros las copas, matices las palabras. Y la rueda de la vida, en mi cabeza, se ponía de nuevo a girar. Mi vida, sin su pasado, sin su porvenir, sin otro asidero que una telaraña, la memoria soportando pesos superiores para los que fue tejida no sé por quién.

TENDRÍA uno a estas alturas que ser un completo estoico, alguien indiferente a las acometidas furiosas del presente. Es verdad, pero, ¿qué se quiere? Yo estaba tranquilamente en casa leyendo el periódico, y de pronto, siente uno la lanzada en el costado. Se pregunta, y a ese centurión quién le ha dado vela en este entierro. Muchos dicen, lo mejor es no contestar. Si se tiene sangre para eso, y se puede, es lo mejor, desde luego.

De momento no se pudo. Iba a Badajoz, y aprovechando que el tren llegaba con retraso (dos horas), allí, en un andén saturado de borborigmos, comprendí la razón por la cual muchos de los pecados capitales son pecados, sobre todo el de la ira y su fruto más dulce: la venganza. Pero la realidad le desmentía a uno incluso ese pequeño placer.

Es difícil sentirse cosmopolita si uno espera, me decía, un tren para Badajoz. A qué irá uno a Badajoz. Si pudiera no ir uno a los badajoces del mundo, no iría, dicho sea sin menosprecio de nadie. Me quedaría en casa y anotaría en este mismo cuaderno: «Ayer, en

la rue Bonaparte…». Hemos llegado a un punto en el que todo el mundo se lo cree todo, y los lectores agradecerían mucho más, hoy por hoy, me parece, que yo dijera que iba a París, yendo como iba a Badajoz. ¿Quién se iba a enterar? ¿Cómo se iba a notar?

Mientras pergeñaba las líneas maestras del ataque, me entraba sueño y quería dormir, pero no me atrevía a abandonarme a esos sopores deprimentes, porque me robarían el bolso de viaje. Dentro no había nada que valiera tanto la pena. Llevaba una camisa (vieja, de hace tres o cuatro años, y con los puños ligeramente desollados), unos calzoncillos, un cepillo de dientes, una maquinilla de afeitar de plástico. Eso era lo que le mantenía a uno despierto. Injusto, si el bolso no fuese una valiosa imagen de la vida. Hacía mucho frío, un verdadero frío, apenas sentía la punta de los dedos de las manos, y de la punta de los pies mejor ni hablar. La gente que esperaba conmigo, encogida y enemistada, no tenía ganas ni siquiera de mirar alrededor, y dejaban fijos los ojos en una pared chorreada de oxidaciones. Era todo triste y penoso, sobre todo uno mismo, afilando el lapicero para responder en el periódico al tipo que ha salido llamándole a uno no sé qué, con muy mala intención. Era lo más deprimente de todo, la vida literaria vista desde el subsuelo. En el mismo andén, en la misma vía por la que iba a pasar el tren de Badajoz, estacionó uno, con destino a El Escorial. Era fácil hacer una constatación dolorosa y deprimente: subían en él muchas chicas, muchachas y mujeres muy guapas. Cuánto mejor sería seguirlas, me decía. No eres capaz, me retaba por dentro. Deja Badajoz, al diablo con él. Ponte a seguir a una de esas chicas. Siempre te llevarán a alguna parte más prometedora. Me lo decía para infundirme ánimos y comprobar que la juventud no ha pasado del todo, para hacer literatura barata y mitomanirme conforme lo quiere la época. La mayoría parecían estudiantes. O profesoras recién casadas. Lo probable es que fueran de la docencia, por la hora. Eran las 15,25, tiempo de irse a clase. Esto de hacer constar las 15,25 es por decirlo a la manera ferroviaria. Eran muy jóvenes, al menos con una juventud inversamente proporcional a este sentimiento de afasia que le acompaña a uno. Llegaban sonriendo para colarse en el vagón como si fuera el metro. Del andén al vagón daban un rebrinco airoso, un pasito corto, respingando la popa. Esa veleidad acababa por hacerlas olvidar lo ingrato de la hora, lo

apurado del tránsito, lo tedioso de la perspectiva. Tenían todas el aire de las náyades, aunque bien mirado esto no son más que ganas de rozarse un poco con los clásicos, porque la verdad es que llegaban también con la cara entumecida y la expresión cansada. En cambio, las mujeres que se quedaban en el andén, esperando como yo el tren de Badajoz, eran todas, Dios me perdone, mujeres deplorables, más tristes aún que las estaciones de tren, que los ferroviarios, que los huérfanos de los ferroviarios, que todos los huérfanos que tenían, como yo, que tomar hoy un tren para Badajoz. Por si no fuese bastante, de vez en cuando se colaba de algún túnel maloliente y húmedo una ráfaga de viento ártico que dejaba las rodillas como piedras frías.

A Badajoz solo va gente de más de cuarenta años, deduje. No sé por qué. Al poco rato se sentó a mi lado una mujer en quien no reparé al principio porque estaba enfrascado en el artículo. Y qué depresión esa pasión puesta en desbaratarle al enemigo los mismos intestinos. Me los imaginaba esparcidos por la arena del circo y yo encima, aclamado por la turba. La sola palabra es deprimente: polémica. Me he dado cuenta ahora, cuando ya había perdido tres horas escribiendo el artículo que finalmente he tirado a la papelera, tras el desahogo. ¿No habría otra manera de desahogarse, no le enseñará a uno nada el estoicismo? La vida y la literatura, como se ve, no son compatibles. Cuando por fin levanté los ojos, me llevé un gran susto, porque esa mujer tenía un parecido asombroso con La Pasionaria. Creo que se dio cuenta del bote que me levantó del asiento, y me empezó a mirar con desconfianza, y se abrazó a su bolso, pensando que podría birlárselo en un descuido.

La realidad de una estación de tren tiene mucho de alucinación y anomalía.

¿Nos volveremos todos locos un poco sin darnos cuenta? ¿Es así como suceden las cosas? ¿Es así como nos hacemos maniáticos? De vez en cuando levantaba la mirada del papel y me quedaba contemplando la profundidad del túnel, no tanto para comprobar si llegaba de una vez nuestro tren, como por ver si por allí asomaba la inspiración.

Sentía la humillación de tener que cruzar la pluma con un idiota, que me había obligado a subir al tren de la responsabilidad: responderle y enredarme en una verdad minúscula, todo para

dejarle como el idiota que es. Deja al idiota, me decía también, sigue otra estela. Pero no. Para apearse en marcha, hay que haber conocido la golfería desde chico, y esa, por desgracia, no la ha conocido uno. Pues no, el atorrante acaba siendo uno, sin darse cuenta.

No había salido de Madrid y parecía que ya había vuelto, a juzgar por el desánimo que se iba apoderando de mí.

No obstante, en cuanto el tren se alejó de los hangares sombríos de Atocha y embocó las primeras labranzas de Navalcarnero, el alma fue despojándose de su varia y pesarosa impedimenta, porque basta con que a cualquiera le pongan delante de la ventanilla de un tren, para que sin darse cuenta acabe siendo a la media hora mucho mejor de lo que era media hora antes, y por lo mismo que existe la hidroterapia, los médicos deberían abundar en la carriloterapia, o arte de disipar los humores negros aireándolos en un tren. Desde un tren los paisajes son todos bonitos, unos porque no los esperamos, otros porque se van, muchos porque se quedan para siempre dentro. Aquellos, con tantas lluvias, estaban preciosos, verdes, con los olivos plateados, con las encinas negras, con los caminos vacíos y encharcados.

En la estación me esperaba el poeta de Badajoz. A este poeta uno le conoce y no le conoce. Creo que es una buena persona, pero claro, eso son cosas que es difícil afirmarlas sin mucho conocimiento. En cambio parece un poeta delicado, demostración de que la fisiognómica es una ciencia de pacotilla. Su cara asusta un poco, ancha, grandota, llena de bultos, de color ladrillo para los momentos volutivos, y de color teja para los involutivos, con su matiz. Si uno creyera en la fisiognómica, a la hora del trato debería tener cuidado con él, pero esa ciencia no vale nada.

El poeta de provincias tiende a pensar en el poeta de Madrid como en alguien inquieto, marrullero, ambicioso y serpentino. Él en cambio se ve como un hombre más cerca del retiro agropecuario, silencioso, paciente y libre de ambiciones.

Al principio no había apenas temas de conversación y la cena, mano a mano él y yo, se llenaba de silencios. El restaurante (muebles tiroleses, papel pintado años setenta en las paredes, estampados de flores carnívoras en las cortinas, a juego con las servilletas, y unas lámparas a medio camino entre op y pop, de las

que se colgará de vez en cuando un camarero tras servir las cenas), el restaurante, como era razonablemente lógico, estaba vacío. Vacío quiere decir que estábamos mi poeta, el camarero y yo, lo cual le ponía a cada bocado una inquietud y una sospecha: ¿nos envenenarán? Todo, incluidos los postres caseros, tenía un sospechoso sabor a trucha y a bacon, que uno, sin dotes para la gastronomía, encontraba inclasificable, enconado, jabonoso.

Y como un viejo matrimonio, juntaba cada uno de nosotros dos las miguitas del pan con la punta del dedo, para aliviar la trama de la vida. Al fin se animó. Se acercaba el momento de las efusiones. Se hizo preceder de una subitánea coloración de la cara, que enrojeció por completo por el *côté* ladrillo, y se me quedó mirando fijamente a los ojos, con sonrisa irrebatible de aquel a quien la muerte ha sorprendido en gracia de Dios: «Yo ya no estoy por poetas; ni siquiera por libros; ni siquiera por poemas; para mí ya lo único que cuentan son tal o tal verso».

Las miguitas, con la impresión, se me desmandaron, y hormigueaban otra vez sueltas, de modo que con humildad admirable la punta de mi dedo fue trayéndolas de una en una al aprisco, junto a la servilleta.

Creo que estaba dicho con la mejor voluntad, como una atención especial.

Me entró curiosidad por saber cuáles de los míos habían logrado salvarse del escrutinio severo, pero no dije nada, por si no se acordaba en ese momento y le hacía con ello pasar un mal rato.

Resuelto por la acogida entusiasta que había tenido la exposición de sus ideas sobre la poesía, pasó a confesarme a continuación que a los poetas actuales, mayormente de Madrid, Oviedo y Sevilla, nos ve a todos un poco fanáticos y un poco agitados por situarnos en un escalafón que para él no tiene ningún interés. Ese descarrile nuestro le produce mucha pena, cosa lógica. Creo que después de decirlo, se quedó más tranquilo, porque en algún rincón de su alma la conciencia le exigía ese inaplazable apostolado, y denunciado el hecho tomó aire, apuró la copa para pasar el trago y chascó la lengua. Él, en cambio, en Badajoz, podía llevar una vida tranquila.

Nos quedamos los dos en silencio. No sabíamos qué decirnos. Creo que temió haberme herido, pero tampoco acertaba a pedirme

disculpas. Por hacer algo de conversación, le pregunté cuántos poetas pasaban por allí al cabo del año. Algunos, me respondió, cinco o seis. Lo menos habían pasado ya veinte en todos los años en que funcionaba el tinglado. Los iba a esperar a todos, los llevaba a cenar, los acompañaba al hotel. Estaba la plana mayor de la poesía española, viejos y jóvenes. Piensa uno que los generales nunca van a descender a las trincheras, pero eso no ocurre en la poesía, donde la tradición de morir en combate está, desde Garcilaso, muy arraigada.

Mi vida en Badajoz esa noche, sin su compañía, hubiera sido más triste aún, descarriada y absurda. Contó también que la Junta de Extremadura le financia una revista. Es una revista interesante y tampoco le cuesta a la Junta más que unos milloncejos. Los actillos de poesía los pagan los organismos oficiales, al igual que sus emolumentos, y los nuestros. Pero toda esa vida de funcionarios y subvenciones en la provincia no le impide llevar una vida reposada. En Madrid es otra cosa. En Madrid se queda uno en casa todo el día, solo, sin que nadie se acuerde de subvencionarle, pelando patatas en los cuarteles del Parnaso, y eso ya es estresante, porque al no tener que hacer nada se emplean muchas energías en las remociones del escalafón.

De vez en cuando yo decía algo, pero debían de sonar terminantes, no sé, esas opiniones de uno sobre esto o aquello, sobre este o aquel. Entonces con verdadera lástima me respondía: ¡Cómo puedes estar seguro de lo que dices! ¡Cómo eres de intransigente! Y me puso un caso muy cercano, él mismo, de sincretismo literario: gusta lo mismo de Cervantes que de Quevedo, de Valle Inclán, Baroja, Clarín o Galdós… Aprende de mí: tu intolerancia te está privando de la mitad del patrimonio cultural, ¡y es tan bonito!, pero para entonces yo estaba comiéndome ya el rebaño entero de las migas, por hacer tiempo a que viniera la cuenta, y creo que, metido en la hecatombe, escuchaba ya poco.

Salimos de allí hacia ninguna parte, que resultó ser una cava infernal donde tenían puesta una música estridente, inmisericorde, poco horaciana, con su pacotilla de luces giratorias por el techo. Tampoco había nadie presente allí, salvo el camarero, mi anfitrión y yo. Se nos acercó el camarero, a la pesquisa y, cuando se fue, yo le pregunté a mi amigo si no era el mismo camarero del bar. Me había

parecido el mismo. Quizá en Badajoz le asignan a uno un camarero para todo. Mi amigo no entendió la broma, demasiado difusa para la sencillez de agro lusitano, y se levantó a buscar en su coche unos libros.

Vino con catorce o quince, en rimero, haciendo malabarismos para que la torre no se le viniera al suelo.

Se puso colorado. Le cae bien a uno la facilidad que muestra para el sonrojo. Tuve dos sentimientos no del todo contradictorios. Por un lado, uno de gratitud; por otro, uno de intriga. Le imaginé escrutándolos todos, pesquisándolos a conciencia, buscando en ellos «el» verso, «la» frase, «el» adjetivo. Me lo confesó también: «Algunos adjetivos que pones están muy bien». Los quería todos dedicados, ¿por qué no? El local estaba vacío, él y yo nos encontrábamos a salvo de miradas indiscretas, y Badajoz se halla en el fin del mundo. Nada lo impedía. Por otro lado no creo que el camarero nos fuese a traicionar, contándolo. Se los fui dedicando uno a uno, con amabilidad y entusiasmo, aunque no indescriptible.

Mientras me aplicaba a la tarea, como un contable en el asiento de haberes y deberes, me decía cosas amables: Muchos no los he leído todavía; ese no está mal; ese no tuvo críticas muy buenas, ¿no?; ese me dijo un amigo que le había gustado, pero yo todavía no he tenido tiempo de leerlo…

¿Y a ti te gustan?; lo pregunté con brutalidad impropia. Es una pregunta de una gran descortesía, pero el ambiente parecía favorecer las confidencias peligrosas. Se puso de nuevo como la grana, *côté* teja. Quizá temió que yo pudiera interpretar la pigmentación violenta de su cara como una delación ominosa, y bajando la voz, avergonzado, susurró un sí, inconfortable para ambos, que diría Pla. ¿Cómo les explicará a los veinticinco colegas que le han precedido a uno en tan honorable cátedra la debilidad de haberme sentado en el mismo trono que ellos ocuparon antes? Si a muchos de ellos se les hiciese testigo de la escena de las dedicatorias, le retirarían el crédito. Y parecía saberlo. Me habría gustado que no hubiera sufrido por ello.

Cuando acabamos allí me llevó al hotel. Eran cerca de las dos de la mañana, pero yo no me ensañé especialmente con cinismos amargos ni sarcasmos fuera de lugar. Tampoco me puse el cilicio de los adjetivos perniciosos y cínicos. Los adjetivos, Dios, los adjetivos.

Únicamente procuré hacer el menor número de cosas posible, economizando las abluciones, y me metí en la cama. Cuando apagué la luz y cerré los ojos, ni siquiera bajaron lágrimas a la almohada, como en algunos poemas, sino un sueño pesado, de final del mundo.

Al día siguiente me llevaron a un lugar extraño de la ciudad, como un polideportivo. Había amanecido un día precioso, completamente azul, con el aire pasado por el más fino tamiz, y ya no me acordaba nada del día anterior. Me limitaba a ponerme torero, y me decía, nada, hay que pasar el trago. Doscientos muchachos y muchachas de no sé qué curso de todos los institutos de formación profesional, un ejército de animales sin doma con espinillas en la cara, gallos en la garganta y espolones, para los machos, en sus patosos donaires. Al entrar la mayoría se lanzaban pelotas de papel, muchos estaban levantados y se pavoneaban delante de las chicas, pasando a su lado para sacar tajada, pero las chicas a su vez los mantenían a raya sacando las tetas por delante, como petos, lo cual a los mozos aún les ponía más fuera de sí y les obligaba a hacer tonterías y gansadas de las que se reían ellos mismos como asnos. Nunca había leído uno sus poemas a tanta gente, y estaba cohibido. Las risotadas, los rebuznos, las coces no tenían término. Subió una profesora al estrado, se puso junto a mí y esbozó una presentación, que abrevió cuanto pudo, porque la gente seguía alborotada, y amenazaba con tirarle las pelotas de papel directamente a la cabeza. Los gritos pasaron a murmullos y cuchicheos, las pelotas de papel menguaron a pelotillas, pero los vuelos, en cambio, se hicieron más incisivos, y en cuanto a la atención, se podría decir que un puñado de moscas, comparado con aquello, se hubiera mostrado más disciplinado. Los pensamientos que se cruzaban por la cabeza lo hacían a una velocidad de vértigo, y yo mismo me mareaba un poco: por qué habrás venido, cómo los harás callar, no voy a poder gritar a tanta gente, cómo se podrá recitar poemas íntimos a gritos, y aquel animal de allí, por qué no lo callarán, por qué dije que sí…

Mucho antes de que me diera cuenta, la presentadora había salido huyendo, para no tener que enfrentarse a la horda. De momento dejé pasar unos treinta segundos sin decir nada, esperando que cesara el moscardoneo por sí solo, desangrado de su

savia, y de hecho poco a poco fue apagándose, pero sin extinguirse del todo. Doscientos o trescientos bárbaros eran demasiados. Quizá me hice la ilusión de que por un momento se amansaran, como las fieras ante la visión de la lira. Faltaba mucho para llegar a un silencio razonable y más o menos satisfactorio, pero cuando me convencí de que podía pasarme así toda la mañana sin lograrlo, empecé a hablar. Fue la señal: los murmullos, el cachondeo, las risas, las pelotillas empezaron a circular de nuevo por el aforo con una excitación bursátil. Parecían todos esperar que me derrumbase de un momento a otro. Antes de entrar, alguien me había advertido de que la mayoría de aquellos chicos no había leído nunca un libro. ¿Qué hacía entonces yo allí leyendo poesía? No, me instruyeron, es para darles una oportunidad, para que la cultura no pase siempre de largo por delante de ellos. Me di cuenta de que era tarde para echarse atrás, pero no me quedé sin decir a esa persona que leerles poesía iba a ser como si yo fuera físico y les diera una conferencia sobre el átomo. No es lo mismo, me replicaron. No es lo mismo, es la frase que más gusta cuando se ha dejado de tener razón: muchos de aquellos chicos no habían leído un libro en su vida, pero en cambio se juzga muy formativo que un poeta les lea sus versos, con la esperanza de que al menos a alguno de ellos se le revele en ese momento la Verdad y la Belleza, con caída de caballo incluida, y pueda redimirse de la brutalidad de una vida sin sentido.

No llevaba ni diez minutos leyendo cuando tuve que interrumpir la lectura. Levanté los ojos del libro y les dije todo lo serio de que fui capaz, sin levantar la voz, en un susurro, con cara de pocos, muy pocos amigos: Yo aquí no estoy por gusto y seguramente vosotros tampoco, y si hubiera sabido de qué iba esto, no estaría leyendo mis poemas, así que os pido que no me jodáis más, aguantad diez minutos en silencio y entonces podremos irnos todos a casa, que es de donde uno no tenía que haber salido.

No debieron esperar una confesión de esa naturaleza y seguramente, sacudidos por el joder, pensaron que ese no era el modo de hablar un poeta. Creo que fue esa palabra la única que reconocieron. También debieron de pensar que estaba loco o que gastaba muy malas pulgas, pero surtió efecto. Se hizo un silencio sin fisuras, como la presa de un gran embalse. No se oían ni las respiraciones. Quizá pensaron que si era capaz de conjugar el verbo

joder de esa manera y en público, podría ir armado y liarme a tiros en cualquier momento. A los diez minutos dimos por cerrado el experimento pedagógico y salieron de allí corriendo, como si les hubieran rociado el trasero con gasolina.

Pese a que afuera seguía luciendo el sol, y con más fuerza aún, yo me decía por dentro un tanto mohíno, ole, ole, ahora a comerse unas mollejas y a tomarse una caña, que la poesía es eso, alegría, amistad, comunicación.

Por suerte para mí en el almuerzo vino en mi ayuda un buen amigo de Cáceres. Éramos cuatro, el poeta de Badajoz, mi amigo, yo y uno que se pegó y que no supe quién era ni a lo que se dedicaba, porque tampoco abrió la boca. Lo mismo era un pobre. Quizá mi anfitrión pensara que era amigo mío, por lo mismo que yo pensaba que era amigo suyo.

Los entremeses de la conversación duraron poco. El sitio resultó también abracadabrante, con esa modernidad interpretada por un maestro de obras pacense. La dueña, que saludó, era una mujer imperiosa, activa, emprendedora. Era también galerista de arte. A los que no se quedan satisfechos con las viandas de lujo, los sube a la galería y allí les saca unos cuantos cuadros, y ya los intoxica por completo. El local se llamaba La Escalera, como la de Buero Vallejo. Lo que siguió estuvo a tono con una obra de nuestro ilustre y universal dramaturgo.

Era difícil mantener más de unos minutos un mismo tema, y en todos y cada uno de los que se escogía, se acababa discutiendo a disgusto, a veces de manera muy agria. Mi amigo me preguntaba, por ejemplo, qué tal en Cuba, pero de Cuba no se podía hablar porque el anfitrión, que es de Izquierda Unida tanto como amigo de las subvenciones, consideraba que aquello es una maravilla, y a los tres minutos la discusión estaba garantizada. Soy de Izquierda Unida, repitió, y uno le rebatía, ni es izquierda ni está unida. Y otros bonitos diez minutos de fatigosos ergotismos, con balas silbándonos a todos en los oídos. Y si se quería cambiar el tercio, era peor. No sé por qué, me acordé de aquel personaje de un cuento de Chejov, del que este decía, más o menos, que convertía todas las conversaciones, incluso las que versaban sobre el tiempo, en una discusión.

Cuando terminamos, nos dimos un largo, pausado, provinciano

paseo por el parque de Castelar, en el que hay una estatua muy bonita dedicada a doña Gertrudis Gómez de Avellaneda. O a Carolina Coronado, ya no me acuerdo. Se le solapan a uno las dos en la memoria, como a un mal estudiante de literatura media hora antes del examen. A la estatua se le había puesto la cara que se les pone a las estatuas de más de ochenta años, un paño de verdín melancólico y la gravedad de ver que todo esto de la vida cultural es un engaño manifiesto. Cuántos lectores podrán contar hoy entre las dos en España. ¿Diez? ¿Once? Algunos considerarían, precisamente por eso, que a la pobre Avellaneda habría que retirarle la estatua que no ha podido revalidar con sus libros, pero sería un error, porque mientras siga en pie nos recordará a los vivos las oscilantes y caprichosas marejadas del tiempo.

Había que esperar la hora del evento. Así que allí seguimos juntos, haciendo pared, de un lado para otro, haciendo tiempo.

Una de las maneras más socorridas de que no nos avinagre mos demasiado, es pasarse por los libreros de viejo. Con un poco de suerte, hallaremos en sus destartalados establecimientos mucha más cordialidad que en la vida diaria. Y eso fue lo que hicimos, solo que en el de Badajoz únicamente encontramos infames tratados para capar marranos y viejos manuales de medicina, que volvieron a ponernos en la calle de la amargura a los diez minutos. La pesquisa del libro viejo tiene eso, o retrasa el amarguismo o precipita lo fatal, el acabose. Y así, los pasos se conchabaron para llevarnos a la orilla del río. Ha llovido tanto estas semanas atrás, que bajaba desbordado como nadie lo conocía en el país desde hacía muchos, muchos años. El puente, de piedra, es majestuoso, y el agua llenaba por completo, hasta los topes, diez o doce grandes ojos, de los muchos que tiene, y parecía que levantaba la barbilla para no tragar agua y ahogarse. Mirándolo desde la orilla, entraba un poco de mareo. La corriente nos hipnotizaba y quería llevarnos con ella, entre sus aguas barrosas y turbulentas. En ambas orillas, sin orilla, los árboles tenían también el agua al cuello, ya que solo se veía de ellos las ramas desnudas, por lo que parecía que fuesen andando tratando de ponerse a salvo, sin conseguirlo. Se estaba haciendo de noche, el cielo se anubarró con nubes de lujo, azules y nacaradas, y de pronto se encendieron las farolas del puente, unas luces de color butano que a mí me parecieron muy ultraístas, quizá porque nos

recordaron a todos que teníamos que poner rumbo al Museo de Arte Moderno de Badajoz, donde iba a ser la lectura.

El Museo no se sabe si es más feo por fuera o por dentro. De momento creo que lo es más por fuera, porque acaban de terminarlo y se han quedado sin dinero para comprar cuadros con los que llenarlo. Es la gran política del momento. Primero se hacen los museos de arte contemporáneo, y a continuación se envían dos expertos a recorrer las galerías de arte, como si fueran apóstoles, mientras los artistas locales los ocupan con cuadros que, en un país serio, habrían valido a sus autores procesos severos en los tribunales penales y administrativos. Traspusimos algunas salas a paso de carga, con la cabeza vuelta a un lado, revistando las pinturas, que eran muy interesantes. ¿No quieres verlas más detenidamente?, preguntó alguien muy amable. Y no, se le dijo con la mayor cortesanía, antes de la lectura no, por si surgieran los contratiempos, la disfunción, el *shock*.

Habían venido unas dos o tres docenas de personas, y el poeta de Badajoz estuvo muy amable. Parecía que el poeta que tenía delante antesdeayer durante la cena y el que tenía en ese momento al lado eran diferentes. De uno no le interesaban más que los versos y, acaso, espigándolos, algunos adjetivos; ahora, del que se honraba presentar, dijo que era un poeta… Aquí se atragantó justamente con el adjetivo, porque no sabía muy bien cuál le comprometía menos. Cuando lo encontró, volvió a encendérsele la cara. Añadió: conocido; eso, un poeta conocido, y le cedió el micrófono a mi amigo J., que había venido de Cáceres solo para eso. Y, como amigo, dijo las cosas que dijo, que agradecí además por ser el único refugio de esa Siberia.

La desbandada, luego, general, me tranquilizó. No hubo cena oficial, nada de concejales, nada de gestores culturales, nada de partidarios que lo son menos en cuanto uno sube al tren, nada de nada. Y a las dos horas, de nuevo en el hotel. Arrojé los libros sobre la cama. La colcha hubiera merecido, por los estampados, haber figurado en la colección permanente del Museo. Y apagué la luz, y si no hubiera sido tan cínico, me habría puesto a llorar, como el día anterior tendría que haberlo hecho, porque lo que de veras me dolía ni siquiera tiene un diagnóstico. Y me fui acurrucando en la cama, metí las manos entre las rodillas y hundí la cabeza en el pecho, y

sentí un frío en todo el cuerpo que empezaba por el alma y terminaba en ella.

Hoy, a las ocho de la mañana, al ir a tomar el tren, nos llevaron en autobuses hasta Guadiana del Caudillo, a causa de unos derrumbamientos, consecuencia de las lluvias. Ese cambio de planes, tan inesperado, nos puso a todos los viajeros cara de fatalidad, resignados a lo venidero como los desplazados por una guerra. Ahora de nuevo estoy metido en un vagón de tren y en medio de un clima propicio para escribir versos sencillos, o al menos intentarlo. Guardé el articulejo que había empezado a la venida. Era mediano, o mejor, malo, porque de una disputa con un idiota es raro poder sacar algo de valor. ¿Qué se iba a esperar uno? Pero ya casi no importaba, porque a la media hora no existía más que aquella ventanilla, y el mundo vario. Luego me puse a escandir unos endecasílabos sordos que voy a transcribir ahora en prosa. No se publicarán nunca como poema, eso es seguro, porque de tan prosaístas están a un milímetro del tren expreso de Campoamor (muy apropiado además por haberse escrito igualmente en el expreso de Badajoz a Madrid) y parecen reclamar un monótono traqueteo. Y así con las ansias de Madrid en la boca, como tenía don Miguel las de la muerte, se fueron abriendo camino estas ringleras, a los que también proveí de título: «Prosaísmo sentimental en la muy atroz ciudad de Badajoz». «Es la oscura provincia en la que llueve desde hace dos meses cada día, la ciudad que ha crecido, como todas, ora como un tumor, ora un mal sueño. Vienen de Portugal las nubes a morir en este pueblo, cuyas casas son una extraña mezcla, viejas casas de principios de siglo y muchas otras de los años sesenta, por las cuales sus arquitectos deberían aún penar en el presidio. Pero escucha, una campana tañe, la cigüeña crotora en la espadaña y trae el aire olor de los naranjos de esa plaza. Como decía

d'Ors

(Miguel), muchacho, anímate, no todo está perdido en la España de siempre. Las levíticas gentes se paran en la acera y hablan como sombras de un verso ya leído y hacen que el tiempo pase muy despacio, o todo lo contrario: que no exista. Tienen también un parque Castelar igual que en todas las ciudades viejas de América y del mundo, ese jardín en cuyo corazón han erigido una estatua de

piedra en la que crece el musgo, dedicada no recuerdo si a la muy femenil doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, o a la otra, llamada Carolina Coronado, de mantecosas manos y bigote. Da un poco igual. A los ochenta años a todas las estatuas se les pone la misma cara de tristeza y pena. Bajo su polisón, de orilla a orilla, los ojos desbordados de su puente, aquel puente romano sobre el cual en cada atardecer doce farolas dan una luz muy de color butano, muy rara y ultraísta, que a cualquiera le hace pensar en Juan Manuel Bonet, también por lo que tiene el río ahora de Río de la Plata, y por la hora, que nos hace pensar que somos otros. Y ya la noche, y el misterio grave de las calles sombrías, silenciosas, calles estrechas, muros de convento sin ventanas, tenduchas, droguerías, quioscos de portal con las revistas de María del Monte y la Pantoja. Cómo no ser feliz. Es imposible. Es grave ya la hora. Solo hay sombras que vacían esquinas y propagan el hálito nocturno de los muertos. Y yo como otra sombra, y en la noche mis pasos no sé dónde, desde luego bastante literarios, al hotel donde maldeciré mi mucha suerte delante de mis libros. Vedles sobre la colcha horrible de esta cama. Tienen todos el aire del muestrario infame de ese comisionista que tampoco se puede permitir el lujo de contarse la tristeza que es su vida. Y si acaso lo hace, a comisión. Por lo demás, el bolo fue magnífico; el gestor, muy atento; la lectura, como cualquier lectura, veinte o treinta personas, y cien mil libres de impuestos». Vienen a ser como un poco de bicarbonato para la digestión moral de estos días, y me habría gustado que hubiesen salido un poco mejores, para poder dedicárselos al amigo que me presentó allí, Julián Rodríguez. Van aquí, por no tirarlos por la ventanilla, para pasto de los rebaños, o a las mieses nacientes, como abono.

COMO dicen que no hay fiesta sin octava no estaría de más indagar en la razón por la cual, ya en casa, y con el alma revuelta, acabó *Tirano Banderas* en mis manos. Algunas otras veces sucede: se encuentra uno ya tan mal que solo espera una mejoría encontrándose peor, con un agravamiento. Releer a Valle Inclán es como volver al lugar del crimen, un acto en el que se dan mezcladas, y en la misma medida, fascinación y arrepentimiento.

Lo primero que salta a la vista es que se trata no de una novela, sino de un tebeo escrito en esperanto, un tebeo hecho de ideas elementales y personajes de guardarropía, es decir, con casacas, pero sin osamenta, y unos cuantos gestos de tenores de ópera, de esos que agotan la función deslizando las puntas de los dedos por el mostacho, ahusándolo. Tiene una cosa buena: no hay un solo personaje femenino protagonista, lo que nos ahorra unas cuantas cursilerías de marquesas modernistas. Con todas las palabras de América y España ha hecho un potaje esperantista. Unas veces los personajes hablan en medio argentino, otras en mejicano, otras como en Perú o Bogotá, o lo que piensa él que es el Perú o Bogotá, lo que en cierto modo recuerda a esos directores pioneros de Hollywood cuando querían hacer una película de persas antiguos o de asirios, que los vestían un poco de egipcios, otro poco de griegos y otro poco de romanos, tomando de aquí y de allá, con fantasía, como con fantasía debió pensar Valle que un embajador del Japón se podía llamar… ¡Tu-Lag-Thi! No se sabe cómo, el sincretismo lo lleva incluso a las bebidas y comidas, de modo que unas veces en la novela se bebe chicha y otras mate o tequila, por lo mismo que sale de vez en cuando, cantando, un loro de Cartagena o las gentes pagan en soles o en pesos, a conveniencia. Lo dice en algún momento uno de los protagonistas, don Celes: «La plebe, en todas partes, se alucina con las metáforas». Y en ese sentido no se encontrará una novela tan plebeya en toda la literatura española. Es de carcajada. Dice por ejemplo: «zahorí policial», cuando habla de un inspector de policía, o cosas mucho más graciosas, como cuando uno de los personajes le pide a otro: «Dame un ósculo» o cuando el propio novelista habla del «malestar cefálico», para no tener que referirse a un dolor de cabeza, que debe encontrar muy poco artístico. Este casticismo no lo tuvo jamás Galdós, y sin embargo

tiene gracia que fuese precisamente Valle quien le llamara lo que le llamó. Valle es literatura para el barrio de Lavapiés y las modistillas, y esos chulos de zarzuela que hablaban así, muy entonados, con el tupé modelado con brillantina. Es un escritor castizo, y ahí reside el fracaso de Valle cuando se le ha querido pasear por otro idioma. «Merlín, el gozque faldero, le lamía el colorete y adobaba el mascarón esparciéndole el afeite con la espátula linguaria». Como los horteras de Madrid que le llamaban a la lengua «la sin hueso». La espátula linguaria… Entran como mareos solo de pensar que alguien, Valle, Ricardo León, Pérez Ayala, escribiera así, con palabras muertas, con casticismo de sacristía, con piojos de diccionario. O cuando de pronto le toma afición a una palabra que encuentra estupefaciente, y se la fuma a todas horas como si fuera kif, un párrafo sí y otro también: las viejas haldean, por ejemplo, de continuo, como en esos clásicos de estilo de pergamino. La palabra garante le gusta mucho también, y vinagre, de modo que todos le salen con un ademán de vinagre, o el rictus de vinagre lo acaba teniendo en la novela todo el mundo. Lo más gracioso, no obstante, le pasa con la palabra cuáquero. Sale un «desdén cuáquero», un «odio cuáquero» y un «orgullo cuáquero». Seguramente Valle conoció a un cuáquero que era orgulloso, desdeñoso y… avinagrado.

Al final resulta tan grotesco hablar del desdén cuáquero como del furor luterano, que es como llamaba un taxista madrileño al furor uterino de su mujer. Zahorí policial, espátula linguaria… Y el retumbante tambor de este Ricardo Valle, de este Ramón León, de este Pérez Inclán llama a las huestes a la Cruzada de la Regeneración del Idioma: ¡Es la guerra! ¡Más Extrella!

EN un arranque de sinceridad, y con el propósito de que se nos tenga por virtuosos, admitimos muchos defectos, incluso enumeramos algunos. Citamos: el orgullo, la ira, la impaciencia… Solo se deja la envidia fuera. No se verá que nadie diga, la verdad, mi principal defecto es que soy envidioso. A lo más que se llega es a admitir algo parecido a «envidia de la sana», cuando todos sabemos que no hay envidia sana, como no hay sarna gustosa.

SE pasa uno dos años sin salir a ninguna parte, y en una semana no hace más que pisar estaciones de tren. Ahora voy camino de Zaragoza, como don Quijote, a unas justas poéticas. Gran

entusiasmo.

Mientras esperaba el tren, aproveché para comer algo, en la barra de la cantina. Al rato se me acercó una mujer pidiendo limosna. Iba uno por uno, y decía: «Algo para comer».

La mayoría de la gente, que daba cuenta en ese momento de sus pinchos y bocadillos, volvía la cabeza con los carrillos llenos, y acto seguido trataban de tragarlo todo, para no favorecer las simetrías siniestras con el hambre de la mendiga. Y, a continuación, todos sin excepción se echaban mano al bolsillo, sacaban unas monedas y las dejaban en una mano con roña y costra como una teja.

El que estaba a mi lado, un tipo rudo, obrero de algo, con la muñeca y los carpios embutidos dentro de una escayola sucia y sobada, metió la mano con dificultad en el pantalón y se sacó ciento diez pesetas. Le dio los dos duros y se quedó la moneda de cien. La mujer tenía un aspecto favorable, que despertaba poco la caridad. Era del tipo gallego, menuda, muy delgada, casi anoréxica, con la cara angulosa y fina y un color pizarroso alrededor de los ojos. Llevaba un *anorak* mugriento, lleno de reluciente y compactada grasa, y un gorro de lana, de montañista, de colores vivos, por si se pierde en la vida, que puedan rescatarla sin dificultad. Seguramente era de la droga. Mi vecino, el operario accidentado, se la quedó mirando, la socorrió con los dos duros, como he dicho, y no apartó de ella la vista mientras se alejaba. Luego su mirada y la mía se tropezaron a medio camino. Entonces él se sacudió los hombros, se sacudió la cabeza y se sacudió la sonrisa con resignación y una gran bondad. Parecía decir: «¿Cómo voy a invertir en algo así más de dos duros? Tú me entiendes».

Al pasar camino de mi andén, me crucé de nuevo con ella. Se estaba comiendo un bocadillo de *baguette* más largo que su brazo. Tenía buen apetito. Me lanzó una mirada por encima del salchichón o de lo que fuera, y no me reconoció como una de las personas a las que había pedido limosna cinco minutos antes. Comía tranquilamente y a su cara no asomaba ningún tormento, ninguna grave pesadumbre, ninguna inquietud por el futuro. Comía igual que los gorriones de la calle, con idéntica voracidad y la misma alegría.

En cuanto a Zaragoza: el bolo, alimenticio; y Zaragoza, como todas las Zaragozas, si bien la realidad me llevó a Oviedo. ¿Cómo?

Nadie lo sabría explicar, en esta errancia a lo Eugenio Noel.

Oviedo es una ciudad preciosa, con posibilidades de todo punto y simbolismos complejos. Hubiera podido ser nuestra Brujas.

Al llegar, los dos amigos que llegaban de Jerez y yo, nos reunimos con el poeta de Oviedo, y nos fuimos los cuatro a almorzar. El poeta de Oviedo no es como el poeta de Badajoz, es un gran poeta, no idealiza el agro y tiene la convicción de que Avilés y Nueva York nacieron del mismo óvulo. Sin salir de su pueblo, ha vuelto siempre de Nueva York, como esos gemelos que sufren a distancia lo que les pasa a cada uno de ellos, cuando están separados. Es una lástima que le afee la persona su inclinación innata al enredo. Como guardagujas habría disfrutado haciendo descarrilar todos los trenes, por el placer de verlos chocar estrepitosamente unos con otros o salirse de las vías. Como poeta, en cambio, la tendencia es de una serenidad chocante, lírica y silenciosa, y sus logros son muy notables.

Allí estábamos, pues, los cuatro. Cuatro mosqueteros dispuestos a no dejarse pisar el terreno son cosa de ver. ¿Dónde había quedado la tristeza de la separación? ¿No echaba uno en falta, en el trayecto de casa al aeropuerto, la normalidad silenciosa? Pero allí, con los amigos, todo se había disipado, con los floretes, chas, chas, pinchando al vuelo las moscas del ingenio. Toma, y uno le cortaba a la mosca limpiamente el ala. Eso no es nada, decía otro de nosotros, y la segunda ala caía al suelo, lenta, alabeada, en un zigzag armónico de hoja de acacia. Y allí quedaba la pobre mosca en el aire, haciendo esfuerzos colosales, braceando y pataleando desesperadamente como un ahogado, hasta que, zas, en un ataque limpio en cuarta la punta de otro florete la ensartaba por la barriga, y acababa poniéndola sobre la mesa. Que asco, decía alguno, retira eso de ahí. Y así siguió la comida en la que los cuatro acabamos con harta fatiga neuronal.

Oviedo es una ciudad preciosa. En realidad, ¿qué ciudad no tiene algo de misterioso, siquiera por una hora? Lo tiene Badajoz, lo tiene Zaragoza, no lo va a tener Oviedo. Pero Oviedo además es un poco triste, con tanta lluvia a todas horas lamiendo las sillerías de los viejos y nobles caserones. Alguien nos dijo: la mitad de la catedral es falsa, una reconstrucción de los años cuarenta y cincuenta. No se nota nada. Se ve que en el arte hay una parte que

no tiene alma. Si los bombardeos acaban con el alma, los daños son irreparables; en caso contrario, ya no se corre peligro, y se reconstruye con prótesis. El alma de la arquitectura la mayor parte de las veces la ha debido de vender al diablo, porque se destruye algo, lo reconstruyen, y allí nadie ha notado nada, lo que le hace suponer a uno que la arquitectura la mayor parte de las veces es como un decorado de teatro. En Oviedo la lluvia, en treinta o cuarenta años, se ha metido por todas aquellas tracerías, y las llenó de lenguas negras y chorreones ferruginosos que le hacen pensar a uno en el gótico de antesdeayer, cuando hábiles canteros cortaron la piedra.

Seguimos paseando, ya sin ser ingeniosos, porque la atención la reclamaban las callejuelas y las casas blasonadas que nos tropezábamos. Es una ciudad en la que hay también muchas farmacias viejas, con los tarros de Talavera, que son al gremio de los boticarios lo que los títulos nobiliarios a los aristócratas: se pueden comprar en cualquier parte, con influencia y dinero. Luego se ponen en las estanterías para admirar a la gente, que se tranquiliza con tamaña antigüedad, pensando que si expendiendo venenos desde hace tanto nadie les ha perseguido, es que son drogueros de confianza. Entre farmacia y farmacia se veía también un gran número de pastelerías, en cuyos escaparates dejaban el reclamo de unos bollos y pasteles barnizados con miel y del tamaño de los adoquines. Oviedo es seguramente el lugar del mundo donde los pasteles son más grandes, son, diríamos, pasteles de barricada.

Luego nos llegamos a la librería de viejo. En Oviedo hay dos o tres lugares donde se venden revistas y tebeos viejos, pero librería propiamente hay una, frente a un jardinejo descuadrado que llaman el Campillo. Íbamos con ilusión de encontrarnos al hijo del librero. El año pasado al menos era un fenómeno, y no había cumplido, creo, los diez años, pero hablaba ya como el quinto misterio de gozo, el Niño Jesús perdido y hallado en el templo, siempre rodeado de gentes reviradas, frustradas y codiciosas, fariseos y doctores, como solemos ser los buscadores de libros viejos. Ya sabéis, esas gentes que preferimos, por fantasía absurda, comprar los libros baratos mejor que caros, que le ponemos pegas a todo (si los libros están sucios, sin cubiertas o rotos), convencidos de saber más que el librero, y que muchas veces salimos del establecimiento

sin habernos llevado nada, después de haber pesquisado tabanquillos, sotabancos y estanterías con los escrúpulos de un inspector de Scotland Yard. Será, nos iba diciendo nuestro antifrión ovetense, un caso digno de estudio: se sabe de memoria cientos de listas, colecciona libros viejos, que le escoge su padre, y aunque tiene tan corta edad, la seguridad que muestra en sí mismo es ya la de una persona a la que se podrían encomendar complejas negociaciones diplomáticas. Cuando habla, uno se dice, caramba, o el muchacho se descacharra como el del *Torquemada* de Galdós, que Dios no lo quiera, o llega a Presidente de la Audiencia. Pero el chico, que no debía haber salido del colegio, no se encontraba en la librería. Sí, en cambio, estaba, como es lo habitual, su madre. Esta, viendo la cerrada comitiva, telefoneó a su marido, que preparaba en un piso cercano uno de sus catálogos.

Resulta un hombre agradable, simpático, tímido. En presencia de quienes considera gentes con estudios, preparadas, cultas, prefiere guardar silencio, porque escuchando se aprende, dice. Es de los pocos libreros a los que le gusta vender libros, y cuando vende uno no empieza a llorar desconsoladamente porque tiene que despedirse en ese momento de él para toda la vida. Al contrario, disfruta con la ilusión de quien ha encontrado algo en su librería, y no vuelve a pensar en aquello que se le ha ido.

Se alegró, dijo, de vernos. Los forasteros nos separamos y libamos en rincones diferentes, melificando cada cual lo suyo, mientras nuestro anfitrión le daba cháchara. Luego, nos llevó al almacén, y entonces, sí, apareció el niño, que satisfizo la curiosidad de los que no le conocían, y nos asombró a todos. Y cada cual encontró su pequeña flor silvestre. Es cierto que ninguno de aquellos libros era la rara orquídea, pero eran hermosos en lo que tenían de margarita o amapola.

Por la tarde era la presentación de la revista que veníamos a presentar. Nos llevaron a una de esas aulas modernas de cultura hecha por un arquitecto canalla, con columnitas de estuco y ojos de buey en los muros, a modo de ventanas, pero del tamaño de un duro. Los suelos, como esa clase de rehabilitaciones arquitectónicas se pagan con partidas presupuestarias a cargo de la hacienda pública, eran de mármoles brillantes traídos seguramente de Italia (que a su vez los compran en Portugal, para vendérselos a los

arquitectos horteras que creen que a ser Palladio se empieza por los pavimentos), y tenían todos una característica común: eran resbalosos y estaban en rampa, no tanto, como cabría suponer, para facilitar el acceso de minusválidos en sillas de ruedas, sino para que la gente se caiga con las piernas abiertas por la mitad y se rompa la pelvis, con el fin de sentarla en una silla de ruedas para justificar el hecho de que se hayan hecho en rampa.

Había venido muchísima gente, como para un acto electoral, y un gran número de políticos, que no desaprovecharon la ocasión para decirnos unas palabritas, recordándonos a todos quién pagaba aquello. A continuación nos llevaron a tomar una cerveza en un bar tenebroso, uno de esos bodegones típicos en los que todos nos mostramos eufóricos de haber terminado el acto cultural propiamente dicho.

Por allí andaba el Presidente de la Fundación Príncipe de Asturias, que es, además, el capitalista de la editorial que corre con los gastos de la revista presentada.

Era un tipo gracioso, campechano, de origen modesto a juzgar por algunos indicios. Andará por los cincuenta y algunos años, alto, corpulento, seguro de sí mismo, y con un anillo en el dedo meñique, como el que lleva Su Majestad.

Se mostró una persona locuaz, simpática, extrovertida, entusiasmada con el hecho de ser asturiano, sin duda pensando que, pudiendo ser asturiano, para qué se va a ser otra cosa. Rubianco, como muchos de esta tierra, y ojos claros, la cara, un tanto abotagada, estaba metida en una retícula de venillas rojas, estalladas sin duda en el fragor de las muchas batallas libradas a lo largo de su vida en defensa de la noble institución del Principado que preside.

Nos llamaba «la juventud», y pronunciaba esa palabra con dejos de soñador, acaso de manera muy parecida a como Rodrigo de Triana gritó desde lo alto del mastelero «¡tierra a la vista!».

Por lo demás ponía en todo lo que hacía y en lo que decía tanta ilusión como seriedad, de modo que al oír aquella pregunta, ni me entró la risa ni me atraganté con la cerveza, sino que la aquilaté como uno de esos joyeros de Amsterdam a los que se les lleva un gran diamante en bruto, para su tasa:

—¿Tú tendrías inconveniente en escribir en algún momento los

discursos del Príncipe?

En media hora que llevábamos en el figón no le había dado tiempo a nadie a emborracharse, de modo que consideré que la pregunta era perfectamente admisible. Estaba, lo confieso ahora, un poco decepcionado, porque uno creía que esas preguntas se formulaban con otro misterio. En eso uno es muy femenino, y espera que la flor se la pidan de una manera delicada, no con un «¿quieres chingar conmigo?».

En un primer segundo pensé: si el Príncipe quiere discursos, que se los haga él mismo; no tiene otra cosa que hacer en todo el día. O su padre, que tampoco. Pero eso no fue más que un rasgo de soberbia, envanecido como estaba por el hecho de que le hubieran ofrecido a uno algo tan singular y señalado. Porque al segundo siguiente, como republicano, alcancé a abrir el abanico de posibilidades que eso le ofrecía a una causa como la nuestra, tan decorativa y extemporánea. Imaginaba usando las palabras con sus cargas de profundidad, conceptos ambiguos y argumentos diabólicamente seductores, como los de la culebra del árbol del Bien y del Mal, adjetivos de espoleta retardada, verbos minados, sustantivos fulminantes; me dije, este es el gran momento del republicanismo español. Era como infiltrar a un artillero en la sala de máquinas del buque enemigo. Lo hundiría en menos que canta un gallo.

—¿Cuándo hay que empezar?

Mi interlocutor se sonrió condescendiente, complacido de mis bríos juveniles. Debió de verme como un matasiete con ganas de medrar en la Corte de su Majestad. Pareció aconsejarme, tranquilidad, amigo, temple (y el Rey nos perdone a todos por comparación tan ordinaria), como hace la mujer de la vida ante los ímpetus del primerizo. Y ni siquiera me había puesto a redactar el primer discurso cuando allí, sobre la marcha, nos preguntó a X y a mí, cómo veíamos los premios Príncipe de Asturias, y si creíamos que eran memorables.

Ese punto se lo tomó uno un poco más en serio. Pensé en X. Me dije: si se lo dan, llevaría su obra a gentes que todavía no han oído hablar de él, y así fue como le respondí que ese premio no estaría completo hasta que no se lo dieran a X. Puso una cara muy rara, como si acabase de morder un limón. No sabía quién era. Se tomó

unos instantes para pensarlo, y nuestro buen hombre sacudió la cabeza con su circunspección de chambelán prudente, habituado a tratar con el Príncipe asuntos de suma gravedad. Es posible que se estuviera haciendo viejo ya, y para eso está una juventud como la nuestra, para mostrarle a su buen juicio caminos que valga la pena recorrer. Calibró al fin lo que iba a decir:

—¿Tú querrías formar parte del Jurado del Premio y defender en él la candidatura de…? ¿Cómo has dicho que se llama?

Por esa causa, pensé, estaría incluso dispuesto a dejar de ser republicano.

De hecho ya empiezo a ver las cosas de la monarquía de otro color, no sé, más humanas, más lógicas.

Tras la cena y un conato de orearnos por un *cabaret* local, donde estaban citados treinta o cuarenta poetas de la localidad, los forasteros logramos esquivar la hospitalidad y salir, camino del hotel, a las doce de la noche, como Cenicientas de lujo.

En la habitación esperaban los libros viejos de esa tarde, un número de *Prismas* y otro de *Cervantes*, el número uno de *Verso y Prosa*, un libro de Paz, otro de Guillermo de Torre y unas novelitas de Cansinos. El número uno de *Verso y Prosa*, aun sin saber a ciencia cierta lo que era, me lo regaló. Y mientras me entraba el sueño, fui leyendo esas revistas, dándole entrada a la cultura de una forma siempre con poca vertebración. Creo que tendría uno que buscar otra clase de libros, comentarios a Montaigne, las cartas de Boswell, los artículos de Carlyle, la correspondencia de Mérimée, los diarios de Peppys, el epistolario de Burton, el *Tratado* de Spinoza, en fin, literatura que luego pueda circularse en un libro sin desdoro.

A la mañana siguiente, a las ocho y media, pedí que me subieran el desayuno, para no desaprovechar una de las raras ocasiones en las que una revista de literatura da para ello, y con el cruasán tierno y cinco periódicos, tres de Madrid y dos locales, me entregué a esa voluptuosidad de ver que el mundo está muy por debajo de uno. Me sentí, con los periódicos delante, sobre la cama, como un delincuente que busca las huellas de su crimen en la primera página, o como un magnate, en busca de lo mismo, en las de la bolsa. No es fácil sentirse bien con tantos periódicos, si no se es censor. A un hombre honrado se le acusa de que se ha llevado a su

casa dos pesetas que no eran suyas, y ese hombre, preocupado porque alguien pueda dar crédito a esa infamia, pierde sosiego y sueño. A un hombre de negocios se le prueba que ha robado millones, y con tal de no acabar en la cárcel, eso es algo que ni siquiera le echa a perder la siesta. Con tantos periódicos delante no era difícil sentirse estafador a gran escala.

Después nos esperaba nuestro anfitrión para llevarnos a Gijón. Tenía uno la fantasía de ver el mar y el pueblo. Este ya casi no vale nada; el mar, en cambio, parecía haber permanecido allí sin un lugar preciso, con ese complejo de los parientes pobres que han ido quedándose sin bienes de fortuna.

La playa de Gijón es como una Concha sin boato, en la que la mayor parte de los que se bañaban en ella eran, al menos cuando yo la visité de niño, aldeanos a los que los médicos de pueblo prescribían baños de mar. Yo creo que ha sido la playa donde ha visto uno más piernas varicosas por metro cuadrado de todo el litoral peninsular.

Esos chalets y casas de veraneo, con sus estilos bastardos de modernismo vienés pasado por el gótico de las capillas protestantes, en medio de todo el infierno arquitectónico en que han convertido la ciudad, llegan a hacerse incluso poéticos, pero la mayoría han ido desapareciendo y dejando el paso a los bloques mostrencos. Por un lado está mejor así, porque de ese modo no tiene uno más remedio que apartar la vista de todo, y concentrarse en el mar, que siempre resulta un espectáculo atrayente por su inconstancia, o meterse en uno de los cafés más hermosos que le quedan a todo el Noroeste español, el Indurra. El pueblo se hubiera podido reducir a ese hermosísimo café. Se pregunta uno, ¿cómo no lo habrán cerrado, cómo no habrán hecho de él una hamburguesería, cómo habrá resistido la tentación de convertirse en torre de apartamentos?

No sé por qué, a uno, que no ha estado nunca en Buenos Aires, le pareció el café más bonaerense de España. Es un café amplio, con grandes ventanales a la calle y gruesas y altas columnas que se abren al llegar al techo como la flor de loto en los capiteles egipcios. Las mesas, las sillas, los percheros están barnizados con un color rojizo de caoba que los cien años que tienen acaban haciendo muy convincentes. Junto a la puerta, en un repostero, penden una docena de periódicos locales y nacionales, vertebrados por su

correspondiente percha de madera. La gente se sienta en los veladorcitos y pide cafés con leche, que sirven en vaso de cristal, y alguno de esos pasteles que se ven en las confiterías asturianas, salidos más que de un obrador de una cantera. Los camareros tenían también todos un aspecto de haberse escapado de fotografías de hace un siglo, y se movían entre las mesas como sonámbulos, ni solícitos ni perezosos, sino todo lo contrario: con una irrealidad tan persuasiva que ni siquiera le entraban a uno ganas de pegar la hebra con ellos. Después de eso nos metimos también en un par de librerías, una nueva y otra de viejo. En la de nuevo alguno, con suma discreción y cierta vergüenza, como quien se manipula feamente, buscó sus propios libros en los estantes y en los mostradores de novedades; en la de viejo, como no había nada que encontrar, apenas duramos cinco minutos, y cuando quisimos darnos cuenta ya estábamos de nuevo sentados en un restaurante, de vuelta en Oviedo. A los poetas en provincias nos dan de comer cuatro o cinco veces al día, refacciones copiosas y ricas en grasas, convencidos todos de que estas nos serán útiles en los largos períodos de hibernación.

Esa constó de nueve platos: sopa de pexín, crema de nécoras, potaje asturiano, fabada, patata rellena de carne picada, cebolla rellena de patata rellena con carne picada, arroz con leche, crépes, pestiños, carbayones (el postre nacional; un mendrugo hecho a base de almendra, redondeado, del tamaño de la piedra que acabó con Goliat, exquisito), café, copa y puro o purito.

Todo estaba organizado como si fuese en serio, porque después de la comida y de pasar de nuevo por la librería de viejo (¿qué se puede hacer, si no, tantas horas fuera de casa, en una ciudad que no es la nuestra, cuando se está todo el día en grupo?), nos esperaban a los forasteros unas cuantas entrevistas con los periodistas locales, primero, y, más tarde, una mesa redonda, donde se habló de Paz (a quien no se dio cuartel) y barbarizamos todos un poco, poniéndonos estupendos.

Todo terminaba como había empezado: combinando frases ingeniosas y en lecciones de esgrima. Cada cual se deprimió lo que pudo por tanto encanallamiento y en cuanto se acabó aquello salí corriendo hacia la estación para tomar un tren nocturno.

Un criminal no tiene su conciencia más limpia de lo que la

llevaba uno a esa hora, pero, ¿qué se quiere? Por suerte, diez horas de traqueteo ferroviario son suficientes para sacudir del árbol de la vida todos los frutos venenosos y entrar en casa más o menos desnudo y con esperanza, del mismo modo que le llega la aurora a un moribundo.

AL entrar en casa M. siempre pregunta, ¿qué tal ha ido todo? Y yo respondo, bien, ha estado bien. Con tus amigos, ¿bien? Bien, sí, bien. ¿Estaba bonita Oviedo? Oh, sí, muy bonita. Pero lo cierto es que no tiene uno fuerzas para conocer la verdad. A partir de ahora es cuando empieza la experiencia a alambicarse lentamente, como esos aguardientes metílicos que se destilan de las maderas viejas, y que emborrachan dejándole ciego a uno.

Y una vez más las tareas del campo son lo único real, la lluvia lluviea, el aire airea, el sol asolaza. Asolazar vale, como verbo, bastante. Muerto Azorín, olvidados Valle y Miró, no creo que nadie se atreviera a meterlo en casa. Yo lo he escrito un poco provocativamente, como si hubiera tenido en la sala, sirviendo, a un negrito vestido con calzones blancos y medias rojas. Pero en el campo nada queda fuera de lugar. Aquí puede utilizarse hasta asolazar. Nada se extralimita, con fantasías, fuera de sus funciones. El hombre de campo sabe las cosas que tiene que hacer, las hace, y espera sus frutos. No todo depende de él; a menudo depende de la lluvia, del aire, del sol. Eso le hace a un tiempo más humilde, pero no deja de ser orgulloso, porque sabe que la semilla que sembró germina.

Había que arrancar dos olivos, para levantar una leñera y una cochera. Daba un poco de pena abatir dos árboles centenarios. El ruido de las cadenas alrededor de su tronco ponían la piel de gallina, con su rechinar de condenados a muerte. Entre ambos sumarían cuatrocientos años. Olivos de 1800. Cuando el tractorista pasó las cadenas por el tronco, como hubiera hecho por el cuello de un ahorcado, se reía de buena gana: ¿Dónde estarán ahora los huesos del que plantó la estaca de este árbol?

La pregunta quedó sin respuesta, y Manuel el lagarero se quedó pensando. Seguramente estaba haciendo sus cálculos, porque lleva la cuenta por lo menudo de la historia de esta Sierra, y podría remontarse en ella varias generaciones, y acaso llegó a la conclusión de que esos árboles los plantó en su día algún bisabuelo suyo, y no

está bien reírse de los muertos de uno, y menos aún que venga a reírse de ellos un tractorista del pueblo vecino.

Lucía un sol inmaculado, y hacía también mucho frío. A lo lejos se veía la Sierra de Gredos nevada, como no lo había estado, según cuentan estos hombres memoriosos, en los últimos cuarenta años. La casa se ha llenado de humedades y goteras, y entre las baldosas de la parte de abajo brota un agua manadera. Esta mañana, apenas había salido el sol, nos despertaron los campanillos del rebaño, que se desconcertaban con el ruido que hace el agua de los regatos, cuando se rompe entre las piedras. Y al soñar, las cosas sucedían también confundiendo dos corrientes infinitas, sustanciadas en una música, que en sueños, eran calladas.

A propósito de Nietzsche. Seguramente escribió toda su obra para que se le entendiera, pero sería absurdo querer entenderla toda; la suya y la de ninguno, por lo mismo que cuando venimos a este mundo no lo hacemos con el imperativo categórico de comprenderlo por completo, ni siquiera de recorrerlo de cabo a rabo. «No es lícito que lo sepamos todo», leemos en el libro cuarto de las Odas. Sin contar con que en toda obra los trechos comunes son cortos. La mayor parte del camino ha de hacerlo uno solo.

EN la cama con fiebre. Es todo horrible y deprimente. Al llegar de Las Viñas el termómetro dejó un 38,50° que parecía más bien la temperatura de la conciencia. Tenía que ir a Sevilla, como jurado del premio Cernuda de poesía, de modo que telefoneé para decir que no podía ir. La persona con la que hablé creyó que se trataba de una excusa. No, le dije, me apetecía ir a Sevilla. Ni era verdad ni lo creyó. Badajoz, Zaragoza, Oviedo, Sevilla en menos de un mes. La fiebre tiene que ser de eso, no se encuentra otra explicación. Ayer tuve buen cuidado de no mojarme los pies cuando andaba por la calleja, saltando las gavias. Iba bien abrigado incluso, en el paseo que dimos, pero pese a todo debí de enfriarme. Se va todo el mundo de casa, y me quedo solo, metido en la cama. Todos los días me quedo solo, pero no en la cama. La soledad de la fiebre es una soledad multiplicada por mil. No sé por qué razón acaba uno creyendo que se le complicará algo, y que morirá a consecuencia de ello, en el acceso de tos, en la embolia, en la congestión cerebral. Me digo, cuando vengan por la tarde, me encontrarán aquí muerto. Y compongo un poco la figura para que el susto que se lleven sea

mínimo. Ahora me ha subido un poco más la fiebre. Me la tomo cada dos horas, como quien espera ver desaparecer por arte de magia un huésped molesto. Pero la fiebre sigue. Me encuentro aturdido y bañado en sudor. A veces me quedo dormido, como narcotizado, y ni siquiera puede uno toser a gusto, porque ese estertor me parte la cabeza en dos pedazos, en medio de un gran dolor. También piensa uno, voy a dormir un poco, cuando me despierte, la fiebre se habrá evaporado, y con ella esta depresión. Pero se despierta uno, el termómetro sigue en su obstinada sublevación, y la melancolía resultante de todas esas operaciones hechas desde la cama se comprueba aún mayor. De todos modos la melancolía producida por un estado febril tiene filos traidores, como esa inocente hoja de papel que se hunde en la yema del dedo con un corte agrio. La melancolía de la fiebre no es estética, no es artística, no es teatral, es sencillamente penosa, impresentable.

Estaba dormido cuando sonó el teléfono. No lo cogí, pero pensaba: esa es la llamada que esperabas. Luego me dormí y soñé que quien me llamaba era la agente a la que había entregado la novela hace cuatro semanas, y todavía no me ha dicho nada. ¿Le hará lo mismo a Fulano y a Zutano? Luego, en sueños, se me apareció una mujer que bien podría ser la Virgen de Fátima, que me interrogó, muy seria: «¿Para qué quieres una agente? En tu caso, o falta novela o sobra agente». Me desperté sobresaltado. Las sábanas se me habían pegado al cuerpo, de tanto sudar, y yo no quería deprimirme, porque ya lo estaba.

(…)

Ahora sigo con fiebre y con agente, pero, a todos los efectos, no tengo novela, y la casa está sola. Es decir, tengo novela, y la casa no está sola, y me levanto de vez en cuando al cuarto de baño y los vapores de una orina saturada de toxinas y excipientes de medicamentos marean un poco.

Y, hoy por hoy, estas idas y venidas a mi cuarto de baño son toda mi carrera de escritor.

HABÍA amanecido con mucho frío y ventoso. Ni siquiera me atrevía a salir de casa, para evitar una recaída, y de hecho lo retrasé todo lo posible, hasta que fue inevitable.

Habíamos quedado citados M. B. y yo a las once de la mañana en el *pub* de Santa Bárbara con algunos periodistas para hablar de

uno de los tomos del diario, que acaba de salir. Es lo que hacen los editores de cierto viso con los escritores de franco rendimiento. Se convoca a los reporteros culturales, se les invita a una caña, te hacen la entrevista, y al día siguiente sacan algo en el periódico, junto a la fotografía de uno. De ese modo el editor se evita el engorro de una presentación, uno se ahorra los parabienes y palmoteos en la espalda y el resultado viene a ser poco más o menos el mismo.

Cuando llegamos nos enteramos de que el *pub* no abría hasta las doce. Así que permanecimos en la acera. Como aquello era objetivamente un escarnio oprobioso o un oprobio sangrante para la edición en general y para la literatura en particular, decidimos… trasponer la calle, y la guardia la montamos en la acera de enfrente, mirando el escaparate de la pastelería La Duquesita. Cuando nos aprendimos de memoria todos los bombones y bollería, nos colamos en un barcito que hay al lado, uno de esos bares mínimos en los que únicamente cabe una barra de un metro y dos o tres taburetes, de modo que cuando uno se sienta en ellos, pone los riñones en la pared opuesta, en este caso un cuerpo de espejos que reflejan los espejos del frente, para que de ese modo, y reflejándose unos a otros, la cosa parezca infinita. Como la edición en general y la literatura en particular.

Hablamos de esto y de lo otro, mientras vigilábamos la puerta del *pub*, por si aparecía alguien con aire de periodista.

En una hora llegaron tres personas que quisieron entrar en el *pub*. Al encontrarse la puerta cerrada, retrocedían con la cabeza levantada para reconocer el lugar y se mostraban desconcertados, sin saber muy bien qué determinación tomar. En ese momento, M. B. salía a escape, cruzaba la calle jugándose la vida, sin mirar a los coches, y se acercaba al desconocido. Entonces le preguntaba: Eh, ¿vienes buscando a A. T.? Los otros le miraban como a un loco, y de un salto se ponían a salvo de él, por si después de la pregunta decidía sacarles una navaja.

El del bar empezó a sospechar que éramos camellos, y no nos quitaba el ojo de encima ni a nosotros ni al teléfono, para llamar a la policía en el momento que nosotros no le miráramos a él.

Esa sí debe de ser, dijo de pronto M. B. Se trataba de una mujer de unos cincuenta años. M. B. abandonó de un salto su taburete

como un jaguar y se puso en dos pasos junto a ella. Se asustó tanto la pobre que ni siquiera le dejó preguntarle nada, porque en cuanto le vio venir tan suelto, salió corriendo en dirección a Alonso Martínez, abrazada con fuerza a su bolso.

Al cabo de un rato oímos por la radio del barcito que acababan de asesinar al Presidente del Tribunal Constitucional. Al lado de aquel, nos pareció el nuestro un negocio lamentable y ridículo, y todo lo que había tenido de comedia hasta ese momento se tiñó de algo más bien triste.

A partir de las doce y media llegaron dos periodistas. Las entrevistas duraban unos quince minutos. Uno lo hizo mejor que el otro, pero a ambos hubo que disculparles, cuando confesaron que no habían podido leer el libro. Yo para ser amable les aseguré que no importaba, que no era necesario y que como en el libro se hablaba de la vida, para hablar de la vida no estaba escrito en ninguna parte que hubiera que leer libros. Los dos se alegraron, o me lo pareció, de que me tomara las cosas con tanta filosofía, y me confesaron, a su vez, que quizá no había otro modo mejor de tomárselas.

El segundo era un muchacho joven, de treinta años. Lleva diez en el periódico, confesó. Hizo preguntas llenas de candor, que ponían las cosas bastante en su sitio: ¿Tú te dedicas a esto?, fue, por ejemplo, una de ellas. ¿Piensas vivir de la literatura?, fue otra. Otra: ¿Y has escrito más libros? Yo le decía sí, algunos. Y entonces él preguntaba: ¿De qué tratan? Y yo respondía como si fuese un apóstol que está propagando una religión nueva, sin perder ni la paciencia ni la sonrisa. De vez en cuando miraba a M. B., que se había quedado en un rincón del diván, sin decir palabra. La expresión de su cara lo decía todo. Yo pensaba, de todos modos, que esas mismas preguntas me las podría estar haciendo el Presidente de los Estados Unidos, y como al Presidente de los Estados Unidos le contesté. Tomaba las notas en una libreta de hojas sueltas, unas notas como en taquigrafía, sin dejar de mirarme a los ojos, sin dejar de sonreír con una sonrisa perfecta e inocente, que recordaba la del Niño de Vallecas. Era prodigioso, porque sin mirar la libreta sabía cuándo se acababa la línea, cuándo se terminaba la hoja, los puntos y aparte, todo. Mirándome la cara. ¿No ves nunca lo que escribes?, le pregunté. No, dijo, es la

costumbre. Eché una ojeada a aquellos garabatos moriscos. ¿Lo entiendes luego? No siempre, me confesó con una franqueza que sin duda le hará ganar el reino de los cielos.

Luego me preguntó qué me parecía X, el escritor de moda ahora. Dije la verdad, que le conocía poco, por lo que escribe en los periódicos, y que no había leído sus novelas. Entonces contó que a él le gustaba mucho, y empezó a hablar de todos sus libros con entusiasmo. Comprendí que a quien le gustaría estar entrevistando en ese momento era a X, y por un segundo me hubiera gustado haber escrito los libros de X, y haber llevado su vida y ser X, para no defraudarle.

Después se hizo un pequeño silencio, y dirigió a M. B. otra pregunta parecida: Y vosotros, ¿publicáis más cosas? M. B., que es un hombre que jamás se altera por nada y que suele tener un carácter florentino para todas las cuestiones, estuvo a punto de atragantarse con el hueso de la aceituna del aperitivo.

Nos levantamos los tres y salimos a la calle. Nos despedimos en la acera. Él se fue para un lado y nosotros para otro. Ninguno de los dos tenía ya ganas de hacer el cinefórum de lo que acababa de suceder esa mañana. Creo que dábamos mucha pena, si hubiésemos tenido a alguien cerca a la que dársela. O sobramos nosotros o sobran los libros, le dije, o sobran los periodistas, no sé, algo parecido a lo que de mi agente me había dicho la Virgen de Fátima entre sudores febriles, pero M. B. me corrigió diciendo que aquí no sobraba nadie, en lo que se mostró muy amable.

A continuación me metí en un taxi. Me esperaba en Casa Lucio, en la Cava Baja, cerca de La Latina, E. M.

Es mejor que todos esos negocios editoriales y de agitación y propaganda, como lo de los viajes, se concentren en un mes, emborracharse de gente, de mundo y de bares, y desintoxicarse luego en casa a solas, durante los once meses restantes. En casa, a esa acumulación de penosas tareas se le conoce como la inmolación. La inmolación, qué duda cabe, es mejor toda de una vez.

Hacía cuatro años que no veía a E. M. Es un hombre peculiar. Tiene los ojos de chino, medio cerrados todo el día. Te mira siempre con sueño. Es, también como los chinos, lampiño y con un pelo fino, tieso, blando. Ese aspecto hace que aparente una edad de eterna adolescencia, incluso cuando ya ha ido cumpliendo sus años.

No cuenta casi nunca nada, escucha mucho, que es una virtud muy oriental, pero está en el centro de la mayor parte de las operaciones gananciosas de la literatura, cosa que a otros les vuelve muy locuaces. Compra por ahí, en las ferias, *bestsellers*, que vende aquí, o se inventa escritores locales, que vende en las ferias. Las cosas le van bien. Creo que es un buen hombre. Los financieros editoriales le contratan porque creen que su dinero se mueve con más garbo en sus manos, y ha demostrado ser un buen editor. Cuando editó *El buque fantasma* fracasó. No cubrió los gastos y la crítica fue despiadada con la novela. A él la novela le gustaba, pero como no se vendió lo que esperaban, sus jefes le despreciaron un poco por ello.

Siempre sentirá uno que aquel libro no tuviera más éxito, por todo lo que ese hombre arriesgó con él, así que lo que nos une es un fracaso viejo y una ilusión recién nacida, también con su fracaso-hueso dentro, como las aceitunas. Esta vez los dos parece que damos cuenta de ella con cautela, por si se nos atraganta de nuevo.

Mi amigo debería estar escribiendo sus propias novelas, pero no. Sueña con ese día. Dice: he de trabajar para tener tiempo libre, y entonces escribiré mi novela. Gasta su vida en novelas y libros de otros, que no valen gran cosa. Pero después nunca se desembaraza del todo de sus ocupaciones. No sé, me dijo un día, quizá hago todo esto para no tener que escribir la novela. Y le vimos quedarse en la orilla de esa pequeña verdad, como náufrago al que olvidaron rescatar en la playa vacía. Yo le digo siempre, la escribirás un día, si es que tienes que escribirla. Y hace como que esa verdad le anima algo, pero nos mira a todos desde su playa, haciéndonos más pequeños mientras nos alejamos.

Llegó una hora tarde, pero a mí eso no me importaba, y mucho menos en un restaurante como Lucio.

Es un bodegón clásico de Madrid. En Madrid cada época tiene el suyo. El de estos últimos treinta años es Lucio. Su parroquia es muy selecta: los banqueros, los periodistas, los gángsteres, las entretenidas, los toreros, los aristócratas que salen en las revistas, algunos presidentes de equipos de fútbol, los periodistas deportivos, la Reina con las mujeres de los otros reyes, el Rey con los amigotes, los toreros con las entretenidas de los presidentes de los equipos de fútbol… Sobre todo, el mérito es del surtido. Siempre está lleno.

Hay que reservar hora muchos días antes para conseguir mesa. La comida es incunable y racial. Tienen mucha fama unos huevos estrellados y unos besugos que llegan del horno ahogados en aceite caliente, salpicados de ajos tostados.

Una hora da para mucho. Aquello estaba lleno hasta rebosar. Los camareros iban y venían bordeando las mesas en medio del frenesí general, porque allí todo el mundo hablaba a voces.

En la mesa de al lado estaban dos cantautores célebres, que hacían todo lo posible por concentrarse en su conversación, sin atender a su notoriedad. A la gente que entraba y los reconocía se les iluminaba la cara de contento, y no podían reprimir un «¡Coño, Víctor Manuel y Serrat!», o también un «¡Hostias, Serrat y Víctor Manuel!». Era una escena que se repetía cada cinco minutos, siempre que entraban unos nuevos o salían, después de haber comido, otros. También, de vez en cuando, la gente de las mesas de alrededor que los descubría, decían: «No mires ahora; pero en esa mesa me parece que están Víctor Manuel y Serrat». Al que se lo decían dejaba pasar exactamente tres segundos, uno, dos, tres, y volvía sin ningún disimulo la cabeza, y entonces exclamaba con júbilo, «¡coño, pues es verdad!» o «hostias, tienes razón». Los cantantes hacían como que eran ajenos a todas esas marejadas que producía su presencia allí, y llevaban su conversación lo mejor que podían, pero también contabilizando esas interrupciones. Yo creo que de no haberse producido ninguna, les habría preocupado. Así que parecían tomárselo como un baño de multitudes, o al menos, como rebozo de popularidad. El famoseo, que también alcanzaba a otras mesas, alborotaba aquello con estridencias de pequeño corral, hasta el punto de hacerles creer a todos que si en la mesa de la entrada había dos muy famosos, todos los demás, por el hecho de encontrarnos allí y mezclarnos con ellos, también éramos famosos por algo, incluidos ellos mismos. La gente se pasaba todo el rato mirando, escrutando las mesas, como si estuvieran en el palco del teatro dedicados a espiar a los ocupantes de los otros palcos. «Quién será aquel. Me suena su cara». Las caras de todos nos sonaban a todos. No hay nada como ir a un sitio de famosos para ser ya algo famoso. Al rato llegó una pareja que se acomodó justo a mi lado. Creo que fueron los únicos que no repararon en las celebridades que almorzaban en la primera mesa.

Se trataba de una pareja asimétrica, muy desigual en los extremos, aun cuando él fuese común.

Él tenía unos sesenta años y aspecto de haberse hecho millonario vendiendo chatarra. No había conseguido desalojar de las uñas un fino luto y lo miraba todo con desinterés y tristeza. Ella, en cambio, no parecía tener más de treinta, y la chatarra de él la llevaba encima en toda clase de aretes, pulseras, sortijas y pendientes. Él tenía la frente huida hacía el cogote, un bigotito recortado y poco airoso, y el pelo, teñido de negro zahíno, pegado con gomina al cráneo. No tenía mucho pelo, desde luego, y se lo peinaba de una oreja a la otra para disimularse la calvicie, en lo que se conoce como modelo cofre. Se abre en una oreja y la bisagra está en la otra, quedando al descubierto la calva. En el reino animal hubiera sido un raposo viejo, de esos que se ven disecados en los bares de carretera, entre las botellas de coñac. Ella era rubia. Había metido la cabeza por completo en un caldero con agua oxigenada, pero eso debía haber sucedido hacía un mes, porque las raíces habían crecido y eran todas de un negro delator. No era guapa, desde luego, se había operado la boca y la habían dejado un par de salchichas por labios, que mantenía frescas y lustrosas con unto de *ketchup*. Su cara, redonda, cetrina, dura: un viejo disco de pizarra. No tenía ni siquiera buen tipo, pero sí una minifalda exagerada, que le dejaba al aire un muslo abultado y deshuesado, como los del jamón de York, con venillas azules a punto de cuajar en nudos varicosos. La mujer no estaba cómoda con aquella falda tan radical, porque no hacía más que tirarse de ella hacia abajo, tratando inútilmente de cubrirse sus vergüenzas. Llevaba los brazos llenos de pulseras hasta los codos, como si fuera un muestrario. El otro le hablaba sin parar, pero ella no me quitaba el ojo a mí, no porque le encontrara a uno atractivo, ni mucho menos, sino para saber si el que tenía cerca se había ya hecho una idea cabal de la situación y le ayudaba a ponerle unos bonitos cuernos al viejo.

Entretanto, E. M. no aparecía, y mi única preocupación era tener que comer yo solo, porque el plan con la querida del chatarrero no me convenía del todo.

En eso la chica preguntó a un camarero dónde estaba el cuarto de baño, pero antes de levantarse, me echó una mirada significativa, como diciendo, sígueme. Fue una cosa descarada de

verdad. El viejo no se daba cuenta de nada. A mí empezó a latirme el corazón con una fuerza inusitada, estorbándome incluso la respiración. Miré detrás de mí, para saber si con quien se estaba timando era conmigo o con otro, y sin saber muy bien lo que hacía, dejé la servilleta en la mesa y con la seriedad de un juez, me lancé a través de todas aquellas mesas. Pensé, ¿qué me va a decir? Seguramente quiere una cita, para cuando se le vaya el querido. A lo mejor lo que busca es alguien para un trío. Esto, en Madrid, y en concreto en Lucio, tiene todo el aspecto de que sucede a diario. Quizá solo pida auxilio y quiere que la libere del ogro, como en los cuentos. Vi cómo se metía en el lavabo de señoras. ¿Yo tenía que haberla seguido también allí? Esa es una pregunta que me atormentará mientras viva. Así que no tuve otro remedio que entrar en el de caballeros. En el mingitorio, con el caño fluyente de la orina entre los dedos, el principio de realidad se apoderó otra vez de mí, y al tiempo que hisopaba las sobras, ya se habían disuelto todas las fantasías. Valle es contagioso. Al volver a mi mesa, me encontré con que la rubia oxigenada esperaba de nuevo sentada frente al chatarrero, y ni siquiera me miró. Mejor dicho, me miró, sacudió su veredicto con todo su desdén oxigenado, y desvió su mirada a otros fuertes de aquella vasta tierra de fronteras. Entretanto, su pobre amante, mientras les servían el primer plato, le cogió una mano. Había dejado de hablar y la miraba con arrobo y suma tristeza, doliéndole unas entretelas del alma de las que ni siquiera él conocía la ubicación exacta. Era todo un contraste: la mano de él, cuadrada, callosa, llena de pelos largos, duros y negros y con aquel luto negro en las uñas, y la de ella de dedos cortos y regordetes, con hoyuelos por todas partes, de un blanco cianótico, casi azul, y con las uñas de diez centímetros pintadas de color azul también. Las de él eran manos del hombre que más que amasar una fortuna ha tenido que amasarse a sí mismo; las de ella, en cambio, tan sobre el mundo, parecían morcillicas de cielo.

La chica dejaba que se las manosease, pero miraba distraída a otra parte, inspeccionando el entorno. Cuando el camarero trajo unas bandejas con el primer plato, el hombre se resignó doliente a quitar de enmedio la manaza, y sustituirla por aquella barrera de menestra que se interpuso entre ella y su novia.

Yo les miraba. Íntimamente empecé a sentir una corriente de

simpatía por el chatarrero, quien a juzgar por las apariencias era el que había costeado la joyería y el agua oxigenada de la señora. Se diría que estaban despidiéndose para siempre. Cuando liberó su mano de la de ella, se la llevó al cráneo y se aplastó las grasientas guedejas. Su involuntaria vis cómica hacía aún más triste la escena, y más tierna. Tenía su lado chaplinesco, sin duda. Daban ganas de llamarle, sentarlo a la mesa y mantener con él una conversación de hombre a hombre, decirle, «Mire, no le conozco de nada y nadie me ha dado vela en este entierro, pero esa mujer no le conviene a usted. Trate de olvidarla y ponga sus pulseras y sortijas en otras manos». Él me diría, ¿y a usted qué le importa? Y tendría razón… a medias. Porque la obligación de uno, de una o de otra manera, es la del Cirineo, aunque lo cierto es que mucha gente lleva sus cruces con gusto.

En ese momento llegó E. M. con su flamante hora de retraso. Venía deshecho en disculpas. Le dije que no había sido grave, y le conté todo lo que había sucedido con aquella mujer rubia, que no habría sucedido de haber sido puntual. ¿Quién, aquella?, preguntó. No se lo podía creer, como me temía. Hizo que le refiriera todo, y cuando terminé, él, que es un verdadero novelista, me dijo concluyente:

—Pero no ha sucedido nada.

—Yo creo que sí —respondí.

Lo malo de las novelas modernas es que en ellas todo el mundo tiene razón.

Como no íbamos a ponernos de acuerdo, nos metimos de lleno en los negocios.

La mía, la real, no la de la rubia oxigenada, dijo haberla leído ya, pero, no sé por qué razón, no acabé de creerlo del todo, quizá porque hablaba de ella con elogios demasiado generales. Ayer mi buena agente llamó también para decir lo mismo, y tampoco la creyó uno. ¿Por qué razón será esto? Decía: Es una novela de página. Que le elogien a uno el adjetivo es más razonable. Estamos ya en la página, me decía, esto no va mal del todo. Por otro lado, le elogian a uno, y el elogio no lo encuentra del todo convincente. Lo critican con dureza, y se apresura a dar crédito a la descalificación, como ya he dicho. El elogio le sirve de poco, en cambio la crítica negativa parece que más. La mayor parte de las críticas elogiosas,

me cuesta terminarlas de leer. En cambio las negativas las leo con atención. Desde este punto de vista yo he tenido mucha suerte en esta vida, de modo que no se sabe por qué se queja uno tanto. Lo mejor sería poder moverse con indiferencia entre los elogios y las críticas, como un patricio en el mercado de esclavos. Pero no, en literatura, acaba uno esclavo de elogios o de críticas a poco que se descuide. Patricio, pocas veces.

Hablamos de todo un poco y para cuando terminamos ya no quedaba nadie en el restaurante. Lo más señalado, no obstante, era que del almuerzo hubiera podido prescindirse, porque no ponía las cosas más claras ni más arriba.

Yo fui dándome un paseo por los barrios viejos, atravesé la Plaza Mayor y llegué a la librería de la calle Cedaceros. Cuando las cosas pasan por fuera, uno, sin darse cuenta, se va vaciando, como esa alberca a la que los fríos rigurosos y los abusivos calores acaban abriendo una imperceptible fisura por donde se fuga, poco a poco, el agua allí atesorada. De vez en cuando uno trata de rellenarla, pero el agua vertida en una hora la pierde en veinticuatro, cuando nadie está pendiente de ella. Y eso es lo que viene sucediendo. ¿No eras un solitario, no eras alguien con intensa vida interior?, nos decimos. Así que procura llenarse de realidad y estar el mayor tiempo posible en silencio, al menos tanto como las circunstancias le obligan a estar en compañía o hablando.

Me gustaría que la novela se hubiera publicado, que la hubieran recibido con cierta simpatía y que se hubieran olvidado de ella, como si yo me hubiera muerto ya. Pero al mismo tiempo uno sueña todavía en la espera; se dice, va a salir y hará un suceso, que dicen los franceses, y me quedaré tranquilo unos meses. ¿En qué quedamos?

El tiempo tarda en pasar hasta la exasperación, y las cosas silenciosas que pasan alrededor, pasan de largo, por eso, cuando uno está vacío, piensa que lo mejor es vaciarse de golpe y buscar por dentro la fisura que no descubre por fuera. Esa fue la razón de llamar a la librería de Cedaceros cuando pasé por delante de ella.

Salió a abrirme la librera con el mismo sigilo de siempre. Asomó la cabeza y me dijo, ¿eres tú?, y me franqueó la entrada vagamente animada por aquella visita fuera de programa.

La librería por dentro es bonita, gustando el remordimiento, la

penumbra, los hongos, el polvo, los libros ilegibles, el color marrón de las estanterías y los sillones frailunos.

La librera habla de su tiempo, de aquella posguerra que unos cuantos bohemios de lujo gastaron en Lhardy y en las ventas flamencas de la Cuesta de las Perdices. De vez en cuando lo recuerda, no por nostalgia, sino para pasar el tiempo, que a ella le sobra.

Ayer me dijo, ¿te acuerdas de una cosa de Antonio el bailarín que te conté el otro día? Y volvió a contarme algo de Antonio el bailarín y la duquesa de Alba, completado por unos matices de última hora, cuarenta años después. Y eso, ¿cómo se sabe?, pregunté yo. Porque o lo contó el bailarín o lo contó la señora duquesa. Porque sí, me dijo mi amiga, porque las cosas se cuentan. La gente quiere contarlo todo, por eso se saben.

La librera habla de cosas del pasado, de su juventud. Son las únicas que la hacen sonreír, las únicas que la hacen creer que su vida no ha sido del todo una pérdida de tiempo. Conoció a todos los que fueron algo en la farándula, el espectáculo y la literatura de 1945 a 1965, siempre y cuando esas tres cosas fuesen juntas, toreros, artistas, escritores, intelectuales, periodistas… Por ese orden. Unos años antes de morir Ortega y Gasset, hizo con este, con Cañabate, con Domingo Ortega y con su propio marido, el librero de viejo y vendedor de estampas antiguas, un viaje a Munich, donde se celebraban los carnavales. No recuerda uno si le ha hablado otras veces de eso mismo. Acaso. Cañabate hizo la crónica de ese viaje en la revista *Semana*. Ortega vestido de carnavales, con su dominó y su antifaz, casi octogenario. Debió de ser lo más metafísico que hiciera en su vida. La danza de la muerte, reminiscencias de cuando Goethe para divertirse iniciaba, también octogenario, vistiendo el dominó, un rigodón con su nuera. En la ocasión que comentaba mi amiga, se celebró en Munich un baile de máscaras, en el que las mujeres iban disfrazadas de desnudos famosos de la pintura. Hay que ver la de vueltas que le da la gente a las cosas, para llegar a lo mismo. Ortega y Cañabate asistieron nerviosos, de ver tantas mujeres en cueros, pero en cuanto Ortega las tuvo delante, se comportó como un verdadero ontólogo, impasible, indiferente a las pompas del mundo y a los culos en pompa. Con el propósito de quedarse a solas con nuestra amiga, que entonces tenía veintitantos

años, el filósofo le pasó al marido, que la doblaba en edad, la información de cierta tienda donde vendían grabados antiguos, en un barrio extremo, y el marido se marchó allí a su negocio. Como hizo el rey David con Urías, marido de Betsabé. Quedaron citados el filósofo y la muchacha en el *hall* del hotel. Cuando le vio aparecer, la joven, gaditana, flamenquista, acostumbrada a tratar con gitanos, le dijo: Don José, usted, con ese apellido y con ese aspecto, tiene un cuarterón de gitano; lo único que le falta a usted es el burro. A Ortega le desconcertó mucho el comentario, tan poco intelectual, y ya no siguió por ese camino.

Nuestra amiga dice de pronto con una gran seguridad: «Ortega no era inteligente. Sabía cosas, pero no era inteligente. Y era muy cursi. Un día en una cena me dijo, delante de doce personas: "Tienes los ojos más negros que una cita en la noche". Eso, a solas, aún se puede aguantar; ahora, decirlo en una cena delante de toda aquella gente, para eso hay que ser muy cursi y no haberse enterado».

Otras veces habla de Manolete, del torero Ortega, de la finca de Ortega, Navalaire, junto a El Pardo, de Pepe Luis Vázquez…

—Los toreros han sido siempre unos cursis, les pierde la cursilería. No hay más que ver las mujeres con las que se casan. Ninguno ha sido feliz.

Se ve que a mi amiga le gustan poco las mujeres.

Yo empecé a vivir en un grupo de gentes muy inteligentes, continúa diciendo, en la que yo era la única mujer que salía con ellos hasta las tantas. Los demás las dejaban en casa. No las podían llevar a ninguna parte, eran feas, gordas, beatas o brutas. Y de pronto se queda con los ojos quietos, mirando hacia atrás, en los rincones más recónditos de sus recuerdos.

A uno le gusta que le cuenten historias. No tienen necesariamente que ser exactas. ¿Dónde está la exactitud en los recuerdos? La única exactitud de un recuerdo está en sí mismo y la única verdad es que esté bien contada. Una verdad mal contada es media mentira. Y al revés, media mentira bien contada no es una verdad, pero ha dejado de ser una mentira. Esto, desde un punto de vista jurídico, sería un atropello. En literatura es la misma ley de la gravedad, y sin ella no se puede dar un paso.

Yo a veces le digo, tendrías que contarme tu vida. Ella se encoge

de hombros y dice, a mí no me ha pasado nunca nada. Es de las pocas personas, como se ve, que no tiene la fantasía de creer que su vida es una novela. Por esa razón uno está convencido de que en su vida han pasado cosas, y de peso, importantes, como en la de Madame Bovary.

En la librería ha conocido a mucha gente, y entre la que ella conoció y la que conoció su marido antes de la guerra, le da para hablar horas. Sobre todo de escritores. A unos los estima más que a otros, pero no ha leído de ellos ni una línea. ¿Para qué?, pregunta. Si ya hablaba con ellos, para qué iba a leerlos. A la mayoría su marido les prestaba dinero, cuando empezaban. Dice también, ese pasaba mucha hambre. Venía aquí sin comer, y le llevábamos a tal sitio a que se comiera un bistec; aquel otro era un desdichado, vivía con dos mujeres, e hizo desgraciadas a las dos; no les dejó nada a sus hijos. A ese pobre le pusieron los cuernos con su mujer todos sus amigos… En sus esquemas las mujeres son poco protagonistas. Son los hombres siempre quienes deciden poner o no poner cuernos, los que han de ganar el jornal y dejárselo a los hijos, en fin, una novela.

Tú, le interrumpo, no cuentas nunca nada de ti misma. Siempre son los demás. Yo no cuento, me dice, porque no tengo nada que contar. Y esa es una frase que no se cree ella, que no me creo yo ni en ese momento cree ninguno de los diez mil libros de los que estamos rodeados.

Cierto día, en que se dio pie a las confidencias más o menos generales, hablando de aquellos años en que se reunían a diario ella, su marido el librero, Cañabate, Camba, Sebastián Miranda y algunos otros de esa peña, se puso elegiaca: Aquello vosotros no lo conoceréis nunca. Se refería a los trajes de Balenciaga, las alhajas (siempre dice alhajas, nunca joyas) de Ansorena o Sanz de Madrid, las croquetas de Lhardy, el jamón de Jabugo, las soleás del Niño de la Regla, las noches hasta las siete de la mañana, las barreras para ver a Manolete, los coches dejados en la calle con las llaves puestas… ¿Fuiste feliz?, le pregunté entonces, cuando se esperaba todas las preguntas menos esa. Mi amiga se desconcertó algo, porque la descripción que estaba haciendo de aquella época se parecía mucho a la de la casita de chocolate. Sacudió la cabeza hacia atrás, como para despejarse de los vapores estupefacientes, y se me quedó mirando con su desahucio. Bueno… empezó diciendo.

Comprendimos los dos que la respuesta podía ser muy larga, y que a las respuestas tan largas les espera por lo general al final un no cuando tenían que ser sí, y sí cuando tenían que ser no. ¿A qué te refieres?, se atrevió a preguntar a su vez cuando vio que por el lado del «bueno» no iba a llegar a ningún lugar. Me refiero a si tú estabas enamorada de tu marido y a todas esas cosas. Lo de «todas esas cosas» estaba dicho para quitar solemnidad e indiscreción a la pregunta, como si se tratara de algo que iba en el lote y que todos más o menos hemos de cargar con ello alguna vez, como las vacunas. En sentido estricto quizá uno no tiene derecho a abrir esas puertas, pero me parecía que podíamos hablar de ello como de una ciudad en la que se ha estado en la lejana juventud, y de la que apenas se recuerda nada. Se trataba de una reconstrucción. Yo era una niña, empezó diciendo, cuando me casé con él. Había en el tono un dejo de poesía, de tristeza, de frágil ensoñación. A continuación se sobrepuso con temple y añadió que aunque era una niña, sabía muy bien lo que había hecho y que no se chupaba el dedo y que su marido, mucho mayor que ella, la había descubierto cierta tarde de toros en Sevilla. La tenía en palmitas, con verdadera devoción, cuando al fin logró casarse con ella. Se declaró a sus amigos incluso antes que a ella. A los amigos que le acompañaban esa tarde en la plaza, los sondeó: ¿Alguien conoce a aquella chica? ¿Cuál?, le preguntaron. Aquella, señaló, la que está en la barrera. No la conocía nadie. Entonces él soltó una gran frase: «Me voy a casar con ella». Es natural, pues, que la mujer tenga idealizados a los hombres, viéndoles tan expeditivos y clarividentes.

Hay días que no está de humor, porque le duele un hueso, porque está sola, porque no acaba de convencerse de que hace bien manteniendo abierta la librería cada día, ella allí penitente, vestida de punta en blanco, como para un cóctel de 1945 de los que sacaban en el Nodo, con sus bien repertoriadas alhajas, sentada en su sillón frailuno o iluminando sus grabados como otra mujer haría ganchillo. Pero otros días está memoriosa y contenta, y empieza a relatar. Cada una de esas historias se intercalan de otros tantos silencios y suspiros que propician los sillones en los que estamos sentados. Son duros de asiento y altos de respaldo, llenos de tallas y escenas caballerescas que le clavan a uno el historiado nogal en las vértebras. De vez en cuando alguien llama a la puerta.

—¿No vas a abrir?

Unas veces se levanta a abrir y otras no, sobre todo cuando está embarcada en una de sus historias felices.

—Verás como será algún imbécil, que viene a molestar, —comenta.

—Anda, mujer, mira quién es, —intercede uno que tardó quince años en lograr entrar en esa librería.

Entonces de mala gana, fastidiada por haberle interrumpido la conversación que ya se había interrumpido quince veces, se levanta, entreabre la puerta y pregunta, de una manera disuasoria: ¿Y usted qué quiere? El otro suele responder con otra pregunta: ¿Tiene grabados antiguos? ¿Cómo de antiguos?, interroga desconfiada la librera sin abrir la puerta y sin dejar ver de su persona más que un perfil de medalla. Italianos antiguos. Sí, hay algunos, pero son muy caros. Lo normal es que el otro, a esas alturas, ya esté desengañado y empiece la retirada. Es el momento en que ella vuelve a cerrar la puerta, y dice con un aire de triunfo: Ya te lo decía, era un pesado, no vienen más que a molestar. ¿Qué te estaba contando?

Ayer hablamos poco de Antonio el bailarín y de Ortega, pero sí del caso extraño de una amiga suya, ocurrido antesdeayer. Escucha, me dijo. «Esta persona tiene una amiga, de su edad. A media tarde apareció esta en su casa. Mi amiga se extrañó de verla allí, sin que la hubiera avisado antes, pero no le dio importancia, y le ofreció un café. La otra aceptó encantada. Mi amiga se metió en la cocina a prepararlo, y cuando volvió, se encontró el saloncito donde estaban vacío. Miró por todos lados, pero la recién llegada había desaparecido. La llamó, pensando que estaba en el cuarto de baño, pero no respondió nadie. Qué raro, dijo. Entonces se asomó al balcón por si estaba allí, y al echar un vistazo a la calle, se encontró a la otra sobre la acera. Se había lanzado sin decir nada. Algunos curiosos la rodeaban y el portero pedía con las manos en la cabeza y mirando a lo alto una ambulancia, por si las ambulancias pudieran caer también del cielo».

Cuando terminó de contar esa historia, meneó la cabeza. No quería significar con ello nada, porque a cierta edad las cosas se reciben tal y como suceden, sin ponerles comentarios. Conocía, claro, a su amiga, pero a la suicida no. Pobre, dijo, qué cosas. Pero no era fácil determinar si lo decía por la suicida, por la amiga que

se quedó sin poderse tomar el café o por ella misma.

Como la tarde se estaba poniendo luctuosa y allí dentro, con la noche en los escaparates, tapados hasta media altura, no había más que una penumbra funebrista, me despedí de la librera y me dispuse a volver a casa, donde tampoco tenía nada que hacer, como no fuera tirarme por un balcón. Así que me pregunté: ¿Y ahora dónde se vaciará uno?

En la calle de Alcalá me encontré con mi amigo X. Iba a una manifestación en la Puerta del Sol para protestar por el asesinato del Presidente del Tribunal Constitucional, del que era compañero en la Autónoma.

—¿A dónde vas?

—A esto —me dijo—. ¿Vienes?

—Sí, vamos.

—Vamos.

Como en los diálogos de las novelas de Baroja.

En la Puerta del Sol había dos o tres centenares de personas. Ni siquiera se había interrumpido el tráfico. Todas ellas estaban desconcertadas, no sabían qué hacer. La mayoría había perdido ya la práctica de manifestarse. Estaban todos un poco decepcionados, acaso porque se habían hecho la ilusión de que la ciudadanía respondería en masa, pero no era así. Esperamos allí durante quince minutos, y entonces nos volvimos a casa dando un paseo. A la vuelta pasamos por delante de una tienda de antigüedades, en la que nos mostraron un manuscrito de Rosalía de Castro, una carta, que no querían vender. ¿Para qué me la enseñaban entonces? No hice esa pregunta, porque el anticuario hubiera podido preguntarme a su vez por qué razón había entrado yo allí, y tampoco le hubiera podido satisfacer con una respuesta convincente.

Nos despedimos mi amigo y yo en la esquina de Barquillo con Fernando VI. Le había acompañado por esa calle porque no quería llegar tan pronto a mi casa. A él también se le veía apesarado, como si se le hubieran venido encima trastos que no eran suyos. ¿Cómo van las cosas?, le pregunté. Van, me respondió. ¿Cómo va lo del átomo? Se encogió de hombros. Trabaja en eso desde hace veinte años, todo el día corriendo detrás del átomo, en el acelerador de partículas de Ginebra. Lo del asesinato de su compañero le tenía descorazonado, inapetente de conversación y triste, pensando en

esa clase de cosas que no hace falta pensar, porque circulan también solas, como los átomos: toda la vida corriendo detrás de algo, y la propia vida le pone a uno la zancadilla cuando menos lo espera. Rueda uno por el suelo, y ya no se puede levantar. Vienen otros y lo quitan de enmedio, para que la carrera continúe. ¿Tampoco te tomas una caña? Bueno, buen amigo, adiós. Adiós.

Llegué a casa con la invencible sensación de haber tirado a la papelera todo el día, después de haber trabajado en él con tanto denuedo. Un día lleno de correcciones, de esfuerzo y de vislumbres hecho una bonita bola de papel que cuando arrojé a la canasta, para encestarlo, rebotó fuera y cayó al suelo. Hube de acercarme, agacharme, arrancarlo del suelo y dejarlo dentro, contra su voluntad, que era, como se vio en el primer intento, la de seguir dando tumbos por el mundo, o sea, en la circulación, lo mismo que los átomos.

CUANDO ayer llegó M. y me preguntó cómo había sido el día, solo pude hacerle un breve resumen, porque en vivirlo se había ido todo el esfuerzo. Fue como una sinopsis del guion, pero faltaba todo lo demás, y me pareció que no tenía derecho a ello. Por eso, entre otras razones, imagino, escribe uno en estos cuadernos. Nos decimos: que quede algo, aunque esté hecho de la materia de los vilanos. Vilanos: átomos visibles del aire. Esta no es buena. He aquí el principio de la decadencia, y qué más da.

ESTÁN también los que dicen: «Eso no es la realidad. ¿A quién pueden interesar esas cosas que le pasan a él, que no tienen la menor importancia?». Quién sabe. Uno también ha oído a menudo, «¿y a quién pueden interesarle esos cuadros que siempre son la misma copa con flores? ¡Ya está bien de copas! ¡Ya está bien de diarios!». Quizá tengan razón.

NUESTRO amigo J. C. es único y las mañanas del Rastro no serían las mismas sin él. Tiene, como gallego, la fatalidad y la tristeza de las personas que no hallan en el mundo barruntos de arreglo. Le quedan muy pocos años para la jubilación, y lleva contando los días que le faltan desde hace mucho. No se sabe por qué esa impaciencia, pues ha vivido su vida laboral sumamente tranquilo y pausado. Es funcionario del Ayuntamiento. En realidad es artista pintor, siente y vive como pintor, pero trabaja por las mañanas en el Ayuntamiento. Dice que si hubiera tenido que vivir

de la pintura se habría muerto de hambre. Pero pinta o graba a diario. En cambio las mañanas se las deja a los negocios del Consistorio. Su trabajo consiste, como aparejador, en visitar a diario las obras municipales. Para ello se sirve de una furgonetilla y de un chófer. Este es para él como de la familia, y aunque llevan trabajando juntos desde hace veinticinco años, sigue tratándole de usted. Mi amigo le trata de tú y él de usted, y eso es así porque también el chófer es gallego, y como gallego, muy respetuoso. Antes, cuando había Rastro a diario, mi amigo se organizaba el trabajo de modo que pudiese aparecer por allí a una u otra hora. Dejaba al chófer leyendo *El Progreso* de Lugo y él se daba una vuelta. Ambos leen a diario ese periódico, pero con dos o tres días de retraso, que es el único modo de leer un periódico tan progresista. Ese hábito creo que a mi amigo le ha vuelto mucho más escéptico todavía, si cabía esa posibilidad. Al chófer no sé, porque no le conozco.

Mi amigo ha comprado muchas cosas en el Rastro, cuadros, libros, telas, cerámicas, ropa… Es quien mejor conoce el Rastro, quien más domina las técnicas del regateo. Sus conocimientos en antigüedades son muy vastos y raros. Es astuto, paciente y como es escéptico, jamás se traiciona con la ansiedad. Naturalmente a una persona que lleva más de un cuarto de siglo yendo al Rastro, le ha ocurrido de todo. Cuando nos vemos los domingos, van saliendo anécdotas. A él no le producen la risa, a los que le acompañamos sí. En eso reside el efecto cómico que tienen muchas de sus historias. Él no se ríe abiertamente casi nunca, por lo mismo que el sol gallego no acaba nunca de romper del todo las brétemas. A lo que más llega es a sonreírse de medio lado, con risas retraídas y convalecientes.

Al principio de su carrera de Rastro se tropezó con una acuarela de Joaquín Sorolla, firmada por él y con el sello de la testamentaría detrás. En aquel entonces todavía las cosas no estaban desmadradas de precio, y le pidieron por ella siete mil pesetas. Era una ganga, pero él ganaba poco más que eso y el sueldo no le daba para vivir. Fue a ver a su jefe en el Ayuntamiento, el Ingeniero, y le explicó el caso. Necesitaba que le prestase el dinero. Era una ocasión única. El señor ingeniero no vio claro el negocio, y no se avino a las pretensiones del joven. Mi amigo, que era un ingenuo, fue mucho

más lejos y le dijo, de acuerdo, no me preste usted el dinero, pero cómprelo para usted, es una ganga. El ingeniero se le quedó mirando y le preguntó qué tamaño tenía aquella pintura. Mi amigo le dijo, así y así, más o menos del tamaño de un folio. No, definitivamente no me interesa, no me hace pared, le dijo tranquilo. Quería decir que una cosa tan birria no le iba a lucir nada. La acuarela se quedó en la almoneda hasta que se la llevó otro.

Meses más tarde alguien debió de decirle al ingeniero que había hecho el idiota dejando pasar aquella oportunidad, y llamó a su subalterno. Le preguntó, ¿sigues yendo por el Rastro? El otro dijo que sí. Bien, en ese caso, quiero que sepas que si te encuentras un Velázquez o un Goya de entre cinco y diez mil pesetas, me avisas, y yo lo compro.

Con las cosas que compraba mi amigo, fue llenando un par de buhardillas, de donde salían, catalogadas, hacia las salas de subasta, las galerías de arte, los amigos. Estas pequeñas transacciones le permitieron durante unos años afrontar los gastos de su separación y la pensión que había de pasar a los hijos.

A cuenta de eso y de algunas historias familiares ha sufrido mucho, con sufrimientos verdaderos, que lo zarandean y le dejan inerme.

Es enormemente hipocondríaco. El enfermo imaginario de Moliere se queda en una caricatura a su lado. Como su tío, el poeta Luis Pimentel, cree que se va a morir en cualquier momento. Tose un poco y piensa: ya está aquí la neumonía. Le laten los pulsos con más fuerza y empieza a contar los minutos que le quedan de vida. Se despierta el dolor de cabeza, y juraría que la embolia ha empezado a desencadenarse.

Ha recorrido todos los hospitales, le han hecho toda clase de pruebas, y nunca le encuentran nada de cuidado, pero sí pequeños desarreglos que no le dejan tranquilo. Él mismo se ríe de sus dolencias, del humor sombrío al que lo reducen.

Para olvidarse de ellas, la pintura le ayuda, y su taller de grabado contribuye a agotar las horas de la tarde. Sus grabados al linóleo y a la madera son muy bonitos y expresivos. Parecen de los años veinte o treinta, y hechos por un artista de fuera, praguense o alemán. Son estampas un tanto sombrías, calles vacías, estaciones de tren, templos que parecen vayan a venirse al suelo, por falta de

fe. De vez en cuando escribe, como terapia, unos versos que le salen muy luctuosos. Los lee uno y no piensa en si son buenos o malos, sino en que hay que telefonearle de inmediato y darle ánimos.

Fue él el protagonista de una de las más memorables escenas que pudo nadie presenciar en el Rastro. Él y un gitano examinaban algo que se parecía a un teodolito. No sabían muy bien lo que era, y por tanto, no sabiendo lo que era, resultaba muy difícil ponerle un precio. Entonces el gitano, que lo conoce desde hace años, le dijo:

—¿Sabe lo que le digo? Que yo cada día sé menos.

Mi amigo se le quedó mirando y no lo dudó:

—No presumas, Pepe, no presumas, —le dijo.

Después de una vida sentimental que lo había arrojado en muy mal estado a las playas de la misoginia, se ha vuelto a casar. Su mujer es escocesa. Van a Escocia una o dos veces al año. Su nuevo suegro es ruso. Esas son cosas que solo pueden ocurrirle a alguien de Lugo y que lee *El Progreso*. El suegro salió de Rusia cuando la Revolución, pero sigue hablando el ruso y le cuenta cosas de entonces. Como gallego mi amigo valora mucho todas las historias que le cuentan, y eso favorece aún más su relativismo. En el Rastro, cuando tropezamos libros ingleses, le escoge unos cuantos a su mujer, y se los lleva, como regalo.

Esta mañana estaba especialmente sombrío. Ha dado por pensar que hay que ir aligerando el equipaje, para cuando llegue la hora. Se ha puesto a liquidar las existencias y tesoros acumulados durante tantos años. Es un hombre práctico: sabe que nadie los sabrá vender mejor que él. Uno trata de animarle y le dice, venga, no te desanimes. Pero esas palabras no le sirven de nada, como las que se le dan a uno que padece dolor de muelas. Guarda entonces silencio. No quiere abrumarle a nadie con sus lástimas y deja contra el cielo del Campillo del Mundo Nuevo la medalla de su perfil, tan parecido al de Nietzsche, con ese bigote de morsa, la mirada hundida, la frente despejada, perfil de soñador, de gallego parado frente a un mar de acero y sin horizonte. Mi amigo es único, sí, y las mañanas del Rastro serían diferentes sin él. Le hemos llegado a querer mucho, escuchamos sus consejos, miramos su manera de ver la vida como algo también muy valioso y de otras épocas. Lo lógico es que le mandara una copia de estas páginas con la indicación de que se las ponga encima, como un emplasto, cuando sienta el tósigo, la

angina fatídica, el acabose. Si los cuadros de Tàpies sirven para reanimar a un infartado, quizá lo de uno le ayude a quitarse dolores de cabeza o lumbagos, o a diluir su hipocondría.

LA filatelia tiene desde siempre tantos adeptos porque la gente, a falta de absolutos, necesita llevar a cabo empresas imposibles. No lo saben, pero es una muy exacta imagen de la vida: uno junta días y días en una colección que jamás podrá tener completa. Solo que en la filatelia hacen además colección de lo más tonto, como el que se dedicara a conservar las cáscaras de todos los huevos que se comió en la vida, o todos los billetes de metro que utilizó (colección de estos ya hemos visto alguna en el Rastro, al igual que colecciones de billetes de lotería, naturalmente, billetes sin premio, lo que de haber caído en manos de un listo, habría dado lugar para una interesante instalación en el Reina Sofía, si detrás se pudiese contar con alguien con la suficiente labia como para escribir veinticinco folios al respecto, en los que salieran citados desde Piero della Francesca a Marcel Duchamp y Joseph Beuys).

DELICADEZA, azarbes, alcándara, percocero, vida opaca, regatón, premideras… voy anotando en un papel todas estas palabras encontradas al paso en las *Confesiones de un pequeño filósofo*. De muchas de ellas he de buscar el significado en el diccionario; de alguna, correchero, no lo encuentro. Pero no son tropiezos, al contrario, sino reencuentros con seres vivos que él hubiera devuelto a la realidad. Parecen llegar desde el sosegado alambique de una vida que espera, oculta, la nueva primavera, y de ese modo las tres horas que se ha llevado su lectura es como si, cerrados los ojos, hubiésemos aspirado de esa rosa un perfume finísimo que creíamos extinguido y que nos llega más adentro cuanto más hondo brota.

EL puente aéreo con Barcelona, según en qué momentos, es sumamente deprimente. Lo es, sobre todo, a primera y a última hora. Por la noche, los ejecutivos que suelen hacer uso de él están cansados, no hablan con nadie, la máscara se les ha caído del rostro y se les ve ganosos de llegar a casa, asomarse a la habitación donde duermen sus hijos pequeños, abrazar acaso a su propia mujer y buscar ellos mismos reparación a su derrota en un sueño inquieto. Y a primera hora, por razones más o menos parecidas, no es menos deprimente. Temprano, antes de que salga el sol, mirando la cara de

esos hombres vestidos con trajes oscuros y con su característico maletín, se pensaría que las pesadillas nacieron del huevo de los sueños, como las culebras, y aun antes de regresar llevan ya en la cara la pregunta de si valdrá o no la pena correr tras de negocios tan dudosos.

Y sin embargo el puente de uno, ayer, era bien gustoso. Tenía que ir a ver el estudio y la biblioteca de Ricard Giralt Miracle, el tipógrafo que murió hace dos o tres años y del que el Ivam va a montar una exposición retrospectiva. Por un tipógrafo como ese recorrería uno cientos de kilómetros y no le pesaría ninguno.

En Barcelona las nubes llevaban el vuelo rasante de las golondrinas, tan negras y grises como ellas, y le daban al cielo el color de los mismos charcos, y a los charcos el color del mismo cielo, arrastrando a la lluvia parte de la herencia de la noche. La luz resultante era sotanesca, de balandrán de canónigo, tanto que ni el taxista dijo «bien» cuando le ordené en el aeropuerto que me llevara a la avenida del Príncipe de Asturias: cada uno en su asiento del coche era un ser enemistado a muerte por la ignominia de una infamia, o por la ya insigne en el mundo entero infamia de una ignominia.

Hace años, en la Academia de San Fernando, se le hizo también una pequeña exposición a ese tipógrafo. Era entonces un anciano con porte magnífico. Murió a los pocos meses, pero antes me envió por correo algunos catálogos y otros impresos salidos de su taller. Al conocerle en persona, se comprendía que los tipógrafos cultos no podían ser de otra manera: silenciosos, delicados, tímidos… Era alto, flaco, con una cara en la que cualquier gafa parecía grande. Tenía unas manos firmes y suaves, y una corbata de lazo, era más bien una pajarita que venía volando desde los años veinte. En eso yo creo que había que ver una como ironía schwittersiana, porque nada más anacrónico que ser moderno de una manera que no ha dejado aún de ser antigua. Le veía uno y pensaba: qué suerte tiene ese hombre, todos lo consideran un moderno, pero lleva tirantes en los pantalones y una corbata de lazo. Es un privilegiado.

Todavía se conserva, en el barrio de Gracia, en Barcelona, el taller donde trabajó más de cuarenta años. Yo iba a ver eso precisamente, como el viajero que no se conforma con los relatos, ni siquiera con las obras, y necesita el aire, el tono, el ambiente de la

persona. Uno es psicologista en todo, en la novela y en la vida.

El sitio era especial, un cubil extraño, y para el que le guste la tipografía, emocionante, como lo es, para el lector de novelas policíacas, uno de esos lugares de los que habla Simenon en una de las novelas a las que, por cierto, el propio Giralt Miracle puso cubierta.

Como el día era tan oscuro y falto de luz, dentro se veía mal. Parecía el lugar un antro espectral, oscuro y silencioso. Podía accederse a él, bien por la avenida del Príncipe de Asturias, bien por la calle que se encuentra a su espalda, una calle tranquila, la calle de los crímenes podía ser.

El local ocupaba los bajos de dos casas, con el patio de luces que unía una y otra. A un extremo de esa calle dorsal se ve todavía la primera casa que hizo Gaudí en Barcelona, que es una casa con azulejos azules y paredes de ladrillos grises, casa también de crímenes, música litúrgica y gatos siameses.

Según me contó su hijo…

Este hijo dirigía hace años una revista de arte y mandaba cada mes a Madrid a un tipo curioso para que le contratara la publicidad. Era un tipo increíble, casi enano, esmirriado, vestido siempre de negro, y llevaba una corbata de lazo, pero en este caso una cinta fláccida negra, que le caía exánime sobre el pecho de una camisa inmaculadamente blanca. No era pajarita de vanguardista, sino de enterrador, y recordaba una golondrina llena de perdigones. El tipo era muy amable. Paraba siempre en un hotelucho de Alonso Martínez, y llevaba a todas partes un maletín de imitación de piel, con los bordes y picos despellejados que dejaban ver una gomaespuma del color de las prótesis. En él bien podía llevar la pistola de los asesinatos o los trebejos de la sesión sadomasoquista. Si alguien quisiera escarnecerle a uno, debería buscar las cosas que publiqué en esa revista. Dada la pornografía de aquellas críticas de arte, creo que podría hacerme incluso chantaje, aunque también, pienso ahora, si la persona es culta, inteligente y moderna, podría proponer una instalación a los del Reina Sofía e, incluso, a los del Ivam, con las milongas que se cantaban en ellas.

Su hijo me recibió con la mayor cordialidad. Hablaba de su padre como de un ser superior, lleno de suprema admiración y con un cariño enorme.

Me contó que en esa calle trasera, sin tráfico apenas, cargaban y descargaban los camiones el papel y se llevaban los trabajos impresos.

La lluvia en ese momento producía un ruido monótono y escolástico, levantaba en el suelo del patio pequeñas coronas condales y en la uralita sonaba como un eco lejano de las minervas muertas. La calle también tenía el color de las imprentas, que es un color específico, el color de los sueños que no tienen principio ni tienen final, como la misma vida, y que huelen un poco a la gasolina que irisa los charcos cuando se derrama en ellos.

Mientras permanecí en aquel estudio la lluvia siguió cayendo sin desmayo, y pienso que lo seguirá haciendo mientras recuerde aquella mañana.

Se habían llevado ya las máquinas, los chibaletes, el taller de manipulado para la encuadernación lo habían desmontado, y el almacén de papel estaba vacío. Solo quedaban, en una pared, tres carteles impresos en aquel mismo lugar. Parecían formar parte ya de la desolación, parte del paisaje de aquellos muros, negros como los de una carbonería, y de aquel local vacío donde las palabras se habían quedado flotando en el aire sin asidero, como miasmas salutíferas.

De todos modos, aún permanecía en pie la vieja oficina. Imaginad una de aquellas oficinas de mostrador de madera y mamparas de cristal esmerilado, con sus ventanillas en forma de medio punto y un terrazo manchado de tinta, perfumado el ambiente con las maculaturas y los trapos y borras en las que los tipógrafos, después de rociárselas con petróleo, se limpian las manos.

Creo que es de los lugares más fascinantes que he visto nunca, entre chiribitil y factoría. Para alguien como uno, que lleva más de veinte años metido en las imprentas, un lugar como aquel tenía mucho de santuario, y el hecho de que aún quedara algún vestigio de la vida que hubo, le daba un aspecto de mayor devastación. En esa parte habían estado un día los almacenes, los archivos, un par de despachos y, lo más importante, el estudio del maestro. Todo eran cubículos, habitaciones diminutas con esas llaves de luz que se accionaban como si se le torciera la nariz a las paredes. Los techos resultaban en extremo bajos, ya que todo ese espacio estaba partido

por la mitad horizontalmente. Hay que pensar en el pan de un bocadillo, con medio pan arriba y medio abajo. Así era aquello. A alguien se le había ocurrido duplicar artificialmente los metros útiles, y eso hacía precisamente que los techos fuesen tan bajos, tanto en la planta primera como en la segunda planta.

En la parte de abajo estaban los talleres, desalojados por completo, como digo; en la de arriba, que formaba el altillo, encontramos algunas cosas que a uno, amigo de las correspondencias baudelairianas, le habría gustado ver relacionadas: dos viejas escopetas de las de perrillo, herencia del abuelo, junto a un cartelón, apoyado en la pared y enmarcado, en el que estaba metido el horario del Culto de la Iglesia Evangelista, y un teléfono de baquelita, en el suelo, con su perplejidad de tortuga futurista. La mesa aún seguía más o menos igual, y la habían cubierto con grandes y fantasmales pliegos de papel, restos de resma, para protegerla del polvo.

Habían desaparecido de allí, me contó, los archivadores de imágenes, los libros de poesía, los diccionarios y las biblias. Pero seguía todo lo demás. Quedaba una tulipa de opalina y el plato de otra lámpara. Quedaba, sobre esta, una paloma blanca de papel maché, es decir, gris como todo lo que vive en una imprenta. En la mesa de Giralt Miracle aún se veían las cosas tal y como las dejó, ejercicios de papiroflexia, dos pájaros de hojalata, lápices, proyectos inconclusos de un folleto para las bodas de oro de unos clientes, un puñado de letras de fundición, plantillas, un muñequito, una hoja seca de roble y una espiga… Se me vinieron tres nombres a la cabeza: caja de Cornell, *collage* de Schwitters, laboratorio de Sudek. Al contrario que la de este, la suya era la mesa de un hombre ordenado, meticuloso, el pupitre de un niño al que se da permiso para que haga lo que le guste a cambio de tenerlo todo en su sitio. A su espalda había un pequeño ventanuco que daba a otro patio de luces, más oscuro que tiro de chimenea.

Existe una fotografía de este estudio, con Giralt Miracle trabajando en esa misma mesa, cuando la mesa tenía aún vida. El mirar la escena desde el mismo ángulo desde donde se disparó esa fotografía y no verle a él, me llevó a pensar en mí mismo, y en el día en que también falte uno de su ángulo, de su rincón. Es la única desventaja que tiene estar todo el día tratando con muertos, que se

contagia de su impresencia, y uno, impresionable, acaba en la sugestión disolutiva, fúnebre.

En cada cuarto, colgada de un cable pelado, una bombilla de poco voltaje, y desolladuras en el yeso y manchas en el suelo… A mí me recordaba un poco a una catacumba.

Volvimos al estudio de mi amigo, al otro lado de la calle. Es allí adonde se llevó la biblioteca del viejo tipógrafo, que conserva ordenada, esperándole a los estudiosos la *Thypographie* de Jan Tschichold o la de Paul Renner, los libros de Massin, las mejores revistas del ramo, números de *Arts et Métiers graphiques* o los más conocidos de *Cahiers d'Art*, y manuales tipográficos de todo tipo… un verdadero arsenal de valor y utilidad incalculables.

Quería también conocer cosas personales de él, de su familia, en fin, la novela del hombre.

Una vez me contaron que el hijo era o había sido obispo de la Iglesia Evangélica, pero no le va preguntando uno a la gente, eh, ¿tú eres obispo?

El padre de Ricard, Francesc Giralt, fue un obrero litógrafo. Su abuelo había sido también medio inventor. Había hecho algunos experimentos con daguerrotipos y fotografías, con emulsiones y demás. Ricard conservó por su padre un gran respeto como artesano, pero esa fidelidad la llevó aún más lejos. De hecho aprovecharía e introduciría en su manera de hacer la mayor parte de los soportes que utilizó aquel, grabados de madera, adornos, orlas, cantoneras, bigotes, y sobre todo, retículas de títulos y acciones bancarios o empresariales, esa prueba de fuego que siempre ha enorgullecido a los grandes monederos falsos.

En el año 1966 Ricard Giralt Miracle dio una charla sobre su visión de la tipografía, algo que él llamó «un ikebana occidental», es decir, la manera de ordenar las letras y los blancos en una hoja, como podía hacerlo un japonés con las flores. Hay que ser un tipógrafo muy fino, muy juanramoniano, para saber que una página ha de ser como un jardín.

Giralt Miracle acompañó aquella charla con la proyección de cien ejemplos tipográficos de los últimos cien años, trabajos que para él eran fundamentales.

En primer lugar figuran esos ejemplos de la tipografía romántica, aquellas planas con una gran variedad de tipos y cuerpos de letras, combinados con paramentos heterogéneos, barcos veleros, piroscafos, cestas frutales, guirnaldas…

La lectura que hicieron los surrealistas y dadá de la tipografía romántica, el caos que sugería toda ella, pensemos en *Manomètre*, fue cosa que le convino también a Giralt Miracle, tanto o más que la lectura que realizó de la Bauhaus.

Luego vino la utilización que hizo del modernismo. El modernismo catalán supuso la primera renovación seria de los gustos tipográficos españoles, después de los Ibarra, Sancha y Cabrerizo, es decir, de nuestros neoclásicos y románticos, modernismo, todo hay que decirlo, que tenía también sus deudas con movimientos de fuera, del simbolismo belga y holandés, del simbolismo francés de *La Revue Blanche*, y, sobre todo, vienés, con revistas como *Ver Sacrutn*, llenas de cuellos de cisnes y lotos y papiros por todas partes.

Mientras su hijo me enseñaba alguna de estas cosas, yo iba apuntando en la libreta estos datos, para utilizarlos más tarde.

Con catorce años entró de aprendiz en Seix y Barral, que era una gran empresa de artes gráficas, tanto de la impresión como de la edición.

Allí trabajó con uno de los dueños, Joan Seix, que era también tipógrafo. Fue la época de euforia, anterior y posterior a la Exposición Universal del año 29, en la que sobraba trabajo. Giralt Miracle realizó para la casa Seix y Barral una gran cantidad de trabajos, etiquetas, membretes, carteles, que son, en su género, sobresalientes.

Durante la guerra trabajó como cartelista para la Generalidad, carteles sin demasiado qué. Luego se exilió, conoció unas semanas la amarga experiencia de los campos de refugiados, y creyendo que no tenía nada que temer, decidió, como tantos incautos, regresar. Lo hizo por la frontera de Hendaya, pero le detuvieron y le llevaron preso a San Sebastián. Poco después lo expidieron a León, y allí lo pusieron en San Marcos, la cárcel rigurosa y temible que hicieron célebre Quevedo y Panero, entre otros menos afortunados, la misma que se ve desde la cocina de la casa de mis padres, la misma que ha visto uno cientos de veces durante toda su infancia. Quién lo iba a

decir. Creo que llegado a este punto debería ensayar, como mínimo, una frase de lomo felino, arqueándose con elegancia sobre este párrafo, a propósito del determinismo poético.

De la cárcel salió al poco tiempo por el aval de un falangista, y Giralt Miracle volvió a Barcelona, a su trabajo. Luego, desde 1940, y hasta 1947, en que pudo independizarse con taller propio en el barrio de Gracia, hizo trabajos para un sinfín de empresas y editoriales, entre ellas la del poeta José Janés. Giralt Miracle estuvo, de manera anónima, detrás de la mayor parte de los sellos de las colecciones de este editor, «El Mensaje», «Los clásicos del siglo XX», «Los maestros de la novela», «Los libros de nuestro tiempo», «El Club de la alegría», «La obra perdurable», «Colección Lauro», «De viva voz», «La vida perdurable», «Raíz y rama», «La Pléyade», «Ave Phoenix», y detrás del que sin duda es uno de los grandes diseños de cubiertas para una colección de bolsillo, la de «El manantial que no cesa», que le debe, como las otras colecciones, camisa, guardas, encuadernaciones, portadas, cajas, cintillos, folios…

Cuando al fin logró independizarse, en 1947, fundo, en los mencionados talleres de Príncipe de Asturias, con la ayuda de dos pequeñas herencias familiares, su propia empresa. La llamó Filograf y fue la misma con la que trabajó hasta que murió. Entre las aventuras editoriales que él mismo patrocinó estaba la de una editorial curiosa, que se llamó PEN, es decir, Producciones Editoriales del Nordeste, cuya dirección entregó al poeta Cirlot, crítico de arte y uno de los hombres más melancólicos y con peor suerte en lo que va de siglo. Sacaron seis o siete libros en papel cuché, con tricromías y cuatricromías, profusamente ilustrados en negro, encuadernados en cartoné, con sobrecubiertas llamativas.

Después que los libros recibieron un premio nacional a la edición, estuvo Giralt Miracle en condiciones de llamar a un librero de viejo que se los compró al peso, los pagó a diez reales por unidad, y aquellas pequeñas maravillas desaparecieron de la circulación.

Cuando ya habíamos hablado de estas y muchas otras cosas, el hijo me llevó a un rincón. En una caja de cartón había metido un centenar de obras de su padre, invitaciones, impresos de cartas, tarjetas de felicitación navideñas y otras maravillas del oficio, así

como el catálogo de tipos de su imprenta, que es una pequeña obra maestra. Trabajos de todas las épocas. Sentí que ponía en mis manos algo más que unos papeles. Era como dejar al cuidado de uno toda su memoria y la tradición que a él le sostuvo, los sueños de su abuelo litógrafo, de su padre el maestro, de todos los que trabajaron con él…

Salí abrazado a la caja como si llevara una urna con las cenizas de un hombre venerable, y la arrastré todo el día conmigo por la ciudad, primero en una editorial, luego en otra y por último, ya libre de compromisos, por dos o tres librerías de viejo, pero también eso me aburrió, y puse la proa rumbo a las Ramblas de las flores, por poetizarme un poco, caminando bajo la lluvia.

Las Ramblas estaban vacías, la gente caminaba en silencio, los que propenden a hablar solos no lo hacen, y los que iban en grupo tampoco, entonados con un cielo que amenazaba venirse abajo como una torta de escoria. Entré en un café al azar, me puse cerca del ventanal y miraba a la gente. Junto a mí había un muchacho con el pelo cortado al rape, quizá un marinero, que hablaba en mal inglés con una muchacha que le respondía en mal castellano, sin que a ninguno de los dos la pasión se le despertase del todo.

Empezaron a encenderse las primeras luces. El tiempo de la irrealidad duró bien poco, pero mientras duró, esas fueron las flores que iba buscando: faros encendidos de los coches, tartamudos neones, tristes bujías de los establecimientos, anuncios luminosos, todos vibrando en el aire fosco y en el grisolento espejo de la calle mojada, y algunos brillos muertos en las miradas de los que pasaban. La tonalidad general de tantas luces era la de los crisantemos, amarillos que eran blancos, blancos que se vencían entre asombrados amarillos, y un olor general de agua que corrompe las flores de una tumba.

Me dije que era un día bien extraño aquel, y aunque había empezado con la ilusión de ver el estudio de Giralt Miracle, el final, en una de las editoriales hablando de una novela que únicamente había leído una muchacha anónima, y la hipotética continuación, en otra, de *Las armas y las letras*, lo llenaron a uno un poco de cenicientos humores. Cuando la tristeza empezaba a subírseme al corazón, comprendí, con instintivo espíritu de supervivencia, que era la hora de volver a casa.

El pensamiento de que para ello tenía antes que pasar por el trámite del aeropuerto y de montar en un avión, fue como esa última copa que los borrachos apuran de un solo trago de pie, en la barra, antes de echarse de nuevo a la calle y se dicen: ánimo, a casa.

Nos tuvieron metidos en el avión, el último del puente aéreo, durante más de tres cuartos de hora. Era uno de esos airbuses en los que caben trescientas o cuatrocientas personas, de dos pasillos y diez asientos por fila, de los que cuando se estrellan llenan de conmoción a todo un país, porque es raro el que no tenía en él a un familiar, a un amigo, al amigo de un amigo, al familiar de este amigo amigo de nuestro amigo. Estaba lleno a rebosar. Pero no salíamos. La gente, con síntomas de claustrofobia, abandonaba la murmuración y protestaba ya en voz alta, irritada con una espera que nadie justificaba. Seguía lloviendo. Muchos temíamos que esa era la causa. Pero al final de todo ese tiempo la cosa acabó por aclararse. La explicación se hizo preceder de un runruneo lleno de excitación y suspense. Los que no veían, atrás, decían, ¿qué pasa, qué pasa, nos desembarcan ya?

No. Vimos avanzar por uno de los pasillos a Aznar y a todo su equipo, rodeándole como una cohorte de centuriones. Todos ellos venían risueños, y al andar movían el pecho a uno y otro lado, como los toreros en el paseíllo, antes de demostrar si son o no valientes. La gente, en cuanto reconoció a Aznar, a Rato, a Rajoy, a Álvarez Cascos y a otra media docena de rostros de los que salen estos días por la televisión, dividió sus opiniones: a unos, simpatizantes de la causa, les pareció que la espera había sido corta, y otros, claramente de izquierdas, encontraron aquello un abuso de poder, y una corrupción tan grande como la que vienen denunciando ellos en el Congreso y en los periódicos desde hace dos años. Venían de un mitin del PP, el nuestro era el último avión del puente aéreo y por esa razón se les había esperado. Ya no se hablaba en el pasaje de otra cosa. El hecho de que caminaran a la cola del avión y no se quedaran en los asientos preferentes dividió igualmente a los presentes: a unos les pareció un gesto demagógico, en tanto que otros, visiblemente contentos de tener a bordo a los salvadores de la patria, lo tomaron como la prueba evidente de que los suyos, si ganan las elecciones próximas, empezarán a hacer las cosas de muy diferente manera a como han venido haciéndose en

España. Los partidarios saludaban a los recién llegados, algunos incluso, sin poder controlarse, se levantaban y se cuadraban malamente, por las apreturas, para saludar al jefe y animarle para que acabase de una vez con catorce años socialistas. El jefe cambiaba impresiones rápidas y ligeras con unos y con otros, sin detener su paso, mientras repartía su mano a uno y otro lado. Al llegar a donde yo estaba sentado, con el cinturón de seguridad ya puesto, se detuvo y en voz alta dijo: «Gracias por lo del otro día». Lo oyó todo el mundo. Yo bajé la cabeza como hacen los japoneses que salen en las películas de Kurosawa para corresponder a un cumplido, pero no dije nada.

Se refería a una encuesta que hicieron el otro día a cien escritores e intelectuales en la revista *Tiempo*, o en *Época*, no me acuerdo, en una revista de esas, en las que nos preguntaban qué ocurrirá en España en el caso de que gane las elecciones el PP. La mayor parte, por no decir una abrumadora mayoría, se tomaban la cosa a chirigota, y motejaban a A. de enano patético, de charlotín, de aznarín, se metían con su bigote, con su labio leporino, con los chistes tan malos que cuenta y con las risas sincopadas y patéticas que le provocan a él mismo cuanto más malos son; otros, más apocalípticos, hablaban del regreso de los cuatro jinetes del Apocalipsis y predecían para España las plagas de Egipto; solo dos o tres, claramente partidarios, se ponían no ya de su lado, sino a sus órdenes, y yo, que me limité a decir que, si ganaba, había que dejarle tiempo para que demostrara lo que podía hacer. Nada más. Y que si le salían bien las cosas, me alegraría por nosotros y por él. No sé, una cosa bastante razonable y educada. Pero allí, en aquel contexto tan hostil, no me extraña que pareciese un partidario incondicional. Y de ahí su gratitud, supongo.

Al fin el pegaso aquel levantó el morro y salimos volando por los aires sombríos de Barcelona, que en dos minutos ocultaron a nuestra vista la minuciosa tela de araña de puntitos luminosos, nos metimos en el colchón de la nubes y solo al cabo de otros diez minutos emergimos de nuevo a una noche estrellada.

La aparición de A. con todo su futuro gabinete de ministros había animado lo indecible el cotarro, y la gente hablaba con excitación, volvía la cabeza sin ningún recato hacia la cola y empezó a formarse una procesión al pequeño retrete, para cotillear

a la comitiva. Hasta que de pronto ocurrió algo imprevisto. Se levantó de nuevo un murmullo general. Volvimos todos la cabeza, por si había ocurrido algo notorio en aquella zona esclarecida. Tampoco. Con pasos inseguros y sujetándose a los asientos de uno y otro lado, venía A. hacia adelante. En unos segundos todo el mundo decía al de al lado, en voz baja y de manera telegráfica, para advertirse unos a otros, como en un examen, de la presencia del profesor: «Que viene, que viene».

Incluso los que no querían, alarmados, volvieron la cabeza para saber lo que estaba sucediendo. Todos supusimos que se dirigía a la cabina del avión, a saludar al comandante y a su tripulación. Supongo que será lo que se estila en esos casos. No sé, de piloto a piloto, de comandante a comandante, *Duelo de titanes*. Pero no. Al llegar donde yo estaba, se detuvo. No había en el avión más de una docena de plazas libres, pero una de esas era la que nos separaba a mi compañero de viaje y a mí. A. le pidió permiso a este para pasar por delante de sus rodillas. Era todo asombroso. Quién lo diría. Sentí unas cuantas miradas sobre mí de gentes que no acababan de comprender de quién podría tratarse, y esa idea hizo que me pusiera de nuevo muy colorado. El corazón empezó a acelerarse de una forma absurda, como el día en que me examiné del carné de pilotar coches. El señor que iba junto a mí se soltó el cinturón, se salió al pasillo para dejarle pasar y él mismo, suponiendo que tal vez tuviéramos que tratar de los graves asuntos del Estado, dijo, querrán ustedes hablar con tranquilidad, y buscó, discreta y, todo hay que decirlo, elegantemente, otro asiento libre donde acomodarse.

Bien: allí estaban sentados el futuro Presidente del Gobierno y un particular, sobre el que seguramente empezaban a cruzarse apuestas entre el pasaje.

Es de las cosas más extraordinarias que me han sucedido nunca.

Comenzamos a hablar, lo hacíamos en voz baja, como si estuviéramos confesándonos. La imagen pública que pueda tenerse de él no se correspondía con aquel hombre atento, educado, afectuoso. Al principio hablamos de esto y de lo otro, pero yo apenas podía decir nada coordinado ni inteligente. Estaba bastante acelerado. Él preguntaba y yo respondía. Era como un examen. Hacía preguntas concretas, muy precisas: ¿Cómo ves la gente de la

cultura, está a favor o en contra? ¿Qué dicen del Ministerio de Cultura? ¿Qué habría que hacer con el Instituto Cervantes, con el Prado, con el Reina Sofía? Para la mayor parte de las preguntas yo no tenía una respuesta, pero improvisaba una lo mejor que podía.

El hombre atendía con sumo respeto, como un amigo de toda la vida, o así me lo hizo sentir. Se quejaba un poco de los golpes que está recibiendo de todas partes, sobre todo de los intelectuales y escritores. Yo le dije que eso se arreglaba muy fácilmente, con duplicar el dinero de los premios y duplicar los premios, y aumentar las subvenciones al papel de periódicos, así como con hacer media docena de gestos simbólicos, pero capitales: retirar *La Violetera* de la Gran Vía, organizar una gran exposición de Picasso, arrojar al alcalde de Madrid por una escombrera, despenalizar de una vez por todas el consumo de drogas, invertir más dinero en las escuelas públicas… Hecho eso, podían ser todo lo de derechas que quisieran.

Cinco minutos antes de aterrizar, mientras lo anunciaba la azafata, A. se levantó, nos despedimos allí mismo y le deseé suerte. Cuando salíamos del avión todo el mundo me miraba a mí disimuladamente. En las miradas podía leerse, ¿qué cargo le darán a este?

Yo recogí mi bolsa y mi caja giraltiana con muchísima sencillez y naturalidad, para que se dieran cuenta de que el poder no a todos se les sube a la cabeza, y di gracias a los dioses de que no me hubiera visto con ese hombre ningún escritor ni ningún periodista cultural, porque de haber ocurrido eso, habrían arruinado mi pobre carrera. Dirían: ya se le notaba que era de derechas; a ver qué cargo le dan.

Al llegar a casa, M., todavía levantada, me preguntó: ¿Qué tal ha ido todo?

Empecé a contarle el día por el final, pero mucho antes de llegar al principio ya nos habíamos dormido los dos, y al día siguiente, o sea hoy, todo lo de ayer es como si hubiera sucedido hace cinco años, o más extraño aún, como si no hubiese sucedido nunca.

MUCHA gente, que conoce la simpatía que le tiene uno a la pintura abstracta contemporánea, y sabiendo que había visto la exposición de Balthus en el Reina Sofía, indagaban. Es el gran acontecimiento de la temporada. Todo el mundo anda inquieto, buscando a qué carta quedarse. Te habrá gustado, sondean. Medio

lo preguntan, medio lo suponen. Creen que Balthus es la alternativa tolerable, sin salirse de la modernidad, a muchos de los excesos estéticos del momento. Como por otra parte ha sido un pintor bendecido por el surrealismo francés y los opulentos coleccionistas japoneses y americanos, se supone que será un lugar cómodo para todos aquellos que no han renunciado todavía a formar parte de la vanguardia histórica. Te habrá gustado… Creo que lo dicen encantados de poderle brindar a uno esa tabla de salvación y conservarle algún tiempo más en la gran Hermandad de Lo Moderno. No, me ha parecido un bodrio; es sordo como Vázquez Díaz y seco como un polvorón, pero en francés, o sea, un poco más cuco, un poco más marrano y un poco más sofisticado. Nada como pintar niñas a las que se les ven las bragas de algodón y bragas de algodón en las que se insinúa el olalá. Lo que no era pintura de burdel era pintura de rectoral. No es ni siquiera un pintor de ideas, sino de resabios. ¿Entonces?

Por fortuna, Dios, que aprieta pero no ahoga, no quiso que el viaje hasta allí resultase en balde, y mira por dónde, en un momento, mientras estaba uno en los mingitorios de la planta baja, mingiendo, se me apareció Él, como a Abraham, solo que no en forma de zarza flamígera, sino de urinario duchampiano, por aquello de que nos encontrábamos en un museo de arte moderno. Yo pregunté: ¿Qué quieres de mí? Y me ordenó: Sube a la planta cuarta y acércate a la exposición de Álvarez Bravo.

Estaba vacía. Toda la gente que congestionaba las salas principales, en aquellas extremas había desaparecido, era un desierto; lo que en las otras había de tumulto y nerviosismo, aquí era paz, silencio y voluptuosidad, entre otras cosas porque la luz, filtrada con usura, metía en los desvanes aquellos penumbras de sótano. Las fotografías eran extraordinariamente hermosas, escenas de la vida cotidiana del Méjico de los años treinta, retratos de gentes que al mirar ponían en uno con delicadeza, de una manera oblicua, la vida que ellos habían dejado de tener de modo brusco; o reporterismo de la mejor estirpe, como esa fotografía de un joven huelguista balaceado, en el charco de su propia sangre, con la camisa limpia, blanca, de las ocasiones grandes; o paisajes parados en el instante supremo de la poesía, los rincones humildes de los sueños, la sonrisa de los deseos más puros. En unos minutos, la

enconada sensación de disgusto que arrastraba de la planta baja fue desapareciendo, el arte se disipó en la estratosfera de la inanidad mental, y lo inmediato de la vida, transustanciado, fue metiendo al alma en un lavadero de aguas límpidas, y por arte de magia, pepitas de un mineral precioso y puro empezaron a brillarnos entre los dedos.

EL lesnunado de ciudad, por callejuelas sombrías, loco de metro, de pasajes, de portal, de vinazo, de espelunca. En cambio el loco del campo, qué transtorno de sementeras, de caminos abiertos, de violetas, de primavera luego y de brisa ligera, limpia, serena, ingrávida, locura de brevas, de peras, de uvas, locura luego del humo de una hoguera, del olor del musgo. Así que si hemos de enloquecer, que sea, Dios, lejos de aquí, hermoso Madrid, con demencia digna del horizonte aquel, mucho más hermoso todavía, abierto por los dos lados, como cuerda infinita que se ha hilado sola de un lado a otro del cosmos, desde el centro a los extremos, no alcanzables.

ALGUNAS personas —amigos, carteros, mensajeros— se quejan de tener que subir a pie los cuatro pisos de esta casa. Al llegar al tercero, confiesan, el cuarto se les hace inalcanzable. Sin embargo, les digo, si vivieran aquí también les ocurriría lo que a veces le sucede a uno, que, distraído, sube hasta el quinto sin darse cuenta.

NOS contaba X que estaba haciendo la mudanza de su casa. Los mozos de cuerda subían y bajaban. Sufría viéndoles arrastrar los pesados muebles, tirando de las sogas a pulso, rompiéndose los riñones. Se cruzó en las escaleras con uno de esos hombres. Cargaba con una gran banasta de mimbre blanco, llena de libros hasta los topes. Siempre que hay de por medio libros y operarios, parece que fuese a suceder un chiste de almanaque.

Al verle tan sudoroso, tan congestionado por el peso de los libros, nuestro amigo le pidió disculpas, no como si fuese culpable de que aquello pesase tanto, sino de haber contribuido a que en el mundo hubiera algunos libros más, para desdicha de los hombres de carga. Así que le dijo:

—Lo siento.

—Nada, en absoluto.

El estibador era un muchachote grande como un armario, con el cuello de un toro y la cara de un niño. El que le dijera que lo sentía,

debió tomarlo como una entrada en la conversación. Se detuvo, tiró de la canasta hacia arriba, como si le fuese liviana, y dijo con alegría, de muy buen humor, confidencia por confidencia:

—Peor usted, que habrá tenido que leérselos.

Y al hilo de las mudanzas, uno de los presentes recordó esta tarde al viejo actor que vivía con su madre, en una calle corta y estrecha del barrio de Chamberí. Mientras vivió ella, madre e hijo se pasaron la vida mudándose de casa… pero siempre dentro de la misma calle. No ya del mismo barrio, sino de la misma calle, que es un poco *Miau*, con ese pelo de medio pelo que tiene, y el olor al gato de las porterías, y las tiendecillas donde el abarrotero fía y anota los débitos en una vieja libreta sucia de hule negro. Para ese actor y para su madre su calle era como una especialidad, su materia predilecta. La conocían al dedillo, la habían estudiado casa por casa, piso por piso. Cada vez que quedaba vacío uno, lo visitaban. Estaban al corriente de todas las cosas que han de saberse cuando alguien se cambia de casa: la orientación, las horas de luz, las horas de sol, la parábola de los solsticios en invierno y en verano, los ruidos, el vecindario, además de otros factores como calefacción, ascensor o servicio de portería. En cada cambio iban calibrando, por milésimas, las mejoras. No duraban en cada casa más de cinco o seis años. Al cabo de ese tiempo, sentían la necesidad imperiosa de levantar la jaima, como los nómadas, y seguir su camino, siempre dentro, eso sí, del mismo desierto, o sea, el de la corta, anodina, dolorosa calle de ***. Se habían convertido en unos especialistas de su propia calle. Con eso se podría hacer un bonito relato a lo Joyce, a lo Svevo.

¿Cuántos años llevamos teniendo delante de los ojos, a diez o quince metros únicamente de este balcón, otro balcón, en el que vivirán otras gentes que también nos tendrán enfrente a nosotros? Ese es todo nuestro paisaje urbano, por llamarle paisaje a eso. A veces damos en pensar que nos mudamos a la casa de una placita, para ver unos árboles, una iglesia, y ver pasear a la gente, no sé.

Algunas noches nos ha sorprendido ver la luna sobre el tejado de enfrente, grande, solemne, misteriosa. En verano, con el balcón abierto, la luna se refleja en los cristales, y sin levantarse va uno moviendo la hoja de la ventana y la luna no sale en muchas horas de nuestra vida, y la seguimos como si estuviéramos en el cielo

abierto. Es muy probable… Y nos entra una gran nostalgia de lo que tenemos delante y no vemos, de lo que vemos y no podemos alcanzar… Pero en realidad es nostalgia de otras vidas, más fáciles, pensamos, que las nuestras, mejor retribuidas y más armoniosas.

A veces nosotros nos decimos también, ¿y si nos mudamos a ese otro cuarto piso de enfrente? Es más alto que el nuestro. Seguramente se divisarán los tejados de esta parte de Madrid, la torre de la Telefónica, se verán los montes azules del Guadarrama en los días azules. Sin embargo no nos preguntamos nada de los que viven en el primero de nuestra casa, que seguramente soñarán con poder mudarse a nuestro piso, porque desde allí abajo no ven el sol. En cierta ocasión alguien, que conocía esa fantasía de las mudanzas, nos dijo: no sería raro que los que viven enfrente quisieran vivir donde estáis vosotros. Y guardamos silencio; hubiéramos querido cruzar la calle y desengañarles, decirles que la nuestra es demasiado vieja, con demasiadas heridas y quebraduras, fría y supliciada, con su cuarto piso sin ascensor y esa escalera lóbrega, convicta, sin esperanzas… y esto mismo fue lo que hizo que nos resignáramos al punto y que le encontráramos a esta vieja y achacosa casa nuestra unas ventajas que nunca antes habíamos advertido.

SE suele poner en Mira el Río baja, con cuatro miserias extendidas sobre un trozo de tela sucia. No creo que tenga licencia de venta ambulante, porque alguna vez, cuando llegan los guardias, junta las cuatro puntas de su mortaja y sale corriendo, es un decir, arrastrándose más bien, sobresaltada y nerviosa, con sus preciados despojos, a otra esquina, a la espera de que pase la autoridad que pide los papeles. A primera hora, hacia las ocho de la mañana, aprovechan para visitarla algunas gentes de por allí, mujeres también, vendedoras como ella, viejas como ella. Es una anciana como de cuento, menuda, con el pelo blanco, la piel transparente y la mirada acuosa y limpia. Sería difícil imaginar su vida. No parece una vendedora como las demás, sino alguien a quien las desdichas de la fortuna han depositado en esa orilla del Rastro. No se sabe muy bien lo que venderá, ni a quiénes ni lo que obtendrá por ello, porque todo por junto no vale nada. Debe de ser una buena persona. Los que vienen le preguntan siempre muy cariñosos por su salud, por sus cuitas, por su derrota de la semana. Se queja, pero no se queja, sueña, pero no sueña, se resigna, pero sin someterse a su

penosa soledad. Dice de vez en cuando ay, pero no deja de sonreír, de modo que sus lástimas no le pesan a nadie, desde luego no a los que tan fieles le son en la visita puntual. Y esta mañana el maravilloso diálogo, que justificaría la más aguda página de filosofía, el más sólido tratado de ética y de estética:

—Es usted buena —le decía una de sus comadres.

—En absoluto; no soy así con todo el mundo.

—Por eso es usted buena; lo es solo con los escogidos.

UNA observación. Tendemos a confiar nuestras alegrías o la ventura de nuestros negocios a las personas más próximas. En cambio no nos importa buscar a los extraños para cargarles con nuestras lástimas y penurias. Quizá por eso, porque los extraños se las llevarán lejos, y nunca volveremos a verlos.

DE la noche caen como brasas. Los gatos salen en su búsqueda y captura. Luego se las ponen en los ojos, como los humanos las gafas de sol, para elegantizarse. Nos mira un gato en la noche, le brillan los ojos, y sabemos que es un artista o un mánager que anda en el corretaje de estrellas.

HABLAMOS a todas horas de ese viaje a Roma, todos juntos. Los chicos, excitados, contentos, cuentan con impaciencia los días, que para ellos parecen detenidos en un punto. Y la ilusión de repartirnos libros, abrir enciclopedias, enterarnos de nuevo de la historia de la ciudad. G. nos decía ayer: no puedo imaginarme cómo será. Parecía que hablase de otro planeta, pero en realidad creo que lo que estaba sintiendo era algo ligeramente distinto: no puede imaginarse cómo será él, todavía niño, haciendo un viaje de adultos. Roma no es Disneylandia, y lo percibe. R., no menos nervioso, trata de parecer un hombre con experiencia de la vida, y solo tiene quince años. Y nosotros mirando más que hacia la ciudad, hacia ellos, a sus ojos, como las noches aquellas de Reyes, en las que lo importante no eran los regalos, sino cómo estos se tranformaban en su mirada, en la sonrisa de sus bocas, en el arrobo de sus pequeñas almas.

FUIMOS R. y yo al estreno del *Ubu president*, en el Nuevo Apolo. Fue agradable eso de salir de casa, darse un paseo, y meterse en un teatro que fue de variedades, de zarzuelas y revistas. Todo sin el menor esfuerzo. Es lo más parecido a vivir en el siglo XIX, lo mismo que llegar a la ópera, ver el segundo acto, y salirse en el tercero a corretear detrás de las mujeres bonitas por los palcos. R.

estaba impresionado, porque en unas semanas parece haber echado a rodar una hombría que se acrecienta en él como bola de nieve por la pendiente. Empieza a ser hombre, hace cosas de adultos, ve teatro, emprende viajes como un Telémaco cualquiera.

En cambio uno llegaba con cierta aprensión a la butaca, porque nada tan comprometido como juzgar la obra del amigo artista.

Yo no había visto hasta ayer ninguna de X. Los del teatro están la mayoría locos, viven en otra galaxia y además lo que hacen suele ser una castaña pilonga, solo que les gusta, se la comen, y por eso están locos. Lo mismo que el público de teatro. Como en este barrio, en un radio de cien metros, hay lo menos tres o cuatro teatros, uno lo tiene bien estudiado. Las mujeres, si pasan de los sesenta años, llevan el pelo cardado, de color azul, y se echan encima unos perfumes inverosímiles y asfixiantes. Muchas son viudas, como se constata por la pacotilla que se ponen en los brazos y en los abrigos, en forma de broches con los más variados bestiarios, salamandras, mariposas, culebrillas, ranitas, golondrinas. Llevan encima la pensión de los maridos muertos, y eso les despierta una locuacidad increíble. Entran hablando de la pensión del marido muerto, muy excitadas, y salen hablando de lo mismo, igualmente nerviosas. No se sabe para qué han ido al teatro. Ha pasado uno cientos de veces junto a la cola del teatro, y siempre están hablando de los finados. Si las mujeres son jóvenes, son como soñadoras, con las cejas pobladas y negras y la mirada llena de una fiebre oscura muy preocupante. En este caso esperan a los chicos con los que han quedado citadas, que por lo general acuden sin convicción. Los hombres, tanto si son viejos como si no, van al teatro arrastrados por las mujeres. Cuando no es así, es porque son críticos. La mitad del público de teatros lo forman los críticos, que escriben en alguna parte con tal de que les dejen un par de entradas en la taquilla. Es entonces el único caso en el que un hombre arrastra a una mujer al teatro. Lo más raro es que los críticos hablan casi siempre mal de lo que ven, como no estén abonados a tal actor o a tal autor, pero por lo general nadie les penaliza, y siempre que se llegan a la taquilla, les esperan sus dos entraditas, bien centradas.

El público de ayer era ligeramente diferente, porque como se trataba de una obra anticatalanista, la mayoría eran políticos y gentes sin calificación especial.

La obra, con ese tema tan imposible, tan contraestilo y antinatural (el honorable Pujol), era, de partida, un suicidio.

Se apagaron las luces, se iluminó el escenario y de pronto, por arte de magia, apareció la vida. Aquello estaba vivo, y de ello recibimos como un contento íntimo, de la misma manera que hubiéramos acogido en la familia a un nuevo miembro. Las risas eran antiguas y felices, parecían venir directamente del siglo XIX, aquellos tiempos en los que Stendhal, que solo admiraba de verdad a Shakespeare y a Molière (a Molière para reír con la poesía y a Shakespeare para sentir con la poesía), abandonaba el *foyer* de los teatros para llegarse corriendo a su casa, abrir la gaveta de su escritorio y anotar con entusiasmo algo sobre el Rossini o el Cimarosa que acababa de presenciar.

Y siente uno, extrañado de que haya ocurrido ante nuestros ojos, una inmensa gratitud con aquel que nos ha hecho mejores sin apenas esfuerzo, solo porque él era ya mejor que nosotros.

AHORA, en el avión, los cuatro, leídos todos los periódicos que nos han dado, leídas hasta esas noticias recónditas que normalmente no leemos nunca, después de haber dado cuenta del desayuno con una extraña voracidad, ya que no es probable que en tierra nadie se comiese las cosas que sacan en las bandejas, después de mirar por la ventanilla y tener a menos de una hora la ciudad de Roma, no entiende uno cómo no ha hecho esto mismo mucho antes. Ah, nos decimos, si pudiéramos hacer lo que Baroja, cada vez que publicaba un libro, lo que Cervantes, cuando estoqueaba a un albañil, irse lejos, olvidarlo todo, olvidarse de uno mismo, de los demás y perderse una temporada…

Pero nuestra temporada será bien modesta, cuatro días, pero habría valido la pena solo por haber visto la cara de G. al despegar el avión, su primer avión, sus primeras nubes por dentro, su primer viaje al extranjero (Portugal, nos dijo hace un rato, no es el extranjero, sino una costumbre) y la cara de su hermano, que trataba de trasmitirle la serenidad de la experiencia (ha subido a cuatro aviones en su vida) y le iba diciendo, ahora va a suceder esto y ahora esto otro.

LOS chicos están mudos con la ciudad, asombrados por todo lo que ven, con esa glotonería del niño que pega su cara en el cristal del escaparate de la confitería. Apenas dejamos el equipaje en el

hotel, salimos al Campo de Fiori. Caminaban con la boca abierta, como si de esa manera pudieran entrarles aún más cosas al alma. La primera cita, y puesto que ya era la hora del almuerzo, la teníamos en La Carbonara. Cuántas veces no nos habrían oído hablar de esta tratoría. Se conducían al mismo tiempo de una manera impulsiva, porque estábamos con ellos al fin y al cabo, y de una manera reservada, porque no dejaban de sentir eso tan maravilloso que es encontrarse extranjeros. Todo les entusiasmaba, el sabor de las cosas, el tacto de los *grissini*, la variedad de los *antipasti*, la vista desde allí, con el Giordano Bruno encapotado de la plaza.

Les hablamos durante la comida de
R. y C.,
de cómo vienen a este lugar a diario, de la mesa que suelen ocupar, del camarero que suele atenderles, el mismo que nos servía la mesa y al que hubieran dado ganas de confesarle cuántas veces no nos habremos acordado de La Carbonara, allí, cuando las cosas se hacen cuesta arriba y uno necesita soñar con cosas reales, que ya sucedieron al menos una vez.

Puesto que hablábamos con tanta seriedad de la felicidad y de la alegría, los chicos dedujeron que se hablaba de algo más que de la felicidad y de la alegría, y en cuanto salimos de allí nos fuimos paseando, tranquilamente, entre los puestos de flores que desmontaban en ese instante, hasta el sombrío, corto, estrecho Callejón de Lirio, a contramano de la Plaza del Palacio Farnesio, luminosa, despejada y señorial. Y allí, el descubrir junto al timbre, en una cartulinita, el nombre del amigo, nos hizo creer que si lo pulsáramos nos abriría, porque la felicidad y la alegría, cuando son completas, mueven de por sí, más que la fe, montañas.

Ninguno de nosotros se cansaba de andar, de mirar, de ver cosas. Y del Vicolo del Giglio, andando, atravesando la Piazza Navona, llegamos al Panteón. Le sucede a ese lugar como a una de esas raras obras del hombre que nunca se agotan, por más que uno haya bebido de ellas. No son muchos los nombres que acuden a la memoria, Mozart, Lear, don Quijote, Karenina, porque lo que se siente, bajo ese ojo todopoderoso que corona su bóveda perfecta, es lo más próximo que un hombre pueda sentir la divinidad, acaso como uno de los hombres-dioses para el que se levantara un día, y que ya lo ha abandonado para nosotros, para que cada uno se sienta

el dios ausente.

Llevábamos ya una o dos horas andando y se echaba de menos sentarse en algún sitio y reparar fuerzas. Lo hicimos en una de las terrazas que hay enfrente. La hora y la temporada, poco turística, propiciaron que estuvieran todas las mesas vacías. Y entonces tuvo lugar uno de esos pequeños milagros que la vida, cuando ha decidido ser generosa, no quiere guardarse para sí. Frente a nosotros había dos actores ambulantes, mitad mimos, mitad cómicos. Actuaban como si dijéramos a *capella*, sin música, sin tocar el saxofón, sin poner el casete, ellos dos solos, acompañándose del silencio de la calle, de sus ruidos naturales, un coche, las palabras de unos transeúntes, los pasos de una mujer. Formaban pareja artística, desde luego, pero trabajaba cada cual por su parte, como si no tuvieran uno y otro nada que ver. No debían de contar más de veinticinco años ninguno de los dos. Uno hacía de saltimbanqui y su mayor habilidad consistía en hacer bailar sobre los dedos gordos de los pies sendas pelotas, mientras no dejaba de hacer girar en sus manos otras dos, más chicas, y otra más en la cabeza, muy grande, y otra, más pequeña, en una oreja, antes de pasársela por la nuca, a la otra oreja. Era precioso, como un planetario viviente.

La gente, que cruzaba por aquel lugar abstraída, en sus negocios particulares, ni siquiera les prestaba atención. Acaso unos segundos, desviaban sus pensamientos del ensimismamiento que les acompañaba, fijaban los ojos en los malabarismos, sin llegar a saber muy bien de qué se trataba todo eso, y seguían su camino.

El saltimbanqui llenaba la pequeña plaza del Panteón de un aire medieval, pero era el otro actor quien elevaba a la categoría de universal la vida que allí cristalizaba en completo anonimato, como el cuarzo en una geoda.

Trabajaba sobre unos patines y su número era harto singular. Hacía de auriga, se colocaba detrás de un transeúnte, sin que este lo advirtiese, y con los brazos extendidos, dando a entender que sostenía las riendas, simulaba ser arrastrado por el elegido como comparsa. Desde que lo enganchaba hasta que lo soltaba, ni se distanciaba ni se acercaba a él un solo centímetro, siempre con los brazos extendidos, tensas las riendas. De pronto abandonaba un transeúnte y se ponía detrás de otro. La gracia estaba en que según

la personalidad o la idiosincracia de «la caballería», así resultaba el paseo. A veces pasaba un perro suelto, y hacía lo mismo. Daba a entender que era este quien tiraba de él de una imaginaria correa. Y él se deslizaba detrás impulsado como por la gracia, sin que sus piernas se movieran apenas. Era todo como los milagros más sorprendentes, muy elemental, hecho con casi nada. El misterio residía en algo que complementaba el suyo de actor, y el que, de modo involuntario, le añadían los improvisados colaboradores de su número; unos eran gordos, otros viejos, otra una colegiala o una monja, y se movían renqueantes, o tiesos, o atufados. A veces el auriga se extralimitaba, porque tomaba carrera con sus patines, enfilaba por la espalda a alguien, se acercaba a él raudo y sigiloso como la flecha, y le lanzaba el sombrero por los aires, de un toque experimentado y certero. Este salía disparado por los aires y él, que corría a su encuentro, lo esperaba dos o tres metros por delante, para no dejarlo caer al suelo. La gente, que veía pasar junto a sí algo tan silencioso y veloz, se asustaba o se volvía furiosa, pronta para pelear su propiedad, pero al comprender que se trataba solo de una broma, se reían de buena gana, satisfechos sin duda de contribuir a la felicidad general, con tan poco.

Toda Roma está llena de estos mendigos-juglares. Unos lo hacen con más salero que otros. En una esquina nos tropezamos con uno, ya viejo, de cabellos blancos y largos, pero sin vida ya, como un puñado de lanas de esparto por cabellera. Tocaba excitadísimo una especie de acordeón, mientras pisaba con entusiasmo, llevando el ritmo, media docena de bocinas colocadas de más a menos grave, sonido agrio, confuso y poco hospitalario que trataba de endulzar con las campanillas y cascabeles que se había enroscado en los tobillos. Era una balumba sin perfiles, pero parecía estar rozando en todo momento el cielo de los derviches.

Ahora es de noche. Hemos tomado unos bocadillos en la habitación del hotel, porque nuestras economías lo aconsejan así, y mientras la televisión sin sonido nos llena la habitación de destellos mudos, nos vamos entregando al cansancio de haber caminado durante ocho horas con la sola interrupción de la terraza del Panteón. Y escribo estas líneas, y dejo que el cansancio se salga de los huesos hacia los músculos, y de los músculos hacia las sábanas limpias, que lo van enjugando.

HA cambiado el tiempo de forma tan radical, que podemos pensar que nos hallamos en un país diferente, tristón y lluvioso.

Pero ayer, aprovechando la mañana soleada, aún pudimos ir al Rastro de aquí, en Porta Portese. Es decepcionante, según se mire; no demasiado grande para una ciudad como Roma, y compuesto en su mayor parte de puestos para turistas, más que de cosas viejas, de bibelots y suvenires absurdos, esos de plato con la calcomanía del Papa o de la Plaza de San Pedro y rosarios hechos con bayas de enebro. En un momento determinado nos perdimos. Yo me había quedado mirando unos libros, en uno de los raros puestos de libros que hay, y a M. y a los chicos los arrastró la corriente. Fueron momentos de cierto pánico, por lo que encierran de novela del absurdo. Al principio piensa uno: no me voy a mover de aquí, que fue el último punto en el que nos vimos. Pasan cinco minutos, y como no ve que nadie venga, le da por pensar en aquello que seguramente piensen los otros. Sí, seguramente a ellos les pasa lo mismo, y en este momento están parados en un sitio esperando. Y así, en esta inmovilidad, podemos seguir hasta las doce de la noche, hasta que la gente vaya desapareciendo, y podamos avistarnos unos y otros. De modo que se pone uno tímidamente en movimiento, temiendo desincronizarse: ¿y si vamos unos detrás de otros, sin encontrarnos, durante horas?

Al tropezarnos a los diez minutos, siguió a la escena de la alegría del reencuentro, la de los reproches e irritaciones, en la que todos culpan a todos de esos desajustes, y en la que cada uno dramatiza, novelándolas, las consecuencias que habrían tenido las cosas de no haberse producido el encuentro. G., aprovechando una coyuntura que creyó favorable para sus intereses, logró sin esfuerzo que se le comprara un búmeran australiano a un aventurero piamontés de grandes mostachos, que aseguraba vivir seis meses al año entre los canguros.

Después de eso, y como teníamos previsto, acabamos en el Coliseo, y luego en los Foros. El tiempo era tan, tan bueno, que en el aire azul se veían madejándose y desmadejándose sin parar, como si estuviéramos en verano, unas pelotas considerables de mosquitos, los famosos cínifes del Lacio que dieron origen a una de las más atractivas leyendas de la antigüedad. Los turistas del Norte, sorprendidos por aquel buen tiempo, se despojaban de sus prendas

de abrigo y exponían al sol las carnes lechosas de piernas y brazos, con la gratitud de los neófitos devotos que acaban de ser admitidos en el culto al sol.

Fue una suerte sin duda aquella explosión de buen tiempo, porque echó por tierra, en todos los jardines y parterres, a la horda turística, que quedó diezmada dulcemente, y mientras ellos se amortecían bronceándose, nosotros pudimos ver a nuestras anchas, casi en solitario, los foros.

G. y R. soñaban que vivían en tiempos de la República, y, espada en mano, hollaban aquellas calzadas o se subían a las columnas de mármol abatidas cuan largas eran y entre cuyas piedras crecía una hierba golosa de vida. De los mármoles del Coliseo se construyó el Palacio Farnesio, y del de los Foros, la mayor parte con el que se levantaron las iglesias romanas, y sin embargo no querría uno verlos reconstruidos jamás, porque los derechos de una ruina son siempre más sagrados que los de una obra íntegra. Son, como si dijéramos, los derechos de un muerto. A alguien vivo, puede ultrajársele, pero el ultraje a los muertos es más vil. Digo.

Por la tarde fuimos tranquilamente hasta Santa Sabina. Faltaba una hora para el tramonto. Había jugando en los jardinillos próximos a la basílica un gran número de niños, vigilados a cierta distancia por sus madres. Culebreaban entre los bojes con la indiferencia de los príncipes por sus propios tesoros. G. se les quedaba mirando sin saber si lo que hubiera querido era sumarse a tales juegos o preguntarles cómo podían tirar la tarde en niñerías cuando se tenía enfrente la Ciudad Eterna. Todo resultaba muy provinciano, tanto, que uno solo echaba en falta precisamente esa rutina suya, o mejor, a uno le sobraba lo que tenía de turista. Desde el Aventino la puesta de sol fue magnífica. Era una puesta de sol fría, en tonos azules, veteándose como el ágata, y mientras, el frío de la tarde pareció tallar un camafeo con los tejados de la ciudad. Era ese uno de los lugares preferidos de Goethe. Lo era también de Stendhal. Pero lo fue, lo es y lo seguirá siendo, igualmente, de todas esas parejas de novios, indiferentes a Goethe o a Stendhal, que vienen aquí a embelesarse con la belleza de la vista, a cogerse de la mano y a guardar silencio, impresionados por la solemnidad de esa hora sublime en la que el sol se oculta sin asegurarle a nadie que

habrá de salir al día siguiente, e impresionados más aún por los juramentos de amor eterno que salen de sus caricias.

Cuando la solemnidad del momento estaba a punto de caer sobre los cuatro como una verdadera losa romana, decidimos bajar andando hasta el Circo Máximo. Aún quedaban en él algunos chicos corriendo detrás de una pelota, y unos cuantos perros que llenaban el aire cada vez más fresco y sombrío con sus ladridos y sus carreras delante de sus pacientes dueños.

En unos minutos el sol vino a acostarse contra las ruinas del fondo, desangrándose como esos toros negros que vienen a morir a las tablas, y de la tierra y de la hierba se desalojó un perfume sutil, muy frío y gratificante. Se respiraba el aire de los veranos, los mosquitos habían estado volando todo el día, y el aire olía a un heno que sin embargo no había crecido aún. Era como tener abierto un libro por la mitad, y en la hoja de la izquierda fuese el invierno, y en la de la derecha, el verano. Cayó la noche sin que nos diéramos cuenta, y todos aquellos reflejos dorados, acuñados como moneda de una ley muy pura, se gastaron tan pronto que cuando quisimos darnos cuenta estábamos los cuatro a merced de los faros de los coches que bajaban de los edificios de la Fao y de la Via Apia.

Marchamos de allí andando tranquilamente a tomar alguna cosa de sostén al Café Rosatti de la Plaza del Popolo. Las calles estaban muy concurridas, porque era domingo. Los escaparates, alumbrados con exceso, reclamaban la atención de los transeúntes, y la gente caminaba despacio, disfrutando de una hora que de todos modos era muy poco invernal. Y la felicidad de la gente, por esas cosas paradójicas que tiene, le iba poniendo a uno algo penoso, bien porque como felicidad era demasiado elemental, bien porque uno comprendía que jamás podrá alcanzarla nunca, así, tan elemental, de ir y volver por la calle del Babuino, mirando escaparates en los que se ofrecen cosas que uno jamás podrá comprar, o que no querría comprar aunque pudiera.

Cuando llegamos al hotel estaba esperándonos X. Como todos los demás estaban muy cansados y tampoco lo conocían mucho, nos fuimos él y yo solos por ahí. Buscamos una tratoría, pero no era sencillo encontrar algo abierto que no fuese el típico figón en el que venden porciones de *pizza* para los turistas, así que durante media hora volvimos a desovillar aquellas calles en una persecución inútil

de restaurante, sin poder hablar de nada, en esa impaciencia de resolver cuanto antes el trámite de hallar un lugar adecuado. Todo lo que buscamos en el Panteón, en la Plaza Navona, en el Campo de Fiori estaba cerrado. Roma se había deshabitado como las ciudades de provincia a partir de las nueve de la noche. Al fin tuvimos que meternos en una inmunda tratoría para turistas en el Corso Vittorio Enmanuele, un lugar destartalado, grande, no tanto para turistas pobres, que también, sino horteras. En su mayor parte las mesas estaban vacías, solo aquí y allá algunas parejas descaminadas de turistas extranjeros se dejaban contagiar por el desánimo del día y de la hora. Había también en una esquina dos jóvenes con trajes negros y alzacuellos blancos, muchachos lampiños, pálidos, de cachetes rosas. Se acariciaban con disimulo las manos por debajo de la mesa y se miraban las pupilas azules. Era una escena triste y tierna al mismo tiempo. No se decían nada, solo se miraban, como si estuvieran ensayando unos adioses definitivos.

X es un poeta becario de la Academia de España en Roma. Apenas nos conocemos. Es muy tímido, le cuesta hablar, piensa, quizá, que ante alguien mayor que él y con más experiencia, ha de guardar silencio, así que si no se le preguntan directamente las cosas, no habla, pero acabó contando algunas de su vida en Roma, los libros que lee, las clases a las que va, sus paseos predilectos… No se da nunca importancia de lo mucho que ya sabe, le parece que es normal, pero en cambio valora demasiado lo que sabe el otro, aunque sea menos de lo que él supone, y sigue sin creerse todavía cómo ha podido llegar a San Pietro in Montorio desde Cáceres, ya que ni su cuna ni su estrella se hubiera dicho que le llevarían tan lejos. Habla de todo con enorme delicadeza, sin un gramo de afectación, aceptando que la naturalidad es al fin y al cabo lo único que acaba haciéndonos invulnerables. Mientras le oía contar sus pequeñas cuitas, comprendió uno de pronto que uno está ya más cerca de la vejez que de la juventud. Allí se encontraba ese chico veinte años más joven hablando con tímido entusiasmo, con la alegría que proporcionan los sabores recién descubiertos, las lecturas sin hollar, los nombres de aristas vivas, ese momento en que la literatura está hecha de las mismas cosas, en las mismas proporciones: ciudades, libros, amores, amigos, dificultades, decepciones y alegrías, y daba gusto escucharle, saber que uno no

está solo, y aunque las enseñanzas de los más jóvenes es cierto que rara vez les sirven a los más viejos, bien porque estos ya son duros de mollera, bien por su soberbia o su vanidad, si se saben oír, son útiles y sutiles.

En cuanto pudimos, dejamos aquel figón infecto a las parejas tristes y al clero desviado, y nos llegamos otra vez a la plaza Navona. Los basureros habían levantado una gran hoguera junto a la fuente con todos los restos del desfile de carnaval que había tenido lugar por la tarde.

La lumbre le daba a la plaza un carácter primitivo, y también un carácter venerable, algo de la trascendencia que raramente tiene cuando está ocupada por los turistas y cuantos viven de ellos, pintores callejeros, músicos de ambulancia o buhoneros. La pira la formaban un conjunto de cosas heteróclitas, cajas de cartón, sillas rotas, disfraces, parecía como si le estuviesen prendiendo fuego a los enseres de una familia aniquilada por la peste.

En torno se había congregado una docena de viejos mendigos y mendigas que no parecía, por la manera en que iban vestidos, sino que se habían salido del desfile del carnaval y esperaban allí a que alguien los recogiese. No hablaba ninguno de ellos con nadie, hipnotizados por las llamas y las centellas que ascendían a la noche, llenándola de las burbujas de un veneno espumoso. El fuego proyectaba reflejadas sus sombras colosales sobre las fachadas, y al moverse parecía que las casas temblaran y fuesen a venirse abajo, lo mismo que la fuente de Bernini, en la que los forzudos que sostienen el obelisco parecía, también con las sombras, que se movieran y fuesen a arrojar el obelisco contra nosotros.

Vamos a quedarnos un rato aquí, sugerí, y como X es un hombre bondadoso que se aviene al prójimo, dijo, de acuerdo.

Los papeles, cornetes y cartones que recogían por la plaza los silenciosos operarios municipales, dos de ellos negros y dos con aspecto turqués, los arrojaban luego al fuego. Si a la primera no quedaban del todo centrados en el vivac, se adelantaba uno de los trotamundos y lo empujaba con el pie o se agachaba, lo tomaba del suelo y lo lanzaba a las llamas, con una ilusión y un interés infantiles. Las primeras llamaradas nos quemaban la cara y hacía que todos diésemos un paso atrás, y a alguno de los mendigos se le iluminaba la sonrisa, convencido acaso de haber vuelto al paraíso

de su pasado. Estos pordioseros eran como los de todas las ciudades, rebozados en la suciedad de todos las aceras y portales donde duermen sus borracheras, con las manos llenas de sabañones, rojas y sucias, y las uñas largas con los negros tributos de sus pobres rapiñas, barbas pobladas, harapos, gabardinas debajo de chaquetas americanas y sombreros colocados encima de gorros. Una de las mendigas nos pidió una limosna, le dimos una moneda y salimos de allí antes de que se corriese entre la comunidad mendicante que había venido otra vez Santa Margarita.

Acabamos en el mismo antro en el que hace tres años paramos M. y yo con Z, que también estaba de becario en la Academia. A diferencia de X, Z encontraba Roma una ciudad horrible, muerta, atosigante. No veía el día en que pudiera escapar de ella. No soportaba a los italianos, que veía presuntuosos, teatrales, ridículos. Había pedido la beca para escribir una novela. Durante nueve meses, una buena novela sobre la Málaga de la posguerra. La aversión debió de nacer acaso de ese desajuste, como si se le becara a un italiano en Málaga para que escribiera una novela sobre Roma. X escribe sus poemas de las cosas que ve en Roma, de sus estados del alma, de manera no muy diferente a como pudo escribir Goethe sus elegías o Stendhal sus diarios. Se trata de eso. Lo raro es disgustarse en un lugar al que se ha pedido ir, pero somos así. El antro era un tabuco de unos diez metros cuadrados, una mezcla rara de colmado donde vendían leche y algunas otras cosas absurdas, latas de conserva, botellas de gaseosa, sobres de pasta, galletas. También hacía de tabernita, con tres o cuatro veladores diminutos de mármol ocupados a todas horas por una selecta tropa de talludos noctivagos y colgados, de esos que han hecho todos los ocho mil, como dirían los montañeros de la revolución: el sesenta y ocho, el teatro independiente, los porritos, los *beats*, vietnam, los *okupas*… Entre los veladores había, apiladas, diferentes cajas con los cascos vacíos de la leche o de los refrescos, angostando aún más el lugar. La especialidad de la casa son los chocolates calientes, servidos en unos tazones grandes de loza blanca, como los que sacan en las películas españolas en cuanto les dejan, o cafés con leche servidos, a la manera de las cantinas ferroviarias, en vasos de cristal.

Las paredes estaban llenas de carteles de exposiciones, de

recitales poéticos y de eventos culturales, pero la dueña era lo menos parecido a una persona cultivada, por lo que se deduce que tales papeles los pinchaba allí la parroquia bohemia. Esta mujer tendría unos sesenta años. No se tomaba uno con gusto el chocolate pensando que le estábamos quitando horas de sueño a esa anciana que tendría que estar durmiendo. Eran ya las dos de la mañana. Era una mujer escuálida, depauperada hasta la exageración, sucia y vestida con ropillas harapientas de color viuda. Los parroquianos eran todos italianos. De vez en cuando se asomaba alguna pareja de bohemios extranjeros, pero en cuanto asomaban las narices allí, comprendían que aquello era un coto vedado a los aborígenes.

La buena mujer estaba muy tiesa detrás de su mostradorcito, con los brazos cruzados sobre un pecho sin mamas. No decía una palabra y se mantenía ajena a la animación de un lugar tan pequeño. Cuando la dejaban tranquila, se sentaba junto a la puertita del fondo, que daba a una habitación en la que se veía, en la penumbra, un camastro deshecho, y se ponía a mirar un televisor portátil.

X y yo continuamos con la conversación interrumpida de la tratoría. Ya no había muchas más cosas de las que hablar, porque las personales tampoco va a abordarlas uno, sabiendo que los caminos tal vez vuelvan a separarse mañana mismo. Pero estábamos a gusto, gastando la vida tonta y alegremente frente a un tazón de chocolate.

Nos despedimos allí mismo. X me aseguró que subiría andando hasta su Academia. Le vi alejarse con la misma aprensión que si lo hiciera un hijo, convencido de que en cuanto cruzara el río y se metiera por las callejas del Trastevere y empezara a subir ese monte, los bandidos iban a asaltarle.

M. había dejado la llave de la habitación en la conserjería. Cuando entré, dormía, y me deslicé en la cama con el sigilo de los maridos juerguistas.

Hoy, cuando nos levantamos, se había nublado por completo. Es lo que decía antes: parece un país diferente, curial y comido por la tristeza. Las fachadas de roja calamocha, con los goterones de la lluvia, sugieren oxidaciones ferruginosas que causan reuma solo verlas. La nota romántica la ponía no obstante el viento, que atacaba las cabezas con furia, luchando por arrancárnoslas del

tronco.

Teníamos que tomar un taxi para ir a las catacumbas de San Calixto. G. ha decidido que lo lógico sería llamarlas catatumbas. El taxista resultó un hombre simpático. Acabamos hablando de Fellini, cuando pasamos frente a la casa de Marcello Mastroianni. Aseguró que había llevado muchas veces a Fellini en taxi. Es el tercer o cuarto taxista que nos ha dicho que conocía a Fellini. Todos empiezan diciendo lo mismo. Le localizan a uno en el espejo retrovisor y aseguran, mirándole a los ojos, como en el momento supremo de las confesiones insalvables: «Federico iba justo donde está usted sentado ahora». Le llaman Federico, no Fellini, por lo mismo que en España se lo llaman a Lorca, sobre todo quienes menos le han tratado. Deben pensar que en un taxi se puede uno sentar en muchos otros sitios que no sean «ese». En este caso, había un matiz: «Ahí mismo», y sacudía la cabeza hacia un lado, señalando con la oreja el asiento delantero donde iba yo. Según él, en treinta y cinco años de taxista ha tenido tiempo para conocer a Fellini y a otra mucha gente célebre. A Fellini le había llevado sobre todo de noche, y a su mujer. Era un «bel uomo», repetía de continuo, «aunque, eso sí, no hablaba mucho. Se sentaba delante, donde usted va, y no abría la boca». Hizo esta confesión y la abrochó con un gesto característico, un golpe de mentón hacia arriba, decepcionado y fatalista.

Pese a que tanto las guías como el taxista nos aseguraron que las catacumbas de San Calixto abrían los lunes, las catacumbas de San Calixto estaban cerradas. Entonces el propio taxista sugirió acercarnos a las de San Sebastián, mucho más alejadas. Eso nos convenía menos, porque el regreso a Roma podría ser un verdadero problema, ya que ni allí llegan transportes públicos ni pasan taxis. No había problema. El amigo de Fellini prometió esperarnos en la puerta sin cobrarnos la espera. Tómense el tiempo que quieran en ver las catacumbas, veinte minutos, media hora. Vayan sin cuidado. A la salida, yo les estaré esperando. Aprovecharía ese tiempo para almorzar, y señaló con la nuca el bocadillo que le esperaba en el maletero del coche.

Las catacumbas resultaron como todas, pero las explicaciones del guía se vistieron de interesantes matices racionalistas que solo la insistencia teñía de vaga comicidad. Fue una lección de

sociopolítica romana, con estadísticas y lecturas posmodernas del cristianismo. Ni en las catacumbas vivían los cristianos, porque los gases de las carroñas lo habrían estorbado, ni estaba prohibido venir a ellas, ni ninguna de las otras especies que han circulado por el mundo era verdadera. Se le veía sufrir al hombre por tales mixtificaciones, erosionándole la verdad de una manera tan cruda, y quedaba claro que aquello era una cruzada personal, mantenida con entusiasmo: la mixtificación catecúmena o yo.

En un rincón había un busto bonito del santo, obra de Bernini, y una escultura yacente también de San Sebastián, hecha por un discípulo de aquel. Esta era una obra meliflua con toda clase de flechas entrándole y saliéndole de la piedra, metiéndole y sacándole la punta, lo que lejos de molestarle al mozo, parecía estar dándole mucho gusto, ladronazo.

A propósito de esta escultura el guía tampoco estaba muy seguro de que a San Sebastián lo hubieran ensartado las flechas, cuestión muy debatida entre los historiadores, aunque viendo el metisaca, se explicaba uno perfectamente por qué razón los gayos se han apropiado de San Sebastián como patrono.

Al salir, el amigo de Federico se había largado. Aquello estaba desierto, ni un coche, ni un alma, nada. Los pocos turistas que habían visto las catacumbas con nosotros, unos quince, se montaron en su autocar, y allí nos dejaron solos. Por suerte apareció un taxi en ese momento, caímos sobre él, lo ocupamos y dejamos atrás a una pobre pareja de turistas pucelanos que habían hecho la visita a nuestro lado.

Como el día era lluvioso, la población turística estaba diezmada. En San Pietro in Vincoli, no obstante, hubiéramos podido ver sin mayores molestias el Moisés, de no haber sido por un cicerone fanático que tuvo clavado a un numeroso grupo de ancianos y ancianas japoneses frente a la estatua quince minutos, con explicaciones que gritaba con la vehemencia de Savonarola. Cuando al fin nos quedamos solos con el Moisés, no sabíamos qué decirle. En realidad no es que Miguel Ángel, al acabarlo, le golpeara con el martillo en una rodilla, y le ordenara hablar con su célebre «Parla, Mosé». El martillo lo estaba descargando simbólicamente sobre todos los que vieran su obra en los siglos futuros, enmudecidos no tanto por la belleza de ese coloso, como por la vida que corre aún

por sus venas de mármol. Era algo que sobrecogía, y eso mismo pudieron percibirlo hasta los chicos, que no dijeron nada durante el tiempo que permanecimos frente a él.

Después de eso, fuimos dando un largo paseo hasta la Plaza de España, subimos a continuación a la Villa Médicis, el Belvedere y terminamos en el Pincio, para regresar, andando otra vez, hacia La Carbonara.

En Roma da igual dónde vaya uno y por qué itinerario, como ocurre en Venecia, porque ninguno es decepcionante. Por la tendencia que tiene uno a la elegía, mucho más que tal o cual momento del presente, tal o cual iglesia visible, parecía preocuparle a uno el tiempo venidero: ¿Cuánto tiempo pasará hasta que podáis volver juntos de nuevo aquí? Acaso nunca más logremos reunirnos de nuevo en estas mismas calles, en estas tratorías. ¿Cómo fructificarán en el recuerdo los días vividos ahora? ¿Quién sabe lo que será de todos nosotros, ni las cosas que sucederán hasta que quiera el azar combinar los dados de una manera favorable?
G. y R.
parecen no saciarse nunca, y ni siquiera se sentarían en los cafés, convencidos de que los minutos pasados en ellos les están siendo arrebatados por una mano demasiado egoísta.

En estos raros minutos de descanso en el hotel, a mediodía, se entretienen con unos libros que acaban de comprar, en los que viene una reconstrucción ideal de la ciudad. El hecho de reconocer en ellos los lugares por los que han andado media hora antes les llena de asombro, como el que debió apoderarse de los bárbaros que entraron como conquistadores.

M., tendida en la cama, con los ojos cerrados, pero no dormida, dice como para sí misma: me gusta que lo cuentes en tu diario, para cuando queramos recordarlo o no podamos ya venir. Ella no es de naturaleza elegiaca, sino alegre y sin trasfondos sombríos, pero ese, se ve, es el río natural de los sentimientos de todo el mundo, en cuanto se remansan junto a la desembocadura. Yo no le contesto nada, pero dejo aquí, en esta página, el apunte de ella, tendida de espaldas, en la cama, el de ellos, juntas sus cabezas sobre el libro común, el de mí mismo, escribiendo también en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero, tal y como hacían aquellos viajeros de hace doscientos años, que se llevaban de la luminosa Italia para

Inglaterra y Alemania algo de todo esto en papeles que iban a remediar, en lo posible, inviernos demasiado largos y demasiado tenebrosos.

Dentro de un rato, subiremos a la Academia de España.

AQUÍ estamos de nuevo en el aeropuerto, camino de Madrid. Los cuatro hemos de andar con tiento, porque llevamos los pies hinchados y doloridos de las bravas caminatas.

Temíamos que hoy se pasara el día lloviendo, como ayer, cuando subimos a San Pietro in Montorio.

El taxista que nos dejó en lo alto estaba asustado. Nunca, nunca, había visto llover de esa manera. Quizá lo hiciera por animarnos un poco: al turista le gusta llevarse de recuerdo situaciones excepcionales. En menos de diez minutos el cielo de Roma se cerró por completo con nubes negras y aunque no eran más que las cinco de la tarde, en ese cuarto de hora pareció que se había hecho de noche, y que Jesucristo había expirado en el Gólgota.

No obstante, llegamos aún con tiempo y luz suficiente para ver las vistas de la Academia y el Tempietto del Bramante. Allí el viento movía con furia la lluvia y la lanzaba contra los muros de la iglesia y sobre los tejados del Trastevere, y los penachos de las altas palmeras se agitaban de un lado a otro con la desesperación de unas bacantes. Aquellas tinieblas, aquel aire tempestuoso, la falta de luz y la lluvia nos romantizó a todos lo indecible.

Nuestro amigo X nos subió al torreón para que divisáramos la panorámica. Ocurrió con esa vista lo mismo que nos había sucedido por la mañana con el Moisés, que no podíamos decir nada, pues cada uno de los trescientos sesenta grados en los que los ojos pueden escoger algo, se llenaba de tal modo de hermosura que era suficiente para satisfacerlo todo. Cuando ya no podíamos seguir mojándonos más, a X se le ocurrió llamar en algunos estudios, porque desde ellos podían contemplarse las mejores *vedute* de Roma.

Estos estudios, que les sirven al mismo tiempo de alcoba a los pintores, son amplios y de altísimos techos, como para pintar en ellos cuadros del tipo del *Testamento de Isabel la Católica*, pero las cristaleras, que llenan el cuarto de sobrada luz, están en alto para que tales panoramas no puedan distraer con su belleza el trabajo de los artistas, de modo que para asomarse a ellos, hay que subirse a

unas escalerillas de madera, como quien espía por encima de un tabique la desnudez de una joven.

Uno de estos estudios lo ocupaba un muchacho asturiano, muy tímido, que estaba trabajando en ese preciso momento. Nosotros le habíamos preguntado a X, oye, ¿no le molestará que venga la familia entera a fisgar la ciudad desde su estudio? No, decía X, es buena gente.

Se trataba de un chico lampiño, flaco, con aspecto un poco de señorita y unas manos finas y delgadas, que movía con la gracia de una bordadora. Vestía una especie de mono azul, con peto, como un mecánico de motos. El contraste de la ropa, de rudo operario, y su aspecto personal, tan afrutado, era notorio. Nosotros habíamos querido asegurarnos de que no íbamos a interrumpir nada, de modo que cuando nos abrió la puerta con la paleta en una mano y los pinceles en la otra, hubiéramos querido desaparecer de allí. X le explicó en el mismo umbral lo que queríamos, asomarnos para ver las vistas de Roma, y algo tan sencillo como eso le llenó al hombre, que no dejaba de echar miradas furtivas sobre los chicos, de titubeos.

Había encendido los tubos fluorescentes, porque con aquellas subitáneas tinieblas ya no se veía nada. La tela en la que trabajaba en ese momento la tenía clavada en uno de los altos y amplios muros.

Nos llevó hasta la escalerilla de madera. Y allí fuimos subiendo de uno en uno para la contemplación. Asomábamos la cabeza, y bajábamos, como diciéndole al siguiente: ahora verás tú.

Pero lo cierto es que la vista de la ciudad y la contemplación de los cuadros del estudio no eran demasiado compatibles.

El pintor se había puesto muy nervioso, y no sabía a quién atender ni cómo evitar que los niños vieran lo que, al mismo tiempo, ni podían ver ni podían dejar de ver. Sobre una mesa baja tenía media docena de revistas de porno gay abiertas por la mitad, cosas inopinadas en las que era imposible poner los ojos sin sonrojarse. El hombre cuando se dio cuenta, las fue cerrando una a una con esa disposición diligente de los camareros en recoger las últimas consumiciones del día, y en la tela que tenía en el caballete, había algo parecido. Las revistas le proporcionaban los modelos. El pequeño formato hizo que no nos fijáramos al principio; se veía a

dos tíos desnudos, uno a cuatro patas y otro, que le montaba como un perro, sodomizándole sin tapujos, mientras le echaba mano a una tranca descomunal como para pilotar la situación. Todo pintado en un estilo expresionista, bastante académico.

Con discreción quitó ese cuadro del caballete, y lo volvió contra la pared.

El resto eran todos figurativos, entre los que hacía aquel pintor solanesco que pintaba para *La Codorniz*, Herreros, y algún artista expresionista alemán o ruso, del tipo de Kokoschka. No sé por qué podía recordar también a algún artista del nacional-socialismo, no tanto por los temas, sino por la manera. Los asuntos eran extraordinarios, un retrato del director de la Academia vestido de obispo, con casulla y mitra, los dos sodomitas, unos personajes grotescos vestidos con unas ropas también muy raras y con las cosas más extrañas en la cabeza, un embudo, una cacerola, a modo de sombrero, en medio de paisajes campestres opresivos… Sobresalía el barroquismo y el manierismo, la orgía, los cuerpos retorciéndose, cargados con muchísimo óleo, grasiento y churretoso.

En cuanto salimos de allí evitamos el comentario, por si X era amigo de ese pintor y se molestaba. Únicamente G. en un aparte, me dijo, papá, las revistas que tenía ese señor… No le dejé continuar, y admití, sí, era lo que has visto, y atajamos en ese punto el tema de conversación.

Seguimos durante un buen rato la visita por la Academia. Tantos años viniendo a Roma y no conocerla era un crimen, le dijo a uno hace un año el director, un día que coincidimos. Ya se había puesto el sol y se habían encendido unas pobres bombillas que llenaban el patio y los pasillos de unas penumbras deprimentísimas de internado, de cuartel y de hospital. Todo junto, por si se libra uno del internado, que le lleven al cuartel, y de ahí, moribundo, al hospital. La Academia es el lugar más triste que pueda uno imaginarse. Ahora entiendo que Z quisiera salir huyendo. Si no se está en el jardín o mirando por la ventana *le vedute*, uno puede empezar a deslizarse peligrosamente por la pendiente de la depresión.

Todos los rincones huelen a colegio mayor y a enfermería, entre la col y el medicamento. Por otro lado el lugar es grande y los becarios no son muy numerosos. Al menos durante el tiempo en que

permanecimos allí, y aparte del pintor culturista, no vimos a un solo becario. Los supusimos a todos trabajando, pero no, la mayoría estaba fuera, por Roma, emborrachándose en los bares del Trastevere, olvidándose que estaban en Roma. Sin embargo sería uno muy injusto con el pupilaje artístico si no se consignara lo que a continuación sucedió. Se oyeron unas notas sueltas en un piano. X quería ser amable y enseñarnos lo mejor. El estudio del musicante era al parecer también muy bonito, y daba al jardín, y allí nos llevó. En vista de lo sucedido con el pintor, temíamos un desastre, no sé, que estuviera haciendo algo sucio con la cola del piano, un número de bestialismo, en fin, no sé. No es molestia, nos dijo X, vamos allá.

Nos encontramos al músico. Era el único, nos explicó después, que trabaja todo el día. Aporreaba el teclado mirando una partitura llena de logaritmos y de notaciones extrañas, que hubiera podido hacer un deshollinador que hubiese limpiado los hierros y escobas de su oficio en aquellos papeles. Lo gracioso es que tenía también al lado un metrónomo que no dejaba de guiñarle el ojo, para un lado, para otro, tic, tac, tic, tac, como diciendo, tú y yo nos vamos a reír de todos.

Cada minuto pasado allí, la Academia se entenebrecía más y más y nosotros nos ensombrecíamos a coro, y el voltaje debilísimo de las bombillas parecía dar sus últimas boqueadas. Recordaban estas luces, no puedo decir por qué, las que se ven en la carretera en los puestos de la Cruz Roja, cuando los camilleros montan la guardia a la espera de los accidentados.

Tampoco podría decir exactamente cómo acabamos en el despacho del director de la Academia.

Comprobamos entonces que el retrato que le había hecho el pintor era bastante exacto, con encarnaciones subidas en la cara, de buen bebedor de *whisky*, rubianco, frente despejada por la incipiente calvicie, algo canoso ya en las sienes y con los ojos abultados.

En realidad sí había una razón para acabar en su despacho: traíamos una comisión que transmitirle de nuestro amigo J., que va a pedir un semestre sabático en Nueva York para hacer un trabajo en Roma.

Nos recibió amabilísimo. Nos contó durante una hora todo lo buenísimo director que ha sido él y lo mucho que ha hecho por la

Academia, lo mal que la cogió y lo bien que va a soltarla.

La entrevista tenía lugar en un salón anejo a su despacho, que cuenta también con un gran ventanal sobre Roma y desde el que se ve, sin necesidad de subir a ninguna tarimita, toda la ciudad. Ya estaba completamente iluminada y todo era como una laguna llena de luces amarillas, blancas, rojas. En la reunión, o visita, para llamarla con más propiedad, estuvimos presentes nosotros cuatro y X. Este, a las primeras de cambio, se orilló y no abrió la boca. Aquello no dejaba de tener su empaque, con una mesa en el centro como para albergar a veinticuatro comensales, y sofás y bargueños y techos de cinco o seis metros de altura. En medio nosotros quedábamos como figuritas de una pintura de Fortuny, *La Vicaría* o algo así.

Nos acomodó nuestro anfitrión en uno de los sofás, en el que cupimos los cuatro, X quedó a un lado y él se puso enfrente en un gran sillón de empaque cardenalicio, más que episcopal. Entre unos y otros había lo menos tres metros, lo cual confería al momento una solemnidad extraña.

El director estaba muy animado y locuaz, y no dejó de hablar durante todo el tiempo enumerando las eminencias de España y de Italia que por la Academia habían desfilado durante su mandato. «De España y de Italia han venido todos los que tenían algo que decir de literatura, de filosofía o de arte», y repetía a continuación la lista, que no sé por qué razón empezaba o terminaba siempre por «mi amigo Umberto». Yo le hacía el eco también moviendo la cabeza con solemnidad, y si me preguntaba por alguno de los citados, decía, sí, sí. Los conoces, ¿verdad?, insistía al ver que mis síes no eran demasiado persuasivos. Era una repetición de la escena que había tenido lugar en la *Revista de Occidente*, unos años atrás, también con él… Lotmann, Paul Ricoeur, Bunge, Luhmann o Luhgann, decía, y yo sí, sí, sí. Cuántos sabios no habían pasado por allí en los últimos años, venidos desde Francia, desde Inglaterra, desde los Estados Unidos, desde Alemania. De Alemania muchos sabios habían traído su ciencia a la Academia de España en Roma. Parecía dolido por algo, quizá por ver que no se reconocía su labor. «Todo el que es “alguien” ha pasado por la Academia», insistía, y ponía él mismo las comillas a sus palabras levantando las manos y arañando el aire con ambos dedos índice y corazón. El ademán lo

repetía a menudo también, cada vez que quería subrayar algo. Alzaba las manos, como si le dieran el alto, separaba los dedos índice y corazón y los encogía por dos veces, con una rápida contracción, dando a entender de ese modo dónde quería exactamente que se interpolasen las comillas.

Ni M. ni yo podíamos seguir la interesante conversación con la atención que hubiésemos deseado, porque G., agotado de todo el día, apenas empezó a hablar el hombre, cayó dormido sobre el brazo del sofá y allí siguió abatido durante cuarenta minutos. R., por su parte, con otra edad, estuvo sentado correctamente todo el tiempo, con la espalda recta y las manos metidas entre las rodillas, aunque trataba de acortar el tiempo mirando las molduras del techo.

Estaba siendo de una tan extremosa gentileza con nosotros y aunque a veces podía resultar un poco pedante, tenía excusa, pues, ¿quién no es pedante si se es amigo de Umberto? La culpa en ese caso es de Umberto.

Intenté por tres veces abrir una brecha en su bien fortificada línea Maginot. En realidad no pensaba ni mucho menos empezar por lo de la recomendación. Al llevar como director cinco años, se supone que tendría que dejar su cargo en las próximas semanas, en marzo, presumiblemente después de las elecciones generales, así que solo quería saber, en principio, eso, porque si se iba a ir, ¿para qué hablarle de alguien cuya suerte ya no va a depender de su intermediación? Pero la cuestión la abordé de la más torpe de las maneras, y le pregunté si le gustaría quedarse algún tiempo más en su cargo.

Qué es lo que entendió en esa pregunta, qué es lo que interpretó de ella, nadie podrá aclararlo; el caso es que únicamente se dirigió a mí como a la persona de la que sin duda dependería su permanencia en Roma, lo único que de veras le interesaba en ese momento. Creo que pensó que yo era allí alguien en misión oficiosa, que le estaba sondeando. No sé, quizá alguien nos viera a A. y a mí en el avión de Barcelona, y lo ha ido contando por ahí. Resultó algo chusco todo lo que sucedió a continuación, uno de esos malentendidos en los que queda mal todo el mundo. Aquel hombre supuso que el solo hecho de sondearle significaba que «en Madrid» «alguien», también entre comillas, consideraba seriamente la

posibilidad de mantenerle en el cargo. Y qué feliz se mostró el hombre, mucho más locuaz, mucho más amable, explicó con detalle no ya lo que había hecho, sino todo lo que podría hacer en el caso de que se le diera la oportunidad de seguir allí un tiempo, y me invitó a sumarme en cuanto quisiera a la larga lista de los que tenían algo que decir sobre filosofía, arte y cultura, para que conferenciara por allí y meterme de paso en el club de los «alguien».

De vez en cuando trataba de interrumpirle para decirle, mira, me parece que hay un malentendido. Pero no había manera de frenar su entusiasmo ni hubo otro modo de deshacer el equívoco, que abreviarlo. Despertamos a G., nos pusimos de pie y dimos por acabada la visita. Nos acompañó hasta la puerta y nos despidió como si ya fuésemos de la familia, hizo unas fiestas al pelo de G., y a mí me dio un abrazo ecuménico, convencido de que había encontrado para su causa un campeón, que iba a defenderla «en Madrid», en cuanto llegara. Por supuesto, lo de J., irá sobre ruedas. «Eso está hecho», sentenció; «basta que venga de ti», etc.

Cuando nos encontramos a solas M. me dijo, tendríamos que haber cambiado de conversación, resultaba penoso. Desde luego, pero ¿cómo le interrumpía uno? X, que le conoce más, se mostró de acuerdo: hubiera sido imposible. Y ahora, que se quedará sin empleo, ¿qué le va a dar a Umberto? ¿Eco?

Pensábamos bajar hasta el hotel a pie, ya que había dejado de llover y no hacía demasiado frío. X se había ofrecido a acompañarnos al menos hasta el puente, pero a unos pasos de la Academia nos encontramos con otra de las becarias, que subía de trabajar en la Biblioteca Nacional. Acabamos los seis en un bareto de allí al lado tomando un refresco, pero nos retiramos pronto.

Yo me dormí en cuanto noté la almohada en la oreja, pero por la noche, medio en sueños primero, y despierto luego, tuve uno muy raro, o sea, idéntico a la realidad, con escritores, diarios, críticos, periodistas.

Cuando me desperté, me costó un rato recordar que nos encontrábamos en Roma y que aquel era nuestro último día. Pensé, por lo menos estamos lejos de *allí*, y eso me alegró. Pero solo nos quedan unas horas *aquí*, y eso fue suficiente como para quitarle a uno incluso las ganas de contarle a M. el sueño y descargarse de tal

peso.

Alguien sugirió, alrededor de los desayunos, ver una basílica romana, y acabamos no se sabe cómo en San Juan de Letrán, de la que salimos huyendo para dar una vuelta, la última, por el Palatino, y visitar la casa de Augusto.

En realidad ya habíamos estado el domingo, pero fueron los chicos los que querían volver, ignorantes aún, como nosotros, de que allí nos esperaban los momentos más bonitos de todo este viaje.

El cielo llevaba amenazando lluvia desde el amanecer, pero de pronto las nubes se desgarraban violentamente y dejaban asomar por la herida un trozo de cielo azul, que contrastaba con el oscuro color pizarra del bastidor que lo sostenía. Cuando empezó a llover, los foros se vaciaron de los pocos turistas que había esa mañana, y quedamos nosotros solos. Es curioso cómo la mayor parte de nuestras experiencias más memorables y placenteras como turistas sobrevienen cuando por un azar nos quedamos solos en un lugar, como si no lo fuésemos, en realidad como si participáramos desde la misma antigüedad de las cosas en un escenario restaurado por la memoria y en el que por arte de magia cada uno se ha vuelto estricto contemporáneo de eso que ve, mucho antes de que eso mismo soñara en convertirse en algo museable.

Corrimos a refugiarnos en algún lugar. La lluvia caía en tromba y ninguno de nosotros llevaba paraguas ni gabardina ni chubasquero. Lo encontramos a unos cien metros, un tendejón levantado de cualquier manera y techado con uralita para proteger unas excavaciones arqueológicas en curso.

Esperamos allí debajo lo menos media hora, porque no escampaba. Era un espectáculo muy hermoso aunque inexplicable. Por el sur, por el lado de Ostia, entraban los cielos morados, en formación muy apretada y sombría, y al llegar al norte se rompían para dejar pasar el sol, que acabó bruñendo un majestuoso arco iris. Fue como un pavo real que se abriera para nosotros solos. En unos minutos se perfumaron los jardines, de la pinaza se levantó un verdadero templo con sus columnas de pórfido y la yerba, de color verde oliva, y todos los demás diminutos olores, el boj, el arrayán y los naranjos, trenzaron una guirnalda como para una diosa.

Cerca de donde estábamos vimos un gato moribundo. Fue R. quien lo descubrió. Caminaba penosamente debajo de la lluvia, sin

temerle al agua. Debía de ser un gato que se había vuelto loco. A unos treinta metros de donde estábamos volteó primero la cabeza hacia las nubes negras y luego hacia la parte donde salía el sol, como si se le presentase una difícil elección, y a continuación se quedó muerto, viva reencarnación de un Goethe que hubiera gritado, «luz, más luz». Por esas correspondencias extrañas de la vida, no muy lejos de allí, estaba la escultura con el galo moribundo, tan hermosa, que clava sus ojos en la tierra.

En cuanto dejó de llover abandonamos el cobertizo, concluimos nuestra visita y nos metimos en una tratoría que hay frente al Campidoglio. Nos quedaban apenas dos horas para venirnos al aeropuerto. En el camino sorprendimos a G. y a R. cuchicheando con gran misterio. Al principio ninguno de los dos quería hablar. G. le pedía a su hermano que hablara por él y R. le respondía que una cosa como esa tenía que ser él precisamente quien la contara.

Costó lo menos diez minutos, hasta que se decidió a confesar que mientras estábamos guarecidos en el tendejón de los arqueólogos, había sustraído una piedra, como recuerdo.

M. y yo fuimos especialmente severos. ¿Qué quedaría de los foros si todos los que los visitan se llevaran de recuerdo una pequeña piedra? Nada más vil que convertirse en horda. Le explicamos que el amor a la antigüedad pasa por el respeto a su legado y que su amor por Roma pasaba por respetarla, etcétera. Pedimos ver el suvenir, pero abochornado nos aseguró que no podía mostrarlo. ¿Por qué? Aquello se parecía bastante a un interrogatorio policial, y sus palabras llegaban a este mundo con fórceps. Dijo, aquí no, me da mucha vergüenza.

En efecto, estaba abochornado.

La tratoría resultó ser una tratoría típica para turistas «un-poco-mejor-acomodados», del tipo de las nuestras de la Cava Baja y del Arco de Cuchilleros, con guisotes un tanto aceitosos y postres industriales. En cuanto quedamos instalados en un rincón, más bien penumbroso, del fondo, le preguntamos si podíamos nosotros ver ya «su» suvenir y si podía él quitarse el abrigo. A lo primero nos respondió tímidamente que no sabía si enseñárnoslo, tan avergonzado estaba, y a lo segundo, que aún tenía frío. Hubo que rebajar entonces mucho la importancia del hecho y solo cuando la reprimenda quedó en que ya había aprendido la lección y no debía

volver a hacerlo, le vimos tantearse las costillas y con enorme dificultad nos sacó… un ladrillo de terracota del tamaño de un buen diccionario. No podíamos explicarnos ni siquiera que lo hubiera podido esconder, porque era más grande que nada imaginable, un buen adoquín como para haber derribado a todo el Imperio Romano. El diccionario podía ser además de latín, porque en el ladrillo había grabadas unas cuantas letras, en lo que seguramente es una fecha, unas letras preciosas, hundidas en el barro, pero con esa elegancia proverbial de los tipos romanos. Nos quedamos atónitos. Le pedí inmediatamente que lo quitara de la vista, porque de verlo un camarero es cosa segura que nos hubiera denunciado a la policía por robo y tráfico de antigüedades. Como no íbamos a conocer las razones por las cuales se había llevado aquello de las excavaciones, la cuestión consistía en saber qué íbamos a hacer con ello. Desde luego había que devolverlo a su sitio. Nos imaginamos al equipo de arqueólogos buscándolo por todas partes como parte fundamental en la interpretación o datación de todo un friso mayor. Años de trabajo, acaso. G. oía el sermón sin levantar los ojos del mantel, inapetente incluso para mordisquear los *grissini*. Podíamos tratar de regresar a los foros y abandonarlo allí, como un expósito, aunque iba a ser difícil que nos dejaran de nuevo traspasar la línea de protección de las excavaciones, como la otra vez, porque ya no llovía. Quedaba igualmente por saber si los foros estarían o no abiertos. Podíamos parar a un policía en la calle y decirle, mire, nos ha salido un hijo del que no sabemos aún si será Champollion o el que asaltó el tren de Glasgow, tome usted esta piedra y devuélvala a los Foros. El policía, a poco zoquete que fuese, si entendía algo, querría llevarnos a una comisaría, por si todo eso era acaso una operación de distracción de algo mucho más importante (están acostumbrados a ver cosas tan raras que no solo desconfían de la realidad, sino que creen que la realidad no existe; de momento), y perderíamos el avión de vuelta.

Toda la preocupación, pues, se centró en pasar la aduana y los controles de la policía. En cualquier caso tratamos de convencernos de que el hecho de que fuese de barro sería menos delictivo que si fuese de mármol. Se ve que la delincuencia al mismo tiempo que aviva una zona de la inteligencia y nos vuelve casuísticos, nos embota la otra, y nos hace idiotas. Pero nada une tanto como el

delito, y así nos juramentamos los cuatro a decir, en caso de que nos preguntase alguien, que ese ladrillo lo habíamos encontrado tirado en la calle. Cerca de los Foros, pero no en los Foros mismamente, por si eso pudiese ser un agravante.

Ahora, ya en el avión, en medio de las nubes, se le ve a G. entusiasmado. No quiso desprenderse de «su» ladrillo un solo instante. Hemos logrado burlar a la policía, tiene un recuerdo precioso de este viaje y el avión, en medio de una pavorosa tormenta con aparato eléctrico, va pegando unos botes de vértigo, lo cual encuentra muy divertido, porque cree que es una atención que tiene la compañía aérea con los niños, para amenizarles el vuelo. Y uno, que esperó a estar en el espacio aéreo internacional para contar lo del ladrillo, comprende que el verdadero peligro no era su sustracción, sino esta tormenta, consecuencia acaso de ese robo, el justo castigo de Zeus a aquellos que llegan a saquear su patrimonio, su eternidad, su nombre.

SE hubiera dicho que llegábamos de un viaje alrededor de la tierra. G. corrió a su cuarto a poner en el lugar de honor su trofeo y M. y yo, por primera vez, podemos tenerlo en las manos con una cierta tranquilidad. En un vestigio tan real hay algo muy emocionante. Acaso no sea más que parte de una estela intrascendente. Pero la huella de un romano se encuentra en ese trozo de barro cocido. Está la mano del artesano que arrancó la arcilla de la cantera, la del escriba que imprimió en ella las letras, la del que lo coció, la del hombre que encargó que se hiciera y corrió con los gastos, y la de todos aquellos que acaso la vieron un día adornando un lugar. Ha resistido dos mil años, como también la frase de las Geórgicas que, en una parecida terracota, le gustaría a uno poner en Las Viñas, *laudato ingentia rura, exiguum eolito*, alaba las fincas grandes, cultiva la pequeña. Es lo que parece que ha hecho el propio G., ha empezado sus robos por lo pequeño.

AHORA, de vez en cuando, vuelven recuerdos de Roma. Piensa uno que los va perdiendo por ahí, pero de pronto brotan, como la hierba entre las losas de una plaza. Recuerdo la mañana que salimos hacia San Pedro. Era muy temprano. El día era espectacularmente azul y radiante, la ciudad parecía recién hecha, sin faltarle una sola cornisa, especialmente afiladas y punzantes. Y el río, tan majestuoso, con sus curvas y tan ligero, llevándose el

reflejo de todos los plátanos sin hojas, como un trasmallo vacío, parecía en sí mismo un juez justiciero que dictara sentencias imparciales.

Ibamos contándoles cómo era la plaza que iban a ver. Nos hubiera gustado haberles vendado los ojos, llevarles de la mano hasta el mismo centro de la elipse y allí haberles despojado de la venda, para que admiraran la columnata de un solo golpe, lo mismo que cuando se llega a la Gloria. A G. le entraron unas ganas locas de correr entre las columnas y perseguir a las palomas, pero desistió al comprender que eso le podía llevar toda la mañana. Ya dentro de la iglesia no hacía más que medirlo todo y compararlo con todo, y como no encontraba medidas humanas que le sirvieran, propuso subir a la cúpula y desde allí ver cómo se daba la cosa.

El ascensor nos dejó en el primer piso, en el mismo arranque de la cúpula. Encaramados en aquel voladizo, vimos a los turistas, dentro, junto al baldaquino, como hormiguitas, cosa que le quitaba a uno ganas de ser dios, por el vértigo. También se acuerdan ellos de esas cosas: Eran como hormiguitas, dicen, y la evocación les pone tristes uno o dos segundos.

Dejamos atrás los primeros peldaños, y nos embarcamos en la penosa ascensión hasta el cimborrio por una escalera de caracol que le cambia a uno el vértigo por la claustrofobia, empujados por la horda internacional que le pisa a uno los talones y le impele hacia el copete.

El espectáculo desde lo más alto era grandioso, se mirase donde se mirase. Tanto si se contemplaban los jardines vaticanos y la masa forestal del Botánico, como si se enfocaba el río y la parte vieja de la ciudad.

Las posibilidades de imaginarse cómo sería todo aquello en tiempos de Miguel Ángel son pocas, porque la mezcla de razas, el abigarramiento de los turistas, la mezcla de lenguas se encargan a uno de recordarle que no es más que un turista en potaje con otros miles, los mismos que nos empujaron otra vez escaleras abajo y luego por los corredores, hasta llegar a la Capilla Sixtina.

Le han devuelto con la restauración los colores vernáculos, ácidos y chillones. No sé, parecía como si aquello fuera un corazón demasiado grande para que le sirviera a ningún cuerpo vivo. Lo que se siente allí no es lo mismo, pongamos por caso, que lo que se

siente frente a las Meninas. Todo es tan sobrehumano, que la invitación que parece hacérsele a uno es a ser no como dioses, sino dioses mismos. Acostumbrado, hecho uno a la música de cámara, lo de la Capilla Sixtina es como una de esas grandes sinfonías que suenan con acordes compactos, explosivos y retumbantes, aparatosos y sin concesiones, reforzados de vez en cuando por la trompetería abusiva de un órgano.

Por las tardes, a cierta hora, la ciudad se iba vaciando. La gente, a la salida de su trabajo, caminaba deprisa y llevaba en la mano las bolsas tristes de plástico o sus carteras, en dirección a las paradas de autobús. Los comercios cerraban sus puertas y los no muy numerosos turistas de la estación se recogían silenciosamente. Muchos creen que Roma es una ciudad muerta: no hay cines, no hay galerías de arte, no hay demasiado movimiento cultural o artístico moderno. Una ciudad sin exposiciones, sin instalaciones, sin galerías modernas, siempre con piedras muertas y museos cerrados. ¿Puede uno imaginar de otra forma el paraíso? Un día pasamos cerca de donde vivía Natalia Ginzburg. Tenía que haberla escrito cuando publicamos el *Léxico familiar*. No lo hice. Luego, cuando iba a traducir *Las palabras de la noche*, me dije: he de ponerle unas letras. En otro viaje anterior pasamos también por delante de su casa. ¿Y si llamara? Alguien me contó que estaba muy enferma. Hace un rato he vuelto a leer ese libro, que se lee en un par de horas. Allí hay una frase en la que nunca había reparado, a pesar de que haberla traducido: «Hay muchas cosas tristes en la vida. ¿Para qué leer novelas? ¿No es una novela la vida?». Lo dice uno de los personajes, pero parece dicho por la propia escritora. Ahora solo pienso que es triste no haberla llamado, no haberla conocido, no haber estado con ella siquiera diez minutos para darle las gracias. Pero la vida está hecha de esas cosas a medio desear, a medio conseguir, como las novelas.

HE aquí, reducida a unas pocas líneas, lo que seguramente quedará de la vida del lotero que vende la suerte por los bares, tiendas y oficinas del barrio. Es un tipo de unos setenta años, menudo, escuálido, cadavérico, como si le hubieran soltado del hospital hace unas semanas, pero ha de tener una buena salud, porque siempre le hemos visto con ese aspecto de tuberculoso desde hace veinte años. El rasgo principal de su fisonomía, aparte esos

pómulos salientes y las mejillas hundidas, y todos los huesos de la cara marcándose con aires fúnebres, el rasgo antonomásico, repito, es el bigotito que lleva recortado encima del labio igualmente fino. Es como un fideo de pelos siempre torcido a un lado o a otro. Nunca está de la misma manera, como si se le descolocara de continuo. No es de los ciegos, sino de los que revenden boletos de la lotería nacional. Bien, de toda su vida acaso solo se recuerden estas dos cosas, no del todo contradictorias: pese a llevar vendiendo lotería todos los días durante más de treinta y cinco años, jamás ha dado un premio. Y segunda, la única vez que repartió unos boletos de un segundo premio, veintidós millones por décimo, ocurrió algo bien curioso. Las cuatro personas agraciadas, dos magistrados de la Audiencia que tomaban a diario café en el Teide, un vecino de la calle Fernando VI y otra que vivía por San Lucas, murieron de muerte súbita antes de que acabara ese año. Así lo contaban hoy en la frutería, en su presencia, muertos de risa los que a pesar de todo siguen comprándole lotería. Y él, que trataba de defenderse, añadía algo más de comicidad al relato: «No se puede estar acostumbrado a comer lentejas y meterse en *El Timón* a ponerse ciego de marisco. Lo natural es que la diñes», y a continuación se encogía de hombros y pasaba el pulgar y el índice por sus décimos, de arriba abajo, comprobando la delgadez del papel y de la fortuna humana.

¿POR qué será que la mayor parte de las tesis literarias que se presentan en la Universidad, al menos en la española, tienen de todo menos… una tesis? Es bien raro. Alguien puede incluso escribir trescientas páginas, pongamos por caso, de Juan Rejano, y sin embargo no sabe uno, después de leerlas, si le gusta ese poeta o no.

SUELE decirse, o al menos lo ha dicho uno, que quien rechaza un premio viene a aceptarlo dos veces. En realidad lo acepta dos veces, no, como creía, por ese doble tumulto público que se organiza cuando se lo dan y cuando lo rechazan, sino porque primero se lo dan los demás y luego… se lo da él mismo, al rechazarlo: se lo da a su valentía, a su sentido del honor o de la decencia, a su integridad, etc. Y este segundo premio es aún más injusto que el otro, porque ese se lo ha dado a sí mismo sin necesidad de jurado y sin posibilidad de rechazarlo.

CIUDAD bien extraña Tolosa de Francia, y bonita, muy antigua,

con una antigüedad moderna, quizá porque ve uno sus calles teñidas de la antigüedad de los exiliados españoles. La mayor parte de la nieve y del hielo que ayer había en las calles se ha derretido, pero en mi zona coxial, en cambio, ha cuajado una fuerte lumbalgia que le impide a uno caminar con el pie apoyado en el suelo, consecuencia sin la menor duda de arrastrar la maleta por los aeropuertos durante estos dos meses, los más viajeros en toda mi vida.

El viaje, en un fócker, o algo parecido, zumbándonos las hélices en los oídos, resultó, si puede decirse algo así de un viaje en avión, muy bonito. Lo hicimos todo a lo largo de los Pirineos, nevados hasta bien entrados los valles más profundos. Desde el aire el espectáculo se parecía mucho a uno de esos corales de Bach en los que todo culmina armonizado en acordes unánimes. Se podían distinguir las tejas de las masías solitarias, las veredas de los pastores, incluso los hilos de humo que salían de algunas cabañas. Y de pronto, el sobresalto, el temor de que alguno de esos picachos afilados, que amenazaba los bajos de nuestro fuselaje, lo abriera como una lata de sardinas y tuviéramos que ensayar el aterrizaje forzoso en alguna de las angostas planicies nevadas, que yo iba eligiendo desde lo alto para estar preparado, y el temor, claro, a la supervivencia posterior a base de comernos a los muertos y a los heridos. Las azafatas, sexagenarias, resultaron, no obstante, mucho más tranquilizadoras que si hubiesen sido jóvenes, primero porque su trato era maternal y segundo porque le hacía pensar a uno que si habían llegado a los sesenta años, era porque aquella era una compañía solvente.

Esta mañana me levanté muy temprano. Tenía que escribir un artículo para el periódico. Lo he titulado «La soledad del bolista». Nos espera en todas partes lo mismo. Una persona amable que ni siquiera le recoge a uno en el aeropuerto; la gala o galilla propiamente, con asistencia de entre doce y treinta y cinco personas (incluidas las seis o siete relacionadas con ella); luego la cena (por lo general a cargo de los presupuestos) en la que hay que ser simpático en conversaciones completamente intrascendentes; el hotel, y, por último, el madrugón para tomar el avión o el tren de vuelta. A veces en el hotel espera un colega, porque la gala exige duetos, y no es conferencia o lectura, sino mesa redonda o coloquio.

Es el caso.

No conoce uno a X más que de nombre, no ha leído uno ninguna de sus novelas. Su cara, vagamente reconocida por las fotografías que de él han dado alguna vez en los periódicos, le resulta a uno extraña. Siempre se dice: no me lo esperaba así. En este caso yo hubiera podido decir que ni siquiera me lo esperaba. Y al revés será lo mismo, no habrá leído nada de uno y la cara le sonará vagamente de alguna fotografía. Tampoco nos esforzamos ninguno de los dos en disimularlo. Íbamos a compartir un trecho del viaje de nuestras vidas, y nos acomodamos el uno al otro lo mejor que pudimos en nuestras respectivas reservas.

Mientras esperábamos en el hotel la aparición del responsable del Instituto Cervantes, X contaba la historia de un hijo que estaba saliendo de una anorexia. El muchacho había querido ser un deportista de élite y los regímenes acabaron llevándole a esa enfermedad. El padre lo contaba con el corazón destrozado, culpando de todo a la presión psicológica de la competición. Por suerte su estado no es demasiado grave. Tiene catorce años, pero ha visto cómo ha bajado de cuarenta y nueve a treinta y ocho kilos, pero se deprime más y más cuando cada mañana la báscula le roba unos gramos imprevistos. Los padres, desarmados, no saben qué hacer, visitan médicos, psicólogos, pedagogos…

Media hora antes éramos el uno para el otro dos desconocidos, pero media hora después uno de los dos hablaba a un extraño de lo que sin lugar a duda más le importa en esta vida. Y querría uno, como Tapies, tener facultades sanativas, y mandarle una novela nuestra para que una vez hecha la imposición novelística sobre su cabeza, se curase. Tampoco sabía cómo animarle, más que con frases del repertorio, eso no será nada, es muy joven, los chicos es lo que tienen, se le pasará pronto. El *hall* del hotel se fue llenando de los tintes sombríos de aquella conversación, hasta que con un gesto decidido de cabeza pareció espantarse todos los presentimientos funestos que le rondaban, y pasó a hablar del mundo del biciclismo, que conoce a fondo, y uno, por curiosidad, le preguntaba, como si le estuviera haciendo una interviú. Decía cosas que no siempre se entendían, pero muy en serio, «los novelistas son la guardia pretoriana de la belleza». Debió de pensar que yo era tonto, porque no se me ocurría añadir nada a esas frases geniales,

tan originales y lapidarias. También él acababa de escribir un artículo en el que confesaba que no se fiaba en absoluto de la mirada de Aznar. Iba a preguntarle dónde se la había visto. Supongo que en televisión. Desde luego ni se me pasó por la cabeza contarle que yo había visto esa mirada hacía poco, y que la mirada daba un poco igual. Como si un catalán dijera que no se fiaba del acento andaluz de Felipe González.

Cuando al fin se personó el responsable del I. C., pasamos al comedor del mismo hotel, que es como todos los hoteles del mundo que son como este hotel. Se llama Novotel Centre. Con eso está dicho todo.

Se encontraba a esa hora lleno de ejecutivos y ejecutivas modestos, en los que sus trajes no eran ni bonitos ni feos, sino meras ropas de trabajo que serían sustituidos por un chándal en cuanto llegaran a sus casas. Parecían citados allí para un congreso raro, no sé, una de esas convenciones de vendedores de coches de ocasión, de aseguradores a comisión, de protésicos dentales… Como nosotros tres no teníamos nada en común, nos pasamos el tiempo que duró el almuerzo hablando de… la comida, tema extenuante y estéril donde los haya. Es decir, hablando de otras comidas, que es una de las cosas más inexplicables que pueden darse entre los gastrónomos: estar comiendo una cosa y hablar de las otras que se ha comido uno a lo largo de la vida. Es como estar oyendo un disco de Mozart y estar tarareando una canción de los Rolling. Pues así fue todo el almuerzo.

Acto seguido tenía lugar la gala o galilla propiamente. Se trataba de una charla para profesores de español en los institutos tolosanos. Dieciséis o dieciocho tipos de más de cuarenta y cinco años que, naturalmente, no habían leído una sola línea ni del colega ni de uno. Iban allí porque les daban no sé qué puntos en no sé qué diploma muy conveniente para sus currículums. Como me barruntaba que la cosa podía resultar de esa manera, yo les leí las cuartillas que había escrito en el aeroplano, entre localización y localización de pista para el aterrizaje de emergencia.

Luego le tocó el turno a mi colega. Creo que no dijo nada en lo que pudiéramos marchar acordados, no tanto por que las cosas fuesen contrarias a las que uno podía pensar sobre esto y aquello, como por estar dichas en lenguas distintas. Uno en clave de fa, otro

en clave de do. En cuanto solventamos el trámite penoso del coloquio, con media docena de afarolados de repertorio, nos largamos de allí.

Yo me fui a ver las librerías de viejo. ¿Qué otra cosa iba a hacer en una ciudad que estaba a seis o siete grados bajo cero, a las seis de la tarde? ¿Pasear por las calles llenas de planchas de hielo, para que uno, titubeante por la lumbalgia, se cayera y se partiera la pelvis? ¿Meterse en el prostíbulo? No. Visité media docena de establecimientos del ramo libresco. En Francia tienen otro cariz que en España. Para empezar, allí la mayoría de los escritores nace con la Legión de Honor; si tienen más de ochenta años han luchado en la Resistencia Francesa, y en el caso de que hayan sido colaboracionistas, lo han sido de una manera gloriosa y rimbaudiana, y en cuanto a los libros, lo mismo: vienen a este mundo en ediciones historiadas con vistosas numeraciones y envueltos en mantillas de papel cristal o manila. Naturalmente los precios están a tenor del aspecto y de su patriotismo, y de ese modo a uno ni siquiera le apena no podérselos llevar a casa.

Después de eso, uno de los profesores que asistió a la conferencia, que nos acompañó, acabó dándonos un pequeño *tour* en su coche por la ciudad y en cuanto se hubo hecho completamente de noche, hala, al restaurante de nuevo.

Resultó un pequeño local, con velas encendidas en cada mesa, mantelitos a cuadros blancos y rojos, cestas para el pan con lazos de la misma tela de los manteles y una chimenea bien abastecida con considerables tarugos de roble, que difundía en el ambiente un confortable olorcito a leña y un más acogedor y hospitalario perfume de horno prodigioso.

Trajeron una botella de vino que hicieron catar al director del Cervantes. Este se llevó a los labios la copa, grande como un balón, antes de agitar en ella el vino que le habían servido. El camarero esperaba paciente a su lado, con la botella sostenida entre los brazos, tumbada, como si esperase meter en la pila bautismal a un recién nacido. La solemnidad del momento era vivida por todo el mundo con suma expectación, por si el infante nos salía príncipe. Se había hecho un gran silencio, religioso, de Corte Suprema. Todos esperábamos el veredicto, la absolución o la condenación eterna. Después de hacer girar el caldo rojo en la copa durante unos

instantes, el director, un hombre de unos cuarenta años, se acercó la copa a las narices que entraron enteramente en ella y aspiró de allí con arrobo. No contento con ello, repitió la operación un par de veces más, pero ni el camarero ni nosotros supimos si fue porque había descubierto en el vino aromas que no le parecían ortodoxos o, por el contrario, porque los encontraba especialmente embriagadores. A continuación tomó de la copa un buchito de vino de una manera curiosa: como a traición, con una rapidez inaudita, con modales seguros. Y acto seguido el mismo baile que había ejecutado con el pobre vino en la copa, lo repitió en la boca, pasándoselo de una a otra parte con una mueca mecánica, hinchando los carrillos, chas, chas. Cuando hubo considerado que esta operación había acabado también, despegó los labios, chasqueó la lengua y dio su beneplácito al camarero para que este completara la ronda. Nos quedamos asombrados por la exhibición, pues nunca hubiera pensado nadie que aquel hombre, de aspecto gris y atribulado, fuese capaz de arrostrar el difícil paso de los sumilleres. Únicamente acerté a preguntarle de dónde era. De Benavente, me confesó poniéndose colorado, pues consideró la pregunta, tras los lúdicos borborigmos, un golpe bajo, ya que por aquella zona el vino que hay, peleón, espeso y áspero, se presta poco a la liturgia. La cena resultó cordial. La mitad de la conversación se la llevó el *Tour* de Francia, y la otra mitad una historia que, una vez más, hizo que me avergonzara de la precipitación de juicio, pues finalmente el hombre resultó alguien sacudido por desgracias bien reales, disimuladas o diferidas por todo lo demás, el número del vino, el Cervantes, sus clases en un instituto de Enseñanza Media, los diplomas para profesores…

Había tenido una hermana pequeña a la que sus padres habían puesto el nombre de Luz, y a la que él quería mucho. Cuando esta tenía cuatro años, se ahogó al tragarse la bombilla de una linterna, que confundió con una bolita de anís. Cierto que había en el hecho de llamarse Luz y ahogarse con una bombilla un elemento perturbador, desconcertante, asombroso, como para un escritor del tipo de Gómez de la Serna. Pero aún lo había mayor en que la hija que él mismo tuvo, treinta años después, y a la que también bautizó con el nombre de su hermana, naciera con alguna tara (no recuerdo si dijo que no había empezado a hablar hasta los siete años, o a

andar), con una falta de luces que a los padres sigue haciendo sufrir de continuo. La cena terminó envuelta en penas bien reales, sorprendidos, admirados y entristecidos por una historia que en realidad ocurrió hace treinta y cinco años a personas que nunca hemos conocido, y por otra sucedida hace menos, pero a personas que uno iba a dejar de ver, acaso para siempre, en ese mismo instante, en cuanto nos levantáramos para ir al hotel. Lo de alrededor le pareció entonces a uno un decorado sin sentido, la chimenea, los manteles, aquel vino. El hombre estaba allí abrumado por el peso de su tragedia, haciendo una comedia que seguramente le importaba muy poco, pensando quizá, «y estos dos gilipollas, ¿a qué habrán venido a Toulouse? ¿De quién habrá sido la idea de enviárnoslos? Aquí hemos vivido sin saber de ellos cuarenta años y podremos seguir haciéndolo otros cuarenta. Sería bueno que se fueran de una vez».

Ahora estamos mi colega y yo en un tren camino de Burdeos. No llevamos veinticuatro horas juntos y ya no tenemos nada que decirnos. Estamos cansados el uno del otro, pero seguimos juntos. Hace un rato leí un artículo que dejó en el casillero del hotel el profesor que ayer nos paseó por la ciudad. Versa sobre la poesía de estos últimos diez o quince años. Pide disculpas en una nota de que su trabajo no esté mejor informado. Habla de unos ciento cincuenta poetas en veinte folios, y agradece uno entonces su falta de información.

«La soledad del bolista» se quedó ayer a medio terminar, y seguramente sea así como se quede, porque ni siquiera siendo cínico logra uno no hacerse daño con sus propias palabras. Sería bastante sencillo acabar con todo esto. Las mismas letras tiene el no que el sí, y se embarca uno en el sí, convencido de que es un magnífico buque que habrá de llevarnos a buen puerto, cuando no pasa de ser más que el trozo de un naufragio que le arrastrará a uno al fondo más rápidamente que el no, el modesto falucho en el que se rema más, pero se llega más lejos.

(…)

Después del viaje en tren de Toulouse a Burdeos ni siquiera disimulábamos nuestras antipatías y tampoco nos tomábamos la molestia de responder o replicar a esas frases insípidas del viajero. «Es bonita esta tierra», «Voy a tomar un refresco al vagón

restaurante», «Qué viaje tan pesado» eran frases que se quedaban con un hmmm, ah, uf por réplica.

En esta ocasión, cosa extraña, nos esperaba en la estación el director del I. C. de Burdeos, que es pueblo mucho más importante que el otro, sin punto de comparación. Se ve pronto en el empaque de las casas, de piedra (en Toulouse son la mayoría de un ladrillo claro, de tonalidad cremosa), en los edificios públicos, teatros, aduanas y consignaciones, y en la tradición monarquista de la región.

Las actuaciones tuvieron lugar en la casa de Goya, un viejo edificio en el que vivió el pintor durante su exilio, en la calle de la Intendencia. Era una casa preciosa, del setecientos, sólida, ajada y con todo polvoriento, pero conservando el sabor de la época en los testeros pintados con colores cremosos, y en las molduras, fantasiosas como los merengues endurecidos por la costra de su caducidad.

Al final de la gala o galilla propiamente, en la que estuvieron presentes unas quince o veinte personas, la mayor parte de estas querían hablar con los famosos conferenciantes. Eran casi todos exiliados y querían contarle a uno en cinco minutos su guerra, las circunstancias de su salida de España y todo lo que habían penado en Francia, así como enseñar también las fotos de sus hijos y sus nietos, ya franceses, para acabar declarando que a Francia se lo debían todo, pero como en España, en ninguna parte. Hacían cola incluso, y como el lugar era angosto, escuchaban lo que cada cual relataba, sin importarle, porque esas son historias que se saben ellos de memoria, ya que la colonia permanece en estrecho contacto desde hace sesenta años. Solo después de que se las han contado entre sí mil veces, el Ministerio ha acordado con mucho tacto traernos a los escritores para que nos las traguemos todas en diez minutos y hagamos con ella unas bonitas novelas, muy humanas.

Luego, cómo no, todo acabó en una cena. El funcionario era un tipo curioso. Le quedaban, nos dijo, pocos años para jubilarse. Se las sabía todas. Lleva dando tumbos por los institutos Cervantes de medio mundo toda la vida, desde que acabó su carrera. En un primer momento, viéndole tan solícito, podría pensarse que era un hombre mundano. Cuando se le trataba media hora, descubría uno a un hombre triste que lleva veinticinco años gastados en ciudades

extrañas como rincones de un sueño soñado por otro: Fez, Tánger, Bucarest, Lisboa, Burdeos…

Como todo hombre, tenía su sueño, y como todo soñador lo primero que hizo fue contárselo a un extraño como yo. El suyo sería acabar en el destino de París. Ah, París, piensa, como aquel que recuerda una batalla perdida. Le quedan ocho años para la jubilación, un tiempo demasiado corto para una distancia tan larga. Cuando dejaba de reír, en un descuido, las comisuras de la boca se le caían en un rictus de desengaño, de contrariedad, acaso de amargura: sí, París queda muy lejos para quienes caminan en dirección contraria. Fue él quien me llevó a la estación de tren a las doce y media de la noche, para lo cual ni siquiera esperó uno a tomar los postres. Le pedí ir en un taxi, pero su amabilidad, bien real, hizo que me subiera a su coche y me acercara a la estación. La perspectiva de pasar otra noche en un hotel era ya superior a mi capacidad de sacrificio por mi país.

A esa hora la estación estaba vacía. Algún mendigo dormitaba entre harapos y dos *hippies* dormían acurrucados contra sus mochilas. Una estación de esas proporciones, en la que hubiera podido acogerse a tres mil refugiados, subrayaba la inanidad de un viajero solitario que esperaba su tren pasada la medianoche.

De la manera más amable le rogué a mi anfitrión que se marchase ya a casa y que me dejara solo, porque era absurdo esperar la llegada del tren allí los dos, de pie, sin saber qué hacer. No resultó demasiado difícil convencerle.

Había bajado mucho la temperatura y la niebla conseguía incluso que el frío pareciese mayor. En unos minutos aquello se literaturizó lo indecible. La niebla espesa de remotos colaboracionismos, las agónicas luces, los mendigos y yo solo en un andén de un kilómetro de largo… Nunca pensé que el tren pasaría solo por mí.

Me había proporcionado los periódicos españoles del día, y me entretuve en leerlos. En una crítica de la novela de X, que el reseñista reputa de genial, se cita esta frase. La he anotado, no porque esté mal escrita, sino porque solo en Madrid, en el clima madrileño, en la vida cultural española, en el español de allí, que como todo el mundo sabe cambia cuando se lee fuera, lograré entenderla: «Quizá llega un momento en que las cosas quieran ser

contadas ellas mismas». No sé si lo que quiere decir ese hombre es que las cosas quieren contarse a sí mismas o que las cosas quieren que alguien las cuente tal y como son. Quizá llegue un momento en que yo lo entienda. El crítico que le hacía la loa tampoco se quedaba atrás: «Cada día y cada noche son recordados por él (se refiere al protagonista de uno de los capítulos) con nitidez y singularidad excesivas, y esta memoria implacable deviene una maldición aún peor que la muerte, pues convierte el tiempo en una masa compacta y sin relieve en la que ninguna narración es ya posible». Luego habla de su «imbricada escritura». ¿Qué querrá decir con imbricada?

Cierto día nos contó J. C. B. a los que íbamos a la tertulia del Lyon una historia. Don Ramón Carande se encontró hacia 1940, en una calle de Madrid, con un conocido jerarca falangista, que le preguntó intrigado y con mucho apremio: Don Ramón, ¿quién o qué es Demóstenes? ¿Por qué lo pregunta usted?, preguntó a su vez Carande. El otro dijo: Acabo de estar con el Generalísimo y me ha dicho que Girón es el Demóstenes del Movimiento. Y eso es lo que uno se pregunta en esa hora de los regresos a la patria, ¿quién o qué será imbricada?

Seguramente el único imbricado aquí soy yo, en este tren nocturno, que ya está en marcha y del que diría mucho y bueno si dijera que va a ninguna parte. Ese «ninguna parte» es seguramente un balneario comparado con la vida literaria que le «devendrá» a uno en Madrid.

EL hallazgo entre un montón de papeles viejos esta mañana en el Rastro del número, que no tenía, de la *Gebrauchsgraphik* de antes de la guerra en el que se le dedican unas páginas al joven grafista catalán Giralt Miracle, precisamente ahora, cuando escribe uno un ensayo sobre él, confirma la regla de que las cosas aparecen solo cuando se piensa en ellas, aunque no se busquen explícitamente.

POR la tarde nos encontramos a X, que preguntó por el libro de poemas de nuestro amigo. Uno sabía que si se le decía la verdad, le daría un pequeño disgusto, pues también él va a publicar el suyo en estos días, y teme, sin duda, que si el elogio era excesivamente redondo, no quedaría nada para él, de modo que pareció aconsejable una pequeña obra de misericordia no decirle la verdad.

—Aún no lo he leído.

Recibió la frase con el alivio de los aplazamientos esperados, ya que sospecha que el libro de X es mejor que el suyo, y que habrá de gustarle a los amigos y a la gente más que el suyo, y él teme a la soledad a que lo confina el libro de nuestro amigo, más que a la noche un niño.

EN los viajes, como en las guerras, uno acaba sacando de sí lo peor y lo mejor. Y qué difícil viajar con el amigo poco conocido o conocido «en otras situaciones». Acaso sea esa la razón por la cual uno es tan poco partidario de tales viajes.

AYER, en vísperas de las elecciones generales, el candidato A. salió diciendo que sus autores predilectos en literatura son Juan Benet, Juan Goytisolo y Miguel Delibes. Es decir, la política tiene un treinta y tres por ciento de verdad, si acaso, y un sesenta y seis de impostura. Salta a la vista qué dos de esa terna se han incluido porque así lo aconsejaba la política de «centrar» su partido, incluso literariamente, y alarma por lo que tiene de aviso: si miente en lo demás como miente en sus gustos, habrá que ponerse a buen recaudo. Esos dos nombres sirven, digamos, como contrapesos a la idea que se tiene de la derecha cultural. Esa declaración es como un «que no cunda el pánico; las cosas van a seguir como siempre». Lo hemos visto también en la visita que ese hombre le ha hecho a Alberti. Claro que en esa ocasión, yo me he alegrado por Alberti: se lo tenía merecido. Hasta que tuvo luces, decía por ahí que seguía considerando un error la caída del muro de Berlín y que la URSS jamás desaparecería de su corazoncito. Sí, se lo tenía merecido. (Como cuando uno propició el encuentro entre Carrillo y Serrano Súñer en una mesa redonda sobre la guerra civil a la que asistieron ambos, en el salón de actos de la Telefónica de Gran Vía. Les descubrí desde la mesa de los ponentes, y a R. B., el editor, que estaba al lado, le musité al oído que llamara a un fotógrafo, para cuando aquello terminara. A continuación enviamos a alguien que dijera a Serrano Súñer que Carrillo tenía mucho interés en saludarlo, cuando sabíamos que Carrillo había manifestado a su guardia pretoriana que en cuanto acabara el acto lo sacaran de allí para no tener que cruzarse con Serrano Súñer, con quien jamás había cruzado ni saludo ni palabra. Serrano Súñer, con noventa y muchos años, y con las facultades bastante mermadas, mordió el

anzuelo, se acercó, tendió la mano a Carrillo y este, delante de tanta gente, no se atrevió a negársela, que es lo que tenía que haber hecho, de haber tenido esa decencia que ha de tenerse incluso cuando se es el político que él ha dicho que es. En el momento en que ambos se la estrechaban, saltó el relámpago de un *flash*. Un documento interesante, observó alguien al lado, con una sonrisa diabólica. R. B. me preguntó luego: ¿por qué lo has hecho? Porque se lo tenían merecido los dos, dijo uno en las pocas ocasiones en que se ha podido ser conspirador). Es poco probable que A. haya leído mucha literatura, pero es obvio que no ha leído a esos dos que asegura preferir entre todos, no ya porque de haberlos leído no le habrían gustado, sino porque se habría dado cuenta, como político, de que esos dos nombres no le servirían de nada para ganar unas elecciones, pues los votos que podrían entrarle por un lado, los acabaría perdiendo por otro. Sin contar con que esos dos nombres son problemática moneda de cambio hoy (son billetes, digamos, demasiado antiguos, con ese olor característico de la moneda circulada), pero no tiene ninguna seguridad de que sigan estando vigentes ni siquiera para las próximas elecciones. Eran mucho más inteligentes los anteriores. Decían, me gusta Antonio Machado o Mahler, y ya sabíamos que les gustaban antes, durante y después.

Así que en la «jornada de reflexión», la duda, si alguien hubiera tenido alguna, debería haber quedado despejadísima.

HIPOCRESÍA política, hipocresía moral. Equiparamos Hitler a Mussolini, pero ay de aquellos que incurran en la audacia de comparar estalinistas y fascistas, y mucho más la temeridad de comparar *este* fascista con *aquel* otro stalinista. Cierto que no quedan ya apenas personas que se atrevan a confesarse estalinistas, pero la mayor parte de ellas, sobre todos las de una cierta edad, que apoyaron con entusiasmo al dictador soviético, viven a salvo hoy bajo diferentes banderas del izquierdismo radical, secretamente orgullosos de haberlo sido. Se da por hecho que el estalinismo se haya remozado, pero ni a un loco se le ocurriría pensar en serio en la refundación de un partido nazi. Los crímenes de Hitler los han ido purgando algunos, no siempre de la manera adecuada, pero de los crímenes del stalinismo y del siniestro período comunista que inauguró Lenin y Trotsky y que cerró Gorbachov nadie quiere oír ni hablar, y si se habla, parece que los cometieron otros, confirmando

con ello que mientras no haya castigo, no habrá crimen, y sin crimen no hay culpa, y sin culpa no habrá memoria. Y ese es, hoy por hoy, el verdadero paraíso comunista: el de la amnesia.

LOS resultados de las elecciones tienen revolucionado a todo el mundo, y sin embargo no parece que en un orden personal sean más importantes que la experiencia de haber releído *Miau* estos días pasados en Las Viñas. Dentro de un par de años ni siquiera se recordará lo que ha ocurrido ayer en el país, pero seguirá teniendo uno presente las impresiones revividas del probre Villaamil.

ESTOS son los hechos, que diría Stendhal. Ayer telefoneó X a M. B. para concertar un almuerzo con nosotros. X trabaja en el Ministerio, y la queremos mucho. Fue ella quien en el último momento nos metió en el avión que nos llevó a La Habana, cuando cayeron del cartel los primeros espadas. Habíamos quedado citados hoy en El Salvador, un restaurante simpático, metido en una vieja casa, lleno de recovecos, pisos, habitaciones y pasillos cuajados por igual de innumerables fotografías y motivos taurinos. Es agradable. M. B. y yo llegamos un poco antes, ya que no habíamos reservado mesa. La casualidad quiso que a los cinco minutos apareciera por allí el señor Bobillo, director general del Libro. Después de leer *Miau* todos los nombres me parecen a mí muy galdosianos, y más el de quien dentro de quince días quedará cesante.

Nuestras mesas, a menos de medio metro, hacían grotescos incluso los disimulos. Pero eso funcionó durante un cuarto de hora. No obstante creo que si me hubiera saludado, uno no habría tenido ningún inconveniente; al contrario que a Carrillo, a uno algunas cosas le dan lo mismo *de partida*. Además creo que también nos lo teníamos merecido. Solo temíamos que llegara X, subordinada suya, porque iba a verla en compañía de unos indeseables, y sin duda le podría perjudicar, aunque no mucho y no durante mucho tiempo. Ya digo, quince días.

Al cabo de otros cinco minutos acudió uno de los camareros diciendo que X nos aguardaba abajo. No podía subir. Allí, de pie, frente al libro de reservas, nos confesó horrorizada que acababa de descubrir el nombre de su jefe. No podían vernos juntos. Esta misma mañana, minutos antes de salir para almorzar, le habían pasado a su jefe a la firma los papeles de pago de la *tournée* tolosana y bordelesa. La llamó enfurecido y preguntó quién había

sido el que le había incluido a uno en las galas o galillas propiamente. Era la última vez. Tremó el Ministerio. X se atrevió a decir que era la primera vez que se le invitaba a uno a un Instituto Cervantes. La primera y la última, atajó, y a continuación prohibió de manera explícita que volviera a contarse con uno para nada relacionado con el Ministerio. Debió de decirlo en una ofuscación, porque dentro de quince días ya no estará el pobre para estorbarlo, Incluso aseguró que solo deseaba encontrarme alguna vez, para no saludarme.

Yo le dije, pues está arriba, sí, al lado de nuestra mesa, y ahora será feliz: en efecto, no nos ha saludado.

X pidió a uno de los camareros otra mesa en una de las habitaciones reservadas del piso inferior, y allí, de tapadillo, pudimos sentarnos. ¿Qué habrá pensado el hombre? «Estos, además de idiotas, son cobardes, Y han salido huyendo». Lo gracioso es que en el fondo nuestra amiga estaba furiosa no con el imbécil de su jefe… sino conmigo. «Aclárate», exigía, «con quién quieres estar». Se conoce que le ve a uno tibio y quiere que me suba al barco que se hunde. Yo le dije, no, como nunca me han querido subir al barco, yo prefiero verlo todo desde el muelle y si se hunde, tejeré una bonita corona fúnebre, y la arrojaré al mar, para que flote sobre el naufragio.

POR la mañana fui a la primera Feria de libreros anticuarios en el hotel Victoria. Tiene que ver y no con una feria clásica de libros. Apenas son una veintena de libreros, todos ellos con sus tesoros más valiosos, escogidos, expuestos sobre mesas vestidas con terciopelos rojos, como los altares de las grandes celebraciones. Abelardo contó que ayer le robaron un ejemplar de *La realidad y el deseo* que valía ciento cincuenta mil pesetas. Durante las tres horas que estuve allí, una mujer intentó robarle también un ejemplar de *Campos de Castilla*, deslumbrada, supongo, por el precio más que por la poesía, y otra lo intentó con otro de Valle Inclán. Es curioso porque la bibliofilia, como la caza, ha sido siempre un predio del hombre. Mujeres, en todos estos años, no ha encontrado uno nunca en la derrota del libro viejo. Las habrá, sin duda, pero no las ha visto.

¿Cómo puede robarse un libro de Machado? En cambio a Valle debe de dar mucho gusto leerlo en ejemplar sustraído.

Cuando llegué a casa, un poco mohíno porque las economías de

uno no estaban a la altura de las circunstancias librescas, me encontré con la carta muy amable de unos editores con una propuesta no menos extraña. Acaba de aparecer, según decían, un relato inédito e inacabado de Poe, e invitaban a unos cuantos, a los que se enjabonaba de una manera ridicula, a terminarlo, dada nuestra «gran importancia e implantación en la literatura actual y en la sociedad». A mí me llamaban todo el rato Javier Trapiello.

Quizá se pudiera escribir un relato nuevo, de terror, con todo esto de la vida literaria real, con Bobillo, los ladrones de libros viejos y los que le escriben a uno como una de las grandes eminencias, y le llaman todo el rato por otro nombre.

ANTES, desde luego, tenía que ordenar la mesa del salón, tal y como venía sugiriendo M. desde hace dos semanas. Era una imposición razonable. Solo que me irritó profundamente, porque pretexté que me quitaría al menos una hora de trabajo, habida cuenta la acumulación en ella del correo de estas últimas dos semanas, los extractos bancarios, los catálogos de los pintores modernos (que ni se desaniman ni han leído una sola línea de la opinión que le merecen a uno el noventa y nueve por ciento de las pinturas que fabrican desde hace medio siglo), los suplementos de los periódicos, los libros del rastro y otros comprados o enviados por las editoriales, los apetitosos avisos para vernisajes artísticos de hace diez días y un sinfín de tentadoras invitaciones para formar parte de una Sociedad de Gestión.

Sin darme cuenta estaba gritando como un energúmeno, resistiéndome a ordenar todo aquello. ¿A quién le molestaba? Lo extraño es que cuando la mesa quedó completamente despejada y podía ponerme a trabajar, se me había pasado la gana de hacerlo, pero ya no tenía a nadie cerca a quien echarle la culpa de ello, así que me lancé de nuevo a la calle y antes de que me diera cuenta, mis piernas me estaban llevando ellas solas, de nuevo, a los sótanos del Hotel Victoria.

Allí me encontré a X, exultante por el resultado de las elecciones. Todos le venían a felicitar y le rodeaban, como si fuese ya el próximo ministro. Cuando me divisó, se me acercó y dijo: Nos ha salido bien. Pude no decir nada y subirme a su carro, siquiera fuese por ese momento, pero le dije que ese «nos» sobraba, porque barruntaba que no habíamos votado lo mismo. Fue una ingenuidad.

No le gustó nada que dijera aquello, así que a continuación me advirtió que si me daban algo, la próxima vez «tendría que llevar la papeleta más limpia». No sé a qué se podía referir con eso de «si me daban algo». Quizá a que vayan a llamarme del Instituto Cervantes de Tombuctú. Uno debería también ahora hacer el gesto ese de levantar los dedos, contraerlos y arañar con ellos el aire, para dejar bien clara la literalidad. A continuación se dio media vuelta y se fue, muy airoso. Un amigo, que estaba al lado, me preguntó, ¿qué ha querido decir? Yo le dije, no sé; en cuanto se mete uno en política emparenta uno con la Esfinge y con la Pitonisa de Delfos. Pero creo que era difícil quitarme la cara de tonto… «Más limpia». Empiezan fuerte.

También estaba al lado J. M., que lo había oído todo. Me decía: no entiendo por qué haces todas estas cosas; tienes más que ver con nosotros que con ellos. Yo le decía, sí, pero vosotros no sois el PP, vosotros no tenéis nada que ver con las señoras que llevan la permanente esculpida con laca y los brazos cargados de pulserazas. Tú tampoco tienes que ver con los tipos de Vallecas, me respondía. No, decía yo, con ellos no, pero sí con su pobreza, con su incultura, con su falta de oportunidades. De todos modos, por suerte, las cosas seguirán igual, se premiará a los mismos, se promocionará a los de antes, todo igual, decía yo. No digas eso, no lo sabes, me replicaba mi amigo. La conversación duró media hora así, como si siguiéramos aún en el patio del colegio, en el «tú esto» y el «tú más».

Me vine al final yo solo, callejeando y abrumado por las expectativas. Son capaces de poner a Benet y a Goytisolo como lectura obligatoria en las escuelas, y finalmente la consigna acabará siendo la misma de siempre: Bobillos del mundo entero, uníos.

ESTA mañana al ir al Rastro he vuelto a sorprender a una pareja enganchada en el portal de una tienda, entre los dos escaparates. Estaba oscuro y apenas se veía un bulto informe que acometía con desgana el supremo impulso del amor. Se comían las lenguas mientras la chica levantaba cuanto podía la pierna para facilitar que el tío se la metiera. Fue como una instantánea vista al paso. Es, me parece, la tercera vez que he sorprendido una escena parecida. Siempre impresiona y, al mismo tiempo, le llena a uno de alegría. Ah, se dice, gente para la que, en esas primeras horas del día, con

Madrid entregado a sus pies, el mundo no existe. Cuando lo conté la primera vez, los amigos se lo creyeron. La segunda empezaron a dudarlo, y esta tercera vez ni siquiera lo contaré a nadie. Pero allí estaban aquellos dos jóvenes entregándose a algo como si lo hiciesen por primera vez, temiendo acaso que pudiera pasárseles esa oportunidad para siempre.

Para mí el Rastro fue muy malo. En cambio X encontró una fotografía bellísima de Venecia, del siglo XIX. Se veía la isla de San Giorgio con la marea baja. Estaba tomada desde la Piazza. En primer plano, pasando frente a la Isola, se veía un gran buque de tres mástiles y sus chimeneas, uno de esos barcos que beneficiándose del vapor no renunciaban aún al velamen. O sea, algo que también quería ser moderno sin dejar de ser romántico. O que quizá fuese romántico porque quería ser moderno. Estaba revelada en uno de esos papeles característicos del XIX, de poco gramaje y emulsionado con nitratos de plata, lo que le daba, en algunos trozos, reflejos difusos y pavonados, suavemente metálicos. El papel estaba pegado, como solía ser uso, sobre una cartulina.

Cuando es otro el que encuentra las cosas y no uno, le nace a nuestro corazón una ligera pelusilla del melocotón de la envidia, cosa bien absurda, pues uno ya tiene en casa más de lo que necesita y más de lo que le va a dar tiempo a disfrutar.

El destino de esa fotografía y de tantas cosas, acabe encontrándolas uno u otro, será siempre el mismo. Buscarán su estante, su carpeta, su cajón, y no volverán a verse en años. A menudo nunca más. A veces se ha dado el caso de que al cabo de unos años, sin que lo hayamos disfrutado, encuentra de nuevo el camino del librero de viejo, del almonedista, cuando la ilusión se nos ha apagado y el olvido ha ido posándose sobre la memoria como los hongos del papel, destruyéndolo sin que nadie pueda detenerlo.

¿Qué hubiera hecho uno con esa fotografía? ¿La hubiera colgado de la pared para disfrutarla? El peligro de nuestras casas es que acaben pareciéndose ellas también a una almoneda. Cuando se está en la refriega de la pesquisa diaria, hay que tener mucha presencia de ánimo cada minuto para no sucumbir al *horror vacui*.

Se ha preguntado uno a menudo la razón de este afán de salir como las urracas y llenar el nido de tantas cosas accesorias. No es

en el fondo más que una orfandad del mundo, el vano intento de atrincherarse en otro, hecho a la medida de nuestros sueños.

Así que como esa mañana llegaba con las manos vacías, me pasé antes por la Cuesta de Moyano, para ver si allí me acompañaba la suerte que me había abandonado en el Rastro. De vez en cuando deberíamos tenernos un poco más de pena, y recordarnos estas debilidades.

En la caseta de X habían entrado una gran cantidad de libros, de los que se apreciaba, solo por su vestido, que eran interesantes. Pero no siempre pueden verse los libros de ese buen librero. Depende mucho de su humor. Si lo tiene bueno, rigen, además, dos o tres normas inviolables: no se pueden desatar los paquetes antes que lo haga él, y, según los días, no se puede merodearle las estanterías. Y si lo tiene malo, lo mejor es mantenerse a una distancia prudencial, por si le alcanza a uno la andanada. Y eso fue lo que ocurrió ayer. Allí dejé al poeta triste a su lado. A este en cambio no le importa que lo veje sin tasa, lo humille y lo maltrate delante de la concurrencia. Se ríe de medio lado, como los cuervos, y piensa para sí: sí, sí, tú maltrátame, pero en cuanto salga el libro valioso, lo pillaré yo y tú no, porque no sabes que es valioso.

Y ese poeta triste remata sus frases con una expectoración que no llega a articularse del todo, pero que podría transcribirse por un «je, je».

UNA vez entregada la novela a la editorial (lo pongo aquí por escrito para convencerme de que en efecto podrá uno ya olvidarse de ella y, sobre todo, de que es novelista, cuando esa es cosa que, hoy por hoy, le da lo mismo a todo el mundo), vuelve mi rutinaria vida de tipógrafo.

Cada tarde estoy yendo a la oficina de Gran Vía a trabajar con A. Gran tipo este A. Parecemos los dos, durante horas, un par de zapateros remendones, metódicos, escrupulosos, pacientes.

La vida del artesano, frente a la del artista, tiene menos brillos, pero más gratas compensaciones. No se juega uno casi nada, y las equivocaciones y yerros suelen tener enmienda. Uno puede llevar toda la vida queriendo escribir algo de más o menos quilates, no solo sin conseguirlo, sino sin avance ninguno; ahora, cuando se está en un oficio como este nuestro de la tipografía, habría que ser muy zote para no aprender algo positivo cada día. Empieza uno por la

mañana componiendo una página, y por la tarde está compuesta. Escribe en cambio uno diez cuartillas durante una jornada y nadie le garantiza que al día siguiente no haya de romperlas y tirarlas a la papelera.

A uno le gusta del oficio del tipógrafo todo. Empezando por la caminata. Voy, claro, a pie. Recorro siempre los mismos barrios y las mismas calles. Eso es bueno y es malo. Es bueno, porque es momento de ensoñaciones. Nada te distrae, todo está en orden, puedes, como los bueyes acostumbrados a su rutina, rumiar camino de los prados, de vuelta al establo. Y tiene de malo precisamente eso, que acabas por no fijarte en las cosas que van cambiando, las tiendas que abren, las que cierran, las gentes con las que vamos cruzándonos. En la novela de ahora la mayor parte de las calles que salen son las que me encuentro cuando voy a trabajar de tipógrafo. Antes estos paseos tenían otros alicientes, y en algunos tramos trotaban las aceras diez o doce mundarias. Eso lo ha quitado el PP, aunque algunas se resisten a desaparecer. Ayer presencié la despedida de una de esas mujeres. Su chulo era marroquí, como el protagonista de la novela, pero no valía nada, era un rufián insignificante, con las piernas y los brazos como alambres. Ni siquiera llevaba limpios los pantalones ni la camisa, que se le salía del pantalón. Mientras cumplimentaba el trámite de los adioses con la jamona, le esperaban, apartados de él dos o tres metros, unos amigotes, que le decían, tú, déjalo ya, vámonos. Él en cambio estaba acaramelado con la putilla, que tampoco valía tres perras. Eran jóvenes los dos, de unos treinta años. Cada cual marchaba en dirección diferente. La mujer no iba a trabajar, sino a pasear el perrito, una birria de rizos blancos, al que había puesto en el cogote un lazo rosa. Era de alterne, de descorche, no de esquina, desde luego. La mujer, pese a la estilización canina, iba vestida de una manera astrosa, con trapejos arrugados y sucios. Ella valía mucho menos que la mascota, pero estaba encandelada con los ojos de su don Juan. El Otelo transigente, mientras se alejaba de ella cruzando el paso de peatones, aún le lanzaba besitos, que recogía de la boca con dos dedos, y se los lanzaba con elegancia.

No quería dar por terminada aquella escena que era muy bonita. Pero los amigotes, parados conmigo al otro lado del paso de cebra, no lo debían de ver del mismo modo, y decían: joder, venga,

vámonos. En cuanto el morito se desentendió de su novia, se le cambió la cara, dejó la del ternurismo y adoptó la del golfo, se olvidó de las miraditas merengadas y sacó a los ojos el fulgor oscuro del matasiete.

Marchaban a unos pasos de mí, uno con las manos en los bolsillos de pantalón y los otros aspeando los brazos, como si desfilaran delante del rey (de Marruecos). Llovía un poco. Estábamos delante de la Telefónica. Ahora han vestido la fachada con unos andamios y la gente tiene que sortearlos, caminando por debajo como por un bosque de apeos metálicos. La hora, las siete de la tarde, era de sobrada concurrencia. De una manera súbita, radical, los tres se volvieron a la vez sobre sus talones, vinieron hacia mí y me desbordaron de una manera tan decidida como discreta. A mí me extrañó al principio, sin lograr entender lo que ocurría, pero vi a unos metros más allá parado un coche de la policía. Se conoce que no lo tenían todo en regla. En fin, la novela del día.

En la Gran Vía y en Sol suceden siempre muchas más cosas que en ningún otro lugar de Madrid. Solo hay que tener la paciencia de observar. Por otra parte, tiene uno el convencimiento de que todo lo que ocurre en esas calles es más vida que lo que sucede en calles como Serrano o Goya, no menos concurridas, por lo mismo que parece mucho más ataúd uno de pino que uno acolchado y barnizado como un vulgar mueble bar.

Y se me ha ocurrido lo del ataúd porque hace un rato, en la consulta del dentista, mirando revistas del corazón, encontré en una el entierro de Antonio el bailarín. Lo habían metido en un ataúd que era lo más parecido a la *suite* nupcial de un hotel de Las Vegas. Había instantáneas de todos los momentos de lo que llamaban con mucha solemnidad «el sepelio». Por dentro habían forrado el cajón con un guateado romboidal de rasos blancos que se conoce como modelo capitoné. Por fuera le habían dejado una ventanita a la altura de la cara, abriéndole la visión a la eternidad, aunque tengo entendido que cuando la meten en la fosa, también la tapan, para evitar la claustrofobia del huésped.

Más tarde, encima de la mesa, me esperaba una carta extraña, el sobre escrito con una máquina vieja, de esas que se saltan las letras, ponen unas más juntas que otras o ciegan las aes, las oes o las es.

«Queridísimo Andrés: Te envío un saludo aftsº y la Felicitación nuevo libro tuyo. Que Dios, que nos creó cerca, sea en nuestro entendimiento causa suma, y que mi trabajo y tu trabajo le gloríen, te haga notable y comprenda nuestro quehacer. Recibe un abrazo…».

¿Dónde podría uno aprender a escribir así, aunque solo sea para imitarlo?

Un día, cuando estudiaba la carrera de filosofía, ese hombre, que tenía entonces unos veinte años, se volvió loco. En su casa dicen que le volvió loco el Partido Comunista. Es posible. La policía detuvo, o persiguió, a su mejor amigo y compañero, que acabó suicidándose a los pocos meses, arrojándose por la ventana de su casa. Al poco tiempo le empezaron a sobrevenir a él un sinfín de locuras, no siempre pacíficas. Intentó suicidarse también varias veces, para estar a la altura de las circunstancias, pero la de su casa era más modesta: vivía en un primer piso, y nunca conseguía su propósito, sino romperse un brazo, una pierna, en fin, cosa de poca monta. Jamás volvió a recuperarse. Se volvió extraño e inútil al mismo tiempo. Nunca hizo nada de provecho. Se pasaba las horas muertas en su cuarto fumando. Al principio tocaba la guitarra. Se cansó de tocar la guitarra, y le dio por escribir a una presentadora de televisión muy conocida entonces, una mujer a la que se veía caballuna, jamona, vulgar, por la que concibió una pasión loca que le llevaba a diario dos o tres veces al buzón más cercano, para dejar en él una carta, llena de madrigales, sonetos, octavas reales al modo de los clásicos. En eso estuvo también ocho o diez años. Le cogió gusto a escribir cartas, y empezó a enviárselas a todos los personajes notables que se le cruzaban en su camino, empezando por los reyes y presidentes de gobierno. Nunca me había escrito antes. Debe pensar que he alcanzado la notoriedad por alguna reseña en el periódico local. Desde los veinte años, y debe de andar ya muy cerca de los cincuenta, vive en casa con sus padres, que lo traen, lo sacan y lo pasean como a un animalito. Él les sigue a todas partes sin rechistar, cuando salen. Si se cruzan con los conocidos, la gente trata de ser amable con él y le dice esas cosas que se dicen a los locos. Si está de humor, responde solícito, y alguien que no supiera que tiene la cabeza echada a perder no notaría nada, pero si está abrumado, no se toma ni la molestia de corresponder a la

afabilidad de los demás. En casa se pasa las horas encerrado en su habitación, fumando como una chimenea, primero con la guitarra, y ahora en la carrera epistolar. Antes, por lo menos, se quedaba mirando muy serio a la gente, y no sonreía jamás. No gritaba, no hablaba, era un hombre taciturno y triste. Le decía su madre, Fulano, sal, ha venido tu primo a verte. Salía, se le quedaba mirando a uno, y se daba la vuelta, para encerrarse de nuevo en su cuarto. ¿Qué tal marcha?, preguntaba uno siempre, cuando se había ido. Y su madre torcía la cabeza, los ojos y la boca al mismo tiempo para significar con ello que era una cruz que les había mandado el Señor. Antes, cuando estudiaba Filosofía, no creía en nada, pero hace ya muchos años que acompaña a sus padres a la misa diaria. Han perdido un hijo para esta vida, pero en cambio lo van a tener toda la eternidad en la otra, reparado, se supone. ¿Resucitaremos mejor o peor de lo que fuimos? Para resucitar lo mismo, no vale la pena. A mí me gustaría resucitar como poco en Stendhal, en Tolstoi, en Cervantes. Resucitar como A. T. tiene que ser muy decepcionante. Por lo que se ve en la carta, lo de la religión ha terminado calándole. Pero lo verdaderamente enternecedor es la naturalidad, la sabiduría, diría, con la que equipara la obra de los dos, la suya, que nunca ha existido, y la de uno, que, en cierto modo, tampoco.

LLEVÁBAMOS todo el día trabajando en el diseño de unos libros. A última hora apareció la persona responsable de la empresa que va a editarlos. En cuanto hubo supervisado el trabajo, se ofreció a llevarme en su coche. Era ya tarde. También él estaba cansado de una jornada demasiado larga. Es un hombre bonísimo, tiene una voz grave, envolvente, hipnótica, de locutor de radio, y al oírle sobreviene la relajación muscular, y entran ganas de echar una cabezadita. No sé cómo, en unos minutos ese hombre empezó a hacer confidencias. Lo ha constatado uno muchas veces: es extraño la facilidad con la que a veces nos sinceramos con personas a las que no conocemos de nada, contándoles cosas que a otros, más próximos, les hemos hurtado en largos años de trato e intimidad. Dijo, tengo cuatro hijos. En realidad, contó a continuación, habían tenido cinco, pero uno se les murió. Quizá se habría muerto hacía treinta años, pero en esos casos uno se ve en la obligación de condolerse, aun mínimamente, incluso con treinta años de retraso,

no sabiendo si es conveniente preguntar o no la causa de una pérdida tan dolorosa, por no ahondar aún más en las viejas heridas. Iba a hacer dieciséis años cuando murió: entonces tenía doce. De una leucemia. Se produjo un grave silencio, y ese silencio fue una manera de darle el pésame. Eso debió traerle recuerdos aún más lejanos y tristes. «Yo me casé con la viuda de mi hermano… Este hijo que murió y otra hija eran hijos de mi hermano. Murió él, y yo me casé con mi cuñada…». Con ella tuvo aún otros tres hijos. La hija de su hermano ni siquiera conoció a su padre, porque fue póstuma…

En cambio me pareció que podía preguntar de qué murió su hermano. Era menor que él y era militar, del paracaidismo. Un día de mucho viento les soltaron a deshora, la tempestad les arrastró por los aires y los arrojó sobre el mar. La mitad de su patrulla y él se ahogaron.

Se produjo otro silencio aún más hermético, como en las novelas de Thomas Hardy. Hubiera preguntado más cosas, por que era como tener delante una pequeña novela, uno de esos relatos que aparecen en *Dublineses* y que, o se aprovechan, o se pierden para siempre. En toda la historia que contaba se tropezaba uno con la palabra amor por todos los lados, amor entre hermanos, el amor de uno de ellos por una mujer, el amor de esta por él, el amor del otro hermano por la viuda, su amor correspondido, el amor de los chicos entre sí, que son a la vez hermanos y primos… No es infrecuente que un hombre se case con la hermana de su mujer, si enviuda. Al revés, que una mujer se case con el hermano de su marido muerto, es más extraño, acaso porque el tabú, dictado desde una perspectiva masculina, es más fuerte en una dirección que en otra.

Acostumbrado a la anomalía de su historia, y para que no sacara uno más novelería de la que de por sí arrastra, me confesó que ni siquiera se llevaba especialmente bien con su hermano. Era otro más de los catorce que fueron, y cuando uno tiene una familia tan numerosa, en realidad es como si se hubiera criado en una organización de masas.

Demasiado pronto llegamos al cruce de Velázquez con Padilla, donde le había pedido que me dejase. No había durado el trayecto ni veinte minutos. La sinopsis de unas cuantas vidas en tan poco tiempo le deja a uno siempre pensativo. Si nos la resumieran en

medio folio, lo ha dicho uno siempre, ¿qué vida no resulta enigmática y ejemplar?

El amigo se alejó de vuelta, camino de una casa en la que le aguardaba toda clase de historias reales pero inverosímiles, con sufrimientos secretos que solo muy de tarde en tarde aflorarán y la extrañeza manifiesta de haber sido concebidos en medio de un dolor difícilmente comprensible. Y me gustó mucho que me contara esas cosas, porque era una manera de elegirme, pero no supe cómo agradecerlo entonces, aunque le parece a uno que en él va a tener un buen amigo, al margen de un negocio que ni para él ni para mí está siendo bueno ya.

SI no los supiéramos de la seda, encontraríamos repugnantes esos gusanos de tacto frío que dan rienda suelta a su glotonería entre las cuatro paredes de una caja de zapatos a la que se han practicado unos respiraderos con la punta de un bolígrafo. Así que parece redimirlos ese fin, la seda, con su prestigio, con la leyenda de una historia que se labró su ruta desde poniente hasta oriente, con todo lo que significa ese tejido como un don supremo de esta vida. Pero siempre queda interrumpido ese proceso en el mismo punto, en una caja de zapatos que se guarda de año en año en lo alto de un armario, para ver una vez más un larvario que en cualquier caso jamás se transforma en seda.

LLEGARON a última hora de la tarde. Había hecho mucho frío todo el día, incluso en las cunetas quedaba un poco de nieve, trozos sucios de unos harapos puestos a secar bajo un sol sin fuerza siquiera para romper las nubes que lo velaban. Nos metimos en la chimenea, y junto al fuego, mirando la danza de las llamas, comenzó la velada.

X acababa de llegar de Inglaterra, adonde fue para comprar *beagles*. Asegura que rehará su jauría y volverá a dedicarse a la cría y venta de sabuesos. X lleva entre manos siempre unos negocios no del todo extraños, pero sí poco habituales y muy pintorescos. Le conocimos en una época en que dibujaba tiras de cómics para los japoneses, que se las compraban a un tipo que era quien le había contratado a él. Los dibujaban en la calle del Limón. Todo muy japonés. Los negocios los toma, los abandona, los vuelve a tomar, los cambia por otros, más rentables o más interesantes, y lo mejor es, como si dijéramos, el prospecto con el que los vende a sus

amigos, las razones que los justifican, la literatura legítima que les prepara el camino o la retirada, conforme sean de ida o de vuelta. Escuchándole es imposible no darle la razón, incluso cuando las razones las da para justificar sus sucesivos fracasos, que el interlocutor encuentra incluso más injustificables que él mismo. Ha decidido volver a criar perros, después de diez años, porque cree que es el momento de hacerlo. Lo percibe en el ambiente, hay ahora en España, como él asegura, una gran expectativa con el *beagle*. En Inglaterra, donde estuvo, en realidad no podía comprar los perros, porque son como fundaciones caninas cuyos estatutos les impiden comerciar con los animales, así que se efectúa el movimiento canino a base de donaciones. Los diferentes rehaleros se intercambian sus ejemplares, con el fin de mezclar y mejorar sus razas. Durante la semana y media que permanecieron en Inglaterra participaron cada día en una cacería del zorro. Iban de mirantes. Pagaban cinco libras y eso les daba derecho a quedarse por allí cerca, mirando. Acudían a diario unas doscientas personas de los pueblos y aldeas de los alrededores, que se movían por el campo, supongo, como los espectadores de golf. Se cazaban desde las doce del mediodía a las cinco de la tarde, cuando ya se ponía el sol.

Fue una lástima que nuestro amigo, de imaginación muy viva, no tuviera la tarde inspirada, porque el escenario, los zorros, las cacerías, la señora dueña de la jauría inglesa, la mansión donde ella vivía, el campo galés, cualquier otra tarde le hubiera dado para media docena de relatos muy bien sazonados que nos hubiéramos creído a pies juntillas, no sé, una sobre un asesinato (los ingleses son aficionados a ello), otra sobre la fortuna de la acaudalada dama, otra sobre un noble francés a quien conocieron allí y, por último, la de una bella señorita amante de un primer ministro. Yo vendría a este cuaderno y ahora tendría algo que contar. Ese es el ecosistema de la literatura.

HABÍA llegado de Valladolid, de un congreso de poesía, o algo parecido, que había organizado una Caja de Ahorros. Creía hasta ahora que lo dicho de la gente de allí eran exageraciones de uno, mixtificaciones sin sentido, el resentimiento de quien fue maltratado por sus paisanos en su juventud, que es siempre una edad muy difícil. Ahora lo ha comprobado por él mismo. Solo si uno es muy tonto consigue convencer a los tontos de que uno es

alguien, punto en el que siempre interviene una Caja de Ahorros, un Ayuntamiento o una Diputación.

VOLVIÓ a la casa de la calle Ibiza a comprar los restos de los restos de los restos de lo que restaba de la biblioteca de Panero. Cuántos libros quedaban, le pregunté al librero que se había pasado por allí el día anterior. Pocos, me respondió; pocos y malos. Me contó que la razón de haber ido es porque le había avisado M. P. Le desalojaban de la casa por impago de alquiler. Dos mil quinientas pesetas al mes. Él lleva al parecer un mes en un hospital, ya desahuciado. Cuando llegó el librero, dos almonedistas se estaban llevando los cuatro muebles últimos. Yo le conté que en una de aquellas cómodas estaba la correspondencia de Felicidad Blanc y Panero, cuando eran novios, y cartas de Rosales y de otra mucha gente, que no se llevaron los del Centro de la Generación del 27, cuando les compraron todo lo demás, no por mala fe de su propietario, en absoluto, porque ni siquiera se había acordado de que quedaba intacto todo aquello. Uno mismo tampoco lo sabía. Lo supe cuando hace uno o dos años fui con mi hijo buscando unas fotos de Castrillo para ilustrar la antología de poemas de su padre. Vimos muchas fotografías del poeta, de la familia, de los hijos, y todas esas cartas. M. me dijo entonces, llévate lo que quieras; pero uno, ¿cómo va a llevarse las cartas de amor de los padres, estando el hijo allí para quedárselas? Son las cartas de tu padre a tu madre, le advertí. Ah, decía, pues llévatelas, y se encogía de hombros. Allí se quedaron. Había sido la cómoda de su madre, y eso explicaba que hubiese recogidos gran número de documentos de ella, carnets, cartillas escolares, libros de familia, las fotos de su marido, las cartas de este, las fotografías de sus hijos, las felicitaciones de Navidad de sus amigos, una revista de deportes de los años treinta, en cuya portada, en una foto a toda página, estaba ella, de quince o dieciséis años, con una raqueta en la mano, bellísima. Todo sucio, revuelto, con recibos de los asuntos más extraños y esa clase de documentos que uno nunca se atreve a tirar y que raramente sirven para nada, mezclado todo con calzoncillos y calcetines sucios, toallas, camisetas, cepillos del pelo con pelos largos de gentes ya difuntas… Entre los papeles apareció una cuartilla con dos poemas manuscritos, uno por cada cara. Uno de Vivanco y otro de Manuel Machado, los epitalamios para su boda. Aquí hay un poema de

Manuel Machado, le dije levantando la voz. Mi hijo G. jugaba con la perra en el pasillo. M. P. estaba en la otra habitación, tumbado en aquel sofá de terciopelo rojo que tenía los bajos desfondados. Llévatelo.

Pregunté al librero, ¿se llevaron también la cómoda? También. No dejaron ni un mueble. No valían nada, eran viejos, destrozados por el uso, no valían ni para astillas. ¿Qué habrán hecho con todos esos papeles? Seguramente los habrán tirado también. Es probable que los rastreros ni siquiera supieran de quién había sido aquella casa. Todos los días entran en casas donde hay cómodas con cartas de amor, fotografías familiares, recortes de algún periódico, cartillas escolares. Algunas veces de las que fui, me encontré vagando por la casa a una mujer de unos cuarenta años, que se me quedaba mirando y ni siquiera me respondía al saludo. Entraba en el salón, salía, andaba por el pasillo, desaparecía en un cuarto, ni vestida ni desnuda, ni despierta ni dormida, ni viva ni muerta. Creo que se la hubiera podido llamar la Ausente. La primera vez le pregunté a mi amigo quién era. ¿Quién? Esa mujer. Se encogió de hombros y no supo contestarme. Y desde ese día tampoco me atreví yo a preguntar más.

Es el final de una historia de la que hemos conocido antes muchos otros finales. El de ahora, con la entrada de esos almonedistas, del librero de viejo, de gentes que despejarían el piso, es el verdadero. Unas vidas que ha acabado llevándose el aire en una revolera, como las pavesas de un incendio en el que ardieron con igual intensidad el amor y el odio, y del que parece que no ha quedado sino la escoria del resentimiento.

Después de todo esto, bien triste, uno de los libreros amigos de Moyano me ha contado otra historia, que tiene que ver igualmente con la locura de la pesquisa.

X es un viejo conocido nuestro que lleva buscando libros como nosotros veinte años. En el Rastro y en Moyano, mayormente. Es también un artista de la instalación mental. Se hace imprimir sus propias obras en imprentas modestas, y luego reparte esos opúsculos entre las amistades y la comunidad artística conceptual. No es propiamente un amigo, porque únicamente nos hablamos en esos breves encuentros de la busca libresca. Los que compran libros viejos de repente pueden llegar a sentir impulsos de llevarse uno sin

pagar. La leyenda se refiere únicamente a los grandes bibliófilos, capaces del asesinato por conseguir un raro ejemplar. Todos los horteras que quieren sacar en una novela un bibliófilo, pintan a uno de estos que buscan códices e incunables. Pero lo normal es que por un bibliófilo de esta clase haya cien de los otros, pobres tipos que atropan los despojos de unos librejos sin demasiado valor, folletos de hace cuarenta años, papeles sin uso preciso. Es más o menos lo que busca nuestro amigo, rara literatura, por llamarla de alguna manera, a la que acabará dando salida en alguno de sus proyectos artísticos.

Por lo que se ha visto ahora, este hombre se llevaba sin pagar la mitad de las compras que hacía en la caseta de R. Es muy difícil el control sobre las mercancías que allí se depositan al revoltillo, porque entre otras cosas la congregación suele ascender a quince o veinte personas amontonándose sobre un caladero que es angosto. Cada cual pesca lo que puede y a continuación es él mismo quien le informa al librero: me llevo tanto, y le paga la compra por piezas. Si el comprador viene de otras casetas con algunos libros más, el librero no podría saber cuáles proceden de sus tabancos y cuáles no, así que la palabra del comprador en ese negocio es primordial.

Ha escrito alguno otras veces de la curiosa parroquia del librero R. No es infrecuente que mientras este abre sus paquetes y arroja los frutos en las bateas, los compradores, ociosos, se quedan allí parados sin saber qué hacer. Con los años se han combinado allí algunas amistades, pero otros se quedan sin hacer nada, espiando a sus competidores, estudiando los movimientos del librero o defendiendo el lugar privilegiado que les permitirá llegar mucho más fácilmente al libro liberto, ya que las capturas han de hacerse a veces en unas fracciones de segundo y compitiendo con otras quince o veinte manos que tratarán de hacerse con las presas al mismo tiempo.

Como era costumbre, ese día X separó unos cuantos libros, de los cuales abonó unos y escamoteó otros, pegándolos a aquellos, y cuando se iba a marchar, en un descuido del librero, también se le llevó uno por el que este pedía un poco más que por el resto, dos mil pesetas. Un libro de… ¡Vicente Medina! Hay que estar un poco chiflado para llevarse un libro de Vicente Medina (Juan Ramón, todavía en 1953, encontraba su «Cansera» una obra maestra). X lo

tomó limpiamente de la estantería, lo mezcló con los otros, de veinte duros la pieza, le dijo, son cinco, quinientas pesetas, se dio media vuelta y salió en dirección al Retiro, andando con toda la tranquilidad que le da a uno la veteranía en el descuido. Cuando el librero llegó de su coche, de donde estaba sacando unos paquetes, otro de los habituales, el poeta social, se acercó y le dijo: Aquel se ha llevado ese libro sin pagar.

Al librero no le quedaba más remedio que hacer una cosa: salir corriendo detrás del escamoteador. Lo encontró un poco más arriba, se lanzó sobre él como una fiera, le arrancó el libro de las manos, lo llenó de insultos y se volvió a su predio embargado por la ira.

La gente se arremolinó. En quince segundos todos se habían enterado de lo ocurrido. Los más noveleros quedaron un poco decepcionados, porque les hubiera gustado que corriera un poco de sangre. Los crímenes en los que andan de por medio libros de viejo son muy literarios y están mejor atendidos en la prensa que los otros. Cuando vieron regresar al librero con aire de triunfo, algunos se atrevieron a preguntarle:

—Y él, ¿qué ha hecho?

—¿Qué ha hecho? —repetía retóricamente la pregunta—. ¿Me pregunta usted qué ha hecho?

Lo hacía para enfatizar la respuesta y para dejar claro la clase de sinvergüenza que era:

—Nada, no ha hecho nada… y a saber los libros que ha estado robándome todos estos años.

El delator, el poeta social, estaba allí al lado, con su aspecto siniestro. Je, je. Lo de Roma no paga a traidores es muy exacto, porque el librero tampoco tenía muchas ganas de agradecerle su bella acción. Algunos se acercaron al chivato y le decían, y tú ¿por qué les has dicho nada? En general los libros que pone a la venta nuestro amigo R. en el tablero son de cien o doscientas pesetas. Quizá lo decían porque no vale la pena delatar a nadie por veinte duros, si el librero tampoco es un amigo íntimo de uno. Quizá fuese preferible decírselo al ladrón, llamarle a un aparte y advertirle de que no sea tan caradura. Pero todas estas consideraciones al poeta triste le daban igual, y a la gente que le preguntaba por qué lo había hecho, le respondía lo mismo:

—Je, je; un competidor menos. Así tocaremos a más.

Se reía de una manera siniestra y significativa, como quien ha llevado a cabo una heroicidad. Le parecía también que el gremio de compradores le debía estar agradecido y quizás ponerle una medalla.

Este poeta se hizo bibliófilo cuando ya tenía más de cincuenta años y desde entonces, con el fanatismo de los conversos, no perdona un día sin ir a la Cuesta de Moyano ni un domingo al Rastro. Le dedica a esa locura suya tres y cuatro horas diarias. A la Cuesta llega en cuanto da su clase de literatura en el instituto, se dirige directamente a la caseta de R. y monta allí la guardia hasta la hora del almuerzo, esperando que el librero abra cada paquete. Se queda de pie, a un lado, sin hablar con nadie, serio, triste, inquisitivo, sin perder, como se ha visto, un solo movimiento de nadie. La Asociación de Libreros de Lance tendría que darle un banquete y nombrarle el Beria del Libro Viejo.

Un amigo del ladrón creo que le ha preguntado a este, y tú, Fulano, ¿cómo es que has podido hacer una cosa así? Y él, indiferente, se ha encogido de hombros, y ha dicho con cinismo que estaba cansado del puesto, que el librero le parecía un fascista y que además hacía ya muchos años que no encontraba allí los libros que encontraba al principio, y no le parecía en absoluto grave llevarse sin pagar unos libros, acaso por el viejo resabio de que robar libros es mucho menos grave que robar en una tienda o en un banco, y que la cultura es de todos, en fin, ensayando la pirueta para dejar las tablas de una manera garbosa.

ESA mañana entraba la primavera y a las ocho de la mañana lo hacía su hijo pequeño en el cuarto en el que sus padres recibían la estación de la manera correspondiente. Era la primera vez que les sucedía algo parecido. Y lo gracioso es que el niño jamás se levanta solo para ir al colegio. Había que despertarle, sacarle de la cama, meterlo en la ducha y hacer que desayunara. ¿Cómo se había despertado ese día? Quiso darles una sorpresa a sus padres y les sorprendió entregados a la apasionada violencia de sus abrazos, desnudos sobre la cama. Durante dos segundos las miradas de los padres y del niño se quedaron suspensas a medio camino, el niño retrocedió espantado, la madre arrancó una sábana para cubrirse y el padre saltó de la cama para buscar su bata y salir corriendo detrás del chico. Se lo encontró sentado en una silla aturdido, sin

saber qué es lo que había de hacerse a continuación. No sabía tampoco si iba a echarse a llorar o a reír. Estaba, sí, muy nervioso. Pensaba acaso que iban a reñirle, y lo primero que hizo fue pedir perdón. El padre, con toda la ternura de que fue capaz, le explicó que no tenía que pedir perdón, puesto que no sabía nada y la puerta estaba abierta. También le contó que lo normal en dos personas que se aman, es que quieran expresarse su amor de esa manera. Y le hizo ver el lado cómico que había tenido la escena. Incluso le había puesto de buen humor. El chiquillo no sabía si aquellas risas eran sinceras o una estratagema oportunista para quitarle importancia. Él solo quería saber una cosa: ¿Y mamá no está enfadada? En absoluto, le tranquilizó el padre. ¿Y por qué no viene?, insistía él. El padre sabía que la madre estaría muerta de vergüenza tratando de hacerse a la idea de lo que acababa de suceder, y dijo que no tardaría en llegar. En cuanto la vio y se tranquilizó (no obstante, ella se fue de allí en cuanto cumplió con el trámite de dos caricias como-si-nada-hubiese-ocurrido, desnatadas y breves), y viendo que reinaba un ambiente festivo, el chico cambió también de semblante y preguntó entusiasmado y con vehemencia si podía contarlo a sus amigos del colegio. La salida cogió desprevenido al padre que no supo qué responder. De una manera titubeante le persuadió de que no era precisamente el mejor lugar para comentar esa clase de sucedidos y que esas cosas formaban parte de la intimidad de la familia. El chico dejó traslucir en su rostro una pequeña decepción, pero no se dio por vencido y pidió entonces permiso para contárselo a su hermano. ¿Puedo?, preguntó. Sí, al hermano sí, pero ese era el punto en el que debía acabar el chismorreo.

Después de llevarle al colegio esa mañana, ambos, hombre y mujer, se quedaron a solas un instante. Ya no necesitaban fingir. Tampoco le veían el lado cómico y ni qué decir tiene que el recibimiento a la Primavera quedó irreparablemente interrumpido. Sin duda temían que esa visión fugaz marcara en lo sucesivo el carácter del muchacho. Rondó por su cabeza la película *Psicosis*. Quizá el niño se hiciera con el tiempo un asesino en serie, quizá se volviera impotente o violador. Quizá la cosa se quede solo en que se hace gay o psicoanalista.

En el ambiente quedó flotando, sin embargo, el único enigma que ninguno tendrá ganas de resolver mientras viva: *Exactamente*,

¿qué es lo que vio?

HABLABAN, como periodistas expertos y con experiencia en la vida política nacional, de las diferencias entre el anterior presidente de gobierno y el actual. A pesar de ser partidarios del anterior y de haberle apoyado durante doce años en su periódico, el hecho de que haya vencido el otro, hace que miren a este con ojos nuevos. Éramos tres, en Lhardy. Es todo muy sutil. No sabe uno ni siquiera si será capaz de explicar lo que allí sucedió. Esos dos periodistas están hoy más cerca de lo que ellos creen de este presidente, porque este está más cerca de todo el poder, y al poder resulta muy difícil sustraerse. La gente es gubernamental por naturaleza y más monárquica de lo que piensa, si es el rey en persona el que le dice a uno «ven». Por cómo hablaban del anterior, por cómo lo hacían del nuevo, no era difícil interpretar que estaban más seducidos ya por el que entraba que por el que salía, pese a que del que salía hacían elogios y del que entraba, críticas. Por ejemplo, del primero aseguraron que era una persona muy inteligente, pero interesada, capaz de traicionar a su mejor amigo con tal de salir de un mal paso y propensa, por inteligente, a pasarse de lista. Pusieron ejemplos. Y del entrante dijo uno de ellos: «no es inteligente, no es seductor, pero tiene esas diez o doce (nada menos) dotes de mando de neto origen franquista. Si entrara ahora por esa puerta, se nos quedaría mirando y nos preguntaría sonriente, de esa manera que es una orden al mismo tiempo: ¿Os importaría poneros la chaqueta? (Almorzábamos sin ellas; cada cual había puesto la suya en el respaldo de su silla). Bien, si uno transige y se pone la chaqueta, se habrá situado para siempre dos escalones por debajo en la relación; y si dice que no, que prefiere seguir en mangas de camisa, tendrá que coger la puerta e irse».

Como retrato acaso sea exacto, pero lo que parecía más interesante, y ese era el matiz que no sabe uno si logrará traerlo aquí, es cómo la inteligencia que atribuían al primero, ya no era un elogio, y cómo la falta de ella, que dicen ver en el segundo, sí. O más aún, cómo los elogios al primero les alejaban de él, y cómo las críticas al segundo les acercaban miserablemente a este.

DEBÍA acudir, después de comer, a la oficina de A., donde tenía que trabajar en el remiendo tipográfico. Me metí por callejuelas intransitadas y desconocidas, sin un antes en mi vida, acaso sin un

después en ella, presencia única de lo que es sin nosotros. Y se sintió uno como el Estupiñá galdosiano, mandadero de una cotidianidad sin otras preocupaciones que unas muy livianas y pasaderas, y caminó con la cabeza en alto para descubrir vidas que no se asoman a los balcones, impresencias evidentes, poniéndonos en el equívoco triunfal del que no teme el peso de las nubes. Plaza de las Comendadoras, calle del Reloj, del Río… Y el verano queriendo despuntar en las esquinas de las casas y en cornisas voladas y en un aire templado y seco, que empieza a oler a geranios y a cáñamo. Uno, que lo respira, dice, con el dejo de un entusiasta de la zarzuela: qué bueno es este Madrid. Y la ciudad entera se sienta sobre sí misma en el suelo, debajo de un árbol, la espalda contra el tronco, con alivio, los maltratados pies desnudos, y a un lado los viejos zapatos del invierno.

ALGUNA vez, y ahora incluso con cierta frecuencia, descubre uno que le llaman aquí y allá, con ánimo de molestar o de rebajar, «decimonónico». Y la verdad es que eso que creen un insulto o una descalificación, resulta un gran elogio: la inmensa mayoría de las novelas que nos gustan se escribió en el siglo XIX y ninguna de las de este siglo supera las mejores del otro; si nos ponemos a buscar pintores que nos admiren, sin tener que remontarnos a la edad de oro de la pintura, el XVI y el XVII, los encontraríamos desde luego más grandes en el siglo XIX que en el nuestro; con la excepción de Mozart, Haydn o Gluck, toda la música que sigue conmoviéndonos de veras, se escribió igualmente en el siglo XIX; el último de los filósofos que seguramente mereció ese nombre, murió en 1900, dándonos a entender, de una manera metafórica, lo que esa puerta significaba; en cuanto a la poesía podría decirse que buena parte de la que leemos todavía se escribió igualmente en ese siglo, sin que ninguno de los extraordinarios poetas que vinieron después haya podido eclipsarlos. De modo que el que alguien le llame a uno «decimonónico» ha de ser tenido como una distinción, lo mismo que siente el negro al que se le llama negro por humillarlo, o marica al marica para degradarlo o judío al que lo es, pues en una sola palabra como esa se encierra lo clásico y lo romántico, padres naturales y legítimos de todo lo moderno.

POÉTICA: Si se es ya ruina, escribir como un clásico.

LAS gentes conocen muy bien que las excentricidades y

caprichos suelen ser a menudo los únicos hijos que tienen los aristócratas y los millonarios. Al pobre, en cambio, no le está permitido ser excéntrico, porque tiene siempre encima la amenaza del manicomio. Hablaban en la panadería de una mujer de este barrio que este invierno regaló un abrigo nuevo de visón, que le había comprado su hijo, a otra pobre mujer que arrastraba un carrito. Parece que se llegó a ella y le dijo, tiene usted frío. La otra asintió y esa mujer, en un arranque de caridad sublime, se lo quitó y se lo dio a la mendiga. La nuera de la dadivosa, cuando se enteró, montó en cólera y quería encerrarla en una casa de salud, con gran escándalo de las dos mujeres que comentaban el hecho mientras esperaban turno delante de mí. Debían de ser conocidas suyas, por lo que se deducía, desde hacía muchos años. ¿Qué mal hizo a nadie?, preguntaba una. Y la respuesta era tan obvia, que la otra se contentó con encogerse los hombros, cerrar los ojos y poner expresión de estar preparada ya para no asombrarse de nada de lo que quiera fraguar esta vida nuestra.

ES bastante común creer que existe una relación directa entre el genio y el tamaño del yo, así que hay quienes piensan que cuanto más grande es el yo, más grande es su genio, y de ese modo en vez de ocuparse del genio y de la obra que lo desarrollara o en la que se sustentara, se dedican directamente a cultivar su yo, inflándolo hasta límites insufribles, sin comprender que la explotación del genio acaba siempre con el yo. Donde hay genio raramente se encuentra yo. Genio y yo son incompatibles, y el camino del genio, se llegue o no a tenerlo, principia en la renuncia a tener yo.

SIGUE la primavera. Todo el mundo parece haberse echado a la calle sin ropa. Emergen de las cuevas del invierno muchachas que hasta ayer no eran más que unas niñas. Vienen con los pechitos crecidos y la boca húmeda, y un puñado de pecas sobre pequeñas narices aún respingonas o chatas. Miran todavía con el descaro de las niñas, porque no han tenido tiempo de aprender que con esos pechos ya no pueden mirar así.

Por la mañana (es sábado) fuimos a ver la exposición de Ensor, que, como todo el mundo sabe, fue un pintor extraordinario completamente grillado. No es tanto que sea un pintor desigual, sino que es varios pintores a la vez, y dentro de esto, unas veces con más fortuna, y otras con menos. Como su locura fue natural, nadie

le proclamó genio, pero de genio es haber pintado un cuadro con el tema de Cristo entrando en Bruselas. Lo que no hubieran dado los surrealistas por contar en sus filas con un pintor como él. Pero la locura de los surrealistas no era más que un fingir que se estaba loco. Con la locura verdadera nadie quiere tener que ver. El cuadro, los dibujos y los aguarfuertes que el pintor hizo con ese asunto son rarísimos, pero tienen una gracia loca. Y al mismo tiempo vimos unos interiores bellísimos, una mujer tocando el piano, o el retrato de Regoyos, o sus raros y preciosos bodegones. Murió mucho más viejo y más tarde que Regoyos y que Solana, que le debían tanto. Y los cuadros que pintó en todo momento no se sabe muy bien de dónde arrancan, pero resulta patente que brotan de él mismo, de ciertas ensoñaciones únicas, sin olvidar la fuente de la pintura, común a todos.

Hay un retrato de su madre precioso. Acaba ella de morir y en primer plano ha pintado la mesilla con la bandeja de medicinas. La naturaleza muerta de esos frascos y cajas es de lo más extraña, y sin embargo tenía tal fuerza, que las medicinas, ya inservibles, podían olerse incluso. Por un lado la madre, al fondo, desvaída y casi insignificante; en cambio las medicinas están presentes, vivísimas, esas botellas grandes con sus corchos y etiquetas. Se ve que en todas las disciplinas artísticas sucede lo mismo: a las cosas hay que buscarles el alma, y si no, es mejor no intentarlo.

TARDÓ en leer *Hampstead* de Canetti, un tomo póstumo de aforismos y reflexiones, una semana. En leer uno de aforismos y sentencias extraídos del diario de Jules Renard, una hora.

En el primer caso, le frenaba la pastosidad del pensamiento, una especie de fango en el que se hundían las neuronas como soldados napoleónicos a la vuelta de Rusia. Lo mundano del otro le prestaba unas alas de mariposa, que le llevaban de acá para allá, mitad por su esfuerzo mitad por la colaboración del aire. En este caso las reflexiones parecían pensadas para las cocotas con pretensiones y las marquesas y los amantes de unas y de otras. La brevedad extrema resulta tan fatigante como tener que alimentarse con píldoras: «No me pidáis que sea bueno; no me pidáis que actúe como si lo fuese». ¿Qué querrá decir? Aparte que ese «no me pidáis», qué napoleónico resulta, cien años después de su muerte. Aquí ya nadie le pide nada a nadie, y menos a Jules Renard, pueden

estar seguros de ello el señor Renard, los hombres en general y los siglos venideros. Es curioso observar cómo algunos, cuanto más pequeños son, más grande necesitan el espejo. Los grandes hombres, por lo general, acaban sin mirarse en ellos. Esa es la razón por la cual suelen ir tan desastrados y descuidados en lo que a su aliño personal se refiere. Hasta el elegante J. R. J. se dio cuenta de ello. «He aprendido a ser sucio. Y me parece bien». Es raro lo de este Renard, algo que solo se da en Francia: un hombre razonable, sensato y vulgar, como un tonelero o un magistrado, tan común en Francia, a quien solo parece interesarle la buena mesa, el adulterio de turno y la Académie Française.

Y lo de Canetti todo bien, solo que da un poco igual, porque le habla a uno de cosas que le son indiferentes. No obstante, lo que dice de todas ellas es sensato. No sé, como si le cambiaran a uno el libro de filosofía por un tratado de veterinaria. También en este se describen enfermedades, síntomas, carencias bien reales, bien fundamentadas, pero de caballos, detalle este que hace que lo mire uno todo con poca incumbencia, sin perjuicio de la cabaña equina.

ERA incapaz de fijar sus ojos más de uno o dos segundos en los míos. Se daba cuenta, pero su timidez era muy superior a su capacidad de dominarla. Creo que ni siquiera podría mantenerle la mirada a su perro, si lo tuviera. Por un lado me dio pena verle sufrir por ello, pero al mismo tiempo ese rasgo de su carácter levantó en uno una oleada de simpatía, como la arrancaría ese muchacho que vuelve pobre y enfermo del frente y a quien todos le dan limosna, sin que lo pida y sin que nadie piense que es limosna lo que le dan.

PARA el gran libro sobre el Rastro, oído en una conversación en la que se trataba un precio. Ninguno de los dos, vendedor y comprador, quería enfadarse, porque eran amigos. Como siempre, a uno le parecía demasiado caro y al otro la contraoferta le parecía que lo tiraba por los suelos. Por fin el comprador admitió:

—Vamos a dejarlo. A lo mejor estoy yo equivocado.

Pero el vendedor, generoso en la victoria, le tendió otra vez la mano regatona.

—En el Rastro nadie está equivocado.

Era la manera más garbosa que podía escucharse de que en el Rastro, por principio, todos llevan razón. El pequeño paraíso.

POR cierto, entre los libros comprados, ninguno especialmente valioso, se hallaba uno de Cioran, editado hace quince años y no leído, *Del inconveniente de haber nacido*. La poco onerosa suma de cien pesetas le permitió a uno aventurarse en esa inversión. Y al llegar a casa se constatan, sin especial alegría, dos cosas: por qué no lee uno más a Cioran y, esta más importante, por qué Cioran no es más, fatalmente, que un pensador de salón, él, que parece odiar la vida y, con más razón, la vida de los salones. Y sin embargo sus comentarios, que buscan cierto escándalo, solo podrían hallarlo donde fuesen oídos, y ¿qué hay más propicio para un escándalo que un salón? Frente a un pensador solitario como Nietzsche, o a uno moralista como Pascal, o a un Lichtenberg, que solo escribió aforismos, con los que puede uno mostrarse o no de acuerdo, a veces no tanto por disensión o suma, sino por falta de comprensión, con Cioran se siente uno excluido, como si nada de lo que pudiera decir nos incumbiera: al fin y al cabo parte de una idea que todos sabemos más o menos desde que venimos al mundo: que *esto*, la vida, no vale demasiado, pese a lo cual, es lo único que tenemos. Es como si nos pagaran el sueldo en calderilla. Incómodo, pero no del todo malo. Muchos ni cobran.

«Si, antes, frente a un muerto, me preguntaba, "¿De qué le sirvió vivir?", hoy me pregunto lo mismo ante cualquiera que esté vivo», es ejemplo de esas frases que no sirven para nada. Pero son estas otras las que a uno llegan a fastidiarle lo indecible: «Antes en una alcantarilla que en un pedestal», porque delatan que le preocupan ambas cosas, alcantarillas y pedestales, las dos únicas cosas que no deberían preocuparle a un filósofo.

De modo que nace en el lector como una irritación, dada su inteligencia probada (y no deja uno de leer aforismos de una cierta agudeza psicológica; no me resisto a citar este: «A medida que el arte se hunde en un callejón sin salida, los artistas se multiplican. Esto deja de ser una anomalía si se piensa que el arte en vías de agotamiento se ha tornado, a la vez, imposible y fácil») ante unos aforismos que solo parecen buscar cierto aplauso o cierta reprobación; lo cual, dicho sea de paso, pone de manifiesto el único defecto del género, a saber, que un aforismo puede ser memorizado y repetido por cualquiera, aunque haya muy pocos que resistan la

prueba de ser dichos en voz alta sin disimular su pedantería, su presunción, la musculatura concentrada de su pensamiento.

Y si con Nietzsche se tiene la impresión de que habla de uno mismo y hacia dentro, con Cioran solo se asiste a una sesión de megalomanía, con un yo invasor y excluyente que impide que nada que no sea «*par rapport á lui mêéme*» pueda ser visto. Sus declaraciones continuas y recurrentes, del tipo, «nunca perdonaré la afrenta de haber nacido», presentadas como muy trascendentes, en realidad no difieren mucho de esas frases que las viudas explican muy convencidas a sus compañeras de merienda, en la cafetería madrileña, con categórica autoridad: «A mí dame el café, con leche, corto de café, con mucho azúcar y en vaso de cristal. Donde esté esto, ya puede venir el que quiera con otra cosa». Aunque quién sabe. Quizá se haga uno viejo de café con leche, y para entonces le encontramos el punto a Cioran.

«DI toda la verdad, pero sesgada», debería figurar al frente de una obra como esta, pero ¿y el placer vulgar de entrar y salir de los cuartos dando portazos, avasallando?

FUE gracioso. Llegó uno de los gitanos postineros del Rastro, de esos que cambalachean y trajinan con las grandes piezas que aparecen en él de vez en cuando, llegó, digo, a la puerta de la tienda de otro, cuya especialidad son las minucias, también de cierta calidad. Este no es ni siquiera gitano, y se caracteriza por su mal genio, aunque a juzgar por cómo va vestido, las tumbagas que lleva y cómo carga de oro a su señora, las cosas no le van mal. Pero es envidioso y le molestó que viniera alguien, de más categoría comercial que él, a preguntarle algo tan tonto. Pepe, le dijo, mira a ver estas cosas. ¿Tú crees que tienen antigüedad? Abrió la mano y eran tres sacapuntas de esos de aluminio, quizá de los años veinte o treinta. El otro, que echó una mirada rápida sobre la mercancía, ni siquiera se molestaba en contestarle, pretextando ocuparse con su propio género. ¿Tienen o no antigüedad?, insistía con cierta angustia. Acababa de comprárselo a otro gitano con el propósito de revenderlo, claro, y quería saber si le habían timado o no. Era divertidísimo verle a alguien que tiene millones en el banco, que puede distinguir un cacharro de Talavera de 1750 de otro de 1780, perdiendo el tiempo con aquella bagatela nueva para él y por tanto misteriosa. El tal Pepe le menospreciaba la mercancía, acaso porque

quisiera comprársela él mismo, y le desengañó con enojo: mira, eso antigüedad no tiene ninguna, es viejo, pero no antiguo.

Aunque lo más notable de la jornada rastreña fue esto otro. También la cursilería tiene su antigüedad. Algunos, sin embargo la tienen en mucho, porque creen que ser cursi del siglo XVIII es una gran cosa, algo de gran valor. Esta mañana nos tropezamos, unos metros más allá de donde sucedió la escena anterior, siempre en la calle del Carnero, con otro botijo de cristal de la Granja, del XVIII, el segundo en unos meses, desde luego, preciosísimo, de vidrio soplado, ridículo. Como fabricar castañuelas de oro, madreñas de caoba, orinales de ámbar, colmenas de carey, gallineros de mármol, grifos de caramelo… Voy a parar. El que estaba en el puesto de al lado del que lo vendía, sentenció, señalándolo: «Desde luego, el que tuviera ese botijo no tendría mucha sed». No, dijo su vendedor, mirando por el género: «O al revés, le gustaba tanto beber agua en botijo, que quiso hacer un lujo de eso». El coloquio barroco debió de seguir toda la mañana, pero nosotros nos alejamos en ese momento.

AQUÍ está uno en el aeropuerto, camino de Barcelona, para recoger el premio don Juan de Borbón que le dieron en diciembre del año pasado. Hay una cierta ironía en el hecho, cuando se es republicano. Si pudiera, yo creo que enviaría a recogerlo a un sobrino; con más años, sin dudarlo, enviaría a una nuera, inteligente, joven, guapa, para que luciera el palmito.

Ayer fue un día lleno de muchas cosas. La mañana se la llevó el trabajo, en casa, sin interrupciones. A las dos me pasé por el taller de V, el grabador de Santa María de la Cabeza. Entré en el pequeño y destartalado obrador en el preciso momento en que el volante del tórculo rodaba sobre la plancha de un aguafuerte. Durante un rato estuve viéndole trabajar. Es un hombre fuerte y gordo como un oso. Tiene los brazos de forzudo y unas manos como botas, no es muy limpio trabajando, todo está lleno de porquería, de grasa de la máquina y de tinta, no se puede uno arrimar a ningún sitio, pero es un milagro de delicadeza verle retirar el papel del grabado sin mancharlo, despegándolo como haría un cirujano con un emplasto de un enfermo al que no se quiere causar el menor dolor.

Llevaba también uno desde el domingo queriendo anotar algunas cosas. Luego todo se lo lleva la trampa. También estas

palabras acabarán olvidadas, sepultadas en otras miles de ellas. Pero alguien vendrá un día y transitará como transitamos nosotros por el Rastro. Por cierto, el del domingo fue especialmente señalado. Tiene de chistoso el Rastro que marca un poco arbitrariamente nuestra derrota. No es que nos lleve exactamente de un lado a otro, como si fuésemos una nave desgobernada, sino que nos lleva más deprisa o más despacio, según sople más o menos. Vinieron a las manos de uno un libro de Saulo Torón, el poeta posmodernista canario, Valle Inclán, modernista gallego, Gómez de la Serna, Manuel de la Torre, el catálogo de Janés de 1953 confeccionado por Giralt Miracle, las cartas de don Juan Valera, una traducción modernista de *Las flores del mal*… Luego llega uno a casa y durante la semana va leyendo u hojeando todas estas cosas. Unas sirven, otras no. Y así, como pescadores que solo cuando arriban a la playa escrutinan la pesca y la van poniendo en sus correspondientes banastas o lanzándola lejos, para que se la coman las gaviotas, se procede a su catalogación y posterior aprovechamiento.

La misma tarde del domingo tuve que escribir una semblanza de Carilda Oliver Labra, la poetisa que visitamos en Matanzas, y a quien se quiere hacer un tomito de homenaje, organizado por los poetas que ese día estuvimos con ella. Fue un viaje precioso, en una camioneta soviética, por una carretera solitaria llena de cráteres, como si acabaran de bombardearla, con unas playas sucias a un lado, agujereadas por unos ingenios petrolíferos que llenaban el aire de un olor pestilente y los depósitos de un cieno pobre en crudo, y al otro, un bellísimo paisaje de colinas exuberantes de vegetación y de palmeras. La ciudad, tan provinciana y parada, esperaba con sus callecitas anchas, casas bajas, esquinas redondeadas como los espejos isabelinos. Y allí aquella mujer de setenta años, rubia, transparente, quebradiza, a punto de agostarse definitivamente como un lirio cortado, ejemplo del pasado glorioso de Cuba, anterior a la Revolución, con un vestido de entonces, organdí, muselina, gasa blanca, y maquillaje excesivo que le hubiera valido a una poetisa, a una marquesa o a una vieja gloria del Teatro Chino de Manolita Chen, sonriente siempre, incrédula de tener delante a media docena de poetas españoles que parecían haber llegado a su pueblo como los Reyes Magos a Belén, y detrás de ella, más que

sombra, el marido nuevo, escándalo de la poco revolucionaria sociedad matancera, sonriente con dientes luminosos y sanos, al que solo le faltaba un par de maracas, mulato de veinte años. Y su poesía, un cóctel exótico de Vallejo, Quevedo y Rubén Darío, agitado con esa tristeza del que ha de trabajar toda la vida por cuenta ajena:

> En esta casa hay flores, y pájaros,
> y huevos, y hasta una enciclopedia y dos vestidos nuevos,
> y sin embargo, a veces… ¡qué ganas de llorar!

Qué ganas de llorar nos entró a todos cuando dejamos Matanzas y a aquella pobre mujer en manos de su destino, con sus flores, con sus pajaritos de jaula, con sus huevos en la nevera, su enciclopedia vieja y sus dos vestidos nuevos, que no lo eran más que por la rima, porque el que llevaba puesto era de 1920, sacado de un baúl, trasminando a alcanfor y con esas arrugas endémicas del tiempo que no hay plancha que quite ya nunca.

Por la tarde ocurrió algo que sucede a menudo, pero para lo cual raramente encuentra uno ganas o tiempo de contarlo. Hoy sí. Telefoneó alguien de Valladolid que dijo dirigir una revista de estética. Le invitaba a uno a escribir en ella, no sé, algo literario, los recuerdos, en fin, todo eso, y uno, a quien le gusta hablar de Valladolid siempre, dijo que sí. Acaso el artículo no sea del todo encomiástico, insinué. Mejor, me animó el interlocutor. Tampoco a él le gustaba el pueblo. Ya somos dos. Y cuanto más crítico, insistía, mejor. Comprendí que me quería azuzar como a perro. Bien, dije, hablemos de los emolumentos. Dije emolumentos porque me pareció menos brutal que dinero. No resulta fácil acertar con el nombre que hemos de dar al dinero en según qué conversaciones. Unas veces recurrimos a honorarios, cuando en realidad suelen ser poco honorables. O a estipendio, o a emolumentos, o a «qué habíais pensado vosotros», o a «lo que sea costumbre». No, en Valladolid no se pagaba. Había que hacerlo gratis. Dudé un instante. Es bastante razonable. Si se habla a favor, se cobra; si se habla en contra, hay que pagar, por el gusto que da a veces hablar mal. Había dado el sí, pero no podía ser eso de escribir de Valladolid y no cobrar. Le pregunté, ¿el impresor cobra? Sí, el impresor de la revista cobraba,

como cobraba el papelero. También cobraba el librero donde se vendieran los ejemplares. La mujer de la limpieza que les limpiaba el local donde tenían la redacción cobraba también, y la compañía de la luz, y la persona que les alquilaba el local. Incluso él cobraba. Ah, no, me dijo como un resorte. Me estaba esperando en ese punto para saltar sobre mí. Él no cobraba ni un céntimo. Algo cobraría, le dije. Ni una peseta, insistió orgulloso. Le pregunté a continuación si no me había dicho que la revista dependía del departamento de Estética de la Escuela de Arquitectura. Y así me lo confirmó. Luego le pregunté si él tenía algo que ver con esa Escuela, y me dijo que sí, que él daba clases en ella. Luego cobraba algo. Es absurdo; se queja uno todo el día de que no tiene tiempo, y luego lo pierde de la manera más miserable con el primero que llama. Sí, cobraba algo, pero como profesor, no como director de la revista, me respondió ya con una insolencia que no tenía sentido. Aparte de a la sociedad mundial, en general, y a la vallisoletana, en particular, quería saber a quién beneficiaba la publicación de la revista de su digna dirección, y a regañadientes hubo de admitir que a la Escuela y al departamento del que él era profesor. Se había desarrollado todo como una sesión de mayéutica. Le dije que me explicara ese chiste, porque no entendía que el que le llenaba la revista era el único al que no pensaba pagar, y que no cobrando se podía escribir, desde luego: para un amigo; pero él no era amigo. O para una empresa que valiera la pena, cosa dudosa en el presente caso. Cuando me di cuenta de que en realidad estaba queriendo llegar a un punto para insultarle, me despedí lo mejor humorado que pude y le di las gracias, porque había conseguido reavivar el grato recuerdo que siempre he tenido de Valladolid y sus habitantes.

FUE algo breve. Hasta el momento de recoger el premio, estuve en el hotel corrigiendo las pruebas de la novela. Fui yo solo, porque M. tenía trabajo. Es todo muy extraño, le premian a uno un libro ya escrito, pero nadie parece tener el menor interés por el nuevo. Si eso cambia algún día, será la prueba de que uno ha conocido el reconocimiento a su labor, cuando los periodistas anden nerviosos ante la eminencia del nuevo, y hayan olvidado el antiguo. Los escritores se dividen en dos grandes grupos. Uno, de escogidos, integrantes del famoso club de las almendritas saladas, y dos, todos los demás. De los primeros se hacen esta clase de gacetillas: «Fulano

está acabando su nueva obra, que según todos los indicios y lo que hemos podido saber en sitios bien informados, será una nueva obra maestra»; de los otros, si acaso dicen algo, será algo parecido a esto: «Mengano acaba de publicar una cosa, que aún no hemos leído, pero que por lo que se cuenta por ahí, tampoco es nada del otro mundo». En un caso se juzga, positivamente lo que ni siquiera es, porque no tiene ser aún; en el otro, no se quiere juzgar, y eso ya es un juicio negativo. Etcétera.

A las dos horas, el responsable de cultura de *La Vanguardia* vino a buscarnos al hotel, al que comparte el premio con uno, un sueco que se llama Jostein Gardner, que ha escrito un libro de divulgación filosófica, a su mujer, y a mí. Al amigo de *La Vanguardia* tenía que haberle dicho algo, no sé, darle las gracias por las atenciones, pero con el nerviosismo de las presentaciones no se me ocurrió nada, de lo que ha debido deducir que uno es un desagradecido o alguna otra cosa peor. También es la falta de costumbre. Bajamos los cuatro a pie hasta el periódico. No teníamos nada de que hablar, y había que hablarlo en inglés o en francés, a escoger. Los suecos eran dos tipos simpáticos, vestidos de mala manera. Unos cincuenta años. Él es profesor de instituto, y viven en un pueblo, según informó él. La mujer, a su lado, no decía una sola palabra. Caminaba ella con los brazos cruzados, como si tuviera frío. Cuando el marido contaba todo eso del instituto y su pueblo, me estaba entrando ya sueño: un pueblo sueco, todo el día a oscuras, nevado, con un frío polar… Será interesante leer lo que un hombre con esa vida ha escrito de los presocráticos, de Grecia, de Homero y de Dionisos, y lo que entiende de todo eso. Él llevaba una camisa negra, con una corbata oscura y un trajecillo, negro también, lleno de arrugas, con bolsas en las rodilleras del pantalón, de esos que se compran en unos grandes almacenes de alimentación, a las afueras de las ciudades. Le sentaba mal, con lo que íbamos a juego, y ella iba poco más o menos a tono con nosotros, con una toquilla o pellerina de lana, pantalones negros, camiseta negra también de terciopelo, con algunos bordados negros en ella. Llevaba en los dedos una gran cantidad de bisutería comprada a esos *hippies* ambulantes que se ponen en las calles de París, de Londres o de Albacete, pero las manos eran las de una mujer que se las ha desdichado en las tareas domésticas,

enrojecidas, ásperas, con las uñas saltadas. Anillos de plata, sencillos, con piedra vistosa o de río, y formas psicodélicas. Él resultó un tipo afable, desinhibido, del montón. Hablaba de sí mismo con convicción y de sus libros, lo mismo. Los citaba por su nombre en español, aunque no era en español en lo que hablábamos. Al hablar gesticulaba mucho con las manos, como si le hablase a un sordo, sonriente y convencido de lo que decía. Creo que la mujer iba distraída, aburrida de una conversación que habrá oído cientos de veces antes en todos los lugares a los que habrá tenido que acompañar a su marido en los últimos dos o tres años. Durante todo ese tiempo se habló de él y de los libros que había escrito o pensaba escribir. Lo hacía con elocuencia y entusiasmo. Supongo que por timidez, o por suequismo, no se atrevió a preguntar a qué me dedicaba, si era escritor, dónde vivía, en fin, *les petits mots*, y como el trayecto del hotel a *La Vanguardia* no era demasiado largo, tampoco hubo tiempo de profundizar en lo que hubiera podido ser una gran y duradera amistad. Allí nos esperaban los capitostes del periódico, todos con sus trajes impecables y oscuros. Hombres en su mayor parte. Fue un acto breve, en el que me quedé atollado en una frase pronunciada en uno de los discursos: alguien le llamó a Don Juan de Borbón Su Majestad. Los discursos seguían para adelante, y yo no hacía más que darle vueltas a la frase. Quiso decir seguramente que don Juan fue verdadero rey de España hasta que abdicó en su hijo, dos años después de que las Cortes le proclamaran Rey. Y antes de que me diera cuenta, estaban llamándome por el nombre; di un paso al frente, puse cara de infinito agradecimiento, con una sonrisa seguramente mayor de lo que hubiera sido preciso, recibí un objeto que parecía un huevo de madera partido por la mitad con una cosa metálica dentro, que aseguraron era una escultura original de alguien, y en ese momento los *flashes* de los periodistas me despertaron del estado de cretinismo en el que había caído con un talón bancario en la mano. Un amigo mío dijo luego que debía de protestar, porque el dinero tenía que compartirlo con el sueco, pero que, en cambio, no me habían dado «medio premio don Juan de Borbón». La gente cuando tira con pólvora ajena se pone muy ingeniosa. Yo estaba muy agradecido incluso con la mitad, pero las retenciones fiscales redujeron tanto la munición que hacen difícil

por el momento pensar en una conversión juanista. A las once y media habíamos terminado y estaba de vuelta en el hotel, sin cenar, corrigiendo pruebas, que quería entregar en la editorial por la mañana.

Resultó todo bastante extraño, como si me hubiera tocado salir a escena con un papel que no era el mío y del que no tenía aprendido nada. Ni siquiera cuando quiso uno agradecer a los tres miembros del jurado que votaron mi libro, la cosa resultó lógica. Estuvieron conmigo como había estado yo con el sueco, amables y en una nube. Daba la impresión de que todos queríamos escapar de allí cuando antes, para volver a casa.

En cuanto llegué a la mía lo primero que hizo G. fue tomar posesión del trofeo e intentar desarmarlo para ver de qué está hecho por dentro, tarea en la que lleva dos horas, ayudado por unos alicates y el destornillador.

ES Miércoles Santo. De nuevo ha vuelto a correr el agua por las callejas y las goteras del tejado parecen haberse restañado por ellas solas, milagrosamente, quizá al contemplar en las paredes las humedades que semejan Tapies genuinos, muy indicados últimamente para sanar cualquier mal físico y mental. Está el campo florecido, sobre todo esa ladera del Lagar del Castaño, cubierta con un manto morado de flores que vistas de cerca no son más grandes que la cabeza de una cerilla…

Fuimos al Jueves, el mercado que esta semana se celebraba el miércoles, porque mañana será fiesta. Estaba el puesto de los salazones, el del especiero, el del alfarero, los de las gentes que vienen de las huertas de Miajadas con las primeras hortalizas de la temporada y los de todos aquellos que venden los productos locales, las criadillas de tierra, los espárragos trigueros, los cardillos… Y con qué fe en la vida gritan de un puesto a otro los propios ambulantes, para jalearse, para encender la curiosidad de los apáticos, para envolverlos en la fina red de unas apetencias aún no despertadas.

Todo lo de Madrid se va disolviendo poco a poco, hasta no quedar nada, como se eliminan las piedras del riñón. Y más delicioso aún es que eso ocurra detrás de un olivo, con la nariz levantada para oler el aire perfumado de la primavera.

Por suerte, la presencia de todo es tan real, que parece que no hay en la vida de uno más que los zarcillos, los espárragos trigueros,

el fino manto de flores, el perfume del aire, el aleo de las primeras abejas, el alma de las tempranas hojas hablándole de tú a tú al alma de nuestras ramas viejas, el surtidor nuevo elevándose del oxidado caño de este viejo corazón, la rueca del agua en la calleja y el lino musical de las estrellas, y el milagro repetido, más milagro aún porque se produciría con nosotros o sin nosotros, de la rueda de la vida, ideal, rodando sobre su eje e incorporando a ella todos los otros ejes.

HACÍA un gran día de Viernes Santo, es decir, con esos cielos arrebatados y teatrales que se llenan más que de nubes, de telones aparatosos que se levantan y caen sobre el escenario como para acoger o despedir obras de apoteósico éxito, hasta fracasar por completo en algo anubarrado *y feo*, tipo Hamlet, que acabó por reducirnos y llevarnos al pie del fuego de una chimenea. ¿Puede esperarse un día más completo?

Y en esas horas medio muertas aprovecha uno para remozarse los recuerdos de los libros viejos leídos hace veinte años. Este de Azorín, aquel de Unamuno, este otro de Ramón sobre Azorín. Qué ilusiones infinitas del uno en el cambio de España, que afán indesmayable del otro, qué voluntad de levantar una obra de la nada, como telón también del escenario vacío. Y cuánto arrebato en Unamuno, con aparato eléctrico incluido. Y esa pobre biografía de Gómez de la Serna, cuya incontinencia acaba delatándole, pero no es lo más grave que hable más de sí mismo que de Azorín, sino que habla de sí mismo sin decir nada, y cuando lo dice, ni siquiera se da cuenta de lo que ha dicho, en su acarreo infatigable. O mejor, en su cacareo, tan talentoso.

La vida en el campo está hecha de estas repeticiones. Los mismos fuegos, las mismas lecturas, las mismas estaciones. Y si hoy ha sido un día perfecto de Viernes Santo, también fue perfecto el de Jueves Santo. Dimos un larguísimo paseo, casi dos horas. Por el gusto de tenerlos en la mano, cortamos iris, sabiendo que se agostan a los dos o tres minutos, y luego los dejamos a un lado del camino, ya marchitos, como la guirnalda que perdió la ninfa de aquellos abruptos encinares, mientras las nubes blancas, hinchadas como el velamen de una carabela, se agitaban vehementes de un lado a otro del cielo azul enfático, moviendo la capa con ademanes de predicador de púlpito. ¿Fue esa imagen la que le sugirió a mi

torcido subconsciente el sueño de esa noche? Ahora, cada noche, se suceden verdaderas epopeyas en mi cabeza. Unas temporadas no sueña uno nunca; y otras, no pasa una noche sin soñar. Íbamos unos cuantos a una habitación amueblada con bancos como los que hay en una iglesia. Seríamos lo menos ciento cincuenta o doscientos catecúmenos. Iba a dar una conferencia Ferlosio. No cabía un alma más allí dentro. Cuando todos esperábamos que el conferenciante empezara a hablar, sacó de entre las ropas de su gabán sobrado, como un mendigo, un teclado eléctrico en el que se puso a interpretar los aires populares de un chotis. De vez en cuando sus dedos, demasiado grandes y gordos, se atascaban en las teclas, menudas y estrechas, con lo que el sonido salía equivocado o confuso. En ese caso, volvía unos compases atrás y afrontaba el pasaje en el que se había atascado como ese caballo que ha de saltar el obstáculo en el que ha fracasado unos segundos antes. La gente, ante tamaña tomadura de pelo, reaccionaba furiosa. ¡Qué poca vergüenza! ¿Dónde vamos a ir a parar?, protestaban llenos de indignación. Así que empezaron a levantarse y a marcharse. Ferlosio parecía disfrutar con su piano portátil y no prestaba ninguna atención al público. Mientras, a su lado, se encontraba D., su mujer, que iba leyendo fragmentos de un libro del Doctor Camisón, medio pariente de Sánchez Mazas, del que este heredó fincas y casas. El libro había sido editado a mis espaldas en *La Veleta* por el Juez de Granada. Cuando no quedaban en el local más que cinco personas, F. dejó de tocar y se nos quedó mirando con expresión inalterable y seráfica. Entre los cinco, se contaban tres discípulos suyos que no hacían más que indignarse con todos los que se habían marchado: ¡Qué poca vergüenza la de ellos! ¡Qué falta de todo hay en España! ¡Vamos, cuánta ignorancia! Y F. se volvía a su mujer y preguntaba: Oye, y estos, ¿qué dicen?

El sueño no significa nada ni tiene ningún interés. Lo consigno únicamente como prueba de que en alguna parte de uno queda siempre una reserva de inventiva a donde la imaginación no llega nunca. Me despertó el ruido de mis propias risas, y el de los pájaros, que parecían haber salido en ese momento también de mi cabeza a aplaudir la función.

POCAS cosas hay comparables a esas tardes en las que uno se dedica, con una voluptuosidad difícil de describir, a revisar con

atención los papeles comprados con alguna precipitación en el Rastro. Fueron en esta ocasión unos centenares de «*Los Lunes del Imparcial*». Debió de coleccionarlos un hombre meticuloso y ordenado. Son de hace cien años. Los dobló con esmero, de modo que esa hoja, de tamaño tabloide, queda reducida a menos de lo que ocupa un sobre de carta. Así que la operación de leer cada una de ellas conlleva una cierta liturgia, desdoblando los cinco o seis terminantes pliegues, hacia un lado, hacia otro, para arriba, para abajo, todo hecho como si se manejara frágiles papiros, porque lo cierto es que el papel, pajizo y de mala calidad, se quebraría al menor descuido en el momento que fuese manipulado con desatención. Así que después de tardar medio minuto en abrir la hoja, el ritmo de la lectura es igualmente sosegado. Quizá su anterior propietario pensara en eso. Es muy probable que tales hojas no hubieran sido desplegadas desde que ese hombre decidió guardarlas con intención de volver sobre ellas. Las primeras son del año doce y las últimas del año dieciocho. Están cuajadas de colaboraciones de Unamuno, Valle Inclán y Pérez de Ayala, así como de poemas de Icaza, Cansinos o Villaespesa. Juan Ramón Jiménez publicó en ellas alrededor de 1914 una gran parte de los que más adelante compondrían sus *Sonetos espirituales*. Y junto a estos poemas bellísimos, también de J. R. J., otros medianos o malogrados.

La impresión que recibe uno de tales colaboraciones es, en cierto modo, muy diferente a la que obtenemos de esos mismos textos en libro y, no digamos ya, a la que nos produce en una reedición actual.

Así ocurrió cuando le salió al paso a uno el extraordinario soneto que tituló «Octubre», y que nos sabemos en casa de memoria: «Estaba echado yo en la tierra, enfrente / del infinito campo de Castilla…», y que termina con aquel «… el árbol puro del amor eterno». Fue una emoción enorme, la ilusión de que quizá fuese uno lector suyo de entonces, que podría, si quisiera, acercarse a ver al poeta a su casa, y por lo mismo, no parecía sino que lo tenía allí mismo, tumbado en el sofá, sin hacer nada, mirando por la ventana los olivares de Las Viñas. Resultaron horas de extraordinaria sugestión, el fuego, los papeles viejos, el silencio, la demorada lectura de unos artículos viejos que llegaban cargados de

ideas y palabras muy vivas aún, como camellos extraviados de una caravana, con sus presentes, sus mercancías exóticas, sus providenciales provisiones, tan necesarias ahora que se están acopiando para *Los nietos del Cid*. Y yo allí, tomando notas como un geógrafo que se adentra por primera vez en unas tierras vírgenes, sin saber aún qué forma tiene el país del que está levantando el mapa.

Cuando nos cansamos de leer, salimos al que pensábamos iba a ser el último paseo, el más largo de todos, apurando la raya del atardecer, contra la luz del horizonte. Los caminos estaban flanqueados de espinos en flor, las charcas, abundantes por las muchas lluvias, ponían con sus rebrillos de última hora una alianza en las praderas y berrocales, y muchas, florecidas también, se tapizaban con un tupido mantel de margaritas blancas, que invadían las suaves lomas de los encinares. Respirar se convirtió en algo tan balsámico y goloso, que al hacerlo no parecía sino que estuviésemos dragándonos con algo muy dulce y suave al mismo tiempo.

Llegamos de noche a casa. Al salir no tuvimos la previsión de encender ningún farol, de modo que el regreso fue como si lo hiciéramos a una casa del siglo pasado, antes de la invención de la luz eléctrica.

A veces echa uno de menos aquellos meses en los que la casa la gobernábamos con candiles de aceite y con velas. Y ya no volveremos a conocerlo. Estaba en nuestra mano vivir así, pero metimos la electricidad en casa, y todo aquel mundo a lo Francis Jammes retrocedió para siempre, a su rincón misantrópico, donde acaso nos espera.

El paseo de ayer fue tan completo que hoy, poco antes de regresar a Madrid, lo repetimos, para que no se nos olvidara en mucho tiempo: las charcas florecidas, las laderas cuajadas de florecillas moradas, los mosquitos tejiendo sus coronas en el aire limpio, el fondo nevado de la sierra de Gredos japonesando el infinito…

Quizá fuesen esas cumbres nevadas las que nos sedujeron como Dido a Eneas, porque dejamos la carretera nacional y nos dirigimos a Plasencia, con el fin de ver este año los cerezos floridos. Siempre nos decíamos: un año iremos. Lo tenemos al lado, pero nunca se

emparejaban las circunstancias. Es algo que ya lo dan en las noticias de los telediarios, y eso sin duda le quita atractivo, porque parece sumarse uno a un espectáculo vulgar y superficial, pero un millón de árboles desbordantes de flor le hacen olvidar a uno incluso el *marketing*. No deberíamos emplear esta palabra para eso. No era un espectáculo, sino un acontecimiento de naturaleza prodigiosa. Los cerezos, que crecen en las orillas mismas del Jerte, suben por los bancales hasta las faldas de la cordillera de Gredos, como si fuesen sus enaguas. El encaje de las flores se interrumpe solo cuando empieza el lino de la nieve, y de ese modo uno no sabe qué atender antes, si a la alegría que le produce algo tan imprevisto o a la tristeza que se anuncia en los millones de pétalos que cubren el pie de los árboles, anunciando un fin cuando todavía no se ha cumplido su principio.

Recorrimos el valle despacio, sin bajar del coche, y cuando llegamos al final, nos dimos la vuelta, y para entonces la mitad de los cerezos ya habían dejado caer sus flores, y de eso nos dimos cuenta todos, de manera que salimos de allí deprisa, como quien huye de un lugar en el que sospecha que la indiscriminación de la muerte le va a pillar a uno en medio, en un voraz remolino, como el buque que se hunde.

La entrada en Madrid fue penosa. Nadie quería decir una palabra. Cada uno rumiaba sus propias ilusiones perdidas. Acabamos el día frente al televisor, viendo *La torre de los siete jorobados*, que es muy mala, pese a la moda que asegura lo contrario. Pero aparece en ella un Madrid que ya no existe, viejo, con caserones vetustos y entradas cocheras, con faroles de gas afilando su lengua contra la noche fría y chisperos que llevaban sus pértigas al hombro («ganaderos de estrellas», habría dicho Ramón), llenándolo todo de penosas sombras en busca del alma que no tenían; un Madrid sin coches, con gentes que se mueven de un lado a otro andando, vistiendo las galas del día y perdiéndolas a las pocas horas, como los cerezos del Jerte, en menos de lo que se dice aquí, en un suspiro.

HABÍA salido a cenar con dos amigos. Cuando volví me tropecé en el portal con dos tipos, un tío y una tía. Estaban a oscuras. Les bastaba la luz que entraba por el montante del portal y se tendía sobre las losas de granito como una alfombrilla sucia. Al encender

la luz los vi. Me llevé un buen susto. La muchacha estaba en cuclillas. Sostenía en una mano un trozo de papel de plata y en la otra la llama de un mechero. Al entrar y encender la luz, la muchacha, sin levantarse, alzó hasta mí, desde su infierno, una mirada inexpresiva, con algo, si acaso, de lástima, de indiferencia, de qué estás mirando, gilipollas. El muchacho se quedó en medio del portal, de pie, sin saber qué hacer. Llevaba caído el brazo, remangado, desnudo, y de los dedos le colgaba la cuerda con la que acababa de hacerse el torniquete. La jeringuilla se le había quedado prendida a la vena y le colgaba también como la banderilla de un toro. Cayeron dos gotas de sangre. He vuelto a verlas esta mañana sobre la piedra. Me pareció que debía decir algo. Tuve miedo, y por eso la primera palabra que salió de mis labios fue un taco, no sé, lo que menos quería era enfrentarme, mientras me disponía a apretar el paso y huir escaleras arriba. El muchacho, que debía de ser muy buena persona, se asustó al oírme decir aquello, pensó que quizá fuese alguien violento o calibró el susto mortal que acababan de darme, y me pidió disculpas. Lo siento, dijo, termina ella y nos vamos, no se preocupe, de verdad, nos vamos ahora mismo, no se asuste. Atropelló todas estas palabras. Estaba muy nervioso. Sentía miedo, acaso más que yo. Apenas podía sostenerse en pie. Se le caía el cuerpo hacia un lado y hacia otro, al mismo tiempo, como un cadáver que no halla su centro de gravedad en ningún punto. Yo esperaba que dejara de tambalearse para pasar. No quería que se me cayera encima o que aquella jeringuilla me rozara. Sentí un asco ofensivo. La cabeza le dice ahora a uno que no debería haberlo sentido. Pero fue lo que sentí. Tampoco tuve tiempo de mirar más. La muchacha ni siquiera se incorporó. Solo quería que le pasara su amigo la jeringuilla, sorber con ella el líquido del papel de plata y salir corriendo de allí. En cuanto me vi a salvo, subí las escaleras de dos en dos. Al llegar a casa me asomé al balcón, para ver si salían. Solo tenía miedo de que se muriesen en el portal y que R. se los encontrase a las siete de la mañana, al ir al colegio.

Sobre la piedra han quedado dos gotas de sangre, ya secas, pero con un brillo siniestro, y el papel de plata, tiznado, y la colilla de un cigarrillo y otra de un porro, pero toda esa porquería, teniendo en cuenta el estado general de nuestro portal, no lo empeora en absoluto. Incluso se diría que lo adorna, con su decoración canalla.

G., que había asistido durante el desayuno al relato de la escena, estaba impaciente por bajar para encontrarse no sabía qué. Cuando descubrió las dos gotas de sangre, se entusiasmó con ese horror que solo a esa edad se siente por la muerte o lo prohibido, y con él traficará esta mañana en el patio del colegio entre sus compañeros, mediante hiperbólicas historias.

LA escena resultó, en medio de todo, divertida. Pretendía que le pagara el prólogo de las poesías de Gálvez antes de que me lo entregara. Me preguntaba: «¿Cómo no te voy a dar el prólogo? ¿No tienes ya la antología con todos los poemas? ¿Dónde has visto tú que se publique una antología sin prólogo? El primer interesado en que salga con prólogo soy yo». Entonces yo le decía, tienes mucha razón, y por eso, como tú eres el más interesado en que aparezca con prólogo, seguramente serás también el más interesado en escribirlo, porque si no lo escribes antes va a ser más difícil poder publicarlo. Así que lo trajo. Él llevaba en una mano su prólogo y yo en otra un cheque de la editorial. Con la otra cogí el prólogo, sin soltar el cheque, y él hizo lo mismo, cogió el cheque sin soltar el prólogo. Forcejeamos un rato y al fin soltamos los dos al mismo tiempo. Con el prólogo me dejó las pruebas ya corregidas, según él. Así que he tenido que dedicar el fin de semana a enmendar erratas y faltas de ortografía como para empedrar el camino que nos llevará a todos al paraíso de las huríes. El fin de semana perdido en Gálvez ha sido, sí, como la guerra santa: muerte a cambio de nada.

HABRÍA querido uno empezar este nuevo cuaderno de otro modo. No es tanto que sea feo, con las pastas de plástico, sino por la primera anotación que va a figurar al frente.

«Me gustaría que me recordasen autocrítico y humilde», destacan los periódicos hoy en la muerte del profesor A. ¿Cuáles son los frutos de la humildad? La humildad es algo que solo reconoce el prójimo, así que cuando alguien quiere que se le recuerde humilde, parece mendigar a los demás una mentirijilla piadosa.

BROMEABA sobre la superstición y la humillación, al mismo tiempo, de ese rito de leer las críticas de su libro sin esperar a subir a casa, junto al kiosco de los periódicos. Por lo que se ve es bastante común. Con la segunda de sus novelas, de los nervios, se le cayó la calderilla delante del quiosquero. Atropó las monedas como pudo, las dejó encima de un montón de periódicos, recogió el suyo, y salió

de allí dominándose los nervios y clavando los pies al suelo para no salir corriendo y llegar cuanto antes al lado de la acacia junto a la cual, cuando la primera novela, había leído una crítica favorable. En esa segunda llegó a creer no tanto que si leía la crítica junto a la acacia también la crítica sería favorable, sino al revés, que si no la leía en ese lugar, sería desfavorable. Y ahora, quince años después, recordando eso, cuando las cosas no han sido como uno pensaba que podían haber sido, se reía y se compadecía con cierta piedad de esa chifladura no del todo extirpada.

ESTABA deseando que llegara M. a casa para leerle la carta que acababa de llegar. El remitente, según me recuerda, me envió hace un año otra, la primera. Acompañaba entonces a un libro viejo, los poemas de cierta poetisa cartagenera que él estimaba, que quería regalarme en gratitud a todos aquellos momentos en los que estos diarios le habían hecho compañía y le habían confortado. Era una carta preciosa. Luego envió una más, que quedó sin respuesta. También lo recuerda en esta. Después fui yo mismo quien aparecí por la ciudad de *** a una lectura de poemas. Dejo que sea él quien lo cuente. Por una vez alguien relata la vida, la nuestra y la vida en general, sin que sea uno consciente de ello, como en un juego de espejos…

Aquel día en su ciudad, después de la lectura, se acercó a saludarlo, y no le reconoció. Debió decirle, soy fulano de tal, y debió de poner cara de ¿no te acuerdas de mí? A su vez se le notó un no me acuerdo de ti, pero sonreiría de ese modo que significa: para que no pienses que no me acuerdo de ti. El desconocido sufrió con su frialdad. Pensó entonces que el escritor estaba demasiado ocupado saludando a unos y a otros, o que se debía a amigos principales o más antiguos. Se sintió insignificante, decepcionado de que la persona que había escrito unas páginas que tan cerca habían estado de él, quisiera mantenerse lejos en tal ocasión. Naturalmente aquella galerna sentimental ocurría delante del escritor, aunque este fuese ajeno del todo a un sufrimiento que acaso hubiera podido evitar si hubiese tenido un poco de memoria o dotes de fingimiento suficientes como para darse tiempo, hasta caer en la cuenta de quién se trataba, como tantas veces ocurre. La carta que ahora le estaba dirigida venía llena de comprensión. El amigo desconocido se hacía cargo de que no pudiera o no quisiera responder su carta u

otras parecidas a ella. Relataba incluso en la suya una pequeña anécdota extraída de los diarios de Julien Green. Cuenta este escritor francés una historia curiosa. Un lector agradecido se dirige a él para testificarle lo importante que la lectura de sus libros ha sido en su vida. El escritor le contesta en una carta amistosa, en la que le da las gracias a su vez por la gentileza. El lector toma esa respuesta como el principio de una relación epistolar con su venerado escritor, y se apresura a contestarle con otra carta que, naturalmente, queda sin respuesta. A esta siguen algunas más, en las últimas de las cuales le reprocha, ya desilusionado, ya vagamente airado, que no se digne contestarle. Julien Green toma al fin pluma y papel y en una misiva escueta y educada, le pone a su lector frente a un grave dilema. Asegura usted admirarme, le dice, por los libros que escribo, en los que ha hallado compañía y solaz, y quiere extender su admiración a unas cartas que me es de todo punto imposible escribirle, pues de hacerlo dejaría de escribir, por falta de tiempo, los libros que tanto asegura que le acompañan, viniendo a quedar usted entonces más solo que antes de que los hubiese leído y que antes de que nos carteáramos. Ha de elegir usted entre mi obra y mi correspondencia.

Unos escriben unos libros que mueven a otros a escribir unas cartas, pero el escritor de libros no puede a menudo responder esas cartas, etc.

Y el desconocido de *** confiesa al fin en la suya que ha comprendido que la verdadera correspondencia con un escritor es con su obra. No puede ser de otro modo. Solo quería decirle eso…

Pero a veces, raramente, cierto, una carta es también prolongación verdadera de la propia vida, de la propia literatura, y en ese caso uno tiene la obligación de responderla. De modo que en pocas ocasiones tomo con tanto gusto un papel y, a mano, da uno principio a una carta con estas dos palabras sentidas de verdad, «Querido amigo»…, aunque en realidad no nos conozcamos.

ESTAR aquí en un día tan gris y lloviznoso. Sin nadie. No es ni siquiera un día triste. No es nada. El color de las lilas, del árbol del amor, de las primeras rosas, se ha debilitado, como disuelto con la lluvia, y es un color de nadie. A la ventana llega de vez en cuando un pájaro que golpea el cristal con el pico. Convencimiento de que ese ruido seco, sordo, monótono le atrae y fascina más que su

propio canto, solo porque no es suyo, y seducido por él, como Ulises, se deja perder el día en tan fúnebre melodía, que sepulta otra, única y verdadera.

DURMIÓ mal. Le irritaba pensar que estaba nervioso, que la publicación de su libro le quitaba el sueño. Era penoso. De modo que cuando uno se hace viejo, pensó, las cosas son igual que antes, solo que además el hombre apenas se basta a sí mismo para dominar una ansiedad de éxito, que eso no solo se cura con los años, sino que se acrecienta y agrava. Se despertó un par de veces en la noche, y hubo de reconocer: es esto lo que me despierta. Un raro sabor subió a su boca. Los trabajos domésticos como cortar leña o acarrearla a un lugar, cavar los rosales y podar un seto de arrayanes le distrajeron un poco, como un simulacro de vida. Incluso una pertinaz y providencial faringitis consiguió distraerle de lo otro, de ese libro a punto de aparecer. En realidad teme el juicio, incluso de las personas que no estima. Sobre todo de estas. Y este es un hecho que encuentra aún más humillante.

En medio de la noche miró el reloj. Eran las cuatro y media de la madrugada. Si pudiera conservar el humor, se dijo. Se acordó de los náufragos. Un novelista debe conservar el humor como un náufrago debe conservar la calma. En ese instante la asociación le hizo sonreír. No es suficiente, pensó. El humor es algo más que esta triste sonrisa en mitad de la noche. El humor es una manifestación del hombre sin sociedad, el humor es a lo que más puede aspirar, en lo que a sociedad se refiere, el alma de un solitario.

Todo eso lo sabía, pero al mismo tiempo que temía lo nuevo, estaba obligado ese día a revisar lo antiguo. Debía de ponerle un prólogo a una novela antigua. Quiso refrescarse la memoria con las cosas que dijeron de aquella obra los críticos. Buscó la carpeta de las críticas. ¡La carpeta de las críticas! ¿Puede haber algo más deprimente que ese cartapacio? ¿Hay un lugar, en la vida de un escritor, más triste? En ese momento recuerda cómo fue él mismo cortándolas con las tijeras cuidadosamente de los periódicos y revistas donde aparecieron. Igual que si cortara una mortaja a su medida. Patrones de su misantropía. Él mismo las dobló con cuidado y allí las dejó, como quien entierra parientes pobres en la fosa común. Volvió a leer alguno de esos papeles. En unos casos una tibia simpatía, una tenue esperanza. En otros, la mayor parte, una

hostilidad acre y calculada, un desdén poco misericordioso, una inconsciente malevolencia. Humor, humor, se repite, lo mismo que el náufrago grita calma, calma, en el justo momento en que salta por encima y patea a una mujer tan aterrada como él para lograr una plaza en el bote salvavidas.

Y vuelve a guardar los papeles como restos de una exhumación poco gloriosa en la carpetilla de cartón en la que los cordones elásticos se han quedado muertos y sin fuerza por el paso del tiempo, metáfora de todo lo que aprisionan en ella.

VALDRÁ contarlo, acaso, por lo que hay en ello de esperpento, uno, que aborrece el esperpento. Pero la vida está llena de ellos. El triunfo del barroco en España no fue consecuencia de una sangrienta batalla, sino un paseo militar. Y esperpento no es, como creyó Valle, la realidad devuelta por un espejo deformante, sino lo que nos devuelven las lisas, muertas, fidedignas superficies del espejo más liso y exacto de esta patria. El esperpento es una trasposición minuciosa de la realidad, sin traducciones, sin matices. Por eso tiene tan escaso valor para la literatura y para el arte.

En los diarios a menudo no se hace literatura. Le telefoneó X… Cada día le resulta a uno más difícil contar las cosas en primera persona. No ya por la fatiga del yo o por la fantasía del niño solitario que se inventa un compañero para sus juegos y coloquios, sino por la esperanza de que le hubieran sucedido a otro.

Le telefoneó X. Tenía fama de gafe, recordó, así que apenas le dijo su nombre, hizo el gesto profiláctico de los supersticiosos y clavó en la mesa su dedo índice y su dedo meñique, como si los enchufara en ella. Le escuchó con inquietud, temiendo que el talismán no fuera suficiente para las desgracias que podrían sobrevenirle. También pensó, ¿cómo ha conseguido ese hombre este teléfono, si no es amigo mío, si no le conozco? El otro hablaba con la seguridad de alguien familiarizado con los sinuosos pasillos y angostas antesalas de la vida literaria española desde hace cincuenta años. Pensó también, ¿cuántos años tendrá ese hombre? ¿Setenta? Y apartó de sí esa idea, por pornográfica y, tal vez lo más deprimente, por premonitoria: ¿Es así como vamos a acabar todos?

Se había enterado de que uno formaba parte del jurado de un premio al que él, casualmente, había enviado un libro, y telefoneaba no para pedir el voto, no, desde luego, sino «para saber

tu opinión, que es lo que más me importa».

Necesitaba de todos modos un señuelo, y creyó hallarlo en la invitación para que se pasase por su estudio, donde asila unos miles de documentos, cartas, fotografías, de los escritores de la posguerra española, Ruanos, Celas, Marañones y demás alhajas, pero como perro viejo no dejó claro si allí le dejaría olerlos, tocarlos, admirarlos o, incluso, llevarse algunos.

El interpelado le prometió sin titubeos, como no podía ser menos, su voto, y más cuando el otro manifestó su entusiasmo por «ese libro tuyo, cómo se llama, sí, ay, mi memoria, ese libro en el que viene un ensayo sobre… Mingote». ¡Mingote!

La promesa del voto y la seguridad del premio, le volvieron parlanchín. Empezó a contar chismes de escritores, en la seguridad de que al interlocutor, tan amante de los libros viejos y de los autores que él tuvo la suerte de tratar, esos eran los dulces que más podían gustarle. Derrochaba simpatía, pensando sin duda, a este le tengo ya en el bote. En menos de diez minutos desfilaron por la conversación anécdotas de Ruano, de Wenceslao Fernández Flórez (borracho), otra de Asquerino (su mujer) y de Benavente, otra de Tomás Borrás y su biblioteca, otra de Baroja… Esta tenía su gracia. X había escrito un artículo sobre el escritor vasco, que le llevó para que lo leyera este antes de publicarlo. Baroja lo corrigió de su puño y letra. Donde decía el periodista «Baroja vive en una casa de la calle…», Baroja añadió «Baroja vive en una *buena* casa de la calle…».

Como aquello podía eternizarse, al final pretextó algo, con palabras de aliento. Cuenta, sí, con mi voto, repitió. Y el otro le correspondió, ya sabes dónde está mi despacho con todos mis tesoros esperándote.

Tiene que haber una manera de salir de esas situaciones más o menos bien. Salir de eso como un señor, y no como un merchán. Tiene que haber una manera de saber si uno es el señor o el merchán, un manual donde venga escrito qué se debe hacer en esos casos sin que nos vengamos abajo.

PARA conmemorar este 23 de abril se publica un artículo hoy en un periódico: «Los expertos (Arrabal) reconocen la homosexualidad de Cervantes».

En ese noble espíritu cervantista, reproducen también los

periódicos el discurso de C. para agradecer el premio Cervantes. Citas en él de Shakespeare, Tirso de Molina, Antonio Machado, Schiller, Schopenhauer, Gutiérrez Gamero, Amiel, san Agustín, Gracián, Cervantes y Goethe. Todas parecían haber sido obtenidas de un libro de citas literarias. Y esa prosa de casticismo y resabio de la lengua, del que escribe como se escribe, y no, tal y como enseñó Cervantes, como se habla. Lo ha dicho uno muchas veces: el primer premio Cervantes sería para Lope. Podría añadirse ahora: Y el segundo, para Quevedo.

Y nada como inmortalizar a alguien para poder… insultarlo, vejarlo y humillarlo eternamente.

QUÉ cosa tan extraña. Nos pusieron a M. B. y a mí, en un almuerzo, en la misma mesa de Bobillo. Resultó una persona encantadora, razonable, decía cosas que estaban bien, en fin, todo normal. Me tendió la mano y me saludó amabilísimo. Habló con uno como si no hubiese ocurrido nunca nada y, desde luego, sin sospechar que yo estaba al corriente de toda la simpatía que me profesa. Sin duda la cesantía le ha devuelto su condición mortal.

VINO M. G., el librero de viejo, a llevarse unas cajas de libros, muchos de estos enviados por las editoriales sin duda confundidas con lo que pudiera hacerse por ellos, y otros, libros viejos comprados Dios sabe hace cuánto tiempo y en qué terraplenes, leídos o no, buenos o malos, lanzados de nuevo al arroyo del que salieron un tiempo. La mayor parte de estos libros viejos uno se los ha echado al morral pensando que sería injusto abandonarlos en la intemperie donde los sorprendió, pero ahora no le duelen prendas, y vuelve a arrojarlos a la calle, sin preocuparse de su suerte.

Estaba R. presente y, por primera vez, me dio un cierto reparo que fuese testigo de ese regateo moro, allí, de pie, entre las cajas de cartón, maltratadas y restañadas mil veces en trasacciones semejantes, con un librero que más que hablar parece que pide justicia por las voces que da, sin que se dé cuenta de ello, asustado R. de que acaso se llegara a las manos dado el tono de la conversación. Una vez tranquilizado, tendría uno que decirle al chico que todo eso es en serio y en broma al mismo tiempo, una especie de dialéctica mercantil, y que una vez finalizada, las personas regateantes, si son amigos, saldrán a la calle y el uno o el otro se invitarán a unas cañas, o se regalarán unos libros, y en esa

invitación y en esas cañas, decididas en dos segundos, han gastado diez veces más dinero que lo que disputaban minutos antes durante media hora.

Fuimos a continuación a la librería, en la calle León, donde estaba citado con X.

X es joven todavía, no tiene cuarenta años aún, pero la vida le ha castigado con hachazos físicos y morales. Su aspecto, visto desde fuera, podría ser inquietante. El del propio librero lo es. Se parecen mucho, en las trazas. El librero tiene aspecto de uno de esos tipos sombríos que salen en las novelas de Mac Orlan, enjuto, cetrino, sin aliño indumentario, con los rasgos de la cara tallados por el cuchillo de los motines. Lleva el pelo revuelto, cortado también con el cuchillo de los motines, y barba de una semana, con cañones negros, duros, entreverados ya de otros canos. A veces para artistizarse, se deja unas patillas patibularias, que le prestan un vago aire romántico. Las venas del cuello son gruesas y fuertes, como las de los caballos. Al hablar se le abultan lo indecible y teme uno el estallido, el derrame. La mirada de sus ojos, un tanto turbia, se queda siempre atrás, como la de esa cría de lobo ante la que acaban de matar a la madre. Luego sonríe, y todo el trasfondo desaparece en el campo abierto de la inocencia. A quien no le conociera, le daría un poco de miedo; no sé, en una calle estrecha, oscura, viéndole venir de frente, no sabiendo quién es, le llevaría a uno a cambiar de acera. Lo gracioso es que él tiene los mismos sentimientos por el prójimo, y sería él quien cambiase de ribera. Para completar el tópico de las paradojas de la vida, se podría decir de él que es un pedazo de pan, por lo mismo que también hay putas todo corazón y nobleza. Su amigo X es un poco como él, más guapo. Está delgado como él, lleva el pelo rebultado como él y barba de una semana. Los estigmas de su cara son y no son de la misma naturaleza, como delatan sus ojos, muy bonitos, negros, brillantes, como los de un niño. Los ojos insondables del librero y los ojos negros del amigo se entienden perfectamente, sin necesidad de hablar, pese a lo cual se pasan la vida hablando, hasta las tantas de la madrugada, de todo lo humano y lo divino, el arte, los libros viejos, la guerra civil, las vidas derrotadas como las suyas. Verles juntos da una gran tranquilidad, porque piensa uno que no habrá nadie tan loco que quiera meterse con dos personas así, de modo

que se suma uno al cortejo con sumo gusto, y ya es un poco manada suya. Pero, qué engañados. Son dos almas benditas, en busca a todas horas del ideal. Lo fatigan por todas partes, el ideal artístico, el político, el poético, el ético. Resulta, dicho con absoluta seriedad, enternecedor. Es una lástima que en la bohemia esté todo tan encanallado, pero a estos dos amigos, en un régimen adecuado, se les podría abrir un proceso para subirlos a los altares.

Cuando llegamos, X estaba esperándonos. Llevaba puesta una chupa de cuero muy zurrada y debajo un jersey viejo de lana, con aspecto de rasposo y dado de sí, lleno de pelotillas y salpicado con manchas de pintura.

En cinco minutos se formó entre los tres una tertulia. La dependienta que tiene, seguía con su tarea, en el ordenador, oyéndonos como esas mujeres de los pueblos que hacían punto sin intervenir en las conversaciones de los hombres. Llegó la hora, se cerró la librería, la dependienta se despidió hasta el día siguiente y mis amigos se liaron un porro, sin darse cuenta ni siquiera de que era un porro. Ambos parecían dos gloriosos baluartes de las fuerzas derrotadas del general Custer.

X contó la historia de su abuelo, que llegó a ser el biógrafo de los Machado y de Baroja.

Este hombre se casó con una señorita de León y, tras el viaje de bodas, se instalaron en Madrid, en la casa de la madre de él. Ese primer día que tomaban posesión de su nueva casa, la recién casada vio con asombro cómo su marido entraba en el baño, seguido por su madre, que lo metió en la bañera y le enjabonó la espalda. La muchacha, que no daba crédito, esperó que acabaran, luego llamó a un aparte a su marido y le preguntó si le parecía normal que con veinticinco años siguiera bañándolo su madre, y le puso en el brete de la elección: o su madre o ella.

Se ve que la chica era de León, porque es esa clase de dilemas los que no hay que plantearle a nadie a quien la madre le sigue bañando con veinticinco años, así que la mujer tuvo que abandonar a los pocos días esa casa y volver a León, donde a los nueve meses nació una hija de un matrimonio que, no obstante, la República tuvo a bien deshacer.

Al poco tiempo aquella mujer separada (con gran escándalo de la sociedad leonesa, que siempre ha sido poco sociedad), conoció a

un amigo de Wilfredo Lam, que no se sabe por qué razón estaba en León, como no fuese porque ser amigo de un pintor que era ñañigo era insuficientemente surrealista si no se vivía en León, y se casó con él. La hija creció y pasó la guerra allí. Cuando la muchacha se hizo una señorita la enviaron interna a un colegio de Madrid, para que prosiguiese aquí sus estudios. En Madrid la muchacha se hizo amiga de una compañera cuyo novio se dedicaba a hacer películas. Un día, estos nuevos amigos contaron a la muchacha que iban a ir a una fiesta. Cuando estaban allí, este amigo le preguntó, ¿quiéres conocer a tu padre? Es aquel. Además de escritor y periodista, su padre se había convertido por esos años en un crítico de cine bastante reputado, que firmaba con el seudónimo de Donald. Azorín lo cita en alguna de sus crónicas cinematográficas. La muchacha, que no conocía a su padre ni lo había visto nunca, dijo, vamos. La amiga y su novio, Luis Berlanga, la llevaron a donde estaba aquel hombre y se lo presentaron. Así fue como conoció a su padre.

Aquel hombre, que jamás había mostrado el menor interés por ella, parece que empezó a intimar y a cobrarle afecto a la chica, que ni siquiera lleva su apellido, sino el de su padrastro.

La madre, en León, al tener conocimiento del encuentro, lo encontró una traición imperdonable…

Cuando más interesante se estaba poniendo el relato, se interrumpió, y ya no contó nada más. Le hubiera gustado a uno completarlo. Pero no había confianza como para decirle a X que las historias no se pueden dejar a la mitad.

El final lo he sabido hace un rato por otro conducto. El viejo, que se había vuelto a casar, dejó toda su biblioteca y su archivo a su hija, madre de X, que es quien ahora lo tiene, o lo que de él queda. Recuerdo que hace años un amigo de este X y de su hermano corrió por algunos libreros de Madrid el manuscrito de *Las aventuras de Shanti Andía*. Recuerdo cierto día a Julio Caro, en la librería de Muguruza, comentar ese asunto. Encontraba abusivo el precio que pedían por él, medio millón, y dejó que diera tumbos por aquí y por allá. Ayer X me confirmó que J. Caro acabó comprándolo, al cabo de uno o dos años, por un millón.

La madre de X es una señora estupenda. Un día me la presentaron. Era una mujer con muchísima clase, desenvuelta, culta, liberal, orgullosa de sus hijos y de lo que estos hacían en la

vida, por encima de las habladurías, de las apariencias y de los reveses que a veces se los devolvían a casa, con el casco roto, como los buques a la deriva.

Estábamos muy a gusto allí los tres. Leímos unas cuantas cartas de Pérez Ayala escritas por este a su mujer durante la guerra civil y que X había querido enseñarme. Las cartas eran penosísimas y de un servilismo sonrojante. Estaba deseando salir corriendo desde Londres a Madrid, para besarle las botas al general. Cuando lee uno documentos de esta naturaleza (al fin y al cabo no dejan de ser cartas de cierta intimidad, escritas por un marido a su mujer) no se sabe qué pensar ni qué hacer. De todos modos esas cartas se las pasó el propio Pérez Ayala al abuelo de X cuando este, poco antes de morir, había empezado una biografía sobre el escritor asturiano.

Y luego, cuando acabamos, salimos los tres amigos a la calle del León. No quedaba nadie andando por los alrededores, habían cerrado las tiendas y la mayor parte de las tabernas. Eso fue decepcionante. Me hubiera gustado que nos hubiésemos cruzado con alguien. Era como si le nacieran al fondo dormido de una acallada burguesía íntima unos deseos irrefrenables y camorristas de manifestarse. Pero nada, ni un alma, todo muerto.

SON las diez de la mañana. Tendría que ser una mañana soleada y pura de primavera, pero ha amanecido lleno de nubes graníticas y negras. Está toda la casa sombría. Apenas se ve con la luz natural y es preciso encender las lámparas para poder dar un paso sin tropezarse. En mi estudio es todo tan fúnebre, que la luz confitada de otras veces en esas horas, acompañada de la del día, se ha vuelto fúnebre, como de una candela mortuoria. Tiene uno la impresión de encontrarse en un pueblo de Escocia. La sola idea, de pronto, me hace feliz. Pero a esa inesperada muestra de alegría, sigue un pequeño pesar. Si fuese escocés, creo, estaría muy deprimido. En cambio, saber que esto durará días, pone a cualquiera de incalificable buen humor, aunque al instante me imagino para siempre con un tiempo así, y vuelve uno a deprimirse. Ha resultado como jugar al ratón y al gato uno consigo mismo. Y ese ha sido todo mi día. Con eso ya está dicho todo.

«AHÍ tenéis al hombre a quien el destino eligió para una misión que muchos juzgaron salvadora y otros abyecta. Su cabeza fue ungida por perfumadas pomadas o por un lodo de cenizas; vertieron

vinagre sobre sus heridas o trataron de curarlas con aceites balsámicos. Va a cumplirse su vida, el arco de sus días a punto está de destensarse, las flechas muestran ya sueño y cansancio y solo piensan en la sombra del carcaj. Doce hombres justos lo han encontrado culpable y lo condenaron a muerte. Entre ellos se halla un hermano del reo, y ese tal ha jurado que no ha de temblarle la mano y que su cuchillo será el primero en hundirse en el corazón del tirano…».

Y así, en medio de ese tono shakespereano, he pasado una noche en la que los cubanos juzgaban y condenaban a Fidel Castro. Al final no sé si lo mataban o no, pero yo me desperté asombrado de que también hubiera en los sueños como un campeonato de estilo.

AL ir hoy al herrero, descubrimos en varias casas, sobre puertas y ventanas, cruces hechas de flores, porque celebran en estos entornos el Día de la Cruz.

Eran vistosas, las habían trenzado con caléndulas y florecillas silvestres amarillas, arrancadas de las praderas o de las orillas de los regatos. Contrastaban con el día encapotado y sombrío, que amaneció tomado por una niebla que, pegada al terreno descendía de lo alto de los cerros, reptando entre los olivares como los guerrilleros. Desde entonces no ha hecho otra cosa que llover, lo que obligó a los albañiles que levantan la cocina del horno, a dejar esta y guarecerse de la lluvia, sin hacer nada.

Cuando ocurre eso, uno se pregunta quién correrá con su salario, su capataz, nosotros o el sindicato de lluvias. La respuesta es bien sencilla.

El mal tiempo nos ha encadenado todo el día junto a la chimenea, leyendo. Los chicos, de vez en cuando, y aprovechando los raros minutos en los que escampaba, desaparecían, se iban por ahí y volvían al cabo de media hora. Entonces se sacudían el agua que traían encima, como los pájaros, y se quedaban en el nido.

Bien por el tiempo, bien por tener que pagar a los albañiles por nada, yo trataba de fijar los ojos en *Poesía y verdad*, que no conseguía leer sin impaciencia. Tanto que a menudo me sorprendía saltándome descripciones enteras que ocupaban una página. Y sin embargo todo en él está lleno de buen sentido, de naturalidad e inteligencia. Podría pensar uno que alguien como Goethe, tan respetuoso de las formas y las jerarquías, podría resultar un tanto

pedante y académico, pero no creo que se pueda encontrar un espíritu más libre y natural que el suyo, capaz de comprender a un tiempo los complejos sistemas sociales, regulados por leyes severas y por la tradición, y las anarquías de un alma romántica. Solo alguien como él pudo ser romántico llevando peluca y redingote.

HOY hace veinticinco años dejó León para venirse a Madrid. Llovía como hoy, y acaso sea la lluvia la que ha desencadenado sus recuerdos. Hoy cumple su padre setenta y nueve años, entonces cumplía cincuenta y seis. Jamás olvidará aquel día penoso y todo lo que sobrevino luego, su deambular por la ciudad a la espera del tren gallego que les llevara a él y a su hermano lejos de un hogar que se había vuelto inhabitable. Pasaba el tren por León a las once y media de la noche. Llegaron a las ocho de la mañana a la estación de Príncipe Pío. Habían pasado la noche en un departamento de tercera, con sus maletas en alto, sin dormir o durmiendo a saltos, vigilándolas cuando entraba un extraño. Los hermanos intercambiaban de vez en cuando palabras de ánimo, cuando, despiertos de su duermevela, volvían a ser conscientes del camino emprendido, que entonces veían sin retorno posible.

Han pasado veinticinco años, un cuarto de siglo, y llueve como entonces, de una manera irreductible, lenta y triste durante toda la mañana. Entonces tenía diecisiete años y mil pesetas en el bolsillo, de las que hubo que descontar el importe de billete, trescientas veinticinco. No alcanzaba ni siquiera la mayoría de edad. Podría haberle detenido la Guardia Civil. Así lo pensó cuando dos tricornios se asomaron a su propio duermevela por la puerta cristalera del vagón, entre Valladolid y Adanero, el precipicio más hondo de aquella noche.

Arrastraron sus maletas, a pie, por la Cuesta de San Vicente. La visión de los rascacielos manchegos de la Plaza de España le llevó a hacer algunas ironías sobre las vidas aventureras que empezaban de la nada. Contaron el dinero que les quedaba, hicieron cálculos que no eran más que preguntas sin respuesta: ¿Qué costará en Madrid pasar una noche en una pensión, qué costará un bocadillo, dónde buscaremos trabajo? Y los dos se respondían con cierto aire trágico, como si acabaran de encomendarles levantar el mundo con sus propias manos, tarea para la que sin duda se encontraban no solo llamados sino dotados y con un ánimo indestructible.

Llovió ese año en Madrid copiosamente durante todo el mes de mayo y hasta bien entrado junio. Recuerda los sórdidos pisos en los que vivió, la casa de los anarquistas utópicos, más partidarios de Anselmo Lorenzo que de ir a las manifestaciones; la casa de aquella pobre mujer de la ORT, medio loca, a la que se llevaron media hora después de que partiera su sopa con él; la pensión cuya dueña, una vieja viuda, siempre de luto, a la que acababan de entregar aquel piso nuevo de protección oficial después de once o doce años, salía cada noche a la estrecha terraza, como si fuese el pueblo de donde procedía, a mirar unas estrellas que ni siquiera aparecían por aquella parte del cielo de Madrid…

En unos instantes hace el recuento de las cosas que han sucedido desde entonces en su vida, los años funestos de Valladolid, la vuelta a Madrid, los tiempos miserables en los que trabajaba en una revista de arte a las órdenes de un infeliz que lo explotaba como un personaje de Dickens, y que por aquellos días enloqueció el pobre porque creía que su mujer se le adulteraba con su mejor amigo, cosa improbable, porque este se defendía bien en su armario, y aquellos años perdidos por la promiscua y alucinada noche madrileña, que no acababa nunca antes de las seis de la madrugada, y el encuentro con aquella muchacha que llevaba el pelo cortado a lo *garçon* y que por entonces cantaba en un teatro, qué ilusión enredarse con una del cabaré, y la familia después, y esta vida que uno, por insensata novelería, querría cambiar de vez en cuando, no se sabe muy bien por qué razón…

Ve no menos milagroso que haya podido sortear tantos peligros. Repasa la trayectoria de muchos de sus amigos de entonces, malogrados ya, descolgados por el camino, perdidos para siempre. Y siente nacerle de lo más hondo una gratitud que no sabe moldearla de la manera más adecuada ni depositarla en quién. Querría más que nunca tener unos dioses manes, a la entrada de la casa, ante los que recogerse durante unos instantes en silencio y quemar un poco de incienso, porque lo normal habría sido naufragar en uno u otro punto de esa navegación.

Así que se conforma con celebrar íntimamente sus particulares bodas de plata con la vida. Lo anterior, si mira a ello, lo ve como una Edad Media, gobernada por la barbarie y excesos que no le condujeron a parte ninguna.

Otros, también hoy, y a su manera, celebran otras cosas. *El País*, por ejemplo, su vigésimo aniversario como periódico. Aprovechamos la ocasión todos para preguntarnos: ¿Qué hacíamos entonces? Entre las celebraciones ellos igualmente recapitulan. Publican una extraña lista. Los libros más importantes de estos veinte años. Y entre ellos figura *El gato encerrado*. Qué absurdo. Para empezar, ese fue un libro que se editó hace solo cinco años, y desde entonces no se han vendido mil ejemplares. ¿Cómo se puede decir que es importante algo así? ¿A quién le importa? Ahora, si lo que querían era reírse un poco como cuando nombraron gobernador a Sancho, entonces no digo nada.

Al mismo tiempo, en el mismo periódico, en una doble página, incluyen las fotografías de todos los colaboradores y escritores de los que el periódico se enorgullece. Son de muy pequeño tamaño, para que quepan cien o ciento cincuenta. Cuánta tristeza repasarlas todas una a una, para saber si uno se encuentra entre ellas, como aquellos que en la guerra civil buscaban así a sus muertos, y cómo a la humillación de buscarse se sigue el despecho de no hallarse, lo que le hace dudar de sí mismo cómica, patéticamente.

Veinticinco años desde que huyó de León. Veinte desde que salió *El País*. Recuerda su primera colaboración en él, hacia 1978…

Cada día que pasa se recuerda: no pierdas la alegría del trabajo, de la inmensa tarea que te has impuesto. Pero no es difícil que se sorprenda a sí mismo taciturno, mirando por la ventana, sin hacer nada, desganado y evasivo.

Levanta la vista para descubrir el curso de las nubes, como el labriego, y adivinar el fruto que traerán consigo. Pero apenas espera nada, salvo que el campo donde ha laborado empiece a verdear. Y envidia a aquellos que pasaron por esta vida sin levantar la mirada del suelo, cuando teme que la fuente de su infelicidad sea la de haber seguido desde aquí abajo, con nostalgia, el paso de las nubes.

Se dice, también, como un anhelo inalcanzable: ¡Si uno fuese indiferente! ¡Si todo me sorprendiera lejos de aquí, a seis mil pies de altura! Y entonces concluye: es el momento. Han pasado veinticinco años, es el momento de arrojar esta tristeza por la borda. A partir de mañana se me verá alegre por las calles, siendo otro, desconocido. Mañana es la fecha que estaba esperando. Y lo dice con esa poca fe del que ha esperado al uno de enero para

hacerse a sí mismo la promesa de dejar de fumar, convencido de que en el mejor de los casos apenas podrá cumplirla algunos días, para volver al cabo a lo que era. A sumar, también en el mejor de los casos, otros veincicinco años idénticos a los primeros veinticinco.

LLEVA lloviendo sin parar, o parando cada dos horas en recesos de media, desde hace quince días. Esto, qué duda cabe, contribuye a la formación de pensamientos sombríos de imposible vertebración. Uno querría estar de buen humor y sonreír, en la cuenta de esos nuevos veinticinco, pero se ve que las circunstancias no acompañan. Yo por mí sería ahora un hombre alegre, pero como decía el otro, no hemos venido a luchar contra los elementos. Tampoco se sabe si hace buen o mal tiempo, porque tan pronto el frío se le sube a uno por las pantorrillas como que siente sofocos de primavera.

Como ahora está la Feria del Libro Viejo en Recoletos, encuentra uno pretexto para dejar de trabajar y darse una vuelta al final de la mañana. La mayor parte de los escritores, sobre todo los que no van nunca a la Cuesta de Moyano ni a librerías de viejo ni al Rastro, están convencidos de que lo de buscar libros viejos es algo muy elegante, que a un escritor le decora adecuadamente, parecido a matar elefantes con rifle o a entrar en la Academia. Quién sabe. En los que van dos o tres veces al año, o ninguna, y luego dejan caer aquí y allá en sus escritos que han estado en tal o cual librería de viejo, puede que sea así. Ahora, para los que van a diario y se les ve husmeando con insistencia uno y otro día, la decoración no es tal. Al contrario, debe uno producir mucha lástima, y no entiende cómo los libreros de viejo no le han perdido a uno todavía el respeto, teniendo tan a la vista nuestra debilidad. Es como el que se da a la bebida, o el que tiene el vicio de las mujeres, en fin, no es nada glorioso. El que va una o dos veces al año, siempre encuentra algo que llevarse. Es verdad que lo que suelen encontrar es una basura, pero están convencidos de que se han encontrado la alhaja que los demás no habíamos visto por idiotas. Te dicen: he encontrado una primera edición de Julio Camba en Austral. Y tiene uno que sonreírles como al niño molestón. Quien busca a diario, lo normal es que no encuentre nada, y así se le ve vagar en las casetas, mirando entre los libros, sin decidirse por ninguno, como ese pobre enfermo al que no despiertan el apetito ni las más sofisticadas

suculencias ni los vinos quinados.

También me decía esta mañana, para justificar el hecho de haber dejado de trabajar: en realidad voy a ver a mi amigo M. G. y a mi amigo A. L. Todos los demás libreros estaban en sus puestos siempre, pero basta con que uno tenga dos amigos libreros de viejo, para que estos no se encuentren nunca en su caseta. Si pregunta uno a los empleados que dejan para atender sus negocios, no saben nada, si volverán, si no lo harán ya nunca… Así que me subí de pésimo humor, sin libros y sin poder haber hecho un poco de tertulia con alguien, que terminará uno volviéndose loco de estar todo el día solo.

A la vuelta, una vez más, me tropecé con la invitación a la fiesta que hacen en *El País*. Ha estado ahí, sobre la mesa, bien visible, desde hace cinco días, y lo ha estado a propósito. Durante este tiempo, bien si me sentaba, bien si pasaba por delante, trataba de deshojar la margarita: ¿Irás, no irás?

Tenía ya unas horas para decidirlo. Unas veces pensaba, tienes que ir. Te han vejado un poquito, es verdad, una humillación aquí, otra allá, pero nada, ha sido la puntita nada más, ánimo, a poner cara de príncipe de Gales, y hala, al festejo. En cambio otras, se decía uno, no son más que una pandilla de cretinos, me quedo en casa. Entonces la voz buena argüía: si no vas, nadie te va a echar en falta. La parte necrosada del hígado, la de la bilis, era precisamente a eso donde se aferraba. Por eso, porque nadie te echará de menos si no vas, rebatía, para qué vas a ir. La otra contraatacaba con argumentos irrebatibles: si dejas de ir, cada vez te echarán menos en falta, y llegará un momento que habrás dejado de existir… La parte cínica terciaba: Ya no existes. Y así todos estos días.

En cierta ocasión hicieron a X escritor del año en el periódico *ABC*, en el que colaboraba. Dieron una cena, nos pusimos unos cuantos, invitados por el periódico para hacer bulto, un traje oscuro, y fuimos allá. Nos sentaron a treinta o cuarenta personas en una mesa larga y aunque estábamos en uno de los extremos, no era lo bastante lejos como para no oír lo que se dijo allí, cuando a los postres la gente se puso a hacerle la loa al agasajado. Al fin habló este. Confesó que había soñado siempre con tener tres cosas en esta vida: un periódico, un local fijo al que ir a tomar las copas y unos amigos. El periódico, después de dura brega y sucesivas

decantaciones por periodiquejos de provincias, ya lo tenía, y era el *ABC*, la casa perfecta que jamás abandonaría. El bar, también: en su pueblo, con un camarero que le conocía, con el que charlaba de vez en cuando, y a quien no tenía que decir cómo le gustaban a él los *whiskies* ni la marca suya preferida, sino responder a su pregunta de «¿qué va a ser?» con un bogartiano «lo de siempre». Había llegado a ese bar igualmente después de una triste peregrinación por toda clase de tugurios, y nunca lo abandonaría. En cuanto a los amigos, creía tener los mejores, sentados con él esa noche en esa mesa. Salvo el camarero, que no se encontraba presente, estaba todo el mundo conmovido, el director del periódico, desde luego, y los amigos también, en el nacimiento de una carrera fulgurante.

Al mes siguiente ese escritor dejó el *ABC* y se pasó a *El País*, poco después sacrificó su pueblo y el bar que tanto le gustaba, y se vino a vivir a Madrid; en cuanto a los amigos, la mitad de los que estaban con él esa noche no lo eran, y a la otra mitad los cambió, supongo, por otros nuevos. Así es la vida.

A uno le habría gustado también tener un periódico, poder decir, este periódico es «mi» periódico, telefonear al director, decirle, ahí te va el artículo que va a salvar a la nación, y que lo sentaran en una mesa con cincuenta personas a las que poder confesar: he soñado con tres cosas en esta vida: tener un periódico, un bar y unos amigos. Pero no tiene uno un periódico, no bebe, y cada día le quedan menos amigos de los antiguos y los nuevos no aparecen.

O sea: acabo de decidir quedarme en mi rincón, rompo en dos trozos la invitación, llevo una silla junto al balcón y me dispongo a contemplar la lluvia, que está como el cine de Rohmer: llena de matices.

ESTÁBAMOS los tres en Botín. Bien porque estuviese lloviendo de nuevo, bien porque era lunes, el restaurante estaba medio vacío.

Nos colocaron frente a una mesa en la que había dos jovencitas y un hombre de mi edad. La edad de ellas y la de él hacía impensable que aquello pudiese ser un almuerzo de familia. Ninguno se parecía entre sí ni en la forma de vestir. Ni las chicas entre sí, ni estas con el hombre. Descartado, pues, pensar en una comida de padre divorciado con sus hijas.

El aspecto del hombre era el de un infeliz al que todo le ha

salido regular en esta vida, la familia, el trabajo, la salud… No tenía demasiado buen aspecto, pero tampoco se le veía una persona capaz de renunciar a esos pequeños y efusivos goces que hacen más llevadera la existencia, incluso a costa de la úlcera, el colesterol, el corazón, los riñones, y que después de la comida diaria no pueden prescindir de su copita de orujo, para hacer la digestión, ni de tentarse con ambas manos la barriga para sopesar en ella cómo ha caído el alimento.

La chicas no llegaban a los veinte años. Una, todavía adolescente y gordita, mostraba dos rosetones en las mejillas. La otra había traspasado ya el umbral de la edad adulta, y se la veía ya vagamente trasteada, con aquella expresión de dureza en su cara delgada. Era más bien pequeña de estatura, con un dibujo muy perfilado de cara, con los labios gruesos y los dientes grandes. Los ojos en cambio eran más bien pequeños y desplazados hacia la nariz, recta, pequeña, bonita. Resultaba mejor como «retrato» de mujer, que como mujer, mucho más hermosa para ser dibujada por un artista, que para tenerla delante, pues no era lo que llamamos una mujer guapa. Tomada por partes aquella cara, valía poco. Ni los ojos, que eran verdes, resultaban lo bastante expresivos, ni los labios, elocuentes, ni las cejas bien arqueadas, ni el pelo, crespo, como el de una mora, arrebatador. Por separado distaban mucho tales partes de ser perfectas, pero la suma de todas ellas se acercaba bastante a la perfección.

A uno le gustaba verla y no le gustaba, aunque ahora, con una página escrita tiene uno que reconocer que le gustaba bastante más de lo que pensaba que no le gustaba.

Se dio cuenta muy pronto que alguien la estudiaba, y empezó una de esas paradas absurdas que uno sigue más por curiosidad que por interés. Para verse había que mirarse en el espejo. Yo la veía en un espejo y, supongo yo, ella me veía también en él. En mi espejo estaba solo ella, y en su espejo, supongo, estaba solo yo.

Mientras, se iba desarrollando la comida. Apenas hablaban entre sí en lo que tenía todo el aspecto de ser, para ellos, un almuerzo de trabajo, de gentes que trabajaban en el mismo lugar, que apenas se conocen, que lo que conocen unos de otros no les seduce en absoluto y que cuando se gastan bromas ni siquiera alcanzan a comprender su significado. Nos llegaba de vez en cuando alguna de

las frases que se dijeron en ese almuerzo:

—A mí me gusta el tabaco *light*, pero fumo con nicotina.

—Yo voy a ver si dejo de fumar.

—Yo lo intenté una vez, pero me cansé.

—Camarero, ¿nos trae la cuenta?

—A mí el *light* es que no me sabe a nada.

Y la del pelo moro, miraba el espejo y lanzaba sobre él la nube de humo para borrarme de él o, quién sabe, para que la nimbara con los tufos de una leyenda. Mora.

NOS reuníamos en una sala del Conde Duque. Ni al Reina Sofía le podrá desaparecer nunca el aire de hospital ni el Conde Duque disimular que fue un cuartel. Aquello era inmenso, patios y más patios, corredores, pasillos, escaleras. Todo vacío. En la entrada había unos guardias municipales que no sabían nada, viejos, medio tontos, medio analfabetos, que le miran a uno, sin embargo, con una suficiencia ridicula, solo porque creen que llevar en el cuerpo cuarenta años es un distintivo indudable, un timbre de gloria. Les pregunta uno, dónde va a ser la reunión de tal cosa, y lo primero que hacen es echar la cabeza atrás, para mirarle a uno mejor. No contestan nunca antes de que hayan pasado quince segundos. Es el tiempo que han de tomarse para que su cabeza procese esas palabras. Mientras, le ponen a uno expresión de estas tres cosas: a mí qué me importa, usted cree que soy idiota y pregunte usted a mi compañero. El compañero, que está al lado, y ha oído la pregunta perfectamente, menea la cabeza con ostentación, para no tener que gastar saliva. Al fin le mandan a uno que cruce un patio capaz de albergar la instrucción de quinientos reclutas. Al cruzarlo en diagonal, bajo un sol que ya picaba, iba pensando: en este patio se ha tenido que fusilar lo suyo, pero no a esos dos guardias, desde luego. Aquí no es, espere. Y un bedel emperezado llama por un teléfono interior a otro bedel inútil, que tampoco sabe nada y que le ordena a uno desandar el patio, recordar a los fusilados y arrojarse en brazos de los municipales de la puerta. Con una indiferencia majestuosa, a uno de aquellos Holmes se le ocurre que eso va a ser cosa de don Fulano. Uno no sabe quién es don Fulano.

—Me va usted a cruzar el patio —sugiere.

—¿Otra vez el patio?

—Ese no, el que está al lado, y allí, hay unos bedeles; me

pregunte usted allí.

Con las idas y venidas llegó uno tarde un cuarto de hora. Como siempre. Me disculpé muerto de vergüenza, por haber llegado tarde, y por no conocer a ninguno de los presentes, y me escurrí en el único asiento que quedaba libre, que supuse el mío.

El resto del jurado esperaba ya, un catedrático de literatura, otro de historia, otro, el presidente, de no sé qué (de Derecho, tal vez), un periodista famoso y, en representación de la Literatura Universal, mi menda, que diría un castizo.

La reunión iba en serio, todo con su empaque, bandejas con botellas de agua y vasos limpios, y una secretaria que le ponía a uno delante papel y bolígrafo bic, «a estrenar». Los dos o tres millones que íbamos a darle a alguien hicieron que la gente pensara que todo lo que sucediera allí iba a ser real, contrastable, objetivo.

Tomó la palabra uno de los catedráticos y pidió, en primer lugar, un recuerdo para los dos que habían sido miembros del jurado hasta el año pasado. «Ya fallecidos», dijo. Fallecer le parece a la gente, sobre todo a los catedráticos, un verbo más serio y más fino que morir. Son los que dicen también esposa o señora por mujer. Se hizo un profundo silencio. Comprendí al punto, pues, que allí estaba uno en calidad no de representante de la Literatura Universal, sino de sobresaliente, ocupando la plaza de un difunto. Miré con odio al cenizo y busqué madera por todas partes, sin hallarla, porque mesa y sillas estaban fabricados en uno de esos materiales espurios inservibles de todo punto para el exorcismo.

Empezó el turno de intervenciones. Hablaban todos con abundante liturgia, ceremoniosos y retóricos, como si lo que se estuviera dilucidando allí en realidad fuese un asunto gravísimo de conciencia. Cuando me tocó el turno, hice lo propio, sin que pudiera dar crédito yo mismo a los lazos tan bonitos que me salían y los períodos oratorios tan bien construidos. Nadie apeaba los tratamientos, los requilorios, las reverencias y cabezadas, intercalados por un ¿más agua? ¿Una pastita?

Habían puesto una bandejita con pastas de esas que tienen una guinda artificial en el centro de color verde o rojo y del mismo tamaño que las piedras preciosas de los Rodoricos de teatro.

El periodista dijo por fin:

—Este año yo he encontrado el nivel de los libros medio/alto.

El catedrático de literatura lo corroboró, el catedrático de Derecho se sumó con énfasis al corroboro y el catedrático de historia se abstuvo. El periodista, no obstante, devolvió la fineza a todos y a cada uno con una leve inclinación de cabeza y una sonrisa. Pero como el catedrático de literatura era mucho más serio que ninguno, tomó a continuación la palabra, levantó los ojos, los puso en blanco y lanzó una frase que no supo nadie si formaba parte de un monólogo interior o era una pregunta que lanzaba a las escayolas del techo.

—No obstante, resulta insoslayable que nos formulemos hoy, aquí, esta pregunta: ¿Qué es ensayo?

Como llevábamos ya media hora reunidos y le había ido cobrando muy mala inquina, porque había sido el que había mentado a los difuntos, dejé impulsivamente las buenas maneras a un lado y grité un ¡Alto! Debió aflorar el entrañable guardia civil que todos llevamos dentro. El presidente, un hombre muy educado, pegó un bote en su asiento y los demás echaron hacia adelante la cabeza, para verme mejor. Hasta ahí podíamos llegar, dije; aquí no se ha venido a discutir nada, y menos a esta hora de la siesta. Lo único que había que hacer era votar lo que hubiera que votar, recoger el cheque y largarnos todos a casa, aunque yo, dije, prefería dejar el premio desierto, porque todos los libros presentados eran como la yesca, insustituible para quemarla en el patio de armas, que para eso estaban hechos los patios de armas.

—¿No creen ustedes lo mismo, caballeros? —concluí, ya un poco más sosegado.

El periodista, el del nivel medio alto, con esa celeridad de los estrategas famosos, calibró lo que podía ocurrir allí en los siguientes cinco minutos y no dudó en corroborarlo, y acertó a decir que, en efecto, era una vergüenza la poca calidad de los trabajos presentados. En tres minutos ya éramos de la misma opinión tres de cinco.

El catedrático de literatura lanzó por encima de la mesa, entre las botellas de agua y las pocas pastas que quedaban (del resto, de los nervios, había ido dando cuenta yo), una de las más memorables miradas asesinas de que haya recuerdo en el universo de los galardones literarios y de la Literatura Universal. A los premios literarios habría que llamarlos siempre galardones, a ver si de ese

modo se desprestigian definitivamente. En absoluto estaba de acuerdo. Para él, el nivel era no solo medio alto, sino alto altísimo. Y como era además un consumado estratega, antes de un minuto acabó descubriendo su carta oculta: él tenía el candidato idóneo…

Cuando descubrió su nombre, quien echó la cabeza por delante fui yo. Era el mismo que había telefoneado no para pedir el voto, eso no, sino para conocer la sincera opinión de uno.

Se armó allí mismo un duelo mano a mano. Y lo más chistoso es que en el fondo me daba lo mismo. El catedrático, a punto de sobrevenirle un mal, congestionado y con los puños crispados, pidió, exigió que se le enumerasen allí mismo los libros que yo decía que había como el de su protegido. ¿Los cuatrocientos? Los cuatrocientos.

Cuando llevaba unos sesenta declaramos el premio desierto, nos levantamos de allí, salimos al patio y nos despedimos de mala manera. El catedrático de literatura ni siquiera quiso darme la mano y lo vimos cruzar el patio lleno de furia, impaciente por darle la noticia, es de suponer, al expoliado. La verdad es que no sabe uno a qué va a esos sitios. Le invitan y va. Tiene uno alma de mundaria también. Con un poco de suerte ya no volverán a llamarle a uno a ese sitio. Ni a ningún otro. Se ha demostrado que no les sirvo de nada, porque los premios hay que darlos. ¿Quién es uno para detener el curso de las cosas? Adiós, ruanos, celas, marañones; adiós, donaires. Aire, aire.

TODOS, o la mayoría de las personas, tenemos unos pequeños, insignificantes, sobados amuletos, objetos sin valor ninguno excepto para nosotros, que los guardamos con veneración, llevándolos incluso encima sin separarnos de ellos como no sea para dormir (y están también los que no pueden dormir sin echar mano de otros amuletos, su osito de peluche, su almohada, su vaso de agua en la mesilla —aunque raramente beben de él a media noche—, etc.). Unas veces es un billete de tren, en un viaje especialmente feliz o significativo. O la entrada de un cine o de un museo, con su pico rasgado. O un muñequito de plástico hallado en el roscón de Reyes de hace dos décadas. O un billete de lotería que nos regaló una persona amada, conservado pese a que no obtuvo ningún premio. O una fotografía especial o ese trozo de papel del envoltorio del azúcar en el que está impreso el nombre del café de Venecia, de

donde nos lo llevamos no sabemos cuántos años hace ya. O ese monedero o ese llavero que nos regalaron y que, incluso con no ser el más bonito que hayamos tenido, lo guardamos por haber compartido con nosotros años no demasiado malos. El deterioro o, peor aún, la pérdida de uno de esos pequeños viáticos, desencadena un verdadero cataclismo de la persona, que puede llegar a ver en tal fractura o extravío el presagio de lo funesto por suceder, los malos augurios de los que no sabrá nunca si se desencaderaron porque perdió su amuleto o si la pérdida de este era en realidad advertencia de una serie de desgracias por venir.

Hace años encontró uno en Oviedo un pequeño cuentahilos de metal. Era demasiado pequeño para servirle en sus trabajos de imprenta, porque en realidad era un cuentahilos de joyero, pero el objeto era, en su modestia, tan bonito, que cobré por él una afición irracional. Ya no se ven cuentahilos como ese. Los modernos, vulgares, están hechos de unas pastas inclasificables o en un aluminio mate mucho más feo. De metal, no.

Después de comprarlo, durante días, con una lija de agua fui puliéndolo de ciertas estrías que lo afeaban, hasta dejarlo tan limpio y brillante como un amuleto incaico de oro.

Desde entonces me acompañaba a todas partes, en el fondo del bolsillo del pantalón, tomando buen cuidado de cambiarlo de bolsillo cuando cambiaba de pantalón.

El otro día, al salir de la sala de las votaciones en el Cuartel del Conde Duque, lo eché en falta. Lo busqué en los bolsillos, mientras hablaba distraídamente con los colegas. Al no encontrarlo en una primera pesquisa, procedí a la segunda, en esta ocasión con movimientos más rápidos y nerviosos. Y una tercera, en un bolsillo, en otro, en el de la chaqueta, en el otro, no fue más feliz. En ese ya he mirado, me decía, bueno, quizá mirase mal, otra vez, no, ahora el otro. Parecía que se me hubiera metido una pulga ubicua en el cuerpo.

Se me encendió en ese preciso momento la lucecita. En un repaso somero para recordar dónde lo había visto por última vez, emergió esa sola imagen, el cuentahilos, en la mesa de juntas, la sala de reunión. Farfullé unas disculpas, y salí corriendo de allí sin dar explicaciones. Debieron pensar que era un desequilibrado.

Los camareros y los bedeles recogían y despejaban la mesa de

botellas, papeles pintarrajeados y miguitas de pastas. No, no sabían qué era un cuentahilos. Les instruí al respecto diciéndoles que se trataba de un instrumento utilizado por los impresores, una especie de lupa articulada en un bastidor de metal, de tal y tal tamaño. Me permití incluso un par de greguerías, porque como decía Valle-Inclán, el vulgo ama las metáforas. Les dije que el cuentahilos era como el sextante de la imprenta. Entonces otro me preguntó qué era un sextante. No, algo así, tan raro, lo habrían visto.

Como yo a esas alturas ya era un descreído de los guardias municipales y los bedeles de esa casa, les obligué a que buscaran también en la bolsa de la basura donde iban echando los desperdicios. Uno de los camareros se permitió poner en duda que hubiera tenido algo así en aquella reunión, y me irrité tanto con él que estuve a punto de ser grosero. Cerraba los ojos y veía mi cuentahilos entre los dedos mientras el avieso catedrático de literatura me porfiaba…

Me quedé helado con la sospecha. Se lo había llevado él en venganza por haber desarmado toda su estratagema. No me cupo la menor duda.

Salí de allí furioso, pero cambié la indignación por la extrañeza: todos mis compañeros de votaciones habían desaparecido. Debía enfrentarme una vez más solo a cruzar aquel vastísimo patio. Me asaltaron de nuevo ideas de aniquilamiento y ejecuciones en masa.

En un resquicio del aposento de la esperanza se encendió, mínima pero enhiesta, la llama de otra lamparita. ¿Y si pese a todo no hubiera traído conmigo el cuentahilos y se hubiera quedado en casa? Era imposible. Una vez más se me pintaba en mitad de la frente, exactamente entre los ojos, la escena en la que yo escuchaba, jugando con el cuentahilos entre los dedos, mientras el catedrático quería disertar sobre el ensayo.

Antes de volver a casa aún había de hacer algunos recados. En cada lugar nuevo al que entraba, derramaba por allí mi vista para ver si por casualidad encontraba mi talismán perdido.

A las viejas imágenes recordadas con el cuentahilos entre los dedos, fueron superponiéndose otras recientes, referidas a su búsqueda en aquella sala, la cara de los camareros, la de los bedeles, la de la bolsa de la basura. ¿Y si no hubiéramos mirado todo lo bien que debimos? De vez en cuando me paraba en la calle

y sin ninguna esperanza iniciaba de nuevo un penoso y sistemático escrutinio por todos los bolsillos, con esa ilusión demencial de que apareciera de pronto, como el niño travieso que después de permanecer escondido durante unas horas y traer de cabeza a toda la familia, decide dejar su escondrijo secreto y aparecer como si tal cosa. Un bolsillo, otro, este, nada.

Sabía que las cosas no iban a ser las mismas en mi vida. Procuré ir haciéndome a la idea de todo lo malo que sin la menor duda iba a sobrevenirme a partir de ese momento, pero como no quería rendirme tan fácilmente, al llegar a casa registré en todos los rincones, deshice una y mil veces los sofás y sillones de la casa por si hubiera podido caerse en un descuido, sondeé todos y cada uno de los bolsillos de chaquetas y pantalones, dragué la lavadora suponiendo que acaso se hubiera vaciado allí, al lavarse en ella un pantalón, pero una y otra vez aquella imagen detenida, como congelada en el tiempo, de mis dedos jugando con él y la sonrisa aviesa del catedrático de literatura, me perseguían.

He vivido unos días de completo desamparo, como si el que se hubiera perdido hubiese sido yo y no el cuentahilos. Traté incluso de echarme al bolsillo otro que tengo, pero me pareció una claudicación ignominiosa, como si me hubiera casado con otra mujer sin haber respetado el luto, y al final tuve que deshacerme de él.

Pero hoy, hace un instante, vino la asistenta, y me ha preguntado si lo que estaba buscando estas últimas semanas era esto, y me mostró con ingenuidad digna de un serafín, el dichoso cuentahilos.

Le pregunté dónde lo había encontrado y me indicó el lugar exacto (junto a uno de los brazos de un sillón), y miraba y remiraba yo ese rincón, tan remirado por mí, y no podía dar crédito a cómo había podido habérseme escapado en mis escrutinios, y me miraba y remiraba mi asistenta calibrando si tenía un patrón al que los libros le han reblandecido los sesos.

La imagen obsesiva de todos los días anteriores de mis dedos jugando con él y la cara malévola del catedrático, así como su sonrisa conejil, desaparecieron como por ensalmo, y no hacía más que palpar y acariciar el pequeño artilugio, sin atreverme aún a reprenderle por su inexplicable fuga, abrazado a él como Sancho al

rucio recobrado.

Lleva tres horas mi mano envolviéndolo amorosamente, y no me separo ni un minuto, por si le tienta de nuevo la vida de ambulancia, y cuento las horas en que vuelvan a casa M. y los chicos, para darles la gran noticia de que ha vuelto a casa el cuentahilos pródigo.

AYER llegaron los primeros ejemplares de la novela antes de que M. saliera para el trabajo. La miramos detenidamente y nos gustaba cómo quedaba, con el cuadro de la mujer desnuda, esa puta de pie, con una bata amarilla abierta como un balcón, dándole libre curso a su intimidad no de mujer, sino de persona, homenaje a *Carpaccio*. Y hoy telefoneó X, después de haberla leído. Esos primeros juicios los espera uno con enorme ilusión, quizá porque cree, con un sentimiento no exento de superstición, que ese primer juicio será indicativo de todos los que vengan después, como esos sondeos que se hacen a las puertas de los colegios electorales, que con cien o doscientos les basta para saber lo que han votado diez millones.

Dijo textualmente: es una gran novela y es un gran error, con lo que uno, que conoce a ese amigo desde hace quince años, sabe qué ha querido decir con eso de que es un gran error, porque no es una gran novela. Las cosas en las que fundaba su opinión eran sensatas, y podría incluso tener razón. Pero la literatura no se ha hecho nunca con razones. Ni a favor ni en contra. ¿Hay razones en el sentir? ¿Tenemos razones para amar a esa persona y no a esta otra? Aunque yo he agradecido sobre todo algo que raramente conocemos en este mundo: la sinceridad y la delicadeza, que dan, cuando vienen juntas, una unidad no superior, pero sí equivalente a la verdad.

NO era una buena noticia, y para prevenirse la recibió poniéndose de medio lado, como en los duelos por una mujer que ni siquiera valía la pena. Malo, dijo luego. El cinismo resuelve el día a día, pero el mañana solo puede serlo de la ingenua franqueza.

HABÍA dicho ayer, en Madrid, con el mayor respeto, con toda la seriedad posible, que no le gustaban las cincuenta primeras páginas, acaso porque ya era un hombre de otra época y yo le dije, quitándole importancia, que a su edad era absurdo perder más tiempo en averiguar si le iban a gustar o no, y que corriera a otro

libro, que el mío era todavía joven y se las terminaría arreglando. Y hoy, cuando ya nada esperaba por ese lado, en llamada de media mañana a Las Viñas, la hora absurda para hablar de un libro, me confesó, con no menos seriedad, con no mayor respeto, que había seguido leyendo la novela, y…

Cuando comprendió que podría estar tomándole por mentiroso, a él, que jamás ha mentido ni se ha mentido en eso, y que se ha jugado la vida por la verdad en arte, se enfureció de tal modo, que temí una catástrofe, y aguantó uno ese y otros elogios que quiso regalarle, como si fuesen reproches muy graves, sin atreverse uno ni siquiera a darle las gracias como convenía… ni a defenderse.

HA llegado a casa una carta de una «Biblioteca del Campo Freudiano de Madrid», facción «Escuela Europea de Psicoanálisis». Se pregunta uno, ¿quién les habrá pasado a esos esta dirección?, y mientras recorre el pasillo, mira de vez en cuando atrás, por si le han seguido hasta aquí.

NINGUNA vida, contada en primaveras, es demasiado larga.

SÚBITAMENTE en un estado de ansiedad o de miedo se nos persona, con su cuerpo y alma, un secreto recuerdo de la infancia que teníamos olvidado. Con frecuencia ni siquiera se presenta articulado con algo o vertebrando algo. Y lo tomamos como un baluarte. En él nos sentimos a salvo, y ansiedad y miedo han de retroceder derrotados a su retaguardia. Este fenómeno quizá explique la razón por la cual los viejos, expuestos como ninguno a los embates de una y otro, recuerdan con tanta nitidez hechos de su infancia, y olvidan, como trincheras ya inservibles, tomadas al asalto por los achaques y los estragos del tiempo, otros más recientes y significativos.

LEIMOS en un libro, que a su vez glosaba otro de Steiner, quien a su vez lo tomaba de Mallarmé, la idea según la cual «Homero se equivocó al hacer una poesía realista e informativa, frente al destino órfico». El glosador, un poeta canario, añadía: «Occidente ha hecho una poesía “equivocada” al optar por esta vía realista-informativa». Etc. Para un bonito relato de manicomio. Argumento: cómo en realidad los hombres están mal hechos desde el momento que nacen con dos brazos y no con tres o con una cacerola por cabeza, donde se pudiera preparar el té al mismo tiempo que se piensan cosas oportunas sobre Homero. Bien, hagan ustedes su

homúnculo de tres brazos, pónganle a andar y denle papel y lápiz. Tiene que escribir versos que duren otros veintiocho siglos, y no les queda demasiado tiempo.

SUELE suceder que el rey hace chascar los dedos y hasta el republicano más convencido deja lo que estaba haciendo en ese momento y sale corriendo para atender la llamada.

RECORDABA a un viejo barbero de Granada, a cuya peluquería acudía él a raparse, de niño. El hombre era una institución en la ciudad. Sentaba al cliente en el sillón rotante, le ponía el babero y antes de proceder al corte de pelo, iniciaba el siguiente e invariable diálogo.

—¿Quiere usted conversación o lectura?

—Conversación.

—¿A favor o en contra?

DESPUÉS de dos días como los últimos (Oviedo, Premios Príncipe de Asturias, ganador: el maestro Rodrigo; R. G., finalista, con los mismos votos con los que empezó, cuatro; once a cuatro; sensación de haber perdido el tiempo como comparsa, en todos los sentidos. La próxima vez que premien ellos), vuelve uno a la rutina como al descompresor, temiendo le vayan a saltar por los aires los pulmones del alma. Así que se queda solo, no habla con nadie, no ve a nadie, saca uno un capítulo del Marco Aurelio, algunos poemas de Emily Dickinson o de Juan Ramón, esa página amada de Bernardo Soares. Y cierra los ojos, tratando de convencerse de que nada de cuanto ha ocurrido, ha ocurrido de verdad, porque de ese modo sucedería lo más grave para su conciencia: que ha ocurrido por él.

VOLVÍA a casa desde Correos y vi, frente al Café Gijón, un grupo de personas paradas en la acera, alrededor de tres o cuatro guardias, a quienes todos, hablando al mismo tiempo, trataban de explicar lo que sucedía. Desde el bulevar no se veía bien lo que podía estar sucediendo. Debía de ser algo de cierta gravedad porque la policía había dejado atravesado el coche de cualquier manera, con las luces azules alarmantes. Me quedé un rato, pero sin conseguir adivinar de qué se trataba, cuando de pronto, entre los zapatos de tanta gente como había, apareció la cabeza de alguien en medio de un charco de sangre.

Me acerqué. Se trataba de un hombre. No se sabía si estaba

inconsciente o muerto. Pregunté a alguno de los veteranos del grupo, pero nadie sabía lo ocurrido. Alguno llevaba más de un cuarto de hora, pero sabía lo mismo que yo, que acababa de llegar.

Un guardia se puso en medio y ordenó a todo el mundo la circulación civil, pero no sé por qué a mí me preguntó si era médico. Como no respondí, de la extrañeza, tomó la altivez por una confirmación, porque así es como les tratan en el cuartel, y me dejó de lado.

Por suerte ya había un médico a la vera del accidentado. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, de buena estatura, fuerte, bronceado y con un buen traje. Apoyaba la cabeza en el charco de sangre, como en una almohada, pero hablaba tranquilamente con el doctor auténtico que le tomaba el pulso y con uno de los guardias. Tenía la boca seca del susto, aseguraba encontrarse bien, pero no le permitían ponerse de pie en tanto no llegara una ambulancia.

Había opuesto resistencia a dos chorizos, que pretendían robarle la cartera, estos forcejearon con él, lo tiraron al suelo, le agarraron de los pelos y le golpearon la cabeza con el bordillo. No piense usted ahora en la cartera, le decía el guardia, con esa sabiduría que tenemos para los asuntos ajenos. A saber lo que ese hombre llevaba en la cartera: quizá fuese la solución a todos sus problemas presentes y a los de su familia. El hecho de que el asalto se hubiera producido antes de las nueve, escandalizaba a las porteras tanto como que hubieran podido matarle. Vamos, decía una, qué desfachatez; no eran ni las nueve. La gente se fue animando, los guardias relajaron las órdenes y poco a poco los que habían sido dispersados momentos antes, se acercaron de nuevo, como moscas golosas de desgracias.

Cuando los concurrentes, excitados por la visión de la sangre y por las pocas consecuencias que el suceso había tenido, confirmando con ello una vez más la decepción que recibe la mayoría de que las tragedias se queden a medio camino, cuando, como digo, los concurrentes se dieron cuenta de que podían levantar la voz y derivar el asunto hacia la insoportable seriedad de la democracia, me corrí con suavidad hacia la calle del Almirante. Aquel hombre seguía en el suelo. No le habían matado los atracadores, pero era casi seguro que lo harían los patriotas.

ESTÁBAMOS en las Viñas. Como no siempre pueden hablar con nosotros, a menudo se concentran en un fin de semana tres o cuatro operarios de los que han tenido que realizar algún trabajo en la casa o en el olivar. Cada uno de ellos viene con su problema, y cuando no es así, con la solución de un problema que les ha costado especialmente hallar. No es tanto que quieran justificar el plus que vayan a cobrarle a uno, como hacerte ver que también ellos han tenido que librar un sinfín de dificultades. Digamos que es su parte artística, y como artistas se muestran intransigentes y geniales. No solo tus sugerencias llegan tarde, sino que además, comparadas con las suyas, no valen nada. Muy a menudo el simple pago de una factura se hace preceder de una discusión enconada de media hora, y desde luego no por razones de pecunio, sino artísticas. Como si a uno se le obligase a hablar con cada uno de los lectores que compran un libro, para aclararle o justificarle por qué lo ha escrito de una u otra manera.

Todo eso quedó agravado hoy con la insidiosa inflamación de una muela a la que solo los antibióticos logran mantener a raya, sin que por ello consigan hacer desaparecer el dolor.

De modo que cuando el albañil y un carpintero hablaban, uno solo podía atender las discusiones no menos enconadas entre mi infección y el antibiótico, no menos artísticas.

Humor de todos los demonios, apropiado, no obstante, para cuando una llamada telefónica de X me informa que cierto poeta catalán está furioso por unas líneas aparecidas en el diario, a consecuencia de las cuales pensaba retirarle a uno el saludo.

—¿Y ese hombre por qué está enfadado?, —pregunté.

Aunque estaba detrás de una X, se había reconocido en uno del que se decía que metía las manos en las arcas de la Generalidad. Era una manera metafórica de hablar, pero el dinero, lo más simbólico que haya inventado el hombre, soporta muy mal las metáforas. Me refería a que todos los negocios editoriales que ese hombre ha hecho han contado con ayudas de la Generalidad, que subvenciona todo lo que él edita en catalán por el hecho de ser en catalán, frente a los que editamos en una lengua menos afortunada como el castellano. He sentido una tentación muy grande, para compensarle de alguna manera y hacerle la espera más corta, de llamarle yo mismo por teléfono. De ese modo podría dejar de saludarme de una

manera, digamos, oficial, teniendo en cuenta su inclinación a todo lo que sea oficial. Pero es una idea que desecho de inmediato cuando advierto que está sugerida por el dolor de muelas.

Todo lo demás, el jardín, el campo, los rosales, ha desaparecido como por arte de magia. Son estancias en las Viñas que logran borrarse por completo por una rutina que uno creía únicamente próspera en la ciudad, con todo lo más feo de su vida.

DE pronto cae uno en la cuenta de todas aquellas cosas que se irían para siempre río abajo, si no pasaran antes por estas páginas. Ciertamente no son importantes, pero forman entre todas nuestra vida. Hacía lo menos quince días que no entraba en este diario. A menudo los diarios se le quedan a uno como una de esas casas de la costa que se cierran fuera de la temporada estival.

Acaso porque han coincidido estos días con la aparición de algunas de las críticas de la novela, y ¿cómo va uno a comentar en un diario nada de las críticas que le hacen a uno en los periódicos? Cuando un escritor empieza a comentar en su diario los libros que escribe o los que le critican, debe saber que ha empezado su decadencia, de la misma manera que la decadencia de un novelista se inicia cuando empieza a relatar los sueños que ha tenido la noche anterior. Cuando entra ya en describirnos sus relaciones sexuales, no es que haya iniciado su decadencia, sino que está muerto y ensaya de ese modo la resurreción de la carne. La tentación de escribir, «Fulano es idiota» de alguno de los críticos, es, de todos modos, muy grande, pero no mayor que la que sentimos con al menos un tercio de las personas con las que uno se cruza cada día en el mercado, en la calle, en la tienda de los zapatos o en los diferentes programas de televisión que ve.

En quince días sucedieron algunas cosas que de una u otra forma se relacionaron con nuestra vida, llevándose de ella segmentos más o menos considerables. Emigramos al Ivam de J. M. B. (¿dónde, si no, hubiera podido hacerse?) para presentar *Naturalidad del arte y artificialidad de la crítica*, del que, por cierto, los críticos, de una manera esperable y natural no han dicho nada, ni creo que lo vayan a hacer (al fin y al cabo, ¿cómo digerirán eso de que «el crítico entiende de una cosa que no comprende»?); leímos en el periódico el discurso de entrada en la Academia de X, que daba un poco de risa, como dan siempre un poco de risa las pelucas, con esas frases

armadas con un estilo lleno de laca, pero del que tampoco estaría bien hablar en un diario: es otro de los síntomas de una decadencia irrefrenable: ocuparse de los académicos; y lo más gracioso de todo: un almuerzo con la nueva Ministra de Cultura.

Le encargaron a X que convocara a una serie de escritores, una muestra. Naturalmente hubiera querido poder recurrir a los de la primera división, pero estos, que han jugado durante diez años o más con la selección de Felipe González, no solo se habrían negado, sino que hubieran sido las personas más felices de la tierra si se les hubiera dado esa oportunidad de decir un no, bien ostentoso. Así que la persona que organizaba el encuentro ha debido ir bajando en el escalafón, manejando estos dos criterios: celebridad y compatibilidad. Hubo algunos que eran más compatibles que célebres, pero acudieron por no desairar a la persona que los convocaba, que es a su vez más célebre que compatible con la autoridad convocante. Cierto que la Ministra no sabía muy bien para qué quería tener a una docena de escritores sentados en una mesa: ni había leído una sola línea de ninguno ni, aparte de simpática, parecía estar adornada por ninguna otra virtud que puede hacer agradable la vida social: no era especialmente inteligente, no era culta, no era joven y no era guapa. Tampoco articuló una sola frase en toda la comida que justificara o que hiciera adivinar que desempeñaba el cargo de ministra.

Todas esas cosas acabarán disolviéndose en el aire, perdiéndose por el sumidero. Y no importaría, porque ninguna de ellas valía tampoco demasiado. Pero sí fue valiosa, a su manera, la soledad en la que quedó la casa, tras la partida de R. a su extranjero. Esos primeros días en los que la casa se llenó con todos los huecos que él dejaba, el hueco de su cama no deshecha por las mañanas, el lugar que ocupa en la mesa, el que suele reservarse en el sofá de la televisión, en los asientos del coche, en las conversaciones que se inician a propósito de tantas cosas. Y es un hueco visible, pero que no debemos subrayar, para evitar que desaparezca en él, preterido, el hermano menor. Así que no son cosas de las que se hablan, sino que ha de escucharse su elocuencia solo en el silencio que dejan, mientras las propias palabras del hermano menor, sin que él ni siquiera lo sepa, nacen la mayoría de ellas para un interlocutor que ahora le falta.

Para resarcirle un poco de su ausencia, para consolarnos de ella y aturdimos un poco, acudimos los tres, M., G. y yo al Parador de Jarandilla, en la Vera, donde se fallaba el Premio Cáceres de Novela.

Puede pensarse que no hace uno otra cosa que ser Guarda Jurado de la Literatura, solo porque ha ido a un par de jurados al año. Es engañoso, desde luego, pero basta que uno haga de ellos materia de crónica, para que se dé esa impresión deplorable. Por otro lado hay en España, y así se contaba el otro día en el periódico, cerca de cuatrocientos premios literarios al año, lo que, a una media de cinco o seis miembros por cada jurado y de dos o tres premiados por convocatoria, da las muy respetables cifras de dos mil jurados y unos mil o mil quinientos premiados. Lo normal es, pues, que en alguna de las revueltas de la vida acabe uno o juzgando o premiado, y no hay que darle más vueltas. Es otro más de los deberes cívicos de la literatura moderna, como lo es, en las democracias, el de votar o el de formar parte de los jurados populares.

Jarandilla debió de ser un pueblo precioso antes del desarrollismo, como todos los de esta región. En unos años se destruyó lo que se había hecho en cinco o seis siglos, y las casas ahora son dolorosamente anodinas, cuando no alarmantes. Quizá, si duran cinco siglos, puedan conmoverle entonces a alguien, pero no parece posible, porque están hechas para que no duren más de cincuenta. El parador, por suerte, conserva el carácter antiguo, incluso acrecentado, que debió tener en su origen, aunque, claro, modificado desde el momento en que lo convirtieron en un hotel. Pertenecía a los condes de Oropesa, que tenían el suyo en ese otro pueblo cercano, y en él se acomodó Carlos V, mientras ultimaban las obras de Yuste, a donde pensaba retirarse. Claro que el esfuerzo que ha de hacer la estimativa para imaginarse cómo sería este castillo y cómo sería el pueblo a mediados del siglo XVI es inmenso y los resultados no siempre son fiables. En cualquier caso no deja de conmoverle a uno mirar los muros desnudos y pensar que sobre ellos mismos pondría un día sus ojos melancólicos un rey cansado de gobernar y pelear en todas las batallas de su siglo.

G. estaba entusiasmado con el lujo, que creía una consecuencia natural del hecho de que en ese lugar hubiese vivido el Emperador. ¿Nos darán su misma habitación?, preguntaba interesado.

Esos premios son una cosa bien curiosa, en los que trata de imitarse los premios Planeta y Nadal, solo que llevados adelante en una escala candorosa y modesta. Es precisamente lo que a uno le interesa de la cuestión. Acaba viendo uno cosas que no se ven en ninguna otra parte, y son, en el orden sociológico, como prospectivas arqueológicas parecidas a la del castillo de los condes de Oropesa.

Al jurado lo meten en una habitación. En unos minutos, que raramente superan los quince o veinte, se dilucida el ganador. Cada premio es un universo. En el del Príncipe de Asturias, dada su trascendencia, puede correr la sangre. En estos otros, en absoluto. Los jurados los formamos el funcionario municipal, la figura venerable y poco ubicable de la provincia, dos o tres profesores de literatura de la universidad regional y, con suerte, dos escritores «de Madrid», de los cuales uno, a última hora, excusa su presencia en el acto y emite el voto por teléfono.

Los jurados, en general, han leído concienzudamente los originales presentados. Los escritores, en cambio, menos. Lo fían todo a su experiencia y a sus tablas, y les basta acaso una ojeada rápida para darse cuenta de que no se hallan ante una obra maestra. En este caso no sabrían qué hacer. Pero piensan: «Un premio de tercer orden, en una provincia… ¿quién va a presentarse? El genio sabe que las carreras no se empiezan por la provincia. El genio sabe, incluso, que las carreras no se empiezan en ninguna parte». Así que unos y otros leen los originales con una cierta despreocupación sabiendo que ni van a descubrir un gran talento ni a cometer una gran injusticia en el caso de que su fallo no fuese del todo acertado. Por eso se encuentran, a la hora de sentarse, en una buena disposición de ánimo. Entre las deliberaciones, y puesto que son jurados que se reúnen cada año, intercalan sus conversaciones privadas: la familia, el trabajo, los libros, las lecturas recientes. ¿Qué tal todo? ¿Qué tal tu hijo? ¿Bien? Sí, el libro de ese «Campeador» no está mal. ¿Cuál?, dice de pronto uno que estaba hablando con su vecino de otra cosa. «Campeador». A mí me ha gustado también, asegura uno. A mí no, no me ha gustado nada. Yo le he dado un tres. Yo no, yo le di un nueve. ¿Qué decías de tu hijo?

Eso puede durar unos quince o veinte minutos. A nadie le parece mal nada. El que había calificado un libro con un cuatro se deja

convencer de que era de nueve, y el que le había puesto un nueve, con un poco de conversación, no tiene el menor inconveniente de que le convenzan de que es de cuatro. Terminados los trámites, se abre la plica. Ni siquiera ha habido tentaciones de descerrajarla antes de haber llegado a un fallo. A todo el mundo le da igual. Se lee el nombre del ganador. No le conoce nadie. Alguien telefonea al número que se hace constar en esa hojilla, y a los cinco minutos ya nadie se acuerda de la literatura ni del ganador.

Es el momento en el que le pasan a uno a una mesa próxima donde sirven la cena.

Al mismo tiempo, y a otros salones, habrá ido llegando un número indeterminado de gentes, entre cien y ciento veinte personas, que a uno, cuando las vea a las dos o tres horas, le será imposible adivinar qué relación guardan con la literatura o con la cultura. En muchos casos se trata de políticos de la región, que acuden con su señora, en su mayor parte luciendo trajes llenos de gasas y tules, confeccionados por una vecina especialmente habilidosa; en otros, se trata de gentes que han conseguido hacerse invitar sin una razón especial; suele haber también algunos ricos empresarios o hacendados que aprovechan la ocasión para codearse con los políticos a los que han de pedir determinados créditos a fondo perdido o a largo plazo, así como dos o tres docenas de funcionarios distribuidos en toda la escala, quienes también acuden con sus señoras o esposas. El aspecto general es el de una boda de pueblo, en la que los invitados del novio luchan por hacerles comprender a los de la novia, y a la inversa, que en lo tocante a las normas de urbanidad y finura las conocen bien, por lo que al principio todo el mundo es muy comedido y educado. Eso se traduce en el modo en que tienen de chupar las cabezas de las gambas que les ponen en los entremeses. Lo hacen con tal delicadeza, que se diría que estuvieran besando los pétalos de una violeta. Están igualmente convencidos de que la cultura y en especial la literatura guarda una relación estrecha con los modales. El vino, no obstante, que empieza a circular con rapidez, acaba desinhibiendo a unos y a otros, y ya para el segundo plato las conversaciones han subido de tono, los de la misma mesa solo consiguen hacerse oír si hablan a gritos. Los hombres, poco habituados a la etiqueta, se han aflojado el nudo de la corbata y

desabrochado el botón del cuello de la camisa, mientras abren desmesuradamente las piernas en la silla, y las mujeres han establecido una conversación únicamente con las mujeres, cruzándolas en la mesa redonda, como las líneas de la rosa de los vientos.

Los gastos corren, en unos casos, a cargo del erario público y en otros, tengo entendido, de los que se han hecho invitar, aunque ignoro qué normas distribuyen a uno y otro lado de la raya tales desigualdades, quiénes son los que pasan por la humillación de tener que pagárselo ellos y a quiénes se invita.

A todos ellos, sin embargo, de pago o gratuitos, se les ha engañado diciéndoles que allí se va a conceder un premio literario muy importante, de modo que coincidiendo con el paso de un plato a otro, el secretario del jurado comparece en público, se pone detrás de un ambón y a través de una megafonía empastada, comunica a los presentes, que únicamente bajan el volumen de sus conversaciones, sin llegar nunca a interrumpirlas, como tampoco interrumpen el trasiego de caldos y viandas, el estado en que se encuentran las encarnizadas votaciones que tienen al jurado dividido, pero entusiasmado, por la calidad de los originales presentados. Nadie puede sospechar que el jurado hace ya dos horas que dejó listo ese asunto y que se entrega con la misma pasión al festín. Y a continuación desgrana el nombre de unos cuantos, que, al ser seudónimos, no contribuyen demasiado a distinguir aquello de un garito clandestino de apuestas de caballos: «Señoras y señores, en primer lugar marcha “Campeador”, con cinco votos; le sigue muy de cerca “Alborada” con cuatro, y “Carlos Primero”, “Gogol” y “Bieldo”, con tres». Al rato vuelve a aparecer el secretario, pero para entonces la gente habrá bebido un poco más y se habrán olvidado por completo de que aquello era la cena de un premio de novela, corta, para más señas, y cuando anuncie que «Alborada» y «Bieldo» han caído en la última vuelta, ya nadie escuchará, desentendidos de todo.

Mientras, en la habitación del jurado, se habla de esto y de lo otro, con cierta cordialidad. Los profesores y el escritor aprovechan para hacer un repaso a las letras españolas. El escritor no dejará pasar de largo la ocasión y arremeterá con una falta de elegancia cómica contra los escritores que sospecha que son los ídolos

venerados y explicados en sus clases universitarias por los profesores. También en él el vino ha desatado uno de los pecados capitales: la envidia.

Este año el empleado de la Diputación encargado de la intendencia llegó con temulento paso. Era un bruto simpático e incompetente en grado superlativo, que ni siquiera podía producir irritación, un mocetón de unos cuarenta años, fornido a partes iguales de músculo y de grasa, con unas manos como mazas que delatan que durante muchos años debió desempeñar trabajos duros, en el campo, en el andamio, en la mecánica de tractores. Estaba graciosísimo, con su trajecillo de color col, su camisa de estilizadas chorreras, sus zapatos viejos y sucios, de empeine corto y deformados por el juanete, sus calcetines blancos… El alcohol parecía habérsele ido todo a los ojos, se los desencajaba y se los enrojecía hasta extremos alarmantes. Todas sus facciones, abotagadas, se habían medio atrofiado y le costaba llevar un poco de naturalidad a sus movimientos y a las facciones de su cara, que estaban, al menos esa noche, abultadas y redondeadas: las cejas, el mentón, los pómulos y unos labios gruesos que tenían el color vináceo de los que tarde o temprano acabarán teniendo problemas cardíacos.

Al hablar con nosotros centraba sus esfuerzos y su atención en que no se le notara la borrachera, y para ello alargaba y ladeaba la cabeza de una manera desmesurada, dejando la oreja en una posición horizontal al suelo. Con ello debía de pensar que las palabras le entraban más fácilmente, sin verter fuera ninguna, como recogidas por un embudo. Las contestaciones precisas que había de dar no podía terminarlas y al medio minuto estaba diciendo cosas incomprensibles.

Todo iba bien para él, hasta que el secretario del jurado, que es una persona sesuda y bonachona, se lo llevó a un rincón y sin muchas bromas le ordenó que se comportara, porque estaba dando un espectáculo. Sin duda el hombre, en medio de todo, comprendió que podía abrírsele un expediente por falta grave, y trató desde ese momento en ser amable con todos nosotros, con algo patético que quitó de raíz toda la comicidad anterior: comprendió que acaso pudiera quedarse sin empleo.

M. y G. se habían quedado en la habitación para cenar allí, entre

otras razones porque el parador estaba materialmente tomado por los participantes en el evento. Cuando al fin logré subir yo mismo, mientras la fiesta se desflecaba del todo, era cerca de la una de la noche. Le gusta a uno ir de vez en cuando con testigos a estos asuntos, para que no le tomen por fantasioso.

Al día siguiente nos acercamos a Yuste. Lo habíamos dejado para las cuatro de la tarde. Supusimos, por los riguorosos calores de estos días, que esa sería la hora en la que pudiera verse el Monasterio más en su propia naturaleza silenciosa y apartada. Nos equivocamos. El calor fue agobiante en extremo, pero la misma idea que nosotros la habían tenido al menos los ocupantes de cuatro autocares, turistas en su mayor parte de los pueblos extremeños, gentes de la tercera edad o de clubes parroquiales a los que algún cura desaprensivo había hecho creer que se trataba de una de las siete maravillas del mundo.

La mitad de los peregrinos ni siquiera se habían tomado la molestia de acercarse al monasterio y se habían quedado sentados bajo la sombra de los nogales de la entrada, como en una romería. Eran jubilados del campo, sus mujeres, las viudas de muchos años. Los hombres llevaban puesto el sombrero de la trilla y las mujeres, con galas de verbena, se ventilaban la cara con abanicos medio rotos, negros o con estampaciones taurinas. Algunos, que habían olvidado el sombrero, improvisaron sobre la marcha defensas contra aquel sol de justicia, anudando las cuatro esquinas de unos pañuelos de hierbas que se encasquetaban en las sienes, sin evitar con ello la congestión y el acaloramiento.

El lugar es bellísimo, imponente y, cuando puede admirarse en silencio, de una majestad incuestionable.

Pasamos a hacer la visita de las dependencias reales. A los que nos acompañaban les producía todo una gran risa. En un descuido del guía, algunos se echaban en la cama del emperador o manoseaban su ballesta, y esas patoserías provocaban el entusiasmo de los asistentes, que ahogaban como podían las risas para no delatarlos. Cuando se sentaban en su cama y comprobaban la blandura y elasticidad del colchón, estaban queriendo decirle al buen Carlos V: Te jodes, tú estás muerto y quien está sentado en tu cama soy yo.

Terminamos yéndonos un poco malhumorados,

encomendándonos a los venerables varones de la Institución Libre de Enseñanza, con el fin de que nos enseñaran paciencia y a amar al pueblo llano. Pero se conoce que la tentación totalitaria y repulsiva acechaba como el maligno, y querría uno haber podido insultar uno por uno a aquellos villanos, hasta hacerles comprender que las cosas del silencio y de la melancolía son sumamente serias, y que hay que ser alguien muy grande, como el Emperador, para tenerlo todo y dejarlo todo, y que no es lo mismo no tener nada porque nunca se ha tenido, porque se ha perdido o porque se ha renunciado a ello. Y que estos tres son casos muy diferentes.

UNA de las demostraciones palpables de que la creación acaba prosperando en las condiciones más adversas, como esas pequeñas flores que crecen en los cantiles árticos, es que la música de la mayor parte de las óperas más bellas ha arraigado sobre libretos ingenuos, elementales, incluso idiotas.

LE vino a la cabeza una observación que debería anotar más tarde, cuando volviera a casa. Cambió de muñeca su reloj de pulsera, para acordarse. Llegó a su casa, pero no logró, pese a todos sus esfuerzos, recordar de qué se trataba. Miró su reloj, le pareció una tumba abierta y vacía. No se atrevió a ponerlo en su mano habitual, por si esa observación volvía y se encontraba sin casa.

SI pudiésemos cerrar los ojos y ver en una vasta y simultánea panorámica toda nuestra vida, quedaríamos tan asombrados y maravillados, incluso en el caso de las más desdichadas, que ya no querríamos volver a abrirlos, porque estaríamos arrobados con ella, como ante una novela en la que lo importante nunca es el final. Es lo que seguramente les sucede a los muertos.

VENÍA dando un paseo al final de la tarde y a la altura de la calle de la Victoria, para paliar el calor sofocante de este mes de julio, me metí en un bar y pedí una caña de cerveza. El camarero que las tiraba, un hombre joven, con una camisa blanca llena de lamparones de grasa, estaba de un magnífico humor, a juzgar por el modo jubiloso que tenía de repetir los pedidos que le hacían los clientes. Hubiera podido pensarse que se las repetía a un pinche, para que este fuese preparándolos, pero lo cierto es que detrás de la barra no había más que dos, uno, su compañero, que atendía la plancha y la freidora de calamares, y otro, él. Así que cuando repitió ¡caña de cerveza!, sonó el grito como si nos hubiera tocado a

los dos el gordo de la lotería y no tuviese ya que tirarla él mismo.

A esa hora, las ocho de la tarde, no había demasiada gente en el bar, tres guiris, chico y dos chicas de piel color gamba que habían dejado sus mochilas en el suelo, y que delante de un plano de Madrid se disponían seguramente a buscar una pensión, y dos tipos curtidos difíciles de ubicar y que filosofaban acerca de la fiesta de los toros. Hubiera podido tratarse de dos reventas que, colocado todo el papel, ni siquiera se toman la molestia de entrar en la plaza, sino que se meten en un bar, piden dos sol y sombra (era lo que estaban bebiendo; en realidad lo que no estaban bebiendo, porque en todo el tiempo en que permanecí allí, casi diez minutos, no tocaron las copas ventrudas, que imagino apuradas en el último segundo, de un trago, al mismo tiempo que uno de los dos recoge del platillo las vueltas antes de ganar la puerta de la calle), y hablan de las cosas más peregrinas. Lo raro, o eso me pareció, es que un reventa hable de toros, más allá de los repasos habituales.

El taurino es el último ámbito del mundo civilizado en el que la tradición oral tiene tanto o más peso que en cualquiera de las tribus primitivas.

Hablaban de dos figuras señeras de la tauromaquia. Uno de ellos las llamó de ese modo, dijo, «fueron dos figuras señeras de la tauromaquia», como si esa manera de hablar la hubiera aprendido de memoria de un semanario taurino. Pero no tenían pinta de saber leer siquiera. Estaban entre los cincuenta y los sesenta años, sucios, desastrados, uno con un niqui de color butano con rayas *beiges*, y el otro con una camiseja de manga corta de color azul pálido. Uno defendía a Joselito y otro a Belmonte, como si la cosa durara todavía desde 1920, pero era patente que a ninguno de los dos lo habían visto torear. Lo más que hay de ellos, como de tantos, son unas excelentes instantáneas, pero ya demostramos en alguna parte que todos los toreros, hasta los de cuarta fila, tienen alguna fotografía en la que están dándole al toro un pase «de ensueño», «supremo».

Los amigos aceptaban que ambos fueron grandes maestros, los más grandes. Eso les dejaba el corte de la tela por cortar muy aventajado. Al contrario que en el resto de las artes, en las que los valores se someten a periódicas revisiones, lo que permite, descubrimientos y caídas continuas, en el toreo todo lo que alguna

vez ha sido, pasa inmediatamente a la categoría de la leyenda. Y las leyendas pueden ser enriquecidas, pero jamás ni cuestionadas ni empobrecidas, de modo que todo lo bien que nos parece que dos buenos hombres se deshagan en elogios para Joselito o Belmonte, nos parecería mal que los criticaran. Alguien dice que Belmonte fue un gran torero, y nadie se lo discute. Si dijera que fue un torero malo, cualquiera le objetaría de inmediato que no podía afirmar una cosa como esa, pero es la ignorancia precisamente la que a ellos les legitimaba en ese momento para hablar bien de las señeras figuras.

NOS habíamos citado el juez, su socio y yo en Sevilla con A. para tratar de negocios que no pueden ser, tratándose de nosotros, sino ruinosos. Viaje de un día. Salir de Madrid temprano y volver por la tarde. Ellos acudían desde Granada. La reunión iba a ser al mediodía, así que se pudo disponer de la mañana para otros asuntos. La pasamos en casa de A., mirando su biblioteca. Siempre me dice, ahí te quedas solo, coge los que quieras y luego nos vemos. En las novelas y películas que sale un bibliófilo siempre se equivocan. Creen también que el bibliófilo mataría por conseguir un libro y se dejaría matar por defender su propiedad cuando ya lo ha conseguido. Esto es absurdo, al menos en el caso de A. y de algunos amigos más.

Por eso resulta conmovedor que un amante de los libros le deje a uno a solas en su biblioteca. Es la prueba suprema de la amistad. Es como si llega uno al oasis, y el moro de la jaima te dice, mira, ahí tienes al harén; yo me voy a dar una vuelta y luego vuelvo. Ya me contarás.

Antes de reunirnos para el almuerzo me trajo un ejemplar de *Campos de Castilla*, que le había pedido. Hemos hecho un cambalache: los derechos de autor de un futuro libro sobre libros viejos, por el libro de Machado. La mayor parte de la gente no entiende esta pasión, cree que se trata de una enfermedad nuestra, como la de juntar cromos. Yo les recuerdo siempre el aforismo de J. R. J.: «En edición diferente los libros dicen cosas distintas», y un libro como ese de Machado hay que leerlo, a ser posible, en esa edición dolorosamente provinciana, de papel pajizo, con los tipos de letras machacados. A ningún otro libro le sienta tan bien lo de que esté impreso en edición *rústica*.

Ha venido leyéndolo uno de nuevo en el tren, y aunque este es de alta velocidad y la gente que viene conmigo parece ejecutiva y negocianta, los paisajes que se ven por la ventanilla no dejan de ser los que huyen de uno, los inaccesibles, los perdidos para siempre en las galerías de 1912, y eso contribuye a entender mejor los poemas y los paisajes.

Los poemas, los paisajes deberían haberle cauterizado a uno unas pequeñas llagas con su bálsamo. Pero no, y la cabeza se acababa marchando sola a donde estaba la herida. En Sevilla alguien, el alma caritativa que se ofrece a ello siempre, vino a decirme que X propalaba por ahí cosas poco esperables de un buen amigo. Yo le dije al veredero, bueno y qué, y me encogí de hombros; es natural que las cosas que escribimos no gusten a todos. Pero en el tren esas frases insidiosas me horadaban el alma como una carcoma: «¡Qué lástima que la novela de A. sea tan mala. Escribe tanto…!».

Sí, iba todo muy bien, leyendo *Campos de Castilla*. El alma iba abriendo todas las puertas y ventanas para que entrara y corriera el aire puro y libre. Y en un recodo, con una sacudida ferroviaria, el veneno, tal y como le ocurrió a Cenicienta, subió desde el corazón a la boca. Y he notado que se ha roto algo. Algo que era muy valioso y que no son ahora más que unos cascotes informes y sin soldadura posible. ¿Y por qué ahora y no hace cinco años o dentro de diez? Quién lo sabe. Así ocurren las cosas. Suceden y no sabemos cómo ni por qué. Como ese jarrón que lleva en un sitio toda la vida y un buen día aparece roto en el suelo. Preguntamos a todos los de la casa, y nadie sabe nada. Y no es que alguien mienta. Sencillamente se ha venido al suelo. Como la amistad. Habría que buscar una explicación racional al hecho, pero no existe. Incluso empiezan algunos a encontrar lógico que se rompiera, estando como estaba expuesto en un lugar de paso.

Así que recogemos todos esos pedazos, sin faltar uno, los echamos en una caja y nos decimos: quizá un día, que no tenga nada que hacer, me entretenga en pegarlos.

«LA poesía es la canción del átomo frente a la reacción en cadena» es una frase… explosiva, deslumbrante. Pero si se piensa en ella detenidamente no se sabe muy bien qué quiere decir. Es más, creo que no quiere decir absolutamente nada. Es de Brodsky.

Seguramente trataba de sugerir que la poesía se centra en lo pequeño, frente a lo aparatosamente grande, lo que danza sobre sí mismo y lo que se expande, destruyendo. Pero no deja de ser una manera megalómana de expresarlo, como cuando García Márquez aseguraba sentirse en cierta ocasión como un león muerto, cuando todos saben que en Colombia no hay leones. ¿Y por qué no un gamo o un lirón o un babuino o un borriquillo? Se ve que en algunos hombres la tendencia a enterrarse bajo una pirámide es innata, como lo es, en otros, «donde habite el olvido».

ALGUIEN le contó al amigo, el mismo correveidile supongo, que había estado en Sevilla. Se enteró entonces de que ni siquiera le había telefoneado.

No, no tenía ganas de verte, le confirmó cuando le llamó para afearle ese escamoteo.

En dieciocho años de trato amistoso, íntimo, era la primera vez que una frase como aquella, penosamente sincera, se decía con naturalidad.

Al principio el amigo pensó que se trataba de una de esas bromas que se gastan dos viejos camaradas, al margen de las formalidades. Pero algo debió hacerle comprender que aquellas palabras estaban dichas en serio; a continuación el otro le confesó que estaba enfadado con él porque se dedicaba a hablar mal de su novela por todo Sevilla.

Al principio se extrañó de haberle confesado algo así. En otro momento se lo habría callado y habría dejado correr el asunto. Y en realidad tampoco era exactamente como se lo había expuesto, porque el único testimonio que tenía era el de una sola persona. No era, pues, «por todo Sevilla».

Su amigo se quedó sin habla. No tenían costumbre de hablarse con tanta franqueza, ciertamente. En realidad habían hablado durante muchos años de casi todo, menos de eso, cuando acaso eso era seguramente de lo primero que hubieran tenido que haber hablado. Es bien sabido que entre creadores ha de ser uno amigo antes de las obras que de las personas, y solo cuando y porque se admira y se respeta las obras, puede aspirarse a admirar y respetar a la persona. Si sucede al revés, mala cosa.

Se hizo un silencio gravísimo, como si se hubiera interrumpido la comunicación telefónica, pero al cabo de tres o cuatro segundos,

se oyó, al otro lado, agónica, una pregunta, ¿quién te ha dicho eso?, aunque antes de que terminara de formularla se dio cuenta de que sus primeras palabras no tenían que haber sido esas, sino estas otras, que llegaron ya tarde: Eso no es verdad.

—Me lo han dicho tres personas diferentes, por tres sitios distintos —y al mismo tiempo sintió vergüenza de esa mentira.

De nuevo se hizo un silencio aún más triste, y tuvieron ambos claro que se entraba en un punto de difícil retorno. Quiso su amigo salvar algo de aquel naufragio y probó una opinión de la novela lo bastante sincera como para hacerse olvidar que llegaba también tarde, y vagamente elogiosa como para restañar esa herida, pero el otro no quiso seguir por ese camino y le atajó antes de que hablara de ella. Porque no era una novela o el juicio sobre ella lo que estaba en juego. «Un buen amigo», empezó diciéndole, «me habría llamado en primer lugar y me habría dicho que no le había gustado el libro, y, si de verdad era un buen amigo, no lo habría comentado con nadie más, como no aireamos los defectos o errores de las personas a las que amamos. Ahora bien, alguien que se dice amigo tuyo y te va poniendo verde por todas partes, la verdad, yo lo querría tener lejos».

El amigo se defendía como podía y el otro, a quien la tristeza le estaba endureciendo el corazón, no admitía la menor disculpa. Incluso extremó el tono de disgusto a sabiendas de que en el fondo tampoco aquello era tan grave, ya que no se trataba de algo que acabara de suceder, sino que venía sucediendo desde los últimos dieciocho años. Cuando comprendió que había poco que hacer, intentó derivar su enfado hacia quien le había podido venir con el cuento. Tiene que haber sido Fulano, solo pudo ser él, le dijo con un vago rencor, a lo que el otro respondió de la única manera que podía, con ensañamiento:

—Entonces no son tres, sino cuatro.

El amigo, en cambio, para el que todo eso era algo nuevo, se mostraba de verdad muy disgustado. No tienes derecho a decirme las cosas que me estás diciendo, protestaba ya sin argumentos, escudándose únicamente en una amistad tan larga. El otro le decía, seguramente no tengo derecho, pero podías haber hecho las cosas de otra manera, e insisto, remachaba con crueldad, que tu opinión sobre ese libro o sobre cualquier otro me es indiferente, porque en

dieciocho años en el fondo pocas veces hemos estado de acuerdo en nada.

Entonces el amigo probó a jugárselo todo a una carta, la última, y la volvió sobre la mesa. Tampoco a ti te gustan mis libros, reconoció bajando la voz.

Cuando colgó el teléfono, supo que pasarían meses antes de volver a hablarse. Y que acaso un día buscara en el armario esa vieja caja de zapatos con los cascotes de la amistad, para tratar de recomponerlos. Y que de todos modos las cosas ya no volverían a ser lo que fueron. Y la tristeza que sintió en su corazón fue aún mucho mayor, porque por primera vez había pesado más la obra que la vida y porque al fin le había dado a la obra lo suyo, lo justo, lo que le correspondía, para que su vida siguiese siendo vida, y no su simulacro o su suplantación. Y quiso entonces telefonear al amigo y pedirle perdón por haberle montado toda esa escena. En el fondo, seguro ya de su propio valer, le daba igual que dijera o dejara de decir esto o lo de más allá. Pero no lo hizo. No llamó. No por orgullo, sino por cansancio.

FUE chistosísimo. Estaban, como todos los domingos, en el Campillo del Mundo Nuevo, en medio de sus cachivaches aparatosos. Ya son los únicos que meten en la ambulancia de su negocio grandes puertas de cuarterones, rejas, dormitorios completos, con el armario de tres lunas y la cama tibia aún de la agonizante que la ha dejado en almoneda, los chineros y esas cantareras que son las alforjas del agua. Creo que proceden de Ciudad Real. Han de llegar muy temprano, porque a las siete y media ya tienen el género ordenado en su puesto. Vienen en grandes furgones y les acompañan a menudo sus mujeres y la parentela tribal. En invierno, como si aquello fuese un campamento, las mujeres se encargan de preparar las fogatas alrededor de las cuales se calienta toda la familia. Ellos visten de un negro inmaculado, podría decirse, desde las botas a los sombreros. Ellas, no. Ellas combinan con fantasía toda clase de percales y estampados, a cada cual más colorinesco, aunque si llevan luto, este ha de ser riguroso, solo aliviado por los aretes de oro de las orejas. Ayer disputaban dos gitanos de unos cincuenta años. Detrás de cada uno de ellos seguían la discusión atentamente miembros de ambos clanes:

—El camino de la verdad —le decía uno a otro—, no es lo que tú te piensas.

—No, pero la fe tiene que estar basada en obras —le rebatía el otro—. Una fe sin obras es una fe muerta.

El que sostenía esto último era el dueño del puesto en el que había una caja de cartón con algunos despojos de papel entre los que salió el *Libro de oro* de Manuel Machado, así como un montón de periódicos santanderinos de guerra, publicados meses antes de que esa ciudad cayera en manos nacionales.

Yo esperaba con mi libro en la mano, sin atreverme a preguntar el precio, por miedo a interrumpir una conversación de vuelos tan altos.

Algunas mañanas, cuando el comercio flojea y lo permiten los curiosos y transeúntes, se montan en aquel lugar verdaderas cátedras evangélicas, donde se debaten muy intrincadas cuestiones teológicas, sembradas de citas de la Biblia. Las mujeres raramente intervienen y se dedican con un cartón a avivar los braseros y fogatas, si el fuego languidece en ellos, dobladas por la mitad, con las piernas abiertas y el peso de las frías mañanas en los riñones. En verano, en cambio, son ellas las que se abanican, sentadas en alguno de los sillones frailunos que tienen a la venta.

Cuando llevaban cinco minutos porfiando, el primero comprendió que le estaba entorpeciendo los tratos a su amigo, y dejó libre el campo.

—¿Son ustedes protestantes?

Se lo pregunté, porque los gitanos se han hecho de cualquier cosa con tal de no parecerse a los payos.

—No, yo soy católico, —respondió—. Entiéndame, yo soy católico, pero no piso la iglesia. Ese lleva un año dándome la matraca cada domingo para que me haga protestante. Y lo que yo le digo: puede que él tenga razón, pero prefiero no ser nada, a hacerme de lo suyo.

Era como el tema perfecto para un artículo de Unamuno. Pero no se trataba, en todo caso, de que ese hombre se haya contagiado de tanto españolismo, que piensa ya como español antes que como gitano, sino que lo que venía a expresar es algo más valioso: es preferible mi error, por mío, que todos sus aciertos, por suyos.

ERAN las tres de la mañana. Sonó el teléfono como suenan los

teléfonos a esas horas, en medio de un sueño tenebroso: el mundo se ha roto por la mitad, alguien ha muerto, ya es demasiado tarde para cualquier cosa. Corrí como un poseso a descolgarlo, sin encender la luz de la mesilla de noche, todavía dormido, con ese instinto que le hace creer a uno que un timbrazo menos es una oportunidad más. Oportunidad de que se aplace el fin del mundo, de que nadie haya muerto, de que lleguemos a tiempo de remediar algo.

Era R., que llamaba desde Ohio. El pobre no había calculado la hora, y pidió perdón de todas las maneras por habernos despertado, y sobre todo por el susto. Pero se le veía que tenía necesidad de hablar con nosotros.

Se levantó M. y se puso en otro de los teléfonos, y empezó a desgranarnos con entusiasmo su vida americana, lo que hacía y no hacía, minuto por minuto, hasta las cuatro de la madrugada.

Y en todo ese tiempo nadie encendió una luz en casa. Fue como una sesión de mesmerismo: las voces de la noche y la llamada de la sangre.

ES muy probable que no fuese ni siquiera una buena película. Pero la vimos M. y yo, a veces con lágrimas en los ojos, aunque ninguno de los dos nos atrevíamos a decir que estábamos llorando, concentrados en cada uno de los instantes del relato, pendientes de los átomos de luz que nos llegaban de la pantalla del televisor. Trataba sobre la vida de Beethoven. Ni siquiera teníamos la seguridad de que se ajustara a hechos históricos, y es muy probable que en algunos pasajes hayan noveleado más de la cuenta. Desde luego, está fuera de duda que si Beethoven hubiera podido verla, le habría espantado lo que sin duda era una caricatura grotesca: su sordera, su grosería, su arbitrariedad y todos esos rasgos extremos del carácter que los seres vulgares atribuyen al genio con la secreta esperanza de poder comunicarse con él a través de esas sucias cañerías de la naturaleza humana.

Resultó como uno de esos arrebatos místicos de la adolescencia, en los que una muchacha puede arrasar su rostro en lágrimas ante una imagen de escayola, pintada como un mamarracho.

Aquello, ciertamente, no era Beethoven, pero se hablaba de una soledad y de un dolor que pudiera haberle sido común, pues el sufrimiento hace a los hombres, además de mejores, iguales y

capaces de pensar unos de otros con asombrosa comprensión.

De modo que por unos minutos fuimos, por el dolor, semejantes a un hombre cuya obra, aun la más patética y desgarradora, es un canto a la alegría y a la vida.

SoLO hay verdadera igualdad en el dolor, por eso el comunismo siempre fracasará entre hombres que no vean en el dolor una fuente de vida y de alegría.

HOY recibimos, solapadas, dos cartas de G. Y no puede describirse el gozo de encontrarlas en el buzón. Como nunca recibimos de ellos más que esas dos o tres cartas durante sus campamentos o viajes, las estudia uno con atención, sin dejar un solo rincón, y luego las relee uno otra vez. En estas hasta las faltas de ortografía nos parecieron significativas y nos deleitaron lo indecible. Solo cuando se lee la primera carta de un hijo se le dota de verdadera voz, únicamente entonces nos damos cuenta de que tiene su voz propia, diferenciada de todas las demás, pues le imaginamos teniendo que hacer un esfuerzo para contar algo, poco o mucho, que ha de quedar como expresión de un estado de ánimo o de unas circunstancias. Así que, aunque no tenga aún once años, viene a ser la carta de un hombre que podría haber empezado ya a recorrer los caminos de la vida por sí solo.

HA entrado en casa el proletariado al completo, en toda su variedad: albañiles, fontaneros, carpinteros, escayolistas, soladores, alicatadores. No es una reforma sencilla, desde luego, pero aunque se circunscribe a la zona de la cocina, han llenado la casa de polvo y ruidos. Trata uno de continuar su tarea, pero resulta imposible, bien porque el proletariado necesita una guía, tal y como decía Lenin, bien porque están escamados de los clientes, de modo que cada cinco minutos aparece uno que asoma la cabeza por el salón, sin atreverse a entrar, y le reclama para evacuar consultas. Cada una de esas llamadas es diferente. Para unos uno es don Andrés, para otros, señor Andrés, y para el capataz, Andrés a secas, aunque la apelación más frecuente es la de un mugido inarticulado pero potente en dirección a este cuarto. Todos ellos llegan con problemas presentados la mayor parte como irresolubles, aunque casi siempre suelen ser parvos. Se arma uno de paciencia, se levanta, pone cara de gravedad y dice sí o no. Vuelve uno a su mesa, trata de retomar el hilo, se pregunta, ¿por dónde íbamos? y antes de que se quiera

centrar de nuevo, otro viene a sacarle de su concentración. Así desde las nueve de la mañana a las nueve de la noche. Trabajan a destajo. Como yo. Otro día contaré la historia de esta cuadrilla de obreros.

EL escultor vascongado E. Chillida pretendía perforar una montaña de Tenerife, conocida como Timanfaya o algo así. Parece que ese monte, formado de una piedra extremadamente dura denominada traquita, era para los aborígenes, y sigue siendo, sagrado, por no sé qué concepto. La broma consistía en vaciarlo por dentro (este escultor también ha vaciado cosas por fuera) y hacer una cámara allí de cincuenta metros de largo, por cincuenta de ancho y cincuenta de alto, como un cubo. Nada más. La gente entraría allí, como en las pirámides, vería aquel espacio, supongo que iluminado como en un teatro, con candilejas apropiadas, diría «¡hostias!», y se saldría. Ecologistas y geólogos locales han puesto el grito en el cielo. El escultor se ha defendido con la habilidad y la astucia instintivas de los fenicios y los demagogos, primero ha desgranado sus argumentos y a continuación ha levantado la cabeza como un rey contrariado. Ha dicho: «Yo no quiero destrozar la montaña, sino salvarla. Era una obra para el pueblo canario. No deseo, pues, que sirva como elemento de división, y menos aún como piedra de escándalo arrojada en luchas políticas que no comprendo». O sea, algo como un «yo quiero ser el escultor de todos los españoles». Así han recogido sus palabras los periódicos.

El escultor los aprovechó todos para asegurar que era una obra que regalaba, lo que seguramente significa que el Gobierno Autónomo corría con los gastos de perforación y realización del proyecto.

El mutis ha sido de todos modos lo más glorioso: «Era un monumento, una gran escultura a la tolerancia», dijo antes de salir airado de escena. Esa es, claro, la frase mágica de quien conoce bien los resquicios y debilidades de los tontos gobernantes que le han financiado sus francachelas escultóricas. Hemos regresado al chamanismo. Alguien talla burdamente una efigie de un tronco de árbol. A continuación convence a sus vecinos de que eso representa a un dios, y ya tenemos una bonita religión durante dos mil años, con sus oportunas circuncisiones y ablaciones, sus tabúes y todos los remordimientos y resentimientos. De modo que a partir de ahora

quienes se opongan a esa tartufería habrán de correr el riesgo de alinearse… contra la tolerancia. Incluso podrán ser considerados fascistas, solo por haberse opuesto a la megalomanía de un tipo que quería hacerse su propia pirámide particular, presentándola al pueblo, que la costeará, como un regalo que se le hace.

DEBERÍA escribir aquí, hoy, a tantos de tantos, «he terminado la lectura de *La Cartuja*». Acaso fuese la cuarta vez que la leía, y sin embargo tuvo en todo momento la impresión que lo hacía de nuevas, como si uno fuese virgen para ella. Los dos últimos días lo primero en que pensó, en cuanto se despertaba, fue en continuarla. Llegó a temer que, por los estragos de la edad y de su oficio, esa avidez lectora de la adolescencia jamás volvería a conocerla, enredado en los amores de Fabrizio, Gina, la Sanseverino y el conde Mosca. Se vio desplegando por la novela un entusiasmo no inferior al que el joven del Dongo experimentó en la batalla de Waterloo.

Cuando llegó a la última página, hubiera podido volver a la primera de nuevo, como cuando no nos cansamos de repetir una y otra vez una melodía feliz y conmovedora.

Encontraba especialmente inteligente la frase de Stendhal, en el último capítulo, «el lector me permitirá que pase por alto lo ocurrido en los tres años siguientes», cuando no le ha importado demorarse, en sucesos que abarcaban minutos, páginas enteras, con la misma delectación que mostraría un siglo después Proust. ¿Y todos esos monólogos interiores, mediante los cuales se le faculta al lector para que entre en el alma de los personajes, confesiones íntimas que estos se hurtan unos a otros y que solo el lector conoce en su conjunto? El novelista ha de ser omnisciente, en mayor o menor grado, como sería Dios omnipotente, y no avergonzarse de ello. Puestos a crear personajes lo que es absurdo es dejarlos a la mitad porque el no hacerlo contraviene alguna preceptiva novelística. Los críticos literarios del momento suelen encontrar intolerable, por lo general, que un novelista sepa tanto de sus personajes desde el principio, no porque consideren que ya no es posible un ser superior, Dios o novelista, sino porque esa superioridad sigue humillándoles.

SE murió la portera. Pobre mujer, era un monstruo. Cayó fúlminada frente a la panadería de Cirilo a causa de una embolia pulmonar. Había vuelto del hospital hacía dos días. Nos hemos

enterado hoy de ese último pormenor. Sabíamos que marchaba mal. Cirilo, conociéndole, estará orgulloso de que cosas tan graves e incumbentes de la vida del barrio ocurran a la puerta de su establecimiento.

Era una mujer con la que podría haberse escrito un relato solanesco. Era de corta estatura, gorda, sucia, desgreñada. La artritis y el reúma le habían arqueado las piernas y al andar se balanceaba como una oca vieja, con movimientos que le descoyuntaban la pelvis y las caderas. No tenía manos, sino unos dedos como sarmientos secos y torcidos, garfios terminados en unas uñas largas que tenía la fantasía de pintarse de un rojo vivo, como si las acabara de sacar de un hígado. La ha visto uno más veces en estos años que a la mayor parte de los seres que ama, amigos, hermanos, padres. Son las paradojas de la vida.

Hacía lo menos diez años que no trabajaba en esta casa, lo que consiguió tras una obra maestra de la intriga y la hipocresía.

El número siete de esta calle cuenta con pocos y buenos vecinos, en su mayor parte mujeres. Ocupa el primer piso una, a punto de jubilarse, que lleva viviendo aquí lo menos cincuenta años. El segundo, después de haber vivido en él una viuda, lo ocupa en la actualidad una de las dos chicas que durante unos años llenaron las escaleras de vagos espúmeos ninfulescos. En el tercero, también desde hace cuarenta o cincuenta años, vivió nuestro buen vecino el secretario de la Audiencia, que murió; ahora viven allí su viuda, su hija y el marido de esta. Nosotros, en el cuarto, y en el quinto, una mujer separada, también encantadora, y, alquilado en una buhardilla, un chico misterioso y muy moderno que sube cada semana con unas muchachas bellísimas, que contrastan mucho con él.

La portera vivía con sus dos hijos en un zaquizamí sin ventilación, llamado portería, que daba a un angosto patio de luces y a la escalera. Esta y el portal, estrecho y alargado, estaban a todas horas anegados no en el olor ya clásico de las berzas cocidas, sino en el menos piadoso y tolerable olor a cebolla, nauseabundo y picante.

La puerta de la portería era de esas partidas por la mitad, como en las cuadras de los caballos. La mitad inferior podía permanecer cerrada y la otra mitad abierta. Y así era como la tenía la mayor

parte del día, ya que aquel habitáculo no contaba con otra ventilación ni luz que la que le venía del portal. Se llegase a la hora que se llegase, la portería estaba abierta, y allí podía admirarse una escena de la vida porteril en toda su viveza. La nevera, uno o dos viejos sillones de *eskay* y un sofá, en el que la mujer y su familia vivían permanentemente sentada frente a un televisor.

Sus hijos parecen buenos chicos. Uno andará ya por los treinta años. Está o estuvo metido como escolta de algún gerifalte ugetista, hecho que deslizó alguna vez con ocasión de que se cediera a las pretensiones laborales que tenía su madre.

Esta tenía una salud que le impedía subir escaleras, lo que, en una casa sin ascensor, es lo más apropiado para ejercer de portera. Sin embargo, no le daban la baja o ella no quería pedirla, por no perder el empleo que estaba impedida para desempeñar y no perder la vivienda, de todo punto insalubre. Así que tenía la escalera llena de inmundicias y su casa, de miseria. Barría y fregoteaba la escalera una vez al trimestre, cuando no dilataba aún más estos períodos de tiempo, aunque en realidad no puede decirse que la fregara, porque todo consistía en que uno de los hijos le subía al quinto piso un cubo de agua y lejía y desde allí, bajando, iba untando con una fregona los viejos y deslustrados peldaños y descansillos de madera. Hacia el piso cuarto el agua era una especie de chocolate pestilente que iba extendiendo con la misma fe que los pintores expresionistas, y cuando llegaba a la portería, llena de orgullo por el deber cumplido, guardaba el cubo durante otros tres meses.

Mientras ejercía de portera, su cometido era asomar su máscara por encima del portillo siempre que aparecía alguien. Si este era uno de los vecinos, se volvía a sentar indiferente en su sofá y la mayor parte de las veces ni siquiera se molestaba en devolver los buenos días, si se le daban. Ahora, si el que aparecía era un desconocido, un cartero o un repartidor, se le iluminaba la cara y los ojos, saltones y enrojecidos por la vesania, brillaban con destellos de sadismo producidos por los muy sutiles placeres ligados a la importancia del cargo que ostentaba, y saltaba como un perro. ¿Adónde va usted?, gritaba una voz estridente. A menudo los forasteros se pegaban un buen susto, pues, sobre todo en verano, la puerta del cubil permanecía abierta, pero la luz estaba apagada, para paliar en lo posible el sofoco que debía sentirse allí dentro, de

modo que ese ¿adónde va usted? les llegaba de lo más hondo de la espelunca. Lo normal es que se tomara todas las molestias para hacer desistir a la gente de la idea que trajera. No está, no hay nadie, han salido, no creo que vengan ya en toda la tarde… acompañadas de alguna otra información del tipo, son muy raros, ah, yo no tengo la menor idea de dónde pueden haber salido, hasta ahí podíamos llegar, y otras frases por el estilo que solía despachar a todo el mundo. Si la visita persistía en subir, lo consideraba una derrota personal, una mancha en su historial, por lo que acababa saliendo de su cuchitril y gritando al forero toda clase de insultos.

Cuando el amigo llegaba a tu casa, preguntaba: ¿Vuestra portera está loca?

Muchos son los que pueden dar fe de que en este asunto tan serio no hay lugar para la novelería.

Los vecinos, sobre todo los más antiguos, decían tenerle un poco de pena, pero en realidad escondían bajo el penoso afecto el miedo cerval que sentían ante su presencia, ya que era una mujer avinagrada, chillona, colérica, de las llamadas de armas tomar.

A menudo hemos conspirado en la sombra, en reuniones clandestinas que tenían lugar en alguno de los pisos, para quitárnosla de encima, pero siempre sin éxito. Al final, aterrados, algunos se echaban atrás, temiendo de ella cualquier atropello, la dinamita, el incendio del inmueble, el crimen y la venganza, así que contábamos los días que faltaban para su jubilación.

Ayer, rememorando estampas de la vida de esa mujer, las vecinas más antiguas, en la escalera, recordaron cuando murió su marido. Había sido de la División Azul. El empleo lo obtuvo seguramente con esa carta de recomendación. En Santa Bárbara hay otro portero que fue igualmente de la División Azul. Le vemos aún algunos días por la calle. Durante años pensamos que era un viejo pederasta, por la manera en que iba vestido: chaquetas de terciopelo, camisas de cuellos espectaculares abiertas hasta el esternón, cadenas de oro, pulseras del mismo metal, zapatos de charol negro y un tocado que le pegaba los tufos, teñidos de negro y brillantes de pomada, al cogote. Pero no. Su vida no tenía nada que ver con las suposiciones. Era, más bien, todo lo contrario, un don Juan que había hecho enloquecer de amor a buena parte del inquilinato femenino de los años cuarenta y cincuenta. No ha de

fiarse uno nunca de las apariencias, pero eso no quita para poder asegurar que nuestro barrio estuvo muy bien defendido durante unos años de la famosa conjura masónica y comunista.

Cuando el portero de nuestra casa murió, tuvieron que extender su cadáver, por falta de espacio, sobre la mesa que había entre el sofá y el televisor. Le vistieron de domingo, con un traje nuevo, camisa y corbata, lo mismo que le pusieron los zapatos limpios. Los chicos eran unos niños. Por entonces tenían un gato. X, que contaba la historia, aún recordaba el momento en que bajó a darle el pésame a la mujer, cuando se encontró que el gato se había subido encima del muerto y le estaba lamiendo la cara.

La portera pasó entonces de portera consorte a regente interina de la espelunca durante tiempo indefinido.

Han sido casi veinte años de ver todos los días a una persona, pero lo extraño es que de ella no conocemos absolutamente nada. Quién era, cómo se apellidaba, cómo llegó a esta casa, cuál era su vida, si tenían o no otros parientes, nada. Se ha cerrado una novela, pero se diría que por la segunda página, y es seguro que desde más de un punto de vista, tenía su interés.

ERAN las doce del mediodía, la hora sin sombra. Tenía que bajar al banco a sacar algo de dinero y de pronto, allí, parada en el escaparate del joyero Berao, descubría a X, la elegante de hace cinco años. Me pareció un poco más alta. También más joven. Treinta años quizá, pero uno recordaba que tenía que tener ya lo menos treinta y cinco. Llevaba una falda negra, bastante corta, ceñida lo justo para marcar el ánfora de las caderas, y una blusa blanca y sencilla, sin mangas y sin cuello. Estaba muy morena, uno de esos morenos dorados que dan ganas de acariciar solo para saber qué se siente. Quizá fuese por eso por lo que estaba tan guapa. Parecía incluso mucho más guapa que la primera vez, cuando la acompañé a la zapatería de la calle Augusto Figueroa. Debía de seguir cultivando su debilidad por los zapatos buenos, porque llevaba puestas unas sandalias preciosas, de esas que nada más verlas sabes que su precio equivale al PIB de un país africano. Eran unos pies perfectos, rayanos al ideal, con las uñas cuidadosamente pulidas, los dedos delgados, largos, las uñas proporcionadas, ni un defecto, ni una tacha, todos alineados como las teclas de un piano, de mayor a menor, en fin, unos pies a los que se ha cuidado con el mismo esmero que al heredero de la corona. La otra vez, cuando se probó el zapato en la zapatería, no recuerdo que llevara el pie desnudo. Me acordaría. Porque los pies eran preciosos. Supongo que me fijé en ellos porque llevaba las uñas pintadas de un rojo coralino muy vistoso. Una tira fina salía de su dedo gordo, se bifurcaba y le dibujaba el empeine como la cabeza de una serpiente. Eso debió ser una asociación mía, entre el pie de la Virgen y la cabeza del Maligno, tan tentador siempre. Llevaba el bolso colgado al hombro, lo que hacía que uno se fijase en el hombro también, tan torneado, y en la mano una bolsa grande, de papel y con las asas de cordón blanco. Se había cortado el pelo, y eso le favorecía. Los mismos ojos negros y llenos de brillos, fríos y ardientes al mismo tiempo. Todo fue un instante; desde que la vi, la reconocí y se cruzó conmigo. ¿Cómo se llamaba? Ni siquiera recuerdo si entonces, cuando me pidió que la acompañase a mirar los zapatos, nos dijimos el nombre. Estuvimos a punto de ir juntos a un hotel y ni siquiera me acuerdo ya de si tenía nombre. Me latía con fuerza el corazón. Alguna vez ha pensado uno en aquel día con esa rara nostalgia que sentimos hacia las cosas cuya marcha tampoco nos entristece, y me

preguntaba: ¿qué hubiera sucedido de haber sucedido tal y como parecía que tenía que suceder todo?

El corte nuevo del pelo subrayaba el óvalo de la cara y hacía que destacasen aquellos ojos que la otra vez velaba con tanto empeño: rasgados hacia arriba, un poco achinados, pero lo mismo de grandes y brillantes.

Pasó a mi lado, se me quedó mirando, yo me dije, me ha reconocido, pero siguió sin detenerse. Tuve incluso que apretarme un poco contra una puerta para dejarla pasar. La bolsa que llevaba me rozó el pantalón. Me pareció más alta. Ya he contado eso. Tampoco quise fijarme en el pequeño detalle, pero fue en lo que me fijé. Me dije, no lleva sujetador. Fue una observación absurda, pero como pasó muy cerca, me pareció que se le marcaban los pezones debajo de la blusa, una de esas camisas de un algodón muy fino, como de muselina. Volví la cabeza y la vi de espaldas. Seguía teniendo ese talle fino, de abeja. Las piernas eran perfectas también, como las describen los clásicos, «bien torneadas», y andaba muy bien, parecía que le sobrara todo el tiempo, toda la juventud y toda la belleza. Creo que fue de una manera impulsiva, y salí detrás de ella. En un segundo me olvidé de mis recados, del banco, de comprar el periódico. Fue como una de esas mujeres que le embrujan a uno con un movimiento de pestañas.

Al principio no pensaba nada, pero creo que no se me pasó por la cabeza decirle: «¿Te acuerdas? Hace cinco años…». ¿Cómo se le dice eso a alguien que ni siquiera recordamos cómo se llama? Quizá no me dijera nunca el nombre. Eso debió ser. La Elegante, creo que así fue como la llamó uno en sus recuerdos durante unas semanas. Luego la pompa de jabón estalló y se perdió para siempre. Desde luego seguía siendo *tres fashionable*. Pasó, como la otra vez, un obrero, quizá un escayolista, con el pelo enharinado. Hay mujeres a las que mira un hombre y reaccionan, a continuación, con mínimas e instintivas sacudidas, casi imperceptibles, tal y como nos sucede cuando nos metemos en el baño y el agua está un poco más caliente o más fría de lo que creíamos. Uno ha seguido ya a algunas chicas por la calle para saber que la mayoría de ellas, cuando acaba de mirarlas un hombre con cierto deseo, lo primero que hacen, liberadas ya de esa mirada y creyéndose a solas, es revistarse ellas en el primer escaparate o en la primera superficie pulida que las

refleje. Es una mirada rápida, sin detener su paso, una mirada que no busca una confirmación particular, sino general, desde la cara, las caderas, el trasero, las piernas, los zapatos. A continuación pueden ocurrir dos cosas: que todo lo encuentren en un estado satisfactorio o que, por el contrario, crean haber descubierto algo que las dejaba descontentas, y en ese caso se arreglan con disimulado movimiento el pelo, la blusa, la falda, para que la próxima mirada de un hombre lo encuentre todo «en regla». Otras mujeres ni siquiera esperan a comprobar su estado en el cristal de un escaparate o de un banco, y se diría que a duras penas pueden aguantarse los segundos precisos para dejar atrás al admirador que les ha repasado de esa manera que ellas saben leer tan bien, y en ese caso parecen aceptarlo de una forma diríase natural y bravia, en la que interviene más la naturaleza, con todos sus instintos, que la femineidad, con toda su educación y amaneramiento. Parecen sentir unas ligeras sacudidas, levantan los hombros, como si respiraran hondo, llevan a sus caderas un ligero temblor, esponjan el pecho y airean la frente, dueñas en ese momento de la procreación y del mundo. Pero también sucede, muy raramente, que las mujeres ni siquiera son conscientes de ser miradas, admiradas ni deseadas, porque eso viene sucediéndoles desde que tienen uso de razón. Es probable que en otras circunstancias actuaran como el resto de las mujeres, de modo instintivo. Pero no entre extraños, teniendo, como tienen ya, la admiración y el deseo de todos aquellos hombres con los que tratan.

Desde luego la Elegante era de estas últimas, y ya lo sabía bien por la otra vez.

Cuando llegó a la esquina de Almirante, y cuando creía que quizá se dirigiera a Augusto Figueroa, como la otra vez, cruzó la calle y por la vereda de la sombra, se marchó en dirección a la calle Prim.

Fue ese rumbo imprevisto el que me hizo reaccionar y me quedé parado en el mismo bordillo, oscura, íntimamente convencido de que no era tanto cruzar una calle como arrojarse a un río turbulento que podía arrollarme. Tenía a mi izquierda otro cajero automático, de modo que me acerqué a él y empecé las operaciones. Me costó un rato recordar mi número de tarjeta. Me intrigaba saber qué había ocurrido con su vida. Creo que me atraía la idea de hablar

con ella un rato, tomarnos otra vez unas cañas. Quizá me pudiera contar por qué llevaba aquel ojo amoratado hacía cinco años, quién le había pegado, y todo lo demás, por qué estaba dispuesta a subir con un desconocido a la habitación de un hotel.

No le sucede a uno nunca nada, y para la única novela verdadera que va a fijarse en nosotros, acaba sin conclusiones, sin rematar, deshilacliada como cualquiera de esos libros franceses, en los que el escritor se calienta la cabeza y los genitales al mismo tiempo.

Recogí lentamente el dinero del cajero, incluso lo conté distraídamente, cosa que no hace uno nunca y que debería hacer, pues es bien sabido que los bancos siempre que pueden se quedan con uno o dos billetes, los guardé en la cartera, me parecía que ya era otro día, que habían pasado muchas cosas, y cuando me volví, para subirme a casa, allí estaba ella otra vez, parada en la esquina de Almirante, junto al Oliver, como si esperase un taxi.

La vi cruzar de acera, venir hacia mí, y preguntarme, a unos dos o tres pasos, por favor, la calle Augusto Figueroa.

Me miraba a los ojos con tal desinterés, que yo no sabía si pensar que era todo como una clave encriptada, la manera de volver al pasado, o que, por el contrario, que ni siquiera me había reconocido. Y yo, como la otra vez, de una manera automática, le dije, yo voy hacia allí ahora.

Se repetía el pasado con tal simetría en el presente, que era para dudar de la realidad y del arte, porque la historia empezaba de una manera que ni siquiera se hubiera podido contar.

Como entonces, marchábamos uno al lado del otro. Yo me decía, es preciosa, es guapísima, ahora es más guapa incluso. Llevaba su brazo desnudo a mi lado, hubiera podido rozarlo, y sí, no llevaba sujetador. Fue al cruzar Barquillo, yo volví la cabeza para saber si venía algún coche, la mujer hizo lo mismo y de una manera casual, por la sisa de la blusa, se le veía el pecho, ni grande ni pequeño, precioso. Me puse colorado y no esperé ni siquiera a que pasara el coche que venía a unos metros. Tuve que esperarla enfrente. Al llegar al arranque de Augusto Figueroa, le dije, es esta. Ella me dijo, gracias, dispuesta a seguir sola. En un segundo tuve que tomar la decisión, porque veía que se iba a marchar, acaso para otros cinco años. Así que cuando iba a seguir, arrugué los ojos, entrecerré los

párpados como si tratara de columbrar un oasis en el desierto y de nuevas, como si hubiera caído en ese momento, le pregunté, ¿no te acompañé otra vez a esta calle?

La pregunta debió de sonarle un poco a ¿estudias o trabajas?

Se me quedó mirando, y de pronto se le iluminó toda la cara, con una expresión de felicidad, no tanto por haberme reconocido, como por haber recordado.

Todo fueron fórmulas de buena educación, esas cosas que se dicen, no te había conocido, qué casualidad, quién nos lo iba a decir, no sé qué me pasa con esta calle de Augusto Figueroa, que siempre me equivoco y no la encuentro… Para estar a la altura de cada una de las cosas que decía, decía yo otras muy parecidas, yo tampoco te había conocido, ha sido ahora, de pronto, al mirarte con más atención, qué casualidad desde luego, cómo es la vida, a mí me pasa también con algunas calles a las que he ido mucho, que o no me sé su nombre o no sé cómo llegar a ellas…

Comprendí que se iba a acabar la conversación en ese punto, porque ya no había mucho más que abordar, aunque a ella parecía que le estaba siendo mucho más difícil terminarla que a mí, porque de pronto me preguntó.

—¿Qué tal tu física? Hacías algo de eso, ¿no?

Viví un segundo de desconcierto. Yo creo que no se dio cuenta. Pasado ese segundo recordé que le había dicho que era físico nuclear, suplantando a mi amigo. El segundo siguiente dio para mucho más. En un segundo se piensan siempre muchas cosas, aunque de una manera entreclara. Una vez leí que en las guerras nadie es héroe o cobarde, ni se sabe tampoco cómo se han hecho las cosas, hasta que estas suceden, y entonces uno, por los resultados de la batalla, comprende si ha sido un héroe o un cobarde, si ha actuado de una manera o de otra. Ya digo, supe entonces, de una manera confusa pero terminante, que si le decía que no era físico, sino escritor, podría hablar con ella un poco más. A mucha gente le intriga eso de ser escritor. Si eres famoso, porque sí; y si no, porque te miran como a un estafador, y a todo el mundo le gusta alguna vez en la vida haber conocido a un estafador: los hombres, por si pueden aprender algo, y las mujeres, por esa inclinación innata en ellas por lo que no les conviene.

Pero no dije nada, y creo que lo hice a propósito. La física, bien,

añadí, y acabé la frase con unas cuantas palabras estúpidas que querían ser graciosas. Aunque, por suerte, no cometí esa patosería de decirle que su física iba mejor que la mía, o algo por el estilo. Dando a entender.

Ella sonrió de una manera superficial, que quería ser únicamente solícita.

Bien, dijo, y sacudió ligeramente la cabeza, como diciendo, vamos a abreviar. Bueno, respondí yo. Creo que ninguno de los dos sabía si teníamos que darnos la mano, un beso, o nada, solo eso, adiós.

Al final fue ella quien comprendió que el pasado merecía un beso de despedida, acercó su cara, la rozó apenas con la mía, en un movimiento nervioso y superficial, y dijo también otra frase estúpida. Ya nos veremos otro día. Seguro, le dije yo, para no dejarla tan sola en la estupidez: en esta esquina dentro de otros cinco años.

Y se volvió. Subió la calle con paso decidido. Cierto que las zapaterías aún quedaban unos cien metros más allá, pero un rato antes no caminaba así. Era patente que quería alejarse cuanto antes de aquel pobre físico y de cierta mañana de hacía cinco años.

Al aproximar su cara a mí, me dejó su perfúme, como de melocotones verdes, agua de colonia y gel de baño. Y así la vi caminar, con la cabeza metida un poco en el pecho y los pasos decididos. Era bellísima, desde luego, incluso de espaldas.

Aún estuve a punto de cometer la última estupidez. Por suerte me contuve. Iba a llamarla desde lejos, eh, y cuando se volviera, ¿cómo te llamas?

Qué más iba a dar cómo se llama. Todo había sucedido en diez minutos. Muchos menos de los que he necesitado ahora para contarlo.

Volví a casa. El día lo pasé taciturno, con el ánimo sombrío. M. llevaba ya en casa dos horas y me preguntó si me pasaba algo.

¿Te acuerdas de aquella chica que me encontré en una zapatería, hace cinco años?

Levantó la vista del libro que estaba leyendo, como quien advierte un peligro. Me recordó esas gacelas que pastan en la sabana y que de pronto dejan de hacerlo y husmean con rapidez y seriedad el aire que puede traerles noticia del gran depredador;

tienen todos los músculos tensos, dispuestas a ganar de un salto la libertad y la vida.

Al principio me dijo que no recordaba, pero yo sabía que lo recordaba perfectamente, como recordamos todo el mundo cosas parecidas. Pero como en la vida de uno tampoco han sucedido tantas cosas parecidas, no me importó darle un detalle más, para que cayera en la cuenta.

—He vuelto a encontrarla hoy —confesé.

Levantó aún más la cabeza.

—¿Era tan guapa como decías?

—Sí, mucho.

Me preguntó entonces por qué quería contarle estas cosas. Le dije que se las contaba porque era de la clase de cosas que pueden contarse, porque aunque pasan muy cerca del corazón no le afectan del todo. Son como balas que le rozan a uno, sin herirle. Solo es el susto. No era un buen ejemplo, porque a continuación dijo que lo normal es que si uno se exponía a que le dieran un tiro, acababan dándoselo.

Empezamos una de esas conversaciones que sin acabar en discusión tratan de agotar el tema. A los cinco minutos ya no quedaba un símil entre las balas y nuestras vidas que no hubiera sido utilizado.

No quería que me reprochara nada, porque no había nada reprochable, y eso me entristecía un poco.

Ya estabas triste de antes, me advirtió. No, le dije, es ahora cuando estoy triste, viendo cómo te lo tomas. Además ni tú ni yo estamos libres de que el día menos pensado venga una bala perdida y se nos lleve por delante.

Se me quedó mirando. Sonrió, no llegó a risa, y dijo, tú sí que estás bala perdida. Y no era que diera el caso por cerrado, sino por imposible. Y las facciones de la Elegante fue como si se me fundieran en las de ella, pero esto último ni se me pasó por la cabeza decírselo, pues, siendo verdad, seguro que lo recibiría alarmadísima.

QUIEN calla es sabio; y quien habla no habla para su tiempo. Anota uno cosas en unos papelitos. Luego se registra los bolsillos y van apareciendo, como boletos de los ciegos, que no sabe uno si fueron o no compulsados, si llevaban o no premio, si han caducado

o no. Así, con esas frases, no sabe uno si son propias o recogidas de otros, durante la lectura de un libro. Ni siquiera sabe uno si es verdad lo que se dice en ella, la haya dicho quien la haya dicho.

EMPECÉ a contarle hoy otra historia. Como la de ayer fue la de la Elegante, en cuanto vio el cariz que tomaba la nueva, no esperó para mortificarme un poco, y me dijo que era yo el que salía de casa a encontrármelas.

No era verdad. Como en realidad ayer tenía que ir al banco y acabé no haciéndolo, no quería que pasara de hoy. Estaba parada también en la esquina con Almirante. M. se permitió ironizar sobre esa esquina. Le dije que las cosas que le suceden a uno, viviendo en Conde de Xiquena, no iban a sucederle en la esquina de Lista con Velázquez.

Era una chica de más de uno ochenta de alto, lo que para una mujer es bien notable.

M. estaba de bastante buen humor, porque no hacía sino interrumpirme. Según ella llevo unos días en que no veo más que diosas por nuestro barrio. Es así, pese a quien pese, le dije. Y ella sabe que tengo razón. A este barrio vienen muchas modelos a comprarse la ropa. Lo saben en toda Europa. En las pasarelas de Tokio, de Roma, de Milán, de París, de Nueva York no se habla de otra cosa que de Conde de Xiquena, que es la Quinta Avenida de este barrio. Le pregunté si quería que le contara lo que había sucedido. ¿Sí o no? Bueno, admitió, sigue.

Llevaba una falda negra…

—La otra también, —me interrumpió.

Hice como que no notaba que estaba dicho con sorna. Quizá piensa que todas estas cosas le salen a uno de la imaginación, y de pronto ve nacer uno en lo más hondo unos engañosos deseos de venganza, que apenas se concretan en algunas frases no pronunciadas del tipo, tendría que haberle dicho que era escritor, tendría que haberla invitado a tomar una caña, no sé, algo que no fuese totalmente literario.

M. se dio cuenta y me dijo que siguiera, reprimiéndose la sonrisa de guasa.

Se me estaban quitando las ganas de contarle nada. Así que me hice de rogar un poco, y solo cuando repitió dos veces más que continuara contando, seguí mi relato.

Llevaba una falda negra, pero le llegaba hasta los pies. Eso la hacía mucho más delgada y mucho más alta. Llevaba también como una camiseta negra, pero de forma muy rara, no sé cómo se llama, le cubría los pechos y se anudaba en la espalda, dejándole al descubierto parte del vientre y toda la espalda, menos ese lazo. Era una espalda preciosa, a lo Romy Schneider. Estaba muy morena, como si viniera de una playa. En un primer momento apenas pude verle la cara, pero sí el pelo, muy bonito, suave, de color castaño, que le llegaba un poco por debajo de los hombros. Al caminar, el pelo era tan fino y sedoso, que se le venía constantemente sobre los ojos, y tenía que quitárselo con la mano, con esos movimientos mecánicos que tienen las mujeres para hacer una cosa así, que las vuelve mucho más interesantes y seductoras.

Si a la Elegante se le volvían los escayolistas, a esa se le volvía todo el mundo, hombres, mujeres y, desde luego, militares de cualquier graduación, todos los que salían en ese momento del cuartel de Prim.

Ella estaba muy incómoda porque la miroteaba todo el mundo con pensamientos del más vario escalafón también. Es como si hubiera venido a este barrio Claudia Schiffer. Nadie se recataba en quedarse mirándola. Hasta los ciegos de la Once, que está también en la calle Prim, se paraban para mirarla, mientras acariciaban con sensualidad y circunspección la tira de papel que llevaban colgada de la solapa.

M. pidió venia para interrumpir, porque me preguntó cómo es que podían pararse los ciegos para mirarla, a lo que yo le respondí diciéndole que en los ciegos de la Once no todos lo son, sino que hay tuertos también y gente con la visión corta, pero con visión, y muchos otros tullidos que ven perfectamente, y que recordara lo que pasó cuando las elecciones de la Once, en que se liaron a bastonazos los dos bandos, y ganó el que contaba en sus filas con más tuertos y la visión opalina. Sí, se acordaba perfectamente. Me refería a esos.

Ah, ya, concedió. Sigue.

A mí se me estaban quitando las ganas de seguir contando nada. La mayor parte de las mujeres son las primeras en reconocer la belleza de otra mujer; pero hay otras ocasiones en que eso parece molestarlas. Es bastante difícil adivinar cuándo se está en un caso o

en otro.

Yo pensaba, como ya he dicho, en ir al banco. Pero si ha seguido uno a algunas mujeres, no se sabe por qué no podría seguir un rato a otras. Crucé de acera y pasé a su lado. Yo me dije, si me mira a los ojos, le hago un soneto. Se puso nerviosísima. No miraba nada más que a lo lejos, pero por los aleteos de su nariz parecía estar acusando lo que sucedía alrededor. Ella sí daba la impresión de estar esperando a un taxi. Se colocó junto al cajero automático. Así que una vez más saqué mi tarjeta, y ya que no dinero, ordené que me diera los saldos. Se la veía perfectamente. Cada vez que se aproximaba a ella un desconocido, se echaba a temblar. Debía temer que alguien, enloquecido pasajeramente, la tirara allí mismo sobre el capó de un coche, y la violara, cosa que estaba, creo yo, dentro de lo posible. Se acercó aún más a donde manipulaba yo mis caudales. Solo entonces se pudo apreciar en toda su importancia la espalda que tenía, y las nalgas, dibujándose como dos mundos (por usar la imagen clásica), firmes debajo de la falda negra.

No debía de esperar un taxi, porque pasaron en ese momento dos y no paró a ninguno. Era solo que esperaba a alguien que no aparecía. De modo que le habían dado plantón. En esos momentos se levanta de lo más íntimo de uno como una ira incontenible, ante la sinrazón que es dejar plantada a una chica como esa.

Casi era cómico ver las reacciones de la gente cuando se tropezaba con ella. Era como un colapso general. Quizá se tratara de una mujer conocida, que sale en las revistas, porque todos, absolutamente todos, se volvían para mirarla.

Se entretuvo en mirar algunos escaparates más, pero saltaba a la vista que solo estaba haciendo tiempo. Como todo el mundo miraba de una manera tan descarada, a mí no me importaba hacerlo tampoco.

Seguía descendiendo hacia Recoletos. Lo hacía triste, con cara de preocupación, con su íntima desdicha, volviendo la cabeza hacia atrás, de vez en cuando, hacia el lugar de la cita, por si había aparecido alguien en ese tiempo en el que ella había mirado el escaparate. Iba como un buque majestuoso. Dejaba atrás un *ronsel* agitado, blanco y espumoso. Acabó por zambullirse en Recoletos, entre los coches, en alta mar. Hubiera sido cómico haberla seguido como el albatros, así que allá se perdió para siempre.

—¿Eso es todo? —me preguntó M.

Yo le dije que sí, que eso era todo. ¿Le parecía poco?

Y vi que sacudía la cabeza con piedad y resignación, como si la mía hubiese emprendido también una travesía, de difícil retorno, hacia la senilidad.

LLEGÓ R. de ese Ohio salvaje, con las historias de quien empieza los primeros ensayos de su hombría, asombrado tanto por ella como de las propias historias. E indescriptibles los primeros minutos en los que recorría de nuevo la casa, y entraba en su cuarto, y reconocía sus modestas, íntimas, familiares posesiones, una por una, y aspiraba el olor peculiar, que tan familiar le es, que se ha ido posando sobre todo a lo largo de los años. Parecía decir, he vuelto, y estaba contento de que algo tan sencillo pudiera ser verdad, ignorante acaso del milagro que en ese acto viene, como almendra en su hueso.

Los días siguientes le vimos disfrutar cada minuto con todas las cosas, como si las paladease con delectación, hasta las más insignificantes, un zumo, un poco de música, un rato ante el televisor, poniendo la pierna encima del brazo de su sillón preferido, tal como le gusta.

Solo teníamos que esperar un par de días, para salir hacia los Pirineos y recoger a G., y estaríamos de nuevo al completo. R. tenía más ganas de verle que ninguno, porque se conoce que ha traído de allí cosas suficientes como para asombrarle, tal y como les gusta a los niños asombrarse unos a otros.

El campamento se encontraba junto a un río, en un viejo convento, un caserón un tanto siniestro que fue tras la guerra hospital, a las afueras de un pueblo llamado Boltaña, cerca de otro, más conocido, al parecer, llamado Aínsa.

Este es un pueblo medieval, con sus casitas típicas de piedra y los tejados de pizarra y todo tan relimpio, con tantos geranios y petunias en los balcones, que más que medieval parece suizo. Estaba lleno de turistas, un turismo sobre todo de la región, orgulloso de contar en su país con esas bellezas naturales y que, vaya a donde vaya, lo mismo entre en una de las mil tiendas de suvenires que hay o se siente en la terraza de uno de los mil bares, encuentra especialmente excitante comparar los precios que les cuestan las cosas allí y en el lugar del que proceden, desatando su

ira cuando comprueban que algo en ese pueblo es doce pesetas más caro que en el suyo. Esa constatación les pone, paradójicamente, muy contentos: por un lado da sentido a su viaje y por otro lado se lo da a su vida: se sienten felices de vivir doce pesetas más barato que en otras partes.

Hicimos también algunas pequeñas excursiones por la región, que es pintoresca y bonita, gustándole a uno, claro, el arbolado, los picachos y los ríos estropeándose la corriente entre peñas y rápidos peligrosos.

Los dos hermanos estaban entusiasmados con el reencuentro, pues esta era, en realidad, su primera separación seria, con océano de por medio. Les veíamos caminar unos pasos por delante, hablando sin parar, contándose un sinfín de cosas, con una avidez y un hambre envidiables, cosas solo suyas.

En el programa entraba visitar Ordesa, muy famoso parque natural, pero por fortuna se desató una tormenta y nos quedamos sin hacer ninguna excursión. Por la tarde, no obstante, salió el sol de nuevo, y recorrimos el Cañón de Añisclo, un lugar ciertamente espectacular. Vamos a ver cómo lo explico: era una brecha profundísima entre dos montañas jóvenes, como si Zeus hubiera querido dividir de un tajo de su espada el mundo en dos. Después de eso la Naturaleza ha tenido unos miles de años para cubrirlo todo de vegetación salvaje, hayas, helechos, castaños, robles, todo mezclado, todo con sus troncos retorcidos tratando angustiosamente de alcanzar la luz del sol, como Goethe en su agonía, pues apenas luce en ese valle unas pocas horas, cuando está más alto, para sumirlo el resto del día en sombrías humedades y tenebrosos rincones en los que el astro jamás ha logrado poner un solo pie.

Esa garganta la recorre una vereda estrecha por la que se hace el paseo de forma muy andadera. La mayor parte de los trechos, llanos y al lado de un río que lo llena todo con esa polifonía desatada del agua montañesa, se hacía como una agradable incursión por el romanticismo alemán. El encanto que tenía el paraje era indudable, y de hecho parecía el apropiado para artistas que quisieran obsequiar con sus dibujos y acuarelas al consejero de Weimar. Aquello estaba lleno de pájaros que disputaban entre sí en un perpetuo campeonato de canto, pero también de excursionistas como nosotros con los que nos cruzábamos o a los que dábamos

alcance, gentes en pantalón corto, mochilas rojas y sombreritos de ala blanda, y a ellos y a nosotros la buena educación hacía que nos saludásemos con una simpatía desbordante y una complicidad tan satisfactoria por pertenecer todos al club de la naturaleza, que en cuanto vimos que aquello podría acabalen intercambio de direcciones y comidas anuales de confraternización, dimos marcha atrás y nos metimos en el coche, desde el que el cañón, por la carretera, se veía igualmente bien.

En cierto modo recordaba mucho al desfiladero de los Bellos, entre Asturias y León. Todos esos parajes en estado salvaje, atravesados por una necesidad, huir de una guerra, atender a un enfermo, sacar a un herido, buscar oro, quizá le impresionen a uno más. Incluso si pudiera volver uno a 1780, cuando no tenían más interés que para los viajeros románticos, los geólogos y los contrabandistas. Ahora, caminando por una veredita jalonada de pintorescos puentecillos cuyo pretil está formado por troncos de cemento imitando los naturales, puestos en aspa, como en las ilustraciones de los cuentos de la infancia, y teniendo que saludar a todos y cada uno de los desconocidos con los que uno se cruza, la cosa pierde la mitad de su encanto y sugestión.

Quizá sea que uno está hecho a otra cosa, a la meseta, al erial, a la metafísica. Aquella exuberancia, el salvajismo primitivo de la región, la misteriosa y amenazante canción de los regatos tumultuosos, la embriagadora tesis de los helechos y de cuantas cortezas se pudren en un suelo especialmente húmedo, eran incontestables. Pero para pensar, uno necesita un poco menos de retórica, el campo abierto, el horizonte lejano, el soto apartado pero accesible y escueto, y el silencio. Con tanta agua, con tanto pájaro, con tanto ruido amplificado entre las peñas, no se puede pensar. Puede uno pensar en ellos, manteniendo la visión en el recuerdo, como una sorda música de fondo. Allí, antes de la voz ha oído uno su propio eco, y eso solo puede conducir o a la locura a la autocomplacencia, o sea, a la locura.

M. y los demás creían que estaba reaccionando con inexplicable rencor ante un paisaje tan bonito. Me decían, no lo pienses tanto, esto es precioso. Y yo respondía, si precioso sí es, solo que… Además no se pueden ver ni sentir las cosas a cien por hora, como el que revista las tropas. Más que hola pájaro carpintero, hola

montaña, qué tal mariposa, parece que va uno diciendo en las presentaciones: adiós pájaro, adiós montaña, adiós mariposa.

Al día siguiente dejamos atrás todo ese Pirineo, con cierto alivio, y emprendimos la vuelta a casa.

Nos habíamos provisto de una gran cantidad de prospectos en las oficinas de turismo. Como nunca viajamos a ninguna parte, metido como está uno todo el día en Madrid o en Las Viñas, hicimos acopio en las oficinas de turismo que encontrábamos de planos que nos dirigían a pueblos interesantísimos a los que nunca iremos ya, platos típicos que jamás probaremos, monumentos nacionales que nunca visitaremos y la hospitalidad proverbial que nos quedaremos sin disfrutar.

Sin embargo en uno de esos papeles se hablaba de unas famosas cuevas prehistóricas, las más famosas de Aragón, comparables con las mejores de Europa. Cómo sustraerse a un reclamo de esa naturaleza. El sitio a la fortaleza paterna al que G. nos sometió, ya metidos en el coche camino de Madrid, duró un cuarto de hora. Cuando no tuvimos argumentos, nos desviamos unos minutos de la carretera general con el fin de visitar esas célebres cuevas de donde salió el cromañón para convertirse en Baltasar Gracián. Era también difícil sustraerse a la berrea del ciervo que, pintado en la pared de una cueva, parecía estar llamándonos desde el folleto turístico.

Llegamos, pues, a un pueblo, de cuyo nombre no logro acordarme. Este por suerte era medieval de verdad, y a esa hora había sido tomado por un ejército de chicharras que estaban con su rasrás, rasrás, haciéndolo añicos. Los alrededores, de monte bajo, robles raquíticos y acacias africanas supervivientes del pleistoceno, de troncos negros y hojillas mínimas, velaban para que ningún superviviente pudiera tener redención. Nos costó encontrar a alguien vivo, lo que conseguimos después de un cuarto de hora de inspeccionar las calles vacías. Cuando al fin dimos con alguien, nos explicó que las famosas cuevas se encontraban a más de dos horas por un camino de piedra. Pusimos, delante de los chicos, una cara de contrariedad enorme, y dijimos, qué le vamos a hacer, en fin, al coche, y a Madrid. Pero nuestra interpretación debió de ser de mano maestra, porque el informante, uno de esos viejos ociosos que no tienen otra cosa que hacer que torcerle la vida a la gente, viéndonos tan contrariados, nos informó que no lejos de allí se

encontraban otras no menos famosas, y que a estas se podía llegar en quince minutos.

Había que dejar el coche tirado en el arcén de la carretera por la que íbamos y meternos por una senda pedregosa, en un bosquejo de robles enanos. Eso hicimos. Les advertí a todos que aquello, sin embargo, era una treta. El paraje era desértico, ni un alma, y las chicharras con su cada vez más alevoso rasrás rasrás. El viejo enviaba a los incautos a este lugar, les hacía internarse por el monte, y cuando volvían, sin haber encontrado a nadie, les habían desvalijado el coche, se llevaban las ruedas y suerte si escapábamos con vida.

Todos me tranquilizaban señalándome unas tablillas clavadas al tronco de aquellos árboles bosquimanos, en las que la lluvia no había borrado del todo las palabras «pinturas prehistóricas». Yo les decía, forma parte del plan. Nos irán alejando, y al volver, lo habrán robado todo. Llegarán en un coche, abrirán el maletero, y se llevarán el equipaje y el radiocasete.

En efecto. Después de caminar durante más de media hora por el monte alfombrado de cantueso, escoba y tomillo, salimos a un cerro, un claro, en el que desaparecieron incluso los pocos árboles que se veían por allí. Unos metros más allá, aquello se interrumpía de manera abrupta en un gran acantilado. Lo más parecido que habíamos visto todos, era, en cine, el Cañón del Colorado. El paisaje inesperado nos sobrecogió a todos. Era bellísimo, imponente, abrumador. ¿Te arrepientes de haber venido? La pregunta era a un tiempo un reproche y una revancha. Nuestra vista abarcaba lo menos treinta o cuarenta kilómetros. Enfrente, a unos cinco o diez, se hallaba la otra pared de la falla, igualmente cortada a pico, y llena de agujeros. La imaginación de los chicos nos hizo ver que aquellas no podían ser otra cosa que cuevas prehistóricas. Al rato de la observación, las descubrimos por todas partes, cierto, pero, por suerte, ni podíamos caminar hasta allí y salvar el vacío ni contábamos con guías. Los buitres volaban a nuestros pies, y toda clase de aves, multiplicando el vértigo. Si alguien cayera por allí, tardaría acaso dos o tres minutos en tocar el suelo. No exageres, papá, rebatió R. El silencio ante aquel vasto panorama era sobrehumano, un silencio de dioses o de muertos, o mejor aún, un silencio de dioses muertos. No corría una brizna de aire, pero este

era puro, inagotable, perfumado tímidamente por la suma de todas y cada una de las hierbas aromáticas que crecían allí, y solo las chicharras se empleaban incansables en su aserradero, y se tenía la impresión de que si aguzábamos el oído llegaríamos a percibir el roce lejano de tantos vuelos suspendidos en lo alto de un azul sedicente.

Cuando nos disponíamos a marcharnos, porque ni por allí cerca se veían cuevas prehistóricas ni había carteles de nada ni hallábamos aborígenes, apareció una muchacha entre los arbustos, como una del maquis.

Se trataba de una chica de unos veintiuno o veintidós años, morena, cara de niña, ni guapa ni fea, pantalón vaquero, camiseta blanca con el anagrama de la Consejería de Cultura estampado en ella y el ánimo de un *boy scout*. Era la guía. Llevaba el pelo corto y era de las que todavía se muerde las uñas. ¿Cómo había aparecido? Para no morir de calor, nos informó, tenía un refugio algo apartado, pero no tanto que no controlase desde él el caminejo que llevaba desde la carretera hasta allí a los pocos visitantes que tenía la cueva. Ahí se llevaba sus libros, su transistor y se pasaba las horas muertas esperando turistas. ¿Cuántos al día? No sabría decir. Unos días dos, otros tres, otros ninguno, según. Dependía.

Imaginamos que como no se veía cueva ninguna cerca, había que recorrer todavía un buen trecho, pero no, dijo alegremente la muchacha, las cuevas se encontraban allí mismo. ¿Dónde? Ahí abajo. Creí que se había vuelto loca, porque señalaba con el dedo el mismo precipicio. Pretendía que descendiéramos primero por tres o cuatro escaleras de esas que se les pone a las piscinas, como grapas de hierro que se incrustan en la pared. A continuación la roca hacía un saliente de no más de setenta centímetros del que nacían algunos arbustos de tronco retorcido, se caminaba por él diez o veinte metros, se saltaba por encima de una pequeña roca que le había salido a aquella muralla de piedra de más de mil metros cortados a pico, y ya estábamos en la cueva.

De mis seres queridos ninguno era consciente del peligro real que afrontábamos para ver unos bisontes, así que hice la pregunta más estúpida que se le podía hacer a aquella muchacha, a saber, si valía la pena todo ese riesgo para ver unas pinturas prehistóricas.

Por supuesto que sí. Casi se ofendió. Ella era estudiante de

arqueología en la Universidad y no había ningún peligro, llevando cuidado.

Ese supino condicional lo llenó todo de trágicas advertencias, desoídas, y no había acabado de insinuarlas, cuando ya estábamos todos bajando por allí. Nunca jamás ha pasado uno tanto miedo. Vi cómo
G. y R.
descendían por el cortado como si tal cosa. Incluso M., con movimientos tan audaces como torpes, ganó sin dificultad el primer saliente. A mí me entró un ataque de nervios y al mismo tiempo que les gritaba a todos que por lo que más quisieran se sujetasen con fuerza y no diesen un paso en falso, era incapaz de soltar un agarre metálico para ganar el siguiente, y lo mismo les ocurría a mis pies, atenazados por el vértigo, a punto de inmovilizarme. Solo el reparo de que unos chicos pequeños vieran a su padre aterrado, logró que llegara hasta la plataforma. Los buitres, haciendo la rueda, doscientos metros por debajo de donde nos encontrábamos, esperaban pacientes el único desenlace posible. En los primeros cincuenta o cien metros, hacia el fondo, crecía de la misma pared una gran variedad de maleza y arbolejos muy apropiados para aferrarse a ellos antes de precipitarse definitivamente en el vacío, y eso me consoló algo en la marcha.

Apenas cabíamos los cinco en aquella plataforma en la que nadie podía darse la vuelta sin peligro de arrojar al vecino a una muerte segura. Descansamos allí durante un minuto, pero la marcha continuaba por el saliente. Esos diez o doce metros no fueron especialmente peligrosos, acaso porque los arbustos le robaban a uno la visión de la muerte, pero lo peor faltaba aún por llegar. Las palabras de la guía fueron exactamente estas: aquí hay un trozo malillo. Es curioso, porque en este tiempo se nos fue a todos de las cabezas que estábamos allí para ver unas cuevas, ni siquiera creo que supiésemos quiénes éramos, toda nuestra atención se centraba en superar aquellas dos rocas que le crecían a la pared como dos lobanillos. El único problema es que estaban separadas la una de la otra unos noventa centímetros. Si se mira bien, noventa centímetros es una distancia irrisoria, pero deja de serlo cuando debajo le esperan a uno dos docenas de buitres impacientes que llevan dando vueltas desde el amanecer a la espera de almuerzo. Pedí entonces

ponerme al frente de la expedición familiar y así fui ayudando a dejar atrás la pesadilla.

Viví todo aquello con una angustia indescriptible. Cuando logramos superar el escollo y nos creíamos a salvo, la guía, que iba por delante, nos advirtió que en realidad el tramo malillo no era el que acabábamos de pasar, sino precisamente el que se encontraba a la entrada de la cueva. G. hizo entonces una de sus preguntas llenas de sensatez: ¿Cómo nuestros antepasados podían llevar hasta allí las reses cazadas con hachas y lanzas, como no fuese en helicóptero o por un sistema de poleas? En efecto, el terreno en ese punto, y ya en roca viva, era tan escarpado que había que pegarse a él y reptar como los lagartos durante diez metros. En caso de que alguien resbalase ya no le valdrían arbustos, porque aquella mole de granito estaba como recién afeitada. Nos arrastramos de esa manera durante siete metros que nos costaron otros tantos minutos superar, y al fin nos hallamos en la cueva. ¿Qué cueva?, pregunté yo atónito, porque yo no veía nada que pudiera recibir ese nombre. Esto, dijo la guía muy orgullosa. Esto no es una cueva, me atreví yo a discutirle. Pues, sí, como cueva estaba catalogada. Se trataba de una concavidad natural de uno o dos metros en la pared del cañón, nada perceptible. Como si en la pared de un flan alguien hunde la punta de la cuchara y se lleva un trozo. Ni siquiera tenía el suelo liso, sino con una inclinación de veinte o treinta grados, lo más apropiado no ya para cocinar carne de reno, sino para tomar el té. No servía ni para guarecerse de la lluvia.

La ira iba apoderándose de uno por momentos. Allí estábamos tres adultos y dos niños, con la espalda pegada a la roca esperando a ver cuál de los cinco era el primero al que le daba un vahído y se precipitaba al vacío.

Lo raro es que alguien se acordara todavía de las pinturas prehistóricas. Las tienen ustedes justo detrás, dijo la chica. ¿Dónde? Nos volvimos con sumo cuidado para evitar el vuelo hacia la eternidad. ¿Dónde dice, señorita?, pregunté. Ahí. No se veía nada. ¿No hay ciervos?, preguntó G. decepcionado. No, allí ciervos no había. Eso era en otras cuevas. Allí solo había digitaciones. ¿Y qué son digitaciones? Era como una clase práctica. Esas manchas. Y con una gran solicitud nos explicó en qué consistía eso de las digitaciones. En realidad la técnica es muy parecida a la que usan

los cagones de todas las letrinas de los ferrocarriles de España. Alguien se unta el dedo con porquería, y con ella pinta unos artísticos palotes: uno, un hombre; dos, dos hombres. Y así. Ese tiene tres piernas, observó R. La guía se puso colorada. No, la tercera pierna era el falo. ¿Qué es un falo?, preguntó G. La guía no hablaba mucho, no tenía facilidad de palabra, era todavía estudiante y, en realidad, estaba haciendo una sustitución. M., alarmadísima, me miraba encajar con fuerza las mandíbulas. Había no obstante que emprender el camino de vuelta, que acabó siendo, si no más, tan peligroso como el de ida, en el que ocupé el último lugar con el fin de intentar recoger al vuelo a alguno de los míos, si caía.

Solo cuando nos vimos a salvo arriba, me fui directo hacia la chica con la caja de los insultos. En un alarde de paciencia, le pregunté que me repitiera cuánta gente venía a ver las cuevas. Ella no recelaba nada. Repitió que eso dependía. En realidad quise saber cuánta gente había bajado donde nosotros. En los quince días que ella llevaba de sustitución, solo dos. ¿Qué le pasó al guía anterior?, volví a preguntarle. La muchacha respondía mis preguntas con ganas de colaboración. Había tenido un accidente. Pero era preciso sacarle las palabras con fórceps. Un accidente, ¿dónde? Aquí. Aquí, ¿dónde? Bajando a la cueva, resbaló y se cayó. Se rompió un brazo, pero pudo agarrarse a una mata de espliego. Los turistas a los que iba a enseñar la cueva fueron a pedir ayuda y lo recogieron veinte metros más abajo. Y la gente que viene, ¿baja tranquila a la cueva? Aquí creo que fue donde perdí los papeles. La chica me respondió muy alegre, «no, señor, nadie quiere bajar. Ven el panorama, y no bajan. En estas dos semanas solo ha querido bajar una pareja de turistas americanos, los demás dan media vuelta y se largan». Empecé a insultarla a ella, al Gobierno de Aragón en general y a su Consejería de Cultura en particular, a la Universidad, a su catedrático, a la arqueología y a quienes como nosotros habían sido lo bastante primos como para jugarse la vida por media docena de digitaciones. La muchacha, asustada, viendo que se le echaba encima un energúmeno que quería arrojarla por el precipicio, pegó un salto y se puso a salvo. Yo la llamaba asesina, los niños estaban abochornados y seguramente pensaban en ese instante cómo librarse también de su padre o deshacerse ellos de la paternidad,

y M. trataba de mediar de mala manera, porque la broma tenía poca defensa. Decía, la chica no tiene la culpa. Yo le rebatía, ¿cómo que no tiene la culpa? ¿No ves que es idiota? La chica, presente, guardaba silencio, atemorizada. La pobrecica se me quedaba mirando con la cabeza de medio lado, que daba hasta pena.

Cuando nos metimos en el coche me invadieron unas ansias irreprimibles de hacer promesa de ir andando toda la familia a Guadalupe, para agradecer a la Virgen el haber salido con vida de aquel paso, y todo eso siendo ateo, lo que da idea de la gravedad de la aventura, y la pierna del embrague me tembló hasta bien pasado Medinaceli.

M. aconsejaba luego, tendríamos que enviar una carta al Gobierno de Aragón, para advertirles. El día menos pensado tendrán una desgracia. Yo, en cambio, pensando en frío, dije que era mejor no contarlo, porque era un modo natural de selección de los tontos de la Tierra. Incluso se me ocurrió sobre la marcha montar una agencia para organizar expediciones de cultura de riesgo. ¿Ni siquiera vas a escribir una carta al periódico? No, le decía, es mejor dejar que las cosas sigan su curso.

LLEVAMOS una semana en Las Viñas. Vino M., pero se volvió a Madrid, porque aún le queda una semana de trabajo. Ayer, Manuel, mientras bajábamos el motor al pozo nuevo, me dijo, «se ha quedado usted como álamo sin sombra». Es lo que dicen aquí de dos personas que, queriéndose bien, han de separarse, pero sobre todo del hombre al que la mujer se le va de su lado.

Nuestra vida es bastante reglada, parecida a la que sale en cualquiera de esas novelas inglesas del siglo XIX en las que los dramas solo pueden ser interiores, porque por fuera no sucede nada. Nos levantamos a las nueve y media, desayunamos juntos y a continuación cada cual se va a sus tareas, que han sido establecidas la tarde anterior. Cuando alguno de los dos tiene la oportunidad de escapar a una rutina que ha de hacérseles pesada, huyen con verdadera alegría, como hoy G., al que se llevaron unos amigos a pescar a Orellana. Estaba excitadísimo desde ayer, preparando la caña que era de su abuelo, entusiasmado, sobre todo, con unos anzuelos y señuelos como para pescar tiburones. Entretanto, las mañanas acaban de llevárselas esas tareas domésticas o, en el caso de uno, el trabajo frente al ordenador, en mi estudio. La tarde la

dedicamos, en un primer tramo al menos, a leer; luego baja algo el calor, los chicos montan en sus bicicletas y desaparecen, y uno puede volver a su trabajo, hasta que se va poniendo el sol y salgo al jardín. Allí suele estar Manuel, regando. Aprovechamos para hablar un rato. Cuenta sus cosas, su vida. Yo he abierto hace años una libreta, a la que he titulado «Libreta de Manuel». A ella van cayendo historias que me cuenta, palabras, adjetivos, refranes. Es un hombre dichero y tiene portentosa memoria. Para todo le viene a la boca la palabra justa, siempre expresiva, no contaminada con nada. Ayer hablábamos de unos gitanos que al parecer habían entrado a robar en un cortijo cercano. Los hombres del campo, que se pasan el día trabajando y que llegan a esta vida con una mancera en la mano y se van al otro mundo sin haberla soltado, son poco comprensivos con las debilidades de la gente y les cuesta ser piadosos. No le dé usted más vueltas, me decía, lo que hay es mucho bandidaje y ladronismo. Algunas veces, por curiosidad, acudo, más tarde, al diccionario y busco la palabra. No siempre viene y en otras ocasiones se trata de adulteraciones de alguna existente. Ya de por sí la palabra bandidaje es muy expresiva; con ladronismo al lado es de mano maestra. Ladronismo no existe. Existe latrocinio, pero es mucho más expresiva la otra, porque en ella vemos el acto y a quien lo comete al mismo tiempo, a la persona, al ladrón, y su acción.

A veces se trata, a propósito de algo concreto que traiga la conversación o de la tarea que llevemos entre manos, de verdaderas historias. Hace dos días, y al hilo de alguien que se empeñaba en enmendar algo que aún le salía más torcido en la enmienda, me dice, eso es igual que aquella mujer de tal pueblo, que estaba casada con un jugador muy empedernido. La mujer estaba harta de verlo perder siempre. Era una verdadera desgracia. La gente la compadecía a ella de que tuviera que cargar aquella cruz. Un día alguien vino alarmado a contarle que su marido, esa tarde, había perdido no sé cuanto en el casino. Fue entonces cuando ella dijo su frase memorable: No siento que mi marido haya perdido, sino que vaya al desquite.

Y, como en esas novelas rurales inglesas de conmociones íntimas, la novedad de hoy era un ratón, que disfruta de un inquilinato más o menos impune en la cocina. Y prefiere uno pensar que se trata de un ratón y no de una rata, por lo mismo que cree

uno que los males que le suceden llegan siempre por lo más bajo de su escalafón, por lo cual haría uno mejor pensando desde el principio que se trata de una rata.

Le puse en una maula un poco de queso y un montoncito de pepitas de melón, que es su golosina. Por la mañana no quedaba rastro de una cosa ni de la otra, pero la maula no había saltado. Lo que no sabe la muy tuna es que esta noche cambiaré de maula, y le pondré otra de muy sensible resorte, algo así como una ratonera paranoica, con un potente muelle que le partirá en dos su bonito espinazo, hermana rata. El campo se ve que le vuelve a uno un poco más bárbaro y no se anda uno con contemplaciones, porque es la lucha por la vida en su expresión más dura.

Después de comer subimos todos, y allí, cada cual con su libro, pasamos dos horas. Son horas preceptivas. El sol, el ejercicio y el madrugar no es raro que se alíen durante unos minutos, y acaban por vencer a los chicos. Piden entonces permiso para quedarse dormidos «diez minutos». Suele uno permitir que sean veinte en vez de diez, o media hora. Ellos lo saben ya. Al despertarse y comprobar que han pasado treinta o treinta y cinco minutos, se encuentran, por un lado, mucho más descansados y con un padre maravilloso que no ha de prolongarles en veinte minutos el tiempo de lectura, ya que no ha sido culpa suya si han dormido más.

A las seis se marchan por ahí, al pueblo, con sus amigos. Cuando vuelven para la cena, esta la hacemos juntos, sentados en la mesa, y como la televisión no se ve, volvemos a subir a escuchar un poco de música. De vez en cuando se enredan los dos, como cosa suya, en discusiones sobre tal o cual obra de las desgranadas por el tocadiscos, opiniones de una seriedad inusitada, que son en realidad repetición de otras que han podido oírnos a M. y a mí alguna vez. En ese momento le entra a uno cierto pánico, y se pregunta si les bastará para andar por su vida ese barniz superficial, conseguido sin esfuerzo, con el que ya empiezan a decorarse. Caramba, se dice uno, podrían dar el pego. Luego trata uno de espantar el fantasma y recuerda que aún son unos niños.

Suele en ese momento producirse la llamada telefónica de M. Antes había que acudir al teléfono público del bar. Sin embargo, desde que nos instalaron teléfono parece que estuviéramos no demasiado lejos. Esa llamada es la que precede al sueño, y poco

después caemos rendidos.

El silencio de la noche, pasándolo solo en la casa, es bien penoso. Se diría que todo canta para nada. Las estrellas incluso parecen menos en número y en importancia, como si, desanimadas por la escasa audiencia, no salieran como otras noches, y a las que lo hacen se las ve como a esas pobres mujeres de la calle, que arrastran aburridas el bolso y la experiencia. Entonces toma uno un libro, por esa rutina de recibir al sueño en una buena antesala. Estos días leía *El callejón de los milagros*, una novela hecha de pequeñas historias que recuerdan un poco a Chejov. Eran historias tristes, vidas míseras, pequeñas ilusiones que se les escapan a los personajes por la atarjea de su existencia cotidiana. Es una novela con poquísimos recursos, todo montado sobre los sentimientos y el alma de unas gentes insignificantes, que solo parecen abocetadas. No se llega nunca al fondo de ellas, sino que se queda uno siempre a medio camino, ni muy cerca para caer subyugados ni muy lejos como para desentenderse por completo de la trama. El hecho de que ocurra en el Cairo le proporciona un exotismo literario comparable a esa especia nueva que sazona las viandas recurrentes. Al leerla ha tenido uno la sensación de parecerse a esos jubilados que se quedan a alguna distancia mirando las obras del ayuntamiento, el accidente de tráfico, la pelea de los borrachos, sin meterse nunca por medio y sin querer volver a casa.

Cuando deja uno a esos personajes por la noche, con cierta angustia, sucede casi siempre que ellos también acaban yéndose por las ramblas del sueño a ese vasto mar que es el olvido, y al despertarse no queda ya de ellos, como de nuestro yo de la víspera, nada.

El nuevo día lo es todo, pues, incluso cuando como hoy amanece tan nublado, tan fuera de temporada. Ayer también. Vino Manuel y dijo: Buenas cabañuelas de abril. Cuando venga el próximo abril nadie se acordará de este día, nadie volverá los ojos a la cabañuela del seis de agosto, porque para recordar algunas cosas, necesitamos borrar otras. De Mahfuz resulta casi milagroso ese arte sutil de contar sin estar contando, lo que le sucede también a Natalia Ginzburg. Debería uno aprender de eso, ya que en un diario suele suceder lo contrario: el arte sutil de no contar casi nada, pareciendo que se cuenta mucho.

Algunos creen que es un fraude, que cuando se llevan diarios es para contar los dramas íntimos nuestros, sexuales, personales, laborales, sin faltar una coma a la crónica. Uno sabe que nuestra intimidad acaba estando la mayor parte de las veces en las cosas visibles de nuestra vida, para aquellos que la comparten con nosotros personalmente, o a través de los libros, sin necesidad de pasarles a la alcoba, al cuarto de baño, a las sentinas, ni siquiera al sancta sanctórum, en el caso de que, como divinidad, decida uno mostrarse a los humanos.

Es raro el que no confunde intimidad con indiscreción. Pedimos, en la casa a la que hemos sido invitados, que nos pasen al cuarto de baño. Al levantar la tapa del retrete descubrimos que la dueña, una señora finísima, se ha olvidado de tirar de la cadena, y nadando entre orines sanguinolentos, ha quedado un pequeño tampax. O que el dueño, todo un ejemplo del caballero español, ha abandonado a su suerte, flotante, su mísero zurullo. Es obvio que se trata de un descuido sin importancia que no le interesa conocer a nadie, ni siquiera como contraste de nada. Lo que tenga que ver eso con la intimidad de una persona, y nada, es lo mismo. Ahora, alguien cuenta en un pasaje sus impresiones de lectura, que expresa sin doblez y con naturalidad, y eso es un puro acto de intimidad. Encuentra uno, por ejemplo, más intimidad en los poemas de Juan Ramón, sobre las mujeres, publicados en periódicos o editoriales respetables y bien conocidas, que en las memorias de Simenon y de tantos, que las rodearon de blindajes y secretismos.

A veces, también hoy, llegan hasta aquí los últimos estertores de la vida de Madrid, pero ya como podrían llegar los de Las Viñas a El Cairo. En el camino han ido dejando su gas carbónico, y lo que queda es una gaseosa sin fuerza, calentorra y dulzona. Así deberíamos ver la llamada de esta mañana de X para contar que circulaban por Sevilla y por Madrid unos panfletos furibundos contra cuatro o cinco escritores del momento. Él se mostraba muy contrariado, y con disgusto, pero no me ha costado convencerle demasiado para hacerle ver que era un privilegio figurar junto a dos o tres de los escritores que más libros venden en este momento. Era, creo yo, para sentirse contento, como aquella abuelica de la película de Ettore Scola, de las chabolas de Roma, vestida de negro, cargada de medallas y con un pie en la tumba, que mostraba llena de

orgullo al resto de las comadres de las pestilentes covachas donde vivían la fotografía de una de sus nietas en… una revista de pornografía: «Rabiad, muertas de hambre, esta es mi nieta; ¿qué os habías pensado? Ya os decía yo que llegaría muy lejos».

Y así es que, le he dicho a mi amigo, hemos llegado ya muy lejos con estos insultos; lo difícil ahora es mantenerse ahí, que no dejen a uno de insultarlo un solo día, porque cuando se vive del público, cualquiera de sus insultos es aún más valioso que uno de sus elogios. La condición humana hace que aquellos se recuerden más tiempo, y lo nuestro, ya se sabe, es una lucha contra el olvido.

TRAJERON una gran mariposa que habían encontrado en el jardín. Justificaron el hecho bárbaro de haberle atravesado ya el abdomen con un alfiler, por creer que cuando la capturaron estaba ya agonizante, como demostraba el hecho de que al ir a cogerla, no saliera volando.

La dejaron como un regalo sobre el diccionario que había en la mesa. Cuando volví a trabajar, me la encontré allí. Era un ejemplar muy hermoso, desplegado sobre el libro como una nación entera, y las alas tenían un dibujo que recordaba mucho a esos mantones llamados floreados, que se tejían en los telares de Bagdad y Damasco. Durante las dos horas que seguí trabajando, la mariposa permaneció inmóvil a mi lado, con sus alas desplegadas, simbolizando la vida de las palabras.

Por la tarde, cuatro horas después, al entrar de nuevo al estudio, para proseguir la tarea, vi moverse al pequeño animal, un aleo de agonizante, o me pareció verlo. Acerqué la punta de un lápiz con ese cuidado que ponemos al aproximarnos a un finado. Trataba solo de comprobar que estaba muerta, pero apenas sintió ella la punta de grafito, salió volando. Llevaba clavado el alfiler. Remontó el vuelo más de tres metros, y a continuación cayó como fulminada a mis pies, donde aún revoloteó un poco, siempre con el estilete de acero que la atravesaba de un lado a otro.

No sabía uno si desprenderla del alfiler o clavárselo en otro lugar, con tal de abreviar aquella espantosa agonía de alas, de nuevo ciegas, que parecían haber pasado de ser la metáfora de las palabras a ser, con sus estertores, la de los ecos.

Volví a ponerla sobre el diccionario, una vez que la libré del estoque. No volvió a hacer el más leve movimiento. Ahora, muerta,

parece proteger toda la lengua española con las alas extendidas, como pudiera hacerlo un águila, solo que con lirismo y no con épica.

Y el tiempo es aquí mucho más corto que en ninguna otra parte, no tanto porque se trate de un tiempo de vacaciones. Ni siquiera porque las tareas domésticas se multipliquen por diez, con relación a las de Madrid. Sino porque está uno tan en contacto con la muerte, que la propia fragilidad de las cosas hace que estas duren de una manera diferente.

El otro día fue la rata, que, por ciento, sigue comiéndose el cebo de los cepos y de la maula, sin dejarse capturar, y ayer fue lo de la mariposa.

Ayer por la mañana aún seguía viva. Después de veinte horas. Movía débilmente sus alas, como si respirase por ellas y estuviese dando las últimas boqueadas. Yo quedé horrorizado, al comprobarlo. Una cosa tan sencilla como cortarle la cabeza o aplastarle el cuerpo se me presentaba como un acto de barbarie aún mayor que el de tenerla allí, prolongando su sufrimiento. Salí corriendo a buscar el aerosol de matar moscas, y la gaseé durante dos minutos, en los que no levanté el dedo del botón. Esta mañana, cuando comprobé que había muerto de verdad, la puse sobre un papel, para no destruir con los dedos el aterciopelado dibujo de las alas, y con un palito escarbé en el jardín un hoyo, al pie de los rosales, y la enterré para evitar así que se la comieran las avispas o las hormigas. M. tenía en un arca unos trozos de seda, de una tela antigua. Me valí de uno de ellos, la envolví en él, lo até con un bramante y la deposité en la tierra con el mismo respeto que si fuese el emperador del Japón. Me parece que una muerte como la suya merecía un entierro de poeta. Lo más extraordinario de todo estaba, no obstante, por venir. Al mediodía G. me preguntó qué había hecho con la mariposa que me habían regalado. Les conté la peripecia y cómo la había enterrado al pie del rosal amarillo. No se creía que hubiera hecho algo así. Dije que podría comprobarlo por sí mismo, si iba al jardín. Aún se vería la tierra removida.

Yo me había olvidado de ese asunto, pero hace un rato vino a pedirme si no me importaba hacer una exhumación, porque había encontrado para ella un lugar aún más hermoso de descanso y a salvo de los golpes de la azada: al pie del espino donde la

capturaron. Fuimos en cortejo los dos al rosal. Se veía, en efecto, la tierra removida. Con sumo cuidado apartamos con la mano un poco de tierra, y después otro poco más, pero había desaparecido la mortaja de seda y la mariposa. No había rastro de ninguna de las dos. G. culpó de inmediato a Mora. ¿Para qué querría una perra tonta comerse una mariposa muerta?

Yo creo que la mariposa fue enterrada en medio de un proceso de catatonia y a media noche ha resucitado.

M., a quien he contado por teléfono el caso verdaderamente conmovido, está convencida de que me lo he inventado todo. Me ha dicho: como las mujeres de Conde de Xiquena. No, le he respondido, como el Rey don Sebastián; la mariposa ha vuelto a un lugar donde la estaban esperando.

PARA el retrato de una mujer: le caían los acontecimientos de la vida, por graves que resultasen, como si fuesen gasas, velos, o así lo creía ella, y se los quitaba de encima lanzándolos hacia arriba de nuevo. Estaba convencida de que esa manera de ser, aniñada, era lo mejor suyo. Pensaba de sí misma que era un alma pura e inocente, y ciertamente hubiera sido difícil juzgarla culpable de ninguno de los desastres que la sacudieron. Contaba ya cincuenta y dos años y estaba a punto de volverse loca. Hubiera negado este extremo con vehemencia a cualquiera que se lo hubiese insinuado.

MORA, la mastina, en alta, trae locos a todos los perros de la Sierra. Vienen de ronda cada noche. La pasada no dejaron de aullar, gemebundos y lastimeros desgarros reclamando algo que la perra acaso ya no puede darles, porque es muy probable que esté preñada. Ha estado visitándole el perro de unos vecinos, un ejemplar joven de perro lobo, de gran alzada, bien cuidado, limpio, pero la mastina ha preferido el viejo mastín de Manuel, achacoso, lleno de parásitos y con los ojos pitañosos. La indiferencia de la hembra es casi humana. En cuanto a la desesperación de los machos, conmovería de no ser porque en cuanto se acercan a menos de un metro de la perra, desenfundan de su vaina unos penes afilados y rojos como guindillas, que dan dentera.

ES su segundo esguince en un mes. Primero fue en Boltaña, en un pie; ayer, aquí, en el otro. Hubo que llevarle a urgencias. Lo vivía con una desesperación que le es, de todos modos, familiar. Preguntaba: ¿Por qué han de sucederme a mí todas las desgracias?

A Rafael nunca le pasa nada, y a mamá y a ti tampoco. Es lo que conocemos como síndrome de Cenicienta, muy frecuente entre artistas.

Y lo mismo, añadí para consolarle, que yo me pregunto cada año delante de la bomba del agua, cuando se estropea. Esta mañana, por ejemplo. Se encuentra uno frente a un artilugio cuyo mecanismo no comprende en absoluto, pese a lo cual ha de arreglarlo. M. aparece de vez en cuando por detrás y se queda un instante donde se supone que llevamos todos el ángel de la guarda. Para alentarme, dice entonces una frase que nunca sabrá hasta que punto le fastidia: «No te desesperes. Siempre le sucede eso a la bomba», y desaparece, dando por supuesto que tarde o temprano, de un modo o de otro, acabará arreglada. Para cuando uno se desembaraza de la llave inglesa y el destornillador, y se vuelve hacia donde vino su voz, dispuesto a maldecir su suerte, ha desaparecido ya como los ángeles, y se queda uno sin poder decirle: se desespera uno no porque siempre sucede, ni siquiera porque no sepa por qué se estropea, sino porque sigue uno sin saber cómo arreglarla, y llamar a alguien que lo hiciera podría llevarnos una semana, durante la cual nos quedaríamos sin agua corriente. Así que actúa uno con paciencia, tratando de recordar, como los elefantes con su tumba, el camino que nos llevó el año anterior y el anterior a una solución más o menos aceptable.

En la gasolinera, a donde acudí a inflar el balón de la hidrosfera, me proporcionaron unas nociones rudimentarias, según las cuales era infalible el funcionamiento. Y es cierto que esas bombas acaban funcionando siempre, tras haber perdido con ellas toda una mañana. Una mañana así, tirada a la basura, como el tributo que ha de pagarse a la vida.

NO es fácil dormir estos días. Me dolía mucho la espalda de llevar en brazos a G. al ambulatorio, y los perros galantes seguían de ronda, supongo que con orquitis. No solo no se resignan a abandonar su cortejo, sino que aúllan hasta el momento en que les toman el relevo los gallos, discípulos todos ellos de Cioran, ya que no parecen alegrarse nunca de la salida de los rayos del sol, sino que denuncian su aparición con gritos tan irrisorios como los de aquella madre que estuvo a punto de ver cómo, por orden de Salomón, la espada le partía en dos mitades a su recién nacido.

Así que cuando me levanto de la cama, por la mañana, yo mismo me siento un poco alucinado, tentado de sobornar a Mora para que sea un poco más transigente y a G. para que deje de hacerse esguinces.

AYER al fin dimos con lo que no era ratón, sino rata bien grande. Solo al cabo de unos días de comerse su ración de grano envenenado, ha claudicado. Pero el trámite no fue sencillo. Era por la noche. Hacía tiempo que habíamos cenado. Fue R., que acudió a beber agua, quien descubrió los ruidos dentro de la cocina de gas. No la habíamos visto aún, y ya estábamos los tres sumamente excitados y nerviosos. G., con la excusa del esguince escogió un puesto de privilegio a unos diez metros del escenario de la batalla, y R. y yo, cada cual con una escoba en la mano, esperábamos verla aparecer en cualquier momento. Pero ninguno se atrevía a abrir la portezuela de la bombona. Resultó todo como en una película de suspense y terror en el que uno y otro se posponen y dilatan, sin que por ello lleguen a desaparecer, sino al contrario: van en aumento. Gritábamos los tres en dirección a la cocina, como soldados a los que acaba de ordenarse tomar una trinchera enemiga, con las escobas en alto, pero allí nadie daba un paso al frente.

Lo que apareció en cuanto, con inexplicable nerviosismo y asco, sacamos la bombona (todavía infundados, pues no habíamos visto nada), fue un animal narcotizado por el veneno que se apretaba medroso contra uno de los rincones, sin que lograran desalojarlo de allí ni nuestras voces ni las escobas, que le hostigaban.

Al fin logramos que saliera a campo abierto. Se movía con lentitud, pero advertido del grave peligro que corría, huía de un lado para otro, tratando de ganar las partes bajas de los muebles, donde se sentía a salvo. Volaban los escobazos, que daban en vacío, hasta que uno de ellos acabó con su vida. Le salió un poco de sangre por la oreja. Daban ganas de vomitar. Cada día se ven en los telediarios escenas mucho más violentas y, sobre todo, más importantes, en las que quienes mueren son gentes reales. Pero nadie sabrá hasta qué punto puede alguien violentarse para matar una rata. Pocas cosas hay en esta vida más asquerosas. Como decía Juan Ramón, si tienes que ensuciarte, sin remilgos. Pero una cosa es ensuciarte, y otra bien diferente rebajarte a matar una rata. No le ve

uno a Juan Ramón corriendo detrás de una rata, ni siquiera si la rata es la que se le come los manuscritos. Hace años, leyendo los diarios de alguien que había pasado por uno de los campos de concentración nazis, relataba las cacerías que organizaban para matar ratas que aumentaran la exigua dieta que les proporcionaban sus carceleros. Decía que en los dos años que pasó en aquel lugar, se acostumbró a ver desfilar ante sus ojos toda clase de crueldades y horrores cometidos con él y con sus compañeros de infortunio, muertos, agonizantes, fusilados y gaseados incluidos, pero jamás pudo soportar la presencia cercana de una rata, que le sumía en pensamientos sombríos. Lo peor de todo es que jamás participó aquella fobia a nadie, convencido de que eso, en aquel lugar, le habría vuelto más vulnerable, y si bien no se sumaba a la fiesta en que a veces se convertían tales batidas, jamás rehusó en participar en ninguna, pese a que a continuación había de buscar las letrinas y vomitar todo cuanto llevaba en el estómago.

A continuación habría que haber acometido la tarea de enterrarla, para evitar que se la comiera un perro, pero uno, que es poeta, estaba únicamente dispuesto a transigir con las honras fúnebres de los lepidópteros, y acabamos lanzándola detrás de unas zarzas. Es probable que la descubra un córvido o un raposo, y acabe envenenándose también, y que esas muertes acabaren minando los cimientos de la naturaleza… En fin, está visto que matar ratas le vuelve a uno un jesuita.

TODOS los periódicos, hoy por hoy, juegan a ser gobiernos paralelos. Las críticas que hacen a los gobiernos elegidos democráticamente serían incapaces de asumirlas ellos mismos, y ante sus propias crisis actúan de la misma manera, con igual solipsismo y arrogancia. Frente a graves equivocaciones jamás se habrá visto a un periódico reconocer sus errores y pedir perdón por el daño causado; mientras que pueden, al mismo tiempo, exigir la cabeza de un gobernante por errores de mucha menos importancia.

HOY, a las nueve de la mañana, volvió a irse M. a Madrid. Salí, como siempre, a despedirla a la cancela. Vi alejarse el coche dando tumbos entre las piedras, haciéndose cada vez más pequeño. En realidad quien se iba haciendo más y más pequeño, hasta desaparecer, era yo, que me quedaba.

Y todo el día nosotros tres, vagando por la casa y el jardín,

vilanos sin sombra que ni van ni vienen, posados en alguna parte de forma provisional, astros de secano, estrellas polvorientas de las callejas.

Después de cenar salimos como cada noche a cazar estrellas fugaces de verdad. Se hubiera dicho que cada una de ellas tenía su correlato aquí abajo, en la tierrra oscura, en el canto de los grillos. Cantaban tantos como estrellas tililaban en la bóveda del cielo. No se sabía quién hacía temblar a quién. Todo en la noche era una pura intermitencia. Los aviones, llenando el cielo con sus puntos suspensivos, el cárabo, con ese canto sincopado, la flauta de los sapos, los grillos, hasta nuestros deseos, fugaces, se los llevaban temblando los astros muertos a alguna parte.

Hace un mes que no vemos la televisión, y el periódico, que leo únicamente yo, apenas se lleva cinco minutos de la sobremesa, incluidas esas novelas por entregas que se nos presentaban al principio del verano como verdaderas obras maestras de los más importantes escritores del momento. No son muchos, y sin embargo nunca renunciaría a esos cinco minutos, ni a los otros cinco que gastamos en mirar los telediarios, porque son como un eco de esta vida, imprescindibles para ayudarnos a comprender nuestro lugar dentro de la armoniosa soledad que es esta vida, en la que nunca pasa nada, aunque a su manera pase muy bien, porque lo suyo natural, su naturaleza, es que pase sin pasar. Como en una naturaleza artificiosa o barroca, lo natural es el artificio o el barroco, en una sencilla lo antinatural sería algo que no fuese sencillo. Y algo que aquí resulta natural y sencillo es volver a los tomos viejos, de siempre. Un tomo de artículos de Unamuno, no leídos antes, escritos en el destierro; y otro de Baroja, ya leídos. Cinco de cada seis artículos de Unamuno apenas logran interesarle a uno, siendo, claro, los escritos de «alguien». Parecen propios de un hombre que pensaba sin limitación, dejándose llevar, recreándose en la suerte, jipíos de cantaor, aunque con dotes excepcionales de conocimiento e intuición, apuntaladas en estos dos grandes pilares, la intuición y el estilo. De la intuición, como del ojo clínico, no hay mucho que decir. Se tiene o no. Del estilo, sí. Del estilo precisamente es de lo que tratan muchos de esos artículos. Dice Unamuno que con estilo también se nace. O sea, que no le queda mucho trabajo al hombre, más que descubrírselo. El estilo de

Unamuno se fortifica con dos eminentes baluartes: la paradoja, tan conceptista y barroca, y la filología. Está convencido de que las palabras llevan dentro un código propio, un código genético, como si dijéramos, que manipulado puede dar ideas mucho más vigorosas, inmunes al tópico o a la tontería. Bien, cinco de cada seis artículos se hacen pesados quizá, aunque los hubiera uno agradecido en la prensa de cada día. En cambio Baroja no falla casi nunca. Todos tienen el mismo tono, la erudición de Baroja, diferente a la de Unamuno, es grande también; sabe sus cosas, y sabe muchas. Es entretenido. Uno al final habla de sí mismo todo el rato; Baroja también, pero da la impresión de que habla de todos los demás. Y sin embargo a donde llega Unamuno, cuando llega en uno de cada seis, Baroja ni lo sospecha. Baroja detestaba a Unamuno, aunque hipocriteó con él, como con tantos. Le irritaba, le fastidiaba, parece que le envidiaba. ¿Qué? Es difícil saber lo que envidiamos de quien es tan diferente de nosotros y a quien detestamos. Unamuno no detestaba a Baroja, debía de verle limitado y pequeño, un literato. Esa actitud olímpica de Unamuno le amolaba lo indecible al otro. Lo consideraba un poco un charlatán con cátedra de griego. Sin embargo, el que acabó en la Academia fue Baroja. No son, desde luego, excluyentes, como no lo son los trenes de cercanías y los de largo recorrido. Los dos cumplen a la perfección sus cometidos. Solo hay que saber pedir a cada uno el servicio que cada cual puede prestar, no tomar el tren que va a Vigo, si queremos ir a Pozuelo, porque no tiene parada en ese pueblo, ni tomar el que llega solo hasta Pozuelo, si queremos ir a Vigo.

Y eso es lo más que sucede en las Viñas, donde no hay, por cierto, ferrocarril: que gracias a que no sucede nunca nada, a la falta de tránsito ferroviario y a los periódicos del día, puede ocuparse uno del pasado, siempre tan hospitalario, cuanto quiera.

RESULTA enternecedor ver a R. llevando a su hermano a la espalda de un lado para otro, a todas horas del día. Nadie les dice nada, es cosa suya, un entendimiento propio. Si ve que tarda mucho en recorrer la distancia entre un lugar y otro, acude, se agacha un poco, le pasa los brazos por sus piernas, da un pequeño impulso, y se lo carga sobre los riñones. La solicitud del mayor conmueve al pequeño hasta extremos indecibles. Ni qué decir tiene que solo se

dejaría matar por él. Ni madre ni padre ni nadie es lo que su hermano. Se le queda mirando con arrobamiento, como si estuviera enamorado. El mayor lleva cuatro días sin salir de casa por quedarse haciéndole compañía. No obstante, como entiende uno que la educación consiste precisamente en que alguien llegue a comprender que cuando se tienen espaldas anchas han de servir para cargar a quien no puede servirse de sus piernas, y que eso es una obligación moral, a cuenta de eso, y cuando no está presente R., para no causarle a este una molestia mayor, sermoneo al pequeño unos minutos sobre el valioso gesto de su hermano no saliendo en todo este tiempo y llevándole, como lo más natural, de un lado para otro.

Por lo demás también hemos visto cómo el mayor pierde de vez en cuando la paciencia y le manda al cuerno cuando advierte que la necesidad de desplazarse de su hermano es fruto de un capricho. De lo contrario la cosa sería mucho más preocupante que adivinar si el pequeño tiene el mismo buen fondo que el mayor: contar con un santo en la familia, tal y como viene el mundo, es acaso peor.

IBA buscando en el tomo de 1940 del *Journal Littéraire* uno de esos datos que hacen que nos sintamos más seguros en esta casera erudición nuestra. Pero lo que me encontré, al azar, fue esta frase: *Le llevé esta mañana 6 francos de rosas. Ni su almuerzo ni ella los valían*. No creo que alguien capaz de encanallarse en una frase tan cínica y vulgar como esa, de una grosería criminal, pueda decir nada interesante sobre nada. Lo sorprendente en ella no es tanto que Léautaud, casi septuagenario, crea que se puede comprar con flores a una mujer, sino que el dinero, incluido el suyo, pueda comprar ninguna flor, y menos unas rosas.

QUÉ alegría tan nueva, tan limpia, produce que le sorprenda a uno la aurora trabajando, viniendo no desde el fin de la noche, sino arrancando desde el manantial de la mañana, frescos, enteros, reparados por el sueño. La ventana va llenándose de una lechosa claridad azul, que recuerda ese velo que se les pone a los lactantes en los ojos, y empiezan a despertar los pájaros, y la luz de nuestra lámpara, que amparaba la cuartilla y nuestras manos, va diluyéndose, perdiendo sus contrastes. Los pájaros van despertándose unos a otros, rozándose en el hombro, y en menos de un cuarto de hora parecen haberse reunido todos en un congreso

para elegir una junta de accionistas: todos tienen razones y ninguno se escucha. Solo los gallos desentonan, siendo los únicos que tienen voz por derecho propio en la asamblea. La razón que pudiera asistirles la pierden con esos gritos degollados y ridículos que dan. Amanece tan deprisa que cuando uno levanta la cabeza de nuevo de su tarea, se asombra de que los duendes de la noche hayan enrollado el oscuro tapiz del cielo y se lo hayan llevado a otra parte.

Estaba pasando a limpio el primer manuscrito de *Los caballeros del punto fijo*, y lo que no se venía a él, se iba en este otro cuaderno. Ya no distingue uno lo que ocurrió hace cinco años, porque así está escrito, lo que recuerdo de entonces y lo que anoto ahora. Me río yo solo, pensando en ese chino de circo que sale y hace bailar, sobre las varillas de los cohetes, unos cuantos platos. Al principio todo va bien y guarda cierto orden. Primero uno, luego otro y otro. Pero llega un momento en que no puede hacer bailar más platos sin atender los primeros, ya desfallecientes y a punto de venirse al suelo, así que vuelve a la carrera a ellos, les imprime nuevos impulsos con movimientos seguros, sin olvidarse de ninguno, y solo cuando los tiene de nuevo encarrilados, se ocupa de poner en danza uno nuevo. Eso sin duda sí es una verdadera obra en marcha. De modo que la vida de este nuevo cuaderno, acaba vampirizándola el otro, y a este a su vez lo parasita un tercero. Si los resultados fuesen al menos satisfactorios, creo que sería un hombre feliz, pero a menudo le asalta a uno el temor de que les ocurra a estos libros lo que a los frescos de La Cena de Leonardo. Las reacciones químicas, desconocidas en la época, de uno de los componentes de la pintura, en aquel caso la yema de huevo, acabará por descomponer el resto de los pigmentos, que irán perdiendo toda coloración hasta quedarse en algo que ni es pintura ni volverá a ser muro, algo que, en el mejor de los casos, se mostrará a unos cuantos curiosos que ni siquiera se atreverán a decir que no les gusta.

Ahora el platillo danzante será una pequeña biografía de Galdós, que ha de ocupar unos cincuenta folios, mientras han de ordenarse los nuevos poemas y poner a punto lo necesario para empezar el libro sobre el 98, y se revisa el manuscrito de *Los caballeros*.

Suena, música de clarinete, música de acordeón, mientras gira

todo: los platos sobre la varilla, la *ecuyère* alrededor de la pista, los solitarios por la ciudad, el mundo sobre su eje, la ambición de Fénix alrededor del sol y la punta de este bolígrafo, sobre sí mismo. ¿Sobre sí mismo? Nunca: sobre la varilla de un cohete, sobre la pista, sobre el mundo, por la ciudad y alrededor del sol, como otro astro más azul y habitable que este nuestro.

TENÍAMOS que ir dos días a Madrid para limpiar la casa, que el mundo obrero había abandonado al polvo de yeso, manchas lechosas por todas partes y desarreglos varios. ¿Dónde se ha visto una familia que interrumpa sus vacaciones de verano y recorra trescientos kilómetros para pasar una fregona a los suelos y los zorros polveros sobre los libros, para regresar a continuación el mismo día?

La casa, por lo menos, ha quedado más o menos bonita. Con las casas propias es difícil tener una cierta distancia. Creo que era Juan Ramón el que en alguna parte decía que había tenido en su casa cosas que hubiera censurado en otras. Eso nos ocurre porque no conocemos la historia completa de todas las cosas. Si las conociéramos todas, las comprenderíamos mejor, y no las juzgaríamos. Nunca dejó de sorprenderme aquel sofá de color azul pavo real, descubierto en la casa de cierto profesor al que tenía una admiración grandísima. No era solo el color, también la forma, porque se trataba de un aparatoso sofá en forma de ele, como los que se ven en ciertos *pubs* con pretensiones. Todo lo demás de la casa estaba puesto a tenor con aquel mueble. Lo mismo se podría decir de la ropa que llevamos encima, los zapatos, los calcetines. Si conociéramos, por ejemplo, la historia de ese bibelot afrentoso que descubrimos en la casa de tal amigo, acaso nunca se lo censuraríamos. Así que el refinamiento acaba convirtiéndose en una lucha contra la historia, una manera de dejarla atrás. Cuando conocemos a una persona a la que vamos a apreciar desde ese mismo instante, casi ni reparamos en la camisa que lleva puesta, incluso sabiéndola fea, porque al fin y al cabo eso no le añade nada. Y al contrario, la camisa demasiado elegante, en el hombre que nos parecerá superficial, mezquino o tonto, nos lo hará, además, presumido, o sea, que le restará. El propio J. R. J. insinúa en alguna parte que cuando Machado iba a verle al sanatorio del doctor Simarro, se le llevaba libros prestados, que luego vendía en los

libreros de viejo. Es un dato más o menos malvado, pero no añade ni quita nada al personaje. Nietzsche conocía la obra de un precursor de su filosofía, Max Stirner, al que nunca citó, por temor a que palideciera su incipiente celebridad. Alguien preocupado por el superhombre, condicionado por el infrahombre. Y sin embargo Nietzsche sigue siendo lo que son sus libros. Es una suerte que no haya superhombres, aunque no por ello se conforme uno con el infrahombre. Las casas acaban siendo lo más parecido a la persona que vive en ellas. ¿Cómo sería la casa de Cervantes? Pues horrible. ¿Cómo había de ser, al lado de un matadero o encima de una taberna, con tantas hermanas medio putas, una mujer de pueblo, una hija histérica y él mismo siempre viviendo en posadas y albergues de poca monta, sin la menor noción de lo que era el desahogo? De modo que las casas no han de ser más de lo que deberían, pero tampoco menos. Es un punto, como todos los equidistantes, difícil de lograr. De ahí que como medida no solo de salubridad, deberían las casas pintarse cada cinco años, y muy bueno sería también mudarse cada quince. Como el rodamiento de la vida moderna le lleva a uno por los derroteros de la vivienda en propiedad, hoy son pocos los que acaban conociendo la mística de la mudanza. Para compensarlo, sin embargo, podemos pintarlas cada tres o cuatro años. Es el momento idóneo en el que uno puede preguntarse no solo por la historia de las cosas, sino por su propio ser.

Al desplazarse los muebles de lugar, los vemos de otra manera, censurándolos a veces como haríamos en casa ajena. Hemos de repasar las lomeras de los libros, ver los que tenemos, los que leímos y no leímos y, ay, todo lo que le falta a nuestra endeble formación.

Con los cuadros sucede lo mismo. Durante un mes se meten en un cuarto y nos acostumbramos a ver las paredes vacías. En un mundo como el nuestro, en el que todo son imágenes, tan valioso es un muro vacío como un minuto de silencio, sin las melodiosas estridencias del supermercado, de los bares, de los trenes y autobuses, de los televisores encendidos todo el tiempo.

De modo que al colgar de nuevo los cuadros, y eso nos sucedió ayer, ha de ir uno sometiéndolos y sometiéndose a un perpetuo examen de conciencia estética. Y qué delicia ir diciendo no, como

los místicos, a las sensuales llamadas del siglo o a las más voluptuosas insinuaciones de la cultura. Milagrosamente, al haber menos ahora, se ven mejor los que quedaron, sin que echemos en falta los que se han ido. Quizá lo aconsejable sería un sistema de rotación, como los astros. Hacer que a medida que pase el tiempo se acerquen a nosotros unos y se alejen otros, se oculten unos y desaparezcan otros, conforme a la estación.

Y después de esa tarea, un tanto fatigosa, porque nada cansa tanto como el oficio de inquisidor, aún tenía que hacer otras varias comisiones. Con estos calores y Madrid vacío, ninguna se presentaba tan apropiada como lanzarse a la calle, aproando rumbo a la espartería de la calle de Cuchilleros.

Qué bien olía el aire de Madrid, qué gusto daba ver a esa hora temprana a los comerciantes barrer delante de su establecimiento, como si viviésemos todavía hace un siglo, bendiciendo la acera con agua que los dedos espurreaban aquí y allá antes de pasar la escoba, y qué animación inaudita la de algunas tiendas del centro, ajenas del todo a la moda de las vacaciones, lo mismo que en tiempos de Galdós.

La primera sorpresa fue que la espartería de Cuchilleros acababan de trasladarla a la Cava Baja. Se hacía constar en un cartelón, en el que se encaminaba al desavisado a la nueva, ciento cincuenta metros más allá, con flecha incluida. Y cuánta verdad había en aquel «a 150 metros», escrito sobre la flecha torpemente dibujada con un bolígrafo. Nadie osaría dudar que hubiera uno de más o de menos.

En el traslado se han perdido al menos dos siglos de historia y de sabor.

La espartería de Cuchilleros era un lugar único que llevaba funcionando también doscientos años. No se sabe por qué razón los ayuntamientos emplean millones en conservar un paño de una muralla muerta y nada representativa, que se ha mantenido en pie como una caries entre edificios horribles, y en cambio no protege un comercio como ese, que estaba vivo, fuerte, sano y lleno de aperos y objetos capaces de evocar cada uno de ellos, y a su manera, una novela como la de Proust.

Por las mañanas, a modo de reclamo, sacaban a la puerta unas cuantas horcas de madera blanca, un rastrillo, también de dientes

de álamo, dos o tres escobas de palma y dos o tres de brezo, una brazada de mimbres dispuestos para ser trenzados, un surtido variado de cedazos y tamices, de mayor a menor, como si fuese una instalación del Reina Sofía, sogas de cáñamo de diferente calibre, con ordenación igualmente artística, cordeles de pita y algunas otras cosas más de nombre azoriniano: serones, almadreñas, trébedes. Los turistas, al ver aquel comercio junto a las Cuevas de Luis Candelas se pensaban que era un reclamo publicitario más de la taberna, y se hacían retratar delante de aquella panoplia de industrias populares. Pero no. Siempre había allí alguien que estaba mercando alguna porque la precisaba de verdad, gentes de los pueblos de Madrid o de la misma capital, no solo sentimentales, sino buenos conocedores de las virtudes que puede tener una cuerda de cáñamo sobre una de nylon según para qué cometidos.

El comercio nuevo no tiene ningún carácter. Ocupa los bajos de una casa de los años sesenta, y todo el encanto ha desaparecido como por ensalmo. ¿Qué ha pasado con la otra tienda? Al dueño no le molesta la pregunta, pese a que habrá tenido que responderla mil veces. Les han desalojado las circunstancias. La nueva ley de arrendamientos les iba a subir tanto la renta, que el negocio no podía afrontar ese gasto. Lo contaba sin demasiada pena, me pareció, y a los dos minutos se comprendía que ahora disfrutaban de mayor desahogo que antes. «Aquí estamos mejor», decía, «dónde va a parar. Se paga más que antes, pero menos de lo que tendríamos que pagar allí. Allí es que no se podía estar ya. Usted se acordará que no cabía ya un alfiler». Era cierto. Era un local angosto, estrecho y largo, muy largo. Tenía uno la sensación de entrar por la calle de Cuchilleros y salir a la de Toledo. El género se apilaba hasta el techo, y había que pasar de lado. Apenas se veía dentro, porque solo había un par de bombillas, colgadas directamente del hilo, y estas, encajonadas por la mercancía, no dejaban más que un turbio y agonizante resplandor amarillo que aún se apagaba más entre los secos y ásperos espartos y la cordelería. No, el dueño no sentía nostalgia por aquel lugar. Tampoco temía perder clientela. La suya, confesó, era muy buena en Cuchilleros y seguiría siendo buena en la Cava Baja. Lo sentía uno, pero él no, él se debía al negocio, al progreso. Así lo dijo, como un patricio romano, como un porvenirista: o renovarse o morir.

Me fui de allí con un felpudo de pelo de coco, importado de no sé qué país asiático, y la sensación de que el mundo se viene a pique entre los aplausos de los que van a naufragar en él. Bueno, qué se le va a hacer, se dice uno con resignación, tratando de olvidar el encuentro, para no tener todo el día que quedarse en la elegía de los tiempos caducos.

En la calle de la Cruz había una puta vieja, jamona, de unos sesenta años, plantada frente a un portal, seguramente de la casa de citas donde se consuma el servicio. Estaba ella sola, si exceptuamos la compañera que se apoyaba, aburrida y con los brazos cruzados, en una pared, componiendo la estampa clásica. Y estaba hablando por un telefonillo móvil. Era, como si dijéramos, una puta movilizada, allí parada, en la esquina, llamando, ¿a dónde, a quién?

En cuanto llegué a casa seguí con la ordenación de cajones y armarios, que aún nos depararía algo gracioso.

Hace unos años encargaron a X una exposición sobre Madrid en la Academia de San Fernando. Se llamó «Visiones de Madrid», y X me pidió que hiciera el catálogo. De la exposición y del catálogo, patrocinados, si mal no recuerdo, por una casa de Seguros, se ocupaba otra empresa intermedia, una de esas empresas que se dedican a la comunicación. La dirigía un tipo graciosísimo, gordo, gallego y de una vulgaridad que justificaba plenamente que se le encomendaran labores de propaganda y agitación. Era él el que hablaba a todas horas de «artes plásticas», cuando se refería al arte. Nunca hablaba de periódicos o radios. Todo eso para él eran «los medios». Inseguro en aquel mundo nuevo para él, le parecía que «artes plásticas» era a la nomenclatura artística lo que la pala de pescado para un cateto que se la encuentra por primera vez en un banquete de boda. La manejaba con sumo cuidado, pero a todas horas, y siempre como cuchillo: entremeses, entrecot y merluza. Recuerdo que tenía colgados unos cuadros en su despacho que en un país normal habrían sido motivo de querella criminal, verdadero material plástico, en efecto, capaz de hacer saltar hecho pedazos el edificio.

Las relaciones de X con aquel hombre, mientras se preparaba la exposición, se fueron deteriorando. El patrón estaba convencido de que por el hecho de pagarle le daba derecho a tratarle como a un empleado, al que podía imponer criterios y procedimientos. Se

empeñaba sobre todo en que las cosas funcionasen al milímetro, sin comprender que precisamente el mundo de las artes plásticas es donde todo carbura más o menos, pero nunca de manera exacta, o sea plásticamente, con estira y encoge.

Consecuencia de todos los desajustes fue que el catálogo no estuviera listo para la inauguración o llegara a ella con muy escasos ejemplares. Ya no me acuerdo. Así que cuando supo este contratiempo, nos hizo saber, a voces, que en su honorable vida profesional, aquella iba a ser la primera vez que incumplía un compromiso con un cliente suyo. No entendió jamás que el hecho de no tener listo el catálogo en la inauguración de una exposición es algo frecuente, y a partir de un momento determinado las relaciones se rompieron por completo, como no friese que necesitase insultarnos. X, que es un hombre paciente, capeó el temporal como pudo sin enfrentarse jamás a él, pero cuando el catálogo entró de lleno en mi jurisdicción, tenía cada dos horas a ese hombre al teléfono con unas exigencias ridículas, por lo que no hubo más remedio que faltarle al respeto muy seriamente.

Cuando todo hubo terminado y se llegó a la hora sublime del cobro, tuvimos que pasarnos por caja. En medio de todo, las cosas no habían quedado mal, la exposición fue un éxito de crítica y de público, y el catálogo más o menos lo mismo. Los nervios se destensaron algo, pero surgió un imprevisto. Aquel hombre me pidió que se le devolvieran las diapositivas de los cuadros que se habían utilizado en el catálogo. Dije que se las reclamara a la imprenta, donde seguían. En la imprenta no estaban. Busqué en casa, por si aparecían, aunque estaba seguro de que no era sí: tiene uno por norma, y para evitar esa clase de trastornos, que sea la propia imprenta quien devuelva los originales y el material fotográfico a los clientes. Las fotos no aparecieron nunca. Estaba claro que alguien las había perdido, y ese no era yo. El gallego llegó a pensar que trataba de quedarme con ellas. Yo le decía, ¿y para qué las voy a querer? Era un hombre terco y vengativo, y vio llegada la oportunidad de su revancha, y aseguró que me las descontaría de mis emolumentos. Yo nunca había estado en un juzgado ni había demandado a nadie, y tuve entonces esa fantasía de hacerlo.

Le llevé a un juicio en el que se partieron pérdidas y ganancias

por la mitad: él tuvo que pagar mucho más de lo que pretendía, y uno se quedó sin cobrar lo que hubiera tenido que cobrar, porque así lo estimó el juez, que nos dio la razón, al menos en parte. Con el resto se pagó al abogado, que fue el único que sacó algo en limpio de todo eso. Pero el enigma de las diapositivas jamás se resolvió… hasta ayer. Aparecieron metidas en un sobre. Me dio un ataque de risa: todo el lío, el juzgado, los juicios, el pobre gallego… La verdad es que entonces revolví la casa cien veces, hasta que me di por vencido. Incluso llegó a representárseme en los alvéolos pertinentes del cerebro esa imagen en la que yo veía cómo entregaba las diapositivas en la imprenta y cómo en la imprenta se reexpedían a la empresa del gallego. Me hubiera dejado matar por esta verdad. Ha sido precisa una obra en la casa para que emergieran. No sé qué debería hacer ahora con ellas. Quizá enviárselas todas. O mejor, hacerlo de una en una, con mensajes crípticos e inquietantes, como si fuese la obra de un maniático peligroso. Un día, una, otro día, otra; hasta que tenga que telefonearme pidiendo de rodillas «piedad, piedad, no me tortures»; no, creo que es mejor enviármelas a mí mismo en un sobre cerrado, y llevarlo a continuación al abogado y que este negocie, y en caso de que el gallego se niegue, reabrir el caso, porque cuando se ha estado una vez en los juzgados, se les acaba tomando querencia. La conclusión de todos modos es bien penosa: no se puede confiar en la Justicia.

Y por último, otra exhumación curiosa. Un cuaderno, regurgitado del mismo mundo de nonadas que las diapositivas, con un diario de ¡1979! Empecé a leerlo, y creía que me daban unos mareos, explicables a un tiempo por el miedo y la vergüenza. Miedo de comprobar desde dónde viene uno, y vergüenza de que ese lugar sea tan indestructible como este.

APENAS consintieron en quedarse tres días y medio. El viaje desde León se les hizo largo, aunque no lo confesaron, porque se educaron y nos educaron en no subrayar las dificultades y sacrificios, y los casi ochenta años de él, llevados saludablemente, parecían impedirle, sin embargo, que dejara de pensar un solo minuto en esos ochenta años, en la decadencia y en un final que intuye próximo, acaso como si pensara: «He enterrado ya mi a padre, he enterrado a mi madre, ¿qué me queda esperar?». Un día, en la mesa, dijo: tengo la misma edad en la que mi padre empezó a

notar que perdía memoria. Y guardó silencio, uno de esos silencios elocuentes que solo pueden significar una cosa, habida cuenta que todos conocíamos los últimos años de aquel hombre al que se le fue la cabeza por completo y vagaba por la casa como por el limbo, repitiendo de memoria, palabra por palabra, el discurso que echó desde el balcón del consistorio de su pueblo el 18 de julio del 39. «¿Qué será de mí, qué va a ser de nosotros, de vosotros, cuando ese día llegue?». La madre, curada de esas venenosas melancolías, reaccionó con esa violencia popular hacia las enfermedades imaginarias o a las desgracias presentidas: «¿Qué tonterías estás diciendo, chaval?». Pero él sacudió la cabeza, sin despegar los labios, gesto que quiso levantarse en medio como un mojón recordativo: «No digáis que no os lo advertí».

Resultó imposible escribir mientras estuvieron en casa. Trataba de concentrarme y aislarme, pero vivía en medio de una excitación que impedía todo lo que no fuese estar a su lado, acompañarles, darles conversación, seguir las suyas. Le intrigaban a uno él y ella, padre y madre, y sin que se dieran cuenta se los quedaba mirando a hurtadillas, como si les espiase, en el fondo como a seres extraños en los que nos reconocemos de una forma oscura e inevitable.

Contaban cosas de allá, de León, de su juventud, de la guerra, del maquis, de La Vega, de los parientes muertos. En todas las conversaciones acababan por aparecer gentes de las que ni siquiera había oído hablar o cuyos nombres me sonaban vagamente, con un eco que despertaba en el oído y en el corazón muy ancestrales recuerdos. Yo, una de las noches, mientras mirábamos los cuatro las estrellas en silencio, hice mis cálculos: De vuestra vida de adultos, ¿cuántos días como estos habéis pasado juntos? Así, de esa manera, lejos ellos de su medio y de su predio, sin defensa, y en el nuestro nosotros, estos tres días y antes, hace once años, aquellos dos, también aquí, en Las Viñas. Hasta los diez años, en su casa. Luego el internado, siete años, de los cuales solo los dos meses de verano se compartían, y unas horas por mes, de los otros diez meses restantes. En total catorce meses. Y a partir de entonces, hasta hoy, ¿cuántos más? ¿Cinco, seis, diez meses más en el cómputo total, con todas las Navidades incluidas y visitas esporádicas? ¿Eso es todo lo que al fin y al cabo habéis vivido juntos? No es, en efecto, mucho para una vida de cuarenta y tres años.

También se preguntaba uno: ¿Soy yo el que sabe poco de sus sentimientos, de sus preocupaciones más hondas, de aquello que les ha hecho sufrir, o son ellos los que lo ignoran también? La vida ha sido para ellos como un discurrir ajeno, en el que nunca, o nunca con uno, se ha hablado de nada que creciera de la piel para dentro, por miedo a las llagas, al dolor, a lo desconocido. Pero a su manera, algo habrán tenido que contarse entre ellos. ¿Cómo habrán hablado de uno, de lo que le desconocen? ¿Qué impresiones habrán sacado? No hay alma que pueda vivir sola mucho tiempo, me decía. Pero todo era un enigma, mi enigma, y así, a ráfagas, empecé a sugestionarme con su muerte: ¿y si en efecto él se va y se lleva su enigma, mi enigma?

Cuando me hacía consideraciones de esta naturaleza, el arranque primero, en cuanto volvía a estar a su lado, era mostrar afectos muy remotos, por sacarlos de debajo de la piel, de lo desconocido, pero qué difícil dárselos a quien se los ha negado siempre a sí mismo, por la lucha tan dura de su vida. Así que uno, por temor a que no los reconocieran, se los guardaba, como había ocurrido siempre. No sé, me pareció que dárselos así, de modo tan intempestivo, hubiera sido una desconsideración, como regalarles un artilugio del que ignoraran el manejo. Sí, qué extrañas le son las palabras, sobre todo algunas, a quien ha sobrevivido sin ellas. No sería fácil hacer adictos al vino entre los bereberes del desierto, no porque son mahometanos, sino porque han amado siempre tanto el agua que no pueden sospechar para qué pueda servir el vino.

Y sin embargo el padre, que había visto esta casa una vez, en invierno, cuando apenas se había terminado la obra, estaba asombrado de que la hubiéramos levantado como quien dice de una ruina, y no paraba de alabarle la tarea a M., dando por supuesto que esa tarea había sido principalmente de ella, porque en ciertas gentes del pasado, el modo de mostrar su afecto es, primero, mostrar admiración, asombro y respeto. Es algo tan castellano, que parece sacado de un viejo romance medieval. ¿Cómo apreciar y querer a quien no es respetable, a quien no admiramos, a quien no nos asombra? Y más tolerable (diría más castellano, más hidalgo) mostrárselo a una nuera, extraña a la familia, al fin y al cabo, que a un hijo.

La vida de aquí les recordaba a los dos la vida de allí, la de

Manzaneda, la de su juventud, la vida que ya no existe, la pasada, la vida muerta, cuando eran fuertes y el trabajar de sol a sol les rendía de cansancio, pero no tanto como para impedirles concebir y criar nueve hijos. Cada cosa, la mastina, los grillos, las estrellas, los olores, los sabores, la leña, todo tenía su correspondencia con aquel rincón suyo del mundo, y lo que en nada se parecía, por nacer en otra tierra y de otras costumbres, también les recordaba, por contraste, las suyas.

En realidad el motivo de ese viaje era uno bien preciso y práctico, como ocurre en personas que nunca han viajado y que se negarían a hacerlo si no fuese para algo concreto y necesario. Lo recordaban los dos: nunca habían disfrutado de unas vacaciones, ni dos ni cinco ni diez días en sesenta y cinco años de trabajo. Y luego tampoco: siempre había que hacer algo, cuidar de un enfermo, enterrar a alguien, velar por algo.

Solo con la añagaza de que la madre nos enseñara a hacer pan, se avinieron a emprender ese viaje que para ellos era como al Nuevo Mundo.

Mientras amasaba los nuevos, recordó ella todos los antiguos panes que salieron de su mano, las veintiuna hogazas que amasaba y metía en el horno cada semana, durante diez años. Hice también cuentas. Cuando no se pueden hablar las cosas íntimas, las operaciones de aritmética son socorridas: más de diez mil panes, de dos kilos cada uno, veinte mil kilos de harina, veinte toneladas. Así se le fue parte de una vida, que recordaba con cuánta nostalgia. En aquella casa, acosados por los maquis, aislados por la nieve en invierno, con un hilo eléctrico que les suministraba el escaso voltaje para media docena de bombillas y que a menudo se rompía a consecuencia del viento y de los temporales… Pero no cambiarían aquellos diez años por los otros setenta.

En el momento en que quedaron metidos en el horno nuestros tres panes, para su cocción, le vinieron a los labios, de manera natural, impensadas, unas palabras que no pronunciaba hacía cuarenta años, los mismos que llevaba sin amasar. Hubieran podido olvidársele, pero allí estaban como esas aguas que brotan de nuevo de la tierra, después de haberse hundido unos kilómetros atrás: «Dios con todos y el pan en el horno, un padrenuestro por las benditas almas del Purgatorio». Por la seriedad y sentimiento con

que lo rezó, se hubiera dicho que las ánimas del Purgatorio eran todas de la familia. Yo recuerdo, de niño, que en Ruiforco, la señora Honorina también rezaba por los difuntos de su familia cuando se hacía el pan. ¿No eran las mismas palabras? Así nos lo confirmó la madre, no había otras, y en todos los hornos en los que se iba a cocer el pan se decían, esa era la tradición, y nadie se la saltaba. Mientras esperamos a que se hiciera el pan no se volvió a rezar más, pero allí, sentados en 1948, volvieron a salir en la conversación muchos nombres de gentes, parientes de los que uno quizá tuviera que haber oído hablar, muertos que estaban tan próximos en su memoria, que se creían con derecho a quedarse entre nosotros.

(…)

Cuando se fueron, se fue también con ellos el enigma y ese no reconocerse, que tanto nos intriga, y quedó en el ambiente el extraño poso, como cuando se despierta de un sueño y no sabe uno dónde se halla, con ser ese sitio el de todos los días, meses y años, el mismo, como sigue siendo uno el mismo, y tampoco sabe quién es.

LOS pocos días que nos quedan en Las Viñas ha tratado uno de emborracharse con todo silencio con el que se tropezaba. El silencio, desde luego, de las rosas de otoño, el de las madreselvas, el silencio maravilloso de los pájaros, el de los libros, el de las estrellas. El silencio de las cosas que se pudren, el de las geografías que le salen por la humedad al muro, el de todas las gentes que habitan esos mapas tan exactos de países que solo existen en los mapas, y por eso son exactos, el de las tejas rojas, el de las ratas que siguen en el tejado… Nuestro silencio también, estando juntos, como el mayor de los lujos… ¡Poderse estar sin hablar todo un día! ¡Cuántas palabras se habían quedado atrás en los días pasados y, casi todas, qué poco útiles, qué desgastadas, qué rodadas por un río seco! ¡Y cuántas también, mucho más duras y secas, las que no se podían sacar, porque jamás se hablaron y era tarde para decirlas! Y aquella expresión en el padre, seca, aquellos dos, tres segundos, ni uno más, en los que uno le sorprendía un rictus de amargura y de tristeza, como si fuese un resumen demasiado cruel de lo que fue su vida, el modo en que se le quedaba el rostro sin que pudiera advertirlo, sin que ni un solo músculo de las conveniencias lo tensara por lado ninguno. Su fondo mismo al desnudo, tan

desvalido, frágil como un muchacho. Así que fue vivir unos días en los que no era posible pensar en nada que no fuese el minuto presente. Pero un minuto presente grávido. No el carpe diem de Horacio. A León no ha llegado Horacio. El minuto presente en León lleva tanto pasado dentro, le pesan tanto los muertos y los fracasos, que no se puede hacer con él ni una elegía.

Podrías, se dice uno, escribir de todo eso. ¿Qué lo impide? ¡Cómo ha agradecido uno que no hayan leído sus libros, acaso porque intuyen claramente que o no iban a entenderlos o les causarían dolor! De modo que nadie más libre para poder escribir sobre eso o sobre cualquier otra cosa, sin causar daño a nadie, salvo, quizás, a uno mismo. ¿Y no es demasiado doloroso? Eso, desde luego, por un lado. Pero también causa una cierta pereza. Para qué, nos preguntamos, vamos a gastar más palabras en algo que ya sabemos o que intuimos claramente, y que ha de abrirnos una vieja llaga. Somos crónicos de nosotros mismos. No es tiempo aún. De todos los frutos, el que nace del árbol de la ciencia es el que más tarda en madurar, y principal fruto de ese árbol es saber quiénes han sido para nosotros padre, madre y hermanos, y el lugar exacto que ocupan en nuestro corazón, el daño que le hicieron y el bien, fuente de su alegría y de su tristeza, de lo vivo que lleva en sí de vida, y de lo vivo muerto, y, finalmente, si así fuese, ni el daño ni el bien que pueden hacer ya porque ya somos otros, lo cual no deja de ser a un tiempo un mal y un bien, alegría y tristeza de nuestra vida viva y de nuestra vida muerta.

(VERANO de 2001). Los giros se sobreponen, de la misma manera que los planetas mueren o nacen. Pasa uno a limpio estos viejos cuadernos de 1996, referidos también a aquel verano, y apenas puede distinguir uno lo que es realidad en ellos, lo que es sueño en este, lo que es recuerdo en toda vida. Tan parecidos son siempre los veranos, las vidas, las historias, que no acaba uno nunca de saber a ciencia cierta si no serán acaso como esa luz de la estrella, que nos llega miles de años después de que haya muerto. Siempre los mismos mínimos acontecimientos, el huerto, el olivar, el milano cerniendo el azul del cielo, abajo nuestra vida de siempre, pacífica y ordenada por fuera, con pequeños cataclismos por dentro.

Y qué extraño transcribir el verano de 1996 en este verano de 2001. No parece que hayan pasado cinco años. Sensación de alguien que no ha salido de los claustros de su cartuja. Pero de pronto ocurre algo, un verdadero suceso que nos devuelve a la vida de otros. Llegó el cartero con una carta. Una carta en el campo es siempre un acontecimiento. Grita desde lo lejos el cartero y hay que salir a su encuentro. A veces no oye el «ya voy», y deja la carta en el suelo, sobre una piedra, antes de salir apurado a otro perdido caserío de la sierra.

Allí, sobre la piedra de granito, esperaba este sobre blanco, grande, con la dirección escrita en una vieja Olivetti que enturbia las eses y las descuelga un poco de su ringlera, y un enigmático remite, con unas iniciales y una ciudad del Noroeste.

Dentro venía una larga carta, también a máquina, un folio doblado por la mitad convertido en pliego de cuatro carillas del tamaño de una cuartilla, y, añadida, una cuartilla más, la quinta, suelta.

Era la carta de un lector, que encabeza la suya con las palabras de uno de los tramos de este *Salón de pasos perdidos*, en el que se recogía el deseo de recibir alguna vez la carta de algún lector anónimo que no esperase ser contestada, «como botellas de náufrago a náufrago… Cartas de gente que me contara alguna cosa de su vida».

Al principio lo apretado y numeroso de las cuartillas asustaba un poco, porque lo prolijo de un desconocido nos pesa como una lástima o como un alarde. La gente, en una presentación, no suele

ser tan larga como no sea para quejarse o para presumir.

Decía cosas muy bonitas de estos diarios, cosas por dentro, de una manera sencilla, sin pedantería, sin énfasis, sin queja ni alarde, cosas que le salían del alma, y uno deseó por un momento que todo eso, inmerecido, hubiese sido a la vez exacto. Si es cierto que los males nunca vienen solos, no lo es menos que los bienes impensados los queremos a pares. Y siente uno nacerle también por dentro una gratitud que no se dirige especialmente a ese lector, sino otra vez a eso que ya ni siquiera nos pertenece, ni a nosotros, ni al futuro lector, sino a sí mismo.

«Sé que si llega a leer lo anterior lo hará con cierto embarazo y le ruego me disculpe».

Cómo le gusta a uno que le traten de usted. Se hace uno la ilusión de que no es de este tiempo, sino de otro, en el que las almas gemelas y los amigos íntimos se trataban con ese respeto del usted.

Pasa a continuación a contarme qué diarios le gustan. «En mis tiempos de estudiante en Compostela rebuscando al fondo de la Librería González, donde estaban los restos de la Universal de Espasa-Calpe, encontré dos libriños que me gustaron especialmente. Eran la *Expedición nocturna alrededor de mi cuarto*, de Xavier de Maistre (el *Viaje* lo leí más tarde y me gustó menos) y el *Viaje sentimental* de Sterne (…) Casi todos los Diarios que conozco son algo aburridos, empezando por el de Amiel, de un acentuado narcisismo. Por cierto que lo más interesante del *Diario íntimo* son los fragmentos censurados. El de Renard se puede leer; es corto. Los trozos que conozco de los de Gide y Léautaud me parecieron insoportables. Los cuadernos de Malte no pude terminarlos las dos veces que lo intenté (haré un nuevo intento). El de Pessoa es demasiado triste. Entre los españoles solo los de Leandro Fdez. de Moratín y Jovellanos tienen algún aliciente. El famoso de Pepys (solo conozco la selección de Dorta, en la Austral) me pareció mezquino. Una sorpresa fueron los de Cheever (…) Me hago cargo que estas "opiniones contundentes", que diría el autor de *Ada*, pueden ser a la vez arbitrarias».

Pero lo más conmovedor de la carta son los pocos datos autobiográficos que desgrana de sí mismo, ese monólogo interior en el que va dejando noticia de su paso por esta vida, la pequeña novela que va cargándose de sinceridad y emoción, «datos de lo que

pudiera ser uno de sus lectores arquetípicos».

Ojalá, pienso, tuviera uno lectores bastantes como para deducir de todos ellos el arquetipo, pero somos tan pocos, y me incluyo entre ellos para hacer bulto (me he enterado estos días hablando con la hija de Canedo, de lo que este dijo al regresar desde Buenos Aires a la Valencia de 1937, en guerra. ¿A qué vas a España?, le preguntaron. Respondió eso mismo: a hacer bulto), somos tan pocos, decía, que no llegamos a ser ni siquiera un arquetipo, sino sombras vagamente parecidas. Qué fácil es ser sombra, y qué fácil le resulta a una sombra parecerse a otra. Seguramente tenemos todos el mismo aire de familia como lo tienen, y que nadie me acuse de inmodestia, los verdaderos lectores de Unamuno, de Stendhal, de Gaya, de Tolstoi, de Juan Ramón…

«Soy mezcla de gallego de Orense (Celanova) y leonesa (Villamañán de la Vega). La familia de mi madre tuvo librería, papelería e imprenta, quizá de las más importantes en el León de la Regencia y reinado de Alfonso XIII. Después inició una lenta decadencia hasta su desaparición, aunque la imprenta la conservó mi tío más tiempo. Pasé parte de mi niñez, invierno del 36, 37 y 38 en León en casa de mi abuela, para estar cerca de mi padre que estaba en El Escamplero, en el frente de Asturias (como el padre de Vd.). Hasta el 45 inclusive pasé temporadas en León y en Villamañán. Los recuerdos son inolvidables. No volví (excepto unas horas para enterrar a mi abuela a principios de los 70) hasta cuarenta y cinco años después. Del 90 al 95, con motivo de un pleito sobre un bajo de la Plaza Mayor heredado de mi madre, hice hasta ocho viajes (en el mítico Shangay, siete horas con llegada a las doce de la noche), que aproveché para un intento de búsqueda del tiempo pasado (¿perdido?). En fin, que para mí León es, junto con Pontevedra, donde nací, y Compostela donde estudié, una ciudad por la que siento una querencia especial, como para otros pueden ser Carcasona, Siena o Almagro, pongo por ejemplo.

»Estoy iniciando el último 1/5 del tercio de matar, utilizando un símil taurino y considerando la edad media de supervivencia en los setenta y cinco; el resto será la propina. No he perdido del todo la ilusión, al menos por lo que a los libros se refiere.

»Supongo que soy un hombre mediocre y a veces pienso que el ser un lector empecinado puede que me redima en parte de dicha

mediocridad. Parodiando a Borges se puede decir aquello de que otros se jacten (no es el caso suyo) de lo que han escrito, yo me contento (lo de "yo me enorgullezco" me parece algo petulante) con lo que he leído. Para mí los libros, la lectura y en concreto la literatura han sido las muletas fieles y leales que me han acompañado en el caminar, no digo por este valle de lágrimas como la oración que tuvimos que aprender de pequeños, pero sí por este berenjenal que es la vida real».

Termina la carta, como han de terminarse las cartas, con algunas consideraciones prácticas y algunos ruegos: «Ignoro los motivos de pasar los diarios al tamaño Alfaguara, sin ser por ello peor, pero al combinarse con un tipo de papel grueso y tan poco flexible, resulta un tocho ingrato para su manejo. El tener el libro abierto sujeto por las manos es una prueba —más bien una ordalía— para calibrar la fidelidad de los adictos. Discúlpeme esta pequeña broma. Sé que tanto Vd. como los de Pretextos son expertos en la materia y que mi opinión personal quizá no sea la acertada (…) Otrosí: ¿No serían suficientes los tres años de los primeros volúmenes, en lugar de los cinco actuales, para la labor de decantación? Y por último: para cuándo el *Viaje por las librerías de lance de España*, a la manera del de Bello sobre las escuelas (…) En fin, ahora termino. Una cordial "aperta" como decimos los gallegos, de su amigo E.».

A esta cuartilla, la quinta, le falta un centímetro por abajo, que ha sido cortado con unas tijeras, aunque no lo bastante como para que se vea un trazo minúsculo de tinta azul. Seguramente había escrito algo de su puño y letra al final de la carta, unas palabras quizá de mayor intimidad, en un arranque sentimental, pero arrepentido luego, las suprimió. El trazo es de tinta, no de bolígrafo, porque he humedecido el dedo y la tinta se corrió un poco.

Llamé a mi hermano, que lo sabe todo de León y de Villamañán, y le pregunté de quién se podría tratar, porque me habría gustado contestarle en una carta. Los datos que da, sus iniciales, los pueblos, las fechas, y todo lo demás, sería suficiente, siendo de la policía, para emprender una investigación en toda regla, pero sería ardua y quizá no nos llevase a ninguna parte. Luego he hecho una operación matemática, y ya que confiesa encontrarse en el último quinto de la vida, poniéndole a esta setenta y cinco años, he dividido estos entre cinco. Me da que anda entre los sesenta y cinco y los setenta. Como

cuenta que pasó el 36, 37 y 38 con su abuela, y que guarda de ese tiempo recuerdos maravillosos, seguramente ese hombre debió de nacer entre 1929 y 1931, para que en los años de la guerra tuviera siete u ocho años, que son los años del paraíso. Por tanto ahora debe de andar ese hombre por los setenta años.

Como lector de estos diarios sabrá que en sus miles de páginas nunca se ha incluido carta de ningún lector, y menos de la naturaleza de la suya. Pero he tenido miedo, y como uno es un hipocondríaco de lo suyo y de lo ajeno, he temido que si yo hablara de ella en el diario de 2001, este, en el caso de que llegue uno hasta esa orilla, no se publicaría hasta 2006, cuando contara setenta y seis, uno más de su media. Puede que viva para entonces el primer año de su propina, puede que no, puede que el que se haya muerto sea uno. No me gustaría, en ningún caso, que ese hombre bueno se quedara sin su pequeña respuesta. No sé si es usted o no un hombre mediocre. No me lo ha parecido: la confesión, sin ningún patetismo, denota ya mucho andado en el difícil arte de conocerse, el único que no le interesa a los mediocres. Me ha gustado el detalle finísimo de descubrirle a Borges su retórica y su petulancia, ese «yo me enorgullezco», que se les escapa a la mayoría de los críticos literarios y a la mayoría de sus lectores, y me ha arrancado una sonrisa cuando llama a la vida un berenjenal, por un lado porque me hizo pensar en Cide Hamete Benengeli, el berengenero, y por otro, en nuestro J. R. J., para quien España era un… melonar.

En cuanto al formato, créame, es mejor que el anterior, porque permite una caja más generosa, más generosos blancos y una letra más legible (antes se quejaban muchos de lo ratonero de los tipos), aunque se corregirá en lo posible lo del papel, en lo que lleva usted razón. Con lo de los cinco años, en vez de tres, puede que ocurra como con los brandis. El brandi que era bueno con tres años, lo será mejor, seguramente, con cinco, aunque, si no era bueno, no lo será tampoco así se le deje en la barrica de los cincuenta. Es, como en todo, una convención, pero si la vida fuese no de setenta y cinco años, sino de doscientos, aún podrían ser mejores los libros si los dejáramos reposar diez años, antes de publicarlos. Solo porque la vida es corta, los vamos sacando apenas se escriben, quemándonos incluso las manos, como panes calientes, por miedo a que se nos queden yertas y frías antes de tiempo.

Amigo, siga usted náufrago en su órbita y gracias de todo corazón por dejarme náufrago en la mía. Viva usted muchos años, vívaselos a este diario, vívalos con salud y el amor de los suyos, y tenga la seguridad de que usted, que se cree justificado por lo que lee, ha hecho creer a un escritor que sus pobres libros (y ese escritor dice lo de pobres sin énfasis, sin queja y sin retórica, y, sobre todo, sin presunción, como de criaturas a medio lograr) eran mucho mejores de lo que sin duda son. Y perdóneme usted si he cometido una indiscreción publicando extractos de su carta. Por un lado, el número de lectores de estos diarios hace improbable que nadie más que usted pueda identificarse en ella y, por otro, confío en que alguien valore en lo que es el hecho de haberla incluido aquí: un homenaje a la vida, tal y como la entendemos los solitarios, nosotros los solitarios.

YA estamos en Madrid, de vuelta. Pero solo este último apunte de Las Viñas. Cuando estábamos metiendo las cosas en el coche, para venirnos, notamos algo muy raro. No fue fácil descubrirlo. El cielo se había vaciado de golondrinas, aviones y vencejos. Ni siquiera nos habíamos percatado de cuándo se habían ido. Un buen día el cielo se vacía y al mismo tiempo se llena de su ausencia. Ambos son principios activos. Unas veces tarda uno en comprenderlo días, otras, semanas, a veces tarda uno demasiado y solo advierte que se habían ido, cuando de nuevo, en el mes de abril descubre que han vuelto y vemos a las golondrinas en el laboreo de levantar los nuevos nidos o reparar los viejos.

Fue muy extraño. ¿Qué está sucediendo? Algunas veces reparamos en los grandes ramos que forman los pájaros antes de emigrar, como si estuvieran en un ensayo general. Se levantan de pronto de los árboles, de los cables de la luz, donde reposan, y en un momento nublan al sol, y van y vuelven en el azul del cielo como una marea negra que no acaba de morir en la playa y que cuando llega a ella, con fuerza todavía, se retrae en temible resaca y trata de ganar de nuevo su juventud imposible de alta mar. Pero este año tampoco les vimos la formación en lo alto, así que nos dejaron a solas con un país celeste deshabitado, del que han huido, aprontado ya para librar la batalla del invierno.

Notamos el gran silencio que se extendía a los olivares y callejas. Era como un inmenso vacío. Oíd. Nada. Yo he leído en alguna parte

que ese silencio es del que se hacen preceder los grandes cataclismos naturales: el volcán, el terremoto, la tormenta con gran aparato eléctrico, la tempestad. El cataclismo estaba allí, en efecto: volvíamos a Madrid. Y ese silencio salió a despedir al nuestro, que nos siguió hasta Conde de Xiquena.

La llegada a casa fue como si lo hiciéramos a otro continente. Los chicos incluso, como crías nuevas, lo miraban todo sin reconocerlo apenas, las paredes blancas, todo recién hecho, el muro tirado, las dos puertas movidas de sitio…

Es todo bien extraño, porque llega uno a las Viñas, y los primeros días es como si se hubiese uno puesto a salvo. Se llega a Madrid, y el sentimiento es muy parecido.

Pero el sentimiento ese, tan grato, duró unos minutos, los que tardamos en descubrir el parpadeo del mensajero del teléfono. Había una llamada de X para decirme que estaba invitado a almorzar… en el palacio de La Moncloa.

Lo primero que yo sentí fue curiosidad: ¿Cómo será eso? La mayor parte de los escritores que uno conoce han almorzado, cenado o tapeado con el Presidente del Gobierno anterior también en La Moncloa. Yo hubiera ido, si me hubieran llamado, por lo menos una vez para saber de qué se trataba.

Cuando le di la noticia a M., me dijo contrariada: Vaya, ¿por qué no dejarán a los escritores en paz comerse en su casa su pobreza?

Por si acaso me preguntara alguien allí las cosas que le gustaría a uno que hiciera el Gobierno, he preparado esta lista.

Uno detesta, en general, los bares y a los militares y a los curas; haría para todos ellos, bares, curas y militares, una ley Azaña, que los fuese sacando de la circulación progresivamente; detesta uno también las revistas literarias que dan beneficios y las redacciones de los periódicos, el Ministerio de Cultura y las Academias. Si alguien objetara algo diciendo que soy un anarquista, le respondería que no. Le gustan a uno los jardines, y no hay nada menos anárquico que un jardín, y le gusta a uno hacerlos, cuidarlos y conservarlos. Le gustan también las ciudades viejas, el campo, algunos viejos cafés (a los que sin embargo no va nunca), los museos vacíos, las personas de dos o de tres en tres en visitas cortas, los amigos, la música de Mozart, de Beethoven, de Bellini (muy poco original), Velázquez, Cervantes, Leopardi y Juan Ramón

Jiménez (todavía menos original); le gusta a uno trabajar tres cuartas parte del día (aboliría domingos, vacaciones de verano, de Navidad y de Semana Santa), dormir lo justo y no trasnochar. Todo lo que fuese favorecer esto desde el Gobierno, me parecería de perlas. Y le gusta a uno, sobre todas las cosas, estar solo y ver de vez en cuando a otros solitarios. Todo el día solo, con su familia (mujer e hijos; nada de padres, nada de hermanos ni de cuñados a menos que estos pasen al negociado de los amigos, tránsito que pocos pueden acometer), escribiendo, leyendo, paseando. Un Gobierno que favoreciera eso, la lectura y los paseos, sería un buen Gobierno. Vivir sin boato, sin saber si uno es pobre o rico, lo mismo cuando están mejor las cosas que cuando vienen peor. Lo único que tiene uno de anarquista y del pueblo es la queja. Eso sí. No ha logrado uno prescindir de ella todavía, y se queja más de lo que conviene: de la muerte, del dolor, de la enfermedad, de cómo le van las cosas, del jardín, de la familia, de los hijos, de la Academia, de los curas, de los militares, de la literatura, incluso de los almuerzos con los presidentes de gobierno…

Esto último no lo voy a decir, aunque pueda, porque el hombre solo me habrá invitado a un primer plato, a un segundo y a un postre, con pan y vino. Eso tampoco da para tanto.

X., a quien llamé para que me pusiera al corriente de los detalles, me pidió, tanto si me decidía a ir como si no, la mayor discreción. Va a ser un almuerzo clandestino. Es un detalle. Seguramente lo hacen para no perjudicarnos, ya que todo lo que decoraban en el currículum de un escritor español las convocatorias a la Bodeguilla felipista, estas otras podrían ser un desdoro, si llegasen a oídos del CAS o de la JSSLE.

CIERTO escritor ha publicado hace dos días, en *El País*, un artículo contra un crítico de ese periódico, a propósito de la reseña que este crítico había publicado sobre el libro de un escritor. Como el crítico ese fue, a su vez, uno de los que embistió contra *El buque fantasma*, algunos amigos me llamaron ayer para el comentario:

—Te habrá gustado el artículo de Fulano contra el crítico de Barcelona.

Se sigue creyendo que los principios de la política internacional rigen también para la literatura: alguien ataca a su enemigo, que a la vez es enemigo tuyo, y ha de considerarse eso una buena cosa.

—No —les he contestado—. Me da igual.

Pero tampoco. Lo del escritor parece un calculado gambito. En realidad no ha salido en defensa de un tercero, como pudiera parecer, sino para blindarse a sí mismo, ya que tiene en puertas una novela y no quiere, por las razones que sea, que la crítica se la escriba en *El País* ese crítico. Desde luego, después de «esto» ese crítico ya no podrá escribirla, al menos en *El País*: el escritor podrá aducir, a partir de ahora, «mala fe» manifiesta. El develador no es don Quijote, que parte la lanza por un débil, sino un fuerte que trata de destrozar a otro fuerte, una vez más *Duelo de titanes (II)*.

Yo escribí algo. No sé, piensa uno: voy a meterme en medio. Como en las peleas de taberna. Luego, cuando uno ha drenado los malos humores, la excitación desaparece y se pregunta uno, y yo, aquí, ¿qué hago? Lo había titulado «Mosquitos a cañonazos» y por suerte no lo he enviado al periódico, sino que lo he vaciado en esta caja del ordenador:

«Hace unos días cierto escritor arremetía en las páginas de este periódico contra un crítico literario, y de algún modo contra toda la crítica literaria, a propósito de cierta gacetilla que tal crítico había aliñado, también en este periódico, sobre el libro de un novelista, uno más de los damnificados de la crítica en general y de ese crítico en particular, y que el colega del novelista encontraba intolerable». Eso le parecía suficiente razón para saltar a la palestra a reparar el buen nombre del atropellado de una manera seguramente injusta y vil.

En la literatura, supongo que lo mismo que en el resto de los gremios más o menos endogámicos y anaeróbicos, las asociaciones de damnificados, por lo general nutridas de personajes de una mediocridad asfixiante, son siempre numerosas; esa es la razón por la que, con los ojos cerrados, puede asegurarse que en este caso serán muchos los que hayan venido a darle la razón al escritor-reparador, poniéndose de su lado contra el crítico, felices, como decía Unamuno, de que venga alguien a sacarles las castañas del fuego.

Si ese escritor-reparador hubiese leído a Gaya o a Pessoa, las cosas, sin embargo, habrían sucedido de otro modo. Si hubiese leído *Naturalidad del arte (y artificialidad de la crítica),* de Gaya, ensayo acertadísimo sobre el que la crítica, por cierto, no ha dicho

ni mu, quizás se hubiera evitado no solo aquel artículo (y este), sino su irritación, de colérica voluptuosidad, y un poco cómica, todo hay que decirlo. De haber leído a Gaya se habría enterado de que la crítica no solo es artificial, sino imposible, pues mientras la obra de cualquier creador habla de una cosa, la crítica está siempre hablando de otra, más o menos próxima a la obra, según el talento del crítico, pero de otra, de otra naturaleza. «El crítico entiende», nos dice Gaya, «de cosas que no comprende», y mientras la creación nace de un lugar, de un sentir, la crítica no nace de parte ninguna, o peor, nace de un decir, y a menudo, de su propio decir, y por esa razón las críticas son discutibles, cosa que nunca será una verdadera obra de arte. La creación no se discute, como no discutimos la vida. La creación, y la vida, se celebra. Ha sido siempre así y así seguirá siendo.

Quizás el principal error de nuestro escritor-reparador venga a ser el empezar su soflama comparando el trabajo de un crítico y el de un novelista. En tanto este, nos decía, ha de manejar «cierto número de peripecias» y personajes que ocupen al menos noventa o cien folios, uno y medio le basta al crítico para despacharse a gusto con este o con el otro, dándole turiferio y bombo, o «cargándoselo», según cálculos y astutas combinaciones. Al reparador esa desproporción entre el volumen del trabajo del novelista y el del crítico le irritaba lo indecible, algo así como si el escritor se viera a sí mismo en proletario y al crítico en señorito. Todo ello es, como se ve, muy absurdo, porque la mayoría de los libros, incluso de seiscientas páginas, no merecen ni esa cuartilla y media escrita en cinco minutos, para qué engañarse, porque sospecha el crítico, no sin razón, y sospechamos todos, que la mayoría de los libros también han sido escritos en cinco minutos, incluso los de seiscientas páginas. Es decir, que la mayor parte de libros de seiscientas páginas no contienen dos líneas que justificaran el esfuerzo de leerlas todas, y para las cuales un folio y medio de crítica son incluso excesivos.

No obstante, de ese argumento solo puede desprenderse una cosa: que nuestro escritor querría que las críticas fueran también de noventa folios, lo cual no denota sino una vanidad incalculable, pues es lo cierto que si algo tienen de bueno las críticas de los periódicos es que no pueden ser más que de folio y medio.

Es raro el escritor que no considera que la crítica y los críticos se han portado con él de manera injusta y perra, y más raro y extraño encontrar a un escritor que crea deberle nada a un crítico en particular. Incluso aquel que ha escalado peldaño a peldaño entre los tufos del incensario, mantendrá en su fuero interno que todo ha sido debido a su talento indiscutible, ante el que los críticos no han tenido otro remedio que rendirse.

Leyendo el artículo que da pie a estas líneas, podría sospecharse incluso que los agravios que la crítica o tal crítico han podido infligirle a su autor, hayan sido de tan gran desproporción, que exigían una reparación inmediata, o mejor, un escarmiento en la cabeza de ese crítico pedante contra el que arremetía, cuando es lo cierto que en su caso, en el mío y en el de todos los escritores, somos socialmente lo que somos (o no somos), en buena medida, por los críticos: por lo que ellos han dicho tanto como por lo que no han dicho ni podrían decir, y que de la misma manera que a un crítico le desprestigia no haber apreciado tal o cual obra, le delata haberse fijado en tal o tal otra, y al revés, puede llegar a honrarle lo contrario.

«Cagadas de mosca» llamaba nuestro escritor-reparador a las gacetillas del crítico en cuestión (pero no cuestionado, porque, o mucho me equivoco, y me juego la bendita mano con la que están escritas estas líneas, o ese crítico no abandonará *El País* por esa causa, pese a que haya quedado como un cretino), «cagadas de mosca», repito, llamaba de una manera a todas luces inelegante e inexacta. Inelegante, porque las moscas son criaturas adorables. Inexacta, porque todo ese artículo venía a ser un formidable y errado cañonazo, que ha de volverse contra su artificiero: se le llama mosca a alguien, pero lo desproporcionado de la andanada, y por tanto, la desesperación que denota, delata que él le teme, y que le parece peligroso. Y ese es el principal error de nuestro bien pensante escritor-reparador. Todo eso que cuenta ya lo sabíamos. Pero no hacía falta decirlo, ni siquiera perder el tiempo en propalarlo, porque lo cierto es que de la misma manera que la crítica *no es, no son* los críticos, viniendo a no existir para la literatura, siéndole a esta absolutamente indiferentes, aunque el efecto urticante de sus insidias se deje notar algunas veces en nuestra rutina cotidiana o su influjo beneficioso les favorezca otras.

Y por eso, los críticos más inteligentes siempre se mantienen un paso detrás de la creación, respetuosos con ella y conscientes de sus propias limitaciones. La claridad es la cortesía de los filósofos, y la modestia debería serlo la de los críticos.

Si ese escritor hubiera tenido en tanto a la literatura como dice tenerla, no la habría infamado ahora de ese modo, rebajándola hasta eso, hasta ponerla a la altura de la crítica, dándole al crítico, a ese o al otro, carta de naturaleza de lo que no es ni podrá ser nunca: un creador, no ya de noventa folios, ni siquiera de su uno y medio.

Es obvio que el crítico al que se refería nuestro escritor-reparador de causas ajenas no va a ser libre en unos cuantos años para escribir su folio y medio sobre próximas obras de su atacante. O no, desde luego, en el mismo periódico donde solía hacerlas, que es el mismo en el que publica sus artículos nuestro escritor. No se ha tratado, como pueda pensarse, de un pulso que «uno-de-los-escritores-más-importantes-del-periódico» le echa a «uno-de-los-críticos-más-importante-del-periódico»; no, ha sido sencillamente una jugada maestra, y me apuesto la misma bendita mano a que ese crítico no escribirá en *El País* su reseña de la nueva novela del escritor-reparador, como solía hacer hasta hoy.

Porque no parece sino que el escritor justiciero haya querido quitarse de en medio un obstáculo temido, peligroso, un «muerto el perro, se acabó la rabia». Pero se ha equivocado también. Si hubiese leído a Pessoa, en su *Libro del desasosiego*, sabría que se irá ese crítico y vendrá otro exacto a él, porque los que le incomprendieron a Pessoa en 1930 son los mismos que lo llevaron a los Jerónimos en 1990 a la tumba de Hombres Ilustres, los mismos que incomprenderán al de 1996, para comprenderlo dentro de cincuenta años.

Las cosas suceden siempre en otra parte. Los escritores hacen sus obras y los críticos las leen con mayor o menor provecho y mejor o peor voluntad. Muchos de los críticos son honrados y les mueven nobles propósitos. A ellos se refería Gaya en el epílogo de su escrito, cuando decía esperar que algún día ellos, por su honradez y la nobleza de sus miras, comprendieran los sucios manejos, manipulaciones, que han estado haciendo.

Cuanto sucede, sucede en las obras, las únicas capaces de congregar a unos pocos, *the happy few*, de hoy y de mañana. Es

posible un escritor sin críticos, pero no son imaginables los críticos sin escritores. Uno está solo y eso no es ninguna desgracia. Tampoco una novedad. Es todo lo que hay que saber para seguir en este negocio, ruinoso por lo general.

Yo creo que he hecho bien en no enviarlo, porque por esas líneas me habría granjeado las iras del crítico en cuestión y, desde luego, las del reparador. Habrían dejado los dos de pegarse entre sí, para intentar arrearme a mí. Como dicen mis hijos, «papá, tú siempre haciendo amigos». Pero por una vez no me ha vencido el pecado de la ira ni el de la soberbia, sino la virtud de la prudencia. A continuación he abierto la ventana, y la dicha hubiera sido completa si hubiese descendido de los cielos un gorrión, se me hubiese posado en el hombro y se hubiera arrancado con un aria, para estar a la altura de mi conversión en franciscano.

POR encima de la banalidad de no pocas de sus páginas, únicamente mundanas (como sospechaba en un primer momento un Gide que rectificó una impresión de lectura que, pese a todo, se ha mostrado bastantante exacta, lo cual reviste de patetismo su figura, ya que parece haberse equivocado dos veces, al rectificar un acierto y al no poder enmendar su error), aparte de esas páginas, decía, están muchas otras, como las dedicadas a la muerte de su abuela o a un espino blanco, irrepetibles y conmovedoras. Ya nunca dejará Proust el lugar preminente que ocupa (como no lo abandonará el modesto y poético artesano Vermeer, su correlato en tantas cosas), pero a ese rincón del Elíseo empiezan a llegar las primeras sombras invasoras, y acaso sea mejor así para él, retraerse, oscurecerse, volverse intransitado, como esas callejuelas de Venecia que en un momento todos hemos encontrado más sugerentes y cercanas que el esplendor del Gran Canal. Proust, para decirlo de una manera explícita, no es uno de esos magníficos palacios a la vista de todos, como se pensó, sino ese viejo y noble caserón, un poco inhóspito, decrépito y desatendido, metido en un laberinto de calles y canales de aguas muertas en las que raramente da el sol. Desde luego, en la misma Venecia.

SUCEDIÓ una cosa bien curiosa. No sé por qué razón pensé que se trataba de una cena y no de un almuerzo, acaso por un lapsus socialista, ya que tengo entendido que el anterior les convocaba a la Bodeguilla por la noche. Había pasado la mañana en las cosas de

uno, cuando al mediodía un timbrazo de X, que esperaba abajo con un coche, hizo que me vistiera adecuadamente, con la mayor precipitación. La elección de vestuario no era muy difícil, cierto, porque solo había de escoger entre la chaqueta de verano y la de invierno, a falta de la chaqueta de otoño. Hice la peor de todas las elecciones, la de invierno, y a los diez minutos, en el coche, estaba sudando. De pronto la única preocupación de uno, como la de esos héroes que saca Balzac recién llegados a París de la profunda provincia, consistía no tanto en qué le iba a contar al presidente o cómo iban a sucederse las cosas, sino cómo iba a darle la mano sudada por el estado de nervios y la chaqueta de invierno. Esa era toda la inquietud. Me secaba con disimulo la palma en el pantalón, para ir ensayando, pero a los pocos segundos, estaba igualmente húmeda y repugnante. Deseaba con todas mis fuerzas que me sobreviniera un ataque de pánico, porque tengo entendido que en ese caso todos los humores y fluidos corporales se cortan de cuajo.

Llegábamos muy retrasados, pero por suerte, cuando nos pasaron a un salón de espera, no había salido todavía del Consejo de Ministros. Impresionaban todas esas cosas que todos los españoles hemos visto mil veces por la televisión: el sofá de los sindicalistas, ese en el que se le ve siempre al presidente del gobierno hablando con uno o con los dos dirigentes sindicales, las alfombras, los ceniceros, el ceremonial… Se acercó un camarero que nos preguntó muy amable qué queríamos. Llevaba un uniforme que parecía que después de trabajar se iba a casar vestido de gala.

Tampoco los comensales, media docena, nos atrevíamos a hablar en voz alta, y nos contentábamos con decir frases sueltas. Se veía por una puerta cristalera un jardinillo, pequeño y ruidoso, centrado por una mesa con su sombrilla y con el telón de fondo de los ruidos rayados de la autopista cercana.

La casa, por dentro, lo que vimos, el salón de los sindicalistas, era grande, espaciosa y tenía las paredes pintadas de un gris naval cochambroso a punto de desconcharse. Todas las paredes mostraban un incontable dédalo de grietitas que dejaban traslucir el temple blanco, ya no blanco, sino de otro gris. El parecido de aquel salón con el de un marqués arruinado era asombroso, con las paredes renegridas, las tapicerías como enceradas con sebo y color ala de mosca y unas alfombras que tenían todo el aspecto de ser el paraíso

terrenal del ácaro. Seguramente aquel salón llevaba sin pintar diez o doce años, el mandato del anterior inquilino. Entraban ganas de llamar al camarero y darle, con discreción, por lo bajo, un par de billetes para reparación y sostenimiento de la mansión.

Unos nos sentamos en el sofá, otros en los sillones, todos en el borde mismo, con las rodillas apretadas y una servilletita en la mano. Nos mirábamos sin decir nada. Pensábamos quizá.

Por ese salón han pasado también muchos jefes de Estado del mundo, pero, claro, es poco probable a/ que se deje solo a un jefe de Estado durante media hora, mano a mano con el camarero, a la espera de que el anfitrión salga de su Consejo de Ministros, y b/ los jefes de Estado llegan todos a donde llegan porque no van fijándose si las paredes necesitan una mano de pintura o si las alfombras son más o menos arqueológicas, conclusiones a las que no pueden llegar, porque tampoco se les deja solos.

El anfitrión, que hizo su entrada acompañado por su esposa (cuando se está en un cargo de esos no se tiene mujer, sino esposa, por lo mismo que si los sindicalistas vinieran acompañados de sus mujeres, estas dejarían en el mismo momento de franquear los umbrales de palacio de ser la mujer o la parienta, para pasar *ipso facto* a ser «mi señora»), y ambos nos pidieron disculpas, al tiempo que nos tendían la mano y se hacían las presentaciones para aquellos que no se conocían.

La situación era un tanto embarazosa, porque uno nunca sabe a ciencia cierta para qué se le invita. ¿Un gesto de amistad? ¿De reconocimiento? ¿Un acto de Estado? Así que uno duda si ha de conducirse como amigo, como escritor o como prócer a quien se le van a consultar graves cuestiones incumbentes al gobierno de la nación. A lo primero dice uno: no voy a ir. Acaba yendo, y se pregunta, ¿a qué he venido? Preguntándose estas cosas ni se va a ninguna parte ni tampoco se llega a nada. Bueno, sí, a saber mucho de alfombras y de reformas domésticas.

La comida no fue, desde luego, la de un marqués arruinado, y las viandas, por llamarlas de manera galdosiana, estaban bien escogidas. Uno de la comitiva, por rebajar la cosa, dijo después: la comida, pasable. Yo la encontré sobresaliente, pero quizá fuese solo de aprobado. Desde el punto en que uno ha renunciado a ser Ruano, nos ahorraremos todos la consignación aquí del menú, aunque no el

detalle de ver, estampado en cada plato, el escudo de España. Si uno fuese Goethe y le contratara el Estado en las funciones de consejero aúlico, ordenaría de inmediato borrar de todos los platos ese escudo. Más que comer parecía que estuviéramos jurando la bandera. Quizá, quién sabe, ese escudo, allí, en la vajilla, en la cubertería y en la cristalería tiene un sentido más profundo, como un recordatorio permanente, algo parecido a lo que los cartujos se dicen en la soledad de sus claustros, una especie de «morir habernos», solo que en este caso de orden diferente, algo así como un «recuerda, todo lo que comes y bebes, se lo estás comiendo y bebiendo al Estado». En ese caso, no digo nada.

Durante la comida el anfitrión estaba taciturno y con la cabeza puesta en otra parte. Éramos diez o doce personas, porque se sumaron dos o tres del Gobierno. De vez en cuando sonreía en dirección del que hablaba en ese momento, pero se veía que no reparaba en lo que decía. Durante un par de veces se le acercó un chambelán, se puso detrás de él y le sopló al oído unas cuantas frases que el otro recogió con severas cabezadas, dándose por enterado. También de vez en cuando llamaba con la ceja o con la punta del bigote a un camarero. Estaba ausente, pero distendido, por eso cuando hablaba con el camarero resultaba muy raro que se pusiera tan serio y le hablara como si lo hiciera con el Almirante en jefe de la Armada. A continuación volvía a hablar con nosotros, y todos los músculos de la cara se le distendían, y parecía otro. Era como dos personas en una. La que hablaba a los camareros y la que nos hablaba a nosotros. ¿Y por qué no les sonreiría a los camareros?

Cuando terminó el almuerzo, que resultó grato y breve, el anfitrión se levantó y nos llevó a su despacho, aunque antes sucedió algo extraño. Salió de no sé dónde un fotógrafo, nos puso juntos a todos, hizo estallar su *flash* un par de veces, y se largó. Quedamos un poco sorprendidos, porque fue un trámite extraño. No le preguntaron a nadie si quería o no una fotografía, nadie la echaba de menos, pero allí salió aquel tipo, que se condujo como alguien que conoce bien su trabajo. Por un lado el almuerzo era clandestino, porque no se le podía comunicar a nadie, pero por otro te hacen una foto. Yo pensé que a lo mejor con esa foto, si vienen las cosas de una u otra manera, nos hacen chantaje. A mí me daba igual, porque eso me gustó tan poco que se me transformó la cara y

no creo que en las fotografías se me reconozca. A continuación repitió el anfitrión que quería mostrarnos algo especial, sobre todo a X, y nos llevó a un despacho próximo. Abrió un cajón de una mesa y con solemnidad no fingida sacó de él una bandera republicana, doblada con ese cuidado con el que se pliegan las banderas delante de los muertos. Era la bandera que había cubierto el cadáver de Azaña. La puso ante nuestros ojos con delicadeza, y la fue desplegando. Nos quedamos todos en silencio, seguramente porque a nadie se le ocurrió una frase a la altura de la circunstancia. Era una bandera bonita, con el escudo bordado con hilos de oro, no demasiado grande. Fue la bandera que le acompañó al presidente de la República durante los últimos meses de la guerra, la misma que se llevó al exilio, y la misma, como he dicho, que le sirvió de sudario. Aquellos instantes de gravedad levantaron por sí mismos una página como la de un Episodio de Galdós. Se habló de Azaña y de cómo había llegado aquella bandera hasta allí. Al parecer la viuda se la había restituido al presidente González, a falta de un presidente de la República, y aquel la había metido en un armario. El nuevo presidente, al llegar, le preguntó a alguien qué significaba aquella bandera, y el que supiera la historia se la contó. Ninguno de los presentes sabía muy bien qué es lo que teníamos que hacer a continuación. El presidente la plegó de nuevo en cuatro partes, y volvió a guardarla en su sitio. Era el momento de preguntarle si él era republicano, pero creo que habría sido una impertinencia, después de lo bien que nos dio de comer. Si muchos republicanos españoles hubieran visto a este presidente de un gobierno de derechas doblar su bandera, es probable que se hubieran indignado, convencidos de que la República es una finca de la memoria que solo pueden administrar ellos. En cambio, a mí me habría gustado que una cámara de cine secreta hubiera filmado esos minutos, para recordarles a todos, monárquicos de izquierda y de derecha, que la monarquía no es algo incuestionable, y que la gente que en un momento determinado, por razones históricas de convivencia y de crecimiento democrático, optó por la monarquía como un mal menor, tiene todo el derecho a cambiar de parecer y a suprimirla, llegado el momento.

HA vuelto X de Verines, del minicongreso dedicado a la literatura de diarios, memorias y todo lo demás, y nos ha contado

algunas de las cosas que sucedieron en él. Ha sido, me parece, un gran acierto no ir tampoco a esas magníficas jornadas monástico-literarias organizadas por nuestro benemérito académico. No hay que ir a ninguna parte y hay que ser, como el Presidente, dos personas en una, por lo menos.

Tres amigos: uno, agraviado por lo que se decía de él en las páginas de un tomo de este *Salón*, juraba en su ponencia no volver a leerlo y advertía a todos del peligro de quedar seducidos entre sus páginas, como le había sucedido a él durante tantos tantos años. Antes lo encontraba divertido; cuando se encontró con su propia caricatura, dejó por lo que se ve de hacerle gracia.

Zutano llamó minutos después de hablar con X. Ojo con Fulano, me advirtió; se pasó el día hablando mal de ti, en público y en privado.

Apenas colgó este el teléfono, llamó Fulano. Tenía mucho interés en contarle a uno lo ocurrido en Verines, por si llegaban hasta aquí versiones distorsionadas o maledicentes, sobre todo en lo relacionado con Zutano, con el que debía tomar toda clase de reservas.

Lleva uno quince años declinando la invitación de ir a Verines. Siempre le preguntan a uno: ¿Y por qué no vas? He ahí tres buenas razones para no ir.

Es probable que de haber estado presente, las cosas se habrían sucedido de otra manera. Como la gente es muy valiente, conmigo delante no se habrían atrevido a abrir la boca. Y ahora dejo esto para ponerme a escribir un breve ensayo: «Por qué soy tan inteligente».

LE estaban haciendo una larga entrevista a Dietrich Fischer-Dieskau y contó que en cierta ocasión le preguntaron a Mahler lo que quería ser de mayor, y Mahler respondió: ¡Mártir! Me acordé entonces de que al menos durante dos años, de los siete a los nueve, yo quería igualmente ser mártir, en medio del circo romano, despedazado por los leones, como veía en las *Vidas Ejemplares*. Quería que mi madre me cosiera una túnica de sarga o de saco y escogí, en alguna de las paleras que en aquellos años había en los alrededores de la ciudad, un báculo fuerte, recto, que preparé concienzudamente con la navaja. En cuanto a las sandalias, di por buenas las que ya tenía. La carrera del martirio pasaba antes,

pensaba, por unos años en la Legión Extranjera, donde también quería entrar, cuando los deseos de martirio se desvanecían, y por algunos más como eremita en los desiertos sirios, que me pondrían en contacto con las alimañas, como cuervos y leones, que me proporcionarían el sustento o cuidarían de mí, para acabar por fin en las arenas de Roma gritándole al emperador sus muchas ignominias para con las criaturas cristianas. Recuerdo que aquella inmolación me parecía de un gran refinamiento. Desde entonces jamás había vuelto a recordar aquel viejo deseo, sepultado quién sabe en qué catacumbas.

Por lo demás, la entrevista con el músico era estupenda, acaso porque se trababa de una persona culta e inteligente, cosas ambas que muy raramente se dan juntas en un músico, pero sobre todo porque era sensible. Y por no avergonzarse en absoluto de mostrar un sentir extremo, tensado al máximo, «*vijilanté*». Un músico no tiene reparo en llorar mientras oye o interpreta una obra predilecta. ¿Cuándo se ha visto a un pintor llorar en el museo ante el cuadro amado? ¿A qué novelista conocéis que no pueda contener sus lágrimas ante tal o cual pasaje? Uno, que quiere para sí la reputación del novelista, se hubiera puesto a llorar en más de una ocasión, escuchándole, pero por suerte, contuvo a tiempo sus lágrimas, lo que le confirma ya muy cerca de haber logrado su objetivo.

QUÉ extraños la mayor parte de los músicos. Suele suceder también con los actores. Mientras ejecutan la partitura, parecen tocados por el aliento divino, transformados ellos mismos en algo muy grande, a merced de un espíritu arrebatador. Meten su instrumento en el estuche tras el concierto, se quitan el frac, visten sus ropillas baratas, cruzan la calle, entran en el bar y piden una caña. Hablan animadamente entre ellos. En menos de cinco minutos han vuelto a ser personas de una insignificancia que raya a menudo en la vulgaridad. La experiencia puede repetirse en cualquiera de los bares que hay frente al Real, en Ópera. Supongo que algo parecido nos ocurre también a nosotros, como lectores, cuando salimos de esas partituras sublimes llamadas *Hamlet, Guerra y Paz, Fortunata y Jacinta, Animal de Fondo*. Por eso es comprensible que alguien como don Quijote no quisiera nunca salir de los libros de caballerías, único lugar donde él podía ser alguien, algo.

AYER, que era domingo, se marchó M. a Cannes. Luego, desde Antibes, donde había ido a cenar, telefoneó un rato. Decía que era muy bonito aquello. Lo extraño es que aquí no está uno bien, pero tampoco querría uno estar allí. Con los años a uno se le van templando las ansias de viajar a según qué sitios. No hace mucho le pregunté a un tipo que había pasado un mes entero en China: ¿Cómo es aquello? Había estado en Pekín, en Shangai, los habían llevado a ciudades del interior, les habían subido al desierto del Gobi y enseñado todas las maravillas conocidas, la muralla, los palacios de la Ciudad Prohibida, los guerreros de terracota, los museos que no había destruido la Revolución Cultural, en fin, cosas como para estar contando un año. Pero no, todo su resumen se limitó a una frase:

—En China no hay moscas.

La observación es, sin la menor duda, interesante. Visitaron muchos mercados, donde había carne, pulardas, pollos, verduras pudriéndose, pero no vieron nunca una mosca. Quién sabe, quizá los chinos las cazan y se las echan a los rollitos de primavera; ahora, haber recorrido miles de kilómetros y empeñado un mes de la corta vida de uno para llegar a una conclusión parecida, es asombroso.

M. me contó cosas de ese pueblo de Francia, en el que probablemente no ponga uno los pies nunca.

Un amigo me preguntó si la tristeza que me entraba cuando M. se iba de viaje era tristeza de viajar. No, es tristeza de quedarse solo. Aunque la mayor parte de las veces la tristeza de la soledad inmóvil es más llevadera que la alegría de la compañía ambulante, tan melancólica y sombría.

Si M. no estuviera en Antibes para trabajar, acaso uno podía estar allí con ella. Pero finalmente estará ocupada en lo suyo, y tendría uno que pasarse todo el día solo. Y para estar solo, mejor en lo que conoce uno que por ahí, dando vueltas.

Cuando terminó la conferencia de M., finaba la película que estaban viendo los chicos. G. pidió venirse a nuestra cama. Yo trabajé acostado hasta la una y media, mientras él dormía. Estaba desvelado. Cuando al fin apagué la lámpara, sin convicción ninguna, me despertaba cada poco, en medio de pesadillas de las que retenía al detalle las aparatosas tramas y los detalles absurdos.

Un fogonazo que duraba en la cabeza un segundo, como cuando el filamento de una bombilla intensifica su fulgor antes de dar paso a su carbonización definitiva y fundirse. Así todo: esos sueños, el fulgor, la oscuridad y las sombras de la habitación, el cuerpo sosegado de G., durmiendo a pierna suelta, y uno, preguntándose qué es lo que acababa de ocurrir.

Una semana. Esa es la perspectiva.

LAS maletas suelen pesar el doble a la vuelta que a la ida, incluso con los mismos kilos. No es científico, pero sí exacto.

CLARO, le pone a su prosa los calcetines blancos que se pone él.

NO sé. Me parece que uno no puede citar a Montaigne, a Plutarco, a Goethe, por ejemplo, si Montaigne, Plutarco o Goethe no son lecturas de todos los días. Leer una página de Plutarco, de Goethe o de Montaigne, leerlos una tarde, no es leer a Plutarco, a Goethe, a Montaigne. Por la misma razón basta una tarde o una página para citar a Léautaud, a
d'Ors,
a Chesterton, a Jünger, a Pla, a Baroja. Pero a Plutarco no se le puede citar hasta que no se le han leído las *Vidas* por lo menos un par de veces. Todas. Lo demás son ganas de figurar, de decorarse, de caer en belleza. Ahora, tampoco sabe uno por qué razón nos mostramos más exigentes con los autores más cercanos a nosotros, en tiempo y en espacio, que con los más alejados. Tendemos a ser mucho más transigentes con La Rochefoucauld que, pongamos por caso, con Pla. Le pedimos a un libro de hace cincuenta años cosas de las que pasamos en libros de hace doscientos, y somos mucho más severos con escritores que conocemos, que con aquellos que no conocemos; con los paisanos, más que con los vecinos; con los nacionales, más que con los extranjeros; con los modernos, más que con los antiguos; con los grandes mucho, más que con los pequeños, y páginas y versos que nos emocionarían lo indecible en un autor de hace dos siglos, leídas a un contemporáneo, a un vecino, las hallamos insignificantes, ya vistas, sin sustancia. Todo esto, como se comprenderá, relativiza mucho cualquier juicio literario y el valor que le demos.

Y lo mismo cabría decir de Venecia. Una estancia de un par de días cada diez años en esa ciudad no parece justificar el poema, el artículo, la paginita. Claro que es posible la excepción,

naturalmente. Pero desconfía uno. Se ha escrito y contado tanto de ese asunto, que se diría que Venecia espera ya algo único, extraordinario, definitivo, como un haikú incontestable… o un libro de quinientas páginas. Lo que probablemente le sobre son todas esas páginas que vamos arrojando aquí y allá, como basuras a sus canales. Incluida esta. Para decirlo de una manera veneciana: o el escrito riela sobre sus aguas, como la luna, o mejor ni salir de las tinieblas exteriores.

HABÍAMOS estado por la noche en un cine. Al volver a casa eché en falta el cuentahilos. Me paso el día perdiendo y buscando mi cuentahilos por todas partes.

La persona con la que hablé por teléfono creía que era un lunático. No es fácil explicarle a nadie lo que es un cuentahilos, si no ha visto ninguno. Es mucho más fácil explicar lo que es un ornitorrinco. Se dice, es un bicho que tiene cuerpo de marmolillo, pico y patas de ganso y pelo de tejón, y más o menos todo el mundo acaba haciéndose una idea. Dice uno: el cuentahilos es una lupa pequeña, que se cierra sobre sí misma en tres, como un tríptico, y a continuación hay que explicarle a la gente lo que es un tríptico.

La telefonista me aconsejó que acudiera personalmente al cine y se lo contara al conserje.

Al llegar, este me dijo que buscara a la mujer de la limpieza.

Entré en la sala. Estaba vacía. Desde la puerta grité, ah, ¿no hay nadie? Avancé por el pasillo central, hacia la pantalla. De vez en cuando repetía la voz, ah, ¿no hay nadie por ahí? Deduje que se encontraría cerca del escenario. Los asientos estaban levantados, y los suelos limpios ya. Únicamente seguían encendidas las luces de emergencia, que derramaban su luz cavernosa. Ah, ah, gritaba con una voz nasal, un poco cómica. Pero no contestaba nadie. Más fuerte lo dije, y mi grito se alargó con un eco sombrío. De hecho el eco es la mala sombra de las palabras. No es verdad que sintiera miedo, tampoco pensé, aquí me van a asesinar, y apareceré tirado al pie de estas butacas vacías, pero si se tiene cierta fobia a los lugares vacíos, lo mejor para experimentarla es un cine a las once de la mañana, sin nadie, con todas las puertas abiertas. La atmósfera era irrespirable, con la mezcla del vim, el vinagre y el ácaro de la moqueta. Por fin hallé a la limpiadora. Iba con la bata sucia, pero era una mujer lozana, guapetona, morena, bastante metida en

carnes, de unos treinta y cinco años. La bata debía de ser de una compañera, porque le estaba muy ajustada, y los botones, a punto de saltársele todos, especialmente los del pecho, eran insuficientes para contener la pujanza exultante de las ubres, que se anunciaban al mundo por un canalillo profundo y prometedor. La bata, de una tela muy fina, le marcaba las bragas y el sostén de una manera obscena, aunque a la mujer esos detalles un tanto provocadores le debían importar muy poco, teniendo en cuenta el número de espectadores para los que tenía que trabajar. La visión del conjunto me ofuscó un poco. Sí, señor, me dijo; encontré esta mañana una cosa, barriendo.

Se echó mano al bolsillo. Al hacerlo los botones estuvieron a punto de romperse y se le marcaron aún más los elásticos de sus bragas. Entre la cajetilla de tabaco y el encendedor de plástico de color lechuga, apareció el cuentahilos. Me preguntó para qué servía una cosa así. Se comprendía a las claras que no era afán de conocimiento lo que la llenaba de curiosidad, ni de iniciar una amistad duradera, sino saber si era o no valioso, por si acaso había tenido en sus manos lo que hubiera podido cambiar su vida, no sé, como un diamante o una cabeza nuclear, susceptible de venderse en el mercado negro o al perista del barrio. La tranquilicé diciéndole que no tenía el menor valor, pero que me era fundamental para mi trabajo. Eso la decepcionó un poco, se inclinó, cogió el cubo de agua con una mano y la fregona con la otra, se dio media vuelta y desapareció sin despedirse.

Yo regresaba a casa sumamente contento, como el buen pastor. Me pareció un milagro haber recuperado una cosa tan pequeña como un cuentahilos en un sitio como aquel. En realidad había sido un milagro que lo hubiese perdido allí y no en otra parte, como hubiera podido ocurrir. Y sobre todo que eso hubiese ocurrido ya por segunda vez. La pérdida y el hallazgo.

Me paso el día, sí, perdiendo el cuentahilos y buscándolo por todos los rincones. Quizá un psicoanalista podría darle a uno un significado cabal de ello. Quién sabe si el cuentahilos es el padre, la lupa, lo que nos ayuda a ver la realidad, los defectos agrandados. En fin.

Al poco de llegar a casa, vino X. Me traía el catálogo que acaba de hacer sobre volcanes para un museo canario. Después de estar

una hora con él, me puso muy triste. Contaba que tiene diezmada la salud y que apenas goza de la autonomía de antes. Me cae muy bien este X, pero es una lástima que no pueda uno ser su amigo, porque para eso había que tratarlo, y entonces dejaría de caerle bien a uno. Pero en abstracto, si no está delante, es fácil sucumbir a todos los encantos que ha tenido, a su leyenda, como si dijéramos. Todavía no ha publicado su Gálvez, aquel que pretendía cobrar hace un año. Las fuerzas apenas le dan para llevar una vida reglada. El médico le ha asegurado que le quedan diez o quince años de vida activa. Yo le digo que no es un mal pronóstico, quince de vida activa y otros tantos de vida inactiva. A uno le gustaría que le garantizaran al menos los mismos. Normalmente los médicos son propensos y cuentan por meses. Y en cuanto a las previsiones de los científicos y los economistas, aún son peores.

Estábamos solos. Se sacó del bolsillo una pastilla de jachis del tamaño de una de chocolate, negruzca y grasienta, desmigó sobre la palma unas pelotillas, volvió a guardar todo dentro de un pastillero de lata, deshizo un cigarrillo rubio, mezcló el jachis y las hebras de tabaco, arrancó una hoja de liar del librillo que llevaba embutido en la misma cajetilla, metido bajo el papel celofán que la cubría, buscó un cartoncillo para hacer un filtro, y como no lo halló, lo arrancó directamente del librillo, que quedó mutilado de una manera delatora, dejó el filtro sobre el papel fumadero que tenía pillado por la punta con los dedos y allí volcó la mezcla de tabaco y de jachis, al mismo tiempo que, en una operación que demostraba hábito y destreza, los dedos imprimieron un movimiento giratorio preciso, delicado, ni demasiado violento ni demasiado suave, que culminó con un cigarrillo que solo precisaba ya de la punta de la lengua para humedecer la goma que lo cerrara. Mientras duraron todas estas operaciones hablaba de una manera queda, sentimental y apagada. Se estaba haciendo de noche. Yo lo tenía en un contraluz extremo, de modo que su cabeza se fue oscureciendo mucho más rápido que la sala donde estábamos, como en esos reportajes que sacan en televisión, en los que se ve hablar a una persona de la que no se quiere dar su identidad, la mujer maltratada, el policía, el delator.

Querría trabajar ahora todo lo que no ha trabajado en estos últimos veinte años. Me decía: tendría que haber hecho lo que tú hicistes hace quince, dejar la crítica de arte y ponerme a escribir.

Cada confesión iba seguida de un prolongado silencio. Yo no quería decir nada, solo deseaba que se encontrara cómodo y que no apareciera ninguno de mis hijos pequeños para que no vieran el espectáculo del fumeque. Si hubiera estado borracho tampoco me hubiera gustado que lo vieran mis hijos. Ya verán lo suyo. Aún son demasiado pequeños para hacerles entender que las drogas son malas, pero no las gentes que las toman, y que todo el mundo es muy libre de hacer con su vida lo que mejor crea. De arte no tiene nadie ni puta idea, añadía, y por eso todo el que no sabe de nada, se mete a crítico de arte. Se reía de su propio cinismo y abría a las sombras una boca aún más sombría, en la que los dientes empiezan ya a bailar en ella la danza de la muerte. Pero su risa acababa asustándole de pronto, y la atajaba de golpe, sumiéndonos a ambos en un silencio de retraídos. Estaba lleno de proyectos. La palabra misma le ponía penoso: proyecto. Le recordaba demasiado lo corto que va a ser todo. Decía al rato: me han pedido que escriba o en *ABC* o en *El País*. Ni siquiera sabía que no hay nadie que le haya pedido una cosa así. Quiero hacerles, añadía, una serie de entrevistas a gente solitaria, que vaya por libre. Desgranó unos cuantos nombres. Todos eran de una época olvidada ya, de su época, de nuestra época. El pasado. X, le advertí, somos el pasado, ¿a quién va a interesarle eso? ¿Cuándo has visto tú que los solitarios le interesen a la gente? Todo el mundo está solo, todos son solitarios, no quieren que nadie les recuerde el estado penoso en el que se encuentran. Les gusta que les hablen de gentes que han triunfado, que se casan, que se separan, que tienen éxito, que venden libros, que sus cuadros valen millones. Si quieres entrevistas con gentes que estén solas y vayan por libre, en esta misma casa tienes una docena. Empiezas por el primer piso, y vas subiendo. Pero esa porquería no te la van a publicar en ninguna parte. En realidad no le dije nada de esto, le dije, bien, X, bien, tienes que hacer esas entrevistas, para animarle un poco. En cambio sí le recordé que quizá ya no tenemos época, que la nuestra se acabó hace algunos años. Que de toda la época nuestra solo han salido unos pocos, y que los demás hemos ido a menos, todos desdibujándonos, unos más y otros menos. Protestó un poco. Una de las entrevistas, dijo de pronto, como el argumento definitivo, pensaba hacérmela a mí. Qué ingenuidad, creer que en los

periódicos van a querer publicar entrevistas con tipos como uno. No, no habrá entrevistas, no habrá periódicos, no habrá nada. Habrá lo que queramos nosotros de nuestra vida, pero no donde está la vida de ese momento. Labora uno para el día de mañana en periódicos que no existen aún, para lectores que no han nacido.

Le dije entonces que lo que tenía que hacer es dejarse de solitarios y periódicos y ponerse a contar su vida. No la de los demás. La nuestra, al lado de la suya, no vale nada. Me miraba con asombro, pero no porque no se lo creyera. Parecía decirme: me lo vas a contar tú a mí. Retírate unos meses o unos años, como hizo Proust, y empieza a recordar. Solo con eso, ya tendría la obra de su vida.

X ha vivido, entendiendo por vida lo que suele entenderse, cien veces más que ninguno de nosotros. Ha conocido a todo el mundo, en todos los ambientes, por arriba, por abajo. Sería el personaje ideal para una conversión sonada del tipo de las de san Pablo o san Agustín. Es una lástima que eso sea algo que se haya pasado de moda, porque una conversión de X conmovería los cimientos del orden occidental. Eso tendría que hacer, contarlo todo, lo que ha sido, por donde ha andado, las gentes a las que ha engañado, las que le engañaron a él, las que le hicieron daño, a las que hizo daño. Sería un libro extraordinario. El hombre, por poco que tenga, tiene su vida, y esa vale tanto que solo con ella podría alcanzar la inmortalidad anhelada. Solo hay que saber contarla, y aún más importante, tener un lugar desde donde poder hacerlo, arriba, abajo, a un lado, sobresaliente, camuflado, da igual, pero un lugar propio, único. Y no moverse de él. Lo malo de los que cuentan su vida es que buscan muchos lugares al mismo tiempo desde donde hacerlo. Primero se ponen modestos, no les gusta, y se ponen sublimes; se aburren del énfasis, y se ponen vengativos. Nada de eso. Son como esos que van al fotomatón y en los cuatro fogonazos ensayan cuatro muecas diferentes. Lo probable es que queden mal en las cuatro. Cuando uno cuenta su historia ha de saber ya qué historia es la que quiere contar, por lo mismo que el que va al fotomatón debería saber la cara que lleva puesta encima. El problema de la mayor parte de las memorias y autobiografías es que sus autores no tienen un lugar firme desde donde ver su propia vida, como divisamos desde la costa un naufragio. Las vidas de todo

el mundo, se miren desde donde se miren, acaban siendo un naufragio. No se habrá visto que nadie tenga sosiego ni ganas de contar el suyo propio desde alta mar. Mientras eso sucede, todo el mundo, por instinto, trata de ponerse a salvo. Así que es preciso desdoblarse. El escritor es aquel que se parte en dos: el que siente y el que padece. El que padece o sufre, solo puede sufrir. Solo el que siente es compasivo y comprensivo con el otro. ¿Dónde se ha visto a un pintor que pinte naufragios en el mismo barco que se está hundiendo? El pintor de naufragios se va a los acantilados y allí se dedica a estudiar y a observar. O recuerda los suyos propios, y los pinta en el estudio, junto a la estufa. El recuerdo es también una roca bien sólida, bien segura, de la que es muy difícil desalojar a nadie. X ahora sigue en medio de su naufragio, y a merced de las olas, que le llevan, le traen, le golpean contra los cantiles y el casco de su propio barco, no tendrá sosiego ni perspectiva para contar nada, como no se aleje de todo eso. Pero como él decía, ¿cómo voy a marcharme si es el naufragio el que me da de comer?

No me atrevía a encender la lámpara por miedo a que el clima de las confidencias se deshiciera. Le animaba a que escribiera ese libro. Cuéntalo sin cinismo, sin pose, con sencillez. No hace falta que le eches literatura. A nuestras vidas, si les sobra algo, es literatura, la mala literatura de nuestra época. Nada de componer la figura para la posteridad. A la posteridad las posturas le traen sin cuidado. Lo que la posteridad agradece más es la naturalidad, tanto si el relato valía mucho como si valía poco en origen. La naturalidad envejece muy bien siempre. La retórica no, la retórica se craquela como los cuadros.

X me escuchaba ahora en silencio, sin decir palabra. La brasa del porro se avivaba de vez en cuando, como el ojo de un gato vagabundo y enfermo.

Poco a poco la conversación fue enterrándose en sus propias cenizas, abismado cada uno de nosotros en sus misantropías. ¿Qué será de nosotros? ¿Qué será de sus quince años, de los míos, de todo lo que nos rodea?

Se fue sin que encendiera la luz, salió de allí como una sombra que hubiera venido a verme del más allá, y que de pronto desapareciera. Cuando me quedé solo, abrí la ventana para ventilar las estupefaciencias, y vacié el cenicero.

Y me quedé sentado un rato más, mirando el trozo de cielo de la ventana, y la casa de enfrente, y unas vidas que se han quedado hace ya mucho fuera de época. Y el cielo, que era de un azul espeso, se fue apelmazando, pero ya antes de caer del lado de la noche, colgó en él el primer lucero, bien alto, brillante, único.

HABÍA llegado del Rastro y llamó X para pedirme que fuese a recoger el busto de Galdós de la librería de Cedaceros, porque la quiere vaciar por completo.

Fuimos R. y yo con el coche y una máquina de hacer fotografías. Estaba Madrid vacío. Nos esperaba X vestida, como de costumbre, para asistir a un cóctel en casa de unos marqueses, con un traje verde, espectacular, con estampados grandes y vistosos y joyas encima por valor de dos millones. El peinado, el mismo desde hace cincuenta años, ahora, que debe frisar los setenta, le da un aire también de marquesado en el agro andaluz.

Era una librería preciosa, en lo que tenía todavía de siglo XIX. La desmantelarán mañana, y nadie se habrá enterado. Eso es lo que tendrían que proteger los de la Comunidad de Madrid y no la dichosa muralla árabe, informe farallón levantado por mustafás perdidos en la cadena genética. Por esa librería han pasado los prohombres de las tres generaciones, la del 98, la del 14 y la del 27. Era más bien angosta y pequeña. Tenía forma de ele. El brazo más largo era el que daba a los escaparates de la calle. El más corto, congestionado con cartapacios y trastos, era impracticable. Los techos, muy altos, de cinco metros o más, hacían aquello aún más estrecho. Toda ella estaba forrada por estanterías pintadas de color kiwi. La decoraban dos columnas de hierro fundido, igualmente pintadas de ese color. En el centro había un mueble de cinco o seis metros lo menos de largo y uno veinte de alto, de madera, con dos niveles, el superior y uno más bajo, donde se guardaban las grandes carpetas de grabados, cada una con su nombre, Italia, Francia, Flores, Mapas, Mitología, Religión… Fue durante setenta u ochenta años la mejor tienda de grabados de España, no solo porque fuese la primera que hubo ni la única. Su anterior dueño, marido de X, la heredó de un tío allá por los años treinta. Había estudiado su carrera universitaria, pero le tiraba más la bohemia, los escritores, los artistas, los toreros, y vio en el negocio la manera de satisfacer sus aficiones. La especializó en grabados y antiguos libros ilustrados

y taurinos, viajes por España y curiosidades que pudieran interesarle a los turistas, teniendo en cuenta su proximidad al Prado, a la Carrera de San Jerónimo y a los hoteles que eran principales hace medio siglo. De grabados tuvo lo mejor que se produjo en el género en España desde el siglo XVI y mucho de lo que se estampó fuera, que él compraba en sus continuos viajes a París y a Londres, cuando todavía no viajaba nadie y cuando casi nadie se interesaba aún por el grabado. Fue amigo íntimo de Solana, lo que le llevó a comprarle un gran número de cuadros en vida y muchos otros, cuando murió, de la testamentaría. Lo mismo que de Ricardo Baroja y de Ruipérez, el grabador que estampó la mayor parte de sus aguafuertes. Por esa circunstancia acopió cientos de grabados de este y de otros artistas de la época. Los libros en realidad venían a ser más bien una decoración. Debajo de la librería se abría una cueva que estaba también llena de libros. Estos los acabó comprando H. M. para su librería Mirto cuando murió en los años sesenta, el librero, marido de nuestra amiga.

Por el lado del flamenco y de los toros, este hombre había sido amigo de Lorca, de Sánchez Mejías, de Bergamín y de mucha otra gente. Le dedicaron los libros, que yo he visto, y con algunos, como Lorca, se carteó. Hace tiempo X me regaló el ejemplar de *Fiesta*, con el frontispicio de Juan Gris, dedicado a su marido por Hemingway. El interés de la dedicatoria estriba en el lugar y la fecha en la que fue escrita: Madrid, septiembre de 1936.

La librería, si no tengo mal entendido, la acabaron heredando este librero y su hermano, que se exilió en México después de la guerra. El que se quedó en España le giraba al otro de vez en cuando dinero, de las ganancias, pero cuando murió, como no había testado, las cosas se liaron un poco, y tuvo X que resolver lo que la bohemia de un marido imprevisor había dejado peligrosamente sin ultimar.

La época dorada de la tertulia debió de ser después de la guerra. Si antes la frecuentaban mucho Baroja y sobre todo Azorín, que vivía al lado mismo, en la calle Zorrilla, fue después cuando aquello cobró de nuevo una apariencia de vida. Se pasaban el día allí Cañabate, Camba, Sebastián Miranda, Belmonte… X habla siempre de esos años como de los del siglo de Oro.

Todo eso es lo que va a desaparecer. Los libros los ha vendido

todos. Se ha apartado algunos, del siglo XVIII y XIX, y el resto se marchará con un librero de viejo a Málaga. Los grabados se quedarán también no sé donde, en la tienda de otro comerciante, los pocos muebles que había se los quedará otro, y en unas horas, ese lugar que tenía su sabor único, habrá desaparecido, como las pinturas al fresco en esa casa romana que sacó Fellini en *Roma* y que constituye una de las escenas más memorables del cine. No habrá quedado nada. Cierto que la vida de los últimos treinta años se parecía poco a la de una librería de viejo, pero X la había conservado tal y como ella lo recibió. Como no entendía de libros, encargó a dos personas que trabajaban en la Biblioteca Nacional que se los tasaran, pero, mientras, siguió viviendo del negocio de los grabados. La tienda, aunque estaba abierta al público, en realidad estaba cerrada, porque era preciso llamar a un timbre y que le dejaran a uno pasar o no, dependiendo del humor de la librera, del aspecto del sujeto y de otras muy sutiles circunstancias. No necesitó comprar más grabados nunca. Con los que le dejó su marido, tenía bastante. Ahora ella es vieja, y quiere ir pensando en su retiro. El primer paso ha sido vender los libros y los grabados. Los libros no valían mucho. Esquilmados por mil manos, tenían mucho mejor aspecto que valor. Sobre todo color, tenían muy buen color, oscuro, antiguo, solvente. Pero la mayor parte eran libros que no se podían leer. Los grabados creo que eran algo mejores. El paso siguiente será vender el local. Acabará comprándolo un banco, eso es cosa segura. O una hamburguesería.

Esa era la razón por la que llevaba una máquina de fotos, para tratar de detener en el último minuto el proceso que llevará el lugar a la nada. Tenía un sabor como no ha tenido ninguna otra de las que hemos conocido. Acaso la de García Rico, detrás de la Gran Vía, a la que iba Baroja.

El busto de Galdós llevaba en lo alto de una de las estanterías que flanqueaban uno de los escaparates lo menos sesenta o más años, desde que lo vaciara en escayola el propio Victorio Macho. No sé a ciencia cierta si es una réplica de la cabeza del monumento a Galdós que hay en el Retiro, y para el que posó directamente Galdós, o una cabeza diferente. En cualquier caso es preciosa. Le conmueve a uno que esta cabeza haya salido de la viva cabeza del Galdós y de la mano misma de Macho. Contribuye a la ilusión de

que este tiempo es un poco mejor, porque aún puede rozarse con otro que sin duda lo era, o se lo parece a uno, desde el punto de vista literario y artístico al menos. Se le ha ido un poco una pátina que tiene, y con el polvo de ese medio siglo largo ha ido adquiriendo otra también bonita y convincente.

Primero R., que viajó abrazado a Galdós en el asiento de atrás del coche, y luego yo, que lo subí a casa como si fuese un expósito recogido en la calle, tuvimos la sensación rara de que íbamos a meter a alguien nuevo en la familia.

En la librería, en aquella altura, el busto parecía pequeño. Delante, resultaba un poco grande como para tenerlo siempre a la vista. De momento se ha quedado sobre un mueble. Es el primer busto que se mete en esta casa. Es una cosa bien rara. Le entran a uno ganas de contarle cosas, mucho más que a un cuadro. El busto parece atento, y aunque solo sea por su vigilancia, raro sería que los escritos de uno no fueran a salir a partir de ahora un poco mejores.

CON lo de la calle Cedaceros, se me olvidó contar ayer una cosa vista en el Rastro. Se trataba de una mujer de unos treinta años. Iba vestida con sencillez y ropas muy modestas y limpias. Tenía a su lado dos niñas, con ropillas igualmente limpias y decorosas, cosidas por la propia madre a partir de los patrones de una revista. De eso no hay duda. Vendía ropa confeccionada por ella, ropitas con adornos de ganchillo y cintas de color rosa y azul. Las había metido en unas bolsas de plástico transparente, que hacía mucho más convincente la mercancía. Se veía de lejos que no tenía la menor experiencia de vender, y menos de vender a las fieras que van al Rastro. Se había colocado en un trozo de acera que encontró vacío. Parecía asustada. Desde luego la estampa de ella con sus hijas sugería la tragedia, el drama familiar de una mujer abandonada por el marido, o peor aún, de una viuda que ha decidido salir adelante con los pocos recursos que la vida le ha respetado. Lo más punzante es que se veía que estar allí le resultaba dolorosísimo, acaso humillante, asustada, sobre todo, no tanto por haber tenido que rebajarse para tomar en la mano esas armas, sino por la falta de fe que le asomaba a los ojos, ese no saber si, después de todo, el esfuerzo hecho hasta ese momento iba a ser suficiente para dar de comer a sus hijas y comer ella misma. Cuando llegué a casa y le conté a M. toda esa escena, me preguntó por qué no le había

comprado algo. No se me había ocurrido. Creo que era ropa de niño la que vendía. La hubiéramos regalado luego, me dijo.

Para tranquilizar a M. le he dicho que el próximo domingo le compraré alguna cosa, pero sé, de la manera confusa con la que se saben ciertas cosas, que lo más probable es que esa mujer no vuelva por allí nunca más como vendedora, porque en el Rastro jamás se han vendido buenos propósitos. Las tragedias llegan allí sucias, desportilladas, muchas veces fruto del robo o del azar que las encontró tiradas en un contenedor. Jamás llegan primorosamente tejidas, limpias, envueltas en papel manila y protegidas del chancro y del arroyo por plastiquitos transparentes. En el Rastro no es difícil encontrar a la venta los calzones usados de un viejo; ahora, un pañal sin estrenar se encuentra sospechoso.

SE presentó en casa de manera imprevista a última hora de la tarde. Llamó, vio que estaba y dijo, subo. Eso solo lo pueden hacer unos pocos y verdaderos amigos, porque de lo contrario uno los maldeciría para toda la eternidad.

Venía de ver a su abogado, que tiene el despacho en Conde de Xiquena. Le tramita estos días la separación de su mujer. Él no querría separarse, pero las cosas parece que han venido así. Estaba hundido. Si no fuese como es, se echaría a llorar, pero se queda en silencio, mascando solo su tragedia. Se le veía desesperado, aniquilado por una decisión de su mujer que en absoluto comprende ni comparte, obligado a entrar en el capítulo de las miserias que a menudo sustentan las relaciones humanas.

Como ocurre la mayor parte de las veces en esa clase de situaciones, uno se queda callado, sin poder, sin atreverse a preguntar nada, por miedo a abordar temas dolorosos, reabrir heridas o meterse directamente en la misma llaga. Así que espera que sea el otro quien vaya informándole a uno. Pero al otro viene a sucederle algo parecido, y acaba por no contar nada, bien porque para él sea penoso, bien porque habría que empezar a contar las cosas desde muy atrás, bien porque ha tenido que hablar tanto de ello, a solas o con gente, que hasta el mismo tema le es aborrecido.

Es un buen amigo. Cada día parece más delgado. De perfil tiene todo el aspecto de un galgo viejo. El pellejo se le ha cuarteado mucho, y le hace profundas y cenicientas arrugas a lo largo de la cara, de arriba abajo. Los pómulos se le marcan tanto que en una

película podría actuar de muchas cosas, de pastor africano, de estibador de puerto, de cuatrero o de traficante de drogas a pequeña escala, por ejemplo. Tampoco se había afeitado desde hacía lo menos una semana. La barba se le cerraba de tal modo que habría podido afilarse en ella la hoja de una guadaña… Le brillaban los ojos negros como dos carbones, con una oscura determinación de interpretación inquietante.

Le ofrecí una cerveza. Pidió una sin alcohol, porque hace ya mucho que en su hígado mandan las transaminasas. Le ofrecí una cocacola, agua, otra cosa, pero no parecía ni siquiera oírme. Sacudió la cabeza de una manera fatalista. Bastaba asomarse a su corazón para ver un precipicio que daba pavor solo mirarlo. No, no quería beber nada. Como no sabía cómo consolarse, se sacó del bolsillo de la chupa negra una cajetilla de tabaco. Metió en ella los dedos, como pico de cigüeña, y buscó algo que parecía no encontrar. Al fin halló un china de hachís del tamaño de un garbanzo y se dispuso a desmenuzar unas migas, cuando de pronto cayó en la cuenta que no me había pedido permiso, y detuvo en seco toda la operación, dispuesto a dar marcha atrás si yo le decía que no. Era poco probable que G. saliera de su cuarto y le sorprendiera liándose el porro, y en el caso de que entrara cuando ya estuviera firmándoselo, es también improbable que por el olor llegase a identificar de qué se trataba.

Yo le infundía ánimos, le decía, a lo mejor se arregla todo, ya verás cómo las cosas volverán a su cauce, tu mujer es una persona estupenda, en fin, esas cosas que uno dice sin mucho fundamento, porque no conoce nada, aunque confía que el otro interprete de una manera satisfactoria, como hacemos con las pitonistas, las echadoras de cartas y los brujos. Dices algo muy vago y los demás se encargan de interpretarlo cada cual a su gusto.

Me habría gustado ayudarle algo más de lo que lo hice. Pero la manera de echarle una mano era darle un poco de mi tiempo y tranquilizarle. Sentía una pena como mía, aunque estaba inerme ante ella. Buen amigo, ánimo, era todo lo que me salía. En realidad creo que solo venía asustado. Era la primera visita al abogado y creo que acababa de comprender que las cosas ya no tendrán un retorno deseado.

Nos despedimos con un abrazo, luego se palpó la chupa por

diferentes costados para cerciorarse de que no se dejaba el tabaco. Volvió a sacar la cajetilla para cerciorarse de que no se había dejado la china, y, por último, escrutó todos los bolsillos para cerciorarse de que el mechero andaba en alguno de ellos.

Daba la impresión, bajando las escaleras, tratando de bromear sobre lo lastimoso de su estado, que volvía no a su casa, sino a ese estado de cosas en el que, si estás fuera, no encuentras la puerta de entrada, y si estás dentro, ya no sabes cómo salir.

ACABABA de llegar de Zaragoza. Subió a casa con la bolsa, camino de Zamora. Su vida ahora transcurre entre coches de línea. Zaragoza también tiene lo suyo. Se paga él mismo las presentaciones de su novela, que acaba de publicar. Telefonea antes a alguna de las glorias literarias del municipio. Por el periódico consigue los teléfonos. A la mayoría ni siquiera les conoce más que de nombre. Empieza de más a menos importante. A todos los llama maestro. Maestro para arriba y maestro para abajo, a cada uno asegura deberle más que a nadie en el mundo, incluidos Cervantes y Homero. Es una treta elemental y vieja, pero la gente la pasa por buena. En algunas plazas le atiende el comandante, en otras ha de contentarse con un capitán o un teniente del escalafón literario. Si la cosa no da más que para sargento, sargento. Cuando tiene concertada una presentación en los lugares más variopintos, por lo general librerías o aulas culturales de cajas de ahorros, se monta en un autobús y se presenta en la localidad. Allí, desde la pensión, telefonea a los periódicos locales y los persuade de una u otra manera para que le den los bombos. El argumento más convincente que tiene para que se presten a sus planes son los bombos que ha obtenido en las plazas anteriores, en las que ha cosechado también grandes éxitos. Dice cosechar, galardón, carrera literaria. Después de esa presentación se vuelve a la pensión, pernocta, y al día siguiente mete pijama y cepillo de dientes en una bolseja de viaje y se larga a la estación de autobuses después de hacer acopio de los periódicos locales. Busca con ansiedad la página de Cultura y en ella la entrevista, gaceta o nota de la presentación, «cualquier cosa en la que se hagan eco». Recorta el eco con cuidado de no deteriorar ni una sola palabra de las que allí se digan de su persona, dobla cuidadosamente el despojo, lo apila con otros ya en salmuera, tira el resto del periódico sin haberlo leído, se acerca a la taquilla

de los billetes y saca uno, barato, que le lleve al siguiente pueblo de más de treinta mil habitantes en el que haya, como mínimo, periódico para los bombos y los ecos, y librería para los porcentajes.

Venía con su hatillo. No es un bohemio, porque quiere llegar. Y llegará. Se lo imagina uno cada noche delante del espejo, mirándose con seriedad y atención, diciéndose: Voy a triunfar. Su juventud nos hace viejos a todos. También se lo imagina uno por la mañana, recién levantado, de nuevo ante el espejo, diciéndose: Voy a triunfar o llevaré luto por mí. No sabemos dónde, pero que llega es cosa segura. Qué tipo, cuánta energía, sin desmayo, sin que nadie le note en la cara un pensamiento, una idea, sobrado con dos o tres ocurrencias, con un instinto asombroso para reconocer al que le puede favorecer. Contaba anécdotas de los distintos cosos en los que ha toreado. A todo el mundo le trata como si él fuese general. Hace un año iba de recluta. En un año desfila de coronel. Está trabajándose su leyenda. Dentro de unos años hablará de estos tiempos como si hubiesen sido heroicos. Cuando se iba a ir, se quedó mirando la biblioteca y como una broma preguntó cuál de todos los que había robado era el más valioso. Ha aprendido en un tiempo récord a moverse con desparpajo, descarándose sin complejo, amparado en su paletería. Pregunta cosas así por instinto, que desconciertan al primer momento. Luego se ríe de buena gana y borra la mala impresión que la pregunta ha causado llamándole a uno también maestro. Pensamos: qué deprisa aprende. Pero quizá no aprenda. No hay nadie que sepa lo que puede sucederle a un escritor que es joven, que es ambicioso y trabajador, que tiene maña y a quien no le entorpecerá el incoveniente serio de no tener buen gusto, sin escrúpulos, amoral, que escribiría en el periódico A artículos A, y en el B, artículos B. Cuenta con todas las prendas para acabar en la Academia, donde hallará almas gemelas a la suya. Y pronto, porque además tiene prisa.

MIENTRAS transcribía estos cuadernos, hube de añadirles para su publicación, como siempre, el prólogo preceptivo, que aún le deja a uno más insatisfecho. Qué nostalgia de un prólogo perfecto, acabado, como un cimiento abierto en la roca viva. Pero empieza uno a asentarlo sobre una obra que ignora el tiempo que durará en pie. Querría uno que le sirviera de amparo y refugio a los *happy few* de dentro de cien años, en la medida que sirvió para unos pocos

contemporáneos. Ser como esas casetas que hay en la alta montaña, levantadas por Dios sabe quién hace cuánto tiempo, y que salen al encuentro del montañero extraviado o del caminante a quien, pasando un puerto, le sorprendió la tormenta o el manto de niebla, con sus coros de náyades de la muerte tentándole con canciones y con la dulzura del frío. Se pasaría uno la vida escribiendo prólogos y poniéndoles título a muchos libros, que luego soltaríamos por ahí, como alevines en un río, para que repoblaran de destellos dorados y crepúsculos en miniatura todas las riberas. Pero ha de contentarse uno con el prólogo que va, y desestimar los otros posibles.

LAS cosas suceden para ser contadas a los hombres de todas las edades, pero las cosas extrañas se diría que solo pueden ser apandadas para los dioses o la conciencia. Hoy esperaba en el buzón un envoltorio abultado, en el que venían cinco o seis *christmas*, con su correspondiente sobre, listos para ser enviados, una vez cumplido el trámite del franqueo. Los *christmas* eran todos tan chocantes e irreales como colgar encima del sofá un cuadro de ciervos o uno de caballos blancos cruzando un arroyo a la luz de la luna. Venían acompañados por una carta, propaganda de una «Asociación de Pintores con la Boca y con el Pie». Esas letras mayúsculas, tan enfáticas, estaban puestas para que a nadie se le pasara por alto que las estampas fueron Pintadas por una Boca o un Pie.

En la carta se le informaba a uno de que el precio de los tarjetones para felicitar las Navidades es de novecientas noventa y cinco pesetas. Imagina uno perfectamente esa reunión donde alguien, con sentido del *marketing*, sabe perfectamente que en los negocios todo estriba en no romper algunas barreras, y la de las mil pesetas es más tenebrosa que la del sonido. «Con su compra nos ayuda a pensar que somos útiles y que no representamos una carga para la sociedad. Esto nos estimula a seguir trabajando», se dice con una caligrafía temblorosa. Un poco más abajo, con letra de imprenta, se hace constar que «esta carta ha sido escrita con el pie por» tal y tal. Al lado han puesto la fotografía, reproducida muy deficientemente, de ese hombre pintando el cuadro con el pie. Está sentado, lleva un traje gris con corbata, y tiene la pierna extendida. Parece que se va a caer de la silla, de espaldas. En su pie desnudo, entre dedos crispados, sostiene un pincel con el que da los últimos

retoques a un cuadro de ciervos que tienen, sin embargo, todo el aspecto de ser caballos blancos cruzando al galope un idílico arroyo a la luz de la luna. Junto a ese hombre se ve a un pobre niño cabezón, que pinta también, pero con la mano. Le está dando clases, por lo que se dice en el pie de foto: «El profesor tal y tal pertenece a la Asociación de Pintores con la Boca y con el Pie desde el año 1956. En esta foto podemos apreciar que se trata de un espléndido retratista. Su nieto le acompaña en el estudio».

En el dorso de esa carta vienen más fotografías y algunas biografías. «X nació en *** (Zamora) el 25 de septiembre de 1953»… Ese año, el mismo en el que uno nació, cayó en mis ojos con ese estrépito de la mina que estalla justamente entre los pies. «… Padece una lesión medular de origen desconocido. Trabajó como maestro hasta que en el año 1989 se le declaró su enfermedad». «X (una mujer) nació en Valladolid el 14 de septiembre de 1948. Desde la edad de un año y medio padece acrodimia mutilante y actualmente tiene amputados los cuatro miembros. Estilo impresionista». La han arreglado y maquillado para la fotografía con una moda de hace cuarenta años. Quizá la foto es de entonces. En otra de las fotos se ve a un miembro de la Asociación, con *smoking*, haciéndole entrega al Papa de un retrato que le han pintado a partir de una fotografía. En otra se ve a la Reina sentada entre ellos. Hay una chica pelirroja también. Es bellísima. Sufrió un accidente de coche cuando tenía veintidós años. Ahora cuenta treinta y dos. Se quedó tetrapléjica.

Salí de todo eso como de una triste caseta de feria, ante la exhibición de fenómenos reales, con vidas reales y desdichas homéricas. Detrás de cada una de esas vidas, piensa uno, hay días de veinticuatro horas, meses de treinta días, años de doce meses, que han de vivirse minuto por minuto. Cuando iba a tirar los crismas a la papelera, comprendí que no se podía hacer una cosa tan cruel. Así que los deposité en ella como quien hace un hoyo en la tierra para enterrar a un jilguero, lo mismo que cuando enterré este verano la mariposa. A continuación extendí un cheque, lo metí en un sobre y salí de esa historia con la extraña sensación de la culpa y de la piedad, y la repulsión que le producían a uno no desde luego los cuerpos mutilados, ni siquiera su exhibición, sino esas pinturas, más mutiladas aún que ellos, y de la idea que tienen del

milagro: creo que todos ellos consideran que haber pintado esos cuadros es un milagro, cuando se trata de algo de naturaleza luciferina. Se podría escribir un relato muy serio con eso, muy galdosiano, porque el dolor que hay alrededor es también muy real.

IBAN a llegar dos horas después, así que M., R., y yo nos pusimos a limpiar la casa a toda prisa, a poner las flores en sus vasos y floreros, recogidas las mesas de periódicos viejos, de libros y papeles y a dejarlo todo listo, porque queríamos que la encontraran agradable. Trabajamos en ello como con una ilusión nueva. Y no era más que pasar la escoba y quitar el polvo aquí y allá. En realidad esas limpiezas de última hora no lograrán nunca deshacer lo que la casa tenga de feo (y en la casa de todos los demás, incluso en la de aquellos con un gusto más depurado y fino, encontraremos cosas que jamás pondríamos en la nuestra), sino de que eso feo llegue a estar en su sitio de una manera natural, como acaban estándolo en nosotros un lunar, una nariz más ancha o menos, o unos ojos más o menos pequeños, cuando logramos hacer que esos defectos sean tan necesarios para nosotros como las virtudes. Así que nace de nosotros como una fe en que la otra persona llegue a descubrir lo que somos, y lo acepte, como acaso nos hemos aceptado ya nosotros mismos.

Pusimos tanto celo en esas tareas, que aún nos sobró una hora, empleada en leer los periódicos de este sábado, suplementos incluidos, en beber tranquilamente una copa de vino mientras sonaba en el tocadiscos una música ligera, los pequeños placeres, tanto más placenteros cuando más pequeños, y de los que participa esa paloma que se posa sobre el hierro del balcón.

La paloma acabó echándose a volar y dejó en el cristal de la ventana su garabato un instante. Y así fue como la mañana acabó en un cheque al portador, firmado en blanco.

MADRID se ha llenado estos días de brigadistas de la guerra. Me tropecé por la tarde con media docena, acompañados de sus mujeres. Todos caminaban un poco derrengados. La ropa de la mayoría denotaba la modestia de sus vidas, lo exiguo de sus pensiones, el dolor de su vejez. Ellos llevaban las chaquetas llenas de medallas y ellas eran ya esa clase de octogenarias que se tiñen el pelo de color azul, llevan pantalones a cuadros y rebecas blancas de punto, tricotadas por ellas mismas. Ellos, como esos viejos

comunistas que se apuntan todavía en la Plaza Roja a conmemorar 1917, con toda el medallero en la pechera. Ellas, como buenas mujeres que se han creído todo lo que los maridos les han contado. Les explicaban los viejos milicianos a sus consortes, señalando con el dedo los edificios, al tiempo que trataban de recordar cómo fueron las cosas o cómo fue la ciudad, cuando ellos la conocieron. Se les veía contentos, felices, excitados por una experiencia que seguramente ni siquiera soñaron. En el momento en que yo me había parado para observarles, avistaron a otro grupo no demasiado numeroso de brigadistas, y se saludaron con enorme algarabía levantando el puño. Se les veía las manos deformadas por el trabajo, la vejez y la artritis. Y de la misma manera que Madrid se ha llenado de brigadistas, la prensa se ha llenado también de artículos costumbristas, un tanto ridículos. Les festejan como si ellos hubieran sido los que detuvieron el fascismo en España. Cuarenta años. Les llaman luchadores por la libertad, campeones de la democracia. Nadie recuerda en estos momentos que la mayor parte de ellos militaba en un partido cuyo jefe de filas era Stalin y en el que no querían oír hablar ni de libertad ni de democracia, y que muchos otros lucharon por la soldada o la aventura. Recordaban un poco a aquellos excombatientes que se agrupaban alrededor de Girón de Velasco, el León de Fuengirola, para homenajearle en Valladolid. Tenían más o menos el mismo aspecto, las medallas fláccidas pendían de sus camisas de la misma manera y sus manos, igualmente artríticas se quedaban medio cerradas cuando saludaban en alto a la manera romana. Cuando estos quieren cerrar el puño, la artritis se lo impide, y las manos, sin fuerza, se quedan medio abiertas. ¿Qué pensarán las gentes que hicieron la guerra y la ganaron, sin ser por ello ni unos canallas ni siquiera unos fascistas, al ver a sus enemigos de antaño, convencidos acaso de que la guerra la están ganando ahora, sesenta años más tarde?

Puede la gente creer que las cosas hubieran podido irnos mejor con estos que con aquellos, pero un escritor debería saber que sus asuntos no habrían mejorado mucho si la Dirección General de Propaganda la hubiera ocupado Rafael Alberti en vez de Juan Aparicio. Y esto, que debería ser el núcleo de las reflexiones, es justamente de lo que nadie quiere hablar. En cierto modo preferimos todos que mueran engañados, de la misma manera que a

un hombre viejo y enfermo le ocultamos que tiene un cáncer.

HA empezado a llover. Por fin el otoño. Escribo en el Ave, camino de Sevilla, a donde voy para buscar algunos libros en la biblioteca de A. El tren va vacío. Yo he sacado libros y libretas y he trabajado un rato, como hubiera podido hacerlo en una de las mesas de la Biblioteca Nacional. En Madrid M. se ha quedado con gripe. No sé, siente uno que ha de irse a Sevilla como otros, hace treinta años, se iban a Alemania.

Al entrar en mi vagón vi de espaldas a una yanki, alta, delgada, con mallas negras, como leotardos, y calcetines gordos de lana blanca por encima. Llevaba puesto un sombrero de *cowboy*, grande y de ala ancha, del que le salía una trenza de pelo que le llegaba por debajo de las rodillas. Es un pelo de un color rubio ceniciento, lacio y muy limpio que al pasar entre los asientos del tren, forrados con una tela de fibras sintéticas, se le electrizaba un poco, de modo que las puntas, por el efecto magnético, se le levantaban embrujadas.

Cuando uno ve de espaldas una melena tan larga, suele desconfiar. Lo normal es que se trate de una vieja loca o de un *hippy*, pero no. Su dueña era, es, una muchacha preciosa, de unos veintitrés o veinticuatro años. Por su aspecto se hubiera dicho que acababa de dejar el circo donde actuaba con Buffalo Bill, la chica a la que tiran los puñales, mientras permanece impávida. Ha perdido su impavidez, y ha tomado el Ave para Sevilla.

No lleva maquillaje, ni pintura en los ojos ni en los labios ni en las uñas. Nada, agua y jabón. ¿Para qué se habrá dejado una melena tan desconsiderada, tan categórica, tan… hiperbólica? Quizá tenga un significado sexual. Es muy posible que se la parta en dos, con una raya en medio de la cabeza. Con una mitad ata a sus amantes a los barrotes de la cama, y con la otra mitad, los azota. ¿Y la cópula? Tendrá que poner sumo cuidado en que no se le enrede. Les dirá a sus amantes, eh, tú, idiota, mira dónde pones las manos. Quizá sea una perversión como otra cualquiera. Es posible que los hombres la monten por detrás y la mantengan bien sujeta del pelo, como si fuese una yegua. Pero no, no cuadra. Ahora está delante de mí, a menos de medio metro. Podríamos rozarnos las rodillas si quisiéramos. Me ve escribir en este cuaderno con una aplicación inaudita. Creo que no la he mirado más que dos o tres veces,

miradas fugaces, haciéndome el distraído, como si tratara de recoger en el aire que hay en un espacio inconcreto que podríamos situar entre su cara y la mía alguna de las ideas que se me han escapado del cuaderno. Seguramente le extrañará que no la mire más. Debe pensar que los españoles no entendemos de mujeres.

Tiene unos ojos bonitos, con su azul zarina. Es de tez blanca, sin una peca. La nariz es pequeña, un poco respingona, pero bonita también, y lo más llamativo de todo es su boca, natural, ni muy grande ni pequeña, con labios carnosos y tintados con un rosa muy suave. Creo que daría bastante gusto hacer con ellos una pequeña degustación, para saber si saben en efecto a fresa. No lee, y tampoco duerme. Si durmiera, me pondría a estudiarla. Se siente uno un psicópata escribiendo tan cerca del modelo, sin que este se aperciba de ello. Dan ganas de confesarse culpable y declararlo todo desde el principio, decirle, señorita, deje que le diga dos cosas. La primera, esto que me ve usted escribir es precisamente sobre usted; y la otra, ¿puede decirme cómo se las arregla usted con el pelo? Al sentarse lo ha dejado a un lado, y ocupa el asiento contiguo al suyo. Tendría que haber pagado un billete doble. Al tenerlo enfrente, entran ganas también de preguntarle las cosas directamente a él y no a su dueña. Si yo fuese un novelista como Dios manda, creo que habría empezado por ahí. Hablando con el pelo, no con ella. En ese caso las cosas que me fuese contando de su dueña serían todas más verosímiles que las que yo he contado. Ni siquiera hubiera tenido que formular hipótesis. No se habría salido uno de los hechos probados. «Sí», me habría dicho, «los hombres que se acuestan con mi dueña suelen ser por lo general bastante desconsiderados, me retuercen y tiran de mí como si me quisieran arrancar del cuero cabelludo. Pese a todo, después de esos encuentros, viene lo mejor del día cuando mi dueña y yo, a solas, nos dedicamos el uno al otro. Me acaricia con el cepillo durante una hora. Hay días incluso, que dos. Solo los preparativos son excitantes. Primero se sienta y a continuación, desnuda, recién salida del baño, despliega en el tocador, frente al gran espejo, una batería de no menos de seis cepillos diferentes, otros seis peines, el secador, con su media docena de adminículos y toda clase de horquillas y bigudíes. Recuerda a un virtuoso de la percusión».

Sería bonito que fuese lesbiana para hacer un poco de literatura

a lo Pierre Louys. Ella tomaría un mechón y se lo pasaría a su amiga como un pincel de marta, como si le estuviese restaurando la piel. Y la amiga recibiría de ello gratificante cosquilleo, y le diría todo el tiempo, qué bonito pelo tienes, carabí, qué bonito pelo tienes, carabá, quién te lo peinará, carabí hurí, carabí hurá. Y ella respondería, me lo peina mi madre, carabí, me lo peina mi madre, carabá, con peine de cristal, carabí hurí, carabí hurá… No parece que sea lesbiana. A lo más que ha podido llegar será a algún escarceo con alguna de las compañeras que vienen con ella y que se han ido todas al otro vagón. Dos de ellas han venido a hacerla una visita hace unos minutos. Es una excursión de estudiantes, a quienes llevan a conocer Sevilla. Por cualquier razón han sacado todos los billetes juntos, menos uno, y ese uno le tocó a esta. Yo voy a cerrar el cuaderno y me pondré a mirar el paisaje también, el mismo que ella pierde lo voy a recoger yo, antes de que nos pierda a los dos.

TODA la semana en Sevilla. Por la mañana en casa de A., en su biblioteca. Es seguramente la más importante para la literatura moderna española, desde Bécquer, Galdós y Clarín hasta nuestros días, y principalmente en lo que se refiere a poesía, revistas literarias y colecciones de novelas cortas. A quien sea sensible a los libros viejos y a la pequeña historia que cada uno trae detrás de sí, esta biblioteca le dejaría mudo. No es probable que haya en España ninguna otra, ni pública ni privada, que pueda comparársele en su conjunto, aunque en otras haya igualmente ejemplares únicos, raros, excepcionales. Se habla aquí del conjunto. Las bibliotecas públicas se van haciendo a lo largo de muchos años, y en cierto modo es natural que atesoren miles de libros valiosos: han contado con muchos medios, mucho tiempo y muchas personas dedicadas a buscarlos, acopiarlos y recogerlos. Una biblioteca como la de A., que se ha hecho en veinticinco años, con medios escasos y por una sola persona, sería solo por ello extraordinaria.

Desde un punto de vista de lector, la Biblioteca Nacional, por ejemplo, es insuperable. Pide uno un libro, y con un poco de suerte está en sus fondos y se lo pueden traer. Ahora bien, cada uno de ellos permanece guardado en lugares extraños y en compañías absurdas. Ni siquiera todos los libros de un autor están reunidos, sino que se les asigna el lugar que el azar ha querido darles, como a los muertos de un cementerio, que van ocupando el que el destino

ha dispuesto. Para evitar la dispersión, las familias idearon los famosos panteones familiares, pero también estos acaban por llenarse, y a partir de un cierto número se condena a todos los que vengan después a la errancia mortuoria. Con los libros ocurre lo mismo. No es justo para un libro de Galdós, pongamos por caso, tener que compartir toda la eternidad de la Biblioteca Nacional entre uno de Valle Inclán y otro de Ricardo León o Pío Baroja, únicamente porque estos autores publicaron esa obra el mismo año en que lo hizo Galdós, y quién sabe si la teoría de las malas compañías o la manzana podrida en el barril acabará contagiando al resto de los libros. Pobre Juan Ramón Jiménez compartiendo anaquel, pasta con pasta, por toda la eternidad, con Jorge Guillén.

Las transiciones en una biblioteca personal son más dulces y humanas, incluso cuando, como ocurre en la de A., no puede contenerse en un solo espacio que pueda albergar los miles de libros, y haya que trocear la biblioteca por cuartos, por pasillos, por paredes libres, el rincón del ensayo literario, el de la novela extranjera, la pared de literatura española, la habitación de la poesía… Pero puede verse a la perfección en toda la casa la secuencia de la literatura, como en una de esas clases prácticas que jamás se han impartido en la universidad española. Al geólogo, sus profesores le llevan de excursión para que vea minerales y formaciones telúricas. El físico tiene tantas clases en el laboratorio como en el aula. Los alumnos de magisterio empiezan a familiarizarse con los alumnos, antes incluso de acabar sus estudios. Únicamente los estudiantes de filología y literatura se licenciarán, incluso se doctorarán, sin haber visto en su vida una primera edición de ninguno de los autores que han estudiado. ¿Es que nadie les ha dicho que «en edición diferente los libros dicen cosas distintas»? Bastaría con que un alumno que quisiera hacer un trabajo, pongamos por caso, sobre Machado, tuviese en sus manos las *Soledades* de 1903, mirase uno o dos números de *Helios*, otros de alguna revista taurina de la época, dos o tres periódicos y los libros de algunos compañeros de generación, Leyda, Villaespesa, Azorín, Marquina… en fin un corte en la historia lo más real posible. Pero no, los alumnos de literatura, incluso los críticos, piensan que la literatura viene hecha por generaciones de media docena de luminarias, que nacieron con una calle y un instituto de

segunda enseñanza con su nombre en su pueblo y que publicaron sus libros con notas a pie de página. Una biblioteca como la de A., como la de J. M., como la de los amigos escritores, le enseña a uno también a mirar las cosas de otro modo, a ver dónde ha puesto cada uno de ellos los principales acentos. Una biblioteca es elocuente bajo su capa de polvo y de silencio. Si se fía uno del gusto o del criterio de quien la ha ido reuniendo, es a la vez una ocasión única para el diálogo, la discusión y el descubrimiento. Cuántas cosas no habrá aprendido uno de las bibliotecas de los amigos, tanto o más que en los libros de texto, en las revistas, en los suplementos de los periódicos, sobre todo cuando nos quedamos a solas en ellas, con tiempo por delante y sosiego.

Así ha ocurrido durante toda esta semana.

A. y M.

C. se marchaban temprano, uno a la librería, la otra a llevar los niños al colegio y luego al almacén, y allí se quedaba uno toda la mañana leyendo, tomando notas.

Tanto como la biblioteca de este amigo, a uno le conmovió que le dejara en ella solo todo el día, prueba evidente de que no se ha metido uno en una secta de degenerados. Buscaba un libro, lo sacaba, lo hojeaba, a veces me demoraba en él una o dos horas, otras ni siquiera llegaba a los dos minutos. Pocas cosas tan instructivas como pesquisar a fondo una biblioteca como esa.

Hace unos años, a su dueño le entró la fantasía de venderla al completo, revistas, novelas cortas, primeras ediciones, todo. Treinta o cuarenta mil volúmenes. Como a una empresa de esta naturaleza no se le puede poner el precio en pesetas, porque no lo tiene la vida, le dio por decir que si le dieran un millón de dólares la vendía. Lo decía en dólares porque suponía que en España no iba a haber ninguna institución ni ningún particular que quisiera gastarse ese dinero en unos libros que tienen, en su mayor parte, una capa pobre y deslucida, ya que la edición española, desde Galdós en adelante, ha sido bien penosa. Decía, vendiendo mi biblioteca, compraría tiempo para leer. No se sabe para qué querría él leer más. Es una de las pocas personas que ha leído hasta la cuarta o quinta fila de la literatura. A veces le sorprende a uno con confidencias del tipo: «Pedro Mata tiene una novela estupenda», que en él adquiere toda la gravedad de un legado testamentario. En los

últimos años se queja de tres cosas. Una, de no poder leer más; otra, de haber perdido memoria y no recordar muchas de las cosas ya leídas ni dónde las leyó; y tres, no poder viajar con más frecuencia, lo cual tampoco se entiende porque pasa en América mucho más tiempo que Eugenio Noel, de plaza en plaza, en la ruta del libro viejo.

Durante unos años se olvidó de aquella idea peregrina de vender la biblioteca, pero volvió a entrarle de nuevo. Para consolarse decía que en el momento en que la vendiera, solo con los fondos que tenía en la librería, quedaría formada de inmediato una segunda biblioteca semejante a la primera, pero al mismo tiempo se daba cuenta también de que la mitad de los libros que se fuesen en la primera, jamás volvería a verlos en vida, porque las vidas son muy cortas, porque cada vez se ven menos libros y porque con los años uno va perdiendo vista y bríos para los lances de libros viejos.

En las bibliotecas públicas uno nunca se preocupa de saber cómo llegaron allí los libros, porque lo normal es que a esas bibliotecas estatales o universitarias, los libros vayan por su propio paso. En cambio, los libros de las bibliotecas privadas ha tenido uno que ir a buscarlos uno por uno. Así que el que le comprara la biblioteca a mi amigo tendría que imponerle a este una condición: que fuera contando la historia particular de todos ellos. Se podría escribir una gran novela con ese argumento. Quien lo hiciera, tendría que empezar la tarea de joven, con ánimo y salud, porque luego nos volvemos todos viejos, se nos olvida la mitad de las cosas y perdemos la otra mitad en el desinterés que sentimos por todo. La novela empezaría de ese modo…

Un viejo librero vende al final de su vida su biblioteca. Pide por ella una cifra considerable. Llegan los primeros compradores de lugares muy diferentes. Se podría arrancar en los primeros capítulos como en esos cuentos en los que varios pretendientes aspiran a la mano de la princesa. El vendedor va examinando a cada uno de los aspirantes que quieren quedarse con su biblioteca y, a unos por unas razones y a otros por otras, acaba por apartarles a todos. Desde luego están descartados de esta novela los funcionarios del Estado con derecho de retracto y los profesores de universidad, porque estamos hablando que vamos a hacer una novela de verdad, relacionada con la vida, el *Guerra y Paz* de los bibliómanos, no una

novela gótica. Por nada del mundo querría el vendedor ver su biblioteca desmembrada en cuanto llegara a la biblioteca pública, que empezaría a seleccionar en ella los ejemplares repetidos, los que están en mejor o peor estado, y enviaría a cada uno de los libros a su correspondiente exilio. No. La biblioteca se habría de vender a un particular. Pero no bastaría solo eso. Por lo general el particular que se pudiera gastar un millón de dólares en libros, es porque se ha pasado la vida ganando dinero, y cuando uno gasta la vida en eso es porque no ha tenido un minuto para leer otra cosa que no sean los boletines de la bolsa y los extractos del banco; así que acaban por comprar ejemplares caros, bellas encuadernaciones, libros de horas, incunables, libros con preciosos grabados, o sea, todos esos libros en los que no se lee, sino que se invierte. Por desgracia la biblioteca de A. o la lees o no tiene sentido comprarla. En primer lugar porque cada ejemplar viene de su propia guerra. Es un ejército, para decirlo stendhalianamente, de desharrapados, porque cada cual se ha alistado con lo que ha podido traer consigo, está el que viene descalzo, el que lleva la guerrera de otro, el que viene de paisano, el que se sostiene muy ufano encima de un caballo cuyo pienso puede costear graciosamente, el que se conforma con su pobreza. No es una biblioteca para vestir un salón, no está con bonitas encuadernaciones y a menudo los lomos dejan mucho que desear…

Al fin, después de ir descartando a muchos aspirantes, nuestro héroe acaba encontrando a alguien que le conviene. Lo ve un poco como era él mismo en su juventud. Ese joven sabe ya mucho, ha leído mucho, pero está muy lejos de ser un ratón de biblioteca. Le interesan otras muchas cosas, viajar, las matemáticas, la historia, las mujeres, los enigmas… Cuando va a comunicarle que él es el elegido, este pone al vendedor una condición que le desconcierta. Le comprará la biblioteca, si antes le cuenta la historia de cada libro, cómo, dónde, a quién, por cuánto lo compró. Le pide, claro, la historia de su vida.

La propuesta le sorprende, le desconcierta, le asusta y le halaga, todo a un tiempo. Soy ya viejo, le dice. Necesitaría al menos otras cien vidas para contarte la mía, porque cada uno de los libros de esta biblioteca tiene a su vez una vida distinta…

Como el joven comprador es eso, muy joven, no tiene prisa, y

después de una negociación ventajosa para los dos, decide llevarse su nueva biblioteca a un castillo, y con ella a su antiguo dueño, a quien aloja y emplea como bibliotecario. Le admiraba que hubiera podido terminar la vida como bibliotecario de su propia biblioteca. Cada tarde el dueño le hace llamar y allí, sentados ambos frente a una gran chimenea, va el viejo desgranándole la historia de su biblioteca.

Y ahora sí, el giro goticense de la historia sería muy conveniente, creo yo, para darle ciertos sesgos draculinos, y para interesar a los profesores universitarios con el fin de que se la recomienden a sus alumnos. Si quisiéramos un final moderno para ella, podríamos ir pensando en una solución drástica; por ejemplo, el joven, después de haber oído la historia de cada libro, conmovedora, pues no hay libro viejo que no contenga dos momentos sublimes, de amor y de muerte, el amor y la ilusión con la que fue adquirido o recibido, y la desilusión, el olvido o la muerte que siguió muchos años después a la mayoría de ellos, después de haber oído esas conmovedoras historias, decía, decide inmolar en el fuego de la chimenea aquellos libros que bien por ellos mismos, bien por su historia, bien por su autor, no estuvieran a la altura de lo que se esperaba de ellos. Sería una bonita alusión al escrutinio del *Quijote*, algo que siempre será muy moderno. Pero como en ese punto no quiere ser uno demasiado moderno, ya que si se hiciera un escrutinio un poco riguroso iban a quedar de los cuarenta mil libros unos cuatrocientos cincuenta, y acabaría uno siendo acusado de nazi, lo mejor sería dejar cada libro en su correspondiente anaquel.

En fin, se ha dejado uno llevar en esta ensoñación por el traqueteo del tren que me devuelve a Madrid.

Decía Juan Ramón que el secreto de leer muchos libros es comprar pocos. Claro que lo decía alguien que guardaba todo papel impreso que caía en sus manos y almacenaba en el cuarto de baño todos los periódicos del día, sin tirar uno solo.

Los vaivenes que propicia la literatura son inexplicables. Cuando uno apenas tiene libros ni dinero, se deja la vida, el tiempo y su dinero escrutando librerías. Cuando al fin ha logrado reunir una cantidad considerable de libros, comprueba que la mayor parte de estos son una rémora, como un lastre que no le deja levantar el

vuelo.

Yo creo que en la fantasía de A. hay un imposible sueño de retornar a la juventud. Creo que en el fondo desea vender su biblioteca no porque precise más tiempo de lectura. No. Al fin y al cabo con lo leído hasta podría atravesar diez veces el desierto del Gobi, en los dos sentidos, con el aplomo y parsimonia del camello. En realidad está pensando en deshacerse de todo, para tener la ilusión de volver a reunirlo. Como Penélope. Destejer media vida para tener ocupada a la otra media.

Por lo demás, la semana sevillana transcurrió lloviendo todo el día, con los cielos encapotados y una lluvia ingrávida que parecía subir de la tierra al cielo, más que caer de él. El jardín de la casa de J. y L.
estaba muy bonito, pero apenas podía disfrutar de su presencia más que unos minutos, después del desayuno, a través de los cristales de los balcones de la sala. Es un jardín viejo, romántico, con sus naranjos, su palmera, las plantas trepadoras que cierran las paredes. Las hojas de los naranjos, tan negras, tan relucientes bajo la lluvia, y las naranjas como soles enloquecidos, simulaban de pronto una visión babilónica, que le ponía delirio al cielo gris. La casa es también preciosa, un caserón antiguo, una verdadera «casa de la vida», grande, silenciosa, con esas puertas de casi tres metros de alto, con sus cuarterones, y los muros anchos y encalados, y el patio de columnas ensimismadas y los artesonados oscuros encerrando los sueños. Tiene mucho de un convento del siglo XVII. En el momento en el que sonaban las campanas de San Bartolomé, yo me decía, se me hace tarde, y me echaba a la calle, perdiendo todo de aquel momento que parecía haberle esperado a uno durante dos años. Por la tarde llegaba ya de noche, cansado de todo el día, nos sentábamos en la sala, toda la oscuridad en los balcones y en el brasero un poco del verdadero fuego fraterno, tan duradero, y charlábamos un rato de esas cosas que se charlan cuando uno está cansado y se encuentra a gusto. Ya no nos acordábamos ni siquiera de las viejas heridas. Eso es lo que tiene ser casi de la familia: a menos que se sea hemofílico, cicatrizan.

No, no ha habido mucho tiempo en este viaje para la vida, suponiendo que los libros no lo sean, lo cual es mucho suponer. Ahora, en el tren, mira uno con nostalgia todos esos momentos no

vividos, y los cambiaría acaso por los otros vividos. O no. Los vividos son buenos también. Cuánto canje, qué cambalacheo. Como en los libros viejos. Y así se nos pasa también la vida en estas idas y vueltas, sin que sepamos muy bien qué estamos haciendo de la nuestra, ni si a esto nuestro se le puede llamar así.

HACE seis meses le invitaban a uno a ir a Venecia a un congreso sobre «los lenguajes de la guerra civil española». ¿A quién se le ocurrirán esos títulos? En la guerra, que uno sepa, lo que sobran son los lenguajes, por eso se recurre a las armas, pero de todos modos qué ilusión recibió uno entonces de una invitación como esa. Se dice, ¿cuándo pensaste que te iban a pagar para que fueses a Venecia? Llega esta invitación, claro, no porque el mundo veneciano se hubiese acordado de uno, sino porque M. B. se lo sopló a alguien que estaba en eso, y ese alguien, por hacerle el favor a M. B., dijo, bueno, que venga.

Ayer decían en un fax 1º/ que debía recoger mi billete en el aeropuerto y 2º/ que en el aeropuerto de Venecia había que tomar un autobús hasta el Piazzale de Roma, allí tomar el vaporeto, que me dejaría en no sé qué estación, desde donde tendría que ir andando hasta no sé qué hotel, después de arrastrar la maleta por los puentes y canales durante un cuarto de hora, en el caso que enhebrara el laberinto a la primera, o de media hora o más en el caso de que me perdiese en el dédalo de callejuelas. La llegada del avión, de una compañía indostánica, que han contratado por su baratura, está prevista a las doce de la noche, de modo que, con unos cálculos someros, me veo en la solución a/ preguntando en plena madrugada al espíritu de Hamlet dónde demonios está el hotel Giorgione; en la b/ en el hotel hacia las dos de la madrugada; en la c/ llamando a las dos de la madrugada a la puerta de un hotelucho donde el conserje de noche se ha dormido; en la d/ asaltado en cualquier esquina, desvalijado, acuchillado y arrojado a un canal, para que de ese modo los periódicos venecianos tengan algo que contar, los turistas algo de lo que asombrarse y los hispanistas alguien por el que guardar un minuto de silencio en la apertura del congreso, cosa que les gusta tanto como publicar tomos de homenaje a los colegas que se jubilan.

Por si no bastara, hoy publican en los periódicos y han sacado en los telediarios vistas de Venecia inundada como no lo estaba

desde hace cuarenta años. Cuando ocurren esas cosas siempre es desde hace cuarenta años. Se ve la Piazzeta con medio metro de agua, sin que los pontones esos de madera que ponen les sirvan de nada, porque el temporal de lluvia y frío es aún mayor que el de las célebres inundaciones, y esas fueron en 1929, aprovechando, creo, el paso del cometa Halley. Así que me veía con la maleta sobre la cabeza y el agua por la rodilla, perdido en la ciudad, y buscando en plena noche un hotel que seguramente habrá desaparecido bajo la inundación.

Al poco tiempo de que llegaran las indicaciones de billetes y rutas, el fax volvió a escupir (como escribiría Hemingway) el programa de festejos: la mayoría de las ponencias de nuestros amados hispanistas son, sin el menor atenuante, demenciales, de esas que no tienen el menor interés para nadie, ni siquiera para los colegas, como saben muy bien los mismos colegas. Pero el sistema del hispanismo internacional es ese: tú me invitas a este congreso, y yo te invito al mío, cuando lo organice. Hoy mismo trae el periódico el artículo de uno, de cuya astucia deberíamos aprender.

Todos sabemos que el noventa por ciento de los hispanistas no valen absolutamente para nada, por lo mismo que se sabe que el noventa por ciento de los notarios cobran unos dineros que no se han ganado, o que el cien por cien de los banqueros son ladrones. Y como son cosas que se saben, nadie se atrevería a escribir en un periódico que los banqueros son la columna humanitaria de esta sociedad o que el trabajo de los notarios es el más duro y peor remunerado. Por eso debería estar penalizado que alguien pueda publicar cosas como que «sobre los hispanistas, en su callada labor, en el secreto de sus vidas estudiosas, descansa la memoria de España, el hálito más puro de un pueblo…», porque ni la memoria de España, por suerte, descansa en los hispanistas, tan desmemoriados siempre la mayor parte de ellos, tan rezagados, tan equivocados, tan miopes, tan inútiles, tan zánganos, tan obtusos, tan cómicos, tan retóricos, tan tontos, tan tontilistos, tan pagados de sí mismos, tan vanos, tan vanidosos, tan paniaguados, tan menguados, tan incapaces, tan enredadores, tan bizantinos, ni el hálito más puro de un pueblo está en las universidades, sino en el mismo pueblo. Ahora, si un escritor lo que quiere es que le inviten a las universidades americanas, que le escriban tesis doctorales, que

le hagan a él mismo doctor *honoris causa* e irse preparando poco a poco el camino para el premio Nobel, entonces, qué duda cabe, no hay otro modo: la memoria de todo un pueblo descansa sobre la silenciosa, abnegada, inteligente, tenaz, impagable, pura, sagaz, humilde, importantísima labor de los hispanistas. Pero por cada hispanista sensato e inteligente, se tropezará uno con nueve cuyas obras no servirían ni de abono para los jardines del campus, como están dispuestos, por lo demás, a reconocer diez de cada diez hispanistas. Eso se verá cuando se publiquen las actas de este congreso.

No sé cómo, pero me temo que el día 27, que es cuando empieza el nuestro, va a tener uno una oportuna gripe.

¡QUÉ pequeño festejo ese que prepararon con esmero! Durante uno o dos días todo fueron preocupaciones por esa cena de compromiso, «que teníamos que dar», ya sabéis, uno de esos ineludibles actos sociales de los «que no hay más remedio». Hicieron una lista de las cosas que había que comprar, bebidas que faltaban, viandas escogidas, postres especiales. Todo estaba listo, la mesa puesta, los cristales de las copas coloquiando a destellos con los de la lámpara, las servilletas de hilo dobladas con el sutil almidón de las grandes ocasiones. Esperaban solo el timbrazo que les anunciara en la puerta de la calle y esperaban con esa rara impaciencia del que quiere empezar pronto, para acabar cuanto antes. Lo principal de los comensales iba en relación directa con la falta de confianza para con ellos. Pero sonó el teléfono, tres horas antes. Llamaban, «ciertamente desolados», con la esperanza de que la suspensión de la cena aún pudiera no causar demasiado trastorno. Sus negocios, sin duda más importantes que los de los anfitriones, les reclamaban en otro lugar. Era el modo de decir: en otra cena. «En absoluto», mintieron, para seguir el dechado de la cortesía, «apenas habíamos empezado a preparar nada». Todo quedaba aplazado. Les pareció una tregua inesperada que les llovía del cielo, como dos años ganados a la vida. Se sentaron en esa mesa puesta con tanto cuidado, ya distendidos. Se miraron en silencio unos segundos y se echaron a reír al unísono. Al tiempo que, completamente idiotas, se sintieron y recordaron que nunca hay que dar más que lo que la gente espera, merecimientos aparte. Tampoco menos, pero más resulta incluso imperdonable. Retiraron los

cubiertos de los ausentes, pero dejaron los suyos, y dieron cuenta de su cena como si fuesen ellos los verdaderos invitados de sí mismos. El vino, pensado para cuatro, contribuyó a ello, pero encontraron todo mucho mejor de lo que hubieran imaginado, y desde luego pudieron permitirse alabárselo a ellos mismos, cosa que no hubieran podido hacer en presencia de los invitados. Fue sin duda una de las cenas más deliciosas a las que habían asistido en mucho tiempo.

LA otra mitad del día se la llevó la biografía de María Lejárraga, que fue una mujer admirable. Ah, se decía uno, cuánto habría dado por haber conocido de cerca a una mujer como ella, con un corazón tan puro, con el alma limpia, con la generosidad siempre a mano como un monedero lleno. Su anonimato, su sacrificio por amor, sus luchas en pro de los derechos de la mujer, su conciencia civil, su entrega a los demás… Y su buen humor siempre, en medio de las peores circunstancias personales e históricas. ¡Cómo llevó la historia de su marido y de la Bárcenas! Cuando terminé de leer la biografía fui al rincón en el que estaba colgado el dibujito de Barradas de la Bárcenas, comprado en una tienda de postales, y lo descolgué para siempre, en reconocimiento a María Lejárraga.

Se ve que en esas horas que siguieron a la lectura estaba uno todavía muy impresionado por su vida, por la vida de aquellos seres que terminaron siendo tan desdichados, que acabaron, ellos, que lo tenían todo, un poco en la miseria lampante, en la colaboración mal pagada, en la angustia, en la ilusión, en la demencia de las irrealidades.

Cuando un escritor como uno lee biografías como esa, no lee libros, sino que parece estar consultando augurios.

Las cartas de J. R. J. que se reproducen en el libro son muy bonitas. Se las escribieron en los años diez y antes, cuando casi casi estaban enamorados uno del otro, sin decírselo jamás (¡eso nunca!).

Por la noche saqué algunos libros del poeta. «Y se quedarán los pájaros cantando». Hacía mucho tiempo que no sentía uno de pronto ese arrebato de lector, que se entrega desmedidamente a su pasión. Estuve hasta bien entrada la madrugada leyendo a mi poeta. Cada uno de sus poemas era nuevo, cada una de sus palabras parecía recién montada en una diadema nueva, que fulgía con brillos desconocidos. Hacia la una, M. cerró su propio libro, apagó

la luz de su lámpara, se acurrucó a mi lado y se quedó dormida. Debió ver el grado de ensimismamiento en el que había caído y ya, con los pies en los estribos del sueño, más de aquel lado que de este, me dijo, no te preocupes por mí, sigue leyendo. A la media hora yo mismo me sentía un poeta modernista, como me sentía con siete años Jeromín, con los mismos bríos que se sentía a los diecisiete Julián Sorel o a los treinta el príncipe Andrei. La amada idea de la que hablaba el poeta estaba allí, confundiéndose con la amada real, que dormía a mi lado, la suya inalcanzable, la mía perdida para el sueño, una vigilante, otra durmiente. Se sentía uno como enloquecido, delirante, transportado no sabía dónde. Sin poder detenerse ni apartar los ojos de esas páginas. Imbuido de la época, de los poemas, del amor, de la vida desgraciada de aquellos seres, de mi propia desdicha de no sentir desdicha en ese instante y poderme igualar a ellos. ¡Qué triste la carta de María Lejárraga a J. R. J. cuando a este le dieron el Nobel! Triste y alegre. Vivía sola en Argentina. Y recuerda, ¿qué? Lo felices que habían sido y… ¡todo lo que no se dijeron entonces!, silencios que a ella le habían acompañado siempre. Yo mismo parecía un joven también, sin sueño, desvelado por la fiesta pánica de la poesía. Si me hubiera levantado de la cama en ese momento y me hubiera acercado al balcón habría visto girar sacudidos por su fiebre a todos los astros del orbe, y encima, la luna de los poetas, la luna llena de las ilusiones incumplidas. No hubiera podido suceder de otro modo. Al leer esos poemas, mis labios se movían como si musitaran una oración, como azota el viento unas hierbas antes de la tormenta, que parece que las va arrancar de la tierra. Y así, la poesía parecía también que me iba a arrancar de la cama, y llevarme por los aires, en otro giro de fuego. Pero no. Allí seguía uno, estremecido, casi avergonzado de una felicidad que brotaba de la desdicha del poeta, reviviendo una juventud definitivamente perdida en otros, ya muertos.

Hacia las cuatro de la madrugada cerré el libro. En realidad no sabía qué es lo que había estado sucediendo durante esas horas.

Por la mañana tenía que contárselo todo a M. ¿Cómo no contar algo así, tan extraordinario, tan sin pensar? Pero apenas había tiempo, porque había que llevar a G. al colegio. Tenía que relatarle todo lo que había sucedido mientras ella, ovillada, dormida a mi

lado, sin haberse desvelado un solo instante pese a que la luz estuvo encendida durante tantas horas, todo lo que el poeta, por mí, que lo leía, le decía, desgranando aquellas coronas de mirto y de rosas, sin avergonzarse de que fuesen mirto y rosas, de esa cursilería de tejer a estas alturas coronas de mirto y de rosas.

Pero sucedió entonces una cosa muy rara. Se lo estaba contando, y la idea del exilio de María Lejárrega me hizo ver con meridiana claridad un hecho que ninguna relación guardaba con lo anterior. Le dije, la próxima novela que escriba será sobre el Sinaia. ¿Y eso qué tiene que ver con lo que me estabas contando?, me preguntó. Le dije que nada y todo. Es decir, yo hubiera podido ir de estas a las galerías que comunicaban ambas realidades, pero no era fácil de explicar. Fue como si sintiera algo muy raro, el imperativo categórico, como una voz que decía: ha de ser sobre el Sinaia. Si Yaveh se pasa medio Antiguo Testamento comunicándose de ese modo con los nómadas y los pastores, y estos le hacen caso, no se sabe por qué razón uno no fuese a seguir la voz que oyó esta mañana.

Por eso ahora, sin saber a ciencia cierta qué relación tienen unas cosas con otras, y cómo nos llegan rodadas, vive uno momentos de una agitación desconocida hasta el momento. Claro que no quiere uno sutilizarse con sentimientos que acaso le vienen grandes, ni con revelaciones de esas que tienen poetas del tipo Rilke asomado a los acantilados del Adriático, en el castillo de Duino. Nada de ángeles con espada flamígera. Todo se da aquí de manera más modesta, como si los de uno fuesen sueños de secano, de la estepa. Lo único que se ve, de manera no menos confusa, es la claridad final de la tormenta, entre nubarrones negros, de la obra bien hecha. Bien hecha, porque ni siquiera es uno quien la ejecuta.

ERA mañana cuando tenía que acudir uno a lo de Venecia. Las aguas no han hecho más que crecer en ese pueblo, y la ola de frío ha alcanzado unas proporciones alarmantes, que tendríamos que estar hablando de maremoto glacial. Ha sido mucho más trabajo, porque he escrito mi ponencia, y se la he enviado por fax. La respuesta de los organizadores ha sido seca, casi antipática. El otro día, al aventurar el no, que boté como el buque de la gripe en las procelosas aguas del hispanismo, ya pusieron mala cara. Se la vi por teléfono. Hoy, cuando les comuniqué que ese buque había criado y

que era ya flotilla (gripe, faringitis, bronquitis, náuseas y principio de neumonía), reaccionaron más secamente. Les habría gustado que estuviésemos en tiempo de guerra, para aplicar la pena de muerte a los desertores. La ponencia es cosa clara que no les ha gustado lo más mínimo. Al principio no caí en la cuenta, pero ahora ya no tengo la menor duda. El congreso lo paga el Ayuntamiento que está regido por comunistas, y uno se pasa seis folios comparando a escritores comunistas y falangistas, cuyas retóricas y modos de actuación fueron a veces tan parecidos. Cierto que podía ir uno y defender esa ponencia allí, como un héroe, frente a cincuenta hispanistas para quienes la guerra civil sigue siendo un asunto de buenos y malos. Pero no, que hagan, que escriban, que inventen lo que quieran. A los hispanistas de dentro de cincuenta años no les va a caber la menor duda de que los comunistas y falangistas eran en 1936 cosas opuestas, pero muy parecidas. De momento, tendremos que bregar con las ideas viejas.

LOS Rastros de estos últimos meses tienen, añadido, el aliciente de que nos encontraremos al poeta social. Antes no eran tan divertidos ni inesperados. Ahora, al principiar la jornada, nos preguntamos todos, ¿dónde se habrá metido, nos morderá, nos silbará?

Habitualmente es lo que hace. Nos ve, se pega a nuestra espalda y principia, silbando, una canción, por lo general la misma que modula el malo en la película de *El vampiro de Düsseldorf*.

Y ayer así procedió. Nos descubrió mientras mirábamos un montón de librejos. Nos siguió durante veinte minutos. Hiciéramos lo que hiciéramos, lo teníamos detrás, a menos de un metro, con esa silba obsesiva, pegadiza, agorera. Nos parábamos, y se paraba él. Emprendíamos la marcha, y él se ponía en movimiento. A veces pegaba una pequeña carrerilla, o dos zancadas, nos desbordaba por el flanco y se quedaba a un metro de nosotros. Esto es lo que más le gusta hacer, tanto para recordarnos que sigue alerta como para advertirnos de que vayamos donde vayamos ha llegado él antes. En ese caso se produce el encuentro desagradable y, sí, la sensación de que lo tenemos delante a todas horas, viniendo detrás. Es una cosa bien rara que un poeta lírico como él, tan sensible, se haya vuelto loco por una tontería. Podríamos ensayar entonces una rápida retirada, para intentar despistarle y perderle de vista, pero sigue

entonces todos nuestros movimientos con el rabillo del ojo, para salir pitando en pos nuestro, en el caso de que llevemos la delantera. Dan ganas de llegarse a un guardia y denunciarle, mire usted, este señor, que no conocemos de nada, nos lleva siguiendo media hora y no sabemos si es que quiere robarnos o la sodomía. J. M., tan en el orden siempre, le hace desistir a uno, porque ese sería, arguye, el gran éxito de nuestro perseguidor.

Confesado por él a los libreros con los que aún tiene trato, viene de su casa con dos o tres primeras ediciones, que pasea debajo del brazo, para darnos envidia. A J. M. le irrita mucho más que a mí, que lo encuentro gracioso. El otro domingo al pintor J. C. se le ocurrió que podríamos traernos nosotros también una primera edición de alguien, un ejemplar bien llamativo, no sé, de Lorca, de Machado, de Juan Ramón, un libro de más de veinte mil duros; haríamos un agujero en el libro con una lezna, pasaríamos por el agujero un sedal de nylon y lo dejaríamos en el montón de libros, bien visible el señuelo; cuando ese hombre se lanzase en plancha a por él, tiraríamos del hilo, y se quedaría con tres palmos de narices. Estaría bien, desde luego, pero eso solo se puede hacer cuando uno se ha vuelto loco también. Sin estar loco, y una vez que se ha contado, debe de ser bastante deprimente.

Después de seguirnos durante media hora, desaparece. No sabemos cómo lo consigue. Parece fundirse con el éter, como los extraterrestres, y esfumarse hasta el domingo siguiente. Nos han dicho que empalma con el Rastro de Tetuán de las Victorias, a donde va corriendo. Es un caso extraordinario. Creo que valdría la pena escribir un relato sobre él. Sin duda.

AYER a mediodía, a una hora inesperada, me levantaron de la mesa media docena de timbrazos intempestivos, contundentes, inapelables.

Desde el portal, por el telefonillo, G. trató de explicarme algo, pero rompió a llorar entre convulsiones dramáticas. Me asusté mucho, a pesar de que hubiera venido por su pie desde el colegio, pero en ese momento no pensé que había venido andando, solo que no estaba en el colegio, de donde no les dejan salir hasta las seis de la tarde, y que ello únicamente podía obedecer a una causa grave. Quería explicarme por el telefonillo la razón por la cual se había presentado en casa a esa hora, pero las lágrimas se lo impedían.

Parecía que fuese a ahogarse, entre aquellos violentos sollozos. Le pedí ante todo que se tranquilizara y que subiera. Yo mismo salí a la escalera para recibirle. Al verme de nuevo volvió a llorar con todo el cuajo y sus hipidos trataban de romperle el pecho.

Llegaba acalorado, como si hubiese venido corriendo la maratón, el rostro literalmente arrasado por las lágrimas y la naricilla cuajada de perlas de sudor.

Por la mañana se había ido al colegio con una pequeña colitis y algunos retortijones. Volvía del colegio sin abrigo y sin cartera, y de pronto pensé que una cosa y otra tenían que ver. Así que, sin dejar de hipar y dando mil rodeos, explicó que cuando estaba haciendo pis no había podido controlarse, y había manchado sin querer los calzoncillos y un poco el pantalón. Estaba hundido, humillado, abatido hasta lo indecible.

Cuando comprobó el alcance del desastre, presa del pánico, se escapó del colegio, sin decirle nada a nadie, y vino corriendo a casa. Traía los calzoncillos envueltos en unos trozos de papel higiénico y metidos en un bolsillo.

Pero todo el rato, para hacerse más hombre, aseguraba que en realidad el episodio de los calzoncillos no era el que le había arrastrado hasta casa, sino que sentía unos retortijones verdaderamente terribles en la tripa.

Tuve que telefonear al colegio para explicarles la ausencia. Estaban ya buscándole por todas partes, alarmadísimos. Naturalmente había que decir la verdad, mientras G. me fulminaba con la mirada al oír los pormenores, y me hacía muecas de furia por entrar a saco en su intimidad y ponerla al baratillo delante de todo el mundo.

Yo le dije que el telefonista no era todo el mundo y pude explicarle también que la intimidad no era eso. Tardó dos o tres horas en calmarse. Luego toda su preocupación era saber qué le diríamos a su profesor. Desde luego, todo antes que declarar aquella verdad que le humillaba tanto.

Por más que le decía que eso había sido un accidente, en el cual él no había tenido ninguna responsabilidad, por más que argüía para que comprendiese que la verdad acaba siendo mucho más convincente y por tanto comprensible, sobre todo en un asunto tan grave como era el escaparse del colegio, no se mostraba dispuesto

en absoluto a transigir.

Es muy probable que cientos de momentos de su infancia, felices y plenos, estén condenados a desaparecer sepultados por el olvido, en tanto que este, nimio, poco airoso y muy doloroso para él, lo recuerde toda la vida. Por otro lado podría verse en él su parte de moraleja, en nuestra propia vida, con nuestros calzoncillos manchados y los momentos de pánico que a menudo vivimos cada día. Pero es mucho mejor dejarlo todo tal y como la vida lo trajo hoy. Por suerte para él, el resto de la tarde sufrió terribles retortijones que iban dejando el tropiezo en una consecuencia lógica, algo así como una fuerza del destino que no hubiera podido soslayar.

POR la tarde le llevamos los tres grabados recién estampados. De cada uno, cincuenta ejemplares.

Yo los iba numerando y él los firmaba. Bromeábamos. Parecíamos ministros firmando documentos. Son tres grabados bonitos, un vaso con un perejil, una mujer desnuda sentada en un tocador, y una bailaora.

Pensaba, dentro de cien años, cuando alguien se tropiece con uno de estos grabados, tendrá, sin saberlo, el pequeño trazo que uno dejó en él, esta tarde de noviembre. Ni siquiera sabrá que fue uno quien puso ese número, pero en él estaré yo, y en sus ojos, mientras lo mira.

—Dentro de cien años ya soy algo.

No me lo quiso tomar en serio, tanto porque él se halla más cerca de esos cien años que uno, como porque no le gusta que nadie se valore en menos de lo que es. Sin duda le parece una recaída mucho más grave en la vanidad el bajar a lo menos, que el subir a lo más. Cada uno en el rellano de su escalera.

LLAFRANC es un pueblecito de pescadores. En realidad era un pueblecito de pescadores. Ahora es un complejo conglomerado de casas y hoteles para turistas. En uno de estos, que lleva por nombre el mismo del pueblo, ha dormido uno esta noche. A pesar de tener cerrado el balcón, se oía el jadeo del mar, el rumor ahogado de las olas rompiendo en la pequeña playa. Ese ruido, para los que somos de tierra adentro, es un sonido grato, pero enigmático e ineluctable, lo mismo que el canto, por llamarlo de ese modo, de las gaviotas. Esos gritos, que son en sí mismos una cuchillada, parecen la

estupidez misma, si se comparan con los parloteos de un mirlo, y no digamos con los coloquios de un ruiseñor, pero en absoluto son incompatibles con la belleza del pájaro cuando está en alto, con las alas extendidas, midiendo con ellas el azul del cielo y animándonos como si al fin nosotros también hubiéramos avistado tierra firme.

El de esta mañana era verdaderamente azul, vagamente velado por un tul nunca mejor dicho inconsútil, lleno de matices opalinos, con vetas rameadas de reflejos dorados y cobrizos. El sol, con algún esfúerzo, se insinuaba dentro de sus propios contornos de astro retirado a los cuarteles de invierno.

Es bonito un pueblo que vive del verano, del veraneo y de los veraneantes, en pleno invierno: el hotel vacío, literalmente vacío (soy el único huésped, y hoy, me han dicho, esperan a otros dos), las calles vacías, muchas tiendas cerradas y las caminatas, arriba y abajo, por el corto paseo marítimo, de media docena de viejos jubilados de aspecto nórdico que ni siquiera tienen ya curiosidad por hablar con la media docena de jubilados indígenas.

Qué agradable es viajar en estas condiciones, fuera de temporada, con los gastos pagados, con todas las cosas organizadas por otro. En el aeropuerto de Gerona le esperaba a uno ya un coche de alquiler para toda la semana, y los contactos aquí funcionaban a la perfección. El nombre de *El País* iba abriendo todas las puertas de una manera natural. Ahora comprende uno la razón por la cual a muchos de los periodistas de ese periódico el nombre se les sube a la cabeza como un fino destilado. Cierto que hubiera tenido donde elegir, pero me habían alojado en la mejor habitación, frente al mar, abrieron la cocina cuando pedí una tortilla francesa para cenar y me la subieron a la habitación, cuando así lo sugerí, pese a que no era costumbre de ese hotel servir cenas ni desayunos en las habitaciones. Pero deseaban agradar, convencidos de que uno era de esos periodistas que envían los periódicos para ir poniendo puntuación a los restaurantes y a los hoteles.

Yo había quedado con un viejo amigo nuestro, buen conocedor de la región, no solo desde un punto de vista geográfico, sino literario, por haber veraneado en Llafranc desde que era un niño, en la casa familiar, y por haberse leído todo lo que sobre ella ha escrito Pla.

Como persona nuestro amigo es muy planiano. Tiene una

profesión que le hubiera encantado al escritor: corredor de comercio. Su talante, a la altura de la correduría comercial, asombra por lo ponderado. Es un hombre que se ha casado cumplidos los cuarenta años, no pierde nunca el aquilatado sentido que tiene para tasarlo todo en su justa medida, sin pregonar el género. De ese modo no podría decirse de él que sea catalán; tampoco se diría que es español. Para los catalanes, seguramente, es demasiado españolista, y para un español, solo podría ser catalán. Se ríe a menudo de los excesos de la política catalana, de los políticos catalanes, del patrioterismo nacionalista, pero conoce como nadie la historia, la literatura, la lengua de su país. Le gustan las pequeñas anécdotas, los restaurantes buenos y si ve pasar ante él una mujer guapa se limita a menear la cabeza significativamente, dando a entender que ante ciertas realidades irrefutables las palabras salen sobrando.

Como tardaba mucho en casarse, los amigos le preguntaban: ¿por qué no te casas? Vas a ser un solterón. Él se sonreía de medio lado y hacía sonar en el tubo de cristal los hielitos de la vida sibarita. Ese vaso de *whisky* en él es, parece a primera vista, meramente decorativo. Le ha visto uno con él en la mano, agitándolo, para perfumar el ambiente, pero jamás le hemos sorprendido bebiendo una gota. ¿Por qué lo pide, por qué se lo sirve? Otro de los misterios de su vida, que su cabezada tampoco resuelve. Cuando al fin se casó, los mismos amigos que le habían estado preguntando para cuándo pensaba dejar lo de casarse, trataron de impedírselo: ¿Para qué te vas a casar, con lo bien que vivías? X volvía a sacudir la cabeza, como diciendo: Si yo te contara… Se sonreía vagamente, hacía chocar los cubitos de hielo en las paredes de cristal de su vaso, y sonreía. A veces responde también con alguna cita culta, de verdadera cultura, me refiero: Suetonio, Tácito, Taine, Tocqueville, citas muy poco literarias de elevadísimas esferas reservadas únicamente a los miembros de un club muy exclusivo, citas todas que llegan a este mundo encuadernadas en piel, con tejuelos colorados.

Teníamos una cita en el mismo hotel Llafranc. Venía desde Granollers, donde tiene el despacho. Los amigos, viendo lo mucho que gana y lo poco que trabaja, suelen decirle también, ya casado, lo mismo que le decían de soltero: Fulano, hay que ver qué bien

vives. Como sabe que es una galantería, no lo desmentiría nunca, por las mismas razones de economía vital por las que no se habrá visto a una mujer que desmienta el piropo con el que alguien acaba de obsequiarle. Así que él vuelve a sonreírse de medio lado, sin dejar de mirarle a uno a los ojos, sacude la cabeza con cierta elegancia, y ni siquiera se molesta en decir ni sí ni no, sino un poco compromedetor «se hace lo que se puede».

Teníamos que acercarnos a Llofriu, el pueblecito donde Pla tenía la masía. Aquí todo está al lado de todo, comunicado por unas carreteritas recién asfaltadas, con los arcenes limpios, en medio de paisajes más o menos idílicos. Es de suponer que, durante la obturación turística, las arterias públicas estarán congestionadas. En invierno presentan un aspecto inmejorable, desérticas, sin más tráfico mecánico que el tractoreo, con pinos reales a uno y otro lado y casas discretamente veladas por los árboles.

El padre de nuestro amigo era, como él, corredor de comercio, conocedor de las sólidas fortunas de la comarca, la mayor parte de las cuales han tenido que ver con el corchotaponismo.

Parece mentira que existan ciertos negocios, que la gente no solo pueda ganarse la vida con según qué industrias, sino hacerse inmensamente rica con ellas. Uno no sabía nada de los corchotaponeros hasta hace unas horas. El nombre en sí es un poco ridículo, pero al mismo tiempo resulta de una realidad contundente, insustituible también para la novela realista. Hoy es probable que un niño se resistiera a confesar que su padre era corchotaponero. Quizá no, si hubiesen hecho con el corcho además de tapones otras cosas, videoconsolas por ejemplo. Yo no conozco a nadie que se dedique a fabricar palillos de dientes. Se supone que los palillos salen de las sobras de la madera, después de haber hecho con ella barcos, mesas, traviesas para el tren. Talar un bosque entero para hacer palillos de dientes sería tan absurdo como ser únicamente fabricante de relojes de cuco. Si se es relojero, acaba uno haciendo otra clase de relojes, aunque solo sea para el gasto de la familia. El corchotaponero, no; el corchotaponero solo hacía tapones, dos o tres clases de tapones, unos mejores, de los lomos del corcho, otros de las virutas, con una cola, y otros de peor calidad, pero todo sin salir del modelo tapón.

En el país la gente atiende mucho a lo que tiene. El valor

catastral es el fundamento de esta sociedad, eso se ve de lejos. El Registro de la Propiedad viene a ser, de ese modo, como el arca de la alianza, sobre lo que descansa todo el régimen de este pueblo. Es sabido, cuando Pla tenía un compromiso con alguien a quien quería mostrarle la región, lo llevaba a Pals, un pueblo levantado en lo alto de un otero. Allí, desde la eminencia, le mostraba la extensa planicie que iba dulcemente, a lo largo de muchos kilómetros, a morir al mar. Todo bien cultivado, dibujadas las propiedades con la minuciosa paciencia del arado y el cartabón de los agrimensores, los huertos, las masías, las alquerías, los cultivos, como en una inmensa colcha de *patchwork*. El panorama es ciertamente bellísimo, tantos verdes combinados, tantas vesanas avanzando y retrocediendo con la cadencia de los versos de las *Geórgicas*, la majestad de los cipreses sembrados aquí y allá y la tranquilidad de los pámpanos de las viñas derramándose hasta la misma playa, para confundirse con la espuma de las olas. En aquel alto, al pie del baluarte de la muralla palsiana, Pla hacía contemplar el paisaje al visitante. Observe bien, decía a continuación. El visitante esperaba quizá de un escritor como él el comentario lírico, virgiliano, pero esas efusiones líricas Pla las dejaba, si acaso, para el artículo pagado del periódico. Allí, como la frase de un gran cínico que podría aspirar a ser Goethe, añadía: «¿Ve usted todo eso? Pues ni una hipoteca». Siempre sostuvo que el principal rasgo del carácter ampurdanés era la afición de estas gentes a estar al corriente de los pagos de la contribución.

Así que el valor catastral y las cuentas al día, en la contribución en el Ampurdán vienen a ser como el Código del Honor entre los caballeros de la Mesa Redonda, según Pla.

Nos esperaba el sobrino de Pla en la puerta de la masía. Esta es de sobra conocida para sus lectores, bien porque muchos de los retratos que le hicieron, se los hicieron delante de la casa, bien porque la han fotografiado muchas veces los periodistas, para ese reportaje eterno que se hace de las cosas.

Para uno de esos reportajes eternos, repetidos y previsibles, es para lo que le han contratado a uno. Es una especie de cruz, esta de escribir de los escritores de segunda fila. Que no se ofenda nadie. Uno cree que Pla es un escritor en cierto modo extraordinario, un retratista único y un paisajista finísimo. Pero que Pla es un escritor

de segunda fila viene probado en esto: si fuera de primera, el reportaje se lo habrían encomendado a otro. Hoy por hoy, la categoría de Pla es esa. Acaso, por la tarea de algunos, le veremos ascender en el escalafón, y para entonces el reportaje se lo encargarán a alguien de la JSSLE (Junta Suprema de Salvación de la Literatura Española). Si a Pla se le compara con los escritores actuales que escriben en catalán, es, sin duda, una figura de primerísimo orden, el Goethe del Ampurdán, como decía, y si aplicáramos el mismo metro con el que medimos a nuestros contemporáneos, Pla sería inmenso, inaccesible.

No obstante a uno le gustaría que le encargaran del periódico un reportaje sobre Galdós, sobre Juan Ramón Jiménez, sobre Stendhal, sobre Unamuno. Pero los responsables de los periódicos consideran que unos reportajes sobre esta clase de escritores estarían mejor en las revistas universitarias de filología.

Entre los escritores de segunda fila, a Pla no le iguala nadie. Tiene algunos defectos, pero ¿quién no? Está esa idealización un tanto ridicula del dinero, que venera como un comisionista, y las ideas tan tontas sobre las mujeres, la mayor parte de las veces equivocadas o fundadas en experiencias personales sin el menor valor objetivo, algo así como un «como a mí no me gustan las mujeres flacas, las mujeres flacas no les gustan a los catalanes, que se pierden por las gordas».

También es cargante esa especie de cinismo barojiano que Baroja acuñó en la conocida frase «lo importante es pasar el rato». Lo importante no es pasar el rato, eso lo sabe todo el mundo. Que uno acabe no teniendo otro horizonte que ese, es cosa bien diferente. «¿Hay algo en nuestra vida que no haya sido un pretexto para perder el tiempo?», se pregunta Pla en alguna parte. Pues sí, hay muchas cosas en la vida que no son ese pretexto.

Pla es un hombre que salvo algunas efusiones es muy parecido al corcho, sensible únicamente a las gambas de Palamós, los guisantes de Calella y las sardinas de La Escala. De él mismo es incapaz de decir nada serio, sin máscara, sin la pose de los sin pose. Pla, como Baroja, es mucho más personaje que persona, y eso, para un personaje, es siempre muy mala cosa. Tampoco escribió nada de lo importante de la vida española o catalana del franquismo. Cuarenta años sin decir nada que le comprometiera, no con la

censura, sino consigo mismo, son muchos años. Ni de la guerra, ni del franquismo, ni de Franco, ni de los catalanes que hicieron dejación de su lengua, como él. Cuarenta años sin escribir de todo eso, padeciéndolo, es cosa extrañísima. Sánchez Mazas tampoco escribió nada de esos asuntos, pero eso es explicable en él de dos maneras: porque estaba de acuerdo con todo y porque era, desde un punto de vista literario, esquizofrénico. Pla no. Pla quiere ser testigo de su época. Pero al final se le lleva a juicio como testigo de cargo y parece que no ha visto nada. En fin, un desastre desde el punto de vista del hombre. Y desde el punto de vista del literato, escribir treinta mil páginas de memorias y no recordar nada incumbente de verdad es, cuando menos, chocante. Quitando también que no entiende una sola realidad superior que tenga que ver con los sentimientos, el de la música, el de la poesía, el de la novela, el de la pintura (solo parecen interesarle los pintores y los artistas cuando son catalanes, y un poco como él, Manolo Hugué, Rusiñol, Casas, Dalí, burgueses llenos de buen juicio y el vuelo corto, bajo y seguro de las codornices; cuando no es así, no se toma ni siquiera la molestia de hablar de ellos ni de ir al museo), quitando esas pequeñas limitaciones, repito, todo lo demás en Pla es muy bueno. Empezando, por descontado, por sus famosos adjetivos, extraordinarios y atinadísimos, canjeables por literaturas mucho más estudiadas y célebres. Luego está esa frase suya de que lo más valioso de un escritor son sus escritos biográficos: «La mejor literatura hecha por los literatos (a mi modesto entender) es la que han hecho sobre sí mismos». Eso es de una ingenuidad absoluta, que ni siquiera redime ese poco sincero «modesto entender», como cuando el escritor de artículos sostiene que en literatura lo más valioso son los artículos, o el que escribe diarios, los diarios, o el que escribe estreñidito, que no hay nada como escribir libros cortos, porque escribir corto es más difícil que escribir largo.

Todas estas ideas las repitió uno allí, delante del sobrino, sin mentirle y mintiéndose uno lo menos posible, mirando para otro lado, cuando era menester.

La propiedad donde se levanta la masía de Pla tiene unas treinta hectáreas. La mitad, de labor; la otra mitad, de pinos. La labor rodea la casa, forrajes, maíz, alfalfa, colza.

La casa es importante, grande, muy grande para un hombre solo,

y ha estado durante muchos años un tanto decrépita.

El sobrino nos contó la historia de ese caserón. Esas historias suelen ser siempre interesantes, entretenidas, aunque al rato las olvide uno. Si la casa tiene ciento treinta años sale de ella, como mínimo, una novela de quinientas hojas, con la saga de tres generaciones.

La masía, al principio, hacia 1850, era una casa modesta de dos plantas. La filoxera acabó con las viñas francesas y vinieron los vinateros franceses a comprar al Ampurdán la uva. El negocio, durante unos años, en permanente ascensión, producía una nata ganancial limpia y cremosa. Fruto de aquellos negocios y de la prosperidad que conoció la región, fue el segundo cuerpo que se le añadió a la casa, cuatro o cinco veces más grande que el primitivo. A los pocos años la filoxera pasó los Pirineos y atacó con espíritu vengativo a la insolidaria viña ampurdanesa, y la miseria rondó de nuevo al estamento payés. Hubo entonces que arrancar las cepas y volvió la antigua economía, de una modestia dolorosa.

Hasta que Pla murió, hace ya unos años, había en la parte baja una docena de vacas. Siempre las hubo. El olor a establo aún no se le ha ido del todo, ese olor en el que se mezcla el del heno seco, el de las algarrobas y el del estiércol, sublimados los tres por otro agrio y dulzón, al mismo tiempo, de la leche recién ordeñada, espumosa y caliente. Es un olor grato, tibio, confortable. Juan Ramón, que era un poeta delicado y de ciudad, pero con mucho de vida rústica, sabía de lo que hablaba cuando relacionó dos universos aparentemente tan alejados: «Olor a establo y madre».

El sobrino estaba orgulloso de su tío, y en su honor nos mostró el Mas Pla, sin olvidar un solo rincón. Desde que lo heredaron, han obrado en él con muchas mejoras. Pla no quería gastarse los cuartos, y las mejoras le parecían en general de estas dos clases: innecesarias o superfluas.

Pese a esas obras, la casa sigue siendo inhóspita, tan vacía, con esos muebles que no valen mucho, con las esterillas de esparto, para quitarle el frío a los pies, las habitaciones grandes y desangeladas. Las vistas, en cambio, desde aquellas ventanas, desde aquella altura, eran bonitas, los campos roturados, la masa del bosque a lo lejos, los aperos amontonados junto a un árbol. Claro que eso es bonito sobre todo visto desde una ventana, sentado en una butaca, metidas

las rodillas debajo de una manta y con un libro en la mano en el que poder leer cuando la visión sostenida del agro nos aburre.

En la primera planta se encuentra una gran sala, de unos setenta u ochenta metros cuadrados. Muy grande, como se ve. Cuento estas cosas en este cuaderno, porque en el reportaje para el periódico esos detalles que le preocupan a uno, a los demás no les interesan en absoluto, y no se podrán contar. En tiempos de Pla era esta sala más bien oscura e inhabitable, a consecuencia del frío y de que las ventanas eran más pequeñas. El sobrino, que es un ferretero barcelonés, fue quien le convenció de que se pusiese calefacción, a cuya instalación se había negado siempre el escritor por considerarla una de esas reformas necesarias pero superfluas. Decía, aquí se ha vivido siempre sin esas «collonades», mi madre vivió sin calefacción y mi padre lo mismo, y no se sabe por qué esas cosas se van a cambiar ahora. Pero cuando el escritor comprobó lo confortable que convertía a la habitación la calefacción y lo luminosa que era, cuando se agrandaron los huecos de las paredes, comprendió que se había pasado toda la vida pasando frío como un idiota, rubricado por una frase memorable: «Está bien esto de la calefacción, eh».

En el extremo opuesto a donde se abren las ventanas hay una gran chimenea. El hogar en el suelo y luego una gran campana, en forma de tiara, bajo la cual se encuentra la mesa camilla en la que el escritor escribió toda su obra desde 1940. Más que una campana, parece la cúpula de una iglesia bizantina o rusa, y tiene algo de maternal, porque puede acoger debajo de ella fácilmente a media docena de personas, como una gallina y sus polluelos.

Que el hombre pasó mucho frío en esta habitación es cosa probada, porque eso fue algo de lo que habló a menudo, con ese resentimiento absurdo por haber nacido en una civilización mediterránea que no tenía nada previsto para combatir el frío como previo y resolvió otros agudos problemas filosóficos o culinarios.

La habitación esa grande es fea. No lo sería si la hubieran puesto de otra manera, con otros muebles, que no son buenos ni son bonitos, comprados por sus padres hace ochenta años una tarde en un bazar cualquiera de Palafrugell, y denotan ese gusto constreñido y doloroso de la economía rural cuando ha querido imitar los gustos de la ciudad, cómodas antiguas de baja calidad, con el barniz

saltado, consolas isabelinas hechas en serie y estampas piadosas de tema bíblico, cromos de un romanticismo ingenuo, ramplón, candoroso. ¿Cómo ese hombre ha podido vivir entre esas cuatro paredes toda la vida solo porque eran las paredes que vistieron sus padres? ¿Cómo un admirador de Proust, de Stendhal o de Valéry pudo pasarse cincuenta años en medio de ese gusto cochambroso? Seguramente porque admiraba a Proust, a Stendhal y a Valéry mucho menos de lo que creía, es decir, los admiraba en los libros, creyendo, como la mayoría, que los libros y la vida son dos realidades muy diferentes. Encima de las cómodas había dos fanales, dentro de los cuales había sendos ramos de flores, solo que hechos a base de conchitas y caracoles de mar, manualidades coloreadas a mano con anilinas de tonalidades gástricas. Todo de un mal gusto de 1880 que no se justificaba ni siquiera por el hecho de haber sobrevivido a la mano justiciera de la Belleza. Quién sabe. Quizá Pla conservó todos esos horrores delante, como hacen los cartujos con las calaveras de sus hermanos, para no olvidar nunca lo poco que somos los humanos en cuestión de gusto y refinamiento, y para afilar su cinismo y descreimiento del género humano.

Pla hacía toda la vida en esa sala, que era la de estar, la de comer, la de trabajar. Su dormitorio estuvo durante muchos años en una habitación que se comunicaba con ella, pero salieron unas goteras y en vez de arreglarlas, lo cambió a otra habitación, de las que la casa andaba más que sobrada, concretamente a la de enfrente, que había sido la de sus padres.

Creo que una persona normal no podría pasar en ella una sola noche. Era de una monstruosidad fuera de toda medida. Si nos hubiesen dicho, aquí hubo un crimen atroz, uno de esos crímenes sangrientos que azotan la sociedad rural cada cierto tiempo, cuerpos despedazados por un hacha, paredes tintadas de sangre, mujeres gordas violadas por el gañán, lo creeríamos, y un juez imparcial habría tenido en cuenta la decoración de aquel cuarto como un eximente serio del crimen; eso, sin la menor duda.

El moblaje era isabelino también, camas de madera de un gusto burgués inadecuado para el campo, y no demasiado refinadas, un lavabo de pie y un armario indescriptible con una hornacina en el centro, a modo de nicho mortuorio, donde había colocada una

Purísima de escayola de más de un metro de alto, pintada con unos colores que seguramente nunca fueron ni ingenuos ni candorosos y sí muy inicuos y chillones. ¿Pla dormía en esta alcoba?, preguntó uno, porque no acababa de creer que eso hubiese sido posible. Sí, había dormido allí los últimos años de su vida. Eso tenía que ser, que le pilló demasiado mayor para principiar la iconoclastia y enviar todos esos trastos al desván. En la cabecera de su cama había colgado otro cuadro grande con santo y virgen. Me pareció que esta le estaba dando un escapulario a un hombre de iglesia. Frente a la cama, en un pequeño paño, una bula papal, de esas que se adquirían en las tiendas de suvenires del Vaticano hace cien años por tres mil liras, asegurando al comprador una buena muerte o, en su defecto, una estancia corta en el Purgatorio. Para ser una persona que no creía en nada de todo eso, sorprendía. Y debajo de ese tálamo con un colchón lleno de bultos, la insolente y descalabrada presencia de un orinal en el que aún parecían traslucirse amarillos retestinados.

De no conocer al escritor, viendo esa casa, yo nunca leería una sola línea suya. Habiendo leído miles de ellas, uno, ahora, no va a tener más remedio que someterlas a juicio distinto. Para algo han de servirle a uno los principios de la ética y de la estética. Ética no solo está en denunciar los fascismos y las tiranías, sino contribuir en la medida de lo posible a clarificar el panorama y quitar de en medio todo aquello que contamine el gusto de la gente. Es así como se ha avanzado, y las civilizaciones se han edificado sobre los escombros de la anterior. Su contribución al arte, incluso a la religión, hubiera empezado por la iconoclastia doméstica y la defenestración de la Purísima. Desde allí, sobre el terreno, aquello significaba, como él hubiera escrito, un ineludible deber cívico. Y hablar un poco, solo un poco, de uno mismo, con sencillez y seriedad, y otro poco del resto, de la misma manera, para volver, luego, sí, a nuestro humor honesto y vago.

El sobrino ha civilizado todo esto un poco. Por un lado, el carácter que la casa tenía en tiempos del escritor, acabará por desaparecer, y eso no estaría bien. Puesto que Pla no acabó con ello, sería bueno que ya lo guardaran tal y como lo conoció él, por lo mismo que de no haberlo destruido en su tiempo, sería absurdo destruirlo ahora. El sobrino ha hecho grandes obras aquí y allá, ha

abierto nuevos huecos, ha tirado paredes, y las diez o doce vacas que había en la planta baja, las ha subido hasta cuarenta, para lo cual las ha sacado de casa. Los establos, pegados a esta, se han levantado de una manera desconsiderada, con techos de uralita y esa clase de puertas y vallas hechas con tubos metálicos huecos, tendejones que producen siempre una dolorosa impresión de provisionalidad, tal y como sucede siempre con los negocios que han de dar un dinerito más o menos modesto.

Detrás de la casa sigue el huerto en el mismo lugar donde estuvo siempre. Es un huerto bonito, con sus cañas hincadas en la tierra, sus tomateras y sus repollos azules, todo en proporciones pequeñas, lo que vuelve más humana tanto ese haza negra como los herrenes contiguos.

De las reformas, la más notable es la biblioteca que el sobrino ha metido en el sobrado de la casa. Ha convertido un lugar inhabitable, en algo acogedor, de madera, con el utilitarismo hacia los libros que tienen las personas que no viven cerca de ellos o que no leen nunca. Las bibliotecas particulares que salen en las películas, no suelen parecerse en nada a las bibliotecas reales de la gente que lee, que carecen de espacio y de comodidad. Al que le gusta leer, se conforma con un rincón y un sillón desfondado. El que no, todo el tiempo que pasa con un libro a solas se le hace eterno, y por esto trata de acortarlo con un buen decorado. Esas bibliotecas hechas por un ebanista, con sus dos alturas, su balaustrada en el piso superior y sus escaleras como de barco, con sus butacones de piel de becerra de color miel o de color tabaco y unos amplios ventanales que meten dentro la luz sesgada de las confidencias y las revelaciones intelectuales, solo las vemos en las películas y, en fotografía, en algunas casas principales de la aristocracia, o sea, en gentes que leen poco. Cuando Pla vivía, tenía los libros, en parte, en un cuarto, que abandonó cuando empezaron a llegar las primeras goteras. Luego entraron las ratas, que buscando grano, aprovecharon para ilustrarse un poco con las letras francesas, que tanto proliferaban allí. El sobrino ha mostrado un gran amor por su tío, y cosas que a este no se le habría ocurrido hacer, las ha realizado con verdadero primor en esa habitación cimera, entre biblioteca y sala de estudio y consulta. Por ejemplo, ha metido los artículos de Pla, recortados de su periódico o de su revista, en unos

álbumes grandes, entre fundas de plásticos, como si fuesen las fotografías de una boda.

Desde el punto de vista de los fondos, esta biblioteca era un poco decepcionante, pero nos informaron a continuación que el grueso de ella lo tienen ahora en la fundación que lleva su nombre. Cuando empezaron a entrar las ratas y a insistir las goteras, le convencieron de que lo mejor sería reunirlos todos en un lugar público. Con eminente sentido práctico, dijo que sí. Se quedó para él únicamente aquellos que precisaba para su trabajo diario o su inmediato uso o aquellos otros que no tenían valor ni para sí ni para nadie. Entre los primeros, por ejemplo, estaban los diarios de Léautaud y los carnets de Valéry. Es muy significativa esa elección. Léautaud, con su misantropía de salón y su lucidez despiadada, o sea como un misántropo cortesano, y Valéry con esa manera de ver la poesía tirando de cartabón y regla. Pla era un escritor frío, en los primeros años humorista, y en los últimos amargo, que es a donde se llega cuando se es humorista; al principio interesado, siquiera fuese por los pujos poéticos de la juventud, en las alondras, y al final, con los huesos destemplados de la vejez, en cómo cocinarlas y en qué compañía.

Antes de ver la casa habíamos estado visitando, por deseo mío, el cementerio donde está enterrado el escritor. Lo enterraron en el cementerio de Llofriu. Se trata de un pequeño corralillo de cuatro paredes, ajardinado y dispuesto con aseo. A los muertos se les ha asignado un nicho, nada de tumbas, que allí no tiene nadie, ni panteones. Es, como se ve, un cementerio muy democrático. La lápida de Pla es muy extraña. Pone en ella su nombre, y debajo, *Escriptor*, como en la tarjeta de visita de un comisionista de pueblo, que espera seguir haciendo negocios desde el otro mundo. Es como si en otra hubiéramos leído: Antoni Muntades, *Masovero*; o Dr. Pere Esteve, *Médico Analista*.

Desde el cementerio se veían los montes nevados del Canigó, unas bonitas cumbres poéticas, abstractas y lejanas, como han de ser las montañas y los haikús.

La visita al cementerio nos abrió el apetito, que se acentuó con la visión de las cuarenta vacas en la casa de Pla, y un poco más tarde acabamos mi amigo y yo almorzando en un chiringuito de la playa de Calella de Palafrugell. Aunque era domingo, apenas había

gente, parejas de Barcelona, de una edad inconcreta entre los treinta y cincuenta años, sin hablarse, abrigados los hombres con gabanes o chaquetones y las mujeres con la cabeza levantada hacia el sol, cerrados los párpados y el pelo apartado de la frente, con el propósito de broncearse un poco antes de volver a la vida urbana. Las más jóvenes se subían un poco la falda, para prolongar un poco el bronceado veraniego de los muslos y las pantorrillas.

La playa de Calella es bonita, sin duda, pero ya no se parece en nada a las fotografías que se publicaron en la Guía que escribió Pla de la Costa Brava, en los años cincuenta. Por todas partes han construido chalets, hoteles, urbanizaciones más o menos camufladas entre los pinos y los jardines de nuevo cuño defendidos de la calle por paredes altas rematadas con buganvillas.

Las olas rompían en la punta de los zapatos y aquel sol sin fuerza hacía que los camareros se movieran también un poco como lagartos que salen o entran en el letargo, decididos a no traer los platos y las bebidas sino muy espaciadamente, con el único propósito de echarnos a perder el día. Pero teníamos la compañía de las olas que nos aliviaba bastante de la visión del resto de comensales que se entregaban con una pasión impropia a sus paellas y sus peces fritos desde lo que nos parecía a nosotros el principio de los tiempos.

¿Cuántas personas podrían estar ahora, en diciembre, en esta playa, como estaría un rey, como no puede estar un rey?, nos preguntábamos. Bien, pero se conoce que esa constatación nos parecía insuficiente, y aspirábamos a ser servidos por un camarero que acabó aprendiéndose una ruta nueva entre las mesas que dejaba la nuestra muy apartada de sus itinerarios.

Cuando acabamos de comer, se habían esfumado todos los parroquianos. La desolación del lugar era grande. Las olas se oían con más nitidez, con mayor desesperación, con asma. Parecían talmente que venían a expirar a la playa, pues oíamos de ellas ese último estertor de los moribundos. Solo quedábamos nosotros. Estaba anocheciendo, de modo que, de haber querido, nos hubiéramos podido hacer la ilusión de que estábamos cenando. También, si lo hubiésemos deseado, podríamos habernos quedado allí sentados otra hora más para fastidiar al camarero, que, de pie, con los brazos cruzados, y sin dejar de mirarnos con expresión de

impaciencia, nos recordaba que hacía lo menos una hora que su horario laboral estaba sobrepasado. Nos compadecimos del sufrido gremio de hostelería y allí mismo nos despedimos, mi amigo salió hacia Barcelona y yo hacia Jafre, un pueblecito ampurdanés, a las orillas del Ter, donde me esperaban
B. y D.

Llegué justo en ese momento crepuscular en el que se llena todo de sombras convictas, serias, con unos ribetes tanto poéticos como dramáticos. Dejé por confusión el coche un poco lejos y tuve que recorrer a pie unos doscientos metros. Al pasar junto a las casas y chalets de los veraneantes, cerradas a cal y canto desde septiembre, salían hasta las verjas unos grandes perros, que ladraban furiosos, y seguramente hambrientos. Sacaban las cabezotas entre los barrotes, y al ladrar abrían unas fauces insondables y negras, confiadas en poder apresar algo de los transeúntes, una mano, un brazo, para paliar su hambre. Los ladridos de unos alertaron a otros, y en menos de cinco minutos daba la impresión de que una mafia completa de polacos asaltaba a la vez todo el pueblo de Jafre. Pero de la misma manera que empezó todo, todo se serenó, y volvieron a oírse unos bichejos nocturnos, quizá mochuelos o cárabos, aunque con bastante acento catalán, tan acusado, que cree uno entender algo, pero presta uno más atención y ha de reconocer con desolación que no puede seguir de corrido esos coloquios.

La masía de nuestros amigos es bien bonita, sólida, restaurada con gusto. Se parece poco a la de Pla. Esta otra es como un caserón de pueblo, al que se le ha provisto de toda clase de comodidades. A la entrada tiene una gran pradera de césped rapado con esmero del que asciende ese perfume característico que, por las noches, va a mezclarse con el olor del humo de las chimeneas encendidas por los alrededores. El mundo de los olores es aún mucho más universal que el de los colores, y se deteriora menos con el paso del tiempo.

La parte baja de la casa, toda ella con bóvedas de ladrillo, tenía todo el aspecto de una sinagoga. Los suelos, encerados, frente a la rústica tosquedad de los muros, blancos, desnudos, formaban una de esas simbiosis sólidas e inauditas, como el café irlandés, con el café hirviendo debajo y el helado encima, algo al mismo tiempo interesante y convincente. Los toscos muros le hablan a uno de un cenobio; ahora, los suelos encerados y las alfombras lo ponían todo

un poco más cerca del serrallo turco.

La vida propiamente la vienen a hacer en la segunda planta, de techos altos y con bóvedas que parecen haber sido levantadas hace doscientos años por un albañil del país al que se le hubiera estado calentando la cabeza a propósito del barroco.

Hablamos mucho de esto y de lo otro. Es un hombre poco frecuente. Le pasa también lo que al café irlandés. Por un lado tiene toda su vertiente creativa, con el teatro, y, por otro, lleva adelante, como haría un escrupuloso fabricante de paños, los negocios de su compañía. Un lado suyo es *bohémien*, otro, en cambio, es de una seriedad contable que asombra. Puede exaltarse, pero jamás se aturdirá. Calcula sus pasos como si estuviese en un ensayo general, sin perder de vista las marcas de tiza en las tablas del escenario. Como la vida no se presta a tales previsiones matemáticas, cada dos por tres le sorprende con actuaciones de este o del otro, que le obligan a improvisar. Y aquí es cuando aparece su genio teatral, en la adaptación permanente a las circunstancias, sin traicionar jamás su pensamiento. Habla de los catalanes con cierta pena comprensiva y paciente, como lo haríamos de un hermano que nos hubiera salido tonto. Solo cuando el hermano tonto hace cosas de listo, pasándose, puede perder los papeles, consciente de que, al fin y al cabo, los vidrios rotos de esa juerga tendrá que pagarlos él. En el momento en el que llegué estaba redactando un informe denunciando a los tribunales, por competencia desleal, al recién creado Teatro Nacional de Cataluña, una obra nacida de la megalomanía de Pujol. Es absurdo, decía con esa desesperación de quien no quiere darse por vencido todavía, hacer un Teatro Nacional de Cataluña, porque en Cataluña no hay teatro ni se ha escrito teatro ni hay nada parecido a un clásico teatral.

Eso no servirá de nada, le dice uno, admirado de verle ponerse enfrente de todo el Estado. Ya, responde inasequible al desaliento, pero no dormirán tranquilos unas cuantas noches y alguna gente se dará cuenta de que son unos estafadores ridículos.

Con B. se está de acuerdo en tantas cosas, que la amistad parece mucho más vieja de lo que en realidad es.

La primera obra que han programado esos idiotas es una sobre el sida, que está de actualidad ahora en un teatro de Broadway, añade. Esa es la idea que tienen de nación, ser como los

americanos, decía en realidad más para sí mismo que para uno, como si continuase redactando su informe.

Su lado de serio fabricante de paños estaba preocupado también por los sueldos que se han puesto a sí mismos los actores de ese Teatro Nacional. Sabe que eso ocasionará una grave inflación en el mercado de los actores y estos, con esas pagas sultanitas, jamás querrán volver a trabajar en ninguna parte como no sea a las órdenes de Ubu Pujol.

Sobre eso de la competencia desleal lo tenemos perdido todo de antemano. El ejemplo de los Premios Nacionales es bien patente. El Estado, a través del gobierno, que elige un jurado, determina qué novela es mejor que ninguna de las publicadas ese año. Todo ello ha sido posible hacerlo con el dinero del contribuyente. Cuando dan a conocer su veredicto, el público acude en masa a comprar la novela premiada. Cuando otro novelista acude a la librería, ve cómo todo el mundo se lleva la novela de su competidor y no la suya, de modo que se siente bastante idiota: paga impuestos para que el Estado diga a los lectores que compren la novela del vecino y no la suya. Pero la gente no acaba de rendirse a la evidencia de este argumento. Si se les pregunta qué pensarían de un Estado que construyera autopistas para unos pocos y condenara a las carreteras de tercer orden a los demás, no saben qué decir.

Estas cosas deberían denunciarlas los intelectuales, pero estos son los primeros interesados en buscarse temas más importantes para la denuncia, como la autodeterminación saharahui, el neoliberalismo o las luchas en las repúblicas balcánicas, bien porque la vida es muy corta, bien porque a todo el mundo le acomoda un dinerito inesperado.

Así que esa conversación quedó agotada cuando se llegó a lo del sueldo de los actores oficiales, que puede llegar, en el caso de las *vedettes*, a las noventa mil pesetas diarias. Con ese sueldo estos actores oficialistas contratarán a la famosa mafia polaca y eliminarán a mi buen amigo, antes que tolerar que el Estado suprima una medida tan inteligente como esa de pagar a los actores cien veces más que a los ingenieros y a los cirujanos.

Cenamos los tres solos. Era muy agradable estar allí, tan lejos de la casa de uno, en un país al borde de la frontera, con personas a las que se empieza a conocer y de las que se descubren solo cosas

gratas, y con gustos tan nuevos y extraños en el paladar. Ella es una mujer muy espiritual, de piel muy blanca y fina, casi trasparente, y habla de una manera muy dulce. La primera vez que la vi tuve la impresión de que con aquel aspecto, lo cocinaría todo con jengibre, como las inglesas. ¿Tiene jengibre esto que estamos comiendo? Me aseguró que no sabía qué cosa era el jengibre, pero yo creo que lo hizo para no hacerse la interesante, así que declaró con modestia que solo llevaba cebolla y una hoja de laurel, aunque era evidente que lo sabroso del guiso procedía del jengibre. Por su dulzura me recordó también a una de las monjas que salen en *Diálogo de carmelitas*, cuando las llevan en una carreta a cortarles el cuello en la guillotina, que van todas elllas cantando el *Veni, Creator Spiritus* con una expresión sonrisueña de dificilísima exégesis, que lo mismo podría haberles puesto la perspectiva de la palma del martirio o unas yemas de Santa Teresa recién paladeadas.

En este segundo encuentro yo estaba más tranquilo, porque ya había visto una obra de teatro dé él y me había gustado muchísimo, aunque no dejaba de ser insuficiente para abordar una conversación de mayor calado sobre el siempre problemático piélago teatral. De los cuadros de su mujer, en cambio, sí, estaba más seguro, porque acababa de enseñarnos algunos en su estudio. Eran bonitos, bonnardianos, de temas muy humildes, unos tazones, unas frutas, una mesa con una servilleta y un plato, en fin, cosas todas muy desprestigiadas después de Duchamp, que agotó él solo, como se sabe, al ser tan inteligente, el arte de los próximos trescientos años. Así que cuando se hablaba de pintura, yo pisaba un terreno conocido, y me entendía muy bien con ambos, cosa poco frecuente entre contemporáneos, con tanta cabeza perdida como hay. Ahora, cuando se hablaba de teatro, yo en realidad no sabía qué caras poner. No quería que se me notase que no tenía ideas muy firmes al respecto, y trataba de hacer, cuando se nombraba alguna de sus obras, una figura lo más bella posible. Debieron darse cuenta y de una manera muy educada en un momento dado se excusaron de no poder enseñarle a uno ninguna obra interesante, aunque conservaban en video una. ¿Cuál?, pregunté yo con interés. Se titulaba, me dijeron, *El Nacional*. No, esa no la he visto tampoco. Dije el tampoco en un arranque de honestidad, porque la última vez que almorzamos los tres juntos, se habló de otras cuatro o cinco que

tampoco había visto. Ese tampoco era como una puerta abierta a la posibilidad de haber visto algunas otras más.

El Nacional era una obra preciosa. Tanto como que fuese bonita, me gustó el que me gustara. Fue como haber recorrido el trecho más importante de la amistad, ese en el que se asienta la admiración intelectual hacia el trabajo del otro. Sin esa admiración no hay amistad que valga entre creadores. Sin ella, tarde o temprano la cosa quiebra. Por esa razón las viejas amistades que le quedan a uno de una juventud en la que lo primordial no eran las obras, acaban siendo tan raras e inestables.

La pantomima tenía mucho de molieresco, pero con un lirismo muy a lo Chaplin, delicado y sutil, y tan fino, que no se le podría casi ni llamar humor.

El cuarto donde estábamos los tres era abovedado también y la clave quedaba encima justo de donde estábamos sentados. De vez en cuando comentaban ellos algún pasaje de los que estábamos viendo, y eso me pareció muy natural, que no hubiera que estar allí de rodillas, por el ambiente, por las bóvedas, por el concepto que pudiera tener de sí mismo. Al contrario, todo discurría sin énfasis y sin retórica, que son los mejores digestivos para una cena entre amigos. Mientras tanto, él fumaba un punto de tabaco negro de aspecto impropio, pero que perfumaba el ambiente de una manera conveniente y sutil.

Salí de aquella casa a la una y media de la noche. Los perros del contorno, más perezosos o dormidos, apenas amagaron unos ladridos tímidos y murmurados, y se respiraba un aire puro y frío, temperado por la escarcha y la media luna que brillaba, con su misterio, en un rincón del cielo.

Sentí, al llegar al hotel, hacia las dos y media, que el celador iba a reñirme, ya que siendo el único huésped, habría tenido que mantenerse despierto para abrirme la puerta. Se levantó dormido, giró la llave de una manera mecánica y a modo de buenas noches intercambiamos un gruñido sin bisagras, que rechinó en el ambiente.

La playa tiene forma de una de esas cuchillas anchas de carnicero que al cortar un filete recuerdan el balancín de una mecedora. El corte vendría a ser la playa, así que cada vez que llegaban a ella las olas, muy mitigadas por lo resguardado de esta

costa, se me figuraba que el agua hacía las veces del acero que le sacaba filo, con el rasrás, rasrás. Bien por el cansancio, bien por el ruido de las olas, bien por una sabia alianza de ambas cosas, el caso es que he dormido mal.

El chasquido de las olas era misterioso. Entre sueños imaginé que se podría bajar el volumen de ese sonido, como si fuera el de un tocadiscos. Cuando vi que no era posible anularlo, decidí sumarme a él y descubrir toda la triste belleza y la bella tristeza que encerraba, y así, entre sueños, fue llegando el día, la soledad del sitio, el mismo invierno.

AYER telefoneé a X, un hombre que vive en Llofriu. Este hombre tiene su historia, como todos, pero, a diferencia de la mayoría, quiere contarla y sabe hacerlo. Lo hizo mientras almorzábamos en una tabernita, junto al mar. Es uno de mis contactos en la región. Parezco de la Cía. Antes me había llevado por los pueblos del Bajo Ampurdán. Pueblecitos medievales, bonitos, muy restaurados, con geranios en los balcones y las paredes de piedra con el dibujo del mampuesto bien perfilado, como en aquellas casitas de papel recortable que entretenían nuestros ocios dominicales.

El país se ha puesto de moda entre ciertos ricos de Barcelona, que han ido comprando casas viejas y las han restaurado, así que ahora, al viajar de uno a otro pueblo, se da uno cuenta de que en realidad lo que han abierto es un campeonato para saber quien tiene la casa más bonita en el pueblo más pintoresco. De ese modo estos pueblos lo que han ganado en conservación y mantenimiento, lo han perdido en carácter. Tienen todos ellos el aspecto de unos zapatos nuevos y rutilantes, que delatan, a primera vista, el nivel social de sus dueños, aunque no acaba de ver uno si serán del todo cómodos o no, si le harán o no rozaduras en el talón de la vida cotidiana. Es probable. El hecho de que en la mayor parte de ellos el caserío se amontone, no significa otra cosa que la promiscuidad social habrá de ser grande, o al contrario, el esfuerzo por mantenerse apartado de todos será demasiado evidente y sostenido como para no distraerle a uno de más importantes asuntos. La posibilidad de vivir en uno de esos pueblos, ante la perspectiva social, le retrae a uno. Cuando uno viaja por la Provenza, tan parecida a esto, y piensa uno, por soñar un poco, en la posibilidad de quedarse a vivir en una casa por allí, acaba diciéndose, acaso a

modo de consuelo, lástima de franceses. La tentación de irse a vivir al Ampurdán queda ligeramente disuelta en las papilas desiderativas con otro lástima de catalanes, y sigue su camino. En la Toscana, en cambio, no dice uno lástima de italianos.

El paisaje, el campo, sin embargo, no tiene discusión posible: es algo acabado, completo, ordenado como para que alguien como Corot pudiera pintarlo por el lado que más se le antojara. Parece estudiadamente dispuesto a tales efectos pictóricos, armonioso y empastado en su justo punto. Las carreterías que van de uno a otro pueblo son igualmente bonitas, serpeantes y aletargadas. Con frecuencia han plantado en las orillas cipreses, que tienen el negro del Císter, y le hacen dudar a uno de continuo, sin saber si está puesto en el camino del cementerio o en el de un jardín toscano.

La historia de X, que había empezado a desgranar mientras dábamos tumbos de una parte a otra de la región, acabó por tomar definitiva forma en el almuerzo. Me decía, mi historia daría para una novela, y lo dejaba así, en el aire, para barnizarla con el suspense. Es una historia como muchas de las de aquí. Su padre fue un industrial de Palafrugell que llegó a acaparar la más importante y potente industria del corchotaponismo mundial, con doce factorías en todo el mundo, en Portugal, Marruecos, Cerdeña, Argentina y sin contar, naturalmente, las seis o siete que levantó en el pueblo y en otro cercano. Pla, que escribió de todo lo que concernía al país, también escribió un artículo sobre el corchotaponismo y sobre los corchotaponeros, desde que Dom Pérignon vino a la región en busca de tapones para sus vinos, allá por 1750, a nuestros días.

La industria de los tapones se fue viniendo paulatinamente abajo, el padre de X no encontró en los hijos el apoyo que esperaba y acabó vendiéndolo todo un poco antes de que España entrara a formar parte del Mercado Común, al comprender que la libertad de aranceles daría entrada en el negocio a muchos otros países.

Ahora no se sabe muy bien de qué vive X. Le han debido quedar unas pequeñas, exiguas rentas, que administra con la prudencia y la sagacidad que muestra el beduino para el pellejo del agua, de modo que cuando llegó la hora de pagar el almuerzo, en el que no se ahorró unos pequeños extras, no hizo ni siquiera esa comedia de llevarse la mano a la cartera, concentrándose, mientras lo hacía

uno, en la pelota de cristal donde le habían servido un coñac francés que parecía traerle recuerdos de tiempos inmemoriales y, por tanto, mejores que los presentes.

Cuando yo esperaba que contase la verdadera historia, de la que se podría hacer una novela, advertí que no daba para más. Quizá la hubiera, pero no la quería contar. No sé, algunos catalanes llevan la habilidad comercial en la sangre. Al finalizar el almuerzo yo no tenía historia, pero él tenía almuerzo, su coñac francés y una sonrisa beatífica que me dirigía a mí, después de haber buscado la inspiración en la brasa de su cigarro habano, y que parecía significar: bueno, ya hemos pasado otro día.

Entre las visitas que tenía para la tarde estaba la de un hombre que había sido, según cuenta él mismo en un libro, un gran amigo de Pla. Fui a verlo a su casa. Es un tipo simpático, un poco ligero si se tiene en cuenta que a los ochenta y cuatro años, si no se es Goethe, es mucho mejor no mostrarse demasiado optimista. Pero no, él parecía un hombre enteramente feliz. El libro que ha escrito sobre su amigo es ameno, superficial, sin pretensiones; es el libro de un devoto planiano, matiz este que implica cierta distancia respecto del modelo.

Me contó que pese a haber tratado a Pla desde 1947 hasta el día de su muerte y haberlo acompañado en toda clase de aventuras, viajes y borracheras, siempre se trataron de usted. Pla solo trató de tú, me informa, a cuatro o cinco personas, a su hermano Pedro, a Vergés y a algún compañero del colegio, cuando se lo encontraba en la calle.

Eso tiene que ser verdad, porque escribió siempre que de las cosas que más le sublevaban, una era el tuteo.

Este viejo simpático hablaba sin cesar. Para él la vida ha sido una maravilla. Me lo confesó con estas mismas palabras. Seguía soltero, aunque ha sido, por lo que me contaba, un gran amante de toda clase de mujeres, de pago, del prójimo y libres. Me han gustado mucho las francachelas, decía, por ejemplo, y no se atrevía uno a preguntar qué clase de francachelas, por miedo a perder la inocencia. Vive en una casa grande, a las afueras del pueblo, y vive solo. Ha sido, sobre todo, pintor. Me mostró una edición de *Coses vistes* publicada en Palafrugell en 1949 con acuarelas originales suyas. Son feas, decorativas y sin pretensiones, lo que no las hace

del todo inadmisibles. La edición constaba de sesenta ejemplares y el hombre se mostraba muy orgulloso de esa obra en la que su nombre y el de Pla van a estar juntos por toda la eternidad.

Su casa había sido también una pequeña fábrica de tapones. Aquí, por lo que se ve, todo el mundo ha estado en el corchotaponismo de una u otra manera. El corchotaponismo es al Ampurdán lo que el tomismo a la baja Edad Media. También estaba muy orgulloso de poder decir «debajo de esa lámpara, aquí mismo, con mi madre, con mi padre, se han hecho millones de tapones…». La palabra millones le dejaba suspenso, pensativo, como si fuese repasando una a una todas las botellas a las que fueron a parar, y las historias que abrieron o remataron esas botellas. Fue el único momento melancólico del encuentro. Se quedó pensativo súbitamente: parecía que le hubiese cruzado la cabeza una idea sombría. En cuántas francachelas no habrán estado metidas esas botellas, cuántas orgías se ha perdido uno, qué adulterios no habrán sellado…

En general la vida no le ha tratado mal, aclaraba. Cuando junta algo de dinero, se va a París, a Italia, a veces en su propio coche. Allí lleva durante unos días vida de artista viajero, se interesa por los monumentos, los museos y las mujeres locales, y cuando se le acaba el dinero y la fantasía, se vuelve a la catacumba del corchismo taponero y a pintar.

Parece uno de esos hombres a los que les ha gustado, sobre todo, el alterne, la taberna y la discusión reflectada, aunque por carácter tiene todo el aspecto de quedarse en un segundo plano; no se le ve con hechuras de haber sido nunca un primer espada. El primer espada era Pla. Bien porque a él le tocara siempre estar en la cuadrilla del maestro, bien por su propia naturaleza, estaba muy interesado en dejar claro que él jamás había tenido idolatrado al escritor ampurdanés.

Empezó a contar anécdotas. Contó alguna que había retirado de su libro por consejo del sobrino de Pla, de quien es íntimo amigo. Cuando iba a contarla, se aseguraba de que tenía mi palabra de que uno no la repetiría en el periódico. No, no, le decía uno como trámite, siga usted. Y aun se agitaba un poco, temiendo los espías en sus espaldas, o en las mías.

La historia de Aurora era una buena historia, empezó diciendo.

Pla tuvo dos grandes amores en su vida. Uno Ady Enberg y otro, esta Aurora. La que tuvo con esta mujer aún le marcó más que la otra, que es la oficial, al menos en el aspecto sexual.

La palabra sexual, dicha con secretismo por alguien de ochenta y cuatro años a quien se acababa de conocer, le deja a uno suspenso y teme que la conversación se meta por unos vericuetos que le hagan perder por completo la poca inocencia que le quedaba ya.

Como es bien sabido, de esas dos mujeres Pla no habló ni escribió nunca. Era un hombre recatado y las cosas que hoy se saben de esos asuntos, se han sabido por otros.

Ady, que era hija de un cónsul escandinavo, fue novia suya a finales de los años veinte. Después de un noviazgo corto, Pla volvió un día, quizá de París, quizá de Londres, diciendo que estaban casados, y se la presentó a sus padres y a su familia como su mujer, y ambos se quedaron a vivir en el más familiar. Luego vino la guerra. Ambos salieron de allí, como sabemos, al principio, en 1936. Pero cuando terminó, ya estaban separados, y Ady, que quería volver a su país, se tuvo que instalar en Barcelona, porque la guerra mundial desbarató sus planes, y en Barcelona vivió, creo, hasta que se murió. De esto no estoy muy seguro. Vendrá en algún libro.

La historia de Aurora es más novelesca. Esta Aurora era una mujer vistosa, de una belleza popular y sintética, o sea, suma de una tesis y una antítesis, entre la virtud y el vicio, entre lo carnal del Mediterráneo y la cuaresma del Régimen. Durante la Revolución, que es como Pla llamaba a la guerra civil, esta mujer, joven entonces, se unió a un oficial del ejército republicano, un capitán o un comandante.

Cuando la guerra terminó en Cataluña, ese hombre salió por la frontera como tantos, pero Aurora no quiso o no pudo o comprendió que era absurdo seguir a aquel hombre.

Los años del hambre y su propia historia hicieron lo demás. Pla la conoció en un burdel de Mataró. Se enamoró de ella y la convenció de que dejara aquella casa y se mudara a un pisito que alquiló en La Escala, y donde vivió con ella por espacio de algunos años largas temporadas. A esta en cambio no se la llevó nunca al mas Pla ni se la presentó a la familia.

Cuando mantenía relaciones con Pla, Aurora conoció a un payés

que venía de la Argentina o que tenía intereses en aquel país. Ese nuevo partido le convino más que el del escritor, y así se lo hizo saber a este, quien comprendió que la mujer tenía razón, de manera que la animó a que no dejara pasar de largo aquella oportunidad de redención y de prosperar. Y eso fue lo que hizo. Dejó a Pla, siguió a su payés y se instaló en la Argentina.

El batacazo sentimental para Pla fue tremendo y agudizó su misoginia y su resentimiento hacia las mujeres. Pero las cosas para Aurora no terminaron ahí. El payés murió pronto, y al verse sin protector y desamparada, la mujer, joven todavía, decidió emplearse en lo único que conocía bien, y abrió una mancebía.

Pla hizo un viaje en barco a la Argentina, para verla, cuando ya era viejo. Y ahí se pierde la historia, o ahí le perdía el hilo su amigo. Pla decía que desde el punto de vista erótico no había conocido cotas semejantes con ninguna otra mujer. La añoranza de aquella mujer, o de su virilidad, le envenenó la existencia con melancólicos recuerdos.

Eso explica las cosas tan absurdas que escribió de las mujeres. «En la convivencia humana, entre hombres y mujeres, el punto más alto es el placer, el amor físico». La frase le deja a uno perplejo y hace que uno se pregunte: pero este hombre, ¿qué mujeres conoció?

Su amigo se encontraba a gusto relatando esas historias desamparadas, y para que no se quedara coja la de Pla, contó también una suya, con una viuda del pueblo, una mujer respetable, algo más joven que él y con la que se veía en secreto desde hacía unos años. Cómo se ha mantenido en secreto, si la cuenta al primer desconocido que llega a pasar la tarde con él, es un secreto aún mayor. Al hablar de aquella mujer, que compartía con otra, también en secreto, se le quedaba a uno mirando con una pícara sonrisa enigmática, que seguramente tenía que ver también con sus propias cotas, ya que daba a entender que la tal viuda, de setenta años, era un verdadero volcán al que la resultaba imposible templar la incandescencia.

Me despedí de él hacia las diez como si fuera un amigo de toda la vida; desde luego me llevaba unas cuantas confidencias, sin haberlas buscado.

Ahora estoy en el hotel, anotándolas, por pasar el rato. Van a tener razón Baroja y Pla, o acaso todo viene determinado por las

historias y la manera de contárnoslas. Aunque de no habérmelas contado, creo que estaría mirando desde aquí el mar, de noche, con esa luz anaranjada de las farolas que le amortaja la playa.

Lo peor de la jornada son estas horas últimas. Durante el día, yendo de un lado para otro, viendo gente, conociendo cosas, se va pasando el tiempo, pero llega la noche, vuelve uno al hotel vacío y se quiere morir uno de tristeza. Este hotel lo fundó un tipo curioso, en los años cincuenta. Hay fotos de él con muchas celebridades de moda hace treinta y cuarenta años, con camisas ajustadas y despechugados. A través de las camisas se les ven colgantes exóticos. En otras poses están bailando, festejando, en la francachela, en la orgía, en el adulterio. La mayor parte de ellos, incluido el dueño, que debía de ser un lince para el negocio, están muertos ya. Así que piensa uno en la ultratumba incluso sin proponérselo.

Telefonea uno a casa y cuenta algunas cosas, pero cuelga y se queda peor. Tampoco va uno a llamar para el relato de las lástimas. Las olas siguen impertérritas, chas, chas, sin tregua, igual de ineluctables que la primera noche. Es la hora suprema, la más peligrosa del día, la hora en la que uno se pregunta: ¿Y qué hago yo aquí? ¿A mí qué me interesa Pla, el Ampurdán y todo esto? ¿Para qué quiere uno saber nada del taponismo corchero? Y así, como un nihilista, es como ha de afrontar la noche, la hora de la verdad.

HA cambiado el tiempo de manera radical. Ayer hacía sol y el día se mostraba ufano con sus posibilidades, pero hacia el mediodía empezó a entrar un viento, que aquí llaman garbí, desde el mar, húmedo, desagradable, de una insolencia cargante. Así que por la tarde ya no apetecía nada andar por ahí dando vueltas, conociendo cosas, curioseando.

Hoy el día ha amanecido cubierto por completo, ha llovido toda la noche, con lo cual el ruido de las olas parecía tener detrás un acompañamiento de maracas, y la atmósfera está mojada y fría, como las sábanas de los locos.

Con este tiempo, quedarse en la habitación era una invitación al suicidio, así que ha bajado uno, por primera vez en cuatro días, al comedor común.

Visto de manera objetiva, el lugar es monstruoso, o sea, lo que la gente llama un lugar simpático y con carácter. Tiene, desde luego,

un par de cosas agradables. La primera, la vista. Se ve el mar, se ve el pequeño puerto erizado con los mástiles, se ve la playa y se ve el trémolo de las banderolas marineras, invictas ante la acometida pujante del garbí. Segunda: han encendido una chimenea y han puesto una mesa camilla al lado, con el fin de que los escritores que lleven un diario puedan hacer sus observaciones interesantes. El fuego es discreto, de leña de alcornoque (me han dicho), no tan vivo como el que levanta la de encina, pero en cualquier caso mantiene los riñones a una temperatura agradable.

El resto del establecimiento lo tienen con esas decoraciones que en la Costa Brava creen muy adecuadas: las mentadas fotografías de huéspedes y amigos de la *nuit* costeña, y unos cuadros monstruosos. Echo en falta algunas redes pescadoras, un salvavidas de corcho, con el nombre del barco, y media docena de boyas de cristal, colgado todo ello de las paredes.

La mayor parte de los cuadros son retratos de un hombre, siempre el mismo. Por el parecido de los cuadros y el del personaje de la mayor parte de las fotografías, se deduce que se trata de Manolo el Gitano, el fundador del establecimiento. No sé si le llamaban gitano porque lo era, por fantasía suya cañí o, más bien, como creo, por su aguda visión comercial.

El Gitano conoció sus días de vino y rosas a comienzos de los sesenta, cuando todavía la costa no estaba explotada y empezaban a venir los turistas pioneros. Se ve que era un hombre vanidoso, que gustaba que lo retrataran. Le pintaron con toda clase de atuendos. El rincón de la chimenea lo preside él con una camisa negra abierta hasta mucho más abajo del esternón. Se le enmarañan en las sortijas negras del pecho un sinfín de dijes, medallas y cadenas de oro puro. La mano, ensortijada a su vez con un brillante del tamaño de una nuez, abraza un capote de torero, circunstancia esta que ha permitido al retratista mostrar sus habilidades en la pintura de ropajes, con un repertorio de pliegues como no ha visto la pintura desde Zurbarán, solo que en jondo, con ese fuerte contraste del negro de la camisa y el rojo del capote. En otros retratos se le ve vestido de filibustero, en otros de gondolero, con un pañuelo en la cabeza, como si fuera Anthony Quinn en un papel exótico de su carrera. Pero siempre valiente, en la misma apostura, intrépido, sacando pecho, con el oropel encima, con su bigotito a lo Clark

Gable, muy serio, consciente de que estaba posando para la posteridad.

En las fotografías se ven dos momentos también de ese arte: el del blanco y negro y el del color. La mayor parte de ellas le están dedicadas al «matador» por flamencos, actores, actrices, deportistas del día, y en todas lo hacen de la misma manera: A Manolo el Gitano…

La barra del bar la preside una de estas fotografías que han ampliado a un tamaño mayor que el natural, quizá tenga dos metros de largo. Se ve en ella a Dalí y a Manolo el Gitano. Es una foto extraña. Se ve que a Dalí le habría gustado ser Manolo el Gitano, y este imita como puede la pose daliniana. El coro, alrededor, lo forman otras, más pequeñas, de Kirk Douglas, de Johny Holliday y otros rumberos del mundo espectacular.

Después de la profusión iconográfica uno no tiene más remedio que preguntar quién era Manolo el Gitano. El camarero, que parece también gerente del hotel y propietario del mismo, no tenía en ese momento más cliente que a mí, así que estuvo encantado de pegar un poco la hebra.

Ahora, en temporada baja, me ha confirmado que solo permanecen ocupadas siete habitaciones. Yo no he querido decir que no he visto a nadie en estos cuatro días, por si me lo toma como una grosería o un entredicho.

Manolo el Gitano era… un figura, me ha dicho para resumirlo en una palabra. Tampoco era gitano. Era esperable. Era otro corchotaponista de la región. Antes de la guerra compraba mucho corcho en Extremadura y en Andalucía. Allí le entró afición al cante. Era soltero, muy soltero, diríamos. Eso se veía en las fotos, en la manera de fruncir la boca como para comerse la guinda y en el modo en que la mano recogía la grasia, mi arma, en su cadera.

Después de la guerra a él la industria del corcho le fue mal y montó, a finales de los años cincuenta, este hotel, antes de que la Costa se pusiera de moda. Llevaron el negocio tres hermanos. Manolo, que conocía el espectáculo por dentro, se hizo decorador, trabajo que siempre ha sido, con la peluquería, una salida airosa para los solteros. Ejercía en Barcelona y les llenaba a los hermanos el hotel de clientes reclutados en el Paralelo. Desde entonces el menudeo del paisanaje célebre fue en aumento.

El carácter del focal se lo daban, pues, esas fotografías, los retratos, los cuadros de barcas, algunas estampas de Dalí y un fusil de hace cien años, con su bayoneta, puesto en medio de la pared.

El fuego, en cambio, es bueno, cada vez más vivo, en una proporción inversa al día, cada vez más desapacible y frío, lo mismo que el estado del mar, que ha empeorado, aunque de una manera civilizada, como si un inglés flemático perdiera los papeles en una discusión y acto seguido pidiera disculpas y se sirviera un *whisky*.

Ayer por la mañana aún hizo un día glorioso, que aproveché para recorrer otros pueblos.

A mediodía volví a almorzar con X que resultó ser un profesional del gorroneo, del que conoce sus pormenores y pasos de una manera científica. No le reprocho nada, porque el arte hay que reconocerlo siempre, allá donde se manifieste, y su maestría en él era tanta, que en algunos pasos había que contener la risa ante su genialidad.

Llamó primero al hotel para decirme que había estado pensando en la manera de facilitarme el trabajo, cuando en realidad ya nos habíamos despedido para siempre. El almuerzo del primer día fue solo una manera suave de entrar en materia, un ensayo, como si dijéramos, porque se dejó de tabernitas simpáticas y acabamos en un restaurante de mucho postín. Creo que en muchos años no he visto a nadie disfrutar tanto de un almuerzo, y solo eso le hubiera hecho feliz a uno, de no haber sido porque su conversación no estuvo nunca a la altura de su apetito.

El rostro enrojecido y los ojos llenos de agua denotan que ha bebido mucho y su tos, perpetua, hundiéndose en los bronquios, que ha fumado lo mismo que bebido.

Tendrá acaso cerca de sesenta años, y en cuanto empezamos a comer, dejó de hablar. Si se le preguntaba por tal o cual pueblo, si era interesante o bonito, respondía siempre lo mismo, ya lo creo, aquí son bonitos e interesantes todos los pueblos, decía un poco molesto de que se le distrajera mientras ocupaba toda su atención en extraer la materia gris de una gamba. Otras veces, en cambio, cuando comprendía que tenía que hacer algo de gasto en la conversación si quería almorzar gratis otro día, añadía: «Esta vida es para los bohemios, para la gente con sensibilidad, para los artistas». De vez en cuando decía también cosas como «nosotros los

artistas». Él se gana ahora la vida haciendo fotos en bodas y bautizos, aunque más bien parece esa una manera decorosa de presentar su pobreza disimulada. Dice que es un buen negocio, pues se trata de dinero negro. Y al decir negro lo dice como si tuviera que lavar al mes unos cuantos millones. También lleva unos años en el negocio del audiovisual, que me explica con pormenores.

Cuando nosotros los artistas logramos separarnos, eran cerca de las seis, hora de aportar en la Fundación Pla, donde estaba citado para visitar la biblioteca del maestro.

Una biblioteca particular es como los armarios donde se guarda la ropa blanca y los secretos íntimos de una persona. La de Pla es, como la de cualquier otro, muy elocuente. La suya era muy buena, pequeña, pero escogida bien. «El asunto no consiste en leer mucho, sino en leer bien», dice también en alguna parte. Cierto que no estaba en ella todo lo que había leído, pues de una manera estable no vivió en el mas hasta después de la guerra, y las lecturas en masa se producen precisamente cuando uno es joven, pero de cualquier forma en el mas vivió casi cincuenta años, de modo que es tiempo suficiente para hacerse una idea clara de las cosas que leía y conocía. El autor del que más libros tenía era Baroja, unos veintitantos, de Azorín tenía también bastantes, menos, diez o doce, y algunos menos de
d'Ors
y de Unamuno. O sea, una cuarta parte de la obra de cada uno de ellos, sin contar toda la producción de esos escritores en los periódicos del día, que era cuantiosa, acaso otra cuarta parte. De Galdós algunos *Episodios nacionales* y algunas novelas. Si se tiene en cuenta el monto de la obra de estos autores, se ve que Pla no conocía de ellos ni la mitad. Con ella se había hecho una idea, que en algunos casos fue bien precisa y exacta, de una gran agudeza intelectual, y en otros no. De Galdós decía, por ejemplo, que se le caía de las manos, que era pura inanidad. Se veía también que Pla era un hombre de pocas pero reiteradas lecturas, escogidas y sustanciosas. La parte francesa de la biblioteca era tan importante como la española, y de los catalanes, la mayor parte de los libros estaban intonsos, porque se ve que no le interesaban nada. Creo que cuando decía que sus libros preferidos eran los *Zibaldone, Les Provinciales y el Tratado teologicopolítico* de Spinoza, no mentía,

pero no decía toda la verdad. Por ejemplo, lo de sus adjetivos famosos. Eso está tomado, básicamente, de Azorín, a quien no estimaba demasiado. El adjetivo formidable lo emplea Azorín por activa y por pasiva en los primeros libros. De todos modos Azorín es más de verbos, de sustantivos, un clásico. Pla, barroco, aunque no lo parezca, de adjetivos.

La directora de la Fundación resultó ser una chica muy agradable, inteligente, simpática, joven, normal, así que le resarció a uno algo de todos estos días de ver a gente rara. Fue ella la que me contó que en Palafrugell había un librero de viejo y que si me parecía bien, podría telefonearle. A uno esas iniciativas le parecen bien siempre.

No era propiamente un librero de viejo, sino alguien que vendía libros viejos en su domicilio. En cinco minutos me puse allí y a los diez otra vez en la calle, huyendo del hombre más loco que haya entrado nunca en este oficio de libreros de viejo, ya de por sí con un variado y nutrido catálogo al respecto. Gritaba, aspeaba los brazos, creía que tenía verdaderos tesoros y me mostró su biblioteca particular en la que, aparte de los bien inventariados libros de Pla, prácticamente no tenía otra cosa que los mamotretos del señor Pantorba, marido de una prima hermana suya.

Volví a la Fundación y la directora me enseñó el pueblo. Se había hecho de noche y cerraban en ese momento los comercios. En el casino, que adopta el nombre de La Fraternal, había un número indeterminado de gentes que luchaban para no perecer de aburrimiento. Al entrar, se volvieron todas las miradas hacia nosotros, aunque sin la menor intriga. La Plaza Nueva también era bonita, provinciana, con sus casas viejas, ni buenas ni malas, la casa del médico, la del boticario, la del ingeniero de la fábrica…

Recordaba bastante a una plazuela de pueblo francés, acaso por el olor, a apio.

EL último día en el Ampurdán resultó el mejor. Fuimos el fotógrafo y yo a una parte que ninguno de los dos conocía. El fotógrafo es un gran fotógrafo, y como la mayoría de los fotógrafos, un hombre silencioso, solícito, observador. Muy reservado. Me contó algunas cosas del África y de la manera en que las negras hacen el amor, o al menos las negras que se lo hicieron a él en poblados indígenas en el corazón del continente. Para uno, que

viaja poco, que no tiene el menor interés por las negras, esa observación no deja de ser interesante. Al carecer de ocasiones para el contraste con la realidad, esas informaciones resultan tan curiosas como intrascendentes. Así que del Ampurdán vuelve uno a casa sabiendo cómo folian las negras.

Estuvimos en pueblos poco transitados, San Martín Viejo, Monell y otros, metidos en medio de campos de colza, junto a bosques de alcornoques, encinas y pinos, y también muy cerca del castillo donde está enterrada la señora Dalí, pero aquí yo no quise entrar, aunque de lejos el castillo tenía también una estampa bonita. Había vuelto a salir el sol, que doraba las piedras y azuleaba los campos forrajeros.

Estuvimos la mañana viendo esas cosas, sin hacer nada. Toda la campiña estaba vacía. De vez en cuando habíamos de echarnos en la cuneta, para dejar pasar un tractor, que venía hacia nosotros con la parsimonia de un elefante. A los payeses con los que hablamos, el castellano les salía de la boca con mutaciones y mutilaciones, las dos cosas, aunque ponían la mejor voluntad en hablar correctamente.

Cuando nos cansamos de dar tumbos por el país, nos acercamos al Motel Ampurdán, de Figueras, el preferido de Pla, al menos en los últimos veinte años de su vida.

El dueño de este Motel, al que nos presentamos oportunamente como periodistas de *El País*, se desvivió con nosotros pensando que íbamos a hacer un reportaje sobre el restaurante, cuando en realidad uno lo que quería es que le contara algunas anécdotas del escritor, relatadas ya por él, con toda seguridad, unos cientos de veces. Pero esa es la vida del periodismo y no va a venir uno ahora a cambiarla.

Nos preparó un almuerzo tan refinado como exótico a base de anchoas, sopas de tomillo, pez con verduras y un par de tordos, que yo pedí porque me parecía muy poético eso de comerse dos pájaros tan virgilianos, coronado todo por una bandeja de dulces extraordinariamente finos, menú que consigno aquí en honor del escritor ampurdanés, lo mismo que la cuenta: muy ajustada.

El fotógrafo, que aún se iba a quedar unos días por la zona, me dejó en Gerona.

Estuve paseando solo dos o tres horas. Estaba ya un poco

empachado de tanto viaje y únicamente deseaba salir de allí, alejarme, como si lo hiciera de un lugar ingrato, cuando en realidad lo había pasado bien. Al fin y al cabo el trabajo es esto, perder el tiempo sin que parezca que se ha perdido, perder la vida sin que sintamos, a corto plazo, que la hemos perdido para siempre. Me decía, ¿cuándo vas a conocer otra vez Gerona? Disfruta de esa ciudad. Pero no era fácil.

Gerona es una ciudad preciosa, medieval, judaica. Junto al río se conserva todavía un ringlero de casitas modestas, pintadas todas ellas con colores llamativos pero ásperos y evaporados. La ciudad parecía muy deprimente y eso a uno, en esas circunstancias, le gustaba mucho, porque decía, dentro de unas horas me marcharé de aquí. Callejeé un rato buscando la calle de la Forsa, donde sabía de una librería de viejo. Eran calles estrechas, muy pinas y torcidas, rompiéndose en todas las esquinas con fracturas insoldables. Llovía y dejaba de llover, se lavaban las piedras del suelo y de las paredes y no había un alma por ninguna parte. De vez en cuando sonaban las campanas de la catedral y llenaban el caserío de insinuaciones antiguas y tenebrosas. La luz de los faroles de las esquinas alargaba mi sombra, que se rompía con sugestivo arte en callejones propicios para la encerrona.

La librería era curiosa. Encontré el discurso a la Academia gallega de Otero Pedrayo, que versó sobre Rosalía de Castro, y la contestación al mismo de Vicente Risco, de 1930. Junto a este había otro montón de libros gallegos, un nido inesperado y curioso, Cabanillas, Castelao… Quiso uno saber algo del antiguo dueño de esos libros. Había sido, al parecer, un dentista. Le imagina uno viviendo siempre lejos de su tierra, entre gentes absolutamente incompatibles con lo gallego, atrincherado en sus amados paisanos. Más que el libro propiamente, más que aquella conjunción de escritores en un punto mágico del año treinta, era hermoso encontrarles allí, un día tan gallego, sin dejar de llover, con brillos compostelanos en el empedrado.

Ahora está uno en el aeropuerto de Gerona, tan deprimente como cualquier otro, solo que aquí todos parecemos unas pobres gentes, y eso no deja de adormecer la hipocondría que se padece. Cuando hay accidentes ferroviarios, mueren siempre gentes de tercera categoría, en cambio cuando los accidentes son de avión,

parece que se matan gentes importantes, cuyos nombres salen al día siguiente en los periódicos. A los de este aeropuerto nos falta llevar algunos pollos vivos atados por las patas, porque la mayoría arrastra todavía viejas cajas de cartón de galletas María Fontaneda, anudadas con una cuerda. No creo que pase nada. Esperamos que nos llamen por los altavoces. Fuera, más allá del cristal, no se ve nada, ni una luz, nada, como la idea perfecta de la noche.

YO estaba allí como ganador del premio Don Juan de Borbón del año anterior, y por cortesía y por falta de convicciones últimas al respecto, me pareció bien sumarme al sentir general para la asignación del nuevo, y eso me parece que causó una grata impresión a todos. Al fin, y en un trámite que duró apenas dos o tres minutos, convinimos que el premio se le diera a un biógrafo de Picasso que acaba de sacar el primer tomo de un muy bregado estudio sobre el pintor, en el que se pretende meterlo todo. Picasso, Barcelona, *La Vanguardia*, todo estaba perfectamente justificado, y cuando quedó rubricado el fallo nos levantamos para irnos. El almuerzo había tenido lugar en la última planta del periódico, un comedor muy amplio, servido por unos camareros que le hacían sentirse a uno en todo momento como de la JSSLE, a juzgar por la seriedad con la que le pasaban a uno el azucarero plateado o le llenaban la copa de agua. Como el día era soledado, la visión, pese a una contaminación de vagas refracciones nacaradas y rosas, era nítida y se veía la ciudad allí abajo muy bonita. Parecía un juguete mecánico, casas de hojalata, coches que se movían y se paraban aleatoriamente, como si no llegara a ellos la corriente eléctrica de modo adecuado, y unas figuritas, los peatones, que aunque andaban, daban la impresión de que estaban parados todo el rato. Si las ciudades se parecen tanto unas a otras desde las alturas, no es ni siquiera por los tejados, sino por el cielo. Eso que les es común, las hermana, lo que tienen de sueño, no de fracaso. Y qué a gusto se estaba allí, entre agradables conversaciones, sintiéndose también el dueño del mundo, con aquellos hombres encorbatados que ni siquiera podían sospechar que uno, esa mañana, cuando dudaba si ponerse o no corbata, dudó aún mucho más cuando, decidido a llevarla, tuvo que escoger entre las dos únicas que engalanan su fondo de armario.

Cuando habría sido posible trabar alguna conversación íntima,

de cara a futuras prospecciones, los hombres valetudinarios de la reunión, mirando su reloj, decidieron que ya estaban de más en aquel sitio y que la vida, la fortuna y el país les llamaban a otros Estados Mayores. Si alguno de ellos se hubiera parado a leer en mis ojos, se hubiera encontrado con un «no tengo nada que hacer ni a dónde ir ni con quién». El único que me miró algo fue el director del periódico, pero bien por rutina, bien porque se me hubiera contagiado de los ojos de los demás, debió leer lo contrario, porque cuando estábamos saliendo del comedor, se acercó y me preguntó: ¿Tendrías cinco minutos? Si hubiera leído como Dios manda, no hubiera tenido ni que preguntarlo.

Le seguí un tanto intrigado por los pasillos, hasta que nos encerramos ambos en su despacho. Yo no había estado nunca antes en el despacho de ningún director de periódico. También eso debió salírseme por las pupilas, por más que hacía esfuerzos para que tal información confidencial se quedase donde debía. Ningún director de los periódicos donde he colaborado le ha invitado a uno tampoco a nada ni ha tenido necesidad de hacerlo. Aquello que estábamos viviendo era como una escena chaplinesca, y casi estaban a punto de saltárseme las lágrimas de gratitud. Le hubiera dicho, solo con haberme preguntado si tenía cinco minutos es suficiente, adiós, y me hubiera ido. Pero en cambio me quedé allí lo más serio que pude, con cara de *poker*, como si no hiciera uno otra cosa en su vida que entrar en los despachos de los directores de periódicos y en los despachos de los ministros. De momento toda mi preocupación era si debía de llamarle por su nombre en castellano o traducírselo al catalán. Llamarle por el apellido, tuteándole, me pareció que estaría bien en tiempos de Pla, pero a mí seguramente no me iba a salir. También pensé que a lo mejor me llamaba para reñirme, porque cuando llegué al almuerzo, con los nervios, al saludarle, le llamé por otro nombre. «Nos conocemos todos, ¿no?», me preguntaron. Y yo miré a unos cuantos y dije, «sí, a algunos sí, y a otros, claro, de haberos visto por ahí». Entonces me fijé en el director, le tendí la mano y le dije, «hola, Luis». «Juan», me corrigió el propio Juan, y las orejas de nuevo se pusieron encarnadas y yo me derrumbé sobre la silla, evaporado de golpe cualquier deseo de seguir saludando a desconocidos.

Me preguntó alguna cosa sobre el periódico, lo que me parecía,

lo que no, cómo lo veía yo. Uno tenía pocos elementos de juicio, y estos tampoco los tiene muy aquilatados, pero ya que el hombre había hecho el esfuerzo, parecía una desconsideración no hablarle con cierta sinceridad. Le dijo a la secretaria que no le molestaran. Se había quitado la chaqueta y estaba en mangas de camisa. Se sentó en el sofá propincuo. Detrás quedaba la mesa de trabajo, llena de papeles en desorden. En realidad estaba sentado sobre una pierna; la otra le colgaba. Se había metido el pie debajo de las nalgas y así es como empezó a hablar. Lo hacía muy suavemente. Como es de corta estatura y tiene un rostro de aspecto bondadoso con una poblada barba pelirroja, era como si me hablara un gnomo del bosque. Sus ideas eran precisas y claras; las mías querían serlo también, por no desentonar en el dueto, aunque creo que desafinaban aquí y allá, con oscilaciones de semitono.

Entonces, sin venir a cuento y cuando menos podía adivinar uno eso, me preguntó si yo querría escribir cada semana en el suplemento dominical de *La Vanguardia*. Era la proposición que llevaba esperando veinticinco años. No en *La Vanguardia*, en cualquier periódico. Ahora recuerdo que la de ayer no fue la primera vez que entraba en el despacho de un director de periódico.

Hace quince años o más fui a ver al director del *Diario de León*. Yo quería curtirme en el oficio y le propuse escribir artículos literarios por lo que quisiera darme. Me oyó durante quince minutos, pero no estoy muy seguro de que me escuchara, ni siquiera cuando le dije que me conformaba con una cantidad simbólica de dos mil pesetas por artículos de cinco folios. Le pareció bien, dijo, teniendo en cuenta que se trataba de artículos literarios y sin actualidad. Yo no quise entrar a discutir que precisamente los artículos literarios son los únicos actuales, ya que con el tiempo son los únicos que se pueden leer. Salí de aquel despacho lleno de dudas y sin que el director dijera otra cosa que un bien, bien, mientras daba cabezadas y se colocaba el reloj en la muñeca sin atreverse, por educación, a echarle una ojeada. Envié una docena de largos artículos, hasta que un día, en uno que recordaba el León de mi infancia, empezaba aquella evocación con un «León, como pueblo, vale poco». Hubiera sido alentador que se hubiera armado un pequeño revuelo, protestas, cartas de indignación, pero ni en León se lee mucho ni a la gente le importan mucho las opiniones

contundentes de los jóvenes relapsos de la patria chica. Hubo dos o tres cartas, desde luego, insultándome, y que se publicaron y a las que yo no contesté, porque cuando quise hacerlo, me hicieron saber que ya era tarde. También hubiese sido bonito que me hubieran despedido, que el director me hubiese enviado una carta prescindiendo de los artículos, pero no. Dejé de enviárselos cuando comprendí que allí nadie tenía la intención de pagarme nada, y aunque hubiera seguido escribiendo, me pareció una primada hacerlo.

Lo que aquel hombre de *La Vanguardia* proponía era bien diferente. En un segundo pensé: todo llega, quién me lo iba a decir hace cinco minutos, soy un hombre de suerte…

Sentado sobre su pie y con los brazos cruzados, aguardaba de mí una respuesta. Al no tener uno la costumbre del trato para asuntos tan graves, me pareció de muy buena educación decirle que… no. No sé, empecé a liarme un poco. Yo mismo me quedé aterrado al escuchar la palabra no, así que inmediatamente trate de enmendarlo algo y me disculpé diciendo que yo no sabía si tendría algo que decir cada semana, pero que sí, que nada me gustaría tanto, en fin. Él proponía un artículo por semana y yo, como un tonto, diciendo que quizá fuese mejor dos al mes. En ese momento ya solo me preocupaba que no pensara que yo era idiota y que empezase a arrepentirse de haberle hecho una proposición tan buena a un cretino. Ya de pie, mientras le tendía la mano para despedirme y darle las gracias, le decía que sí, que casi seguro que sí iba a poder hacerlo.

Le he telefoneado hace un rato. Su secretaria me ha dicho, espere, y a continuación he hablado con él. Da mucho gusto hablar con las secretarias de los directores, si a continuación le pasan a uno la comunicación. Le dije que de acuerdo, que haría los cuatro artículos al mes, y solo ahora siente uno el célebre miedo escénico. Toda una vida queriendo tener un auditorio para contarle cosas, y justo ahora parece que se le ha quedado a uno la mente en blanco.

NUESTRO barrio era magnífico hace veinte años, cuando nadie quería vivir en él. Se encontraban casas baratas porque el aspecto de los portales y el estado de los pisos era deplorable, y la capa de los vecinos, para hablar en términos taurinos, era muy gatuna. Entre todos manteníamos vivo el recuerdo de Galdós, no había

duda. Estaba todo lleno de tiendecitas, la lechería, la mercería, el ultramarinos, la zapatería de viejo, el tabuquito donde en tiempos se cogían puntos de media y en el que aún se forraban botones, la que vendía calzoncillos y calcetines hechos aún a la moda de 1880, se conocía todo el mundo y aunque por la noche se llenaba de la mala vida de la droga dura y de los chaperos, unos y otros, los drogadictos y los chulos eran relativamente pacíficos. Cierto también que en algunas ocasiones presenciamos tiroteos entre los malhechores y la policía, pero por lo general ganaban los buenos y las balas, si no se asomaba uno temerariamente al balcón, pasaban de largo respetando incluso a los geranios.

Poco a poco las cosas fueron cambiando. Se corrió la voz entre ciertos modernos y estos empezaron a ofrecer traspasos respetables a los viejos merceros, lecheros y tenderos para quedarse con sus locales, y donde antes había una tienda característica que vendía abalorios, bisutería y azabaches a las artistas del cabaré, se transformó en una *boutique* de moda, y en la lechería, entraron los maniquíes sofisticados y las ropas caras. En unos años estos comercios de lujo fueron atrayendo una parroquia más y más selecta, las ovejas negras de las familias pijas, los lanzados, las modelos, los yupistas, gays, en fin, la cosmópolis.

Como ocurre en todo movimiento migratorio, siempre hay algunos que llegan los últimos, los rezagados, los conversos, más fanáticos del barrio que los que llevaban allí toda la vida. Fue el momento en que pusieron los ojos en este barrio ciertos progres, que habían vivido hasta entonces en pisos modernos de diferentes barrios de la ciudad, cuando no en chalets de las afueras. Creo que eran sinceramente felices: después de poder hablar en público de fútbol, sin que nadie les acusase por ello de franquistas, podían venir a visorear a las niñas pijas de Serrano que pasaron a ser las niñas pijas de Almirante.

En uno o dos años el barrio se llenó de intelectuales y artistas. Se abrió incluso un gran número de galerías de arte moderno, y empezaron a pasearse por aquí artistas con aspecto de estar en el Barrio Latino o en Los Vosgos.

Antes, ir a hacer la compra era una actividad agradable. Ese sosiego ha desaparecido. Los intelectuales, los cultos, los artistas, han tomado el barrio al asalto, y les gusta encontrarse, pararse a

charlar en plena calle y reconocerse como vecinos de un barrio en el que los pisos que hace veinte años valían dos millones de pesetas, valen ahora sesenta. Sabemos que el hombre, si es medio tonto, tiende a agruparse en el club, en la logia, en la academia, en el casino, en el círculo recreativo.

Los que llevamos viviendo aquí veinte años les miramos con cierta lástima, como a personas a las que acaban de estafar. Pero esa pena no nos lleva en absoluto a la compasión. Al contrario, porque por culpa de esa compra masiva de pisos, ahora sale uno a la calle con el ánimo encogido, ¿me encontraré a Fulano, a Zutano?, dispuesto al esquiveo. Le dan a uno ganas de ir al carpintero de la calle San Lucas, un viejo malhumorado, y encargarle un biombo, para salir como J. R. J. oculto con él, pero esa carpintería ya la han cerrado también y la traspasarán el día menos pensado.

Hoy en la frutería, mientras me despachaban, al darme media vuelta, vi a X. Fue un susto terrible. El corazón empezó a latirme con fuerza. Era una cosa bien infantil, pero allí estaba uno en la frutería, para madurar. Esta antes era un local desahogado, pero hicieron reforma general en la casa y a cambio de un trozo del local, les reformaron también la frutería, y los pisos, lo mismo, hasta convertirlos en mansiones suntuosas, que dirían en las telenovelas. Uno de ellos lo ha comprado el propio X. Nos lo habían dicho hace dos años, pero bien porque uno sale poco y a horas raras, bien porque el azar tiene esas deferencias, nunca, hasta ayer, nos habíamos cruzado con él.

En cierto modo era un encuentro para el que se estaba preparando uno todo este tiempo, qué hacer, qué no hacer, ¿le saludaré?, ¿me saludará?, ¿nos saludaremos?

Me volví inadvertidamente. La frutería se había llenado en un minuto de gente, y allí entre la gente me le encontré a él, a menos de dos metros. Reaccioné mal, volviendo de nuevo la cabeza, como si no hubiese visto nada, o peor, como si hubiese visto a un monstruo, al fenómeno. A partir de ese instante solo pensaba cómo iba a salir de allí sin tener que saludarle. Hay que ver cómo una tontería le puede a uno amargar el día y cómo me arrepentí en ese instante de todas las veces que se rechifló uno de sus ignominias y sus infamias, y de las veces que le había parodiado en estas páginas. Si pudiera uno partir de cero, me decía. Ahora vamos a ser vecinos,

seguía yo en la elucubración, qué entrañable sería que fuésemos vecinos, que nos llevásemos bien, que nos encontráramos en la calle. Estaría incluso dispuesto a leer sus libros.

Creo que empezamos bien. X, que sin duda se llevó un susto no menor que el mío al descubrirme entre los parroquianos, debió pensar que lo mejor era despejar el campo y evitarnos ambos un encuentro embarazoso, y cuando me volví, cargado con las bolsas, para evitar el apretón de manos, había desaparecido. Había huido. Así que he de anotar en este cuaderno la deuda. Le debo una. La próxima vez que le descubra y sea yo el que tenga que salir huyendo, sabré estar a la altura. Calculando que ambos lleguemos a vivir otros cuarenta años, cosa que deseo para ambos, y teniendo en cuenta que solo nos hemos tropezado una vez en los dos últimos, nos quedan veinte ocasiones para vernos y salir despavoridos. Podría parecer poco, pero no se crea.

«TEMED que los viejos alaben vuestra obra. Es el comienzo de vuestra decadencia». Es un aforismo que me acabo de encontrar providencialmente, y es, claro, como si su autor, J. R. J., pensara también en el X tropezado esta mañana en la frutería y en todos aquellos que entran en la literatura porque los viejos les abren la puerta y les invitan a pasar. En literatura y en arte no hay otra manera de entrar que dando patadas en la puerta. O, si por carácter esa violencia es inviable, quedarse fuera. Eso sí, sin perder de vista ni las tradiciones ni los modales.

DE vez en cuando vuelve uno a vivir una mañana muy hermosa, camino del Rastro. Siempre son iguales, y nunca se parecen unas a otras. Dice uno, ya he vivido antes esta mañana de niebla. Pero bien porque la ciudad no sea la misma, porque no lo sea la niebla o porque no lo sea uno, nos entregamos a ese espectáculo como de nuevas.

Ni los faros de los pocos coches circulantes ni la luz de las farolas podían nada contra una bruma propicia para el asesinato, el estraperlo, la huida. Desde lo más alto de la calle Mira el Río no se veía el Campillo, ni desde este se veía la alta chimena de ladrillo del viejo Campo del Gas.

Poco a poco, sin embargo, se fue disolviendo la niebla, como en las manos de una cocinera universal que fuese adelgazando la pasta hasta dejarla en una alabastrina hostia, la hostia de la mañana, con

la que comulgamos la media docena de rastristas que andábamos por allí encogidos de frío, con la cabeza metida entre los hombros y las manos en las faltriqueras. A la media hora empezaron a verse las hogueras, sembradas aquí y allá, con su resplandor hospitalario, universal. Alrededor, uno o dos tipos, inmóviles, mirando fijamente esas llamas, sin decirse nada, vigilan la mercancía que hay extendida a sus pies.

Cuando la niebla se fue diluyendo en el Campillo, apareció primero el contorno difuso de las casas y poco después el garabato ultraísta de tres grúas de las llamadas «plumas», muy altas, con el brazo largo, fantasmales las tres, trayendo al centro de Madrid una estampa de puerto de mar, en las horas bajas de los buques muertos y las huelgas de estibadores. Algunas palomas, mudas, le ponían al cielo gris, naval y átono figuraciones de gaviotas y cormoranes. Por allí, árboles sin hojas, la vieja chimenera de la fábrica de gas y humanas sombras erráticas, empastadas, aciduladas, como las que salen en una novela moderna.

SE ha muerto Marcello Mastroianni. Cada generación, cada época, tiene sus actores, sus cantantes, sus melodías, sus políticos. Las canciones, las películas, las fotografías e imágenes se van marchitando sin que nos demos cuenta. Si acaso volvemos a tropezárnoslas un día y surge el desencanto, nos proponemos ser más prudentes en el futuro y no tratar de experimentar ese amargo trago de la reviviscencia. Cuando son personas las que desaparecen, siente uno un gran dolor, si hemos creído ver en ellas representados sentimientos íntimos nuestros, ideas fundamentales, pasiones que a ningún otro hubiéramos confiado. En tiempos de Stendhal, lo normal era admirar a Napoleón o a Byron. Como en este tiempo nuestro no va a admirar uno al Che Guevara o a Borges, parece que son gentes como Mastroianni o Fellini quienes encarnan lo mejor que cree tener uno dentro.

Decía, «para mí hacer películas es como ir a jugar al billar. Si no vas, das un plantón a los amigos. Así que acabas yendo, y juegas. Pero lo que de verdad importa no es el billar, sino los amigos». Supongo que eso no lo creía ni él, pero era una manera delicada de no hablar de sí mismo y un homenaje a los amigos, y las dos cosas son muestra de la finura de su espíritu. Estaba viendo la televisión. Sacaban imágenes de sus películas antiguas o de él, cuando era

joven, tan guapo, tan natural, con esa sonrisa de medio lado. Le entraban a uno ganas de llorar, de preguntarse: si hasta a él, con todo su talento, con todo lo guapo que fue, con el fervor que sentía por los amigos, si habiendo tenido tanto le ha llegado la muerte, ¿qué hace uno ahora, aquí, por dónde empieza?

Sacaron también a sus mujeres, las tres. Todas hablaban bien de él, a todas les había partido el corazón su muerte, a pesar de que con alguna de ellas hacía cincuenta años que no mantenía relación. Hubo muchas otras a las que preguntaron. Han sido las mujeres más hermosas del mundo. Con la mayor parte de ellas compartió unas horas de amor, y cuando ellas desgranaban esas opiniones precipitadas para el momento, se veía que estaban asustadas, incrédulas de haber quedado ya en la primera fila.

El año pasado, en el rodaje de una película, le vimos explicar aquel relato de Kafka, lo que para él era la muerte, ese caballero que cabalga hacia un pueblo que avista a lo lejos. Cabalga y cabalga, día y noche, durante meses, pero el pueblo nunca acaba de llegar, siempre allá a lo lejos, fijo, hasta que un buen día se encuentra encima. Entonces se levanta sobre los estribos, se vuelve, mira hacia atrás y se pregunta: ¿Dónde ha quedado mi vida? Contaba ese cuento con una naturalidad y serenidad asombrosas, y luego hizo ese gesto tan característico de los italianos, que consiste en levantar la barbilla de golpe, como diciendo ¿qué te parece? Ya sabía entonces que tenía un cáncer.

Desde que dieron la noticia ya no pude trabajar ni nada. En realidad no tendría que haber sido así ni se explicaba tanto desentono. Pero el corazón sabe muy bien cuándo lo que se muere formaba parte de él y cuándo no.

HAN admitido en la Academia de la Lengua al director de *ABC* y al exdirector de *El País*. Desde hace doscientos años se ha hecho académicos a los almirantes, a los generales, a los cardenales. Poco a poco la marina, el ejército y el clero van cediendo terreno a un poder más real, como la prensa. El director del *ABC* lleva trabajando para ser académico muchos años, publicando a los señores académicos en las páginas de su periódico, y si la Academia lustra la lengua castellana, no se habrá visto a nadie que haya lustrado tanto, en los últimos años, a los académicos. No obstante, como han debido pensar que hacerle académico únicamente a él era

agraviar al otro gran periódico, arbitraron esa solución salomónica, y mira por dónde un hombre que no debía de pensar con ser académico nunca, se ve investido con esa dignidad. Viendo en el telediario la expresión de felicidad del primero, tras el nombramiento, tan expresiva (de pocos rostros puede decirse con más propiedad que no cabían en sí de gozo ante la esperadísima confirmación), lamenta uno que no le hubieran hecho académico mucho antes, y ha sido imposible sustraerse al impulso de ponerle unas letras de felicitación. Tiene que ser maravilloso desear algo que pueda llegar a cumplirse, sobre todo cuando han mediado tantos esfuerzos. Lo malo son aquellos que desean cosas de difícil consecución. Se pasa uno toda la vida deseando hacer feliz a unas personas, o escribir un buen libro, o ser él mismo un poco mejor; llega a viejo, mira como Mastroianni atrás, y no sabe si lo ha conseguido o no. Tiene delante el libro y no sabe si acertó o se equivocó. Mira uno a la mujer que amó más que nada en esta vida y no sabe tampoco, como Juan Ramón, si la hizo feliz o no. Ahora, desea uno el premio Nobel, o ser general, o presidente de gobierno, o académico, o acostarse con esa beldad, y el día que se consigue, tiene que enloquecer de alegría. Pero cuando solo se albergan deseos de los otros y no de estos, es un mal asunto. En ambos periódicos, aparcada momentáneamente la rivalidad, editoriales, gacetas e informaciones hubieran podido ser hoy intercambiables. Es la prueba de que no están tan en desacuerdo en lo fundamental, y en lo accesorio las diferencias no pueden ser tan grandes, puesto que desembocan en lo fundamental único.

POR la noche en la televisión sacaron imágenes del entierro. Encima de la caja iban tres rosas, y la escena recordaba mucho a aquella otra con la que termina *Zalacaín*, en el cementerio donde reposaban los restos del aventurero romántico, visitado por las tres mujeres que le amaron y a las que amó, a cada una de ellas sin menoscabo de las otras dos, con una rosa blanca, con una rosa roja y con una rosa amarilla.

HEMOS vuelto de León. Cena de Nochebuena y comida de Navidad. Veinte horas. Siete de viaje, ocho de sueño y cinco para todo lo demás. La desolación, idéntica a anteriores convocatorias. Por fuera el paisaje que se veía desde nuestra casa ha cambiado tanto, que parece que llega uno a otra ciudad, todavía más fea que

la nuestra. Cuando aún toda la extensión que se veía frente a la casa eran las Eras de Renueva, aquello conservaba su encanto. Al fondo de los campos de trigo y dos o tres huertitos que había, se levantaba como un barco el hostal de San Marcos, con la iglesia. Dentro de cinco años esto se habrá convertido en un infierno y será aún mucho más mortificante venir aquí. Recuerdo que frente a la casa de mis padres, hecha según los planos de un arquitecto provinciano que trató de remedar el estilo racionalista, había una casona de pueblo, con sus corrales y sus establos. Eran entonces las afueras del pueblo. De ella salían en junio las mulillas hacia la plaza de toros. Es inexplicable, e incomprensible desde luego, que en León hubiera ningún espíritu taurino, pero esa era la tradición, y al menos una vez al año allí se veían toros. Tiraron esa vieja casa de pueblo y levantaron otra hacia 1958 o 1959, cuyos bajos eran una gran trapería y chatarrería, que compraba chatarra al por mayor y al menudeo a todas las tribus gitanas del país. Era divertido estarse viendo desde la ventana el trajín mercantil. Llegaban los gitanos con sus burros, con sus carros, veíamos a los traperos con sus sacos a cuestas, como estampas de un cuento de los hermanos Grimm. Se mostraban siempre respetuosos o acobardados. Eran unos años en los que se les acosaba y perseguía, y a la menor anomalía, se les daba una paliza antes de preguntarles nada. Así que se mostraban sumisos. Muchos, dada la escasez general, robaban el género en los más pintorescos rincones. Los había que iban a las vías del tren y aquí y allá sacaban algún grueso tornillo de los raíles, o quienes entraban en los almacenes de la compañía eléctrica y sisaban unos gramos de cobre o de estaño, o quienes, asaltando casas abandonadas, arrancaban de ellas cañerías, cables y todo lo que pudiese pesar en el platillo de una romana. Los dueños de aquel negocio eran los que marcaban las leyes y los que decidían si una cosa valía tanto o tanto, contraviniendo en eso la principal norma de ese mercado, a saber, que es el que vende el que da el precio, no el que compra. No, allí el comprador decía, te doy tanto, si te parece bien lo coges, y si no, aire, ya sabes dónde está la puerta, y no molestes, que llamo a los guardias.

Los que escuchaban, lo hacían en silencio, bajando la cabeza, volcaban sus sacos en el platillo de una romana formidable que tenían colgada del techo, o directamente ensartaban el saco en uno

de sus dos garfios de hierro, y esperaban a continuación su turno frente a una ventanilla, en la que se satisfacían los pagos.

Aquel lugar olía de una manera especial: a hierro viejo. Podría parecer que el hierro no huele, pero aquel sí olía, como a vinagre.

Todo eso ya ha desaparecido. También demolieron el viejo almacén de chatarra. Así que cada vez que vuelve uno aquí, por navidad, parece que es como despertarse en la misma parte de la pesadilla. Siempre le reciben a uno noticias tremendas, opacas, irreales. Se le anuncian de manera ineluctable: ¿Te has enterado? La de este año era tajante y demoledora. Un muchacho, novio de una sobrina, acababa de morirse de repente, a los veintitrés años, mientras tomaba unos vinos con unos amigos en una taberna. Se cayó al suelo fulminado, sin vida. Como ya no está uno al tanto de las sobrinas, y mucho menos de sus novios, no sabe tampoco en qué grado ha de conmoverse ni la clase de comentario que hay que hacer o si, por el contrario, es mejor abstenerse del comentario, por no parecer morboso. A las familias les unen mucho las noticias de desgracias: enfermedades, accidentes, hospitales, funerarias, entierros. Eso parece levantar alrededor de la institución una alta muralla que fuese a mantenerla lejos de enemigos tan tenaces y despiadados.

Ahora, de nuevo aquí, en Madrid, se siente uno a salvo. Podría volver a aquellos paisajes de la niñez y a estos, morales, de nuestra vida familiar, pero son tan reales que alguien iba a quedar mellado, o todos. Se vuelve de León como un plato de loza en el que el trastazo inesperado se ha llevado por delante una lasca. Así que vemos cómo, poco a poco, la vida familiar cada día se parece más a la llama de esa pequeña vela. Cuanto menos le queda para brillar, tanto más se agita y tantas más sombras, inquietas y monstruosas, deja reflejadas en la pared. Desde la caverna las vemos moverse, pero de momento nadie quiere abandonar sus propios temores para verlos de cerca danzando sobre la oscuridad de la noche.

«HA sido una suerte haber vivido tanto, para ver que ya no pueden engañarnos con Rimbaud», decía nuestro amigo. A Pla tampoco le gustaba Rimbaud, y decía cosas de él muy sensatas: que es un poeta inenteligible, sostenido por los académicos y profesores ociosos que tratan de encontrarle explicación a sus poemas. Su vida, en cambio, sí es vistosa, con todos esos escándalos providenciales,

entorchándole la guerrera. El poeta que sobrevivirá será Verlaine. Rimbaud será la sombra necesaria para darle a aquel volumen y profundidad, condenado de por vida como un satélite a girar alrededor del «pauvre Lélian» con una luz impropia, aunque fascinante, extraída de su vida aventurera. Su poesía no es sino otro accidente más de ella, y, sin ella, tampoco brillaría.

EL sentido jerárquico de la sociedad es tan arraigado y esta es tan impresionable por el escalafón, que en todas las comunidades se producen los mismos excesos grotescos. Oímos decir, como un valor, que tal restaurante es un gran restaurante porque en él tiene la costumbre de almorzar tal o cual ministro o tal o cual figura de moda. Naturalmente uno se pregunta qué tendrá que ver ser ministro y entender de comida, pero eso es lo que se nos declara en ese lugar en el que hay colgadas al menos treinta fotografías con todas las celebridades que han pasado por allí. Lo más ridículo de todo es cuando entramos en una tienda en la que se hace constar sobre el cristal de la puerta que ese establecimiento es proveedor de la Casa Real desde hace cien años. Podemos estar hablando nada más que de unas magdalenas o de unos zapatos. Así que el pueblo llano, comportándose como plebe, no solo les da el gobierno a una familia de infelices alucinados, sino que les regala asimismo el arbitraje supremo sobre las magdalenas o los zapatos.

CADA lengua, por la particular disposición ortográfica de sus palabras, propicia ciertas erratas que solo tienen significación para quienes se han criado a los pechos de ella. Esas pequeñas variaciones que todo lo llenan de pronto de una inesperada poesía. Eso ocurre con la palabra suelo, cuando el duende de la imprenta la convierte en sueño, o cielo por cieno, o rota por rosa.

SE habrían contentado con que Juan Guerrero Ruiz, el cónsul general de la Poesía, como le llamó Lorca, hubiese traicionado a Juan Ramón Jiménez, para quien hizo oficiosas labores de secretario poético durante largos años, hasta su muerte. Pero esa fidelidad, mientras todo el grupo del veintisiete atacaba con furia al maestro de Moguer, no acabaron de perdonársela. ¿Cómo? Como se castigan los pecados de insumisión en las sectas: con procesos vermiculares, secretos y silenciosos, cuando el resto de la congregación duerme.

LA verdadera estranjería no es otra que la de ir a escribir la

palabra estranjero y no saber si es con ge o con jota, como me ha ocurrido hace un rato. Prueba uno con ge, y lo encuentra bien, prueba con la jota, y también. El diccionario le pone a uno en el buen camino, pero lo cierto es que se queda uno huérfano ante lo que podrían ser los umbrales de la vejez, quizá vegez.

QUERÍA venir al Rastro, y le llamé, no sin antes cerciorarme de que no estaba lloviendo.

Bajamos las escaleras en silencio. Sus once años las bajaron además dormidos. En el momento de dejar atrás la angostura sombría del portal y poner los pies en la calle, empezó a nevar. En realidad era un copioso aguanieve. Permanecimos durante cinco minutos sin saber qué hacer junto a la puerta, resguardados por la cornisa. El cielo tenía el color de los desguaces navales. Cuando la luz de los faroles dejó de delatar la rayada presencia de la lluvia nevada, decidimos seguir adelante con el plan inicial. En realidad G. solo quería mirar unos prismáticos en la armería.

No los encontramos ni en esa armería ni en otros lugares donde buscamos. En cambio vimos cruzar a un hombre borracho. Era joven todavía, quizá treinta y cinco o treinta y ocho años. Fuerte. Un obrero, sin duda. Arrastraba una de esas enormes y pesadas tijeras para cortar cadenas de hierro, que tienen los brazos muy largos. Se paró en la calle del Carnero esquina con Mira el Río baja, y se puso a cantar villancicos de bonísimo humor. Tenía una preciosa voz de barítono, con cuerpo y aterciopelada, y con ella llenaba los modestos alrededores. «Campana sobre campana»… En él sonaba de modo diferente, con muchísima poesía, que la tiene. Cuando terminó el villancico había lo menos diez o doce personas, todas un poco aquí y allá, sin atreverse a acercase a él, no tanto porque diera miedo el hombre con aquella herramienta en la mano, que su borrachera podía convertir inopinadamente en un arma peligrosa, sino para no deshacer el encanto de su voz, por respeto hacia él, por no interrumpir ese milagro. Los guardias municipales que siempre están por allí para molestar, debieron divisar algo anormal, con toda aquella gente parada, y se acercaron. Antes de que llegaran hasta donde se encontraba él, fue este quien salió a su encuentro. Les dijo: «No hago mal a nadie, estoy cantando, es Navidad. ¿No hay que estar contentos? Pues yo estoy contento».

Solo por esto habría valido la pena su discurso. La gente,

animada por la presencia de los guardias o el talante pacífico y bienhumorado del hombre, perdió el temor y se iba acercando al espontáneo y por los gestos que hacían con la cabeza se veía que estaban a favor de él y en contra de los guardias, que una vez más se metían donde nadie les llamaba. Pero hubo algo más, una de esas frases que hubieran podido ser pronunciadas por Nietzsche. ¿Quién nos decía que no fuera alguien parecido a él, como una reencarnación? ¿Quiénes, de los que vieron al filósofo abrazado al caballo en Turín, llorando, reconocieron en él al hombre que habría de cambiar la filosofía del siglo XX? ¿Cómo íbamos nosotros a saber que aquel hombre que arrastraba aquellas tijeras metálicas no era un ser superior? Porque esto fue lo que le dijo a continuación al guardia en el tono más persuasivo: «En la vida tiene que haber de todo, gente normal y…». Aquí hizo una pequeña pausa para enfatizar lo que venía, cosa que consiguió con creces. «Gente normal…», repitió, «y sobresaliente. Yo soy un sobresaliente».

La gente se sonrió, porque los borrachos simpáticos y con salero, si son jóvenes, le caen bien a todo el mundo. En cambio no hay borrachos viejos que le caigan simpáticos a nadie. Detrás de un borracho viejo hay ya demasiados dramas. Ahora, la borrachera de un hombre joven, todo el mundo parece comprenderla y disculparla. En la borrachera de un borracho alegre nadie quiere ver un drama, sino la alegría que le ha llevado a beber.

Después de decir lo de sobresaliente, sin dejar a los guardias lugar para la intervención, se dio media vuelta y siguió su camino, con la llave de hierro al hombro, como una azada. Se me había olvidado decir: llevaba solo un jersey. Con el mucho frío que hacía, con el aguanieve que había caído. En cuanto a lo de la llave, supongo que acababa de comprarla, porque la necesitaba para su trabajo. O que venía a venderla.

Le vimos caminar por la calle del Carnero. Si hubiese sido el final de una película de Chaplin habríamos visto cómo se cerraba sobre él, lentamente, el objetivo de la cámara. Pero aún nos estaba reservado el estrambote. No había caminado ni media docena de pasos, cuando, sin que nadie lo esperase, se volvió hacia todos nosotros, tomó aire, llenó los pulmones y se arrancó en una copla flamenca. Ya no había ninguna broma, y a todos se nos heló la sonrisa, porque aquella voz y aquella copla eran bellísimas, muy

serias. Ya no cantaba para un auditorio. No quería hacerse tampoco el gracioso. Fue como si hubiese sido poseído por el famoso duende. Recordaba a uno de esos obreros que cantan en la fragua sin cuidar si les escucha alguien o no. Ahora era mucha más gente la que prestaba atención. De una casa cercana abrieron dos ventanas y se asomaron, en una, una vieja y, en otra, un viejo con la chaqueta del pijama. Empezó a nevar. Los copos fueron posándose sobre sus hombros, sin temor a deshacerse, por seguir escuchándole. Nadie se movía. Se interrumpieron todas las conversaciones, se aplazaron los tratos. Los que estaban en cuclillas mirando los despojos del suelo, dejaron lo que miraban y se pusieron en pie. El hombre cantaba con los ojos cerrados, para ver más claros los vericuetos del cante por los que quería llevar la voz, y ni siquiera se percató de los viejos que había en la ventana. Los tres guardias se adelantaron unos pasos, con ánimo no de intervenir, sino de presenciarlo mejor, porque se habían quedado un poco al margen y ya no eran guardias, sino personas igualmente tocadas por la divinidad, seres humanizados. Desde luego no eran los cánticos de un borracho. Y, sí, todos comprendieron que aquello era… sobresaliente. Y en medio de todo, de todos, tampoco se daba tanta importancia, porque era como el

Niño-Dios,

pues que se había anunciado a nosotros, los más pobres de esa hora, los más pobres de Madrid. Ya nadie sonreía. G. lo miraba todo sin soltarse de la mano, con un poco de miedo, igual que si se le estuviera apareciendo la Virgen. Revoloteaban sobre su cabeza aquellos copos, pocos, como mariposas polares. Muchos, si hubiéramos llevado sombrero, nos habríamos descubierto la cabeza, como al entrar en un templo. Y eso fue lo que hizo un viejo que vendía piezas de grifería. Cuando el borracho acabó su copla y abrió los ojos, se sorprendió de ver delante tanta gente congregada, incluso se diría que se asustó un poco, y entonces el viejo de los repuestos fontaneros, dio dos pasos hacia él, hizo ademán de que se quitaba el sombrero y dio una solemne cabezada, gesto correspondido por el borracho con otro igual. Se llevó la mano a la cabeza, hizo como que se destocaba el sombrero y hacía una reverencia. La gente inició un aplauso feliz, que no fue cerrado por miedo al énfasis.

Luego se alejó, esta vez definitivamente. De vez en cuando y sin volverse, dándonos la espalda, levantaba la mano y la agitaba en alto suavemente, en gesto mínimo de despedida, como un gran divo que abandona la escena sin volver la cabeza, con el pensamiento puesto ya solo en el próximo tren, en otro teatro, en diferentes rostros…

Creo que se podría tomar por una de las despedidas más bellas que pudiera uno imaginar para este año.

LA casa no estaba demasiado fría, porque habíamos hecho encender las chimeneas un día antes, pero había entrado algo de agua en la parte de abajo y la humedad había dejado en algunas paredes mapas de islas y continentes, aún inexplorados pero de prometedora orografía. Ah, las bellas tradiciones navideñas.

Han anunciado también que este año las temperaturas serán groenlandesas, pues de allí vienen al parecer, y que ya han muerto de frío dos mendigos, dos hombres jóvenes, uno de cuarenta años y otro de cincuenta y tres. Al de cuarenta se le encontró una botella de vermú en el banco donde apareció muerto.

Por un momento pensé si sería el mismo que cantó el otro día en el Rastro. Si uno fuese un novelista malo, se permitiría ahora la licencia. Pero es mucho más hermosa la realidad. No habrá sido, pero si hubiera sido, qué tragedia, y la realidad hubiera salido reforzada con ese desenlace. Pero para ello habría tenido que ser verdad. Las suposiciones y lo verosímil, con fines estéticos, son siempre un churro de muy mal gusto.

Pero ante la posibilidad de que uno de esos muertos hubiese sido él, pienso que tendría que haberle seguido y preguntado algunas cosas, quién era, qué hacía a esas horas allí, de dónde venía, a dónde iba, qué cadenas pensaba cortar con aquellas tijeras, si eran cadenas simbólicas o reales, si eran cadenas del alma o del cuerpo, y cómo era que si tenía tan buen humor andaba tan temprano por la calle borracho, y dónde había aprendido a cantar así, si era un artista, si no tenía miedo de morirse de frío, con aquel jersey tan fino, y dónde había perdido el abrigo o a quién se lo había dado, y si tenía amigos, como era evidente que tenía que tenerlos, cómo es que no estaban con él, de dónde era, si tenía familia, si le vivían los padres y dónde, y si iba a verlos a menudo, si sus recuerdos eran felices o por el contrario eran tristes, y por eso cantaba…

Cuando llegamos a Las Viñas y apagamos el motor del coche, se llenó el cielo de mucho más silencio del que había. Luego oímos, en el silencio, cruzándolo de parte a parte, el ruido que hace el agua en la gavia, precipitada entre las piedras de pizarra como si bajara por los canalillos de barro del Generalife.

Soltamos a Mora. Ladró con orgullo de su ladrar de mastina. Despertó en los contornos un horizonte de perros, que saludaron con alborozo su libertad condicional. Como el día de Año Nuevo no hay pan, hicimos un poco de urmiento, para amasar mañana.

Qué difícil es hablar de uno mismo. A veces nos asustamos, acorchado el corazón, como el brazo que se nos ha dormido en la cama, por haberlo tenido en una mala postura. Lo sentimos junto a nosotros, lo tentamos, notamos que es corazón, pero solo percibimos en él tejidos tumefactos. Durante semanas, durante meses incluso, puedes mirar las cosas sin llegar a sentir por ellas la menor piedad. Tampoco crees recibir de su presencia ni esa luz que haría de nosotros satélites más o menos dignos. ¿Y cuando la poesía no nos conmueve, cuando se cree uno incapacitado para leerla o para escribirla? Cuánta tristeza entonces. Es como si se nos hubiera olvidado la lengua materna. ¿Qué pensaríamos si de pronto, al ir a hablarle a alguien, empezáramos a balbucear en una jerigonza sin vértebras? Nos asustaríamos, sin duda, pero sobre todo nos entraría una enorme pena ver que nuestra lengua, antes tan viva, tan levantada y fuerte, acostumbrada a marchar por sí sola en la vida y a meterse por todos los rincones, se dejaba caer en un rincón, como un montón de manteca rancia.

Así que, cuando leía, de manera mecánica, sin ninguna fe, una de las églogas de Garcilaso, fue como sentir que ciertos fluidos volvían a circular. Bien, se dice uno, este viejo motor aún funciona, y confía en poner en marcha el viejo automóvil.

A última hora telefonearon los de *La Vanguardia* para pedir un escrito sobre Alberti. Parece que está grave. Les he dicho que era mejor que esperasen a que se muriese, porque basta con que uno haga la necrológica de alguien que no se ha muerto todavía, para que se muera el que la estaba haciendo. Han entendido la prevención. He quedado en que haré la nota a la hora que la pidan y en el plazo que les convenga, pero de un muerto, no de un moribundo. Además es cosa que les conviene: con los vivos no tiene

uno consideraciones que tendría con los muertos, y de eso quienes van a salir beneficiados sin duda seremos Alberti y yo.

ALGÚN periódico recuerda que hoy, hace sesenta años, murió Unamuno. Toda España ha amanecido nevada. Incluso la nacional V, que ayer recorrimos nosotros, está cortada al tráfico en algunos tramos o se hace imprescindible en ellos el uso de las cadenas.

Piensa uno en lo que sería la Salamanca de hace sesenta años. Unamuno en la salita de su casa, sentado en silencio en la mesa camilla, acompañado por un falangista del que no sabía a ciencia cierta si estaba allí para vigilarle o porque le admiraba. Viudo, con hijos en las trincheras de los dos bandos, sin saber en qué iba a parar todo aquello Y el olor a goma quemada de la suela de su zapatilla, cuando ya se había muerto. Aunque fue sentado, fue ese suyo un morir de pie. Y todo el frío de las casas de entonces y el frío de España en guerra, parecía que llegara a Las Viñas.

A las seis de la mañana nos despertó la lluvia. Caía una verdadera manta de agua. Llovió copiosamente durante dos horas. Luego amainó, pero ya no pudimos conciliar el sueño. Permanecimos, no obstante, en silencio, cada cual pensando en lo suyo, celosos de mantener esas provisiones en lo íntimo de los aljibes particulares.

En cuanto nos levantamos, hubo que poner en marcha la maquinaria de las tareas cotidianas, entre ellas la de hacer el pan. Desde la casa a la cocina del horno hay que atravesar parte del olivar. Cruzarlo bajo la lluvia hace que las cosas parezcan más reales aún, se moja uno y de ese modo está más cerca de la tierra, como si el barro que somos se nos convirtiera en lodo, y lo agradeciera.

Durante el tiempo en que uno se emplea en esa clase de tareas diarias apenas piensa en otra cosa que en ellas, pero da mucho gusto realizarlas en silencio, porque de ese modo parece que alguien te acompaña siempre.

Y así se ha pasado el día. Cada vez más sombrío y lluvioso, nosotros cada vez más silenciosos. Ahora estoy yo solo junto a la chimenea. Solo se oyen, escuetos y feriales, los golpes secos de las escopetas de aire comprimido de

R. y G.

Aprovechan las horas de luz. Pueden tirarle a todo lo que quieran, menos a los pájaros. R., como mayor, comprende lo razonable de esa restricción innegociable. G., en absoluto, y si por él fuera no dejaría un solo pájaro vivo, aunque quizá esa sed suya de sangre venatoria sea proporcional a su escasa puntería, por lo que ni petirrojos ni mirlos ni gorriones corren de momento ningún peligro, por más que se le descaren a su punto de mira. De vez en cuando llegan los ruidos de M. en alguna de las habitaciones. Y esos minúsculos tropiezos y roces hacen la casa más vacía, más grande, más vieja, más solitaria.

Lleva uno solo un día aquí, pero en esta ocasión la descomprensión se ha producido con gran celeridad. Es como si emergiéramos de las profundidades de Madrid. Luego la vida rústica precisa un período de adaptación, más o menos largo. No puede uno sumarse a la vida en el campo sin pasar por unos requisitos en los que todo nuestro sistema arterial se adapta a la nueva situación. Es como si volviéramos a un país en el que necesitáramos practicar un poco el idioma. El idioma de la lluvia, el del campo, el de las goteras, el de las vigas viejas con carcoma. Entiende uno casi todo, pero parecen escapársele muchos matices, giros, frases hechas.

Esta mañana cuando estábamos en la cama, sin movernos, como liebres en el útero nevado, pensaba en que ya era hora de hacer algo sólido, firme, perdurable, algo que antes de morirse uno pueda ver en el mismo lugar en el que lo levantó, uno de esos puentes de piedra que dejaron en esta tierra los romanos, con dos o tres arcos y sus desafiantes tajamares partiendo la corriente y el tiempo en mitades iguales.

Quién sabe. Dejar algo. Una sonata, una novela, el articulito de un periódico deberían parecerse en algo a un puente. En medio de la corriente, pero sin ceder un centímetro, lo mismo en los meses de sequía que cuando el río llega desbordado y con amenazas. En realidad, una obra de creación, tomada en sí misma, es algo pobre, pero no lo es tanto si lo vemos por el lado de las orillas. La sonata, la novela, el articulito acaban llevando de una parte a otra a la gente, y hace que esta no se sienta sola.

Al levantar ahora los ojos del cuaderno, se observa que el cielo se está abriendo por mil sitios. Lo que se ve entre las nubes es un azul muy intenso, pero lleno de ingenuidad, acaso por el contraste

con las nubes moradas. Unamuno se murió hace sesenta años. Quizá debiera uno pensar en España. Qué grandes los tiempos en los que se podía pensar en cosas grandes. Ahora España, en el mejor de los casos, está reducida a la medida de un hombre solo, el que sea capaz, por su cuenta, de sentirla. Entonces también, me digo de inmediato: A Unamuno España y el mundo no le parecían mejor de lo que nos parecen a nosotros. No ha cambiado nada. No hay muchas razones para el optimismo.

ANDRÉS TRAPIELLO (Manzaneda de Torío, León, 1953). Estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Valladolid y se estableció en Madrid en 1975.

Especialmente reconocido como poeta (Premio de la Crítica 1993), es también novelista (Premio Nadal 2003), ensayista e historiador. Trabajó en diversas publicaciones y programas culturales de televisión hasta 1979. Desde entonces se dedica en exclusiva a la escritura.

Es autor de 8 novelas, la primera de ellas, *La tinta simpática*, 1988. En 1992 recibió el Premio Internacional de novela
Plaza & Janés
por *El buque fantasma*. En 2003 su novela *Los amigos del crimen perfecto* obtuvo el Premio Nadal, y en 2005 *Al morir don Quijote* el Premio Fundación Juan Manuel Lara a la mejor novela de ese año editada en español.

Colabora semanalmente en el Magazine de *La Vanguardia* y en otros periódicos y revistas.